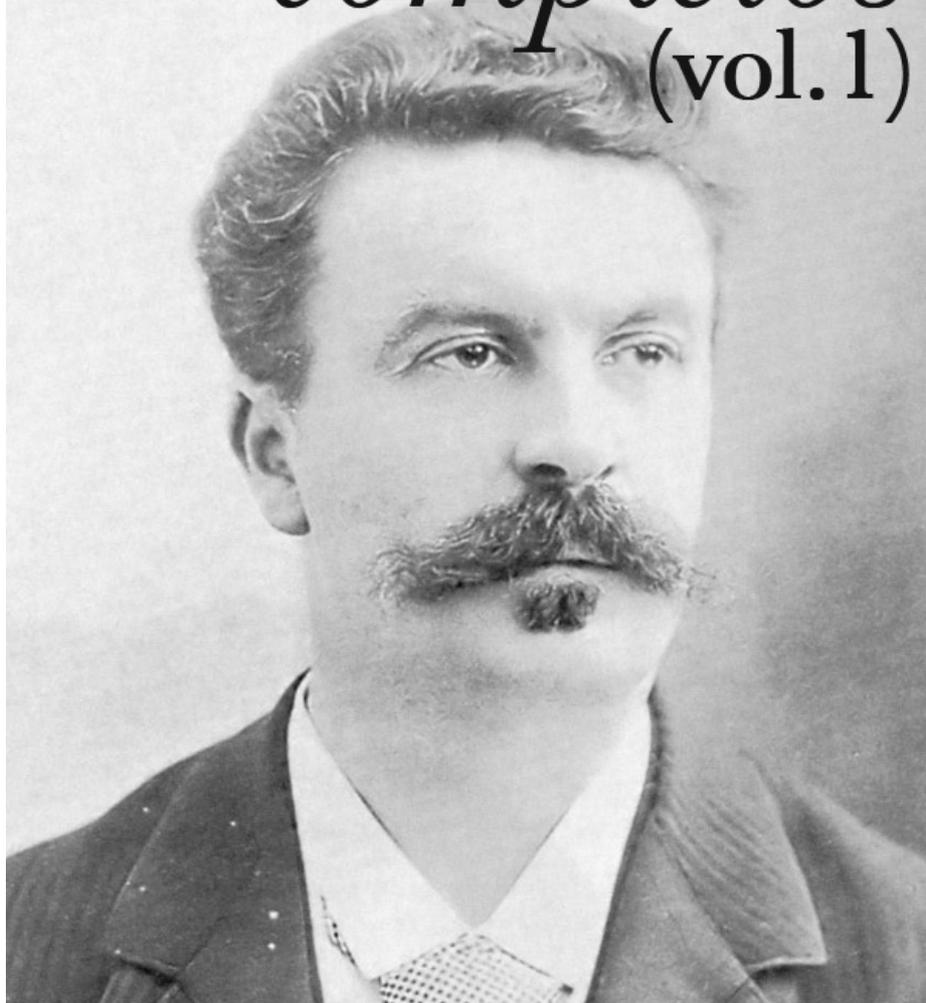


*Cuentos
completos*
(vol. 1)



GUY DE MAUPASSANT

Guy de Maupassant

Cuentos Completos (Vol. I)



BajaLibros.com

BajaLibros.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-640-9

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

El Horla

Guy de Maupassant

8 de mayo

¡Qué hermoso día! He pasado toda la mañana tendido sobre la hierba, delante de mi casa, bajo el enorme plátano que la cubre, la resguarda y le da sombra. Adoro esta región, y me gusta vivir aquí porque he echado raíces aquí, esas raíces profundas y delicadas que unen al hombre con la tierra donde nacieron y murieron sus abuelos, esas raíces que lo unen a lo que se piensa y a lo que se come, a las costumbres como a los alimentos, a los modismos regionales, a la forma de hablar de sus habitantes, a los perfumes de la tierra, de las aldeas y del aire mismo.

Adoro la casa donde he crecido. Desde mis ventanas veo el Sena que corre detrás del camino, a lo largo de mi jardín, casi dentro de mi casa, el grande y ancho Sena, cubierto de barcos, en el tramo entre Ruán y El Havre.

A lo lejos y a la izquierda, está Ruán, la vasta ciudad de techos azules, con sus numerosas y agudas torres góticas, delicadas o macizas, dominadas por la flecha de hierro de su catedral, y pobladas de campanas que tañen en el aire azul de las mañanas hermosas enviándome su suave y lejano murmullo de hierro, su canto de bronce que me llega con mayor o menor intensidad según que la brisa aumente o disminuya.

¡Qué hermosa mañana!

A eso de las once pasó frente a mi ventana un largo convoy de navíos arrastrados por un remolcador grande como una mosca, que jadeaba de fatiga lanzando por su chimenea un humo espeso.

Después, pasaron dos goletas inglesas, cuyas rojas banderas flameaban sobre el fondo del cielo, y un soberbio bergantín brasileño, blanco y admirablemente limpio y reluciente. Saludé su paso sin saber por qué, pues sentí placer al contemplarlo.

11 de mayo

Tengo algo de fiebre desde hace algunos días. Me siento dolorido o más bien triste.

¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que transforman nuestro bienestar en desaliento y nuestra confianza en angustia? Diríase que el aire, el aire invisible, está poblado de lo desconocido, de poderes cuya misteriosa proximidad experimentamos. ¿Por qué al despertarme siento una gran alegría y ganas de cantar, y luego, sorpresivamente, después de dar un corto paseo por la costa, regreso desolado como si me esperase una desgracia en mi casa? ¿Tal vez una ráfaga fría al rozarme la piel me ha alterado los nervios y ensombrecido el alma? ¿Acaso la forma de las nubes o el color tan variable del día o de las cosas me ha perturbado el pensamiento al pasar por mis ojos? ¿Quién puede saberlo? Todo lo que nos rodea, lo que vemos sin mirar, lo que rozamos inconscientemente, lo que tocamos sin palpar y lo que encontramos sin reparar en ello, tiene efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por consiguiente, sobre nuestros pensamientos y nuestro corazón.

¡Cuán profundo es el misterio de lo Invisible! No podemos explorarlo con nuestros mediocres sentidos, con nuestros ojos que no pueden percibir lo muy grande ni lo muy pequeño, lo muy próximo ni lo muy lejano, los habitantes de una estrella ni los de una gota de agua... con nuestros oídos que nos engañan, transformando las vibraciones del aire en ondas sonoras, como si fueran hadas que convierten milagrosamente en sonido ese movimiento, y que mediante esa metamorfosis hacen surgir la música que transforma en canto la muda agitación de la naturaleza... con nuestro olfato, más débil que el del perro... con nuestro sentido del gusto, que apenas puede distinguir la edad de un vino.

¡Cuántas cosas descubriríamos a nuestro alrededor si tuviéramos otros órganos que realizaran para nosotros otros milagros!

16 de mayo

Decididamente, estoy enfermo. ¡Y pensar que estaba tan bien el mes pasado! Tengo fiebre, una fiebre atroz, o, mejor dicho, una nerviosidad febril que afecta por igual el alma y el cuerpo. Tengo continuamente la angustiada sensación de un peligro que me amenaza, la aprensión de una desgracia inminente o de la muerte que se aproxima, el presentimiento suscitado por el comienzo de un mal aún desconocido que germina en la carne y en la sangre.

18 de mayo

Acabo de consultar al médico pues ya no podía dormir. Me ha encontrado el pulso acelerado, los ojos inflamados y los nervios alterados, pero ningún síntoma alarmante. Debo darme duchas y tomar bromuro de potasio.

25 de mayo

¡No siento ninguna mejoría! Mi estado es realmente extraño. Cuando se aproxima la noche, me invade una inexplicable inquietud, como si la noche ocultase una terrible amenaza para mí. Ceno rápidamente y luego trato de leer, pero no comprendo las palabras y apenas distingo las letras. Camino entonces de un extremo a otro de la sala sintiendo la opresión de un temor confuso e irresistible, el temor de dormir y el temor de la cama. A las diez subo a la habitación. En cuanto entro, doy dos vueltas a la llave y corro los cerrojos; tengo miedo... ¿de qué?... Hasta ahora nunca sentía temor por nada... abro mis armarios, miro debajo de la cama; escucho... escucho... ¿qué?... ¿Acaso puede sorprender que un malestar, un trastorno de la circulación, y tal vez una ligera congestión, una pequeña perturbación del funcionamiento tan imperfecto y delicado de nuestra máquina viviente, convierta en un melancólico al más alegre de los hombres y en un cobarde al más valiente? Luego me acuesto y espero el sueño como si esperase al verdugo. Espero su llegada con espanto; mi corazón late intensamente y mis piernas se estremecen; todo mi cuerpo tiembla en medio del calor de la cama hasta el momento en que caigo bruscamente en el sueño como si me ahogara en un abismo de agua estancada. Ya no siento llegar como antes a ese sueño pérfido, oculto cerca de mí, que me acecha, se apodera de mi cabeza, me cierra los ojos y me aniquila.

Duermo durante dos o tres horas, y luego no es un sueño sino una pesadilla lo que se apodera de mí. Sé perfectamente que estoy acostado y que duermo... lo comprendo y lo sé... y siento también que alguien se aproxima, me mira, me toca, sube sobre la cama, se arrodilla sobre mi pecho y tomando mi cuello entre sus manos aprieta y aprieta... con todas sus fuerzas para estrangularme.

Trato de defenderme, impedido por esa impotencia atroz que nos paraliza en los sueños: quiero gritar y no puedo; trato de moverme y no puedo; con angustiosos esfuerzos y jadeante, trato de liberarme, de rechazar ese ser que me aplasta y me asfixia, ¡pero no puedo!

Y de pronto, me despierto enloquecido y cubierto de sudor. Enciendo una bujía. Estoy solo.

Después de esa crisis, que se repite todas las noches, duermo por fin tranquilamente hasta el amanecer.

2 de junio

Mi estado se ha agravado. ¿Qué es lo que tengo? El bromuro y las duchas no me producen ningún efecto. Para fatigarme más, a pesar de que ya me sentía cansado, fui a dar un paseo por el bosque de Roumare. En un principio me pareció que el aire suave, ligero y fresco, lleno de aromas de hierbas y hojas, vertía una sangre nueva en mis venas y nuevas energías en mi corazón. Caminé por una gran avenida de caza y después por una estrecha alameda, entre dos filas de árboles desmesuradamente altos que formaban un techo verde y espeso, casi negro, entre el cielo y yo.

De pronto sentí un estremecimiento, no de frío sino un extraño temblor angustioso. Apresuré el paso, inquieto por hallarme solo en ese bosque, atemorizado sin razón por el profundo silencio. De improviso, me pareció que me seguían, que alguien marchaba detrás de mí, muy cerca, muy cerca, casi pisándome los talones.

Me volví hacia atrás con brusquedad. Estaba solo. Únicamente vi detrás de mí el recto y amplio sendero, vacío, alto, pavorosamente vacío; y del otro lado se extendía también hasta perderse de vista de modo igualmente solitario y atemorizante.

Cerré los ojos, ¿por qué? Y me puse a girar sobre un pie como un trompo. Estuve a punto de caer; abrí los ojos: los árboles bailaban, la tierra flotaba, tuve que sentarme. Después ya no supe por dónde había llegado hasta allí. ¡Qué extraño! Ya no recordaba nada. Tomé hacia la derecha, y llegué a la avenida que me había llevado al centro del bosque.

3 de junio

He pasado una noche horrible. Voy a irme de aquí por algunas semanas. Un viaje breve sin duda me tranquilizará.

2 de julio

Regreso restablecido. El viaje ha sido delicioso. Visité el monte Saint-Michel, que no conocía.

¡Qué hermosa visión se tiene al llegar a Avranches, como llegué yo al caer la tarde! La ciudad se halla sobre una colina. Cuando me llevaron al jardín botánico, situado en un extremo de la población, no pude evitar un grito de admiración. Una extensa bahía se extendía ante mis ojos hasta el horizonte, entre dos costas lejanas que se esfumaban en medio de la bruma, y en el centro de esa inmensa bahía, bajo un dorado cielo despejado, se elevaba un monte extraño, sombrío y puntiagudo en las arenas de la playa. El sol acababa de ocultarse, y en el horizonte aún rojizo se recortaba el perfil de ese fantástico acantilado que lleva en su cima un fantástico monumento.

Al amanecer me dirigí hacia allí. El mar estaba bajo como la tarde anterior y a medida que me acercaba veía elevarse gradualmente a la sorprendente abadía. Luego de varias horas de marcha, llegué al enorme bloque de piedra en cuya

cima se halla la pequeña población dominada por la gran iglesia. Después de subir por la calle estrecha y empinada, penetré en la más admirable morada gótica construida por Dios en la tierra, vasta como una ciudad, con numerosos recintos de techo bajo, como aplastados por bóvedas y galerías superiores sostenidas por frágiles columnas. Entré en esa gigantesca joya de granito, ligera como un encaje, cubierta de torres, de esbeltos torreones, a los cuales se sube por intrincadas escaleras, que destacan en el cielo azul del día y negro de la noche sus extrañas cúpulas erizadas de quimeras, diablos, animales fantásticos y flores monstruosas, unidas entre sí por finos arcos labrados.

Cuando llegué a la cumbre, dije al monje que me acompañaba:

—¡Qué bien se debe estar aquí, padre!

—Es un lugar muy ventoso, señor —me respondió. Y nos pusimos a conversar mientras mirábamos subir el mar, que avanzaba sobre la playa y parecía cubrirla con una coraza de acero.

El monje me refirió historias, todas las viejas historias del lugar, leyendas, muchas leyendas.

Una de ellas me impresionó mucho. Los nacidos en el monte aseguran que de noche se oyen voces en la playa y después se perciben los balidos de dos cabras, una de voz fuerte y la otra de voz débil. Los incrédulos afirman que son los graznidos de las aves marinas que se asemejan a balidos o a quejas humanas, pero los pescadores rezagados juran haber encontrado merodeando por las dunas, entre dos mareas y alrededor de la pequeña población tan alejada del mundo, a un viejo pastor cuya cabeza nunca pudieron por llevarla cubierta con su capa, y delante de él marchan un macho cabrío con rostro de hombre y una cabra con rostro de mujer; ambos tienen largos cabellos blancos y hablan sin cesar: discuten en una lengua desconocida, interrumpiéndose de pronto para balar con todas sus fuerzas.

—¿Cree usted en eso? —pregunté al monje.

—No sé —me contestó.

Yo proseguí:

—Si existieran en la tierra otros seres diferentes de nosotros, los conoceríamos desde hace mucho tiempo; ¿cómo es posible que no los hayamos visto usted ni yo?

—¿Acaso vemos —me respondió— la cienmilésima parte de lo que existe? Observe por ejemplo el viento, que es la fuerza más poderosa de la naturaleza; el viento, que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y que arroja contra ellos a las grandes naves, el viento que mata, silba, gime y ruge, ¿acaso lo ha visto alguna vez? ¿Acaso lo puede ver? Y sin embargo existe.

Ante este sencillo razonamiento opté por callarme. Este hombre podía ser un sabio o tal vez un tonto. No podía afirmarlo con certeza, pero me llamé a silencio. Con mucha frecuencia había pensado en lo que me dijo.

3 de julio

Dormí mal; evidentemente, hay una influencia febril, pues mi cochero sufre del mismo mal que yo. Ayer, al regresar, observé su extraña palidez. Le pregunté:

—¿Qué tiene, Jean?

—Ya no puedo descansar; mis noches desgastan mis días. Desde la partida del señor parece que padezco una especie de hechizo.

Los demás criados están bien, pero temo que me vuelvan las crisis.

4 de julio

Decididamente, las crisis vuelven a empezar. Vuelvo a tener las mismas pesadillas. Anoche sentí que alguien se inclinaba sobre mí y con su boca sobre la mía, bebía mi vida. Sí, la bebía con la misma avidez que una sanguijuela. Luego se incorporó saciado, y yo me desperté tan extenuado y aniquilado, que apenas podía moverme. Si eso se prolonga durante algunos días volveré a ausentarme.

5 de julio

¿He perdido la razón? Lo que pasó, lo que vi anoche, ¡es tan extraño que cuando pienso en ello pierdo la cabeza!

Había cerrado la puerta con llave, como todas las noches, y luego sentí sed; bebí medio vaso de agua y observé distraídamente que la botella estaba llena.

Me acosté en seguida y caí en uno de mis espantosos sueños del cual pude salir cerca de dos horas después con una sacudida más horrible aún. Imagínense ustedes un hombre que es asesinado mientras duerme, que despierta con un cuchillo clavado en el pecho, jadeante y cubierto de sangre, que no puede respirar y que muere sin comprender lo que ha sucedido.

Después de recobrar la razón, sentí nuevamente sed; encendí una bujía y me dirigí hacia la mesa donde había dejado la botella. La levanté inclinándola sobre el vaso, pero no había una gota de agua. Estaba vacía, ¡completamente vacía! Al principio no comprendí nada, pero de pronto sentí una emoción tan atroz que tuve que sentarme o, mejor dicho, me desplomé sobre una silla. Luego me incorporé de un salto para mirar a mi alrededor. Después volví a sentarme delante del cristal transparente, lleno de asombro y terror. Lo observaba con la mirada fija, tratando de imaginarme lo que había pasado. Mis manos temblaban. ¿Quién se había bebido el agua? Yo, yo sin duda. ¿Quién podía haber sido sino yo? Entonces... yo era sonámbulo, y vivía sin saberlo esa doble vida misteriosa que nos hace pensar que hay en nosotros dos seres, o que a veces un ser extraño, desconocido e invisible anima, mientras dormimos, nuestro cuerpo cautivo que le obedece como a nosotros y más que a nosotros.

¡Ah! ¿Quién podrá comprender mi abominable angustia? ¿Quién podrá comprender la emoción de un hombre mentalmente sano, perfectamente despierto y en uso de razón al contemplar espantado una botella que se ha vaciado mientras dormía? Y así permanecí hasta el amanecer sin atreverme a volver a la cama.

6 de julio

Pierdo la razón. ¡Anoche también bebieron el agua de la botella, o tal vez la bebí yo!

10 de julio

Acabo de hacer sorprendentes comprobaciones. ¡Decididamente estoy loco! Y sin embargo...

El 6 de julio, antes de acostarme puse sobre la mesa vino, leche, agua, pan y fresas. Han bebido —o he bebido— toda el agua y un poco de leche. No han tocado el vino, ni el pan ni las fresas.

El 7 de julio he repetido la prueba con idénticos resultados.

El 8 de julio suprimí el agua y la leche, y no han tocado nada.

Por último, el 9 de julio puse sobre la mesa solamente el agua y la leche, teniendo especial cuidado de envolver las botellas con lienzos de muselina blanca y de atar los taponés. Luego me froté con grafito los labios, la barba y las manos y me acosté.

Un sueño irresistible se apoderó de mí, seguido poco después por el atroz despertar. No me había movido; ni siquiera mis sábanas estaban manchadas. Corrí hacia la mesa. Los lienzos que envolvían las botellas seguían limpios e inmaculados. Desaté los taponés, palpitante de emoción. ¡Se habían bebido toda el agua y toda la leche! ¡Ah! ¡Dios mío!...

Partiré inmediatamente hacia París.

12 de julio

París. Estos últimos días había perdido la cabeza. Tal vez he sido juguete de mi enervada imaginación, salvo que yo sea realmente sonámbulo o que haya sufrido una de esas influencias comprobadas, pero hasta ahora inexplicables, que se llaman sugerencias. De todos modos, mi extravío rayaba en la demencia, y han bastado veinticuatro horas en París para recobrar la cordura. Ayer, después de paseos y visitas, que me han renovado y vivificado el alma, terminé el día en el Théâtre-Français. Representábase una pieza de Alejandro Dumas hijo. Este autor vivaz y pujante ha terminado de curarme. Es evidente que la soledad resulta peligrosa para las mentes que piensan demasiado. Necesitamos ver a nuestro alrededor a hombres que piensen y hablen. Cuando permanecemos solos durante mucho tiempo, poblamos de fantasmas el vacío.

Regresé muy contento al hotel, caminando por el centro. Al codearme con la multitud, pensé, no sin ironía, en mis terrores y suposiciones de la semana pasada, pues creí, sí, creí que un ser invisible vivía bajo mi techo. Cuán débil es nuestra razón y cuán rápidamente se extravía cuando nos estremece un hecho incomprensible.

En lugar de concluir con estas simples palabras: "Yo no comprendo porque no puedo explicarme las causas", nos imaginamos en seguida impresionantes misterios y poderes sobrenaturales.

14 de julio

Fiesta de la República. He paseado por las calles. Los cohetes y banderas me divirtieron como a un niño. Sin embargo,

me parece una tontería ponerse contento un día determinado por decreto del gobierno. El pueblo es un rebaño de imbéciles, a veces tonto y paciente, y otras, feroz y rebelde. Se le dice: "Diviértete". Y se divierte. Se le dice: "Ve a combatir con tu vecino". Y va a combatir. Se le dice: "Vota por el emperador". Y vota por el emperador. Después: "Vota por la República". Y vota por la República.

Los que lo dirigen son igualmente tontos, pero en lugar de obedecer a hombres se atienen a principios, que por lo mismo que son principios sólo pueden ser necios, estériles y falsos, es decir, ideas consideradas ciertas e inmutables, tan luego en este mundo donde nada es seguro y donde la luz y el sonido son ilusorios.

16 de julio

Ayer he visto cosas que me preocuparon mucho. Cené en casa de mi prima, la señora Sablé, casada con el jefe del regimiento 76 de cazadores de Limoges. Conocí allí a dos señoras jóvenes, casada una de ellas con el doctor Parent que se dedica intensamente al estudio de las enfermedades nerviosas y de los fenómenos extraordinarios que hoy dan origen a las experiencias sobre hipnotismo y sugestión.

Nos refirió detalladamente los prodigiosos resultados obtenidos por los sabios ingleses y por los médicos de la escuela de Nancy. Los hechos que expuso me parecieron tan extraños que manifesté mi incredulidad.

—Estamos a punto de descubrir uno de los más importantes secretos de la naturaleza — decía el doctor Parent—, es decir, uno de sus más importantes secretos aquí en la tierra, puesto que hay evidentemente otros secretos importantes en las estrellas. Desde que el hombre piensa, desde que aprendió a expresar y a escribir su pensamiento, se siente tocado por un misterio impenetrable para sus sentidos groseros e imperfectos, y trata de suplir la impotencia de dichos sentidos mediante el esfuerzo de su inteligencia. Cuando la inteligencia permanecía aún en un estado rudimentario, la obsesión de los fenómenos invisibles adquiría formas comúnmente terroríficas. De ahí las creencias populares en lo sobrenatural. Las leyendas de las almas en pena, las hadas, los gnomos y los aparecidos; me atrevería a mencionar incluso la leyenda de Dios, pues nuestras concepciones del artífice creador de cualquier religión son las invenciones más mediocres, estúpidas e inaceptables que pueden salir de la mente atemorizada de los hombres. Nada es más cierto que este pensamiento de Voltaire: "Dios ha hecho al hombre a su imagen y semejanza pero el hombre también ha procedido así con él".

"Pero desde hace algo más de un siglo, parece percibirse algo nuevo. Mesmer y algunos otros nos señalan un nuevo camino y, efectivamente, sobre todo desde hace cuatro o cinco años, se han obtenido sorprendentes resultados."

Mi prima, también muy incrédula, sonreía. El doctor Parent le dijo:

—¿Quiere que la hipnotice, señora?

—Sí; me parece bien.

Ella se sentó en un sillón y él comenzó a mirarla fijamente. De improviso, me dominó la turbación, mi corazón latía con fuerza y sentía una opresión en la garganta. Veía cerrarse pesadamente los ojos de la señora Sablé, y su boca se crispaba y parecía jadear.

Al cabo de diez minutos dormía.

—Póngase detrás de ella —me dijo el médico.

Obedecí su indicación, y él colocó en las manos de mi prima una tarjeta de visita al tiempo que le decía: "Esto es un espejo; ¿qué ve en él?"

—Veo a mi primo —respondió.

—¿Qué hace?

—Se atusa el bigote.

—¿Y ahora ?

—Saca una fotografía del bolsillo.

—¿Quién aparece en la fotografía?

—Él, mi primo.

¡Era cierto! Esa misma tarde me habían entregado esa fotografía en el hotel.

—¿Cómo aparece en ese retrato?

—Se halla de pie, con el sombrero en la mano. Evidentemente, veía en esa tarjeta de cartulina lo que hubiera visto en un espejo.

Las damas decían espantadas: "¡Basta! ¡Basta, por favor!"

Pero el médico ordenó: "Usted se levantará mañana a las ocho; luego irá a ver a su primo al hotel donde se aloja, y le pedirá que le preste los cinco mil francos que le pide su esposo y que le reclamará cuando regrese de su próximo viaje". Luego la despertó.

Mientras regresaba al hotel pensé en esa curiosa sesión y me asaltaron dudas, no sobre la insospechable, la total buena fe de mi prima a quien conocía desde la infancia como a una hermana, sino sobre la seriedad del médico. ¿No escondería en su mano un espejo que mostraba a la joven dormida, al mismo tiempo que la tarjeta?

Los prestidigitadores profesionales hacen cosas semejantes.

No bien regresé, me acosté.

Pero a las ocho y media de la mañana me despertó mi sirviente y me dijo:

—La señora Sablé quiere hablar inmediatamente con el señor.

Me vestí de prisa y la hice pasar.

Sentóse muy turbada y me dijo sin levantar la mirada ni quitarse el velo:

—Querido primo, tengo que pedirle un gran favor.

—¿De qué se trata, prima?

—Me cuesta mucho decirlo, pero no tengo más remedio. Necesito urgentemente cinco mil francos.

—Pero cómo, ¿tan luego usted?

—Sí, yo, o mejor dicho mi esposo, que me ha encargado conseguirlos.

Me quedé tan asombrado que apenas podía balbucear mis respuestas. Pensaba que ella y el doctor Parent se estaba burlando de mí, y que eso podía ser una mera farsa preparada de antemano y representada a la perfección.

Pero todas mis dudas se disiparon cuando la observé con atención. Temblaba de angustia. Evidentemente esta gestión le resultaba muy penosa y advertí que apenas podía reprimir el llanto.

Sabía que era muy rica y le dije:

—¿Cómo es posible que su esposo no disponga de cinco mil francos? Reflexione. ¿Está segura de que le ha encargado pedírmelos a mí?

Vaciló durante algunos segundos como si le costara mucho recordar, y luego respondió: —Sí... sí... estoy segura.

—¿Le ha escrito?

Vaciló otra vez y volvió a pensar. Advertí el penoso esfuerzo de su mente. No sabía. Sólo recordaba que debía pedirme ese préstamo para su esposo. Por consiguiente, se decidió a mentir.

—Sí, me escribió.

—¿Cuándo? Ayer no me dijo nada.

—Recibí su carta esta mañana.

—¿Puede enseñármela?

—No, no... contenía cosas íntimas... demasiado personales... y la he... la he quemado.

—Así que su marido tiene deudas.

Vaciló una vez más y luego murmuró:

—No lo sé.

Bruscamente le dije:

—Pero en este momento, querida prima, no dispongo de cinco mil francos.

Dio una especie de grito de desesperación:

—¡Ay! ¡Por favor! Se lo ruego! Trate de conseguirlos...

Exaltada, unía sus manos como si se tratara de un ruego. Su voz cambió de tono; lloraba murmurando cosas ininteligibles, molesta y dominada por la orden irresistible que había recibido.

—¡Ay! Le suplico... si supiera cómo sufro... los necesito para hoy. Sentí piedad por ella.

—Los tendré de cualquier manera. Se lo prometo.

—¡Oh! ¡Gracias, gracias! ¡Qué bondadoso es usted !

—¿Recuerda lo que pasó anoche en su casa? —le pregunté entonces.

—Sí.

—¿Recuerda que el doctor Parent la hipnotizó?

— Sí..

—Pues bien, fue él quien le ordenó venir esta mañana a pedirme cinco mil francos, y en este momento usted obedece a su sugestión.

Reflexionó durante algunos instantes y luego respondió:

—Pero es mi esposo quien me los pide.

Durante una hora traté infructuosamente de convencerla. Cuando se fue, corrí a casa del doctor Parent. Me dijo:

—¿Se ha convencido ahora?

—Sí, no hay más remedio que creer.

—Vamos a ver a su prima.

Cuando llegamos dormitaba en un sofá, rendida por el cansancio. El médico le tomó el pulso, la miró durante algún tiempo con una mano extendida hacia sus ojos que la joven cerró debido al influjo irresistible del poder magnético.

Cuando se durmió, el doctor Parent le dijo:

—¡Su esposo no necesita los cinco mil francos! Por lo tanto, usted debe olvidar que ha rogado a su primo para que se los preste, y si le habla de eso, usted no comprenderá.

Luego le despertó. Entonces saqué mi billetera.

—Aquí tiene, querida prima. Lo que me pidió esta mañana .

Se mostró tan sorprendida que no me atreví a insistir. Traté, sin embargo, de refrescar su memoria, pero negó todo enfáticamente, creyendo que me burlaba, y poco faltó para que se enojase.

.....

Acabo de regresar. La experiencia me ha impresionado tanto que no he podido almorzar.

19 de julio

Muchas personas a quienes he referido esta aventura se han reído de mí. Ya no sé qué pensar. El sabio dijo: "Quizá".

21 de julio

Cené en Bougival y después estuve en el baile de los remeros. Decididamente, todo depende del lugar y del medio.

Crear en lo sobrenatural en la isla de la Grenouillère sería el colmo del desatino... pero ¿no es así en la cima del monte Saint-Michel, y en la India? Sufrimos la influencia de lo que nos rodea. Regresaré a casa la semana próxima.

30 de julio

Ayer he regresado a casa. Todo está bien.

2 de agosto

No hay novedades. Hace un tiempo espléndido. Paso los días mirando correr el Sena.

4 de agosto

Hay problemas entre mis criados. Aseguran que alguien rompe los vasos en los armarios por la noche. El sirviente acusa a la cocinera y ésta a la lavandera quien a su vez acusa a los dos primeros. ¿Quién es el culpable? El tiempo lo dirá.

6 de agosto

Esta vez no estoy loco. Lo he visto... ¡lo he visto! Ya no tengo la menor duda... ¡lo he visto! Aún siento frío hasta en las uñas... el miedo me penetra hasta la médula... ¡Lo he visto!...

A las dos de la tarde me paseaba a pleno sol por mi rosedal; caminaba por el sendero de rosales de otoño que comienzan a florecer.

Me detuve a observar un hermoso ejemplar de *géant des batailles*, que tenía tres flores magníficas, y vi entonces con toda claridad cerca de mí que el tallo de una de las rosas se doblaba como movido por una mano invisible: ¡luego, vi que se quebraba como si la misma mano lo cortase! Luego la flor se elevó, siguiendo la curva que habría descrito un brazo al llevarla hacia una boca, y permaneció suspendida en el aire trasparente, muy sola e inmóvil, como una pavorosa mancha a tres pasos de mí.

Azorado, me arrojé sobre ella para tomarla. Pero no pude hacerlo: había desaparecido. Sentí entonces rabia contra mí mismo, pues no es posible que una persona razonable tenga semejantes alucinaciones .

Pero, ¿tratábase realmente de una alucinación? Volví hacia el rosal para buscar el tallo cortado e inmediatamente lo encontré, recién cortado, entre las dos rosas que permanecían en la rama. Regresé entonces a casa con la mente alterada; en efecto, ahora estoy convencido, seguro como de la alternancia de los días y las noches, de que existe cerca de mí un ser invisible, que se alimenta de leche y agua, que puede tocar las cosas, tomarlas y cambiarlas de lugar; dotado, por consiguiente, de un cuerpo material aunque imperceptible para nuestros sentidos, y que habita en mi casa como yo...

7 de agosto

Dormí tranquilamente. Se ha bebido el agua de la botella pero no perturbó mi sueño.

Me pregunto si estoy loco. Cuando a veces me paseo a pleno sol, a lo largo de la costa, he dudado de mi razón; no son ya dudas inciertas como las que he tenido hasta ahora, sino dudas precisas, absolutas. He visto locos. He conocido algunos que seguían siendo inteligentes, lúcidos y sagaces en todas las cosas de la vida menos en un punto. Hablaban de todo con claridad, facilidad y profundidad, pero de pronto su pensamiento chocaba contra el escollo de la locura y se hacía pedazos, volaba en fragmentos y se hundía en ese océano siniestro y furioso, lleno de olas fragorosas, brumosas y borrascosas que se llama "demencia".

Ciertamente, estaría convencido de mi locura, si no tuviera perfecta conciencia de mi estado, al examinarlo con toda lucidez. En suma, yo sólo sería un alucinado que razona. Se habría producido en mi mente uno de esos trastornos que hoy tratan de estudiar y precisar los fisiólogos modernos, y dicho trastorno habría provocado en mí una profunda ruptura en lo referente al orden y a la lógica de las ideas. Fenómenos semejantes se producen en el sueño, que nos muestra las fantasmagorías más inverosímiles sin que ello nos sorprenda, porque mientras duerme el aparato verificador, el sentido del control, la facultad imaginativa vigila y trabaja. ¿Acaso ha dejado de funcionar en mí una de las imperceptibles teclas del teclado cerebral? Hay hombres que a raíz de accidentes pierden la memoria de los nombres propios, de las cifras o solamente de las fechas. Hoy se ha comprobado la localización de todas las partes del pensamiento. No puede sorprender entonces que en este momento se haya disminuido mi facultad de controlar la irrealdad de ciertas alucinaciones.

Pensaba en todo ello mientras caminaba por la orilla del río. El sol iluminaba el agua, sus rayos embellecían la tierra y llenaban mis ojos de amor por la vida, por las golondrinas cuya agilidad constituye para mí un motivo de alegría, por las hierbas de la orilla cuyo estremecimiento es un placer para mis oídos.

Sin embargo, paulatinamente me invadía un malestar inexplicable. Me parecía que una fuerza desconocida me detenía, me paralizaba, impidiéndome avanzar, y que trataba de hacerme volver atrás. Sentí ese doloroso deseo de volver que nos oprime cuando hemos dejado en nuestra casa a un enfermo querido y presentimos una agravación del mal.

Regresé entonces, a pesar mío, convencido de que encontraría en casa una mala noticia, una carta o un telegrama. Nada de eso había, y me quedé más sorprendido e inquieto aún que si hubiese tenido una nueva visión fantástica.

8 de agosto

Pasé una noche horrible. Él no ha aparecido más, pero lo siento cerca de mí. Me espía, me mira, se introduce en mí y me domina. Así me resulta más temible, pues al ocultarse de este modo parece manifestar su presencia invisible y constante mediante fenómenos sobrenaturales.

Sin embargo he podido dormir.

9 de agosto

Nada ha sucedido. pero tengo miedo.

10 de agosto

Nada: ¿qué sucederá mañana?

11 de agosto

Nada, siempre nada; no puedo quedarme aquí con este miedo y estos pensamientos que dominan mi mente; me voy.

12 de agosto, 10 de la noche

Durante todo el día he tratado de partir, pero no he podido. He intentado realizar ese acto tan fácil y sencillo —salir, subir en mi coche para dirigirme a Ruán— y no he podido. ¿Por qué?

13 de agosto

Cuando nos atacan ciertas enfermedades nuestros mecanismos físicos parecen fallar. Sentimos que nos faltan las energías y que todos nuestros músculos se relajan; los huesos parecen tan blandos como la carne y la carne tan líquida como el agua. Todo eso repercute en mi espíritu de manera extraña y desoladora. Carezco de fuerzas y de valor; no puedo dominarme y ni siquiera puedo hacer intervenir mi voluntad. Ya no tengo iniciativa; pero alguien lo hace por mí, y yo obedezco.

14 de agosto

¡Estoy perdido! ¡Alguien domina mi alma y la dirige! Alguien ordena todos mis actos, mis movimientos y mis pensamientos. Ya no soy nada en mí; no soy más que un espectador prisionero y aterrorizado por todas las cosas que realizo. Quiero salir y no puedo. Él no quiere y tengo que quedarme, azorado y tembloroso, en el sillón donde me obliga a sentarme. Sólo deseo levantarme, incorporarme para sentirme todavía dueño de mí. ¡Pero no puedo! Estoy clavado en mi asiento, y mi sillón se adhiere al suelo de tal modo que no habría fuerza capaz de movernos.

De pronto, siento la irresistible necesidad de ir al huerto a cortar fresas y comerlas. Y voy. Corto fresas y las como. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¿Será acaso un Dios? Si lo es, ¡salvadme! ¡Libradme! ¡Socorredme! ¡Perdón! ¡Piedad! ¡Misericordia! ¡Salvadme! ¡Oh, qué sufrimiento! ¡Qué suplicio! ¡Qué horror!

15 de agosto

Evidentemente, así estaba poseída y dominada mi prima cuando fue a pedirme cinco mil francos. Obedecía a un poder extraño que había penetrado en ella como otra alma, como un alma parásita y dominadora. ¿Es acaso el fin del mundo? Pero, ¿quién es el ser invisible que me domina? ¿Quién es ese desconocido, ese merodeador de una raza sobrenatural?

Por consiguiente, ¡los invisibles existen! ¿Pero cómo es posible que aún no se hayan manifestado desde el origen del mundo en una forma tan evidente como se manifiestan en mí? Nunca leí nada que se asemejara a lo que ha sucedido en mi casa. Si pudiera abandonarla, irme, huir y no regresar más, me salvaría, pero no puedo.

16 de agosto

Hoy pude escaparme durante dos horas, como un preso que encuentra casualmente abierta la puerta de su calabozo. De pronto, sentí que yo estaba libre y que él se hallaba lejos. Ordené uncir los caballos rápidamente y me dirigí a Ruán. Qué alegría poder decirle a un hombre que obedece: "¡Vamos a Ruán!"

Hice detener la marcha frente a la biblioteca donde solicité en préstamo el gran tratado del doctor Hermann Herestauss sobre los habitantes desconocidos del mundo antiguo y moderno.

Después, cuando me disponía a subir a mi coche, quise decir: "¡A la estación!" y grité —no dije, grité— con una voz tan fuerte que llamó la atención de los transeúntes: "A casa", y caí pesadamente, loco de angustia, en el asiento. Él me había encontrado y volvía a posesionarse de mí.

17 de agosto

¡Ah! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Y sin embargo me parece que debería alegrarme. Leí hasta la una de la madrugada. Hermann Herestauss, doctor en filosofía y en teogonía, ha escrito la historia y las manifestaciones de todos los seres invisibles que merodean alrededor del hombre o han sido soñados por él. Describe sus orígenes, sus dominios y sus poderes. Pero ninguno de ellos se parece al que me domina. Se diría que el hombre, desde que pudo pensar, presintió y temió la presencia de un ser nuevo más fuerte que él —su sucesor en el mundo— y que como no pudo prever la naturaleza de este amo, creó, en medio de su terror, todo ese mundo fantástico de seres ocultos y de fantasmas misteriosos surgidos del miedo. Después de leer hasta la una de la madrugada, me senté junto a mi ventana abierta para refrescarme la cabeza y el pensamiento con la apacible brisa de la noche.

Era una noche hermosa y tibia, que en otra ocasión me hubiera gustado mucho. No había luna. Las estrellas brillaban en las profundidades del cielo con estremecedores destellos.

¿Quién vive en aquellos mundos? ¿Qué formas, qué seres vivientes, animales o plantas, existirán allí? Los seres pensantes de esos universos, ¿serán más sabios y más poderosos que nosotros? ¿Conocerán lo que nosotros ignoramos? Tal vez cualquiera de estos días uno de ellos atravesará el espacio y llegará a la tierra para conquistarla, así como antiguamente los normandos sometían a los pueblos más débiles.

Somos tan indefensos, inermes, ignorantes y pequeños, sobre este trozo de lodo que gira disuelto en una gota de agua.

Pensando en eso, me adormecí en medio del fresco viento de la noche.

Pero después de dormir unos cuarenta minutos, abrí los ojos sin hacer un movimiento, despertado por no sé qué emoción confusa y extraña. En un principio no vi nada, pero de pronto me pareció que una de las páginas del libro que había dejado abierto sobre la mesa acababa de darse vuelta sola. No entraba ninguna corriente de aire por la ventana. Esperé, sorprendido. Al cabo de cuatro minutos, vi, sí, vi con mis propios ojos que una nueva página se levantaba y caía sobre la otra, como movida por un dedo. Mi sillón estaba vacío, aparentemente estaba vacío, pero comprendí que él estaba leyendo allí, sentado en mi lugar. ¡Con un furioso salto, un salto de fiera irritada que se rebela contra el domador, atravesé la habitación para atraparle, estrangularlo y matarlo! Pero antes de que llegara, el sillón cayó delante de mí como si él hubiera huido... la mesa osciló, la lámpara rodó por el suelo y se apagó, y la ventana se cerró como si un malhechor sorprendido hubiese escapado por la oscuridad, tomando con ambas manos los batientes.

Había escapado; había sentido miedo, ¡miedo de mí!

Entonces, mañana... pasado mañana o cualquiera de estos... podré tenerlo bajo mis puños y aplastarlo contra el suelo. ¿Acaso a veces los perros no muerden y degüellan a sus amos?

18 de agosto

He pensado durante todo el día. ¡Oh!, sí, voy a obedecerle, seguiré sus impulsos, cumpliré sus deseos, seré humilde, sumiso y cobarde. Él es más fuerte. Hasta que llegue el momento...

19 de agosto

¡Ya sé... ya sé todo! Acabo de leer lo que sigue en la Revista del Mundo Científico: "Nos llega una noticia muy curiosa de Río de Janeiro. Una epidemia de locura, comparable a las demencias contagiosas que asolaron a los pueblos europeos en la Edad Media, se ha producido en el Estado de San Pablo. Los habitantes despavoridos abandonan sus casas y huyen de los pueblos, dejan sus cultivos, creyéndose poseídos y dominados, como un rebaño humano, por seres invisibles aunque tangibles, por especies de vampiros que se alimentan de sus vidas mientras los habitantes duermen, y que además beben agua y leche sin apetecerles aparentemente ningún otro alimento.

"El profesor don Pedro Henríquez, en compañía de varios médicos eminentes, ha partido para el Estado de San Pablo a fin de estudiar sobre el terreno el origen y las manifestaciones de esta sorprendente locura, y poder aconsejar al Emperador las medidas que juzgue convenientes para apaciguar a los delirantes pobladores."

¡Ah! ¡Ahora recuerdo el hermoso bergantín brasileño que pasó frente a mis ventanas remontando el Sena, el 8 de mayo último! Me pareció tan hermoso, blanco y alegre. Allí estaba él que venía de lejos, ¡del lugar de donde es originaria su raza! ¡Y me vio! Vio también mi blanca vivienda, y saltó del navío a la costa. ¡Oh, Dios mío!

Ahora ya lo sé y lo presento: el reinado del hombre ha terminado.

Ha venido aquel que inspiró los primeros terrores de los pueblos primitivos. Aquel que exorcizaban los sacerdotes inquietos y que invocaban los brujos en las noches oscuras, aunque sin verlo todavía. Aquel a quien los presentimientos de los transitorios dueños del mundo adjudicaban formas monstruosas o graciosas de gnomos, espíritus, genios, hadas y duendes. Después de las groseras concepciones del espanto primitivo, hombres más perspicaces han presentado con mayor claridad. Mesmer lo sospechaba, y hace ya diez años que los médicos han descubierto la naturaleza de su poder de manera precisa, antes de que él mismo pudiera ejercerlo. Han jugado con el arma del nuevo Señor, con una facultad misteriosa sobre el alma humana. La han denominado magnetismo, hipnotismo, sugestión... ¡qué sé yo! ¡Los he visto divertirse como niños imprudentes con este terrible poder! ¡Desgraciados de nosotros! ¡Desgraciado del hombre! Ha llegado él... el... ¿cómo se llama?... el... parece que me gritara su nombre y no lo oyese... el... sí... grita... Escucho... ¿cómo?... repite... el... Horla... He oído... el Horla... es él... ¡el Horla... ha llegado!...

¡Ah! El buitre se ha comido la paloma, el lobo ha devorado el cordero; el león ha devorado el búfalo de agudos cuernos: el hombre ha dado muerte al león con la flecha, el puñal y la pólvora, pero el Horla hará con el hombre lo que nosotros hemos hecho con el caballo y el buey: lo convertirá en su cosa, su servidor y su alimento, por el solo poder de su voluntad. ¡Desgraciados de nosotros!

No obstante, a veces el animal se rebela y mata a quien lo domestica... yo también quiero... yo podría hacer lo mismo... pero primero hay que conocerlo, tocarlo y verlo. Los sabios afirman que los ojos de los animales no distinguen las mismas cosas que los nuestros... Y mis ojos no pueden distinguir al recién llegado que me oprime. ¿Por qué? ¡Oh! Recuerdo ahora las palabras del monje del monte Saint-Michel: "¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Observe, por ejemplo, el viento que es la fuerza más poderosa de la naturaleza, el viento que derriba hombres y edificios, que arranca de cuajo los árboles, y levanta montañas de agua en el mar, que destruye los acantilados y arroja contra ellos a las grandes naves; el viento, que silba, gime y ruge. ¿Acaso lo ha visto usted alguna vez? ¿Acaso puede verlo? ¡Y sin embargo existe!"

Y yo seguía pensando: mis ojos son tan débiles e imperfectos que ni siquiera distinguen los cuerpos sólidos cuando son transparentes como el vidrio. . . Si un espejo sin azogue obstruye mi camino chocaré contra él como el pájaro que penetra en una habitación y se rompe la cabeza contra los vidrios. Por lo demás, mil cosas nos engañan y desorientan. No puede extrañar entonces que el hombre no sepa percibir un cuerpo nuevo que atraviesa la luz.

¡Un ser nuevo! ¿Por qué no? ¡No podía dejar de venir! ¿Por qué nosotros íbamos a ser los últimos? Nosotros no los distinguimos pero tampoco nos distinguían los seres creados antes que nosotros. Ello se explica porque su naturaleza es más perfecta, más elaborada y mejor terminada que la nuestra, tan endeble y torpemente concebida, trabada por órganos siempre fatigados, siempre forzados como mecanismos demasiado complejos, que vive como una planta o como un animal, nutriéndose penosamente de aire, hierba y carne, máquina animal acosada por las enfermedades, las deformaciones y las putrefacciones; que respira con dificultad, imperfecta, primitiva y extraña, ingeniosamente mal hecha, obra grosera y delicada, bosquejo del ser que podría convertirse en inteligente y poderoso.

Existen muchas especies en este mundo, desde la ostra al hombre. ¿Por qué no podría aparecer una más, después de cumplirse el período que separa las sucesivas apariciones de las diversas especies?

¿Por qué no puede aparecer una más? ¿Por qué no pueden surgir también nuevas especies de árboles de flores gigantescas y resplandecientes que perfumen regiones enteras? ¿Por qué no pueden aparecer otros elementos que no sean el fuego, el aire, la tierra y el agua? ¡Sólo son cuatro, nada más que cuatro, esos padres que alimentan a los seres! ¡Qué lástima! ¿Por qué no serán cuarenta, cuatrocientos o cuatro mil? ¡Todo es pobre, mezquino, miserable! ¡Todo se ha dado con avaricia, se ha inventado secamente y se ha hecho con torpeza! ¡Ah! ¡Cuánta gracia hay en el elefante y el hipopótamo! ¡Qué elegante es el camello!

Se podrá decir que la mariposa es una flor que vuela. Yo sueño con una que sería tan grande como cien universos, con alas cuya forma, belleza, color y movimiento ni siquiera puedo describir. Pero lo veo... va de estrella a estrella, refrescándolas y perfumándolas con el soplo armonioso y ligero de su vuelo... Y los pueblos que allí habitan la miran pasar, extasiados y maravillados...

¿Qué es lo que tengo? Es el Horla que me hechiza, que me hace pensar esas locuras. Está en mí, se convierte en mi alma. ¡Lo mataré!

19 de agosto

Lo mataré. ¡Lo he visto! Anoche yo estaba sentado a la mesa y simulé escribir con gran atención. Sabía perfectamente que vendría a rondar a mi alrededor, muy cerca, tan cerca que tal vez podría tocarlo y asirlo. ¡Y entonces!... Entonces tendría la fuerza de los desesperados; dispondría de mis manos, mis rodillas, mi pecho, mi frente y mis dientes para estrangularlo, aplastarlo, morderlo y despedazarlo.

Yo acechaba con todos mis sentidos sobreexcitados.

Había encendido las dos lámparas y las ocho bujías de la chimenea, como si fuese posible distinguirlo con esa luz.

Frente a mí está mi cama, una vieja cama de roble, a la derecha la chimenea; a la izquierda la puerta cerrada cuidadosamente, después de dejarla abierta durante largo rato a fin de atraerlo; detrás de mí un gran armario con espejos que todos los días me servía para afeitarme y vestirme y donde acostumbraba mirarme de pies a cabeza cuando pasaba frente a él.

Como dije antes, simulaba escribir para engañarlo, pues él también me espiaba. De pronto, sentí, sentí, tuve la certeza de que leía por encima de mi hombro, de que estaba allí rozándome la oreja. Me levanté con las manos extendidas, girando con tal rapidez que estuve a punto de caer. Pues bien... se veía como si fuera pleno día, ¡y sin embargo no me vi en el espejo!... ¡Estaba vacío, claro, profundo y resplandeciente de luz! ¡Mi imagen no aparecía y yo estaba frente a él! Veía aquel vidrio totalmente limpio de arriba abajo. Y lo miraba con ojos extraviados; no me atrevía a avanzar, y ya no tuve valor para hacer un movimiento más. Sentía que él estaba allí, pero que se me escaparía otra vez, con su cuerpo imperceptible que me impedía reflejarme en el espejo. ¡Cuánto miedo sentí! De pronto, mi imagen volvió a reflejarse pero como si estuviese envuelta en la bruma, como si la observase a través de una capa de agua. Me parecía que esa agua se deslizaba lentamente de izquierda a derecha y que paulatinamente mi imagen adquiría mayor nitidez. Era como el final de un eclipse. Lo que la ocultaba no parecía tener contornos precisos; era una especie de transparencia opaca, que poco a poco se aclaraba.

Por último, pude distinguirme completamente como todos los días.

¡Lo había visto! Conservo el espanto que aún me hace estremecer.

20 de agosto

¿Cómo podré matarlo si está fuera de mi alcance?

¿Envenenándolo? Pero él me verá mezclar el veneno en el agua y tal vez nuestros venenos no tienen ningún efecto sobre un cuerpo imperceptible. No... no... decididamente no. Pero entonces... ¿qué haré entonces?

21 de agosto

He llamado a un cerrajero de Ruán y le he encargado persianas metálicas como las que tienen algunas residencias particulares de París, en la planta baja, para evitar los robos. Me haré además una puerta similar. Me debe haber tomado por un cobarde, pero no importa...

10 de septiembre

Ruán, Hotel Continental. Ha sucedido... ha sucedido... pero, ¿habrá muerto? Lo que vi me ha trastornado.

Ayer, después que el cerrajero colocó la persiana y la puerta de hierro, dejé todo abierto hasta medianoche a pesar de que comenzaba a hacer frío. De improviso, sentí que estaba aquí y me invadió la alegría, una enorme alegría. Me levanté lentamente y caminé en cualquier dirección durante algún tiempo para que no sospechase nada. Luego me quité los botines y me puse distraídamente unas pantuflas. Cerré después la persiana metálica y regresé con paso tranquilo hasta la puerta, cerrándola también con dos vueltas de llave. Regresé entonces hacia la ventana, la cerré con un candado y guardé la llave en el bolsillo.

De pronto, comprendí que se agitaba a mi alrededor, que él también sentía miedo, y que me ordenaba que le abriera. Estuve a punto de ceder, pero no lo hice. Me acerqué a la puerta y la entreabrí lo suficiente como para poder pasar retrocediendo, y como soy muy alto mi cabeza llegaba hasta el dintel. Estaba seguro de que no había podido escapar y allí lo acorralé solo, completamente solo. ¡Qué alegría! ¡Había caído en mi poder! Entonces descendí corriendo a la planta baja; tomé las dos lámparas que se hallaban en la sala situada debajo de mi habitación, y, con el aceite que contenían roció la alfombra, los muebles, todo. Luego les prendí fuego, y me puse a salvo después de cerrar bien, con dos vueltas de llave, la puerta de entrada.

Me escondí en el fondo de mi jardín tras un macizo de laureles. ¡Qué larga me pareció la espera! Reinaba la más completa oscuridad, gran quietud y silencio; no soplabla la menor brisa, no había una sola estrella, nada más que montañas de nubes que aunque no se veían hacían sentir su gran peso sobre mi alma.

Miraba mi casa y esperaba. ¡Qué larga era la espera! Creía que el fuego ya se había extinguido por sí solo o que él lo había extinguido. Hasta que vi que una de las ventanas se hacía astillas debido a la presión del incendio, y una gran llamarada roja y amarilla, larga, flexible y acariciante, ascender por la pared blanca hasta rebasar el techo. Una luz se reflejó en los árboles, en las ramas y en las hojas, y también un estremecimiento, ¡un estremecimiento de pánico! Los pájaros se despertaban; un perro comenzó a ladrar; parecía que iba a amanecer. De inmediato, estallaron otras ventanas,

y pude ver que toda la planta baja de mi casa ya no era más que un espantoso brasero. Pero se oyó un grito en medio de la noche, un grito de mujer horrible, sobreagudo y desgarrador, al tiempo que se abrían las ventanas de dos buhardillas. ¡Me había olvidado de los criados! ¡Vi sus rostros enloquecidos y sus brazos que se agitaban!...

Despavorido, eché a correr hacia el pueblo gritando: "¡Socorro! ¡Socorro! ¡Fuego! ¡Fuego!" Encontré gente que ya acudía al lugar y regresé con ellos para ver.

La casa ya sólo era una hoguera horrible y magnífica, una gigantesca hoguera que iluminaba la tierra, una hoguera donde ardían los hombres, y él también. Él, mi prisionero, el nuevo Ser, el nuevo amo, ¡el Horla!

De pronto el techo entero se derrumbó entre las paredes y un volcán de llamas ascendió hasta el cielo. Veía esa masa de fuego por todas las ventanas abiertas hacia ese enorme horno, y pensaba que él estaría allí, muerto en ese horno...

¿Muerto? ¿Será posible? ¿Acaso su cuerpo, que la luz atravesaba, podía destruirse por los mismos medios que destruyen nuestros cuerpos?

¿Y si no hubiera muerto? Tal vez sólo el tiempo puede dominar al Ser Invisible y Temido. ¿Para qué ese cuerpo transparente, ese cuerpo invisible, ese cuerpo de Espíritu, si también está expuesto a los males, las heridas, las enfermedades y la destrucción prematura?

¿La destrucción prematura? ¡Todo el temor de la humanidad procede de ella! Después del hombre, el Horla. Después de aquel que puede morir todos los días, a cualquier hora, en cualquier minuto, en cualquier accidente, ha llegado aquel que morirá solamente un día determinado en una hora y en un minuto determinado, al llegar al límite de su vida.

No... no... no hay duda, no hay duda... no ha muerto. . . Entonces, tendré que suicidarme...

FIN

A las aguas

DIARIO DEL MARQUÉS DE ROSEVEYRE

12 DE JUNIO 1880.- ¡A Loèche! ¡Quieren que vaya a pasar un mes a Loèche! ¡Misericordia! ¡Un mes en esta ciudad que dicen ser la más triste, la más muerta, la más aburrida de las villas! ¡Qué digo, una ciudad! ¡Es un agujero, no una ciudad! ¡Me condenan a un mes de baño..., en fin!

13 DE JUNIO.- He pensado toda la noche en este viaje que me espanta ¡Sólo me queda una cosa por hacer, voy a llevar una mujer! ¿Podrá distraerme esto, tal vez? Y además yo aprenderé, con esta prueba, si estoy maduro para el matrimonio.

Un mes a solas, un mes de vida en común con alguien, de una vida en pareja completa, de conversación a todas las hora del día y de la noche. ¡Diablos!

Estar con una mujer durante un mes, es verdad, no es tan grave como tenerla de por vida; pero es de por sí mucho más serio que estar con ella por una noche. Sé que podré devolverla, con algunos cientos de luses; ¡pero entonces permaneceré solo en Loèche, lo que no es nada divertido!

La elección será difícil. No quiero ni una coqueta ni una espabilada. Es necesario que no me sienta ni ridículo ni orgulloso de ella. Quiero que se diga: “El Marqués de Roseveyre está de buena suerte”; pero no quiero que se cuchichee: “ Ese pobre Marqués de Roseveyre!”. En suma, tengo que exigir a mi pasajera compañera todas las cualidades que exigiría a mi compañera definitiva. La única diferencia que se puede establecer es aquella que existe entre el objeto nuevo y el objeto de ocasión. ¡Bah!, ¡se puede encontrar, voy a pensar en ello!

14 DE JUNIO.- ¡Berthe!... He aquí mi acompañante. Veinte años, guapa, recién salida del Conservatorio, esperando un papel, futura estrella. Buenos modales, altivez, carácter y... amor. Objeto de ocasión pudiendo pasar por nuevo.

15 DE JUNIO.- Está libre. Sin compromiso de negocios o de corazón, ella acepta, yo mismo he encargado sus vestidos, para que no tenga aspecto de jovencita.

20 DE JUNIO.- Basilea. Duerme. Voy a comenzar mis notas de viaje.

De hecho, ella es encantadora. Cuando llegó a la estación delante de mí, no la reconocía, hasta tal punto tenía aspecto de mujer de mundo. Verdaderamente tiene porvenir esta niña.... en el teatro.

Me pareció cambiada en sus modales, en su andar, en su actitud y sus gestos, en la forma de sonreír, en la voz, en todo, irreprochable, en fin. ¡Y peinada! ¡Oh! Peinada de una forma divina, de una manera encantadora y sencilla, en una mujer que ya no tiene que atraer las miradas, que ya no tiene que agrandar a todos, cuyo papel ya no es seducir, a primera vista, a los que la vean, sino que quiere gustar a uno solo, discreta y únicamente. Y esto se dejaba ver en todo su aspecto. Se mostraba tan finamente y tan completamente, la metamorfosis me pareció tan absoluta y hábil, que le ofrecí mi brazo como hubiera hecho con mi mujer. Ella lo tomó con soltura como si se tratara de mi mujer.

Frente a frente en el portalón permanecimos en un primer momento inmóviles y mudos. Después ella levantó su velo y sonrió... Nada más. Un sonreír de buen tono. ¡Oh! Me daba miedo besarla, la comedia de la ternura, el eterno y banal juego de las jóvenes.

Pero no, ella se contuvo. Es fuerte.

Más tarde hemos charlado un poco como dos jóvenes esposos, un poco como dos extraños. Era amable. Muchas veces sonreía mirándome. Era yo ahora quien tenía ganas de abrazarla. Pero permanecí tranquilo.

En la frontera, un funcionario abrió bruscamente la puerta y me preguntó:

-¿Su nombre, señor?

Me sorprendió. Respondí:

-Marqués de Roseveyre.

-¿A dónde se dirige usted?

-A las termas de Loèche, en le Valais.

Escribió en un registro. Respondió:

-¿La señora es su mujer?

¿Qué hacer? ¿Qué responder? Levanté los ojos hacia ella dudando. Ella estaba pálida y miraba a lo lejos...

Sentí que iba a ofenderla muy gratuitamente. Y además, en fin, sería mi compañía durante un mes.

Dije:

-Sí, señor.

De repente la vi enrojecer. Me sentí feliz.

Pero en el hotel, llegando aquí, la propietaria le tendió el registro. Ella me lo pasó muy rápidamente; me di cuenta de que ella me estaba mirando mientras escribía. ¡Era nuestra primera noche de intimidad!... ¿Una vez pasada la página, quien leería este registro? Yo escribí: “Marqués y marquesa de Roseveyre, dirigiéndose a Loèche.”

21 DE JUNIO.- Seis de la mañana. Bâle. Salimos para Berne. Decididamente tengo buena mano.

21 DE JUNIO.- Diez de la noche. Jornada singular. Estoy un poco emocionado. Esto es tonto y divertido.

Durante el trayecto, hemos podido hablar un poco. Se había levantado un poco temprano; estaba cansada; dormitaba.

Tan pronto estuvimos en Berne, quisimos contemplar ese panorama de los Alpes que yo no conocía en absoluto; y he aquí que salimos por la ciudad, como dos recién casados.

Y de repente percibimos una llanura desmesurada, y allá abajo, allá abajo, los glaciares. De lejos, así, no parecían inmensos; sin embargo, aquella vista me produjo un escalofrío en las venas. Un resplandeciente sol poniente caía sobre nosotros; el calor era terrible. Fríos y blancos permanecían ellos, los montes helados. El Jungfrau, el Vierge, dominando a sus hermanos, extendía su ancha falda de nieve, y todos, hasta perderse de vista, se alzaban a su alrededor, los gigantes de cabeza blanca, las eternas cimas heladas que el agonizante día hacía más claras, como plateadas, sobre el azul oscuro de la noche.

Su infinidad inerte y colosal daba la sensación de comienzo de un mundo sorprendente y nuevo, de una región escarpada, muerta, petrificada pero atrayente como el mar, llena de un poder de seducción misteriosa. El aire que había acariciado sus cimas siempre heladas parecía venir hacia nosotros por encima de los campos estrechos y floridos, muy diferente al aire fecundante de las llanuras. Tenía algo de desapacible y de poderoso, de estéril, como un aroma de espacios inaccesibles.

Berthe, ensimismada, observaba sin cesar, sin poder pronunciar ni una palabra.

De repente me cogió la mano y la apretó. Yo mismo sentía en el alma esa especie de fiebre, esa exaltación que nos sobrecoge delante de ciertos espectáculos inesperados. Agarré esa pequeña mano temblorosa y la llevé a mis labios; y la besé, a fe mía, con amor.

Permanecí un poco turbado. ¿Pero por quien? ¿Por ella o por los glaciares?

24 DE JUNIO.- Loèche, diez de la noche.

Todo el viaje ha sido delicioso. Hemos pasado medio día en Thun, contemplando la ruda frontera de montañas que debíamos franquear al día siguiente.

Al amanecer, atravesamos el lago, el más hermoso de Suiza tal vez. Unas mulas nos esperaban. Nos sentamos sobre sus lomos y partimos. Después de haber desayunado en un pueblecito, comenzamos a escalar, entrando lentamente en la garganta que sube poblada de árboles, siempre dominada por las altas cumbres. De territorio en sitio, sobre las pendientes que parecen venir del cielo; se distinguen puntos blancos, chalets construidos allí no se sabe cómo. Atravesamos torrentes, percibimos, a veces, entre dos puntiagudas cimas y cubiertas de abetos, una inmensa pirámide de nieve que parecía tan próxima que hubiéramos jurado alcanzarla en diez minutos, pero que apenas habríamos llegado en veinticuatro horas.

A veces atravesábamos caos de piedras, estrechas llanuras tapizadas de rocas desprendidas como si dos montañas se hubieran enfrentado en esta contienda, dejando sobre el campo de batalla los restos de sus miembros de granito.

Berthe, extenuada, dormía sobre su animal, abriendo de vez en cuando los ojos para ver de nuevo. Acabó por adormecerse, y yo la sujetaba por una mano, feliz de su contacto, de sentir a través de su vestido el suave calor de su cuerpo. Llegó la noche, todavía subíamos. Nos paramos delante de la puerta de un pequeño albergue perdido en la

montaña.

¡Dormimos! ¡Oh! ¡Dormimos!

Al amanecer, corrí a la ventana, y prorrumpí en un grito. Berthe llegó a mi lado y se quedó estupefacta y embelesada. Habíamos dormido en la nieve.

Todo a nuestro alrededor, montes enormes y estériles cuyos huesos grises sobresalían bajo su abrigo blanco, montes sin pinos, sombríos y helados, se elevaban tan alto que parecían inaccesibles.

Una hora después de estar en ruta de nuevo, percibimos, al fondo de este embudo de granito y de nieve, un lago negro, sombrío, sin una onda, que durante largo tiempo habíamos seguido. Un guía nos trajo algunos edelweiss, las flores blancas de los glaciares. Berthe hizo un ramillete para su blusa.

De repente, la garganta de peñascos se abrió delante de nosotros, descubriendo un horizonte sorprendente: toda la cadena de los Alpes piemonteses más allá del valle del Ródano. Las enormes cumbres, de lugar en lugar, dominaban la multitud de cimas menores. Eran el monte Rose, arduo y macizo; el Cervin, recta pirámide donde muchos hombres han muerto, el Dent-du-Midi; otros cientos de puntos blancos, relucientes como cabezas de diamantes, bajo el sol.

Pero bruscamente el sendero que seguíamos se detuvo al borde de un precipicio, y en el abismo, en el fondo del agujero negro de dos mil metros, encerrado entre cuatro muros de rectos peñascos, sombríos, salvajes, sobre una capa de hierba, percibimos algunos puntos blancos con bastante parecido a corderos en un prado. Eran las casas de Loèche.

Fue necesario dejar las mulas, siendo el camino tan peligroso. El sendero desciende a lo largo de la roca, serpentea, gira, va, vuelve, sin jamás perder de vista el precipicio, y siempre también el pueblo que crece a medida que nos acercamos. Es a lo que se le llama el pasaje de la Gemmi, uno de los más bellos de los Alpes, si no el más bello. Berthe, apoyándose en mí, prorrumpía gritos de alegría y gritos de pavor, feliz y temerosa como un niño. Como estábamos a algunos pasos de los guías y ocultos por un voladizo de la roca, me abrazó. Yo la abracé...

Yo me había dicho:

-En Loèche, pondré cuidado en hacer entender que no estoy con mi mujer.

Pero por todos lados yo la había tratado como tal, en todas partes la había hecho pasar por la Marquesa de Roseveyre. No podía ahora inscribirla bajo otro nombre. Y además la habría herido en el corazón, y verdaderamente era encantadora.

Pero le dije:

-Querida amiga, llevas mi apellido, la gente me cree tu marido; espero que te comportes con todo el mundo con una extrema prudencia y una extrema discreción. Nada de conocidos, de charlas, de relaciones. Que te crean noble, actúa de forma que nunca tenga que reprocharme lo que he hecho.

Ella respondió:

-No tenga miedo, mi pequeño René.

26 DE JUNIO.- Loèche no es triste. No. Es salvaje, pero muy hermosa. Este muro de rocas altas de dos mil metros, de donde se deslizan cientos de torrentes semejantes a hilillos de plata; este ruido eterno del agua que discurre; este pueblo sepultado en los Alpes desde donde se ve, como desde el fondo de un pozo, el sol lejano atravesar el cielo; el glaciar vecino, muy blanco en la escotadura de la montaña, y ese pequeño valle lleno de arroyos, lleno de árboles, pleno de frescura y de vida, que desciende hacia el Ródano y deja ver en el horizontes las cimas nevadas del Piémont: todo esto me seduce y me encandila. Tal vez si... si Berthe no estuviera aquí?...

Es perfecta, esta niña, reservada y distinguida más que nadie. Yo escucho decir:

-¡Qué hermosa es, esta marquesita!...

27 DE JUNIO.- Primer baño. Descendemos directamente de la habitación a las piscinas, donde veinte bañistas tiemblan, ya vestidos con largos vestidos de lana, juntos hombres y mujeres. Unos comen, otros leen, otros charlan. Mueven delante de sí pequeñas tablas flotantes. A veces juegan al anillo, lo que no siempre es decoroso. Vistos a través de las galerías que rodean el baño, tenemos aspecto de gruesos sapos en una tinaja.

Berthe ha venido a sentarse a esta galería para charlar un poco conmigo. La han mirado mucho.

28 DE JUNIO.- Segundo baño. Cuatro horas de agua. Las tomaré de ocho en ocho horas. Tengo por compañeros bañistas el Príncipe de Vanoris (Italia), el Conde Lovenberg (Austria), el barón Samuel Vernhe (Hungría u otra parte),

además una quincena de personajes de menor importancia, pero todos nobles. Todo el mundo es noble en las villas termales.

Ellos me piden, uno tras otro, ser presentados a Berthe. Yo respondo: “¡Sí!” y me retiro. Me creen celoso, ¡qué tontería!

29 DE JUNIO.- ¡Diablos! ¡Diablos! La Princesa de Vanoris ha venido ella misma en persona a buscarme, deseando conocer a mi mujer, en el momento en que entrábamos en el hotel. Yo le presenté a Berthe, pero le he rogado con delicadeza que evitara encontrarse con esta dama.

2 DE JULIO.- El Príncipe nos ha agarrado del cuello para llevarnos a su apartamento, donde los bañistas insignes tomaban el té. Berthe era, sin duda alguna, mejor que todas las damas; ¿pero qué hacer?

3 DE JULIO.- ¡A fe mía, qué le vamos a hacer! Entre estos treinta hidalgos, ¿no se encuentran al menos diez de fantasía? ¿Entre estas dieciséis o diecisiete mujeres, están más de doce seriamente casadas, y de estas doce, más de seis irreprochables? ¡Tanto peor para ellas, tanto peor para ellos! ¡Ellos lo han querido!

10 DE JULIO.- Berthe es la reina de Loèche! ¡Todo el mundo está loco por ella; la celebran, la miman, la adoran! Por otra parte, ella es soberbia en gracia y distinción. Me envidian.

La Princesa de Vanoris me ha preguntado:

-¡Ah!, Marqués, ¿dónde ha encontrado este tesoro?

Yo tenía deseos de responder:

-¡Primer premio del Conservatorio, curso de comedia, contratada en el Odeón, libre a partir del 5 de agosto de 1880!

¡Qué cara hubiera puesto, Dios mío!

20 DE JULIO.- Berthe es realmente sorprendente. Ni una falta de tacto, ni una falta de gusto; ¡una maravilla!

10 DE AGOSTO.- París. Se acabó. Tengo el corazón hecho polvo. La víspera de la partida creí que todo el mundo iba a llorar.

Decidimos ir a ver amanecer sobre el Torrenthon, luego de volver a descender a la hora de nuestra partida.

Nos pusimos en marcha hacia media noche, sobre unas mulas. Los guías portaban faroles; y la larga caravana se extendía por el camino sinuoso del bosque de pinos. Luego atravesamos los pastos donde rebaños de vacas erraban en libertad. Después alcanzamos la región de las rocas, donde la misma hierba desaparecía.

A veces, en la sombra, se distinguía, sea a derecha, sea a izquierda, una masa blanca, un amontonamiento de nieve en un agujero de la montaña.

El frío llegaba a ser mordiente, pinchaba los ojos y la piel. El viento desecante de las cimas soplaba, quemando las gargantas, aportando los hálitos helados de cien lugares de picos congelados.

Cuando llegamos a nuestro destino era ya de noche. Desembalamos todas las provisiones para beber el champán al amanecer.

El cielo palidecía sobre nuestras cabezas. Vimos de pronto un obstáculo a nuestros pies; luego, a unos cientos de metros, otra cima.

El horizonte entero parecía lívido, sin que se distinguiera nada todavía a lo lejos. Pronto descubrimos, a la izquierda, una enorme cima, el Jungfrau, después otra, después otra. Aparecían poco a poco como si fueran levantándose a lo largo del nacimiento del día. Y nosotros quedábamos estupefactos de encontrarnos así en el medio de estos colosos, en este país desolado de nieves eternas. De repente, en frente, se nos mostró la desmesurada cadena del Piémont. Otras cumbres aparecieron al norte. Realmente era el inmenso país de los grandes montes de frentes helados, desde el Rhindenhorn, pesado como su nombre, hasta el fantasma apenas visible del patriarca de los Alpes, el Mont Blanc.

Unos eran orgullosos y rectos, otros acucillados, otros deformes, pero todos homogéneamente blancos, como si algún Dios hubiera arrojado sobre la jorobada tierra un sábana inmaculada.

Unos parecían tan cerca que habríamos podido saltar sobre ellos; otros estaban tan lejos que apenas los distinguíamos.

El cielo se volvió rojo; y todos enrojecieron. Las nubes parecían sangrar sobre ellos. Era maravilloso, casi pavoroso.

Pero pronto la nube encendida palideció, y toda la armada de cumbres insensiblemente se volvió rosa, de un rosa suave

y tierno como los vestidos de una jovencita.

Y el sol apareció por encima de la capa de nieves. Entonces, de repente, el pueblo entero de los glaciares se hizo blanco, de un blanco brillante, como si el horizonte estuviera lleno de una multitud de cúpulas de plata.

Las mujeres, extasiadas, miraban.

Se estremecieron; un tapón de champán acababa de saltar; Y el Príncipe de Vanoris, ofreciendo un vaso a Berthe, gritó:

-¡Bebo por la Marquesa de Roseveyre!

Todos clamaron: “ ¡Yo bebo por la Marquesa de Roseveyre!”

Ella montó encima de su mula y respondió:

-¡Yo bebo por todos mis amigos!

Tres horas más tarde, cogimos el tren para Ginebra, en el valle del Ródano.

Tan pronto estuvimos a solas Berthe, tan feliz y contenta hace un rato, se puso a sollozar, el rostro entre sus manos.

Yo me lancé a sus rodillas:

-¿Qué tienes? ¿Qué tienes? Dime, ¿qué tienes?

Ella balbuceó entre sus lágrimas:

-¡Es... es... es pues que se ha acabado ser una mujer honesta!

¡Verdaderamente, en ese momento estuve a punto de cometer una tontería, una gran tontería...!

No la hice.

Dejé a Berthe entrando en París. Tal vez más tarde habría sido demasiado débil.

(El diario del Marqués de Roseveyre no ofrece ningún interés durante los dos años siguientes. En la fecha 20 de julio de 1883 encontramos las líneas siguientes).

20 DE JULIO DE 1883.- Florencia. Triste recuerdo dentro de poco. Me paseaba por los Cassines cuando una mujer hizo parar su coche y me llamó. Era la Princesa de Vanoris. Tan pronto me tuvo al alcance de la voz:

-¡Oh!, Marqués, mi querido Marqués, ¡qué contenta estoy de reencontrarlo! Rápido, rápido, deme noticias de la Marquesa; es realmente la mujer más encantadora que he visto en toda mi vida!.

Me quedé sorprendido, no sabiendo qué decir y golpeado en el corazón de una forma violenta. Balbuceé:

-No me hable nunca de ella, Princesa, hace tres años que la he perdido.

Ella me cogió la mano.

-¡Oh! ¡Cómo lo siento, amigo mío!

Se fue. Me sentí triste, descontento, pensando en Berthe, como si acabáramos de separarnos.

¡El Destino muy a menudo se equivoca!

Cuántas mujeres honestas habían nacido para ser mujerzuelas, y lo demuestran.

¡Pobre Berthe! Cuántas otras habían nacido para ser mujeres honestas...y ésta... más que las demás... tal vez.... En fin, no pensemos más.

FIN

Abandonado

-Es preciso estar loca para salir al campo a estas horas con un calor insufrible. De dos meses a esta parte, se te ocurren ideas muy extrañas. A la fuerza me haces venir a la orilla del mar, cuando en cuarenta y cinco años que llevamos de matrimonio jamás tuviste semejante fantasía. Sin pedirme parecer, eliges como residencia de verano esta población triste, Fècamp, y te invade un deseo furioso de hacer ejercicio (¡eso tú, que nunca dabas dos pasos!), al extremo de querer salir al campo a estas horas en el día más caluroso del año. Dile a nuestro amigo Apreval que te acompañe, puesto que se presta amablemente a todos tus caprichos. Yo, por mi parte, me quedo a dormir la siesta.

La señora Cadour dijo:

-¿Quiere usted acompañarme, Apreval?

Este se inclinó, sonriendo con una galantearía de los tiempos pasados. mientras decía:

-Iré a donde usted vaya.

-Bueno; vayan a coger una insolación -exclamó el señor de Cadour.

Y se metió en su cuarto del hotel de los Baños para echarse un par de horas en la cama.

Cuando la respetable señora y su antiguo compañero quedaron solos, se pusieron en marcha. Ella dijo con voz muy baja y apretándole una mano:

-¡Al fin! ¡Al fin!

Él murmuró:

-Se ha vuelto usted loca. Estoy convencido en absoluto de que se ha vuelto usted loca. Piense cuánto arriesga. Si ese hombre...

Ella le interrumpió, sobresaltada:

-¡Oh, Enrique! No diga usted nunca ese hombre cuando hablemos de él.

Él prosiguió bruscamente:

-¡Bueno! Si nuestro hijo sospecha cualquier cosa, y receloso descubre la verdad, nos tiene cogidos para siempre. Pudo usted pasar cuarenta años alejada, sin conocerle siquiera, ¿qué antojo es el de hoy?

Habían seguido la calle que va de la playa al pueblo. Volvieron a la derecha para subir el repecho de Etretat. El camino blanco se inundaba con los abrasadores rayos del sol.

Andaban despacio, sofocándose, a paso corto. Ella se apoyaba en el brazo de su amigo, mirando hacia adelante, con los ojos fijos, insistentes.

Preguntó:

-¿De manera que tampoco usted le ha visto nunca?

-¡Jamás!

-Pero ¿es posible?

-No comencemos nuevamente la eterna discusión. Yo tengo mujer y tengo hijos, como usted tiene un marido; como usted, debo guardarme de murmuraciones.

Ella no respondió. Pensaba en su juventud lejana, en las cosas que ya pasaron. Todo era triste.

Se había casado, como se casan muchas mujeres, a instancias de la familia, con un hombre al que apenas conocen. Su marido era diplomático; vivió con él como viven todas las mujeres de buena sociedad.

Pero sucedió que un joven, Apreval, casado también, la quiso con un amor profundo, y durante una larga ausencia del señor Cadour, que había ido a las Indias, enviado por el Gobierno, la señora sucumbió.

¿Le hubiera sido posible resistir más? ¿Negarse? ¿Pudo resolverse a no ceder, adorándole como le adoraba? ¡No! ¡Ciertamente, no! ¡Era pedirle demasiado! Era demasiado sufrir. ¡La vida es tan miserable y engañosa! ¿Puede uno evitar ciertas asechanzas de la suerte, huir de su destino? Siendo mujer, abandonada, sola, sin ternuras que la remedien, sin hijos que la defiendan, ¿se puede, un día y otro día, evitar una pasión que arrastra la existencia? ¿Se puede huir del sol, para encerrarse hasta la muerte en la oscuridad?

Entonces, después de tanto tiempo, recordaba ella todos los detalles, las caricias, las ansias, las impacencias aguardándole. ¡Qué días tan felices! Los únicos felices. Y ¡qué pronto acabaron!

Luego se sintió embarazada. ¡Qué angustias!

¡Oh! Aquel viaje al Mediodía, un viaje largo, doloroso; los temores incesantes, la vida misteriosa, oculta en la casita solitaria, cerca del mar, en el fondo de un jardín del que nunca se atrevió a salir.

¡Cómo recordaba los días eternos que pasó al pie de un naranjo, con los ojos fijos en el fruto redondo y rojo, escondido casi entre verdes hojas! Deseaba salir, acercarse al mar, cuya brisa fecunda recibía por encima de la tapia, cuyo constante vaivén oía sin cesar, cuya superficie azul, brillante al sol, y salpicada por blancas velas, era su encanto. Pero tenía miedo hasta de asomarse a la puerta. Si alguien la hubiese reconocido en aquel estado, con aquella cintura deforme y vergonzosa...

Y los días de inquietud, los últimos días torturadores; y la espantosa noche del suceso. ¡Cuántas miserias había padecido!

¡Qué noche aquella! ¡Cuánto gimió, cuánto gritó! No se borraba de su memoria el rostro pálido de su amante, besándole a cada minuto las manos; la cabeza calva del médico, la cofia blanquísima de la enfermera.

Y la sacudida violenta de su corazón al oír el débil gemido de la criatura, aquel primer esfuerzo de una voz de hombre.

Y al día siguiente... ¡Ah! ¡Al día siguiente, único de su vida en que lo tuvo cerca y besó a su hijo! Porque jamás volvieron a verle sus ojos.

Y desde entonces, ¡qué larga, penosa y vacía existencia, en la cual siempre, siempre flotaba el recuerdo imborrable de aquella criatura! ¡Y jamás volvió a verle, ni una sola vez, a aquel pedazo de sus entrañas, al hijo de sus amores!

Lo cogieron, lo llevaron, lo escondieron. Ella supo solamente que unos campesinos normandos lo educaban, que vivía como campesino, que se casó, bien casado, y que fue bien establecido por su padre.

¡Cuántas veces, durante cuarenta años, ella quiso ir a verle, para besarle! ¡No imaginaba que se habría desarrollado! Le suponía siempre como aquella larva humana que sólo un día cogió en brazos, apretándolo contra su cuerpo dolorido.

Cuántas veces dijo a su amante: «No aguardo más, quiero verle, voy a verle», siempre la convencía, la contenía. Ella no sabía reprimirse, callarse, y el otro adivinaría y exploraría, comprometiéndolos.

-¿Cómo es? -preguntaba la señora.

-No lo sé. Tampoco le conozco.

-¿Es posible? ¡Tener un hijo y no conocerle! ¡Rechazarle con temor, ocultarle como una vergüenza!

Iban camino adelante, fatigados por el calor, ganando poco a poco el inacabable repecho.

Ella prosiguió:

-Parece un castigo. Jamás tuve otro. Y a aquél, no verle... No. Era imposible resistir al deseo de verle, que hace tantos años me obsesiona. Los hombres no comprenden eso. Piense usted que no está lejos el día de mi muerte.

Y ¿era posible morir sin volverle a ver?

-¿Cómo pude aguantar tanto tiempo? He pensado en él durante toda mi vida. ¡Qué horrorosa vida, con este pensamiento constante! ¡No he despertado una sola vez, ni una sola vez, sin que mi primer pensamiento no fuese para él, para el hijo mío! ¿Cómo estará? Me siento culpable, culpable de su abandono, de mi cobardía. ¿Se debe temer al mundo en tales casos? Debí dejarlo todo para no dejarle a él; conservarle, cuidarle y educarle. Hubiera sido más dichosa. Y no me atreví. ¡Bien lo pagué con mi sufrimiento; ¡ Ah! Esas pobres criaturas abandonadas... ¡cómo deben de odiar a sus madres!

De pronto se detuvo, ahogada por los sollozos. El valle estaba desierto y mudo bajo la luz abrumadora del sol.

-Descanse usted un poco; siéntese un rato -dijo Apreval.

Ella se dejó conducir hasta la cuneta, y, después de sentarse, ocultó el rostro entre las manos. Sus cabellos canosos, formando rizos, caían sobre sus mejillas, mezclándose con su llanto. Lloraba, herida por un dolor profundo.

Él estaba en pie, frente a ella, inquieto, no, sabiendo qué decirle, repetía:

-Vamos..., valor...

Ella se levantó de pronto:

-¡Lo tendré!

Y secándose los ojos, avanzó nuevamente con su paso inseguro de anciana.

El camino se hundía, más adelante, bajo un grupo de árboles, que ocultaban algunas casas. Oyeron el choque vibrante y regular de un martillo en un yunque.

Bien pronto vieron, a su derecha, una carreta parada junto a un cobertizo, y a la sombra dos hombres ocupados en herrar un caballo.

El señor de Apreval se acercó preguntando:

-¿La masía de Pedro Benedicto?

Uno de los hombres respondió:

Tome usted el camino a la izquierda, y siga derecho; es la tercera pasando el café. Tiene un pino junto a la valla. No es fácil equivocarse.

Volvieron a la izquierda. Ella estaba más tranquila, pero con las piernas cansadas y el corazón palpitante. A cada paso, murmuraba como un rezo: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Y oprimía su garganta una emoción terrible, haciéndola vacilar como si le hubiesen cortado las corvas.

El señor de Apreval, nervioso, algo pálido, le dijo bruscamente:

-Si no sabe usted moderarse, todo se descubrirá en seguida. Trate de contenerse y disimular.

Ella balbucía:

-¿Puedo hacer más de lo que hago? ¡Hijo mío! ¡Cuando pienso que voy a ver al hijo mío!

Avanzaban por una senda, entre los corrales de las masías, a la sombra de una doble fila de hayas.

Y, de pronto, se hallaron frente a la valla junto a la cual crecía un pino.

-Aquí es.

Ella se detuvo y observó.

La corralada, llena de manzanos, era grande. La casa, pequeña. Se veían también allí la cuadra, el establo, el gallinero. Bajo un cobertizo de pizarra, los carros, las carretas y una tartanita. Cuatro bueyes pastaban a la sombra de los árboles. Las gallinas iban y venían.

La puerta de la casa estaba abierta. No se veía a nadie; no se oía ningún ruido.

Entraron. Un perro negro salió de su casita, ladrando con furor. Junto a la pared había cuatro colmenas en fila. El señor de Apreval gritó:

-¿Hay alguien?

Apareció una chiquilla de diez años aproximadamente, vestida con una camisa de algodón y una falda de lana, con las piernas desnudas y sucias, con la expresión tímida y desconfiada. Se paró delante de la puerta como para impedir la entrada, preguntando: -¿Qué buscan ustedes?

-¿Está en casa tu padre?

-No.

-¿Adónde ha ido?

-No lo sé.

-¿Y tu madre?

-Con las vacas.

-¿Vendrá pronto?

-No lo sé.

Y bruscamente la señora, como si temiera que se la llevaran de allí a la fuerza sin conseguir su propósito, dijo con voz precipitada:

-No me voy sin verle.

-Le aguardaremos, amiga mía. Y vieron que una campesina se acercaba con dos cántaros de hojalata que parecían muy pesados, y que lucían como espejos reflejando el sol.

Era coja la campesina; llevaba el pecho cruzado por una toquilla de lana oscura, lavada por las lluvias, deslucida por el calor, y tenía el aspecto de una criada pobre y sucia.

-Ahí viene mi madre-dijo la niña.

Acercándose la mujer, miraba recelosamente a los forasteros. Luego entró en la casa como si no los hubiera visto.

Parecía vieja, con el rostro arrugado, amarillento, duro; la cara de pavo de las campesinas. El señor de Apreval la llamó.

-Diga usted, señora, ¿podría usted vendernos dos vasos de leche?

La mujer refunfuñó, apareciendo en su puerta después de haberse descargado los cántaros:

-No vendo leche.

-Nosotros entramos porque teníamos bastante sed. La señora es anciana y se fatigó. ¿No hay manera de que hallemos algo que beber?

La campesina, observándola con ojos inquietos y desconfiados, al fin se decidió:

-Ya que vinieron ustedes aquí, les daré leche.

Y volvió a entrar en su casa.

Luego salió la chicuela con dos sillas y las puso a la sombra de un manzano, y la mujer compareció al poco rato con dos tazones de leche, que ofreció a los forasteros.

Y se quedó cerca, vigilándolos, como si pretendiese adivinar o descubrir sus intenciones.

-¿Son ustedes de Fécamp? -preguntó la campesina.

El señor de Apreval respondió:

-Sí; venimos de Fécamp, donde pasamos el verano.

Y después de un silencio prosiguió:

-¿Podría usted vendernos pollos todas las semanas?

Después de algunas vacilaciones, la campesina dijo:

-Sí podré. ¿Los quieren ustedes tiernecitos?

-Tiernecitos.

-¿A cómo los pagan ustedes en el mercado?

Apreval no lo sabía, y se volvió hacia la señora.

-¿Cuánto cuestan los pollos en el mercado?

Ella balbució con los ojos llenos de lágrimas:

-Cuatro francos, o cuatro cincuenta.

La campesina miraba de reojo, visiblemente extrañada, y luego preguntó:

-¿Está enferma esta señora?

Apreval, viendo que su amiga lloraba, no sabía qué decir.

-No, no... Es que... ha perdido el reloj en la carretera. Un magnífico reloj, y por eso... lo siente. Si alguien lo encuentra, nos avisará usted.

La campesina guardaba silencio; de pronto dijo:

-¡Miren a mi hombre!

Los forasteros no le habían visto entrar porque estaban de espaldas al postigo.

Apreval se inmutó; la señora de Cadour estuvo a punto de caer al suelo desmayada.

Un hombre apareció tirando de una vaca, encorvado, jadeante.

Sin saludar a los forasteros decía:

-Maldito animal, ¡qué penco!

Y pasó de largo para entrar en el establo.

El llanto de la señora se había secado repentinamente y estaba confundida, muda, espantada. «¡Su hijo! ¡Aquél era su hijo!»

Apreval, preocupado por la misma idea, preguntó:

-¿Es el señor Benedicto?

La campesina, desconfiada, a la pregunta contestó con otra:

-¿Quién le ha dicho a usted su nombre?

Y el caballero prosiguió:

-El herrador que hay en la carretera.

Todos callaban, con los ojos fijos en la puerta del establo, que aparecía como una mancha negra en el muro. No se veía nada; se oían ruidos leves de movimientos, de pasos, amortiguados en la paja.

El hombre apareció al fin, secándose la frente, y se dirigió a la casa con lentitud, con perezoso balanceo.

Tampoco esta vez atendió a los forasteros, y dijo a su esposa:

-Tráeme un jarro de sidra, tengo sed.

Luego entró en el portal, y la campesina fue a la bodega, dejando solos a los parroquianos.

La señora Cadour, desconsolada, murmuró:

-Vámonos, Enrique. Vámonos en seguida.

El señor de Apreval, sosteniéndola como pudo, la fue llevando para que no se cayera, después de dejar cinco francos sobre una silla.

Cuando estuvieron en el camino, ella rompió a llorar, sacudida por el dolor, y balbuciendo:

-¡Ah! ¿Qué hizo usted con aquella criatura?

Él, palideciendo, respondió secamente:

-Hice lo que pude hacer. Su masía vale ochenta mil francos. Es un dote que no tienen la mayor parte de los hijos de familias acomodadas.

Y volvieron despacio, sin hablar. Ella seguía llorando; sus lágrimas corrían por su rostro, continuas, interminables.

Al fin se calmó. Entraban ya en el pueblo.

El señor Cadour los aguardaba para comer. Se echó a reír al verlos llegar.

-¡Bravísimo! ¡Perfectamente! Mi testaruda mujer ha cogido una insolación. ¡Cuando yo digo que de un tiempo a esta parte se ha vuelto loca!

Nada contestaron el uno ni la otra.

Y cuando el marido preguntó, frotándose las manos:

-¿Se les hizo, al menos, agradable su caminata?

El señor de Apreval le respondió:

-Sí, muy agradable; muy agradable.

FIN

Adiós

Los dos amigos acababan de comer. Desde la ventana del café veían el bulevar muy animado. Les acariciaban los rostros esas ráfagas tibias que circulan por las calles de París en las apacibles noches de verano y obligan a los transeúntes a erguir la cabeza, incitándolos a salir, a irse lejos, a cualquier parte en donde haya frondosidad, quietud, verdor... y hacen soñar en riveras inundadas por la luna, en gusanos de luz y en ruiseñores.

Uno de los dos -Enrique Simón- dijo, suspirando profundamente:

-¡Ah! Envejezco. Antes, hace años, en noches como ésta, el mundo me parecía pequeño, era yo capaz de cualquier diablura, y ahora, sólo siento desilusiones y cansancio. ¡Es muy corta la vida!

Estaba ya un poco ventrudo. Tenía una esplendorosa calva y cuarenta y cinco años, aproximadamente. Su acompañante -Pedro Carnier- algo más viejo, pero también más ágil y decidido, respondió:

-Para mi, amigo mío, la vejez llegó sin avisarme; no lo noté siquiera. Yo vivía siempre alegre; siempre fui vigoroso, divertido, emprendedor, y continué siéndolo. Como nos miramos al espejo todos los días, no advertimos los estragos de la edad, porque su obra es lenta, incesante, acompasada, y modifica el rostro de una manera tan suave, tan continua, que resulta para cada cual imperceptible; no hay en su labor transiciones apreciables. Por eso no morimos de pena, como sin duda moriríamos advirtiendo en un instante los desmoches que sufre nuestra naturaleza en dos o tres años solamente. No podemos apreciarlos. Para que uno se diese cuenta de lo que pierde, sería necesario que pasara sin mirarse al espejo seis meses. ¡Oh! ¡ Qué sorpresa tan desoladora recibiría! "¿Y las mujeres, amigo mío? Son más dignas de compasión que nosotros. Yo compadezco mucho, con toda mi alma, compadezco sinceramente a esas pobres criaturas llamadas mujeres. Toda su dicha, todo su poder, toda su gloria, todo su orgullo, toda su vida se reducen a su belleza, que dura diez años.

"Yo envejecí sin darme cuenta, me creía un adolescente aún, mientras andaba ya rondando la cincuentena. No padeciendo ningún achaque, ninguna dolencia, ninguna debilidad, vivía como siempre, dichoso y tranquilo.

"La revelación de mi vejez se me ofreció de una manera sencilla y terrible, que me dejó anonadado, aturdido, macilento durante una temporada. Luego, acabé resignándome, y aquí me tienes otra vez tan fresco.

"Como nos acontece a todos, los amores turbaron con frecuencia mi tranquilidad, pero un amor, uno principalmente, me llegó a lo vivo.. ¡Qué mujer aquella! La conocí a la orilla del mar, en Etretat, un verano, hará doce años aproximadamente, poco después de terminada la guerra. Nada tan delicioso como aquella playa, tempranito, a la hora del baño. Es pequeña, redonda como una herradura; la rodean altas costas blanquecinas horadadas por los rudos embates de las olas, formando esas aberturas extrañas que se llaman las Puertas: una, enorme, avanzando en el mar su estructura gigantesca; la otra, enfrente, achatada, como si se hubiese acurrucado.

"Numerosas mujeres, formando espléndida muchedumbre, se reúnen y se apiñan sobre la estrecha extensión pedregosa que cubren de vestidos claros, convirtiéndola en un jardín cercado por altas peñas. El sol cae de lleno sobre las costas, sobre las sombrillas de brillantes matices, sobre el mar de un azul verdoso; y todo aquello es alegre, vivo, encantador; todo sonríe a los ojos.

"Plácidamente sentadas junto al agua, vemos a las bañistas. Bajan envueltas en sus peinadores de franela, que abandonan con airoso y resuelto ademán, en cuanto llegan a la franja espumosa de las olas tranquilas. Entran en el mar, avanzando rápidamente, hasta que un estremecimiento frío y delicioso las detiene y las turba un instante, produciéndoles una breve sofocación.

"Pocas bellezas resisten al examen que permite un baño. Allí se las juzga, se las analiza desde los pies hasta el pelo. Sobre todo, la salida es terrible, porque descubre todas las imperfecciones, aun cuando el agua de mar es un poderoso remedio para las carnes lacias.

"La primera mañana que vi en el baño a la mujer que debía enamorarme como ninguna, me dejó ya encantado y seducido. Sus líneas eran perfectas y sus formas bien pronunciadas y firmes. Además, hay rostros cuyo encanto nos penetra y nos domina bruscamente, invadiéndonos, conquistándonos de pronto. Imaginamos que aquella mujer es la que debe hacernos felices, que sólo nacimos para quererla y adorarla. En aquel momento sentí esa extraña sensación, esa violenta sacudida que nos dice: «Aquí está la única, la deseada.»

"Me hice presentar a ella, y bien pronto me hallé apasionado como nunca -ni hasta entonces, ni después- lo estuve. Sus encantos me abrasaban el corazón.

"Es a un tiempo delicioso y terrible verse de tal modo poseído, dominado por una mujer. Es casi un suplicio, y

asimismo es una dicha incomparable. Su mirada, su sonrisa, los cabellos de su nuca oscilando traviosos, los menores detalles de su rostro, sus gustos más insignificantes me desconcertaban, me arrebatában, me enardecían. Ella era mi dueña, mi voluntad era suya y suyo todo mi ser; me atraía, esclavizándome, con sus palabras, con sus ojos, con sus ademanes, hasta con sus vestidos y con sus adornos; todo lo que la hermoseaba, ejercía sobre mí una influencia diabólica.

"Me hacía suspirar su velillo puesto sobre un mueble, me desconcertaban sus guantes abandonados sobre un sillón. La hechura y la elegancia de sus vestidos me parecían inimitables. Ninguna mujer llevaba sombreros como los suyos.

"Era una mujer casada. Su marido iba todos los sábados a verla para volverse los lunes. Aquellas visitas no me apuraron: vi siempre al marido con la mayor indiferencia. No me daba celos. Ignoro el motivo; pero jamás hombre alguno de los que traté influyó tan poco, tuvo tan poca importancia en mi vida, ni ocupó menos mi atención.

"¡Cuánto la quería! ¡Qué apasionado estaba yo por aquella mujer! Y ¡qué bonita era! ¡Qué graciosa! ¡Qué joven! Era la juventud, la elegancia, la frescura misma. Nunca pude convencerme, como entonces, de que la mujer es una criatura deliciosa, fina, elegante, delicada, hecha con todos los encantos y todos los primores. Nunca pude convencerme, como entonces, de la belleza seductora encerrada en la curva de una mejilla, en el mohín de unos labios, en los repliegues de una oreja, en la forma del órgano estúpido que se llama nariz.

Aquello duró tres meses, al cabo de los cuales me fui a los Estados Unidos con el corazón traspasado. Su recuerdo no me abandonaba, persistente y triunfante.

"Aquella mujer me poseía de lejos como de cerca me había poseído. Pasaron los años, pero no la olvidé. Su encantadora imagen se ofrecía constantemente a mis ojos, no se borraba ni un solo instante de mi pensamiento. Aquel amor inextinguible me dominaba; era un cariño constante y fiel, una ternura tranquila, como la memoria venerada y dulce de lo más hermoso, de lo más encantador que había conocido yo en mi vida.

*

"¡Doce años representan muy poco en la existencia de un hombre! Tanto es así, que apenas podemos darnos cuenta de que pasan. Uno tras otro, los años transcurren a la vez apacible y atropelladamente, lentos y precipitados; parecen interminables y se acaban en seguida. Se van sumando con tanta rapidez, se empujan y suceden de tal modo, que no dejan casi un rastro perceptible. Desvanecidos a la sombra de nuestros deseos, de nuestros afanes, pasan de continuo. Y si queremos volver atrás los ojos para discurrir acerca del tiempo que ha pasado, no podemos darnos clara explicación de cómo envejecimos. La vejez sorprende al hombre un día, y el hombre se pregunta de dónde sale aquella triste compañera, que no le abandonó un solo instante.

"Al cabó de doce años, me pareció que habían pasado sólo algunos meses desde aquel verano delicioso en la encantadora playa de Etretat. De regreso en París, un día de la última primavera, me fui a Malsons-Laffitte, para comer con unos amigos. En la estación, casi al momento de ponerse en marcha el tren, subió al vagón una señora obesa, escoltada por cuatro niñas. Apenas me digné mirar a la madre llueca, tan abultada, tan redonda, tan mofletuda, tan poco interesante, que remolcaba con dificultad su respetable mole y su numerosa descendencia.

"Respiró agitada, como si estuviese ahogándose, fatigada por la prisa que se dio para llegar a tiempo. Las niñas comenzaron a charlar. Yo, desdoblado un periódico, empecé a leer.

"Acabábamos de pasar la estación de Asnières, cuando mi compañera de viaje me interrogó de pronto:

"-Dispense usted la pregunta, caballero: ¿No es usted el señor Carnier?"

"-Sí, señora.

"Entonces ella soltó la risa; una risa franca de mujer tranquila y modesta. Pero noté en su acento un asomo de triste desencanto, al preguntarme:

"-¿No me conoce usted?"

"Dudé de contestar. En efecto, creí haber visto en alguna parte aquella cara: sus facciones me recordaban algo, alguien... Pero ¿quién? ¿Dónde? ¿Cuándo las había visto?"

"Y respondí:

"-Efectivamente... Creo..., si... no... Yo la conozco a usted; no hay duda... Si me diera usted su nombre..."

"Ella, ruborizándose un poco, pronunció:

"-Julia Lefèvre.

"Nunca he recibido impresión tan violenta. Me pareció que todo acababa para mí en un segundo, como si de pronto se hubiera desgarrado ante mis ojos un velo tras el cual se me revelarían desventuras amenazadoras y terribles.

"¡Era ella! Una señora obesa y vulgar, ¡ella! Y habla lanzado al mundo aquella nidada, ¡cuatro niñas!, durante mi ausencia. Las criaturas me asombraban tanto como su madre. Obra suya; eran los retoños de su vida. Crecieron y ocupaban ya un lugar en el mundo; mientras la deliciosa hermosura, la maravilla de gracia y belleza que yo conocí, se había desvanecido, ya no inspiraba ningún entusiasmo. ¿Cómo se realiza una transformación tan espantosa en tan breve tiempo? En un día..., porque hubiera jurado que horas antes la vi como era... ¡y la encontraba de pronto cambiada! ¿Es posible? Un sufrimiento, una congoja me oprimía el corazón, y también una protesta indignada, rebelándome contra la Naturaleza, contra esa obra infame de brutal destrucción.

"La contemplé angustiado. Luego, al oprimir su mano, acudieron lágrimas a mis ojos. Lloré su juventud perdida; lloré su muerte. Había muerto la que yo conocí, la señora mofletuda y abultada que se me presentó era otra; ¡yo no la conocía!

"También ella, emocionándose, balbució:

"-He cambiado mucho, ¿no es verdad? Así es el mundo; ¡todo pasa! Ya lo ve usted; ahora soy una madre solamente, una madre cariñosa, una madre buena. Lo demás, pasó, acabó, no volverá. ¡Oh! Ya supuse que usted no me reconocería si por casualidad nos encontráramos, como ha sucedido. También usted ha cambiado bastante. Tuve que fijarme bien, que reflexionar mucho, que discurrir algo, para estar segura de no engañarme. Tiene usted ya el pelo blanco. Naturalmente. ¡Hace mucho tiempo! Mi niña mayor, tiene diez años. ¡Hace ya doce años!

"Miré a la niña y descubrí en ella un encanto semejante al que tuvo su mamá en otro tiempo; las facciones, las formas de la criatura, recordando las de su madre, aún eran de contornos indecisos, de una expresión vaga, pero anunciaban un delicioso porvenir.

"Y la vida se me apareció rápida, como un viaje en ferrocarril.

"Llegamos a Maisons-Laffitte. Besé la mano de mi amiga. En mi conversación con ella, sólo se me habían ocurrido vulgaridades; no encontré ni una frase feliz. Estaba demasiado aturdido para reflexionar.

"Por la noche, y aprovechando un cuarto de hora que mis amigos me dejaron solo, contemplé detenidamente mi rostro en un espejo. Y acabé recordando mi fisonomía como era en otro tiempo; imaginé mis bigotazos y mis cabellos negros, mis facciones juveniles, mis ojos penetrantes...

"Ya todo había cambiado. Me hallé viejo.

"¡Adiós!"

FIN

Alexandre

Aquel día, como todos, a las cuatro, condujo Alexandre hasta la puerta de la casita del matrimonio Maramballe la silla de minusválido de tres ruedas en la que paseaba hasta las seis, por prescripción facultativa, a su anciana e inválida patrona. Cuando hubo situado el ligero vehículo junto al escalón, justo en el lugar en que podía hacer subir fácilmente a la gruesa señora, entró en la vivienda y pronto se escuchó en el interior una voz furiosa, una voz ronca de antiguo soldado que lanzaba improperios; era la voz del señor, un ex capitán de infantería jubilado, Joseph Maramballe. Luego se escuchó un ruido de puertas cerradas con violencia, un ruido de sillas derribadas, un ruido de pasos agitados, luego nada, y después de algunos instantes Alexandre reapareció en el umbral de la puerta, sosteniendo con todas sus fuerzas a la señora Maramballe extenuada por el descenso de la escalera. Una vez que, no sin esfuerzo, ella estuvo instalada en la silla de ruedas, Alexandre pasó por detrás, agarró la barra doblada que servía para empujar el vehículo, y lo dirigió hacia la orilla del río.

Cruzaban así todos los días el pueblo en medio de los saludos respetuosos que los vecinos dirigían probablemente tanto al criado como a la señora, pues si ella era querida y respetada por todos, él, aquel viejo soldado de barba blanca, barba de patriarca, era considerado como un modelo de sirvientes.

El sol de julio caía intensamente sobre la calle, ahogando las bajas casas con su luz triste a fuerza de ser ardiente y cruda. Los perros dormían sobre las aceras en la línea de sombra junto a los muros, y Alexandre, resoplando un poco, apresuraba el paso con el fin de llegar lo antes posible a la avenida que conducía al río. La señora Maramballe dormitaba ya bajo su blanca sombrilla cuya punta abandonada iba, a veces, a apoyarse sobre el rostro impassible del hombre.

Cuando entraron en la avenida de los Tilos, se despertó de pronto al sentir la sombra de los árboles, y dijo con voz benévola: «Vaya más lento, mi pobre amigo, va a matarse con este calor». No se le ocurría en absoluto pensar a la pobre dama, en su egoísmo ingenuo, que si ahora deseaba ir menos rápida, era justamente porque acababa de alcanzar el cobijo de las ramas. Cerca de ese camino cubierto por los viejos tilos podados en forma de bóveda, el Navette corría en un lecho tortuoso entre dos filas de sauces. Los ruidos de los remolinos, de los saltos sobre las piedras, de los bruscos meandros de la corriente, difundían a lo largo de todo aquel paseo una dulce canción de agua y un frescor de aire húmedo.

Tras haber respirado con lentitud y saboreado el encanto húmedo de aquel lugar, la señora Maramballe musitó: «Bueno, y estoy mejor. Hoy no se ha levantado de buenas». Alexandre respondió: «¡Oh!, no, señora». Desde hacía treinta y cinco años estaba al servicio de aquella pareja, primero como ordenanza del oficial, luego como simple criado que no quiso abandonar a sus señores; y desde hacía seis años, paseaba cada tarde a su patrona por los estrechos caminos cercanos al pueblo. De ese prolongado servicio leal, de esa relación cotidiana, había nacido entre la anciana señora y su criado una especie de familiaridad, afectuosa en ella, deferente en él. Hablaban de los asuntos de la casa como entre iguales. Su principal tema de conversación y de inquietud era, por supuesto, el mal carácter del capitán, agriado por una larga carrera comenzada con éxito, desarrollada sin promoción, y terminada sin gloria.

La señora Maramballe prosiguió: «De que se ha levantado de malas, se ha levantado de malas. Le ocurre demasiado frecuentemente desde que se jubiló». Y Alexandre, con un suspiro, completó el pensamiento de su señora: «¡Oh! La señora puede decir que le ocurre todos los días y que le ocurría también antes de dejar el ejército.»

-Es cierto. Pero la verdad es que tampoco ha tenido suerte, este hombre. Debutó con un acto de valentía que hizo que lo condecoraran a los veinte años, y luego, de los veinte a los cincuenta, no pudo subir más allá de capitán, mientras que al principio pensaba que cuando se jubilara sería por lo menos coronel.

-La señora podría decir además que, después de todo, en parte, es por su culpa. Si no hubiera sido siempre suave como un látigo, sus jefes lo habrían apreciado y protegido más. No sirve de nada ser duro, hay que agradar a la gente para ser bien visto. Que nos trate mal a nosotros, es también culpa nuestra puesto que nos gusta estar con él, pero con los demás es diferente.

La señora Maramballe reflexionaba. ¡Oh! desde hacía años y años, pensaba así cada día en la brutalidad de su marido, con el que se había casado en otros tiempos, hace mucho tiempo, porque era un apuesto oficial, condecorado siendo muy joven, y con mucho futuro, según decían. ¡Cómo se equivoca la gente en la vida! Musitó: «Detengámonos un poco, mi buen Alexandre, y descansa un poco en su banco». Era un pequeño banco de madera medio podrida, colocado en un recodo de la avenida para los paseantes domingueros. Cada vez que iban por aquel lugar, Alexandre acostumbraba descansar durante algunos minutos sentado en aquel asiento. Se sentó en él y cogiendo entre las manos, con gesto familiar y satisfecho, su hermosa barba blanca abierta en abanico, la apretó, y la hizo deslizar presionando los dedos hasta la punta que mantuvo algunos instantes sobre el hueco del estómago como para fijarla allí y constatar una vez más la largura de aquella vegetación.

La señora Maramballe continuó: «Yo me casé con él; ¡es justo y natural que soporte sus injusticias, pero lo que no comprendo es que usted también lo haya aguantado, mi buen Alexandre!». Él hizo un gesto vago con los hombros y dijo: «¡Oh! yo... señora». Ella añadió: «Sí, en efecto. He pensado con frecuencia en esto. Usted era su ordenanza cuando nos casamos y entonces no tenía más remedio que aguantarlo. Pero con posterioridad ¿por qué permaneció con nosotros que le pagamos tan poco y lo tratamos tan mal, si podía haber hecho como todo el mundo, establecerse, casarse, tener hijos, crear una familia?». Él repitió: «¡Oh! mi caso, señora, es diferente». Luego se calló; pero tiraba de su barba como si estuviera tirando de una campana que resonaba en su interior, como si hubiera querido arrancarla, y movía los ojos asustados como un hombre sumido en la confusión. La señora Maramballe seguía su razonamiento: «Usted no es un patán. Usted ha recibido formación...». Él interrumpió con orgullo: «Estudié para geómetra-agrimensor, señora.»

-Entonces, ¿por qué se quedó con nosotros arruinando así su existencia?

Él musitó: «¡Así es! ¡así es! Es por culpa de mi naturaleza».

-¿Cómo de su naturaleza?

-Sí, cuando me encariño, me encariño, y lo demás no cuenta.

Ella rompió a reír: «¡Vamos!, no me va a hacer creer que los buenos modos y la dulzura de Maramballe lo han unido a él de por vida...». Él se removía en el banco, con la cabeza visiblemente perdida y masculló entre los largos pelos de su bigote: «¡No es por él, es por usted!». La anciana señora, que tenía un rostro muy dulce coronado entre la frente y el peinado por una línea nevada de cabellos encrespados rizados cada día con mimo, brillantes como plumas de cisne, hizo un gesto sobre su silla de ruedas y miró al criado con ojos muy sorprendidos. «¿Por mí, mi buen Alexandre? ¿Cómo es eso?». Él se puso a mirar al aire, luego a un lado, luego a lo lejos, volviendo la cabeza como hacen los hombres tímidos forzados a confesar secretos vergonzosos. Después, con la valentía del soldado obligado a ir al frente, declaró: «Así es. La primera vez que le llevé a la Señorita una carta del teniente y que la Señorita me dio un franco al tiempo que me sonreía, así quedó decidido». Ella insistía, pues no comprendía bien: «Vamos, explíquese». Entonces, con el pánico del miserable que confiesa un crimen y se pierde, Alexandre dijo: «Me enamoré de la señora ¡Eso es todo!».

Ella no contestó, dejó de mirarlo, inclinó la cabeza y reflexionó. Era buena, recta, dulce, razonable y sensible. Pensó, en un segundo, en el inmenso sacrificio de aquel pobre ser que había renunciado a todo para vivir cerca de ella, sin decir ni una palabra. Y le dieron ganas de llorar. Luego, adoptando una expresión algo grave, aunque no enfadada, dijo: «Volvamos a casa».

Él se levantó, pasó por detrás de la silla de ruedas y empezó a empujarla. Cuando se acercaban al pueblo, divisaron en mitad del camino al capitán Maramballe que se dirigía hacia ellos. Tan pronto como los alcanzó preguntó a su esposa, con visible deseo de enfadarse: «¿Qué tenemos hoy para cenar?»

-Pollo y frijoles.

Se exaltó: «¡Pollo! Otra vez pollo, siempre pollo ¡maldita sea! ¡estoy harto de tu pollo! ¿No tienes ni una sola idea en la cabeza para obligarme a comer todos los días lo mismo?». Ella contestó resignada: «Querido, sabes bien que te lo ha prescrito el médico. Es lo mejor para tu estómago. Si no estuvieras mal del estómago, te prepararía otras cosas que, en tus circunstancias, no me atrevo a ofrecerte». Entonces se plantó ante Alexandre, exasperado, y gritó: «Si estoy mal del estómago es por culpa de este animal. Hace treinta y cinco años que me está envenenado con su comida asquerosa.»

La señora Maramballe, bruscamente, giró la cabeza por completo para mirar al viejo criado. Entonces sus ojos se encontraron, y sólo con la mirada, se dijeron «Gracias» el uno al otro.

FIN

Amor

Páginas del "Diario de un cazador"

...En la crónica de sucesos de un periódico acabo de leer un drama pasional. Uno que la ha matado y se ha matado después; es decir, uno que amaba. ¿Qué importan él y ella? Sólo su amor me importa; y no porque me enterezca, ni porque me asombre, ni porque me conmueva ni me haga soñar, sino porque evoca en mí un recuerdo de la mocedad, recuerdo extraño de una cacería en que se me apareció el Amor como se aparecían a los primeros cristianos cruces misteriosas en la serenidad de los cielos.

Nací con todos los instintos y las emociones del hombre primitivo, muy poco atenuados por las sensaciones y los razonamientos de la civilización. Amo la caza con pasión, y la bestia ensangrentada, con sangre en su plumaje, ensangrentándome las manos, me hace desfallecer de gusto.

Aquel año, al final del otoño, se presentó impetuosamente el frío, y mi primo Karl de Ranyule me invitó a cazar con él a la alborada; había patos magníficos en los pantanos de su posesión.

Mi primo, un buen mozo de cuarenta años, encarnado, con mucha vida en el cuerpo y muchos poles en la cara, semibruto y semicivilizado, de alegre carácter, dotado de ese *esprit gaulois* que tan agradablemente vela las deficiencias del ingenio, vivía en una especie de cortijo con aires de castillo señorial, escondido en un amplio valle.

Coronaban las colinas de la derecha y de la izquierda hermosos bosques señoriales, con árboles antiquísimos y poblados de caza excelente. Algunas veces se abatían allí águilas soberbias, y esos pájaros errantes, que raramente se aventuran en países demasiados poblados para su azorada independencia, encontraban en aquella selva secular asilo seguro, como si reconocieran en ella alguna rama que en otros tiempos los acogiera durante sus excursiones sin rumbo.

El valle estaba cubierto de exuberantes pastos regados abundantemente, que señalaban, con la gradación en el calor, el camino del pantano allá a lo lejos, casi en el fondo de la finca.

Mi primo lo cuidaba con esmero digno del mejor de los parques, y con razón, pues era aquel pantano la mejor región de caza que he conocido. Entre aquellos innumerables islotes verdes que le daban vida había arroyuelos estrechos por los que se deslizaban las barcas. Mudadas sobre el agua muerta, frotando los juncos, ahuyentaban a los peces y a los pájaros que desaparecían, éstos entre las espigas, aquellos entre las raíces de las altas hierbas.

Soy admirador apasionado del agua: el mar demasiado grande, demasiado vivo, de imposible posesión; los ríos que pasan, que huyen, que se van, y, sobre todo, los pantanos en que bulle la vida indescifrable de los animales acuáticos. Un pantano es un mundo sobre la tierra, un mundo aparte, con vida propia, con pobladores permanentes y con habitantes de un día; con sus ruidos, con sus voces, y, singularmente, con un característico misterio; nada que tanto conturbe, que tanto inquiete, que tanto asuste algunas veces. ¿Por qué ese miedo singular que se siente en esas llanuras cubiertas de agua? ¿Será por el rumor vago de las aguas, por los fuegos fatuos, por el silencio profundo que lo envuelve en las noches de calma, por la bruma caprichosa que viste con sudario de muerte a los juncos, por el hervor casi imperceptible de aquel mundo tan dulce, tan fugaz; pero más aterrador a veces que el estruendo de los cañones de los hombres y de las tempestades del cielo? ¿Qué tendrán en común los pantanos de los países del ensueño y esas regiones espantables que ocultan un secreto inescrutable y peligroso?

Un misterio profundo, grave, flota sobre aquellas brumas: ¡el misterio mismo de la creación! ¿No fue en el agua sin movimiento y fangosa, en la humedad triste de la tierra, mojada bajo los colores del sol, donde vibró y surgió a la luz el primer germen de vida?

Llegué por la noche a casa de mi primo. Hacía un frío que helaba las piedras.

Durante la comida en la vasta sala, donde los muebles y las paredes y el techo estaban cubiertos de pájaros disecados, y donde hasta mi primo, con aquella chaqueta de piel de foca, parecía un animal exótico de los países helados, el buen Karl me dijo lo que había preparado para aquella misma noche.

Debíamos ponernos en marcha a las tres de la madrugada, con objeto de llegar a las cuatro y media al punto designado para la cacería. Allí nos habían construido una cabaña para abrigarnos de ese viento terrible de la mañana que rasga las carnes como una sierra, la corta como una espada, la hiere como una aguja envenenada, la retuerce como tenazas y la quema como el fuego.

Mi primo se frotaba las manos.

-Nunca he visto una helada como esta -me decía.

Y a las seis de la tarde teníamos 12 grados bajo cero.

Apenas terminada la comida, me eché en la cama y me quedé dormido, mirando las llamas que regocijaban la chimenea.

A las tres en punto me despertaron. Me abrigué con una piel de carnero, y después de tomar cada uno dos tazas de café hirviendo y dos copas de coñac abrasador, nos pusimos en camino acompañados por un guarda y por nuestros perros "Plongeon" y "Pierrot".

Al dar los primeros pasos me sentía helado hasta los huesos. Era una de esas noches en que la tierra parece muerta de frío. El aire glacial hace tanto daño que parece palpable; no lo agita soplo alguno; diríase que está inmóvil; muerde, traspasa, mata los árboles, los insectos, los pajarillos que caen muertos sobre el suelo duro y se endurecen en seguida para el fúnebre abrazo del frío.

La luna, en el último cuarto, pálida, parecía también desmayada en el espacio; tan débil que no le quedaban ya fuerzas para marcharse y se estaba allí arriba inmóvil, paralizada también por el rigor del cielo inclemente. Repartía sobre el mundo luz apagadiza y triste, esa luz amarillenta y mortecina que nos arroja todos los meses al final de su resurrección.

Karl y yo íbamos uno al lado del otro, con la espalda encorvada, las manos en los bolsillos y la escopeta debajo del brazo. Nuestro calzado, envuelto en lana a fin de que pudiéramos caminar sin resbalar por la escurridiza tierra helada, no hacía ruido: yo iba contemplando el humo blancuzco que producía el aliento de nuestros perros.

Pronto estuvimos a la orilla del pantano y nos internamos por una de las avenidas de juncos que la rodean.

Nuestros codos, al rozar con las largas hojas del junco, iban dejando en pos de nosotros un ruidillo misterioso que contribuyó a que me sintiese poseído, como nunca, por la singular y poderosa emoción que hace siempre nacer en mí la proximidad de un pantano.

Aquel en el cual nos encontrábamos estaba muerto, muerto de frío.

De pronto, al revolver una de las calles de juncos, apareció a mi vista la choza de hielo que habían levantado para ponernos al abrigo de la intemperie. Entré en ella, y como todavía faltaba más de una hora para que se despertaran las aves errantes que íbamos a perseguir, me envolví en mi manta y traté de entrar un poco en calor.

Entonces, echado boca arriba, me puse a mirar a la luna, que, vista a través de las paredes vagamente transparentes de aquella vivienda polar, aparecía ante mis ojos con cuatro cuernos.

Pero el frío del helado pantano, el frío de aquellas paredes, el frío que caía del firmamento, se metió hasta mis huesos de una manera tan terrible que me puse a toser.

Mi primo Karl, alarmado por aquella tos, me dijo lleno de inquietud:

-Aunque no matemos mucho hoy, no quiero que te resfríes; vamos a encender lumbre. Y dio orden al guardia para que cortara algunos juncos.

Hicieron un montón de ellos en medio de la choza, que tenía un agujero en el techo para dejar salir el humo; y cuando la llama rojiza empezó a jugar por las cristalinas paredes, éstas empezaron a fundirse suavemente y muy poco a poco, como si aquellas piedras de hielo echaran a sudar. Karl, que se había quedado fuera, me gritó:

-Ven a ver esto.

Salí y me quedé absorto de asombro. La choza, en forma de cono, parecía un monstruoso diamante rosa, colocado de pronto sobre el agua helada del pantano. Y dentro se veían dos sombras fantásticas: las de nuestros perros que se estaban calentando.

Un graznido extraño, graznido errante, perdido, se oyó allá en lo alto, por encima de nuestras cabezas. El reflejo de nuestra hoguera despertaba a las aves salvajes.

No hay nada que me conmueva tanto como ese primer grito de vida que no se ve y que corre por el aire sombrío, rápido, lejano, antes de que se aparezca en el horizonte la primera claridad de los días de invierno. Me parece, a esa hora glacial del alba, que ese grito fugitivo, escondido entre las plumas de un pajarraco, es un suspiro del alma del mundo.

-Apaguen la hoguera -decía Karl-, que ya amanece.

Y, en efecto, comenzaba a clarear, y las bandadas de patos formaban amplias manchas de color, pronto borradas en el firmamento.

Brilló un fogonazo en la oscuridad; Karl acababa de disparar su escopeta; los perros salieron a la carrera. Entonces, de minuto en minuto, unas veces él, otras yo, nos echábamos la escopeta a la cara en cuanto por encima de los juncos aparecía la sombra de una tribu voladora. Y "Pierrot" y "Plongeon", sin aliento, gozosos, entusiasmados, nos traían, uno tras otro, patos ensangrentados que, moribundos, nos miraban melancólicamente.

Había amanecido un día claro y azul; el sol iba levantándose allá, en el fondo del valle. Ya nos disponíamos a marcharnos cuando dos aves, con el cuello estirado y las alas tendidas, se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas. Tiré. Una de ellas cayó a mis pies. Era una cerceta de pechuga plateada. Entonces se oyó un grito en el aire, grito de pájaro que fue un quejido corto, repetido, desgarrador; y el animalito que había salvado la vida empezó a revolotear por encima de nuestras cabezas mirando a su compañera, que yo tenía muerta entre mis manos.

Karl, rodilla en tierra, con la escopeta en la cara, la mirada fija, esperaba a que estuviese a tiro.

-¿Has matado a la hembra? -dijo-. El macho no escapará.

Y, en efecto, no se escapaba. Sin dejar de revolotear por encima de nosotros, lloraba desconsoladamente.

No recuerdo gemido alguno de dolor que me haya desgarrado el alma tanto como el reproche lamentable de aquel pobre animal, que se perdía en el espacio.

De cuando en cuando huía bajo la amenaza de la escopeta, y parecía dispuesto a continuar su camino por el espacio. Pero no pudiendo decidirse a ello, pronto volvía en busca de su hembra.

-Déjala en el suelo -me dijo Karl-. Verás como se acerca.

Y así fue. Se acercaba, inconsciente del peligro que corría, loco de amor por la que yo había matado.

Karl tiró: aquello fue como si hubiera cortado el hilo que tenía suspendida al ave. Vi una cosa negra que caía; oí el ruido que produce al chocar con los juncos, y "Pierrot" me la trajo en la boca.

Metí al pato, frío ya, en un mismo zurrón... y aquel mismo día salí para París.

FIN

Amorosa

Después de comer en su casa, Jacobo de Randal dio permiso al criado para salir, y se puso a despachar su correspondencia. Tenía costumbre de acabar así la última noche del año, solo, escribiendo; recordaba cuanto le había ocurrido en doce meses, todo lo acabado, todo lo muerto, y al surgir entre sus meditaciones la imagen de un amigo, escribía una frase afectuosa, el saludo cordial de Año Nuevo.

Se sentó, abrió un cajón y sacando una fotografía, después de mirarla y darle un beso, la dejó encima de la mesa y empezó una carta:

«Mi adorable Irene: Habrás recibido un recuerdo mío; ahora, solo en mi casa, pensando en ti...»

No pasó adelante; dejando la pluma, se levantó; iba y venía...

Desde marzo tenía una querida, no una querida como las otras, mujer de aventuras, actriz, callejera o mundana; era una mujer a la que había pretendido y logrado con verdadero amor. Él ya no era un joven; pero distando todavía de ser viejo, miraba seriamente las cosas a través de un prisma positivo y práctico.

«Hizo balance» de su pasión, como lo hacía siempre al terminar el año, de sus amistades y de todas las variaciones y sucesos de su existencia. Ya calmado su primer apasionamiento ardoroso, podía examinar con precisión hasta qué punto la quería y cuál pudiera ser el porvenir de aquellos amores. Descubrió arraigado en su alma un cariño profundo, mezcla de ternura, encanto y agradecimiento, poderosos lazos que sujetan para toda la vida.

Un campanillazo lo hizo estremecer. Dudó. ¿Abriría? Es preciso abrir a un desconocido, que al pasar llama en la noche de Año Nuevo. Cogió una bujía, salió al recibimiento, hizo girar la llave, trajo hacia sí la puerta... y vio en el descansillo a su querida, pálida como un cadáver y apoyando una mano en la pared. Sorprendido, preguntó:

-¿Qué te pasa?

Ella dijo:

-¿Puedo entrar?

-¡Ya lo creo!

-¿No me verá nadie?

-Absolutamente nadie.

-¿Ibas a salir?

-No.

Entró -como quien tiene muy conocida la casa- y desplomándose, casi desmayada, en el diván del gabinete, rompió a llorar, con la cara entre las manos. Él, arrodillado junto a ella, procuraba suavemente descubrir y ver sus ojos, repitiendo:

-Irene, Irene mía, ¿por qué lloras? Te lo suplico. ¡Dime por qué lloras!

La mujer balbució entre sollozos:

-¡No puedo... vivir así!

No la comprendía.

-¿Vivir así? ¿Cómo?

-No puedo vivir así... en mi casa. No quise decírtelo nunca, pero es horrible... No puedo..., sufro demasiado... Me atormenta... ¡Me ha maltratado!...

-¿Tu marido?

-Sí...

-¡Ah!...

Lo sorprendió, porque no imaginaba -¡cómo imaginarlo!- que fuera brutal con su querida el marido; un hombre de finos modales, que frecuentaba el casino, la sala de armas, paseos y escenarios; jinete y tirador; muy conocido y estimado en sociedad, correcto y cortés; hombre de pocos alcances y de limitados conocimientos, pero con la inteligencia indispensable para discurrir como todas las gentes de su mundo y respetar las preocupaciones y rutinas elegantes.

Parecía ocuparse de su mujer como debe hacerlo un hombre acaudalado y aristócrata: atendiendo a sus caprichos, a su salud, a sus trajes y dejándola perfectamente libre. Desde que Randal fue presentado a Irene y ella le recibió con agrado, tuvo derecho a las deferencias que todo marido culto sabe guardar a los contertulios de su mujer. Cuando Randal pasó de ser amigo a ser amante, las deferencias del esposo aumentaron, como es natural. Y como nada le hizo sospechar que hubiese tempestades íntimas en aquel matrimonio, le sorprendía mucho esta revelación inesperada.

-¡Te ha maltratado! No llores y dime cómo fue.

Irene contó una historia muy larga: sus desavenencias, al principio triviales, más hondas de día en día, la incompatibilidad de sus temperamentos. Empezaron las disputas, acabando en una separación completa; el marido se mostró suspicaz, violento. Más adelante, celoso, celoso de Randal; y acababa de maltratarla.

-... No vuelvo a mi casa, no. Dime lo que debo hacer.

Jacobo se había sentado muy cerca, y le cogió las manos.

-Piénsalo mucho, y no lo hagas ciegamente; que todas las culpas caigan sobre tu marido; tú salva tu posición de mujer irreprochable.

Mirándolo con inquietud, Irene le preguntó:

-¿Qué me aconsejas?

-Vuelve a tu casa y sufre con resignación hasta encontrar un pretexto para separarte con todos los honores.

-¿No es algo cobarde tu consejo?

-Es prudente. No puedes arrojar por la ventana tu honra y las atenciones que debes a tu familia. ¡Qué dirán de ti si renuncias a todo en un momento de locura!

Irene se levantó excitada, violenta:

-No puedo más. Todo acabó. ¡Se acabó, se acabó y se acabó!

Luego, apoyando ambas manos en el pecho de su amante, lo miró a los ojos.

-¿Me quieres?

-Mucho.

-¿De veras?

-¡Tan de veras!

-Pues bien; viviremos juntos en tu casa.

Randal exclamó asombrado:

-¿En mi casa? ¿Conmigo? ¿Te has vuelto loca? ¿Comprometerte, deshonorarte para toda la vida?

Ella repuso lentamente, con seriedad, midiendo las palabras:

-Oye, Jacobo. Me ha prohibido que te vea. Yo no soy mujer de las que mienten y engañan. Si vuelvo a mi casa, no volveré más a la tuya. Elige.

-Si te divorcias, nos casaríamos.

-Sería necesario esperar dos o tres años... Tu cariño, ¿tiene tanta paciencia? ¿No se sublevaría en ese tiempo?

-Reflexiona. Si te quedas hoy aquí, mañana te reclamará; es tu marido: el derecho le asiste, le ampara la ley.

-No me interesa quedarme aquí, lo que yo quiero es ir contigo a cualquier parte. Si me quieres, vámonos a donde tú digas, y si no me quieres, adiós.

Jacobo la detuvo:

-Irene, ten calma.

Ella no quería oírle; con los ojos llenos de lágrimas, repetía:

-Déjame..., déjame..., déjame...

La hizo sentar a la fuerza y se arrodilló de nuevo a sus pies. Trató -acumulando reflexiones y consejos- de hacerle comprender lo irreparable de aquella resolución. Estuvo elocuente, y hasta en su mismo cariño halló argumentos convincentes. Le suplicó una y mil veces que le atendiera, que razonara como él, que no se ofuscara. Fría, serena, cuando Jacobo calló, Irene dijo:

-Está bien; permite que me levante y que me vaya.

-No; eso, no.

-Déjame. Tú me rechazas, me voy

-Te vas pensando que no te quiero.

-Me rechazas.

-¡Dime si tu resolución, si tu loca resolución, de la cual te arrepentirás luego, es irrevocable!

-Sí... Pero ¡déjame!

-No; si estás decidida, mi casa es tu casa. Nos iremos lo antes posible a un lugar seguro; te acompañaré, te seguiré...

-No; no quiero que te sacrifiques. Comprendo... que te sacrificas.

-Espera; hice cuanto pude para convencerte; no quise contribuir a perjudicarte. Pero lo que tú hagas, yo lo acepto.

Irene volvió a sentarse, le miró a los ojos fijamente y dijo:

-Habla; explícame cómo te convenciste cuando te proponías convencerme; dime lo que has pensado.

-No he pensado nada. Te advierto que haces una locura, una terrible y dolorosa locura. Insistes, y te pido mi parte; lo de cada uno debe ser de los dos: tu locura, como todo.

-Tampoco me convences.

-Óyeme bien. No se trata ni de sacrificio ni de abnegación. Cuando comprendí que te amaba, pensé lo que debieran pensar todos los amantes en situaciones parecidas: «El hombre que pretende a una mujer, que la enamora, que la consigue, contrae un sagrado compromiso. Naturalmente, cuando se trata de una como tú y no de una mujer fácil y casquivana. El matrimonio, que tiene mucha importancia social, un gran valor legal, a mi juicio, vale poco, moralmente, por las condiciones que lo determinan. Así, cuando una mujer sujeta por ese lazo jurídico, pero que no quiere a su esposo, que no puede quererle, cuyo corazón es libre, siente cariño por un hombre y se hace suya, ese hombre se compromete más en ese mutuo consentimiento que formalizando legalmente un matrimonio. Y si ella y él son personas honradas, la unión debe ser más íntima y estrecha que si la consagraran todas las ceremonias. En tales circunstancias, la mujer se arriesga mucho. Y, porque no lo ignora, porque lo da todo, su corazón, su cuerpo, su alma, su honor, su vida; porque se ha resignado a sufrir todas las miserias y todas las derrotas; porque realiza su amor heroicamente; porque se ha resuelto a desafiar las iras de su marido, que puede matarla, y el desprecio del mundo, que puede perderla, ¡es digna de respeto! Por eso también su amante, al pretenderla, debió pensarlo y prevenirlo todo, preferirla siempre a todo, en cualquier circunstancia. No tengo nada que añadir. Advertí primero, como un hombre prudente; ahora ya puedo hablar como un hombre apasionado. ¡Soy tuyo!

Radiante de alegría, Irene selló sus labios con un beso.

-Viviremos como siempre; no ha pasado nada: he fingido... Quise ver cuánto me querías... Una prueba muy arriesgada... Ya la hice... ¡Qué feliz Año Nuevo me ofreces!

FIN

Aparición

Se hablaba de secuestros a raíz de un reciente proceso. Era al final de una velada íntima en la rue de Grenelle, en una casa antigua, y cada cual tenía su historia, una historia que afirmaba que era verdadera.

Entonces el viejo marqués de la Tour-Samuel, de ochenta y dos años, se levantó y se apoyó en la chimenea. Dijo, con voz un tanto temblorosa:

Yo también sé algo extraño, tan extraño que ha sido la obsesión de toda mi vida. Hace ahora cincuenta y seis años que me ocurrió esta aventura, y no pasa ni un mes sin que la reviva en sueños. De aquel día me ha quedado una marca, una huella de miedo, ¿entienden? Sí, sufrí un horrible temor durante diez minutos, de una forma tal que desde entonces una especie de terror constante ha quedado para siempre en mi alma. Los ruidos inesperados me hacen sobresaltar hasta lo más profundo; los objetos que distingo mal en las sombras de la noche me producen un deseo loco de huir. Por las noches tengo miedo.

¡Oh!, nunca hubiera confesado esto antes de llegar a la edad que tengo ahora. En estos momentos puedo contarle todo. Cuando se tienen ochenta y dos años está permitido no ser valiente ante los peligros imaginarios. Ante los peligros verdaderos jamás he retrocedido, señoras.

Esta historia alteró de tal modo mi espíritu, me trastornó de una forma tan profunda, tan misteriosa, tan horrible, que jamás hasta ahora la he contado. La he guardado en el fondo más íntimo de mí, en ese fondo donde uno guarda los secretos penosos, los secretos vergonzosos, todas las debilidades inconfesables que tenemos en nuestra existencia.

Les contaré la aventura tal como ocurrió, sin intentar explicarla. Por supuesto es explicable, a menos que yo haya sufrido una hora de locura. Pero no, no estuve loco, y les daré la prueba. Imaginen lo que quieran. He aquí los hechos desnudos.

Fue en 1827, en el mes de julio. Yo estaba de guarnición en Ruán.

Un día, mientras paseaba por el muelle, encontré a un hombre que creí reconocer sin recordar exactamente quién era. Hice instintivamente un movimiento para detenerme. El desconocido captó el gesto, me miró y se me echó a los brazos.

Era un amigo de juventud al que había querido mucho. Hacía cinco años que no lo veía, y desde entonces parecía haber envejecido medio siglo. Tenía el pelo completamente blanco; y caminaba encorvado, como agotado. Comprendí mi sorpresa y me contó su vida. Una terrible desgracia lo había destrozado.

Se había enamorado locamente de una joven, y se había casado con ella en una especie de éxtasis de felicidad. Tras un año de una felicidad sobrehumana y de una pasión inagotada, ella había muerto repentinamente de una enfermedad cardíaca, muerta por su propio amor, sin duda.

Él había abandonado su casa de campo el mismo día del entierro, y había acudido a vivir a su casa en Ruán. Ahora vivía allí, solitario y desesperado, carcomido por el dolor, tan miserable que sólo pensaba en el suicidio.

-Puesto que te he encontrado de este modo -me dijo-, me atrevo a pedirte que me hagas un gran servicio: ir a buscar a mi casa de campo, al secreter de mi habitación, de nuestra habitación, unos papeles que necesito urgentemente. No puedo encargarte esta misión a un subalterno o a un empleado porque es precisa una impenetrable discreción y un silencio absoluto. En cuanto a mí, por nada del mundo volvería a entrar en aquella casa.

»Te daré la llave de esa habitación, que yo mismo cerré al irme, y la llave de mi secreter. Además le entregarás una nota mía a mi jardinero que te abrirá la casa.

»Pero ven a desayunar conmigo mañana, y hablaremos de todo eso.

Le prometí hacerle aquel sencillo servicio. No era más que un paseo para mí, su casa de campo se hallaba a unas cinco leguas de Ruán. No era más que una hora a caballo.

A las diez de la mañana siguiente estaba en su casa. Desayunamos juntos, pero no pronunció ni veinte palabras. Me pidió que lo disculpara; el pensamiento de la visita que iba a efectuar yo en aquella habitación, donde yacía su felicidad, lo trastornaba, me dijo. Me pareció en efecto singularmente agitado, preocupado, como si en su alma se hubiera librado un misterioso combate.

Finalmente me explicó con exactitud lo que tenía que hacer. Era muy sencillo. Debía tomar dos paquetes de cartas y un fajo de papeles cerrados en el primer cajón de la derecha del mueble del que tenía la llave. Añadió:

-No necesito suplicarte que no los mires.

Me sentí casi herido por aquellas palabras, y se lo dije un tanto vivamente. Balbuceó:

-Perdóname, sufro demasiado.

Y se echó a llorar.

Me marché una hora más tarde para cumplir mi misión.

Hacía un tiempo radiante, y avancé al trote largo por los prados, escuchando el canto de las alondras y el rítmico sonido de mi sable contra mi bota.

Luego entré en el bosque y puse mi caballo al paso. Las ramas de los árboles me acariciaban el rostro, y a veces atrapaba una hoja con los dientes y la masticaba ávidamente, en una de estas alegrías de vivir que nos llenan, no se sabe por qué, de una felicidad tumultuosa y como inalcanzable, una especie de embriaguez de fuerza.

Al acercarme a la casa busqué en el bolsillo la carta que llevaba para el jardinero, y me di cuenta con sorpresa de que estaba lacrada. Aquello me irritó de tal modo que estuve a punto de volver sobre mis pasos sin cumplir mi encargo. Luego pensé que con aquello mostraría una sensibilidad de mal gusto. Mi amigo había podido cerrar la carta sin darse cuenta de ello, turbado como estaba.

La casa parecía llevar veinte años abandonada. La barrera, abierta y podrida, se mantenía en pie nadie sabía cómo. La hierba llenaba los caminos; no se distinguían los arriates del césped.

Al ruido que hice golpeando con el pie un postigo, un viejo salió por una puerta lateral y pareció estupefacto de verme. Salté al suelo y le entregué la carta. La leyó, volvió a leerla, le dio la vuelta, me estudió de arriba abajo, se metió el papel en el bolsillo y dijo:

-¡Y bien! ¿Qué es lo que desea?

Respondí bruscamente:

-Usted debería de saberlo, ya que ha recibido dentro de ese sobre las órdenes de su amo; quiero entrar en la casa.

Pareció aterrado. Declaró:

-Entonces, ¿piensa entrar en... en su habitación?

Empecé a impacientarme.

-¡Por Dios! ¿Acaso tiene usted intención de interrogarme?

Balbuceó:

-No..., señor..., pero es que... es que no se ha abierto desde... desde... la muerte. Si quiere esperarme cinco minutos, iré... iré a ver si...

Lo interrumpí colérico.

-¡Ah! Vamos, ¿se está burlando de mí? Usted no puede entrar, porque aquí está la llave.

No supo qué decir.

-Entonces, señor, le indicaré el camino.

-Señáleme la escalera y déjeme sólo. Sabré encontrarla sin usted.

-Pero.... señor... sin embargo...

Esta vez me irrité realmente.

-Está bien, cállese, ¿quiere? O se las verá conmigo.

Lo aparté violentamente y entré en la casa.

Atravesé primero la cocina, luego dos pequeñas habitaciones que ocupaba aquel hombre con su mujer. Franqué un gran vestíbulo, subí la escalera, y reconocí la puerta indicada por mi amigo.

La abrí sin problemas y entré.

El apartamento estaba tan a oscuras que al principio no distinguí nada. Me detuve, impresionado por aquel olor mohoso y húmedo de las habitaciones vacías y cerradas, las habitaciones muertas. Luego, poco a poco, mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, y vi claramente una gran pieza en desorden, con una cama sin sábanas, pero con sus colchones y sus almohadas, de las que una mostraba la profunda huella de un codo o de una cabeza, como si alguien acabara de apoyarse en ella.

Las sillas aparecían en desorden. Observé que una puerta, sin duda la de un armario, estaba entreabierta.

Me dirigí primero a la ventana para dar entrada a la luz del día y la abrí; pero los hierros de las contraventanas estaban tan oxidados que no pude hacerlos ceder.

Intenté incluso forzarlos con mi sable, sin conseguirlo. Irritado ante aquellos esfuerzos inútiles, y puesto que mis ojos se habían acostumbrado al final perfectamente a las sombras, renuncié a la esperanza de conseguir más luz y me dirigí al secreter.

Me senté en un sillón, corrí la tapa, abrí el cajón indicado. Estaba lleno a rebosar. No necesitaba más que tres paquetes, que sabía cómo reconocer, y me puse a buscarlos.

Intentaba descifrar con los ojos muy abiertos lo escrito en los distintos fajos, cuando creí escuchar, o más bien sentir, un roce a mis espaldas. No le presté atención, pensando que una corriente de aire había agitado alguna tela. Pero, al cabo de un minuto, otro movimiento, casi indistinto, hizo que un pequeño estremecimiento desagradable recorriera mi piel. Todo aquello era tan estúpido que ni siquiera quise volverme, por pudor hacia mí mismo. Acababa de descubrir el segundo de los fajos que necesitaba y tenía ya entre mis manos el tercero cuando un profundo y penoso suspiro, lanzado contra mi espalda, me hizo dar un salto alocado a dos metros de allí. Me volví en mi movimiento, con la mano en la empuñadura de mi sable, y ciertamente, si no lo hubiera sentido a mi lado, hubiera huido de allí como un cobarde.

Una mujer alta vestida de blanco me contemplaba, de pie detrás del sillón donde yo había estado sentado un segundo antes.

¡Mis miembros sufrieron una sacudida tal que estuve a punto de caer de espaldas! ¡Oh! Nadie puede comprender, a menos que los haya experimentado, estos espantosos y estúpidos terrores. El alma se hunde; no se siente el corazón; todo el cuerpo se vuelve blando como una esponja, cabría decir que todo el interior de uno se desmorona.

No creo en los fantasmas; sin embargo, desfallecí bajo el horrible temor a los muertos, y sufrí, ¡oh!, sufrí en unos instantes más que en todo el resto de mi vida, bajo la irresistible angustia de los terrores sobrenaturales.

¡Si ella no hubiera hablado, probablemente ahora estaría muerto! Pero habló; habló con una voz dulce y dolorosa que hacía vibrar los nervios. No me atreveré a decir que recuperaré el dominio de mí mismo y que la razón volvió a mí. No. Estaba tan extraviado que no sabía lo que hacía; pero aquella especie de fiereza íntima que hay en mí, un poco del orgullo de mi oficio también, me hacían mantener, casi pese a mí mismo, una actitud honorable. Fingí ante mí, y ante ella sin duda, ante ella, fuera quien fuese, mujer o espectro. Me di cuenta de todo aquello más tarde, porque les aseguro que, en el instante de la aparición, no pensé en nada. Tenía miedo.

-¡Oh, señor! -me dijo-. ¡Puede hacerme un gran servicio!

Quise responderle, pero me fue imposible pronunciar una palabra. Un ruido vago brotó de mi garganta.

-¿Quiere? -insistió-. Puede salvarme, curarme. Sufro atrozmente. Sufro, ¡oh, sí, sufro! Y se sentó suavemente en mi sillón. Me miraba.

-¿Quiere?

Afirmé con la cabeza incapaz de hallar todavía mi voz.

Entonces ella me tendió un peine de carey y murmuró:

-Péineme, ¡oh!, péineme; eso me curará; es preciso que me peinen. Mire mi cabeza... Cómo sufro; ¡cuanto me duelen los cabellos!

Sus cabellos sueltos, muy largos, muy negros, me parecieron, colgaban por encima del respaldo del sillón y llegaban hasta el suelo.

¿Por qué hice aquello? ¿Por qué recibí con un estremecimiento aquel peine, y por qué tomé en mis manos sus largos cabellos que dieron a mi piel una sensación de frío atroz, como si hubiera manejado serpientes? No lo sé.

Esta sensación permaneció en mis dedos, y me estremezco cuando pienso en ella.

La peiné. Manejé no sé cómo aquella cabellera de hielo. La retorcí, la anudé y la desanudé; la trencé como se trenza la crin de un caballo. Ella suspiraba, inclinaba la cabeza, parecía feliz.

De pronto me dijo «¡Gracias!», me arrancó el peine las manos y huyó por la puerta que había observado que estaba entreabierta.

Ya solo, sufrí durante unos segundos ese trastorno de desconcierto que se produce al despertar después de una pesadilla. Luego recuperé finalmente los sentidos; corrí a la ventana y rompí las contraventanas con un furioso golpe.

Entró un chorro de luz diurna. Corrí hacia la puerta por donde ella se había ido. La hallé cerrada e infranqueable.

Entonces me invadió una fiebre de huida, un pánico, el verdadero pánico de las batallas. Cogí bruscamente los tres paquetes de cartas del abierto secreter; atravesé corriendo el apartamento, salté los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro, me hallé fuera no sé por dónde, y, al ver a mi caballo a diez pasos de mí, lo monté de un salto y partí al galope.

No me detuve más que en Ruán, delante de mi alojamiento. Tras arrojar la brida a mi ordenanza, me refugié en mi habitación, donde me encerré para reflexionar.

Entonces, durante una hora, me pregunté ansiosamente si no habría sido juguete de una alucinación. Ciertamente, había sufrido una de aquellas incomprensibles sacudidas nerviosas, uno de aquellos trastornos del cerebro que dan nacimiento a los milagros y a los que debe su poder lo sobrenatural.

E iba ya a creer en una visión, en un error de mis sentidos, cuando me acerqué a la ventana. Mis ojos, por azar, descendieron sobre mi pecho. ¡La chaqueta de mi uniforme estaba llena de largos cabellos femeninos que se habían enredado en los botones!

Los cogí uno por uno y los arrojé fuera por la ventana con un temblor de los dedos.

Luego llamé a mi ordenanza. Me sentía demasiado emocionado, demasiado trastornado para ir aquel mismo día a casa de mi amigo. Además, deseaba reflexionar a fondo lo que debía decirle.

Le hice llevar las cartas, de las que extendió un recibo al soldado. Se informó sobre mí. El soldado le dijo que no me encontraba bien, que había sufrido una ligera insolación, no sé qué. Pareció inquieto.

Fui a su casa a la mañana siguiente, poco después de amanecer, dispuesto a contarle la verdad. Había salido el día anterior por la noche y no había vuelto.

Volví aquel mismo día, y no había vuelto. Aguardé una semana. No reapareció. Entonces previne a la justicia. Se le hizo buscar por todas partes, sin descubrir la más mínima huella de su paso o de su destino.

Se efectuó una visita minuciosa a la casa de campo abandonada. No se descubrió nada sospechoso allí.

Ningún indicio reveló que hubiera alguna mujer oculta en aquel lugar.

La investigación no llegó a ningún resultado, y las pesquisas fueron abandonadas.

Y, tras cincuenta y seis años, no he conseguido averiguar nada. No sé nada más.

FIN

Blanco y azul

Mi pequeña barca, mi querida barquita, toda blanca con una red a lo largo de la borda, iba suavemente, suavemente sobre la mar en calma, en calma, adormilada, densa, y también azul, azul de un azul transparente, líquido, donde la luz se hundía, la luz azul, hasta las rocas del fondo.

Los chalets, los hermosos chalets blancos, todos blancos, observaban a través de sus ventanas abiertas el Mediterráneo que venía a acariciar los muros de sus jardines, de sus hermosos jardines llenos de palmeras, de áloes, de árboles siempre verdes y de plantas siempre en flor.

Le dije a mi marinero, que remaba despacio, que se detuviera delante de la puerta de mi amigo Pol. Y grité con todos mis pulmones:

-¡Pol, Pol, Pol!

Apareció en su balcón, asustado como un hombre que uno acaba de despertar. El enorme sol de la una, deslumbrándolo, le hacía cubrirse los ojos con la mano.

Le grité:

-¿Quieres dar una vuelta ?

-Voy, respondió

Y cinco minutos más tarde subía en mi barquita.

Le dije a mi marinero que se dirigiera hacia alta mar.

Pol había traído su periódico, que no había podido leer por la mañana, y, tumbado al fondo del barco, se puso a ojearlo.

Yo miraba la tierra. A medida que me alejaba de la orilla, toda la ciudad aparecía, la hermosa ciudad blanca, tendida totalmente al borde de las olas azules. Después, por encima, la primera montaña, la primera grada, un gran bosque de abetos, lleno también de chalets, de chalets blancos, aquí y allá, parecidos a orondos huevos de pájaros gigantes. Se esparcían a medida que nos aproximábamos a la cima, y sobre la cumbre se veía uno muy grande, cuadrado, un hotel, tal vez, y tan blanco que parecía que se había vuelto a pintar la misma mañana.

Mi marinero remaba apáticamente, en meridional tranquilo; y como el sol que quemaba en el medio del cielo azul me cansaba los ojos, miré hacia el agua, el agua azul, profunda, a la cual los remos destruían su reposo.

Pol me dijo:

-Siempre nieva en París. Hay helada todas las noches a 6 grados.

Yo aspiraba el aire tibio inflando mi pecho, el aire inmóvil, adormilado sobre el mar, el aire azul. Y volví a levantar los ojos.

Y vi detrás la montaña verde, y por encima, allá, la inmensa montaña blanca aparecía. No se la descubría en un instante. Ahora, comenzaba a mostrar su gran pared de nieve, su alta pared brillante, cercada por una tenue cintura de cimas heladas, de cimas blancas, agudas como pirámides, a lo largo de la orilla, la suave orilla cálida, donde crecen las palmeras, donde florecen las anémonas.

Le dije a Pol:

-Aquí está la nieve, mira. Y le mostré los Alpes.

La extensa cadena blanca se extendía hasta perderse de vista y crecía en el cielo con cada golpe de remo que azotaba el agua azul. La nieve parecía tan vecina, tan próxima, tan espesa, tan amenazante que me daba miedo, me daba frío.

Luego descubrimos más abajo una línea negra, derecha, cortando la montaña en dos. Allá donde el sol de fuego dijo a la nieve de hielo: «Tú no irás más lejos».

Pol, que sujetaba siempre su periódico, pronunció:

-Las noticias de Piémont son terribles. Las avalanchas han destruido dieciocho pueblos. Escucha esto; y leyó: «Las noticias del valle de Aoste son terribles. La población enloquecida no tiene ya descanso. Las avalanchas sepultan una y

otra vez los pueblos. En el valle de Lucerna los desastres son también graves. En Locane, siete muertos, en Sparone, quince, en Romborgogno, ocho, en Ronco, Valprato, Campiglia, que la nieve ha cubierto, contamos treinta y dos cadáveres. En Pirronne, en Saint-Damien, en Musternale, en Demonte, en Massello, en Chiabrano, los muertos son igualmente numerosos. El pueblo de Balzégliha ha desaparecido completamente bajo la avalancha. Nadie recuerda haber visto semejante calamidad.

»Detalles horribles nos llegan de todas las costas. He aquí una entre mil:

»Un valiente hombre de Groscavallo vivía con su mujer y sus dos niños. La mujer estaba enferma desde hacía mucho tiempo.

»El domingo, día del desastre, el padre cuidaba a su mujer, ayudado por su hija, mientras que su hijo estaba en casa de un vecino.

»De repente, una enorme avalancha cubre la choza y la destruye. Una gruesa viga, al caer, corta casi en dos al padre, que muere en el instante. La madre fue protegida por la misma viga, pero uno de sus brazos queda cortado y triturado debajo.

»Con su otra mano podía tocar a su hija, prisionera igualmente bajo el montón de madera. La pobre pequeña gritó “Socorro” durante casi treinta horas. De vez en cuando decía: “Mamá, dame tu almohada para mi cabeza. Me duele.”

»Sólo la madre ha sobrevivido.»

Nosotros observábamos ahora la montaña, la enorme montaña blanca que siempre crecía, mientras que la otra, la montaña verde, no parecía más que una enana a sus pies.

La ciudad había desaparecido en la lejanía.

Nada más que la mar azul alrededor de nosotros, bajo nosotros, delante de nosotros, y los Alpes blancos detrás de nosotros, los Alpes gigantes con su pesada capa de nieve.

Por encima de nosotros, el cielo ligero ¡de un suave azul dorado de luz!

¡Oh! ¡Hermoso día!

Pol continuó:

-¡Debe de ser horroroso esta muerte, bajo esta pesada espuma de hielo!

Y suavemente llevado por el mar, acunado por el movimiento de los remos, lejos de tierra, de la que no veía más que la cresta blanca, pensaba en esta pobre y pequeña humanidad, en esta insignificancia de vida, tan modesta y tan hostigada, que se movía sobre este grano de arena perdido en la polvareda de los mundos, en esta miserable tropa de hombres, diezmado por las enfermedades, aplastado por las avalanchas, sacudido y perturbado por los temblores de tierra, en estos pobres pequeños seres invisibles desde un kilómetro, y tan locos, tan vanidosos, tan pendencieros, que se matan unos a otros, no teniendo más que unos días para vivir. Yo comparaba las moscas que viven unas horas con los animales que viven algunos años, con los universos que viven algunos siglos. ¿Qué es todo esto?

Pol dijo:

-Sé una buena historia de nieve.

Le dije:

-Cuenta.

Él siguió:

-¿Te acuerdas del gran Radier, Jules Radier, el guapo de Jules?

-Sí, perfectamente

-Tú sabes cómo estaba orgulloso de su cabeza, de sus cabellos, de su torso, de su vigor, de sus bigotes. Él tenía todo mejor que los demás, pensaba. Y era un destroza corazones, un irresistible, uno de esos buenos mozos de media estopa que tienen mucho éxito sin que uno sepa realmente por qué.

»Ellos no son ni inteligentes, ni finos, ni delicados, pero tienen un temperamento de galantes chicos carniceros. Esto es suficiente.

»El pasado invierno, estando París cubierto de nieve, fui a un baile a casa de una galante mujer, que conoces, la bella Sylvie Raymond.»

-Sí, perfectamente.

-Jules Radier estaba allí, llevado por un amigo, y yo vi cómo él agradaba mucho a la señora de la casa. Yo pensé: «He aquí uno al que la nieve no molestará en absoluto para irse esta noche».

»Luego me ocupé yo mismo de buscar alguna distracción entre el montón de bellas disponibles.

»No tuve éxito. No todo el mundo es Jules Radier y me fui, completamente solo, hacia la una de la mañana.

»Delante de la puerta, una decena de simones esperaban tristemente a los últimos invitados. Parecían tener ganas de cerrar sus ojos amarillos, que miraban las aceras blancas.

»Como no vivía lejos, quise volver a pié. Y al girar la calle percibí una cosa extraña: una gran sombra negra, un hombre, un gran hombre, se meneaba, iba, venía, patinaba en la nieve levantándola, arrojándola, esparciéndola delante de él. ¿Era un loco? Me acerqué con precaución. Era el bello Jules.

»Sujetaba con una mano sus botines de charol y de la otra sus calcetines. Su pantalón estaba subido por encima de sus rodillas, y corría en redondo, como en una doma, empapando sus pies desnudos en esta espuma helada, buscando los lugares donde permanecía intacta, más espesa y más blanca. Se movía, daba coces, hacía movimientos de encerador de suelo.

»Permanecí estupefacto.

»Murmuré:

»-¡Pero qué! ¿Perdiste la cabeza?

»Él respondió sin pararse:

»-En absoluto, me lavo los pies. Figúrate que he seducido a la bella Sylvie. ¡Hay una oportunidad! Y creo que mi buena suerte va a materializarse esta misma noche. Al hierro candente hay que batir de repente. Yo no había previsto esto, sino habría tomado un baño.»

Pol concluyó:

-Como puedes ver la nieve es útil para alguna cosa.

Mi marinero, cansado, había dejado de remar. Permanecimos inmóviles sobre el agua serena.

Le dije al hombre:

-Volvamos. Y él retomó los remos.

A medida que nos aproximábamos a tierra, la alta montaña blanca disminuía su altura, se hundía detrás de la otra, la montaña verde.

La ciudad volvió a aparecer, semejante a una espuma, una espuma blanca, al borde del mar azul. Los chalets se mostraron entre los árboles. Ya no percibíamos más que una línea de nieve, por encima, la línea labrada de cimas que se perdía a la derecha, hacia Niza.

Después, una única cumbre quedó visible, una gran cumbre que desaparecía poco a poco ella misma, comida por la costa más próxima.

Y pronto no vimos nada más que la orilla de la ciudad, la ciudad blanca y el mar azul sobre el que se deslizaba mi barquita, mi querida barquita, al suave ruido de los remos.

FIN

Campanilla

¡Son extraños, esos antiguos recuerdos que nos obsesionan sin que podamos desprendernos de ellos!

Este es tan viejo, tan viejo, que no puedo comprender cómo ha permanecido tan vivo y tenaz en mi mente. He visto después tantas cosas siniestras, emocionantes o terribles, que me asombra que no pase un día, ni un sólo día, sin que la figura de la tía Campanilla aparezca ante mis ojos, tal como la conocí, en tiempos, hace mucho, cuando yo tenía diez o doce años.

Era una vieja costurera que venía una vez a la semana, todos los martes, a repasar la ropa en casa de mis padres. Mis padres vivían en una de esas casas de campo llamadas castillos y que son simplemente antiguas mansiones de tejado puntiagudo, de las cuales dependen cuatro o cinco granjas agrupadas a su alrededor.

El pueblo, un pueblo grande, una villa, aparecía a unos cientos de metros, agolpado en torno a la iglesia, una iglesia de ladrillos rojos ennegrecidos por el tiempo.

Así, pues, todos los martes la tía Campanilla llegaba entre seis y media y siete de la mañana y subía enseguida al cuarto de costura para ponerse al trabajo.

Era una mujer alta y flaca, barbuda, o mejor dicho peluda, pues tenía barba en toda la cara, una barba sorprendente, inesperada, que crecía en penachos inverosímiles, en mechones rizados que parecían diseminados por un loco en aquel gran rostro de gendarme con faldas. Los tenía sobre la nariz, bajo la nariz, alrededor de la nariz, en el mentón, en las mejillas; y sus cejas, de un espesor y de una largura extravagantes, completamente grises, tupidas, erizadas, parecían enteramente un par de bigotes colocados allí por error.

Cojeaba, no como cojean los lisiados normales, sino como un barco anclado. Cuando asentaba sobre la pierna sana el gran cuerpo huesudo y desviado, semejaba tomar impulso para remontar una ola monstruosa, y después, de repente, se lanzaba como para desaparecer en un abismo, se hundía en el suelo. Su marcha despertaba la idea de una tempestad, de tanto como se balanceaba al mismo tiempo; y su cabeza, siempre tocada con un enorme gorro blanco, cuyas cintas flotaban a su espalda, parecía atravesar el horizonte, del norte al sur y del sur al norte, a cada uno de sus movimientos.

Yo adoraba a esta tía Campanilla. Tan pronto como me levantaba subía al cuarto de costura, donde la encontraba instalada cosiendo, con un estufilla bajo los pies. En cuanto yo llegaba, me obligaba a coger la estufilla y a sentarme encima para que no me acatarrase en aquella vasta pieza fría, situada bajo el tejado.

-Eso te hace circular la sangre -decía.

Me contaba historias mientras zurcía la ropa con sus largos dedos ganchudos, que eran muy vivos; sus ojos, tras unas gafas con cristales de aumento, pues la edad había debilitado su vista, me parecían enormes, extrañamente profundos, dobles.

Tenía, por lo que puedo recordar de las cosas que me decía y que conmovían mi corazón de niño, un alma magnánima de pobre mujer. Sus juicios eran lisos y llanos. Me contaba los acontecimientos del pueblo, la historia de una vaca que se había escapado del establo y a la que habían encontrado, una mañana, ante el molino de Prosper Malet, viendo cómo giraban las alas de madera, o la historia de un huevo de gallina descubierto en el campanario de la iglesia sin que nadie entendiera nunca qué animal había ido a ponerlo allí, o la historia del perro de Jean-Jean Pilas, que había ido a recuperar a diez leguas del pueblo los calzones de su amo robados por un transeúnte mientras se secaban frente a la puerta después de una mojadura. Me contaba estas ingenuas aventuras de tal forma que adquirían en mi mente proporciones de dramas inolvidables, de poemas grandiosos y misteriosos; y los ingeniosos cuentos inventados por poetas y que me narraba mi madre, por la noche, no tenían el sabor, la amplitud, la potencia de los relatos de la aldeana.

Ahora bien, un martes en que me había pasado toda la mañana escuchando a la tía Campanilla, quise volver a subir a su lado por la tarde, después de haber ido con el criado a coger avellanas en el bosque de Hallets, detrás de la granja de Noirpré. Lo recuerdo todo tan claramente como las cosas de ayer.

Ahora bien, al abrir la puerta del cuarto de costura, vi a la vieja costurera tendida en el suelo, al lado de su silla, boca abajo, con los brazos extendidos, sujetando aún la aguja en una mano y, en la otra, una de mis camisas. Una de sus piernas, la larga sin duda, con una media azul, se estiraba bajo la silla; y las gafas brillaban junto a la pared, habiendo rodado lejos de ella.

Escapé lanzando agudos gritos. Acudieron; y me enteré al cabo de unos minutos de que la tía Campanilla había muerto.

No sabía expresar la emoción profunda, punzante, terrible, que crispó mi corazón de niño. Bajé a pasitos cortos al

salón y fui a esconderme en un rincón oscuro, hundido en una inmensa y antigua butaca donde me arrodillé para llorar. Sin duda me quedé allí mucho tiempo, pues cayó la noche.

De repente entraron con una lámpara, aunque no me vieron, y oí a mi padre y mi madre conversar con el médico, cuya voz reconocí.

Habían ido a buscarlo a toda prisa y él explicaba las causas del accidente. No entendí nada, por lo demás. Después se sentó, y aceptó una copa de licor y unas galletas. Seguía hablando; y lo que dijo entonces se me quedó y se me quedará grabado en el alma hasta la muerte. Creo que incluso puedo reproducir casi exactamente los términos que utilizó.

-¡Ah! -decía- ¡pobre mujer! Fue mi primera cliente. Se rompió la pierna el día de mi llegada y ni siquiera había tenido tiempo de lavarme las manos al bajar de la diligencia cuando vinieron en mi busca a toda prisa, pues era grave, muy grave.

"Tenía diecisiete años y era una chica guapísima, ¡muy guapa, mucho! ¡Quién lo diría! En cuanto a su historia, jamás la conté; y nadie, salvo yo y otra persona que ya no está en la comarca, la supo nunca. Ahora que ha muerto, puedo ser menos discreto.

"En aquella época acababa de instalarse en la villa un joven maestro que tenía un hermoso rostro y el esbelto talle de un suboficial. Todas las muchachas corrían tras él, y se hacía el interesante, pues además le tenía mucho miedo al director de la escuela, su superior, el señor Grabu, que no todos los días se levantaba de buenas.

"El señor Grabu empleaba ya entonces como costurera a la hermosa Hortense, que acaba de morir en su casa y a la cual bautizaron más adelante como Campanilla, después de su accidente. El maestro se fijó en la guapa chiquilla, quien sin duda se sintió halagada por la elección del inexpugnable conquistador; el caso es que lo amó, y que él consiguió una primera cita, en el desván de la escuela, al final de todo un día de costura, al llegar la noche.

"Ella fingió regresar a casa, pero en lugar de bajar la escalera al salir de casa de los Grabu, la subió, y fue a ocultarse entre el heno, para esperar a su enamorado. Él se reunió en seguida con ella, y empezaba a galantearla cuando la puerta del desván se abrió de nuevo y apareció el maestro de escuela, preguntando:

"-¿Qué hace usted aquí arriba, Sigisbert?

"Viéndose cogido, el joven maestro, azarado, respondió estúpidamente:

"-Subí a descansar un rato en las gavillas, señor Grabu.

"El desván era muy grande, muy vasto, estaba absolutamente negro; y Sigisbert empujaba hacia el fondo a la desconcertada joven, repitiendo:

"-Váyase, escóndase. Voy a perder mi puesto, ¡escape, escóndase!

"El maestro de escuela, al oír susurros, prosiguió:

"-¿No está usted solo?

"-¡Claro que sí, señor Grabu!

"-Claro que no, puesto que está hablando.

"-Le juro que sí, señor Grabu.

"-Pronto voy a saberlo -prosiguió el viejo; y, cerrando la puerta con doble vuelta de llave, bajó a buscar una vela.

"Entonces el joven, un cobarde como hay muchos, perdió la cabeza y repetía, enfurecido de repente:

"-Escóndase, que no la encuentre. Por su culpa voy a perder mi pan. Va usted a destrozar mi carrera.. ¡Escóndase de una vez!

"Se oía la llave que giraba de nuevo en la cerradura.

"Hortense corrió al tragaluz que daba a la calle, lo abrió bruscamente, y luego, con voz baja y resuelta:

"-Venga usted a recogerme cuando él se haya marchado -dijo.

"Y saltó.

"El señor Grabu no encontró a nadie y volvió a bajar, muy sorprendido.

"Un cuarto de hora después, Sigisbert entraba en mi casa y me contaba su aventura. La joven se había quedado al pie del muro, incapaz de levantarse, porque había caído de dos pisos. Fui a buscarla con él. Llovía a cántaros, y me llevé a mi casa a la pobre infeliz, cuya pierna derecha se había roto en tres sitios, y los huesos habían desgarrado la carne. No se quejaba, y se limitaba a decir con admirable resignación:

"-¡Justo castigo! ¡Justo castigo!

"Mandé en busca de ayuda y de los padres de la costurera, a quienes les conté la fábula de un carruaje desbocado que la había atropellado y lisiado ante mi puerta.

"Me creyeron y los gendarmes buscaron en vano, durante un mes, al responsable del accidente.

"¡Y eso es todo! Y afirmo que esta mujer fue una heroína, de la raza de las que realizan las más nobles acciones históricas.

"Aquel fue su único amor. Ha muerto virgen. Es una mártir, un alma hermosa, ¡una abnegada sublime! Y si yo no la admirase totalmente no les habría contado su historia, que nunca quise decirle a nadie en vida de ella, ya comprenderán ustedes por qué razón."

El médico había enmudecido. Mamá lloraba. Papá pronunció unas palabras que no entendí bien; y después se marcharon.

Y yo me quedé de rodillas en mi butaca, sollozando, mientras oía un extraño ruido de pasos pesados y de choques en la escalera.

Se llevaban el cuerpo de Campanilla.

FIN

Campeños

I

Las dos cabañas juntas, al pie de una colina, cerca de un balneario; los dos campesinos hacían el mismo esfuerzo para buscar en la tierra infecunda el pan de los suyos; las dos familias eran numerosas: el padre, la madre y cuatro hijos. Frente a las dos puertas, la chiquillería piaba desde la mañana hasta la noche. Los dos mayores tenían seis años y los dos pequeños quince meses. Los dos matrimonios y los nacimientos de cada criatura se habían verificado, simultáneamente casi, en los dos hogares.

Cuando los niños jugaban juntos, apenas distinguían las dos madres cuáles eran los propios y cuáles los del vecino; los dos padres los confundían absolutamente; los ocho nombres bailaban en sus cabezas, mezclándose a todas horas, y cuando querían llamar a uno, con frecuencia llamaban a tres antes de acertar con el verdadero.

Dejando a la espalda el balneario de Rolleport, la primera de las dos viviendas que aparecía era la de los Tubaches, que tenían tres hembras y un varón; la segunda era la de los Vallin, que tenían una hembra y tres varones.

Todos vivían trabajosamente con sopitas, papas y aire puro. A las siete de la mañana, al mediodía y a las seis de la tarde, cada matrimonio llamaba a los suyos para repartir la comida, como los que guardan patos reúnen a los animalitos. Las criaturas se colocaban alineadas junto a una mesa, barnizada por el roce de medio siglo. El menor de todos apenas llegaba con la boca al nivel de la mesa. Les ponían delante un plato con pan remojado en el agua en que se habían cocido patatas, media col y tres cebollas, y todos lo devoraban como hambrientos; la madre daba de comer al menor. Un poco de carne cocida los domingos era un regalo para todos, y aquel día el padre mascaba reposado, repitiendo:

-Así comería yo siempre.

Una tarde de octubre se detuvo bruscamente ante las dos cabañas un ligero cochecillo, y una señora joven, que lo guiaba, dijo al caballero que iba con ella:

-¡Oh! ¡ Mira, Henry; mira qué grupo de niños!

El hombre no contestó, acostumbrado a semejantes admiraciones, que para él eran un dolor y casi un reproche.

La mujer seguía:

-Quiero besarlos. ¡Ah! ¡Cuánto me gustaría uno como aquel pequeño!

Y apeándose de un salto se acercó a los niños y cogió a uno de los más pequeños, el de los Tubaches, lo alzó entre los brazos, lo acarició apasionadamente, le cubrió de besos la cara sucia, el pelo ensortijado y rubio y lleno de tierra, y las manecitas, que agitaba el infeliz para librarse de aquel ataque.

Luego la señora subió al coche, alejándose al trote largo de los caballos. Pero volvió a la semana siguiente, se apeó, acarició al niño, se sentó junto a él, en el suelo, lo atiborró de dulces, repartiendo algunos a los demás, y jugó con todos como una chiquilla, mientras que su marido la esperaba pacientemente, sin abandonar su frágil cochecillo.

Repitió la visita, conoció a los padres y acabó yendo todas las tardes, repartiendo muchas golosinas y algunas monedas.

Era la esposa de Henry de Hubières.

Una mañana su marido se apeó del coche tras ella, y sin pararse con los niños entraron en la cabaña de los Tubaches.

La mujer y el marido estaban cortando leña y encendiendo lumbre para el almuerzo. Quedaron muy sorprendidos, ofrecieron sillas y aguardaron silenciosos. La señora, con voz entrecortada y temblorosa, dijo:

-Buenas gentes, vine a su casa porque deseo... deseo llevarme al chiquitín...

Los campesinos, de pronto, no haciéndose cargo de la cosa, no dijeron nada.

La señora, ya más tranquila, prosiguió:

-No tenemos hijos ni familia; estamos enteramente solos mi marido y yo. Si nos lo dieran, lo cuidaríamos... ¿Quiéren?

La mujer iba entendiendo, y habló:

-¿Quiere usted llevarse a nuestro Carlos? No, eso, no.

Entonces intervino el señor de Hubiéres con estas razones:

-Mí mujer no se ha expresado claramente. Queremos adoptar al niño, pero el niño podría venir a ver a sus padres. Si es bueno con nosotros, como esperamos, heredará toda nuestra fortuna. Y si llegásemos a tener hijos, la repartiría con ellos como un hermano. Pero si no fuese agradecido a nuestras atenciones, al llegar a su mayoría de edad dispondría de veinticinco mil francos, que desde hoy estamos dispuestos a dejar depositados a su nombre. Como también hemos de atenderlos a ustedes, les daríamos una pensión vitalicia de cien francos mensuales. ¿Me comprenden?

La campesina se había levantado furiosa.

-¿Quiere usted que le vendamos a Carlos? ¡Ah! Esas cosas no se le piden a una madre. No, no; eso es una infamia.

El hombre no decía nada, grave y reflexivo; pero aprobaba con un movimiento de cabeza lo que decía su mujer.

La señora de Hubiéres, contrariada y triste, arrancó en llanto, y volviéndose hacia su marido, con la voz entrecortada entre sollozos, una voz de niña mimada, balbució: -¡No quieren, Henry, no quieren!

Entonces el marido insistió:

-Pero no es lo que ustedes imaginan. El hijo no lo venden. Aseguran su porvenir, su felicidad, su...

La campesina exasperada, lo interrumpió.

-Sí, ya lo sabemos todo; ya lo hemos oído todo; ya lo imaginamos todo. Váyanse ustedes y que no volvamos a verlos en esta casa. No es honrado querer quitar un hijo a su madre de ese modo.

Al salir, la señora de Hubiéres notó que había dos pequeñuelos, y preguntó entre lágrimas, con la tenacidad propia de una mujer mimada:

-Pero el otro pequeñito, ¿no será también de ustedes?

Tubache respondió:

-Es de los vecinos; entren ustedes a ver si ellos quieren.

Y el hombre se retiró al interior de su vivienda, en la que resonaban aún las exaltadas voces de su mujer.

Los Vallin estaban en la mesa, comiendo tranquilamente rebanadas de pan con un poco de manteca, la cual tomaban con la punta del cuchillo de un plato colocado entre los dos.

El señor de Hubieres hizo de nuevo sus proposiciones, pero más insinuante, con más precauciones oratorias y más astucia.

Los dos campesinos bajaron la cabeza, negándose; pero cuando se fijaron en que les darían cien francos mensuales, reflexionaron un poco, sobrecogidos, consultándose con la mirada.

-¿Qué dices tú a eso? -preguntó la mujer. El hombre dijo, sentenciosamente:

-No es una bicoca.

Entonces la señora de Hubiéres, que temblaba de angustia, les habló del porvenir del chiquillo, de su felicidad futura, de cuánto podía darles con el tiempo. El campesino preguntó:

-Y esta renta de cien francos mensuales, ¿quedará por escritura hecha ante notario?

El señor de Hubiéres contestó:

-Seguramente; mañana mismo.

La mujer, que meditaba, dijo:

-Cien francos al mes no es bastante para que me prive del gusto de ver al niño; además, el niño, dentro de algunos años, trabajaría, nos ayudaría, ganaría también algo. Han de ser ciento veinte.

La señora de Hubiéres, saltando impacientemente, lo concedió en seguida. Y como quería llevarse al niño, dio cien francos de regalo, mientras el caballero extendía y firmaba un documento provisional. El alcalde y un vecino, a los

cuales llamaron aprisa, hicieron de testigos complacientes.

Y la señora, satisfecha, radiante, se llevó a la criatura, que berreaba, como se llevaría de un almacén el juguete deseado.

Los Tubaches, desde la puerta, los vieron alejarse, y quedaron severos, mudos, arrepentidos acaso de su negativa.

II

No se habló más del pequeño Juanito Vallin. Sus padres iban cada mes a cobrar sus ciento veinte francos a casa de un notario, y vivían poco satisfechos de sus vecinos, porque la mujer de Tubache los llenaba de improperios, repitiendo sin cesar, de puerta en puerta, que se necesitaba ser criminal para vender a un hijo; aquello era un horror, a su juicio y al de las gentes honradas; una torpeza, una porquería.

Y luego alzaba entre sus brazos a su Carlitos, gritándole, como si la criatura estuviera en el caso de comprenderlo, y para que todos la oyesen:

-Yo no te vendí; no soy capaz de venderte, ángel mío. Yo no vendo a mis hijos. No soy rica, pero no vendo a mis hijos.

Durante algunos años repitió lo mismo todos los días; cada hora, las alusiones groseras fueron vociferadas para que llegasen a casa de los vecinos. La Tubache terminó por juzgarse muy superior a todas las madres de aquellos contornos, porque no había querido ceder a su Carlos como la Vallin cedió a su Juan.

Y los que hablaban del asunto decían:

-Claro que la proposición era tentadora; rechazándola, se portó como una buena madre. La citaban como un modelo, y Carlitos llegó a los dieciocho años con esta idea repetida sin cesar, considerándose muy superior a los otros muchachos, porque su madre no quiso venderlo.

Los Vallin, algo aislados, vivían tranquilamente, gracias a la pensión. Esto enardecía más los odios y los furores de la familia Tubache, que luchaba contra la miseria.

Su hijo mayor fue soldado. El segundo murió. Sólo quedaba Carlos para ayudar a su padre, para procurar el sustento de su madre y dos hermanas.

Tenía veintiún años, cuando una mañana vio llegar un lucido coche que se paraba frente a las cabañas. Un caballero joven, con su cadena de oro, se apeó, ayudando luego a bajar a una señora de pelo blanco.

La señora le dijo:

-Es ahí, en la segunda casa, hijo mío.

Y el joven entró en la de los Vallin.

La mujer levantaba los manteles y el hombre dormitaba en un rincón. Ambos alzaron los ojos. y el joven les dijo:

-Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Se irguieron los dos, como espantados. La mujer balbució:

-¿Es nuestro hijo? ¿Es mi Juan? ¿Eres tú?

El joven la estrechó entre sus brazos, besándola y repitiendo:

-Buenos días, mamá.

En tanto el hombre, tembloroso, decía con la calma propia de su carácter:

-¿Ya está el chico de vuelta? -como si lo hubiera visto un mes antes.

Pasados los primeros momentos, los padres quisieron lucir al chico; que todos lo vieran. Lo llevaron a casa del alcalde, a casa del cura y a casa del maestro.

Carlos, desde la puerta de su cabaña, los vio pasar.

Por la noche, cenando, les dijo a sus padres:

-Fueron ustedes muy tontos dejando que se llevaran al hijo de los Vallin.

La madre respondía obstinadamente:

-No quisimos vender a un hijo nuestro.

El padre callaba. El hijo insistió:

-No es muy desagradable que lo sacrifiquen a uno como a Juan.

Entonces el padre dijo, encolerizado:

-¿Nos reprochas que no te vendiésemos?

Y el joven respondió, brutalmente:

-Sí, lo reprocho. Fueron ustedes unos mentecatos. Padres como ustedes hacen la desgracia de sus hijos. Merecen ahora que yo los abandone.

La buena mujer lloraba, gemía, tragando cucharadas de sopa, vertiendo la mitad.

-¡Y una se mata por criar a sus hijos!

Entonces el mozo exclamó:

-Para lo que soy, me valiera más no haber nacido. Viendo al otro, me ha dado un vuelco el corazón y he pensado: "¡Así podría ser yo!"

Se levantó, prosiguiendo:

-Lo mejor que puedo hacer es largarme de aquí. No quiero reprochar a todas horas la conducta de mis padres, que me hundieron en la miseria. ¡Nunca, nunca los perdonaré!

Los dos viejos callaban, aterrados, llorosos.

El muchacho seguía:

-No. Esta idea es demasiado triste; prefiero irme a otra parte, buscar mi vida lejos de aquí.

Abrió la puerta; resonaron voces alegres en el exterior: los Vallin festejaban a su hijo afortunado. Entonces Carlos, apretando los puños y dando una fuerte patada en el suelo, miró a sus padres con ojos llenos de ira, diciéndoles:

-¡Miserables! ¡Eh!

Y desapareció entre las negruras de la noche.

FIN

Cantó un gallo

I

Berta de Avancelles había desatendido hasta entonces todas las súplicas de su desesperado admirador el barón Joseph de Croissard. Durante el invierno en París, el Barón la había perseguido ardorosamente, y después organizaba diversiones y cacerías en su residencia señorial de Carville, procurando agradar a Berta.

El marido, el señor de Avancelles, no veía nada ni entendía nada, como siempre acontece. Según pública opinión, estaba separado de su mujer por impotencia física, motivo suficiente para que la señora lo despreciase. Además, tampoco su figura lo recomendaba: era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de brazos, de piernas, de cuello, de nariz, de todo.

Berta, por el contrario, era una arrogante figura, una hermosa mujer, morena y decidida, riendo siempre con risa franca y sonora. Sin preocuparse jamás de la presencia de su marido, quien públicamente la llamaba "señora puches", miraba con cierta expresión complacida y cariñosa los robustos hombros, los bigotes rubios y soberbios de su admirador invariable y tenaz, el barón Joseph Croissard.

Sin embargo, Berta no había hecho aún concesión alguna.

El Barón se arruinaba por ella, proyectando sin cesar fiestas campestres, cacerías, placeres nuevos, a los cuales invitaba a las más distinguidas personas que veraneaban en aquella comarca.

Todos los días los perros aullaban por el bosque, persiguiendo al zorro y al jabalí; cada noche deslumbrantes fuegos artificiales mezclaban sus resplandores fugaces con los de las estrellas, mientras que las ventanas del salón proyectaban sobre los paseos ráfagas de luz cruzadas a cada punto por movibles sombras.

Era otoño. Las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el césped como bandada de pajarillos. El aire estaba impregnado con perfumes de tierra húmeda, como el olor de la carne cuando se despoja una mujer, después de una fiesta, de los vestidos que la cubrieron.

II

Cierta noche, al principio del verano, la señora de Avancelles había respondido al señor de Croissard, quien la hostigaba con sus ruegos:

-Si he de caer, amigo mío, será cuando caigan las hojas de los árboles. Por ahora no tengo tiempo; estoy muy distraída.

Él recordó siempre aquella frase burlona y atrevida, y a fuerza de insistir un día tras otro, acortaba las distancias y conquistaba el corazón de la mujer que, sin duda, sólo resistía ya por cierto respeto a las conveniencias mundanas.

Se trataba de una gran cacería, y la víspera la señora de Avancelles le había dicho al Barón, riendo:

-Si mata usted a un jabalí, me obligo a premiarle.

Desde antes de amanecer, el Barón estaba ya en el monte reconociendo todos aquellos lugares en que la fiera podía ocultarse; acompañó a sus monteros, dispuso la trailla, lo organizó todo, preparando su triunfo, y cuando los cuernos de caza dieron aviso para la partida, compareció embutido en un estrecho traje, rojo y oro, irguiéndose con tantas energías como si en aquel instante acabase de abandonar la cama.

Salieron los cazadores. El jabalí, perseguido por los perros, corrió a través de las malezas; los caballos galopaban por los angostos senderos del bosque, mientras que por los caminos más anchos, algo distantes, rodaban sin ruido los coches del acompañamiento.

Berta, maliciosamente, retenía lo más posible al Barón en un paseo interminable, bordeado por doble fila de encinas que lo cubrían formando bóveda. Estremeciéndose de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la conversación burlona de su adorada, y con el otro escuchaba sin cesar el trompeteo de los ojeadores y los ladridos de los perros que se alejaban.

-¿Ya no me quiere usted? -decía ella.

-¿Cómo puede usted imaginarlo? -contestaba él.

-Porque la caza le interesa más que yo -proseguía Berta.

-¿No me ha ordenado usted que mate un jabalí? -suspiraba el Barón.

-Sí, pero es necesario que lo mate usted estando yo presente -añadió ella con seriedad.

Entonces el Barón, estremecido, clavó la espuela y dijo, impacientándose:

-Pero, señora, es imposible si no salimos de aquí.

-Nada; como dije ha de ser -añadió Berta, riendo-, y si no es como dije..., peor para usted.

Entonces ella le habló con ternura, apoyando una mano en el brazo del hombre o acariciando, como distraída, las crines de su caballo.

III

Torcieron a la derecha, por un camino estrecho, y de pronto, para evitar una rama que le impedía el paso, ella se inclinó sobre su acompañante de tal modo que le hizo cosquillas en la cara con su abundante y rizado cabello. Entonces él no pudo contenerse y, apoyando en la mejilla de la mujer sus bigotazos rubios, la besó con fiereza.

Ella no se rebeló de momento, quedando inmóvil bajo aquella caricia abrasadora; pero al poco rato se sacudió violentamente, y, sea por casualidad, sea de intento, sus labios encontraron los del hombre.

Luego el caballo de Berta salió al galope y el Barón la siguió; así fueron mucho rato en silencio y sin dirigirse ni una mirada.

El tumulto de la cacería estaba ya próximo; la espesura parecía estremecerse, y de pronto, rápido, tronchando las ramas de los arbustos, ensangrentado, sacudiendo a los perros que lo hacían presa, el jabalí apareció.

Entonces el Barón, riendo triunfalmente, dijo:

-Quien me quiera, que me siga.

Y desapareció entre los matorrales como si el bosque se lo hubiera tragado.

Cuando Berta llegó, minutos después, a una calva del bosque donde no había malezas ni árboles que privaran la vista, el Barón se levantaba del suelo, manchado, con la chaquetilla rota y las manos ensangrentadas; el jabalí, tendido a sus pies, mostraba en el cuello el cuchillo de caza del Barón, hundido hasta el puño. Regresaron de noche, con antorchas encendidas, en un ambiente suave y melancólico. La luna plateaba los resplandores rojizos de las teas; columnas de humo ennegrecían el azul del cielo. Los perros comían las entrañas y tripas del jabalí, saltando y ladrando. Los ojeadores y los monteros hacían ruidosa música, turbando el silencio del bosque, repetida por los ecos ocultos de lejanos valles, despertando a los ciervos y turbando en sus madrigueras a los conejos.

Las aves nocturnas revoloteaban sorprendidas, y las damas, alteradas por tantas emociones dulces y violentas, apoyándose en el brazo de los caballeros se apartaban por las avenidas arenosas, antes de que los perros acabaran su festín.

IV

Dominada por los entusiasmos y placeres del día, Berta dijo al Barón:

-¿Quiere usted que demos un paseo por el parque?

Y él, sin responder, tembloroso, emocionado y desfallecido, la siguió.

Se besaron bajo las ramas, casi desprovistas de hojas, que dejaban paso a la claridad suave de la luna, y su amor, sus deseos, sus ansias de caricias adquirieron tal vehemencia, que a punto estaban de caer al pie de un árbol.

Los cuernos de caza habían enmudecido. Los perros no ladraban ya.

-Retirémonos -dijo Berta.

Cuando se hallaron frente a la casa, ella murmuró con voz temblorosa:

-Amigo mío, estoy fatigada; quiero acostarme.

Y mientras él abría los brazos para estrecharla dándole el último beso, ella escapaba murmurando:

-No, no...; voy a dormir. ¡Quien me quiera que me siga!

Pasada una hora, cuando toda la casa, en silencio, parecía muerta, el Barón salió de su cuarto y se acercó a paso de lobo a la puerta de su amiga. Llamó dulcemente; pero como ella no respondía, se resolvió a entrar. El pestillo no estaba echado.

Ella deliraba, de codos en la ventana.

Él se arrojó a sus pies, besando el cuerpo de la mujer a través de la bata de noche; Berta callaba, hundiendo sus dedos finos en la cabellera del Barón.

Y de pronto, desligándose, como si hubiera tomado una importante resolución, murmuró con expresión atrevida, pero en voz baja:

-Vuelvo en seguida; aguárdeme usted aquí.

Entonces, a tientas, confundido, con las manos temblorosas, el Barón se desnudó de prisa y se hundió entre las sábanas; se revolvía y se estiraba con delicia; casi olvidaba sus amores al sentir su cuerpo rendido acariciado por el suave lienzo.

V

Ella no volvía; acaso tardaba expresamente para que languidciera su esperanza. El Barón cerraba los ojos, se hundía gozoso en un bienestar exquisito; soñaba dulcemente, aguardando con delicia la cosa deseada. Pero poco a poco se entumecía toda su carne; su pensamiento se oscurecía, incierto, borroso. La fatiga poderosa lo venció al fin; se quedó dormido.

Dormía con un sueño pesado; el invencible sueño de los cazadores. Durmió hasta la aurora.

De pronto, como había quedado abierta la ventana, resonó en la habitación el canto de un gallo. Bruscamente sorprendido por aquel grito penetrante, abrió los ojos el Barón. Sintiendo junto a su cuerpo el de una mujer, hallándose en un lecho que no era el suyo y no recordando nada, sorprendido, preguntó al despertar:

-¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?

Entonces Berta, que no había dormido en toda la noche, mirando a aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos y los labios secos, respondió, con la misma implacable altivez que usaba para tratar a su marido:

-No es nada. Que ha cantado un gallo. Vuelva usted a dormirse, caballero, y no le importe; ya no tiene usted nada que hacer.

Bola de Sebo

Durante muchos días consecutivos pasaron por la ciudad restos del ejército derrotado. Más que tropas regulares, parecían hordas en dispersión. Los soldados llevaban las barbas crecidas y sucias, los uniformes hechos jirones, y llegaban con apariencia de cansancio, sin bandera, sin disciplina. Todos parecían abrumados y derrengados, incapaces de concebir una idea o de tomar una resolución; andaban sólo por costumbre y caían muertos de fatiga en cuanto se paraban. Los más eran movilizados, hombres pacíficos, muchos de los cuales no hicieron otra cosa en el mundo que disfrutar de sus rentas, y los abrumaba el peso del fusil; otros eran jóvenes voluntarios impresionables, prontos al terror y al entusiasmo, dispuestos fácilmente a huir o acometer; y mezclados con ellos iban algunos veteranos aguerridos, restos de una división destrozada en un terrible combate; artilleros de uniforme oscuro, alineados con reclutas de varias procedencias, entre los cuales aparecía el brillante casco de algún dragón tardo en el andar, que seguía difícilmente la marcha ligera de los infantes.

Compañías de francotiradores, bautizados con epítetos heroicos: Los Vengadores de la Derrota, Los Ciudadanos de la Tumba, Los Compañeros de la Muerte, aparecían a su vez con aspecto de facinerosos, capitaneados por antiguos almacenistas de paños o de cereales, convertidos en jefes gracias a su dinero -cuando no al tamaño de las guías de sus bigotes-, cargados de armas, de abrigos y de galones, que hablaban con voz campanuda, proyectaban planes de campaña y pretendían ser los únicos cimientos, el único sostén de Francia agonizante, cuyo peso moral gravitaba por entero sobre sus hombros de fanfarrones, a la vez que se mostraban temerosos de sus mismos soldados, gentes del bronce, muchos de ellos valientes, y también forajidos y truhanes.

Por entonces se dijo que los prusianos iban a entrar en Ruán.

La Guardia Nacional, que desde dos meses atrás practicaba con gran lujo de precauciones prudentes reconocimientos en los bosques vecinos, fusilando a veces a sus propios centinelas y aprestándose al combate cuando un conejo hacía crujir la hojarasca, se retiró a sus hogares. Las armas, los uniformes, todos los mortíferos arreos que hasta entonces derramaron el terror sobre las carreteras nacionales, entre leguas a la redonda, desaparecieron de repente.

Los últimos soldados franceses acababan de atravesar el Sena buscando el camino de Pont-Audemer por Saint-Severt y Bourg-Achard, y su general iba tras ellos entre dos de sus ayudantes, a pie, desalentado porque no podía intentar nada con jirones de un ejército deshecho y enloquecido por el terrible desastre de un pueblo acostumbrado a vencer y al presente vencido, sin gloria ni desquite, a pesar de su bravura legendaria.

Una calma profunda, una terrible y silenciosa inquietud, abrumaron a la población. Muchos burgueses acomodados, entumecidos en el comercio, esperaban ansiosamente a los invasores, con el temor de que juzgasen armas de combate un asador y un cuchillo de cocina.

La vida se paralizó, se cerraron las tiendas, las calles enmudecieron. De tarde en tarde un transeúnte, acobardado por aquel mortal silencio, al deslizarse rápidamente, rozaba el revoco de las fachadas.

La zozobra, la incertidumbre, hicieron al fin desear que llegase, de una vez, el invasor.

En la tarde del día que siguió a la marcha de las tropas francesas, aparecieron algunos ulanos, sin que nadie se diese cuenta de cómo ni por dónde, y atravesaron a galope la ciudad. Luego, una masa negra se presentó por Santa Catalina, en tanto que otras dos oleadas de alemanes llegaba por los caminos de Darnetal y de Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos se reunieron a una hora fija en la plaza del Ayuntamiento y por todas las calles próximas afluyó el ejército victorioso, desplegando sus batallones, que hacían resonar en el empedrado el compás de su paso rítmico y recio.

Las voces de mando, chilladas guturalmente, repercutían a lo largo de los edificios, que parecían muertos y abandonados, mientras que detrás de los postigos entornados algunos ojos inquietos observaban a los invasores, dueños de la ciudad y de vidas y haciendas por derecho de conquista. Los habitantes, a oscuras en sus vivencias, sentían la desesperación que producen los cataclismos, los grandes trastornos asoladores de la tierra, contra los cuales toda precaución y toda energía son estériles. La misma sensación se reproduce cada vez que se altera el orden establecido, cada vez que deja de existir la seguridad personal, y todo lo que protegen las leyes de los hombres o de la naturaleza se pone a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. Un terremoto aplastando entre los escombros de las casas a todo el vecindario; un río desbordado que arrastra los cadáveres de los campesinos ahogados, junto a los bueyes y las vigas de sus viviendas, o un ejército victorioso que acuchilla a los que se defienden, hace a los demás prisioneros, saquea en nombre de las armas vencedoras y ofrenda sus preces a un dios, al compás de los cañonazos, son otros tantos azotes horribles que destruyen toda creencia en la eterna justicia, toda la confianza que nos han enseñado a tener en la protección del cielo y en el juicio humano.

Se acercaba a cada puerta un grupo de alemanes y se alojaban en todas las casas. Después del triunfo, la ocupación. Los

vencidos se veían obligados a mostrarse atentos con los vencedores.

Al cabo de algunos días, y disipado ya el temor del principio, se restableció la calma. En muchas casas un oficial prusiano compartía la mesa de una familia. Algunos, por cortesía o por tener sentimientos delicados, compadecían a los franceses y manifestaban que les repugnaba verse obligados a tomar parte activa en la guerra. Se les agradecían esas demostraciones de aprecio, pensando, además, que alguna vez sería necesaria su protección. Con adulaciones, acaso evitarían el trastorno y el gasto de más alojamientos. ¿A qué hubiera conducido herir a los poderosos, de quienes dependían? Fuera más temerario que patriótico. Y la temeridad no es un defecto de los actuales burgueses de Ruán, como lo había sido en aquellos tiempos de heroicas defensas, que glorificaron y dieron lustre a la ciudad. Se razonaba -escudándose para ello en la caballerosidad francesa- que no podía juzgarse un desdoro extremar dentro de casa las atenciones, mientras en público se manifestase cada cual poco deferente con el soldado extranjero. En la calle, como si no se conocieran; pero en casa era muy distinto, y de tal modo lo trataban, que retenían todas las noches a su alemán de tertulia junto al hogar, en familia.

La ciudad recobraba poco a poco su plácido aspecto exterior. Los franceses no salían con frecuencia, pero los soldados prusianos transitaban por las calles a todas horas. Al fin y al cabo, los oficiales de húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus sables por aceras, no demostraban a los humildes ciudadanos mayor desprecio del que les habían manifestado el año anterior los oficiales de cazadores franceses que frecuentaban los mismos cafés.

Había, sin embargo, un algo especial en el ambiente; algo sutil y desconocido; una atmósfera extraña e intolerable, como una peste difundida: la peste de la invasión. Esa peste saturaba las viviendas, las plazas públicas, trocaba el sabor de los alimentos, produciendo la impresión sentida cuando se viaja lejos del propio país, entre bárbaras y amenazadoras tribus.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes pagaban sin chistar; eran ricos. Pero cuanto más opulento es el negociante normando, más le hace sufrir verse obligado a sacrificar una parte, por pequeña que sea, de su fortuna, poniéndola en manos de otro.

A pesar de la sumisión aparente, a dos o tres leguas de la ciudad, siguiendo el curso del río hacia Croiset, Dieppedalle o Biessart, los marineros y los pescadores con frecuencia sacaban del agua el cadáver de algún alemán, abotagado, muerto de una cuchillada, o de un garrotazo, con la cabeza aplastada por una piedra o lanzado al agua de un empujón desde oscuras venganzas, salvajes y legítimas represalias, desconocidos heroísmos, ataques mudos, más peligrosos que las batallas campales y sin estruendo glorioso.

Porque los odios que inspira el invasor arman siempre los brazos de algunos intrépidos, resignados a morir por una idea.

Pero como los vencedores, a pesar de haber sometido la ciudad al rigor de su disciplina inflexible, no habían cometido ninguna de las brutalidades que les atribuía y afirmaba su fama de crueles en el curso de su marcha triunfal, se rehicieron los ánimos de los vencidos y la conveniencia del negocio reinó de nuevo entre los comerciantes de la región. Algunos tenían planteados asuntos de importancia en El Havre, ocupado todavía por el ejército francés, y se propusieron hacer una intentona para llegar a ese puerto, yendo en coche a Dieppe, en donde podrían embarcar.

Apoyados en la influencia de algunos oficiales alemanes, a los que trataban amistosamente, obtuvieron del general un salvoconducto para el viaje.

Así, pues, se había prevenido una espaciosa diligencia de cuatro caballos para 10 personas, previamente inscritas en el establecimiento de un alquilador de coches; y se fijó la salida para un martes, muy temprano, con objeto de evitar la curiosidad y aglomeración de transeúntes.

Días antes, las heladas habían endurecido ya la tierra, y el lunes, a eso de las tres, densos nubarrones empujados por un viento norte descargaron una tremenda nevada que duró toda la tarde y toda la noche.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, los viajeros se reunieron en el patio de la Posada Normanda, en cuyo lugar debían tomar la diligencia.

Llegaban muertos de sueño; y tiritaban de frío, arrebujados en sus mantas de viaje. Apenas se distinguían en la oscuridad, y la superposición de pesados abrigos daba el aspecto, a todas aquellas personas, de sacerdotes barrigudos, vestidos con sus largas sotanas. Dos de los viajeros se reconocieron; otro los abordó y hablaron.

-Voy con mi mujer -dijo uno.

-Y yo.

El primero añadió:

-No pensamos volver a Ruán, y si los prusianos se acercan a El Havre, nos embarcaremos para Inglaterra.

Los tres eran de naturaleza semejante y, sin duda, por eso tenían aspiraciones idénticas.

Aún estaba el coche sin enganchar. Un farolito llevado por un mozo de cuadra, de cuando en cuando aparecía en una puerta oscura, para desaparecer inmediatamente por otra. Los caballos herían con los cascos el suelo, produciendo un ruido amortiguado por la paja de sus camas, y se oía una voz de hombre dirigiéndose a las bestias, a intervalos razonable o blasfemadora. Un ligero rumor de cascabeles anunciaba el manejo de los arneses, cuyo rumor se convirtió bien pronto en un tintineo claro y continuo, regulado por los movimientos de una bestia; cesaba de pronto, y volvía a producirse con un brusca sacudida, acompañado por el ruido seco de las herraduras al chocar en las piedras.

Cerrose de golpe la puerta. Cesó todo ruido. Los burgueses, helados, ya no hablaban; permanecían inmóviles y rígidos.

Una espesa cortina de copos blancos se desplegaba continuamente, abriantada y temblorosa; cubría la tierra, sumergiéndolo todo en una espuma helada; y sólo se oía en el profundo silencio de la ciudad el roce vago, inexplicable, tenue, de la nieve al caer, sensación más que ruido, encruzamiento de átomos ligeros que parecen llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre reapareció con su linterna, tirando de un roncal sujeto al morro de un rocín que le seguía de mala gana. Lo arrimó a la lanza, enganchó los tiros, dio varias vueltas en torno, asegurando los arneses; todo lo hacía con una sola mano, sin dejar el farol que llevaba en la otra. Cuando iba de nuevo al establo para sacar la segunda bestia reparó en los inmóviles viajeros, blanqueados ya por la nieve, y les dijo:

-¿Por qué no suben al coche y estarán resguardados al menos?

Sin duda no es les había ocurrido, y ante aquella invitación se precipitaron a ocupar sus asientos. Los tres maridos instalaron a sus mujeres en la parte anterior y subieron; en seguida, otras formas borrosas y arropadas fueron instalándose como podían, sin hablar ni una palabra.

En el suelo del carruaje había una buena porción de paja, en la cual se hundían los pies. Las señoras que habían entrado primero llevaban caloríferos de cobre con carbón químico, y mientras lo preparaban, charlaron a media voz: cambiaban impresiones acerca del buen resultado de aquellos aparatos y repetían cosas que de puro sabidas debieron tener olvidadas.

Por fin, una vez enganchados en la diligencia seis rocines en vez de cuatro, porque las dificultades aumentaban con el mal tiempo, una voz desde el pescante preguntó:

-¿Han subido ya todos?

Otra contestó desde dentro:

-Sí; no falta ninguno.

Y el coche se puso en marcha.

Avanzaba lentamente a paso corto. Las ruedas se hundían en la nieve, la caja entera crujía con sordos rechinamientos; los animales resbalaban, resollaban, humeaban; y el gigantesco látigo de mayoral restallaba, sin reposo, volteaba en todos sentidos, enrollándose y desenrollándose como una delgada culebra, y azotando bruscamente la grupa de algún caballo, que se agarraba entonces mejor, gracias a un esfuerzo más grande.

La claridad aumentaba imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero culto, natural de Ruán precisamente, había comparado a una lluvia de algodón, luego dejaron de caer. Un resplandor amarillento se filtraba entre los nubarrones pesados y oscuros, bajo cuya sombra resaltaba más la resplandeciente blancura del campo donde aparecía, ya una hielera de árboles cubiertos de blanquísima escarcha, ya una choza con una caperuza de nieve.

A la triste claridad de la aurora lívida los viajeros empezaron a mirarse curiosamente.

Ocupando los mejores asientos de la parte anterior, dormitaban, uno frente a otro, el señor y la señora Loiseau, almacenistas de vinos en la calle de Grand Port.

Antiguo dependiente de un vinatero, hizo fortuna continuando por su cuenta el negocio que había sido la ruina de su principal. Vendiendo barato un vino malísimo a los taberneros rurales, adquirió fama de pícaro redomado, y era un verdadero normando rebosante de astucia y jovialidad.

Tanto como sus bribonadas, comentábanse también sus agudezas, no siempre ocultas, y sus bromas de todo género; nadie podía referirse a él sin añadir como un estribillo necesario: "Ese Loiseau es insustituible".

De poca estatura, realzaba con una barriga hinchada como un globo la pequeñez de su cuerpo, al que servía de remate

una faz arrebolada entre dos patillas canosas.

Alta, robusta, decidida, con mucha entereza en la voz y seguridad en sus juicios, su mujer era el orden, el cálculo aritmético de los negocios de la casa, mientras que Loiseau atraía con su actividad bulliciosa.

Junto a ellos iban sentados en la diligencia, muy dignos, como vástagos de una casta elegida, el señor Carré-Lamandon y su esposa. Era el señor Carré-Lamandon un hombre acaudalado, enriquecido en la industria algodonera, dueño de tres fábricas, caballero de la Legión de Honor y diputado provincial. Se mantuvo siempre contrario al Imperio, y capitaneaba un grupo de oposición tolerante, sin más objeto que hacerse valer sus condescendencias cerca del Gobierno, al cual había combatido siempre "con armas corteses", que así calificaba él mismo su política. La señora Carré-Lamandon, mucho más joven que su marido, era el consuelo de los militares distinguidos, mozos y arrogantes, que iban de guarnición a Ruán.

Sentada junto a la señora de Loiseau, menuda, bonita, envuelta en su abrigo de pieles, contemplaba con los ojos lastimosos el lamentable interior de la diligencia.

Inmediatamente a ellos se hallaban instalados el conde y la condesa Hurbert de Breville, descendientes de uno de los más nobles y antiguos linajes de Normandía. El conde, viejo aristócrata, de gallardo continente, hacía lo posible para exagerar, con los artificios de su tocado, su natural semejanza con el rey Enrique IV, el cual, según una leyenda gloriosa de la familia, gozó, dándole fruto de bendición, a una señora de Breville, cuyo marido fue, por esta honra singular, nombrado conde y gobernador de provincia.

Colega del señor de Carré-Lamandon en la Diputación provincial, representaba en el departamento al partido orleanista. Su enlace con la hija de un humilde consignatario de Nantes fue incomprensible, y continuaba pareciendo misterioso. Pero como la condesa lució desde un principio aristocráticas maneras, recibiendo en su casa con una distinción que se hizo proverbial, y hasta dio que decir sobre si estuvo en relaciones amorosas con un hijo de Luis Felipe, agasajaronla mucho las damas de más noble alcurnia; sus reuniones fueron las más brillantes y encopetadas, las únicas donde se conservaron tradiciones de rancia etiqueta, y en las cuales era difícil ser admitido.

Las posesiones de los Brevilles producían -al decir de las gentes- unos 500,000 francos de renta.

Por una casualidad imprevista, las señoras de aquellos tres caballeros acaudalados, representantes de la sociedad serena y fuerte, personas distinguidas y sensatas, que veneran la religión y los principios, se hallaban juntas a un mismo lado, cuyos otros asientos ocupaban dos monjas, que sin cesar hacían correr entre sus dedos las cuentas de los rosarios, desgranando padrenuestros y avemarías. Una era vieja, con el rostro descarnado, carcomido por la viruela, como si hubiera recibido en plena faz una perdigonada. La otra, muy endeble, inclinaba sobre su pecho de tísica una cabeza primorosa y febril, consumida por la fe devoradora de los mártires y de los iluminados.

Frente a las monjas, un hombre y una mujer atraían todas las miradas.

El hombre, muy conocido en todas partes, era Cornudet, fiero demócrata y terror de las gentes respetables. Hacía 20 años que salpicaba su barba rubia con la cerveza de todos los cafés populares. Había derrochado en francachelas una regular fortuna que le dejó su padre, antiguo confitero, y aguardaba con impaciencia el triunfo de la República, para obtener al fin el puesto merecido por los innumerables tragos que le impulsieron sus ideas revolucionarias. El día 4 de septiembre, al caer el Gobierno, a causa de un error -o de una broma dispuesta intencionalmente-, se creyó nombrado prefecto; pero al ir a tomar posesión del cargo, los ordenanzas de la Prefectura, únicos empleados que allí quedaban, se negaron a reconocer su autoridad, y eso le contrarió hasta el punto de renunciar para siempre a sus ambiciones políticas. Buenazo, inofensivo y servicial, había organizado la defensa con ardor incomparable, haciendo abrir zanjas en las llanuras, talando las arboledas próximas, poniendo cepos en todos los caminos; y al aproximarse los invasores, orgulloso de su obra, se retiró más que a paso hacia la ciudad. Luego, sin duda supuso que su presencia sería más provechosa en El Havre, necesitado tal vez de nuevos atrincheramientos.

La mujer que iba a su lado era una de las que llaman galantes, famosa por su abultamiento prematuro, que le valió el sobrenombre de Bola de Sebo; de menos que mediana estatura, mantecosa, con las manos abotagadas y los dedos estrangulados en las falanges -como rosarios de salchichas gordas y enanas-, con una piel suave y lustrosa, con un pecho enorme, rebosante, de tal modo complacía su frescura, que muchos la deseaban porque les parecía su carne apetitosa. Su rostro era como manzanita colorada, como un capullo de amapola en el momento de reventar; eran sus ojos negros, magníficos, velados por grandes pestañas, y su boca provocativa, pequeña, húmeda, palpitante de besos, con unos dientecitos apretados, resplandecientes de blancura.

Poseía también -a juicio de algunos- ciertas cualidades muy estimadas.

En cuanto la reconocieron las señoras que iban en la diligencia, comenzaron a murmurar; y las frases "vergüenza pública", "mujer prostituida", fueron pronunciadas con tal descaro, que le hicieron levantar la cabeza. Fijó en sus compañeros de viaje una mirada, tan provocadora y arrogante que impuso de pronto silencio; y todos bajaron la vista

excepto Loiseau, en cuyos ojos asomaba más deseo reprimido que disgusto exaltado.

Pronto la conversación se rehízo entre las tres damas, cuya recíproca simpatía se aumentaba por instantes con la presencia de la moza, convirtiéndose casi en intimidad. Creíanse obligadas a estrecharse, a protegerse, a reunir su honradez de mujeres legales contra la vendedora de amor, contra la desvergonzada que ofrecía sus atractivos a cambio de algún dinero; porque el amor legal acostumbra ponerse muy fosco y malhumorado en presencia de una semejante libre.

También los tres hombres, agrupados por sus instintos conservadores, en oposición a las ideas de Cornudet, hablaban de intereses con alardes fatuos y desdeñosos, ofensivos para los pobres. El conde Hubert hacía relación de las pérdidas que le ocasionaban los prusianos, las que sumarían las reses robadas y las cosechas abandonadas, con altivez de señorón diez veces millonario, en cuya fortuna tantos desastres no lograban hacer mella. El señor Carré-Lamadon, precavido industrial, se había curado en salud, enviando a Inglaterra 600,000 francos, una bicoca de que podía disponer en cualquier instante. Y Loiseau dejaba ya vendido a la Intendencia del ejército francés todo el vino de sus bodegas, de manera que le debía el Estado una suma de importancia, que haría efectiva en El Havre.

Se miraban los tres con benevolencia y agrado; aun cuando su cualidad era muy distinta, los hermanaba el dinero, porque pertenecían los tres a la francmasonería de los pudientes que hacen sonar el oro al meter las manos en los bolsillos del pantalón.

El coche avanzaba tan lentamente, que a las 10 de la mañana no había recorrido aún cuatro leguas. Se habían apeado varias veces los hombres para subir, haciendo ejercicio, algunas lomas. Comenzaron a intranquilizarse, porque salieron con la idea de almorzar en Totes, y no era ya posible que llegaran hasta el anochecer. Miraban a lo lejos con ansia de adivinar una posada en la carretera, cuando el coche se atascó en la nieve y estuvieron dos horas detenidos.

Al aumentar el hambre, perturbaba las inteligencias; nadie podía socorrerlos, porque la temida invasión de los prusianos y el paso del ejército francés habían hecho imposibles todas las industrias.

Los caballeros corrían en busca de provisiones de cortijo, acercándose a todos los que veían próximos a la carretera; pero no pudieron conseguir ni un pedazo de pan, absolutamente nada, porque los campesinos, desconfiados y ladinos, ocultaban sus provisiones, temerosos de que al pasar el ejército francés, falto de víveres, cogiera cuanto encontrara.

Era poco más de la una cuando Loiseau anunció que sentía un gran vacío en el estómago. A todos los demás les ocurría otro tanto, y la invencible necesidad, manifestándose a cada instante con más fuerza, hizo languidecer horriblemente las conversaciones, imponiendo, al fin, un silencio absoluto.

De cuando en cuando alguien bostezaba; otro le seguía inmediatamente, y todos, cada uno conforme a su calidad, su carácter, su educación, abría la boca, escandalosa o disimuladamente, cubriendo con la mano las fauces ansiosas, que despedían un aliento de angustia.

Bola de Sebo se inclinó varias veces como si buscara alguna cosa debajo de sus faldas. Vacilaba un momento, contemplando a sus compañeros de viaje; luego, se erguía tranquilamente. Los rostros palidecían y se crispaban por instantes. Loiseau aseguraba que pagaría 1,000 francos por un jamoncito. Su esposa dio un respingo en señal de protesta, pero al punto se calmó; para la señora era un martirio la sola idea de un derroche, y no comprendía que ni en broma se dijeran semejantes atrocidades.

-La verdad es que me siento desmayado -advirtió el conde-. ¿Cómo es posible que no se me ocurriera traer provisiones?

Todos reflexionaban de un modo análogo.

Cornudet llevaba un frasquito de ron. Lo ofreció, y rehusaron secamente. Pero Loiseau, menos aparatoso, se decidió a beber unas gotas, y al devolver el frasquito, agradeció el obsequio con estas palabras:

-Al fin y al cabo, calienta el estómago y distrae un poco el hambre.

Reanimose y propuso alegremente que, ante la necesidad apremiante, debían, como los náufragos de la vieja canción, comerse al más gordo. Esta broma, en que se aludía muy directamente a Bola de Sebo, pareció de mal gusto a los viajeros bien educados. Nadie la tomó en cuenta, y solamente Cornudet sonreía. Las dos monjas acabaron de mascullar oraciones, y con las manos hundidas en sus anchurosas mangas, permanecían inmóviles, bajaban los ojos obstinadamente y sin duda ofrecían al Cielo el sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a las tres de la tarde, mientras la diligencia atravesaba llanuras interminables y solitarias, lejos de todo poblado, Bola de Sebo se inclinó, resueltamente, para sacar de debajo del asiento una cesta.

Tomó primero un plato de fina loza; luego, un vasito de plata, y después, una fiambra donde había dos pollos asados, ya en trozos, y cubiertos de gelatina; aún dejó en la cesta otros manjares y golosinas, todo ello apetitoso y envuelto

cuidadosamente: pasteles, queso, frutas, las provisiones dispuestas para un viaje de tres días, con objeto de no comer en las posadas. Cuatro botellas asomaban el cuello entre los paquetes.

Bola de Sebo cogió un ala de pollo y se puso a comerla, con mucha pulcritud, sobre medio panecillo de los que llaman regencias en Normandía.

El perfume de las viandas estimulaba el apetito de los otros y agravaba la situación, produciéndoles abundante saliva y contrayendo sus mandíbulas dolorosamente. Rayó en ferocidad el desprecio que a las viajeras inspiraba la moza; la hubieran asesinado, la hubieran arrojado por una ventanilla con su cubierto, su vaso de plata y su cesta y provisiones.

Pero Loiseau devoraba con los ojos la fiambra de los pollos. Y dijo:

-La señora fue más precavida que nosotros. Hay gentes que no descuidan jamás ningún detalle.

Bola de sebo hizo un ofrecimiento amable:

-¿Usted gusta? ¿Le apetece algo, caballero? Es penoso pasar todo un día sin comer. Loiseau hizo una reverencia de hombre agradecido:

-Francamente, acepto; el hambre obliga mucho. La guerra es la guerra. ¿No es cierto, señora?

Y lanzando en torno una mirada, prosiguió:

-En momentos difíciles como el presente, consuela encontrar almas generosas.

Llevaba en el bolsillo un periódico y lo extendió sobre sus muslos para no mancharse los pantalones; con la punta de un cortaplumas pinchó una pata de pollo muy lustrosa, recubierta de gelatina. Le dio un bocado, y comenzó a comer tan complacido que aumentó con su alegría la desventura de los demás, que no pudieron reprimir un suspiro angustioso.

Con palabras cariñosas y humildes, Bola de Sebo propuso a las monjitas que tomaran algún alimento. Las dos aceptaron sin hacerse rogar; y con los ojos bajos, se pusieron a comer de prisa, después de pronunciar a media voz una frase de cortesía. Tampoco se mostró esquivo Cornudet a las insinuaciones de la moza, y con ella y las monjitas, teniendo un periódico sobre las rodillas de los cuatro, formaron, en la parte posterior del coche, una especie de mesa donde servirse.

Las mandíbulas trabajaban sin descanso; abríanse y cerrábanse las bocas hambrientas y feroces. Loiseau, en un rincón, se despachaba muy a su gusto, queriendo convencer a su esposa para que se decidiera a imitarle. Resistíase la señora; pero, al fin, víctima de un estremecimiento doloroso con floreos retóricos, pidióle permiso a "su encantadora compañera de viaje" para servir a la dama una tajadita.

Bola de Sebo se apresuró a decir:

-Cuanto usted guste.

Y sonriéndole con amabilidad, le alargó la fiambra.

Al destaparse la primera botella de burdeos, se presentó un conflicto. Sólo había un vaso de plata. Se lo iban pasando uno al otro, después de restregar el borde con una servilleta. Cornudet, por galantería, sin duda, quiso aplicar sus labios donde los había puesto la moza.

Envueltos por la satisfacción ajena, y sumidos en la propia necesidad, ahogados por las emanaciones provocadoras y excitantes de la comida, el conde y la condesa de Breville y el señor y la señora de Carré-Landon padecieron el suplicio espantoso que ha inmortalizado el nombre de Tántalo. De pronto, la monísima esposa del fabricante lanzó un suspiro que atrajo todas las miradas, su rostro estaba pálido, compitiendo en blancura con la nieve que sin cesar caía; se cerraron sus ojos, y su cuerpo languideció; desmayose. Muy emocionado, el marido imploraba un socorro que los demás, aturcidos a su vez, no sabían cómo procurarle, hasta que la mayor de las monjitas, apoyando la cabeza de la señora sobre su hombro, aplicó a sus labios el vaso de plata lleno de vino. La enferma se repuso; abrió los ojos, volvieron sus mejillas a colorearse y dijo, sonriente, que se hallaba mejor que nunca; pero lo dijo con la voz desfallecida. Entonces la monjita, insistiendo para que agotara el burdeos que había en el vaso, advirtió:

-Es hambre, señora; es hambre lo que tiene usted.

Bola de Sebo, desconcertada, ruborosa, dirigiéndose a los cuatro viajeros que no comían, balbució:

-Yo les ofrecería con mucho gusto...

Pero se interrumpió, temerosa de ofender con sus palabras la susceptibilidad exquisita de aquellas nobles personas; Loiseau completó la invitación a su manera, librando de apuro a todos:

-¡Eh! ¡Caracoles! Hay que amoldarse a las circunstancias. ¿No somos hermanos todos los hombres, hijos de Adán, criaturas de Dios? Basta de cumplidos, y a remediarse caritativamente. Acaso no encontramos ni un refugio para dormir esta noche. Al paso que vamos, ya será mañana muy entrado el día cuando llegemos a Totes.

Los cuatro dudaban, silenciosos, no queriendo asumir ninguno la responsabilidad que sobre un "sí" pesaría.

El conde transigió, por fin, y dijo a la tímida moza, dando a sus palabras un tono solemne:

-Aceptamos, agradecidos a su mucha cortesía.

Lo difícil era el primer envite. Una vez pasado el Rubicón, todo fue como un guante. Vaciaron la cesta. Comieron, además de los pollos, un tarro de paté, una empanada, un pedazo de lengua, frutas, dulces, pepinillos y cebollitas en vinagre.

Imposible devorar las viandas y no mostrarse atentos. Era inevitable una conversación general en que la moza pudiese intervenir; al principio les violentaba un poco, pero Bola de Sebo, muy discreta, los condujo insensiblemente a una confianza que hizo desvanecer todas las prevenciones. Las señoras de Breville y de Carré-Lamadon, que tenían un trato muy exquisito, se mostraron afectuosas y delicadas. Principalmente la condesa lució esa dulzura suave de gran señora que a todo puede arriesgarse, porque no hay en el mundo miseria que lograra manchar el rancio lustre de su alcurnia. Estuvo deliciosa. En cambio, la señora Loiseau, que tenía un alma de gendarme, no quiso doblegarse: hablaba poco y comía mucho.

Trataron de la guerra, naturalmente. Adujeron infamias de los prusianos y heroicidades realizadas por los franceses: todas aquellas personas que huían del peligro alababan el valor.

Arrastrada por las historias que unos y otros referían, la moza contó, emocionada y humilde, los motivos que la obligaban a marcharse de Ruán:

-Al principio creí que me sería fácil permanecer en la ciudad vencida, ocupada por el enemigo. Había en mi casa muchas provisiones y supuse más cómodo mantener a unos cuantos alemanes que abandonar mi patria. Pero cuando los vi, no pude contenerme; su presencia me alteró: me descomparse y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh! ¡Quisiera ser hombre para vengarme! Débil mujer, con lágrimas en los ojos los veía pasar, veía sus corpachones de cerdo y sus puntiagudos cascos, y mi criada tuvo que sujetarme para que no les tirase a la cabeza los tuestos de los balcones. Después fueron alojados, y al ver en mi casa, junto a mí aquella gentuza, ya no pude contenerme y me arrojé al cuello de uno para estrangularlo. ¡No son más duros que los otros, no! ¡Se hundían bien mis dedos en su garganta! Y lo hubiera matado si entre todos no me lo quitan. Ignoro cómo pude salvarme. Unos vecinos me ocultaron, y al fin me dijeron que podía irme a El Havre... Así vengo.

La felicitaron; aquel patriotismo que ninguno de los viajeros fue capaz de sentir agigantaba, sin embargo, la figura de la moza, y Cornudet sonreía, con una sonrisa complaciente y protectora de apóstol; así oye un sacerdote a un penitente alabar a Dios; porque los revolucionarios barbudos monopolizan el patriotismo como los clérigos monopolizan la religión. Luego habló doctrinalmente, con énfasis aprendido en las proclamas que a diario pone alguno en cada esquina, y remató su discurso con párrafo magistral.

Bola de Sebo se exaltó, y le contradijo; no, no pensaba como él; era bonapartista, y su indignación arrebolaba su rostro cuando balbucía:

-¡Yo hubiera querido verlos a todos ustedes en su lugar! ¡A ver qué hubieran hecho! ¡Ustedes tienen la culpa! ¡El emperador es su víctima! Con un gobierno de gandules como ustedes, ¡daría gusto vivir! ¡Pobre Francia!

Cornudet, impasible, sonreía desdeñosamente; pero el asunto tomaba ya un cariz alarmante cuando el conde intervino, esforzándose por calmar a la moza exasperada. Lo consiguió a duras penas y proclamó, en frases corteses, que son respetables todas las opiniones.

Entre tanto, la condesa y la esposa del industrial, que profesaban a la República el odio implacable de las gentes distinguidas y reverenciaban con instinto femenino a todos los gobiernos altivos y despóticos, involuntariamente sentíanse atraídas hacia la prostituta, cuyas opiniones eran semejantes a las más prudentes y encopetadas.

Se había vaciado la cesta. Repartida entre 10 personas, aun pareció escasez su abundancia, y casi todas lamentaron prudentemente que no hubiera más. La conversación proseguía, menos animada desde que no hubo nada que engullir.

Cerraba la noche. La oscuridad era cada vez más densa, y el frío, punzante, penetraba y estremecía el cuerpo de Bola de Sebo, a pesar de su gordura. La señora condesa de Breville le ofreció su rejilla, cuyo carbón químico había sido renovado ya varias veces, y la moza se lo agradeció mucho, porque tenía los pies helados. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau corrieron las suyas hasta los pies de las monjas.

El mayoral había encendido los faroles, que alumbraban con vivo resplandor las ancas de los jamelgos, y a uno y otro lado la nieve del camino parecía desenrollarse bajo los reflejos temblorosos.

En el interior del coche nada se veía; pero de pronto se pudo notar un manoteo entre Bola de Sebo y Cornudet; Loiseau, que disfrutaba de una vista penetrante, creyó advertir que el hombre barbudo apartaba rápidamente la cabeza para evitar el castigo de un puño cerrado y certero.

En el camino aparecieron unos puntos luminosos. Llegaban a Totes, por fin. Después de 14 horas de viaje, la diligencia se detuvo frente a la posada del Comercio.

Abrieron la portezuela y algo terrible hizo estremecer a los viajeros: eran los tropezones de la vaina de un sable cencerreando contra las losas. Al punto se oyeron unas palabras dichas por el alemán.

La diligencia se había parado y nadie se apeaba, como si temieran que los acuchillasen al salir. Se acercó a la portezuela el mayoral con un farol en la mano, y alzando el farol, alumbró súbitamente las dos hileras de rostros pálidos, cuyas bocas abiertas y cuyos ojos turbios denotaban sorpresa y espanto. Junto al mayoral, recibiendo también el chorro de luz, aparecía un oficial prusiano, joven, excesivamente delgado y rubio, con el uniforme ajustado como un corsé, ladeada la gorra de plato que le daba el aspecto recadero de fonda inglesa. Muy largas y tiesas las guías del bigote -que disminuían indefinidamente hasta rematar en un solo pelo rubio, tan delgado que no era fácil ver dónde terminaba-, parecían tener las mejillas tirantes con su peso, violentando también las cisuras de la boca.

En francés-alsaciano indicó a los viajeros que se apearan.

Las dos monjitas, humildemente, obedecieron las primeras con una santa docilidad propia de las personas acostumbradas a la sumisión. Luego, el conde y la condesa; en seguida, el fabricante y su esposa. Loiseau hizo pasar delante a su cara mitad, y al poner los pies en tierra, dijo al oficial:

-Buenas noches, caballero.

El prusiano, insolente como todos los poderosos, no se dignó contestar.

Bola de Sebo y Cornudet, aun cuando se hallaban más próximos a la portezuela que todos los demás, se apearon los últimos, erguidos y altaneros en presencia del enemigo. La moza trataba de contenerse y mostrarse tranquila; el revolucionario se resobaba la barba rubicunda con mano inquieta y algo temblona. Los dos querían mostrarse dignos, imaginando que representaba cada cual su patria en situaciones tan desagradables; y de modo semejante, fustigados por la frivolidad acomodaticia de sus compañeros, la moza estuvo más altiva que las mujeres honradas, y el otro, decidido a dar ejemplo, reflejaba en su actitud la misión de indómita resistencia que ya lució al abrir zanjas, talar bosques y minar caminos.

Entraron en la espaciosa cocina de la posada, y el prusiano, después de pedir el salvoconducto firmado por el general en jefe, donde constaban los nombres de todos los viajeros y se detallaba su profesión y estado, lo examinó detenidamente, comparando las personas con las referencias escritas.

Luego dijo, en tono brusco:

-Está bien.

Y se retiró.

Respiraron todos. Aún tenían hambre y pidieron de cenar. Tardarían media hora en poder sentarse a la mesa, y mientras las criadas hacían los preparativos, los viajeros curioseaban las habitaciones que les destinaban. Abrían sus puertas a un largo pasillo, al extremo del cual una mampara de cristales raspados lucía un expresivo número.

Iban a sentarse a la mesa cuando se presentó el posadero. Era un antiguo chalán asmático y obeso que padecía constantes ahogos, con resoplidos, ronqueras y estertores. De su padre había heredado el nombre de Follenvie.

Al entrar hizo esta pregunta:

-¿La señorita Isabel Rousset?

Bola de Sebo, sobresaltándose, dijo:

-¿Qué ocurre?

-Señorita, el oficial prusiano quiere hablar con usted ahora mismo.

-¿Para qué?

-Lo ignoro, pero quiere hablarle.

-Es posible. Yo, en cambio, no quiero hablar con él.

Hubo un momento de preocupación; todos pretendían adivinar el motivo de aquella orden. El conde se acercó a la moza:

-Señorita, es necesario reprimir ciertos ímpetus. Una intemperancia por parte de usted podría originar trastornos graves. No se debe nunca resistir a quien puede aplastarnos. La entrevista no revestirá importancia y, sin duda, tiene por objeto aclarar algún error deslizado en el documento.

Los demás se adhirieron a una opinión tan razonable; instaron, suplicaron, sermonearon y, al fin, la convencieron, porque todos temían las complicaciones que pudieran sobrevenir. La moza dijo:

-Lo hago solamente por complacerlos a ustedes.

La condesa le estrechó la mano al decir:

-Agradecemos el sacrificio.

Bola de Sebo salió, y aguardaron a servir la comida para cuando volviera.

Todos hubieran preferido ser los llamados, temerosos de que la moza irascible cometiera una indiscreción y cada cual preparaba en su magín varias insulseces para el caso de comparecer.

Pero a los cinco minutos la moza reapareció, encendida, exasperada, balbuciendo:

-¡Miserable! ¡Ah, miserable!

Todos quisieron averiguar lo sucedido; pero ella no respondió a las preguntas y se limitaba a repetir:

-Es un asunto mío, sólo mío, y a nadie le importa.

Como la moza se negó rotundamente a dar explicaciones, reinó el silencio en torno de la sopera humeante. Cenaron bien y alegremente, a pesar de los malos augurios. Como era muy aceptable la sidra, el matrimonio Loiseau y las monjas la tomaron, para economizar. Los otros pidieron vino, excepto Cornudet, que pidió cerveza. Tenía una manera especial de descorchar la botella, de hacer espuma, de contemplarla, inclinando el vaso, y de alzarlo para observar a trasluz su transparencia. Cuando bebía sus barbazas -de color de su brebaje predilecto- estremecíanse de placer; guiñaba los ojos para no perder su vaso de vista y sorbía con tanta solemnidad como si aquella fuese la única misión de su vida. Se diría que parangonaba en su espíritu, hermanándolas, confundíendolas en una, sus dos grandes pasiones: la cerveza y la Revolución, y seguramente no le fuera posible paladear aquella sin pensar en ésta.

El posadero y su mujer comían al otro extremo de la mesa. El señor Follenvie, resoplando como una locomotora desportillada, tenía demasiado estertor para poder hablar mientras comía, pero ella no callaba ni su solo instante. Refería todas sus impresiones desde que vio a los prusianos por vez primera, lo que hacían, lo que decían los invasores, maldiciéndolos y odiándolos porque le costaba dinero mantenerlos, y también porque tenía un hijo soldado. Se dirigía siempre a la condesa, orgullosa de que la oyese una dama de tanto fuste.

Luego bajaba la voz para comunicar apreciaciones comprometidas; y su marido, interrumpiéndola de cuando en cuando, aconsejaba:

-Más prudente fuera que callases.

Pero ella, sin hacer caso, proseguía:

-Sí, señora; esos hombres no hacen más que atracarse de cerdo y papas, de papas y de cerdo. Y no crea usted que son pulcros. ¡Oh, nada pulcros! Todo lo ensucian, y donde les apura... lo sueltan, con perdón sea dicho. Hacen el ejercicio durante horas todos los días, y anda por arriba y anda por abajo, y vuelve a la derecha y vuelve a la izquierda. ¡Si labrasen los campos o trabajasen en las carreteras de su país! Pero no, señora; esos militares no sirven para nada. El pobre tiene que alimentarlos mientras aprenden a destruir. Yo soy una vieja sin estudios; a mí no me han educado, es cierto; pero al ver que se fatigan y se revientan en ese ir y venir mañana y tarde, me digo: habiendo tantas gentes que trabajaban para ser útiles a los demás, ¿por qué otros procuran, a fuerza de tanto sacrificio, ser perjudiciales? ¿No es una compasión que se mate a los hombres, ya sean prusianos o ingleses, o poloneses o franceses? Vengarse de uno que nos hizo daño es punible, y el juez lo condena; pero si degüellan a nuestros hijos, como reses llevadas al matadero, no es punible, no se castiga; se dan condecoraciones al que destruye más. ¿No es cierto? Nada sé, nada me han enseñando; tal vez por mi falta de instrucción ignoro ciertas cosas, y me parecen injusticias.

Cornudet dijo campanudamente:

-La guerra es una salvajada cuando se hace contra un pueblo tranquilo; es una obligación cuando sirve para defender la patria.

La vieja murmuró:

-Sí, defenderse ya es otra cosa. Pero ¿no deberíamos antes ahorcar a todos los reyes que tienen la culpa?

Los ojos de Cornudet se abrigaron:

-¡Magnífico, ciudadana!

El señor Carré-Lamadon reflexionaba. Sí, era fanático por la gloria y el heroísmo de los famosos capitanes; pero el sentido práctico de aquella vieja le hacía calcular el provecho que reportarían al mundo todos los brazos que se adiestran en el manejo de las armas, todas las energías infecundas, consagradas a preparar y sostener las guerras, cuando se aplicasen a industrias que necesitan siglos de actividad.

Levantose Loiseau y, acercándose al fondista, le habló en voz baja. Oyéndolo, Follenvie reía, tosía, escupía; su enorme vientre rebotaba gozoso con las guasas del forastero; y le compró seis barriles de burdeos para la primavera, cuando se hubiesen retirado los invasores.

Acabada la cena, como era mucho el cansancio que sentían, se fueron todos a sus habitaciones.

Pero Loiseau, observador minucioso y sagaz, cuando su mujer se hubo acostado, aplicó los ojos y oído alternativamente al agujero de la cerradura para descubrir lo que llamaba "misterios de pasillo".

Al cabo de una hora, aproximadamente, vio pasar a Bola de Sebo, más apetitosa que nunca, rebozando en su peinador de casimir con blondas blancas. Alumbrábase con una palmatoria y se dirigía a la mampara de cristales raspados, en donde lucía un expresivo número. Y cuando la moza se retiraba, minutos después, Cornudet abrió su puerta y la seguía en calzoncillos.

Hablaron y después Bola de Sebo defendía enérgicamente la entrada de su alcoba. Loiseau, a pesar de sus esfuerzos, no pudo comprender lo que decían; pero, al fin, como levantaron la voz, cogió al vuelo algunas palabras. Cornudet, obstinado, resuelto, decía:

-¿Por qué no quieres? ¿Qué te importa?

Ella, con indignada y arrogante apostura, le respondió:

-Amigo mío, hay circunstancias que obligan mucho; no siempre se puede hacer todo, y además, aquí sería una vergüenza.

Sin duda, Cornudet no comprendió, y como se obstinase, insistiendo en sus pretensiones, la moza, más arrogante aun y en voz más recia, le dijo:

-¿No lo comprende?... ¿Cuando hay prusianos en la casa, tal vez pared por medio?

Y calló. Ese pudor patriótico de cantinera que no permite libertades frente al enemigo, debió de reanimar la desfallecida fortaleza del revolucionario, quien después de besarla para despedirse afectuosamente, se retiró a paso de lobo hasta su alcoba.

Loiseau, bastante alterado, abandonó su observatorio, hizo unas cabriolas y, al meterse de nuevo en la cama, despertó a su amiga y correosa compañera, la besó y le dijo al oído:

-¿Me quieres mucho, vida mía?

Reinó el silencio en toda la casa. Y al poco rato se alzó resonando en todas partes, un ronquido, que bien pudiera salir de la cueva o del desván; un ronquido alarmante, monstruoso, acompasado, interminable, con estremecimientos de caldera en ebullición. El señor Follenvie dormía.

Como habían convenido en proseguir el viaje a las ocho de la mañana, todos bajaron temprano a la cocina; pero la diligencia, enfundada por la nieve, permanecía en el patio, solitaria, sin caballos y sin mayoral. En vano buscaban a éste por los desvanes y las cuadras. No encontrándolo dentro de la posada, salieron a buscarlo y se hallaron de pronto en la plaza, frente a la Iglesia, entre casuchas de un solo piso, donde se veían soldados alemanes. Uno pelaba papas; otro, muy barbudo y grandote, acariciaba a una criaturita de pecho que lloraba, y la mecía sobre sus rodillas para que se calmase o se durmiese, y las campesinas, cuyos maridos y cuyos hijos estaban "en las tropas de la guerra", indicaban

por signos a los vencedores, obedientes, los trabajos que debían hacer: cortar leña, encender lumbre, moler café. Uno lavaba la ropa de su patrona, pobre vieja impedida.

El conde, sorprendido, interrogó al sacristán, que salía del presbiterio. El acartonado murciélago le respondió:

-¡Ah! Esos no son dañinos; creo que no son prusianos: vienen de más lejos, ignoro de qué país; y todos han dejado en su pueblo un hogar, una mujer, unos hijos; la guerra no los divierte. Juraría que también sus familias lloran mucho, que también se perdieron sus cosechas por la falta de brazos; que allí como aquí, amenaza una espantosa miseria a los vencedores como a los vencidos. Después de todo, en este pueblo no podemos quejarnos, porque no maltratan a nadie y nos ayudan trabajando como si estuvieran en su casa. Ya ve usted, caballero: entre los pobres hay siempre caridad... Son los ricos los que hacen las guerras crueles.

Cornudet, indignado por la recíproca y cordial condescendencia establecida entre vencedores y vencidos, volvió a la posada, porque prefería encerrarse aislado en su habitación a ver tales oprobios. Loiseau tuvo, como siempre, una frase oportuna y graciosa; "Repueblan"; y el señor Carré-Lamadon pronunció una solemne frase "Restituyen".

Pero no encontraban al mayoral. Después de muchas indagaciones, lo descubrieron sentado tranquilamente, con el ordenanza del oficial prusiano, en una taberna.

El conde lo interrogó:

-¿No le habían mandado enganchar a las ocho?

-Sí; pero después me dieron otra orden.

-¿Cuál?

-No enganchar.

-¿Quién?

-El comandante prusiano.

-¿Por qué motivo?

-Lo ignoro. Pregúnteselo. Yo no soy curioso. Me prohíben enganchar y no engancho. Ni más ni menos.

-Pero ¿le ha dado esa orden el mismo comandante?

-No; el posadero, en su nombre.

-¿Cuándo?

-Anoche, al retirarme.

Los tres caballeros volvieron a la posada bastante intranquilos.

Preguntaron por Follenvie, y la criada les dijo que no se levantaba el señor hasta muy tarde, porque apenas lo dejaba dormir el asma; tenía terminantemente prohibido que lo llamasen antes de las diez, como no fuera en caso de incendio.

Quisieron ver al oficial, pero tampoco era posible, aun cuando se hospedaba en la casa, porque únicamente Follenvie podía tratar con él de sus asuntos civiles.

Mientras los maridos aguardaban en la cocina, las mujeres volvieron a sus habitaciones para ocuparse de las minucias de su tocado.

Cornudet se instaló bajo la saliente campana del hogar, donde ardía un buen leño; mandó que le acercaran un veladorcito de hierro y que le sirvieran un jarro de cerveza; sacó la pipa, que gozaba entre los demócratas casi tanta consideración como el personaje que chupaba en ella -una pipa que parecía servir a la patria tanto como Cornudet-, y se puso a fumar entre sorbo y sorbo, chupada tras chupada.

Era una hermosa pipa de espuma, primorosamente trabajada, tan negra como los dientes que la oprimían pero brillante, perfumada, con una curvatura favorable a la mano, de una forma tan discreta, que parecía una facción más de su dueño.

Y Cornudet, inmóvil, tan pronto fijaba los ojos en las llamas del hogar como en la espuma del jarro; después de cada sorbo acariciaba satisfecho con su mano flaca su cabellera sucia, cruzando vellones de humo blanco en las marañas de sus bigotes macilentos.

Loiseau, con el pretexto de salir a estirar las piernas, recorrió el pueblo para negociar sus vinos en todos los comercios. El conde y el industrial discurrían acerca de cuestiones políticas y profetizaban el provenir de Francia. Según el uno, todo lo remediaría el advenimiento de los Orleáns; el otro solamente confiaba en un redentor ignorado, un héroe que apareciera cuando todo agonizase; un Duguesclin, una Juana de Arco y ¿por qué no un invencible Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuese demasiado joven! Oyéndolos, Cornudet sonreía como quien ya conoce los misterios del futuro; y su pipa embalsamaba el ambiente.

A las 10 bajó Follenvie. Le hicieron varias preguntas apremiantes, pero él sólo pudo contestar:

-El comandante me dijo: "Señor Follenvie, no permita usted que mañana enganche la diligencia. Esos viajeros no saldrán de aquí hasta que yo lo disponga".

Entonces resolvieron avistarse con el oficial prusiano. El conde le hizo pasar una tarjeta, en la cual escribió Carré-Lamdon su nombre y sus títulos.

El prusiano les hizo decir que los recibiría cuando hubiera almorzado. Faltaba una hora.

Ellos y ellas comieron, a pesar de su inquietud. Bola de Sebo estaba febril y extraordinariamente desconcertada.

Acababan de tomar el café cuando les avisó el ordenanza.

Loiseau se agregó a la comisión; intentaron arrastrar a Cornudet, pero éste dijo que no entraba en sus cálculos pactar con los enemigos. Y volvió a instalarse cerca del fuego, ante otro jarro de cerveza.

Los tres caballeros entraron en la mejor habitación de la casa, donde los recibió el oficial, tendido en un sillón, con los pies encima de la chimenea, fumando en una larga pipa de loza y envuelto en una espléndida bata, recogida tal vez en la residencia campestre de algún ricacho de gustos chocarreros. No se levantó, ni saludó, ni los miró siquiera. ¡Magnífico ejemplar de la soberbia desfachatez acostumbrada entre los militares victoriosos!

Luego dijo:

-¿Qué desean ustedes?

El conde tomó la palabra:

-Deseamos proseguir nuestro viaje, caballero.

-No.

-Sería usted lo bastante bondadoso para comunicarnos la causa de tan imprevista detención?

-Mi voluntad.

-Me atrevo a recordarle, respetuosamente, que traemos un salvoconducto, firmado por el general en jefe, que nos permite llegar a Dieppe. Y supongo que nada justifica tales rigores.

-Nada más que mi voluntad. Pueden ustedes retirarse.

Hicieron una reverencia y se retiraron.

La tarde fue desastrosa: no sabían cómo explicar el capricho del prusiano y les preocupaban las ocurrencias más inverosímiles. Todos en la cocina se torturaban imaginando cuál pudiera ser el motivo de su detención. ¿Los conservarían como rehenes? ¿Por qué? ¿Los llevarían prisioneros? ¿Pedirían por su libertad un rescate de importancia? El pánico los enloqueció. Los más ricos se amilanaban con ese pensamiento: se creían ya obligados, para salvar la vida en aquel trance, a derramar tesoros entre la manos de un militar insolente. Se derretían la sesera inventando embustes verosímiles, fingimientos engañosos que salvaran su dinero del peligro en que lo veían, haciéndolos aparecer como infelices arruinados. Loiseau, disimuladamente, guardó en el bolsillo la pesada cadena de oro de su reloj. Al oscurecer aumentaron sus aprensiones. Encendieron el quinqué, y, como aún faltaban dos horas para la comida, resolvieron jugar a la treinta y una. Cornudet, hasta el propio Cornudet, apagó su pipa y, cortésmente, se acercó a la mesa.

El conde cogió los naipes, Bola de Sebo hizo treinta y una. El interés del juego ahuyentaba los temores.

Cornudet pudo advertir que la señora y el señor Loiseau, de común acuerdo, hacían trampas.

Cuando iban a servir la comida, Follenvie apareció y dijo:

-El oficial prusiano pregunta si la señora Isabel Rousset se ha decidido ya.

Bola de Sebo, en pie, al principio descolorida, luego arrebatada, sintió un impulso de cólera tan grande, que de pronto no le fue posible hablar. Después dijo:

-Contéstele a ese canalla, sucio y repugnante, que nunca me decidiré a eso. ¡Nunca, nunca, nunca!

El posadero se retiró. Todos rodearon a Bola de Sebo, solicitada, interrogada por todos para revelar el misterio de aquel recado. Negose al principio, hasta que reventó exasperada:

-¿Qué quiere?... ¿Qué quiere?... ¿Que quiere?... ¡Nada! ¡Estar conmigo!

La indignación instantánea no tuvo límites. Se alzó un clamoreo de protesta contra semejante iniquidad. Cornudet rompió un vaso, al dejarlo, violentamente, sobre la mesa. Se emocionaban todos, como si a todos alcanzara el sacrificio exigido a la moza. El conde manifestó que los invasores inspiraban más repugnancia que terror, portándose como los antiguos bárbaros. Las mujeres prodigaban a Bola de Sebo una piedad noble y cariñosa.

Cuando le efervescencia hubo pasado, comieron. Se habló poco. Meditaban.

Se retiraron pronto las señoras, y los caballeros organizaron una partida de ecarté, invitando a Follenvie con el propósito de sondearle con habilidad en averiguación de los recursos más convenientes para vencer la obstinada insistencia del prusiano. Pero Follenvie sólo pensaba en sus cartas, ajeno a cuanto le decían y sin contestar a las preguntas, limitándose a repetir:

-Al juego, al juego, señores.

Fijaba tan profundamente su atención en los naipes, que hasta se olvidaba de escupir y respiraba con estertor angustioso. Producían sus pulmones todos los registros del asma, desde los más graves y profundos a los chillidos roncros y destemplados que lanzan los polluelos cuando aprenden a cacarear.

No quiso retirarse cuando su mujer, muerta de sueño, bajó en su busca, y la vieja se volvió sola porque tenía por costumbre levantarse con el sol, mientras su marido, de natural trasnochador, estaba siempre dispuesto a no acostarse hasta el alba.

Cuando se convencieron de que no eran posible arrancarle ni media palabra, lo dejaron para irse cada cual a su alcoba.

Tampoco fueron perezosos para levantarse al otro día, con la esperanza que les hizo concebir su deseo cada vez mayor de continuar libremente su viaje. Pero los caballos descansaban en los pesebres; el mayoral no comparecía. Entretuviéronse dando paseos en torno de la diligencia.

Desayunaron silenciosos, indiferentes ante Bola de Sebo. Las reflexiones de la noche habían modificado sus juicios; odiaban a la moza por no haberse decidido a buscar en secreto al prusiano, preparando un alegre despertar, una sorpresa muy agradable a sus compañeros. ¿Había nada más justo? ¿Quién lo hubiera sabido? Pudo salvar las apariencias, dando a entender al oficial prusiano que cedía para no perjudicar a tan ilustres personajes. ¿Qué importancia pudo tener su complacencia, para una moza como Bola de Sebo?

Reflexionaban así todos, pero ninguno declaraba su opinión.

Al mediodía, para distraerse del aburrimiento, propuso el conde que diesen un paseo por las afueras. Se abrigaron bien y salieron; sólo Cornudet prefirió quedarse junto a la lumbre, y las dos monjas pasaban las horas en la iglesia o en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les pellizcaba las orejas y las narices; los pies les dolían al andar; cada paso era un martirio. Y al descubrir la campiña les pareció tan horrorosamente lúgubre su extensa blancura, que todos a la vez retrocedieron con el corazón oprimido y el alma helada.

Las cuatro señoras iban y las seguían a corta distancia los tres caballeros.

Loiseau, muy seguro de que los otros pensaban como él, preguntó si aquella mala pécora no daba señales de acceder, para evitarles que se prolongara indefinidamente su detención. El conde, siempre cortés, dijo que no podía exigirle a una mujer sacrificio tan humillante cuando ella no se lanzaba por impulso propio.

El señor Carré-Lamdon hizo notar que si los franceses, como estaba proyectado, tomaran de nuevo la ofensiva por Dieppe, la batalla probablemente se desarrollaría en Totes. Puso a los otros dos en cuidado semejante ocurrencia.

-¿Y si huyéramos a pie? -dijo Loiseau.

-¿Cómo es posible, pisando nieve y con las señoras? -exclamó el conde-. Además, nos perseguirían y luego nos juzgarían como prisioneros de guerra.

-Es cierto, no hay escape.

Y callaron.

Las señoras hablaban de vestidos; pero por su ligera conversación flotaba una inquietud que les hacía opinar de opuesto modo.

Cuando apenas lo recordaban, apareció el oficial prusiano en el extremo de la calle. Sobre la nieve que cerraba el horizonte perfilaba su talle oprimido y separaba las rodillas al andar, con ese movimiento propio de los militares que procuran salvar del barro las botas primorosamente charoladas.

Inclinose al pasar junto a las damas y miró despreciativo a los caballeros, los cuales tuvieron suficiente coraje para no descubrirse, aun cuando Loiseau echase mano al sombrero.

La moza se ruborizó hasta las orejas y las tres señoras casadas padecieron la humillación de que las viera el prusiano en la calle con la mujer a la cual trataba él tan groseramente.

Y hablaron de su empaque, de su rostro. La señora Carré-Lamdon, que por haber sido amiga de muchos oficiales podía opinar con fundamento, juzgó al prusiano aceptable, y hasta se dolió de que no fuera francés, muy segura de que seduciría con el uniforme de húsar a muchas mujeres.

Ya en casa, no se habló más del asunto. Se intercambiaron algunas actitudes con motivos insignificantes. La cena, silenciosa, terminó pronto, y cada uno fue a su alcoba con ánimo de buscar en el sueño un recurso contra el hastío.

Bajaron por la mañana con los rostros fatigados; se mostraron irascibles; y las damas apenas dirigieron la palabra a Bola de Sebo.

La campana de la iglesia tocó a gloria. La muchacha recordó al pronto su casi olvidada maternidad (pues tenía una criatura en casa de unos labradores de Yvetot). El anunciado bautizo la enterneció y quiso asistir a la ceremonia.

Ya libres de su presencia, y reunidos los demás, se agruparon, comprendiendo que tenían algo que decirse, algo que acordar. Se le ocurrió a Loiseau proponer al comandante que se quedara con la moza y dejase a los otros proseguir tranquilamente su viaje.

Follenvie fue con la embajada y volvió al punto, porque, sin oírle siquiera, el oficial repitió que ninguno se iría mientras él no quedara complacido.

Entonces, el carácter populachero de la señora Loiseau la hizo estallar:

-No podemos envejecer aquí. ¿No es el oficio de la moza complacer a todos los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno? ¡Sí la conoceremos! En Rúan lo arrebaña todo; hasta los cocheros tienen que ver con ella. Sí, señora; el cochero de la Prefectura. Lo sé de buena tinta; como que toman vino de casa. Y hoy que podría sacarnos de un apuro sin la menor violencia, ¡hoy hace dengues, la muy zorra! En mi opinión, ese prusiano es un hombre muy correcto. Ha vivido sin trato de mujeres muchos días; hubiera preferido, seguramente, a cualquiera de nosotras; pero se contenta, para no abusar de nadie, con la que pertenece a todo el mundo. Respeta el matrimonio y la virtud ¡cuando es el amo, el señor! Le bastaría decir: "Ésta quiero" y obligar a viva fuerza, entre soldados, a la elegida.

Estremeciéronse las damas. Los ojos de la señora Carré-Lamdon brillaron; sus mejillas palidecieron, como si ya se viese violada por el prusiano.

Los hombres discutían aparte y llegaron a un acuerdo.

Al principio, Loiseau, furibundo, quería entregar a la miserable atada de pies y manos. Pero el conde, fruto de tres abuelos diplomáticos, prefería tratar el asunto hábilmente, y propuso:

-Tratemos de convencerla.

Se unieron a las damas. La discusión se generalizó. Todos opinaban en voz baja, con mesura. Principalmente las señoras proponían el asunto con rebuscamiento de frases ocultas y rodeos encantadores, para no proferir palabras vulgares.

Alguien que de pronto las hubiera oído, sin duda no sospechara el argumento de la conversación; de tal modo se cubrían con flores las torpezas audaces. Pero como el baño de pudor que defiende a las damas distinguidas en sociedad es muy tenue, aquella brutal aventura las divertía, sintiéndose a gusto, en su elemento, interviniendo en un lance de amor, con la sensualidad propia de un cocinero goloso que prepara una cena exquisita sin poder probarla siquiera.

Se alegraron, porque la historia les hacía mucha gracia. El conde se permitió alusiones bastantes atrevidas -pero decorosamente apuntadas- que hicieron sonreír. Loiseau estuvo menos correcto, y sus audacias no lastimaron los oídos

pulcros de sus oyentes. La idea, expresada brutalmente por su mujer, persistía en los razonamientos de todos: "¿No es el oficio de la moza complacer a los hombres? ¿Cómo se permite rechazar a uno?" La delicada señora Carré-Lamadon imaginaba tal vez que, puesta en tan duro trance, rechazaría menos al prusiano que a otro cualquiera.

Prepararon el bloqueo, lo que tenía que decir cada uno y las maniobras correspondientes; quedó en regla el plan de ataque, los amaños y astucias que deberían abrir al enemigo la ciudadela viviente.

Cornudet no entraba en la discusión, completamente ajeno al asunto.

Estaban todos tan preocupados, que no sintieron llegar a Bola de Sebo; pero el conde, advertido al punto, hizo una señal que los demás comprendieron.

Callaron, y la sorpresa prolongó aquel silencio, no permitiéndoles de pronto hablar. La condesa, más versada en disimulos y tretas de salón, dirigió a la moza esta pregunta:

-¿Estuvo muy bien el bautizo?

Bola de Sebo, emocionada, les dio cuenta de todo, y acabó con esta frase:

-Algunas veces consuela mucho rezar.

Hasta la hora del almuerzo se limitaron a mostrarse amables con ella, para inspirarle confianza y docilidad a sus consejos.

Ya en la mesa, emprendieron la conquista. Primero, una conversación superficial acerca del sacrificio. Se citaron ejemplos: Judit y Holofernes; y, sin venir al caso, Lucrecia y Sextus. Cleopatra, esclavizando con los placeres de su lecho a todos los generales enemigos. Y apareció una historia fantaseada por aquellos millonarios ignorantes, conforme a la cual iban a Capua las matronas romanas para adormecer entre sus brazos amorosos al fiero Aníbal, a sus lugartenientes y a sus falanges de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que han detenido a los conquistadores ofreciendo sus encantos para dominarlos con un arma poderosa e irresistible; que vencieron con sus caricias heroicas a monstruos repulsivos y odiados; que sacrificaron su castidad a la venganza o a la sublime abnegación.

Discretamente, fue mencionada la inglesa linajuda que se mandó inocular una horrible y contagiosa podredumbre para transmitírsela con fingido amor a Bonaparte, quien se libró milagrosamente gracias a una flojera repentina en la cita fatal.

Y todo se decía con delicadeza y moderación, ofreciéndose de cuando en cuando el entusiástico elogio que provocase la curiosidad heroica.

De todos aquellos rasgos ejemplares pudiera deducirse que la misión de la mujer en la tierra se reducía solamente a sacrificar su cuerpo, abandonándolo de continuo entre la soldadesca lujuriosa.

Las dos monjitas no atendieron, y es posible que ni se dieran cuenta de lo que decían los otros, ensimismadas en más íntimas reflexiones.

Bola de Sebo no despegaba los labios. Dejaronla reflexionar toda la tarde.

Cuando iban a sentarse a la mesa para comer apareció Follenvie para repetir la frase de la víspera.

Bola de Sebo respondió ásperamente.

-Nunca me decidiré a eso. ¡Nunca, nunca!

Durante la comida, los aliados tuvieron poca suerte. Loiseau dijo tres impertinencias. Se devanaban los sesos para descubrir nuevas heroicidades -y sin que saltase al paso ninguna-, cuando la condesa, tal vez sin premeditarlo, sintiendo una irresistible coacción de rendir a la Iglesia un homenaje, se dirigió a una de las monjas -la más respetable por su edad- y le rogó que refiriese algunos actos heroicos de la historia de los santos que habían cometido excesos criminales para humanos ojos y apetecidos por la Divina Piedad, que los juzgaba conforme a la intención, sabedora de que se ofrecían a la gloria de Dios o a la salud y provecho del prójimo. Era un argumento contundente. La condesa lo comprendió, y fuese por una tácita condescendencia natural en todos los que visten hábitos religiosos, o sencillamente por una casualidad afortunada, lo cierto es que la monja contribuyó al triunfo de los aliados con un formidable refuerzo. La habían juzgado tímida, y se mostró arrogante, violenta, elocuente. No tropezaba en incertidumbres causísticas, era su doctrina como una barra de acero; su fe no vacilaba jamás, y no enturbiaba su conciencia ningún escrúpulo. Le parecía sencillo el sacrificio de Abrahán; también ella hubiese matado a su padre y a su madre por obedecer un mandato divino; y, en su concepto, nada podía desagradar al Señor cuando las intenciones eran laudables. Aprovechando la condesa tan favorable argumentación de su improvisada cómplice, la condujo a parafrasear un edificante axioma, "el fin justifica los

medios", con esta pregunta:

-¿Supone usted, hermana, que Dios acepta cualquier camino y perdona siempre, cuando la intención es honrada?

-¿Quién lo duda, señora? Un acto punible puede, con frecuencia, ser meritorio por la intención que lo inspire.

Y continuaron así discurriendo acerca de las decisiones recónditas que atribuían a Dios, porque lo suponían interesado en sucesos que, a la verdad, no deben importarle mucho.

La conversación, así encarrilada por la condesa, tomó un giro hábil y discreto. Cada frase de la monja contribuía poderosamente a vencer la resistencia de la cortesana. Luego, apartándose del asunto ya de sobra repetido, la monja hizo mención de varias fundaciones de su Orden; habló de la superiora, de sí misma, de la hermana San Sulpicio, su acompañante. Iban llamadas a El Havre para asistir a cientos de soldados con viruela. Detalló las miserias de tan cruel enfermedad, lamentándose de que, mientras inútilmente las retenía el capricho de un oficial prusiano, algunos franceses podían morir en el hospital, faltos de auxilio. Su especialidad fue siempre asistir al soldado; estuvo en Crimea, en Italia, en Austria, y al referir azares de la guerra, se mostraba de pronto como una hermana de la Caridad belicosa y entusiasta, sólo nacida para recoger heridos en lo más recio del combate; una especie de sor María Rataplán, cuyo rostro descarnado y descolorido era la imagen de las devastaciones de la guerra.

Cuando hubo terminado, el silencio de todos afirmó la oportunidad de sus palabras.

Después de cenar se fue cada cual a su alcoba, y al día siguiente no se reunieron hasta la hora del almuerzo.

La condesa propuso, mientras almorzaban, que debieran ir de paseo por la tarde. Y el conde, que llevaba del brazo a la moza en aquella excursión, se quedó rezagado.

Todo estaba convenido.

En tono paternal, franco y un poquito displicente, propio de un " hombre serio" que se dirige a un pobre ser, la llamó niña, con dulzura, desde su elevada posición social y su honradez indiscutible, y sin preámbulos se metió de lleno en el asunto.

-¿Prefiere vernos aquí víctimas del enemigo y expuestos a sus violencias, a las represalias que seguirían indudablemente a una derrota? ¿Lo prefiere usted a doblegarse a una... liberalidad muchas veces por usted consentida?

La moza callaba.

El conde insistía, razonable y atento, sin dejar de ser "el señor conde", muy galante con afabilidad, hasta con ternura si la frase lo exigía. Exaltó la importancia del servicio y el "imborrable agradecimiento". Después comenzó a tutearla de pronto, alegremente:

-No seas tirana, permite al infeliz que se vanaglorie de haber gozado a una criatura como no debe haberla en su país.

La moza, sin despegar los labios, fue a reunirse con el grupo de señoras.

Ya en casa se retiró a su cuarto, sin comparecer ni a la hora de la comida. La esperaban con inquietud. ¿Qué decidiría?

Al presentarse Follenvie, dijo que la señorita Isabel se hallaba indispuesta, que no la esperasen. Todos aguzaron el oído. El conde se acercó al posadero y le preguntó en voz baja:

-¿Ya está?

-Sí.

Por decoro no preguntó más; hizo una mueca de satisfacción dedicada a sus acompañantes, que respiraron satisfechos, y se reflejó una retona sonrisa en los rostros.

Loiseau no pudo contenerse:

-¡Caramba! Convido champaña para celebrarlo.

Y se le amargaron a la señora Loiseau aquellas alegrías cuando apareció Follenvie con cuatro botellas.

Mostrándose a cual más comunicativo y bullicioso, rebosaba en sus almas un goce fecundo. El conde advirtió que la señora Carré-Lamadon era muy apetecible, y el industrial tuvo frases insinuantes para la condesa. La conversación chisporroteaba, graciosa, vivaracha, jovial.

De pronto, Loiseau, con los ojos muy abiertos y los brazos en alto, aulló:

-¡Silencio!

Todos callaron estremecidos.

-¡Chist! -y arqueaba mucho las cejas para imponer atención.

Al poco rato dijo con suma naturalidad.

-Tranquilícense. Todo va como una seda.

Pasado el susto, le rieron la gracia.

Luego repitió la broma:

-¡Chist!...

Y cada 15 minutos insistía. Como si hablara con alguien del piso alto, daba consejos de doble sentido, producto de su ingenio de comisionista. Ponía de pronto la cara larga, y suspiraba al decir:

-¡Pobrecita!

O mascullaba una frase rabiosa:

-¡Prusiano asqueroso!

Cuando estaban distraídos, gritaban:

-¡No más! ¡No más!

Y como si reflexionase, añadía entre dientes:

-¡Con tal que volvamos a verla y no la haga morir, el miserable!

A pesar de ser aquellas bromas de gusto deplorable, divertían a los que las toleraban y a nadie indignaron, porque la indignación, como todo, es relativa y conforme al medio en que se produce. Y allí respiraban un aire infestado por todo género de malicias impúdicas.

Al fin, hasta las damas hacían alusiones ingeniosas y discretas. Se había bebido mucho, y los ojos encandilados chisporroteaban. El conde, que hasta en sus abandonos conservaba su respetable apariencia, tuvo una graciosa oportunidad, comparando su goce al que pueden sentir los exploradores polares, bloqueados por el hielo, cuando ven abrirse un camino hacia el Sur.

Loiseau, alborotado, levantose a brindar.

-¡Por nuestro rescate!

En pie, aclamaban todos, y hasta las monjitas, cediendo a la general alegría, humedecían sus labios en aquel vino espumoso que no habían probado jamás. Les pareció algo así como limonada gaseosa, pero más fino.

Loiseau advertía:

-¡Qué lastima! Si hubiera un piano podríamos bailar un rigodón.

Cornudet, que no había dicho ni media palabra, hizo un gesto desapacible. Parecía sumergido en pensamientos graves, y de cuando en cuando estirábase las barbas con violencia, como si quisiera alargárselas más aún.

Hacia medianoche, al despedirse, Loiseau, que se tambaleaba, le dio un manotazo en la barriga, tartamudeando:

-¿No está usted satisfecho? ¿No se le ocurre decir nada?

Cornudet, erguido el rostro y encarado con todos, como si quisiera retratarlos con una mirada terrible, respondió:

-Sí, por cierto. Se me ocurre decir a ustedes que han fraguado una canallada.

Se levantó y se fue repitiendo:

-¡Una canallada!

Era como un jarro de agua. Loiseau quedose confundido; pero se repuso con rapidez, soltó la carcajada y exclamó:

-Están verdes, para usted... están verdes.

Como no le comprendían, explicó los "misterios del pasillo". Entonces rieron desaforadamente; parecían locos de júbilo. El conde y el señor Carré-Lamadon lloraban de tanto reír. ¡Qué historia! ¡Era increíble!

-Pero ¿está usted seguro?

-¡Tan seguro! Como que lo vi.

-¿Y ella se negaba...?

-Por la proximidad... vergonzosa del prusiano.

-¿Es cierto?

-¡Ciertísimo! Pudiera jurarlo.

El conde se ahogaba de risa; el industrial tuvo que sujetarse con las manos el vientre, para no estallar.

Loiseau insistía:

-Y ahora comprenderán ustedes que no le divierta lo que pasa esta noche.

Reían sin fuerzas ya, fatigados, aturridos.

Acabó la tertulia. "Felices noches."

La señora Loiseau, que tenía el carácter como una ortiga, hizo notar a su marido, cuando se acostaban, que la señora Carré-Lamadon, "la muy fantasma", rió de mala gana, porque pensando en lo de arriba se le pusieron los dientes largos.

-El uniforme las vuelve locas. Francés o prusiano, ¿qué más da? ¡Mientras haya galones! ¡Dios mío! ¡Es una vergüenza como está el mundo!

Y durante la noche resonaron continuamente, a lo largo del oscuro pasillo, estremecimientos, rumores tenues apenas perceptibles, roces de pies desnudos, alientos entrecortados y crujir de faldas. Ninguno durmió, y por debajo de todas las puertas asomaron, casi hasta el amanecer, pálidos reflejos de las bujías.

El champaña suele producir tales consecuencias, y, según dicen, da un sueño intranquilo.

Por la mañana, un claro sol de invierno hacía brillar la nieve deslumbradora.

La diligencia, ya enganchada, revivía para proseguir el viaje, mientras las palomas de blanco plumaje y ojos rosados, con las pupilas muy negras, picoteaban el estiércol, erguidas y oscilantes entre las patas de los caballos.

El mayoral, con su chamarra de piel, subido en el pescante, llenaba su pipa; los viajeros, ufanos, veían cómo les empaquetaban las provisiones para el resto del viaje.

Sólo faltaba Bola de Sebo, y al fin compareció.

Se presentó algo inquieta y avergonzada; cuando se detuvo para saludar a sus compañeros, hubiérase dicho que ninguno la veía, que ninguno reparaba en ella. El conde ofreció el brazo a su mujer para alejarla de un contacto impuro.

La moza quedó aturdida; pero sacando fuerzas de flaqueza, dirigió a la esposa del industrial un saludo humildemente pronunciado. La otra se limitó a una leve inclinación de cabeza, imperceptible casi, a la que siguió una mirada muy altiva, como de virtud que se rebela para rechazar una humillación que no perdona. Todos parecían violentados y despreciativos a la vez, como si la moza llevara una infección purulenta que pudiera comunicárseles.

Fueron acomodándose ya en la diligencia, y la moza entró después de todos para ocupar su asiento.

Como si no la conocieran. Pero la señora Loiseau la miraba de reojo, sobresaltada, y dijo a su marido:

-Menos mal que no estoy a su lado.

El coche arrancó. Proseguían el viaje.

Al principio nadie hablaba. Bola de Sebo no se atrevió a levantar los ojos. Sentíase a la vez indignada contra sus compañeros, arrepentida por haber cedido a sus peticiones y manchada por las caricias del prusiano, a cuyos brazos la empujaron todos hipócritamente.

Pronto la condesa, dirigiéndose a la señora Carré-Lamdon, puso fin al silencio angustioso:

-¿Conoce usted a la señora de Etrellés?

-¡Vaya! Es amiga mía.

-¡Qué mujer tan agradable!

-Sí; es encantadora, excepcional. Todo lo hace bien: toca el piano, canta, dibuja, pinta... Una maravilla.

El industrial hablaba con el conde, y confundidas con el estrepitoso crujir de cristales, hierros y maderas, oíanse algunas de sus palabras: "...Cupón... Vencimiento... Prima... Plazo..."

Loiseau, que había escamoteado los naipes de la posada, engrasados por tres años de servicio sobre mesas nada limpias, comenzó a jugar al bésique con su mujer.

Las monjitas, agarradas al grueso rosario pendiente de su cintura, hicieron la señal de la cruz, y de pronto sus labios, cada vez más presurosos, en un suave murmullo, parecían haberse lanzado a una carrera de oremus; de cuando en cuando besaban una medallita, se persignaban de nuevo y proseguían su especie de gruñir continuo y rápido.

Cornudet, inmóvil, reflexionaba.

Después de tres horas de camino, Loiseau, recogiendo las cartas, dijo:

-Hace hambre.

Y su mujer alcanzó un paquete atado con un bramante, del cual sacó un trozo de carne asada. Lo partió en rebanadas finas, con pulso firme, y ella y su marido comenzaron a comer tranquilamente.

-Un ejemplo digno de ser imitado -advirtió la condesa.

Y comenzó a desenvolver las provisiones preparadas para los dos matrimonios. Venían metidas en un cacharro de los que tienen para pomo en la tapadera una cabeza de liebre, indicando su contenido: un succulento pastelón de liebre, cuya carne sabrosa, hecha picadillo, estaba cruzada por collares de fina manteca y otras agradables añadiduras. Un buen pedazo de queso, liado en un papel de periódico, lucía la palabra "Sucesos" en una de sus caras.

Las monjitas comieron una longaniza que olía mucho a especias y Cornudet, sumergiendo ambas manos en los bolsillos de su gabán, sacó de uno de ellos cuatro huevos duros y del otro un panecillo. Mondó uno de los huevos, dejando caer en el suelo el cascarón y partículas de yema sobre sus barbas.

Bola de Sebo, en la turbación de su triste despertar, no había dispuesto ni pedido merienda, y exasperada, iracunda, veía cómo sus compañeros mascaban plácidamente. Al principio la crispó un arranque tumultuoso de cólera, y estuvo a punto de arrojar sobre aquellas gentes un chorro de injurias que le venían a los labios; pero tanto era su desconsuelo, que su congoja no le permitió hablar.

Ninguno la miró ni se preocupó de su presencia; sentíase la infeliz sumergida en el desprecio de la turba honrada que la obligó a sacrificarse, y después la rechazó, como un objeto inservible y asqueroso. No pudo menos de recordar su hermosa cesta de provisiones devoradas por aquellas gentes; los dos pollos bañados en su propia gelatina, los pasteles y la fruta, y las cuatro botellas de burdeos. Pero sus furores cedieron de pronto, como una cuerda tirante que se rompe, y sintió pujos de llanto. Hizo esfuerzos terribles para vencerse; irguióse, tragó sus lágrimas como los niños, pero asomaron al fin a sus ojos y rodaron por sus mejillas. Una tras otra, cayeron lentamente, como las gotas de agua que se filtran a través de una piedra; y rebotaban en la curva oscilante de su pecho. Mirando a todos resuelta y valiente, pálido y rígido el rostro, se mantuvo erguida, con la esperanza de que no la vieran llorar.

Pero advertida la condesa, hizo al conde una señal. Se encogió de hombros el caballero, como si quisiera decir: "No es mía la culpa".

La señora Loiseau, con una sonrisita maliciosa y triunfante, susurró:

-Se avergüenza y llora.

Las monjitas reanudaron su rezo después de envolver en papel el sobrante de longaniza.

Y entonces Cornudet -que digería los cuatro huevos duros- estiró sus largas piernas bajo el asiento delantero, reclinose, cruzó los brazos, y sonriente, como un hombre que acierta con una broma pesada, comenzó a canturrear La Marsellesa.

En todos los rostros pudo advertirse que no era el himno revolucionario del gusto de los viajeros. Nerviosos, desconcertados, intranquilos, removíanse, manoteaban; ya solamente les faltó aullar como los perros al oír un organillo.

Y el demócrata, en vez de callarse, amenizó el bromazo añadiendo a la música su letra:

Patrio amor que a los hombres encanta,
conduce nuestros brazos vengadores;
libertada, libertad sacrosanta,
> combate por tus fieles defensores.

Avanzaba mucho la diligencia sobre la nieve ya endurecida, y hasta Dieppe, durante las eternas horas de aquel viaje, sobre los baches del camino, bajo el cielo pálido y triste del anochecer, en la oscuridad lóbrega del coche, proseguía con una obstinación rabiosa el canturreo vengativo y monótono, obligando a sus irascibles oyentes a rimar sus crispaciones con la medida y los compases del odioso cántico.

Y la moza lloraba sin cesar; a veces un sollozo, que no podía contener, se mezclaba con las notas del himno entre las tinieblas de la noche.

FIN

Cantó un gallo

I

Berta de Avancelles había desatendido hasta entonces todas las súplicas de su desesperado admirador el barón Joseph de Croissard. Durante el invierno en París, el Barón la había perseguido ardorosamente, y después organizaba diversiones y cacerías en su residencia señorial de Carville, procurando agradar a Berta.

El marido, el señor de Avancelles, no veía nada ni entendía nada, como siempre acontece. Según pública opinión, estaba separado de su mujer por impotencia física, motivo suficiente para que la señora lo despreciase. Además, tampoco su figura lo recomendaba: era un hombrecillo rechoncho, calvo, corto de brazos, de piernas, de cuello, de nariz, de todo.

Berta, por el contrario, era una arrogante figura, una hermosa mujer, morena y decidida, riendo siempre con risa franca y sonora. Sin preocuparse jamás de la presencia de su marido, quien públicamente la llamaba "señora puches", miraba con cierta expresión complacida y cariñosa los robustos hombros, los bigotes rubios y soberbios de su admirador invariable y tenaz, el barón Joseph Croissard.

Sin embargo, Berta no había hecho aún concesión alguna.

El Barón se arruinaba por ella, proyectando sin cesar fiestas campestres, cacerías, placeres nuevos, a los cuales invitaba a las más distinguidas personas que veraneaban en aquella comarca.

Todos los días los perros aullaban por el bosque, persiguiendo al zorro y al jabalí; cada noche deslumbrantes fuegos artificiales mezclaban sus resplandores fugaces con los de las estrellas, mientras que las ventanas del salón proyectaban sobre los paseos ráfagas de luz cruzadas a cada punto por movibles sombras.

Era otoño. Las hojas caídas de los árboles revoloteaban sobre el césped como bandada de pajarillos. El aire estaba impregnado con perfumes de tierra húmeda, como el olor de la carne cuando se despoja una mujer, después de una fiesta, de los vestidos que la cubrieron.

II

Cierta noche, al principio del verano, la señora de Avancelles había respondido al señor de Croissard, quien la hostigaba con sus ruegos:

-Si he de caer, amigo mío, será cuando caigan las hojas de los árboles. Por ahora no tengo tiempo; estoy muy distraída.

Él recordó siempre aquella frase burlona y atrevida, y a fuerza de insistir un día tras otro, acortaba las distancias y conquistaba el corazón de la mujer que, sin duda, sólo resistía ya por cierto respeto a las conveniencias mundanas.

Se trataba de una gran cacería, y la víspera la señora de Avancelles le había dicho al Barón, riendo:

-Si mata usted a un jabalí, me obligo a premiarle.

Desde antes de amanecer, el Barón estaba ya en el monte reconociendo todos aquellos lugares en que la fiera podía ocultarse; acompañó a sus monteros, dispuso la trailla, lo organizó todo, preparando su triunfo, y cuando los cuernos de caza dieron aviso para la partida, compareció embutido en un estrecho traje, rojo y oro, irguiéndose con tantas energías como si en aquel instante acabase de abandonar la cama.

Salieron los cazadores. El jabalí, perseguido por los perros, corrió a través de las malezas; los caballos galopaban por los angostos senderos del bosque, mientras que por los caminos más anchos, algo distantes, rodaban sin ruido los coches del acompañamiento.

Berta, maliciosamente, retenía lo más posible al Barón en un paseo interminable, bordeado por doble fila de encinas que lo cubrían formando bóveda.

Estremeciéndose de amor y de inquietud, escuchaba con un oído la conversación burlona de su adorada, y con el otro escuchaba sin cesar el trompeteo de los ojeadores y los ladridos de los perros que se alejaban.

-¿Ya no me quiere usted? -decía ella.

-¿Cómo puede usted imaginarlo? -contestaba él.

-Porque la caza le interesa más que yo -proseguía Berta.

-¿No me ha ordenado usted que mate un jabalí? -suspiraba el Barón.

-Sí, pero es necesario que lo mate usted estando yo presente -añadió ella con seriedad.

Entonces el Barón, estremecido, clavó la espuela y dijo, impacientándose:

-Pero, señora, es imposible si no salimos de aquí.

-Nada; como dije ha de ser -añadió Berta, riendo-, y si no es como dije..., peor para usted.

Entonces ella le habló con ternura, apoyando una mano en el brazo del hombre o acariciando, como distraída, las crines de su caballo.

III

Torcieron a la derecha, por un camino estrecho, y de pronto, para evitar una rama que le impedía el paso, ella se inclinó sobre su acompañante de tal modo que le hizo cosquillas en la cara con su abundante y rizado cabello. Entonces él no pudo contenerse y, apoyando en la mejilla de la mujer sus bigotazos rubios, la besó con fiereza.

Ella no se rebeló de momento, quedando inmóvil bajo aquella caricia abrasadora; pero al poco rato se sacudió violentamente, y, sea por casualidad, sea de intento, sus labios encontraron los del hombre.

Luego el caballo de Berta salió al galope y el Barón la siguió; así fueron mucho rato en silencio y sin dirigirse ni una mirada.

El tumulto de la cacería estaba ya próximo; la espesura parecía estremecerse, y de pronto, rápido, tronchando las ramas de los arbustos, ensangrentado, sacudiendo a los perros que lo hacían presa, el jabalí apareció.

Entonces el Barón, riendo triunfalmente, dijo:

-Quien me quiera, que me siga.

Y desapareció entre los matorrales como si el bosque se lo hubiera tragado.

Cuando Berta llegó, minutos después, a una calva del bosque donde no había malezas ni árboles que privaran la vista, el Barón se levantaba del suelo, manchado, con la chaquetilla rota y las manos ensangrentadas; el jabalí, tendido a sus pies, mostraba en el cuello el cuchillo de caza del Barón, hundido hasta el puño. Regresaron de noche, con antorchas encendidas, en un ambiente suave y melancólico. La luna plateaba los resplandores rojizos de las teas; columnas de humo ennegrecían el azul del cielo. Los perros comían las entrañas y tripas del jabalí, saltando y ladrando. Los ojeadores y los monteros hacían ruidosa música, turbando el silencio del bosque, repetida por los ecos ocultos de lejanos valles, despertando a los ciervos y turbando en sus madrigueras a los conejos.

Las aves nocturnas revoloteaban sorprendidas, y las damas, alteradas por tantas emociones dulces y violentas, apoyándose en el brazo de los caballeros se apartaban por las avenidas arenosas, antes de que los perros acabaran su festín.

IV

Dominada por los entusiasmos y placeres del día, Berta dijo al Barón:

-¿Quiere usted que demos un paseo por el parque?

Y él, sin responder, tembloroso, emocionado y desfallecido, la siguió.

Se besaron bajo las ramas, casi desprovistas de hojas, que dejaban paso a la claridad suave de la luna, y su amor, sus deseos, sus ansias de caricias adquirieron tal vehemencia, que a punto estaban de caer al pie de un árbol.

Los cuernos de caza habían enmudecido. Los perros no ladraban ya.

-Retirémonos -dijo Berta.

Cuando se hallaron frente a la casa, ella murmuró con voz temblorosa:

-Amigo mío, estoy fatigada; quiero acostarme.

Y mientras él abría los brazos para estrecharla dándole el último beso, ella escapaba murmurando:

-No, no...; voy a dormir. ¡Quien me quiera que me siga!

Pasada una hora, cuando toda la casa, en silencio, parecía muerta, el Barón salió de su cuarto y se acercó a paso de lobo a la puerta de su amiga. Llamó dulcemente; pero como ella no respondía, se resolvió a entrar. El pestillo no estaba echado.

Ella deliraba, de codos en la ventana.

Él se arrojó a sus pies, besando el cuerpo de la mujer a través de la bata de noche; Berta callaba, hundiendo sus dedos finos en la cabellera del Barón.

Y de pronto, desligándose, como si hubiera tomado una importante resolución, murmuró con expresión atrevida, pero en voz baja:

-Vuelvo en seguida; aguárdeme usted aquí.

Entonces, a tientas, confundido, con las manos temblorosas, el Barón se desnudó de prisa y se hundió entre las sábanas; se revolvió y se estiraba con delicia; casi olvidaba sus amores al sentir su cuerpo rendido acariciado por el suave lienzo.

V

Ella no volvía; acaso tardaba expresamente para que languidciera su esperanza. El Barón cerraba los ojos, se hundía gozoso en un bienestar exquisito; soñaba dulcemente, aguardando con delicia la cosa deseada. Pero poco a poco se entumecía toda su carne; su pensamiento se oscurecía, incierto, borroso. La fatiga poderosa lo venció al fin; se quedó dormido.

Dormía con un sueño pesado; el invencible sueño de los cazadores. Durmió hasta la aurora.

De pronto, como había quedado abierta la ventana, resonó en la habitación el canto de un gallo. Bruscamente sorprendido por aquel grito penetrante, abrió los ojos el Barón.

Sintiendo junto a su cuerpo el de una mujer, hallándose en un lecho que no era el suyo y no recordando nada, sorprendido, preguntó al despertar:

-¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué sucede?

Entonces Berta, que no había dormido en toda la noche, mirando a aquel hombre despeinado, con los ojos enrojecidos y los labios secos, respondió, con la misma implacable altivez que usaba para tratar a su marido:

-No es nada. Que ha cantado un gallo. Vuelva usted a dormirse, caballero, y no le importe; ya no tiene usted nada que hacer.

FIN

Cariños de familia

El tranvía de Neuilly había dejado atrás la puerta Maillot y corría en línea recta a todo lo largo de la gran avenida que va a parar al Sena. La maquinilla, enganchada a su vagón, pitaba para que se apartasen de su camino, escupía su vapor, jadeaba como corredor al que falta el aliento, y sus émbolos se movían con ruidos precipitados de piernas de hierro. Caía sobre la calle el pesado calor de una tarde de verano, y, aunque no soplaba brisa alguna, ascendía del suelo un polvillo blanco, calizo, opaco, asfixiante y cálido que se pegaba a la húmeda piel, cegaba la vista, penetraba en los pulmones.

La gente salía a la puerta de sus casas, en busca de aire.

El vagón de pasajeros tenía bajadas las ventanillas, y todas sus cortinas ondeaban, sacudidas por la rápida carrera. Eran pocas las personas que iban dentro, porque en días tan calurosos la gente prefería viajar en la imperial o en las plataformas. Iban obesas señoras de vestidos presuntuosos, burguesas de barriada que suplen la distinción de la que carecen con una tiesura inoportuna, oficinistas cansados del despacho, de caras amarillentas, cintura doblada y un hombro algo más alto que otro, del mucho trabajar encorvados sobre la mesa. La expresión intranquila y triste de sus rostros revelaba también preocupaciones domésticas, constantes apuros monetarios y viejas esperanzas definitivamente fracasadas; porque todos ellos formaban parte de ese ejército de pobres hombres raídos, que vegetan económicamente en mezquinas casas de yeso, que tienen por jardín un arriate y se alzan en medio de esos campos de los alrededores de París, en los que se aprovechan los residuos de todos los pozos negros.

Muy próximo a la portezuela, un hombre bajito y gordo, de cara abotagada y barriga que le caía entre las piernas, vestido todo él de negro, conversaba con otro alto y seco, de aspecto desaliñado, con un traje blanco muy sucio y un viejo panamá en la cabeza. Se expresaba el primero con lentitud, y sus titubeos daban a veces la impresión de tartamudez; era el señor Caraván, y ocupaba el cargo de oficial primero en el Ministerio de Marina. El otro había sido antaño oficial de Sanidad a bordo de un barco mercante, y acabó estableciéndose en la plazoleta de Courbevoie, en donde ejercitaba sobre la desgraciada población los inseguros conocimientos de medicina que había recogido en su vida aventurera. Llamábase Chenet, y se hacía llamar doctor. Corrían malas lenguas sobre su moralidad.

El señor Caraván llevó siempre la vida rutinaria de los burócratas. Todas las mañanas, desde hacía treinta años, marchaba indefectiblemente a su despacho por el mismo camino, y se tropezaba, a la misma hora y en los mismos lugares, con las mismas caras de hombres que se dirigían a sus negocios, y por idéntico camino regresaba todas las tardes, encontrando rostros idénticos, que iba viendo envejecer.

Todos los días compraba por unas monedas su periódico en la esquina del faubourg Saint-Honoré, iba luego en busca de dos panecillos, y penetraba finalmente en el Ministerio, a la manera del reo que se constituye en prisión. Una vez dentro, se dirigía con paso rápido y corazón desasosegado a su despacho, temiendo siempre encontrarse con una reprimenda motivada por cualquier posible negligencia suya.

Ningún incidente vino jamás a variar la rutina monótona de su existencia, porque nada le afectaba, como no fuesen los asuntos de oficina, el escalafón y las gratificaciones. No sabía hablar de otra cosa que de los asuntos del servicio, lo mismo cuando se encontraba en el Ministerio que cuando estaba con los suyos -porque se había casado con la hija de un colega, que no llevó consigo dote alguna-. Atrofiado por la tarea embrutecedora y cotidiana, no había en su espíritu lugar para pensamientos, esperanzas, ensueños, que no guardasen relación con su Ministerio. Pero todos sus goces de empleado tenían un dejo de amargura que los echaba a perder: el acceso a los cargos de jefe y subjefe de los señores comisarios de Marina, de los hojalateros, mote que se les daba por sus galones de plata. Este era el tema que todas las noches, y mientras cenaba, le daba ocasión para exponer ante su esposa, que compartía sus rencores, los irrefutables argumentos que demostraban la iniquidad que suponía, desde todo punto de vista, el dar puestos en París a unas gentes cuyo puesto estaba en el mar.

Era ya viejo, pero su vida se había deslizado sin que él se diese cuenta, porque había pasado, sin transición, del colegio al Ministerio, y si en aquél temblaba de los pasantes, en éste siguió temblando de los jefes, que le inspiraban verdadero pánico. El umbral del despacho de estos déspotas de oficina lo azogaba de pies a cabeza y de aquel terror continuo le había quedado su cortedad, la actitud humilde y una como tartamudez nerviosa.

Conocía de París lo que puede conocer un ciego al que su perro deja cada día bajo la misma puerta, y los hechos y escándalos que leía en su periódico barato no tenían para él otro alcance que el de unos cuentos fantásticos, inventados a capricho para distracción de los pobres empleados. Pasaba por alto las informaciones políticas, que ya su periódico le servía desfiguradas y a gusto del partido que lo pagaba; él era hombre de orden, reaccionario, sin partido determinado, pero enemigo de todas las "novedades". Por las tardes, cuando subía por la avenida de los Campos Elíseos, miraba aquella agitada muchedumbre de paseantes y la marea retumbante de los carruajes con los ojos de un viajero extrañado que atraviesa países lejanos.

Por haber cumplido aquel mismo año los treinta de servicio obligatorio, lo habían condecorado a primeros de enero con la cruz de la Legión de Honor, que sirve a las administraciones militarizadas para recompensar la larga y lamentable servidumbre -que ellas califican de leales servicios prestados de estos tristes galeotes, remachados a la carpeta verde. Aquella inesperada dignidad alteró de arriba abajo sus costumbres, revistiéndolo de una idea nueva y elevada de su capacidad. Suprimió en adelante los pantalones de color y las americanas de fantasía, y ya sólo vistió pantalones negros y levita larga, en la que su "cinta", muy ancha, resaltaba más. De la noche a la mañana se transformó en otro Caraván, de hablar hueco, porte majestuoso, protector, que se afeitaba todas las mañanas, se limpiaba con más esmero las uñas y se mudaba cada dos días de ropa interior, movido de un legítimo sentimiento de decoro y de respeto a la Orden nacional.

Estando en casa, no se le caía de la boca lo de "mi cruz". Lo acometió un orgullo tan desmedido, que se le hacía insoportable el ver cinta alguna en el ojal de la solapa de los demás. Las condecoraciones extranjeras, sobre todo, lo sacaban de quicio -"no se debía tolerar que nadie las llevase en Francia"-, y tenía especial inquina al doctor Chenet, a quien todas las tardes encontraba en el tranvía luciendo siempre un distintivo, fuese blanco, azul, anaranjado o verde.

Por lo demás, desde el Arco de Triunfo hasta Neuilly, la conversación de aquellos dos hombres nunca variaba. Al igual que los días precedentes, empezaron en esta ocasión por ocuparse de ciertos abusos locales que los exasperaban a los dos, poniendo al alcalde de Neuilly por los suelos. Caraván, cosa inevitable estando con un médico, abordó el capítulo de las enfermedades, con la esperanza de espigar gratuitamente algunos consejos interesantes, y quién sabe si una consulta, dándose maña para que no se le viese el juego. Es preciso decir que su madre lo traía intranquilo de un tiempo a esta parte. La acometían síncopecs frecuentes y prolongados, pero no admitía que la cuidasen como era debido, aunque había cumplido ya los noventa.

Caraván se mostraba enternecido con la avanzada edad de su madre, y hacía con insistencia al doctor Chenet la misma pregunta: "¿Ve usted a mucha gente de sus años?" Y se frotaba las manos de gusto, no precisamente porque estuviese muy interesado en que aquella buena señora se eternizase sobre la tierra, sino porque la prolongada vida de la madre era como una promesa para el hijo.

Siguió diciendo: "La verdad es que en mi familia se vive largo. Tengo la certeza de que yo mismo, salvo accidente, me moriré de viejo." El oficial de Sanidad le lanzó una mirada compasiva, examinó un instante la cara coloradota de su vecino, el gordo cerviguillo, la panza que le colgaba entre las piernas de una gordura flácida, el contorno apopléjico de oficinista sedentario y sin nervio, y, como resultado de ese examen, se echó atrás de un papirotazo el panamá de color arratonado que le cubría la cabeza, y contestó con retintín:

-De eso hay mucho que hablar, compadre, porque su vieja es de temperamento nervioso, y usted es gordo y fofo.

Caraván se calló, desconcertado.

El tranvía llegó a la estación. Los dos compañeros echaron pie a tierra, y el señor Chenet convidó a un trago de vermut en el café del Globo, que se hallaba enfrente, y del que uno y otro eran clientes habituales. El dueño, amigo de ambos, les alargó dos dedos de la mano, y ellos le dieron un apretón por encima de las botellas del mostrador; después se dirigieron a una mesa en la que había tres aficionados al dominó que no se habían movido de allí en toda la tarde. Se cruzaron frases cordiales, y el inevitable "¿Qué hay de nuevo?" Los jugadores siguieron con su partida. Cuando los recién llegados se retiraron, les dieron las buenas tardes. Los jugadores les alargaron las manos sin alzar la cabeza y cada cual se fue a comer a su casa.

Ocupaba Caraván, cerca de la plazoleta de Courbevoie, una casita de dos pisos, y en el bajo estaba instalado un peluquero.

Dos dormitorios, el comedor y la cocina, con un juego único de sillas, desencoladas y vueltas a encolar, que pasaban de una habitación a otra, según lo exigía el momento, componían el departamento que la señora Caraván se entretenía en limpiar, en tanto que su hija María Luisa, de doce años, y su hijo Felipe Augusto, de nueve, se entregaban a toda clase de travesuras en los arroyos de la avenida, alternando con los pilluelos del barrio.

Caraván había instalado a su madre en el piso superior; ésta se había hecho popular en aquellos alrededores por su avaricia, y su delgadez hacía decir a la gente que el Señor había echado mano, al hacerla, de sus mismos principios de ahorro. Siempre malhumorada, no pasaba día sin riñas y arrebatos furiosos. Apostrofaba desde su ventana a los vecinos que salían a la puerta de sus casas, a los vendedores ambulantes de frutas y verduras, a los barrenderos y a los muchachos, y éstos, en venganza, la iban siguiendo de lejos cuando salía a la calle, y le gritaban: "¡Ensuciacamás!"

Una criadita normanda, de un atolondramiento increíble, atendía los quehaceres de la casa, y dormía en el segundo piso, junto a la vieja, por si le sobrevenia algún accidente.

Al entrar Caraván en casa, su mujer, atacada de la enfermedad crónica de hacer limpieza, sacaba brillo con un trapo de franela a la caoba de las sillas, desparramadas por la soledad de las habitaciones. Siempre tenía puestos los guantes de

hilo; se adornaba la cabeza con una cofia de cintajos multicolores, que se le ladeaba sobre una oreja, y cuando alguien la sorprendía con la cera, el cepillo, el limpiametales o la leja, recitaba el mismo estribillo:

-No soy rica; todo es sencillo en mi casa, y el único lujo que puedo permitirme es el de la limpieza, que, después de todo, suple a cualquier otro.

Estaba dotada de un sentido práctico tenaz, y su marido se dejaba llevar en todo por ella. Primero en la mesa, y después en la cama, charlaban todas las noches largo y tendido de los asuntos de la oficina, y aunque él le llevaba veinte años, se desahogaba con ella como con un director espiritual y no se apartaba de sus consejos.

Jamás había sido bonita, y en aquella época era fea, menuda y flaca. Su desmañada manera de vestir ocultó siempre ciertos débiles atributos femeninos que se hubieran puesto de realce con un poco de arte en la disposición de su tocado. Las faldas parecían colgarle siempre de un lado, y tenía el hábito, que llegaba a tomar visos de tic nervioso, de rascarse a cada momento, en cualquier parte, sin preocuparse de los que estaban delante. En cuestión de adornos de su persona, no iba más allá de los cintajos de seda, entrelazados profusamente en las cofias presuntuosas que usaba en casa.

Así que vio entrar a su marido, se levantó, y besándole en las patillas, le preguntó:

-¿Te acordaste de ir a casa de Potin, querido? -La pregunta se refería a un encargo que él había prometido hacer.

Se dejó caer, aterrado, en una silla: era la cuarta vez que lo olvidaba.

-Es una fatalidad -decía-, es una fatalidad: me paso el día pensando en que tengo que ir, pero así que llega la hora de salir se me va de la memoria.

Al verlo afligido, ella le dijo para consolarlo:

-¿Qué más da? Ya te acordarás mañana. Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio?

-Un acontecimiento: otro hojalatero más que ha sido nombrado subjefe.

Ella se puso muy seria:

-¿En qué oficina?

-En la de compras al extranjero.

Ella mostró enfado:

-Entonces ha sido para el puesto de Ramón, precisamente el que yo hubiera querido para ti. ¿Y Ramón? ¿Retirado?

El balbució: "¡Retirado!" Esto la encolerizó, y la cofia se le vino al hombro:

-Se acabó, pues. No hay que pensar en ese momio. Y ¿cómo se llama el tal comisario?

-Bonassot.

Echó ella mano al anuario que tenía siempre al alcance, y buscó: "Bonassot. Tolón. Nació en 1851. Alumno comisario en 1871. Subcomisario en 1875". De súbito le preguntó:

-¿Es de los que han navegado?

Esta pregunta tranquilizó a Caraván. Su panza se vio sacudida por un acceso de regocijo:

-Lo mismo que Balin, lo mismísimo que Balin, su jefe -y agregó, riéndose con más fuerza, una broma muy gastada que a los del Ministerio los divertía muchísimo-: Que no los envíen de inspección al apostadero naval de Point-du Jour, porque se marearían en la escampavía.

Pero su mujer seguía muy seria, como si no lo hubiese oído, y al fin murmuró rascándose la barbilla:

-¡Qué lástima, no disponer de un diputado! Si alguien contase en la Cámara todo lo que ocurre en esa casa, el ministro saltaría en el acto...

Le cortaron la frase los gritos que estallaron en la escalera. María Luisa y Felipe Augusto, que regresaban de la calle, se propinaban, a medida que subían, bofetadas y puntapiés. La madre se precipitó furiosa, tomó a cada uno por un brazo, y de una sacudida vigorosa los metió en el departamento.

Al ver a su padre, corrieron hacia él: los besó con ternura, con fruición; luego se sentó, los puso sobre sus rodillas y lió

con ellos una charla íntima.

Felipe Augusto era un rapazuelo feo de ver, despeinado, sucio de los pies a la cabeza, con expresión de idiota. María Luisa se asemejaba ya a su madre, se expresaba igual que ella, repetía sus dichos y hasta imitaba sus gestos. También ella preguntó:

-Y ¿qué hay de nuevo por el Ministerio?

A lo que el padre contestó, regocijado:

-Que tu amigo Ramón, el que viene a cenar con nosotros todos los meses, nos abandona, Lisita. Han puesto en su lugar a un nuevo subjefe.

Clavó ella la mirada en la cara de su padre, y le dijo con un tono de lástima, propio de niña precoz:

-Otro más que te ha echado a la cola, ¿no es eso?

Al padre se le cortó la risa, y no contestó; después, para cambiar de conversación, preguntó a su mujer, que se había puesto a limpiar los vidrios:

-¿Mamá sin novedad, arriba?

La señora Caraván dejó de frotar, se volvió, enderezó la cofia que se le escapaba hacia la espalda y contestó con labios trémulos:

-De tu madre te quiero hablar, precisamente. ¡Me ha hecho una de las tuyas! Figúrate que la señora Lebaudin, la mujer del peluquero, subió hace un rato para pedirme prestado un paquete de almidón; yo había salido y tu madre la ha echado de la puerta, tratándola de mendiga. Me ha tenido que oír la vieja; aunque se ha hecho la desentendida, como siempre que se le cantan las verdades; pero que te conste que está tan sorda como yo; todo lo suyo es cuquería, y la prueba la tienes en que se ha subido derechita a su cuarto, sin decir esta boca es mía.

Caraván, corrido, no contestó y en ese instante hizo acto de presencia la criadita para anunciar precisamente que la cena estaba lista. Entonces él echó mano a un palo de escoba que tenían siempre oculto, y dio tres golpes en el cielo raso. Luego pasaron al comedor, y la señora Caraván, la joven, sirvió la menestra, mientras esperaban que bajase la anciana. Ésta se retrasaba, y la sopa iba enfriándose, en vista de lo cual se pusieron a comer sin prisa; quedaron vacíos los platos y volvieron a esperar. La señora Caraván, furiosa, la tomó con su marido:

-Lo hace a propósito, ¿comprendes? Porque sabe que te pones siempre de su parte.

El marido, muy perplejo y cogido entre dos fuegos, envió a María Luisa en busca de su abuela, y se quedó inmóvil, con los ojos bajos, mientras su mujer daba golpecitos rabiosos con la punta de su cuchillo en el extremo inferior de su vaso.

La puerta se abrió de improviso y volvió a entrar la niña, sola, sin aliento y muy pálida, diciendo precipitadamente:

-Abuela está caída en el suelo.

Caraván se puso en pie de un salto, tiró la servilleta sobre la mesa y se lanzó hacia el piso de arriba, resonando en la escalera su paso firme y precipitado. Su mujer, que supuso que era todo una treta de su suegra, lo siguió sin prisa, encogiéndose despectivamente de hombros.

La anciana yacía cuan larga era boca abajo, en medio de la habitación. Cuando su hijo dio vuelta al cuerpo, apareció su cara seca e inmóvil, de piel amarillenta, arrugada, curtida, con los ojos cerrados, apretados los dientes, flaca y rígida.

De rodillas junto a ella, gimoteaba Caraván:

-¡Pobre madre mía, pobre madre mía!

Pero la otra señora Caraván dictaminó, después de mirarla unos momentos:

-¡Bah! Otro síncope más, y eso es todo. Créeme, lo ha hecho para estropearnos la cena.

Trasladaron el cuerpo a su cama, lo desnudaron por completo, y todos -Caraván, su mujer y la criada- se dedicaron a darle fricciones. Pero por más que hicieron no volvió en sí. Enviaron entonces a Rosalía en busca del doctor Chenet. Vivía en el muelle, en dirección a Suresnes. La distancia era grande y la espera fue larga. Pero, al fin, llegó, y después de examinar, palpar y auscultar a la anciana, pronunció el veredicto:

-Esto se acabó.

Caraván se arrojó sobre el cuerpo, sacudido por sollozos precipitados. Besaba convulsivamente la cara rígida de su madre, llorando con tal profusión, que sus lágrimas caían como gotas de agua sobre el rostro de la difunta.

La otra señora Caraván sufrió un acceso bastante decoroso de dolor; en pie detrás de su marido, lanzaba débiles gemidos y se frotaba con obstinación los ojos.

De improviso se enderezó Caraván; tenía el rostro abotagado, los ralos cabellos en desorden y estaba feísimo con la sinceridad de su dolor.

-¿Está usted seguro, doctor..., completamente seguro?

El oficial de Sanidad se acercó rápidamente, manipuló el cadáver con destreza profesional, y en seguida expresó:

-Vea, amigo; fíjese en este ojo.

Levantó el párpado y apareció bajo su dedo la mirada de la anciana, como cuando estaba viva, con la pupila un poco más dilatada tal vez. Caraván recibió un golpe en pleno corazón, y el espanto caló hasta el tuétano de sus huesos. El señor Chenet cogió el brazo crispado, tiró de los dedos para abrirlos con fuerza y con la expresión airada de quien discute con un contradictor, siguió diciendo:

-¿Y esta mano? ¿Qué me dice de esta mano? Tranquilícese: yo no me equivoco nunca en casos como éste.

Caraván se dejó caer otra vez sobre la cama, se revolcó, casi casi berreó; su mujer, entre tanto, sin dejar de lloriquear, hacía lo necesario. Acercó la mesa de noche, la cubrió con un paño blanco, colocó encima cuatro velas, las encendió, sacó de detrás del espejo de la chimenea un manojo de boj que estaba allí colgado, lo colocó en medio de las velas sobre un plato y llenó éste de agua clara, a falta de agua bendita. Cruzó por su cabeza un pensamiento, y cogiendo un pellizco de sal lo echó en el agua, imaginando sin duda que así suplía la bendición.

Cuando terminó de ejecutar aquel simbolismo, inseparable de la muerte, permaneció en pie, inmóvil. El oficial de Sanidad, que la había ayudado, le dijo por lo bajo:

-Hay que llevarse de aquí a Caraván.

Hizo una señal afirmativa, se acercó a su marido, que seguía sollozando de rodillas, y lo alzó por un brazo, a tiempo que el señor Chenet lo levantaba del otro. Empezaron por sentarlo en una silla; su mujer, besándole en la frente, le echó un pequeño sermón. El oficial de Sanidad apoyaba sus razonamientos, le recomendaba entereza, valor, resignación; en fin, todo lo que nadie tiene en las desgracias fulminantes. Cuando ya no tuvieron nada que decir, volvieron a cogerlo del brazo y se lo llevaron.

Lagrimaba, como un muchacho grande, con hipos convulsivos, desmadejado, con los brazos colgantes y las piernas flojas; bajó la escalera sin darse cuenta, moviendo maquinalmente los pies.

Lo dejaron en el sillón que ocupaba siempre para comer, frente a su plato casi vacío, que aún tenía la cuchara metida en un resto de sopa. Y allí se quedó, sin moverse, con la mirada clavada en su vaso, tan entontecido que ni pensar podía.

En un rincón del comedor hablaba la señora Caraván con el médico: se enteraba de las formalidades que había que llenar, pedía informes prácticos. El señor Chenet, que parecía estar esperando algo, acabó por coger su sombrero y se despidió diciendo que no había cenado. Ella exclamó entonces:

-Pero cómo, ¿no ha cenado usted? Quédese, doctor; quédese. Se le servirá de lo que hay, porque ya supondrá que nosotros no estamos para comer gran cosa.

Rehusó, excusándose; ella insistió:

-Quédese, se lo ruego. En momentos como éste, se agradece la compañía de los amigos. Además, tal vez usted consiga que mi marido se consuele un poco. Está muy necesitado de que le den ánimos.

El doctor asintió con la cabeza, y dejó el sombrero encima de un mueble.

-Siendo así, acepto, señora.

Dio ella instrucciones a Rosalía, que estaba como desatinada, y tomó asiento a la mesa, según dijo, "para hacer que comía, y acompañar al doctor". Se volvió a servir la sopa fría. El señor Chenet aceptó otro plato. Vino después una fuente de cuajada a la lionesa, que esparció un aroma de cebolla, decidiéndose la señora Caraván a hablarla.

-Está sabrosísima -dijo el doctor.

La señora se sonrió:

-¿Verdad que sí? -se volvió hacia su marido para decirle-: Haz por comer un poco, mi pobre Alfredo, aunque sólo sea para echar alguna cosa al estómago. Piensa en que tienes que velar.

Caraván alargó dócilmente el plato, lo mismo que se habría metido en cama si se lo hubiesen pedido, obedeciendo en todo, sin resistencia y sin reflexión. Y comió.

El doctor se sirvió a sí mismo por tres veces: la señora Caraván pinchaba de cuando en cuando con su tenedor una buena presa, y la engullía con calculado descuido.

Cuando sacaron una ensaladera rebosante de macarrones, murmuró el doctor:

-¡Caramba!... Esto parece cosa buena.

La señora Caraván no dejó esta vez a nadie sin servir. Llenó hasta los platillos en que metían sus dedos los niños, y éstos, sin nadie que se ocupase de ellos, bebían vino puro y se acometían a puntapiés por debajo de la mesa.

El señor Chenet trajo a colación el gusto de Rossini por este plato italiano. De pronto soltó esta gracia:

-Se podría hacer un cuplé: *El maestro Rossini pedía macarrones...*

Pero nadie le prestaba atención. La señora Caraván se quedó de pronto pensativa, y repasaba mentalmente las probables consecuencias de aquel acontecimiento, mientras que su marido hacía bolitas de pan entre los dedos, las colocaba luego en el mantel y se quedaba mirándolas fijamente con expresión estúpida. Le abrasaba una sed ardiente, y a cada momento se llevaba a la boca el vaso lleno de vino hasta los bordes. La conmoción y el dolor habían hecho perder el aplomo a su razón; ésta parecía flotar, girar ingrávida en el repentino estupor de los comienzos de una digestión difícil.

Por su parte, el doctor bebía como una cuba y daba ya señales de estar borracho; la misma señora Caraván, que no bebía más que agua, sufría la reacción que sigue a toda sacudida nerviosa, se mostraba excitada, inquieta, y su cabeza estaba algo confusa.

El señor Chenet empezó a referir anécdotas, que a él le parecían chistosas, de escenas mortuorias. En los suburbios de París, donde abunda la población procedente de provincias, se tropieza uno con la indiferencia propia del campesino hacia los difuntos; ya pueden ser éstos el padre o la madre. Hay una irrespetuosidad, una inconsciencia feroz, que es corriente en el campo, pero muy rara en la capital.

-La semana pasada, sin ir más lejos -agregó-, me llaman de la calle de Puteaux, y allá voy. Me encuentro con que el enfermo era ya cadáver, y junto a la cama a la familia, que se bebía tranquilamente una botella de anís, que habían comprado el día anterior, para satisfacer un capricho del moribundo.

La señora Caraván no lo escuchaba; toda su atención estaba concentrada en la herencia. El señor Caraván se había quedado con el cerebro vacío y era incapaz de comprender nada.

Se sirvió el café, muy cargado, como para levantar los ánimos. Se le regó de coñac, y cada taza hizo subir a las mejillas de los bebedores un súbito rubor, confundiendo aún más las últimas ideas de aquellos espíritus ya vacilantes.

El doctor echó mano de pronto a la botella del aguardiente, y sirvió a todos la última. No hablaban; embotados por el suave calor de la digestión, embebidos, a pesar suyo, en el bienestar puramente animal que el alcohol proporciona después de comer, saboreaban muy despacio el coñac azucarado, que formaba un almíbar amarillento en el fondo de las tazas.

Los chicos se habían quedado dormidos y Rosalía los acostó.

Maquinalmente, empujado por la necesidad de aturdirse que domina a los desgraciados, se sirvió Caraván aguardiente varias veces. Sus ojos, de mirada estúpida, resplandecían. El doctor se levantó, al fin, para marcharse, y cogió a su amigo del brazo:

-¡Ea!, venga conmigo -le dijo-. Le sentará bien un poco de aire fresco. No conviene estarse quieto cuando nos domina la pena.

El otro obedeció dócilmente, se puso el sombrero, tomó el bastón y salió; los dos, agarrados del brazo, fueron caminando hacia el Sena, bajo la claridad de las estrellas. Flotaban hálitos embalsamados en la noche calurosa, porque era la estación en que todos los jardines del contorno se cuajan de flores, y sus perfumes, que duermen durante el día, parecen despertar cuando llega el crepúsculo, y se esparcen, diluidos en las brisas ligeras que corren por la oscuridad.

La ancha avenida estaba desierta y silenciosa, flanqueada por dos hileras de faroles de gas, que se alargaban hasta el

Arco de Triunfo. Allá lejos, envuelto en roja neblina, rebullía París ruidosamente. Era como un retumbo continuo, al que de tiempo en tiempo parecía responder a lo lejos, en la llanura, el silbido de un tren, que se acercaba a toda marcha, o que huía, cruzando la provincia, hacia el océano.

Al recibir aquellos dos hombres en la cara el aire de la calle, se quedaron al pronto sorprendidos; el doctor se tambaleó, y Caraván sintió que se multiplicaban los vértigos que venían acometiéndole desde la cena. Caminaba como entre sueños, con la inteligencia embotada, paralizada, sin que el dolor le agujonease, embargado por una especie de insensibilidad moral que le hacía incapaz de sufrir; parecía que le hubiesen quitado un peso del alma, y los tibios vapores que se esparcían en la noche aumentaban esta sensación de alivio.

Cuando llegaron al puente, torcieron a mano derecha, y el río les lanzó en pleno rostro una fresca bocanada. Corría, melancólico y sosegado, delante de un cortinaje de altos álamos, y las estrellas nadaban en el agua, zarandeadas por la corriente. La neblina blancuzca que flotaba en el ribazo de enfrente enviaba a sus pulmones un olor de humedad; Caraván se detuvo bruscamente, sorprendido por aquel aroma de río que agitaba en su corazón memorias muy lejanas.

Volvió a ver de improviso a su madre, la de otros tiempos, la de su niñez, de rodillas y encorvada delante de la puerta de su casa, allá en Picardía, lavando en el arroyuelo que cruzaba el jardín la ropa amontonada a su lado. En medio del silencio sereno del campo oía el golpear de la ropa sobre la tabla y su voz que gritaba: "Alfredo, tráeme jabón". Era este mismo olor de agua que corre, la misma neblina que se desprendía de las tierras empapadas, la misma vaporosidad pantanosa; aquel sabor le había quedado para siempre, imborrable, y volvía a sentirlo precisamente la noche misma en que su madre acababa de morir.

Se detuvo como envarado por un suave arrebato de desesperación. Fue un relámpago que aclaró de golpe todo el alcance de su desgracia; aquel soplo errante que se atravesó en su camino lo precipitó en el negro abismo de los dolores irremediables. Sintió el alma desgarrada por aquel separarse para siempre. Quedaba su vida truncada por la mitad; su juventud entera desaparecía, engullida por aquella muerte. Allá acababa el antiguamente; se esfumaban las memorias de la adolescencia; nadie quedaba ya para hablarle de las cosas de antes, de las personas que conoció en otros tiempos, de su tierra, de él mismo, de las intimidades de su vida pasada. Era un pedazo de su mismo ser el que había dejado de existir; en adelante, le correspondía morir al resto.

Empezó a llamar, uno tras otro, a sus recuerdos. Apareció la mamá, de más joven, vestida de prendas que se habían ajado sobre ella, que de tanto usarlas parecían inseparables de su persona; la veía en mil momentos que ya tenía olvidados: con rasgos que ya se habían borrado, con sus gestos, las inflexiones de su voz, con sus costumbres, manías, indignaciones, con las arrugas de su cara, los movimientos de sus dedos descarnados y en todas las actitudes familiares que ya no volvería a tener más.

Lanzó algunos gemidos, agarrándose al doctor. Sus flácidas piernas temblaban; toda su voluminosa persona sufría las sacudidas de los sollozos, mientras que balbucía:

-¡Madre mía, pobre madre, pobre madre mía!... -Pero su compañero, que seguía borracho y que soñaba con acabar la velada en ciertos lugares que frecuentaba en secreto, se impacientó con aquel acceso agudo de dolor, lo hizo sentarse en la hierba de la orilla y lo abandonó al poco rato con el pretexto de que tenía que ver a un enfermo.

Caraván lloró largo rato; cuando se le agotaron las lágrimas, cuando todo su dolor se derritió en agua, como quien dice, experimentó otra vez alivio, sosiego, tranquilidad súbita.

Había salido la luna, y bañaba el horizonte con su luz plácida. Los grandes álamos se erguían con reflejos de plata, y la niebla se alzaba sobre la llanura como nieve flotante; ya no nadaban las estrellas en el río; lo revestía una capa de nácar y seguía deslizándose, rizado por escalofríos brillantes. La atmósfera era suave y perfumada la brisa. El sueño de la tierra estaba impregnado de languidez y Caraván bebía aquella suavidad de la noche; aspiraba profundamente y tenía la sensación de que un frescor, un sosiego, una paz sobrehumana lo iba calando hasta la extremidad de sus miembros.

Sin embargo, no se resignaba a dejarse invadir por aquel bienestar, y repetía:

-Madre mía, pobre madre.

Y se hacía fuerza para llorar, recurriendo a una especie de sentido del deber de hombre honrado; pero todo era en vano, y los mismos pensamientos que hacía poco le habían arrancado tan grandes sollozos no despertaron ya en él tristeza alguna.

Se levantó con el propósito de volver a su casa, y deshizo lo andado con paso lento, envuelto en la tranquila indiferencia de la naturaleza serena, y con el corazón apaciguado, a pesar suyo.

Al llegar al puente, distinguió la linterna del último tranvía que estaba preparado para arrancar y, más allá, los ventanales iluminados del café del Globo.

Lo acometió la necesidad de contarle a alguien la catástrofe, de excitar la conmiseración, de hacerse el interesante. Adoptó una expresión compungida, empujó la puerta del establecimiento y avanzó hacia el mostrador, en el que el dueño vociferaba como siempre. Había calculado ya la impresión que produciría: todos los concurrentes se pondrían en pie al verlo, yendo hacia él con la mano extendida: "Pero ¿qué le pasa?" Nadie reparó en el desconsuelo que se retrataba en su rostro. Puso los codos sobre el mostrador y se apretó la frente entre las manos, murmurando:

-¡Dios mío, Dios mío!

El dueño se quedó mirándolo.

-¿Se siente enfermo, señor Caraván?

Éste contestó:

-No, querido amigo; es que acaba de fallecer mi madre.

El dueño dejó escapar un "¡Ah!" distraído: pero en aquel instante gritó desde el fondo del local un cliente:

-Oiga, un bock, por favor.

El dueño le contestó en el acto con su vozarrón:

-Ahora mismo. ¡Bruum! Ya está -y se precipitó con su servicio, dejando a Caraván estupefacto.

Los tres aficionados al dominó seguían jugando, absortos y como pegados a los asientos, en la misma mesa en que los vio antes de cenar. Caraván se acercó para mendigar compasión. Advirtiendo que no se daban por enterados de su presencia, se decidió a hablar:

-Después que estuve aquí me ha ocurrido una gran desgracia.

Los tres alzaron un poco la cabeza al mismo tiempo, pero sin quitar ojo a las fichas que tenían en la mano.

-¿Sí? ¿Qué ha sido?

Acaba de fallecer mi madre.

Uno de los jugadores murmuró: "¡Vaya!", con ese tono de lástima que suena a falso, de los indiferentes. Otro, que no encontró de momento palabras, movió la cabeza y dejó escapar una especie de silbido triste. El tercero reanudó el juego, como diciéndose para sus adentros "Si no es más que eso..."

Caraván esperaba una de esas frases que, como suele decirse, brotan del corazón. Al ver la acogida que se le dispensaba, se alejó, indignado de la tranquilidad que demostraban ante el dolor de un amigo, aunque para entonces aquel dolor se había embotado de tal manera que ni él mismo lo sentía.

Se marchó.

Su mujer, en camión, lo esperaba sentada en una silla baja, junto a la ventana abierta, dándole siempre vueltas a la idea de la herencia.

-Desnúdate -le dijo-. Tenemos que hablar; pero lo haremos en la cama.

Él levantó la cabeza, señalando el techo con la mirada:

-Pero... arriba no hay nadie.

-Sí, señor; está Rosalía con ella, y tú la relevarás a las tres, cuando hayas echado un sueño.

Por lo que pudiera ocurrir, Caraván se quedó en calzoncillos, se ató un pañuelo alrededor del cráneo y se reunió con su mujer, que acababa de meterse entre las sábanas.

Permanecieron un rato sentados, el uno junto al otro. Ella meditaba. A pesar de la hora que era, su cofia lucía un nudo rosa y se ladeaba hacia una oreja, para no apartarse de la invencible costumbre de todas las que se ponía.

De improviso, volvió la cara hacia su marido, y le dijo:

-¿Sabes si tu madre ha hecho testamento?

Él titubeó:

-Yo creo... que no... Desde luego que no... no lo ha hecho.

La señora Caraván clavó su mirada en los ojos de su marido, y cuchicheó con voz rabiosa:

-Pues se ha portado cochinemente, después de diez años que llevamos matándonos por servirle, dándole casa y poniéndole mesa. No habría sido tu hermana capaz de hacer por ella lo que nosotros, ni yo tampoco lo habría hecho de haber sabido el paso que me esperaba. Te digo que eso es una mancha para su memoria. Me dirás que nos abonaba una pensión; pero no es con dinero con lo que se pagan las atenciones de los hijos; se deja constancia de ellas, después de la muerte, con un testamento. Eso es lo que hacen las gentes que tienen dignidad. De modo, pues, que me he molestado y me he desvivido en balde. ¡Es una indecencia! ¡Es una verdadera indecencia!

Caraván, fuera de sí, repetía:

-Mujer, mujer, por favor; yo te lo ruego.

Ella acabó por calmarse, y volvió al tono de sus diarias conversaciones:

-Habrás que avisar a tu hermana mañana temprano.

Él dijo con sobresalto:

-Es cierto; no se me había ocurrido. Le pondré un telegrama en cuanto amanezca.

Ella lo interrumpió, como mujer que lo tiene todo previsto:

-No, envíaselo entre las diez y las once, para que tengamos tiempo de desenvolvernos antes que lleguen, porque desde Charenton hasta aquí tienen para dos horas o más. Les diremos que no sabías lo que hacías. Con avisarles por la mañana hemos cumplido.

Caraván se dio una palmada en la frente y exclamó con el acento de cortedad que adoptaba siempre para referirse a su jefe, porque sólo con pensar en él ya se echaba a temblar:

-Habrás que avisar también al Ministerio.

Ella replicó:

-¿Avisar? ¿Por qué? En momentos como éste, nadie puede molestarse por un olvido. Si me hicieses caso, no avisarías; tu jefe se tendría que callar y le harás pasar un berrinche.

-¡Pero bien gordo que lo va a pasar cuando vea que falto! Tienes razón, tu idea es genial. Se le van a atragantar las palabras cuando le diga que ha muerto mi madre.

El chupatintas, encantado de la jugarreta, se frotaba las manos, imaginándose la cara que pondría su jefe. En aquel momento, y en la habitación de encima de él, yacía el cuerpo de la anciana, y a su lado dormía la criada.

La señora Caraván permanecía en actitud recelosa, como obsesionada por un problema difícil de expresar. Pero, al fin, se decidió:

-Tu madre te dijo que era para ti su reloj, el de la muchacha del emboque, ¿no es cierto?

Él rebuscó en su memoria, y contestó:

-Sí, en efecto; pero de esto hace mucho tiempo; fue cuando vino a vivir aquí. Me dijo: "El reloj será para ti, si me cuidas bien".

La señora Caraván, tranquilizada con esto, se expresó ya con todo sosiego:

-Siendo así, habrá que ir por él, creo yo, porque si damos tiempo a que venga tu hermana, no consentiré que lo tomemos.

Él titubeaba:

-¿Crees tú?...

Ella se molestó.

-¡Naturalmente que lo creo! Una vez que lo tengamos aquí, si te he visto no me acuerdo; nuestro y nada más que nuestro. Lo mismo que la cómoda que tiene en su habitación, la de la cubierta de mármol: ésa me la dio a mí un día que

estaba de buenas. Bajaremos las dos cosas al mismo tiempo.

Caraván no parecía muy convencido.

-¡Pero mujer, contraemos una gran responsabilidad!

Ella se revolvió, furiosa:

-¿De veras? ¿Vas a ser el mismo de siempre? Eres capaz, por no dar un paso, de dejar que tus hijos se mueran de hambre; de eso eres tú capaz. Puesto que ella me la dio, nuestra es la cómoda; no vas a decir que no. Y si le molesta a tu hermana, que venga a decírmelo a mí. Mucho se me da a mí de tu hermana. ¡Ea, levántate, y traeremos en seguida las cosas que tu madre nos ha dado!

Trémulo y derrotado, salió Caraván de la cama y fue a meterse los pantalones; pero ella no lo dejó:

-¿Para qué te vas a vestir? Sube en calzoncillos, no hay necesidad de más; yo iré tal como estoy.

Los dos echaron a andar en ropas menores; subieron las escaleras sin hacer ruido, abrieron con precaución la puerta y entraron en la habitación.

Las cuatro velas encendidas alrededor del plato de boj bendito parecían ser los únicos guardianes de la anciana, que descansaba rígida, porque Rosalía dormía con leve ronquido, repantigada en su poltrona, con las piernas estiradas, las manos cruzadas encima de la falda, la cabeza caída a un lado y la boca abierta.

Caraván se posesionó del reloj. Era uno de tantos cachivaches grotescos que produjo en abundancia el arte imperial. Una figura de chica joven, de bronce dorado, con la cabeza adornada de flores variadas, tenía en la mano un emboque cuya bola servía de péndulo.

-Dámelo a mí, y coge ya el mármol de la cómoda -le dijo su mujer.

Obedeció, dando resoplidos, y se echó al hombro el mármol con no pequeño esfuerzo.

Hicieron un viaje. Caraván se agachó al pasar la puerta y las escaleras temblando; su mujer caminaba de espaldas, alumbrándole con una mano y sujetando con la otra el reloj, debajo del brazo.

Una vez dentro de su departamento, dejó ella escapar un profundo suspiro:

-Lo más difícil está hecho; vamos por lo demás.

Pero los cajones del mueble estaban completamente llenos de ropa de la anciana. Había que esconderla en algún lado.

La señora Caraván tuvo una inspiración:

-Súbeme el baúl de madera de pino que hay en el vestíbulo. No vale ni dos francos. Aquí estará perfectamente.

Una vez el baúl arriba, comenzó el traslado.

Uno tras otro, iban sacando los puños y cuellos postizos, las camisas, las cofias, todos los modestos trapos de aquella buena mujer que estaba tendida allí, a sus mismas espaldas, y los iban colocando metódicamente en el baúl de madera, de forma que cayese en el engaño la señora Braux, la otra hija de la difunta, a la que se esperaba que llegase sin falta al día siguiente.

Terminada esta tarea, bajaron en primer lugar los cajones y después el cuerpo del mueble, agarrándolo cada uno de un lado. Estuvieron largo rato calculando en qué sitio quedaría mejor. Optaron por colocarlo en el dormitorio, frente a la cama, entre las dos ventanas.

Puesta la cómoda en su sitio, colocó en ella la señora Caraván su propia ropa. El reloj quedó encima de la chimenea de la sala; la pareja se quedó estudiando el efecto que producía. Su satisfacción fue completa e inmediata.

-¡Magnífico! -exclamó ella.

Y él respondió:

-Sí, magnífico.

Entonces se acostaron. Apagó ella la vela, y al poco rato dormían todos en los dos pisos de la casa.

Era pleno día cuando Caraván abrió los ojos. Despertó con la cabeza algo aturdida, y tardó algunos minutos en

acordarse del acontecimiento. Le dio un gran vuelco el corazón y saltó de la cama, muy emocionado, con ganas de llorar.

Subió inmediatamente a la habitación del piso superior. Rosalía continuaba durmiendo, en la misma postura que la víspera, porque se había pasado toda la noche en un solo sueño. La envió a su trabajo, cambió las velas gastadas por otras y se quedó contemplando a su madre, mientras cruzaban por su cerebro los pensamientos aparentemente profundos, las vulgaridades religiosas y filosóficas que asaltan a las inteligencias corrientes en presencia de la muerte.

Al oír que lo llamaba su mujer, bajó. Había preparado ella una lista de todo lo que tenía que hacer por la mañana, y se la entregó. Al ver todos aquellos renglones, se quedó Caraván aterrado:

1° Declarar la defunción en la Alcaldía.

2° Avisar al médico que certifica las defunciones.

3° Encargar el féretro.

4° Pasar por la iglesia.

5° Avisar a la funeraria.

6° Ir a la imprenta a buscar las esquelas.

7° A casa del notario.

8° Poner un telegrama a la familia.

Y una barahúnda de otros pequeños encargos.

Cogió su sombrero y se marchó.

Como la noticia había corrido, empezaron a llegar vecinas para ver a la muerta.

En la peluquería de la planta baja se había desarrollado ya una escena a este propósito entre la mujer y el marido, que estaba afeitando a un cliente.

La mujer, sin dejar de hacer calceta, murmuró:

-Otra que se ha ido; pero ésta era una avara como no hay muchas. La verdad es que yo no le tenía ninguna simpatía, pero no tendré más remedio que ir a verla.

El marido refunfuñó mientras enjabonaba la barba del paciente:

-¡Vaya un capricho! ¡Hay que ser mujer para eso! No les basta con fastidiar a la gente en vida, que ni aun después de muerto lo dejan a uno tranquilo.

Pero su esposa, sin desconcertarse, siguió diciendo:

-No puedo resistirlo; tengo que ir. No pienso en otra cosa desde que ha amanecido. Creo que si no la viese no conseguiría olvidarme de ella en toda mi vida. Cuando la haya mirado bien y me haya quedado con su cara, me sentiré tan satisfecha.

El de la navaja se encogió de hombros y se explayó con el señor a quien estaba raspando la mejilla:

-¿Me quiere usted decir qué ideas tienen en la cabeza estas condenadas mujeres? Lo que es a mí, maldita la gracia que me hace ver a un muerto.

Pero su mujer había escuchado sus palabras y le contestó sin turbarse:

-¿Y qué quieres? Somos así.

Dejó encima del mostrador su trabajo de punto y subió al primer piso.

Habían llegado ya dos vecinas y conversaban acerca del suceso con la señora Caraván, que les daba toda clase de detalles.

Se dirigieron a la cámara mortuoria. Las cuatro penetraron a paso de lobo; rociaron, una después de otra, la sábana con el agua salada, se arrodillaron, se persignaron, mascullando una oración; volvieron a ponerse en pie y permanecieron

largo rato contemplando el cadáver con ojos dilatados y boca de asombro, mientras la nuera de la difunta se tapaba la cara con un pañuelo, simulando un hipo desesperado.

Cuando ésta se volvió para salir de allí, descubrió, en pie junto a la puerta, a María Luisa y a Felipe Augusto, en camisa los dos, mirando con curiosidad. Olvidó su fingido dolor y se lanzó hacia ellos con la mano en alto, gritando iracunda:

-¿Quieren largarse de aquí, condenados?

Al subir diez minutos después con una nueva hornada de vecinas, y después de rociar nuevamente con el agua sobre la suegra con el ramo de boj, de rezar, lloriquear y cumplir con todos los ritos, se volvió a tropezar con sus dos hijos, que otra vez le habían seguido los pasos. Otra vez les dio ella de coscorriones, por no faltar a su deber; pero en la siguiente ocasión ya no se preocupó de ellos, y siempre que volvía con nuevas visitas, los rapazuelos iban detrás, se arrodillaban también en un rincón y repetían invariablemente cuanto veían hacer a su madre.

A primera hora de la tarde fue disminuyendo la muchedumbre de curiosas. Al rato, ya no vino nadie. La señora Caraván bajó a su casa, para ocuparse de todos los preparativos de la ceremonia fúnebre, y la muerta se quedó completamente sola.

La ventana de la habitación estaba abierta. Penetraba un calor tórrido, con bocanadas de polvo; cerca del cuerpo inmóvil danzaban las llamas de las cuatro velas. Algunas mosquitas trepaban, iban y venían por la sábana, por el rostro de ojos cerrados, por las dos manos estiradas.

María Luisa y Felipe Augusto habían salido a corretear por la avenida. Se vieron en seguida rodeados de camaradas, principalmente de chicas, que son las más despiertas y las que primero presienten los misterios de la vida. Preguntaron éstas como si ya fuesen personas mayores:

-¿Se ha muerto tu abuela?

-Sí, ayer por la noche.

-Y ¿cómo es un muerto?

María Luisa explicaba, daba detalles de las velas, del manojito de boj, de la cara. Se despertó una gran curiosidad en todos los pequeños y pidieron subir a ver a la muerta.

María Luisa organizó inmediatamente un primer viaje con cinco chicas y dos chicos: los mayores, los más atrevidos. Los obligó a descalzarse para que no los sintieran; se escabulló la banda dentro de la casa y subió con la ligereza de una tropa de ratoncillos.

Dentro ya de la habitación, arregló la hija el ceremonial, imitando a su madre. Condujo solemnemente a sus camaradas, se arrodilló, hizo la señal de la cruz, movió los labios, roció el lecho, y cuando los chicos, apoltonados, se acercaban con temor, curiosidad y placer para contemplar el rostro y las manos, ella estalló de improviso en falsos sollozos, cubriéndose los ojos con su pañuelo. Se calmó bruscamente, acordándose de los que esperaban a la puerta, y se llevó corriendo a todos los presentes, para regresar en seguida con otro grupo, y luego con otro, porque todos los rapazuelos de los alrededores, hasta los mendigos desarrapados, acudían para participar en aquella diversión desconocida. Y en cada visita repetía la nieta de cabo a rabo, con absoluta perfección, todos los pasos y muecas de la madre.

Pero acabó por cansarse. Atraídos por otro juego, se alejaron los chicos. Entonces se quedó la anciana abuela completamente olvidada por todo el mundo.

La sombra inundó la habitación, y la inquieta llama de las velas hacía bailar destellos sobre el rostro, seco y arrugado.

Caraván subió a eso de las ocho, cerró la ventana y puso otras velas. Entraba ya con toda naturalidad, como si llevase viendo durante meses el cadáver. Hasta comprobó que aún no presentaba síntomas de descomposición, y se lo comunicó a su mujer cuando iban a sentarse para cenar. Ella contestó:

-Pero si parece de madera; es capaz de conservarse un año.

Nadie habló una palabra mientras comían la menestra. Los niños, que habían correteado todo el día, dormitaban en sus sillas, extenuados de fatiga, y todos callaban.

La luz de la lámpara se amortiguó de improviso. La señora Caraván se apresuró a subir la mecha, pero el aparato carraspeó, y la luz se apagó. ¡Se habían olvidado de comprar aceite! Mandar por él a la tienda retrasaría la cena; se buscaron velas, pero no había más que las que estaban encendidas arriba, en la mesilla de noche.

La señora Caraván, rápida en tomar decisiones, envió a María Luisa en busca de dos. Quedaron esperándola a oscuras.

Se oyeron con toda claridad los pasos de la niña en la escalera. Hubo unos segundos de silencio; se la oyó luego que bajaba precipitadamente. Abrió la puerta, espantada, aún más emocionada que la víspera, cuando anunció la catástrofe, y murmuró casi ahogándose:

-¡Ay, papá, la abuelita está vistiéndose!

Caraván se enderezó tan violentamente, que su silla fue a dar con la pared. Balbució:

-¿Que se está...? Pero ¿qué es lo que dices?

María Luisa repitió, agarrotada por la emoción:

-Que sí..., que se viste. que la abuelita se está... vistiendo para bajar.

Se precipitó como un loco escaleras arriba; lo seguía su mujer, presa del más completo aturdimiento. Se detuvo aquél delante de la puerta del segundo piso, trémulo de espanto, sin atreverse a entrar. ¿Qué es lo que iban a ver sus ojos? Más valerosa, la señora Caraván dio vuelta al cerrojo y penetró en la habitación.

La estancia parecía más sombría; una figura alargada y flaca se movía en el centro. Era la vieja, que estaba en pie; al salir del sueño letárgico, medio inconsciente todavía, se había puesto de lado, se incorporó sobre un codo y apagó tres de las velas que ardían junto al lecho mortuario. Después, recobrando fuerzas, se levantó para buscar sus trapos. La falta de la cómoda la desorientó al principio, pero fue desocupando el baúl hasta encontrar sus prendas, y se vistió tranquilamente. Vacío el plato de agua, volvió a colocar el manojito de boj detrás del espejo, puso las sillas en su sitio, y se disponía a bajar cuando aparecieron ante ella el hijo y la nuera.

Caraván tuvo un arranque, le tomó las manos, la besó, con lágrimas en los ojos; su mujer, a espaldas suyas, repetía con tono hipócrita:

-¡Qué felicidad! ¡Oh, qué felicidad!

Sin enternecerse, sin dar siquiera muestras de comprender, rígida como una estatua y glacial la mirada, se limitó la vieja a preguntar:

-¿Estará pronto la comida?

Él, sin saber lo que decía, balbució:

-Si te estábamos esperando, mamá.

La cogió del brazo con una solicitud extraordinaria, mientras que la señora Caraván, la joven, con la vela en la mano para alumbrarlos, bajaba de espaldas las escaleras, escalón por escalón, lo mismo que había bajado la noche anterior delante de su marido cargado con el mármol.

Al llegar al primer piso estuvo a punto de tener un encontronazo con unas personas que subían. Eran los parientes de Charenton: la señora Braux, seguida de su esposo.

Alta, gruesa, con barriga de hidrópica, que la obligaba a echar el torso hacia atrás, abrió los ojos de espanto y estuvo a punto de echar a correr. El marido, zapatero y socialista, pequeño y de barba cerrada, que le llegaba hasta la nariz, un verdadero mono, refunfuñó sin pizca de emoción:

-Pero ¡cómo! ¿Es que acaba de resucitar?

Cuando la señora Caraván vio quiénes eran, quiso decirles algo con muecas desesperadas, y luego en voz alta:

-¡Cómo! ¡Ustedes aquí! ¡Qué sorpresa más agradable!

La señora Braux, atónita, no sabía qué pensar, y contestó a media voz:

-Nos pusimos en camino al recibir el telegrama, suponiendo que todo había terminado.

Su marido, detrás de ella, la pellizcaba para que se callase, y con sonrisa maliciosa, que su barba tupida no dejaba ver, exclamó:

-Han sido muy amables invitándonos. Nos pusimos en camino inmediatamente.

Esta manera de expresarse era una alusión a la hostilidad que desde hacía tiempo reinaba entre los dos matrimonios. Como la vieja llegaba en ese instante al descansillo, se adelantó con vehemencia y restregó en sus mejillas la

pelambarrera de su cara, gritándole a la oreja, porque era sorda:

-¿Cómo seguimos, madre? Siempre tan tiesa, ¿eh?

La señora Braux, pasmada de ver bien viva a la que calculaba encontrar muerta, ni siquiera se decidía a besarla, obstruyendo con su enorme barriga el descansillo y cortando el paso a todos.

La anciana, inquieta y recelosa, pero sin abrir la boca, miraba a toda aquella gente, y sus ojillos, grises, duros e inquisidores, iban del uno al otro, rezumando pensamientos demasiado claros, que embarzaban a sus hijos.

Caraván dijo, queriendo aclarar la situación:

-Ha estado algo enferma, pero ya pasó; ahora se encuentra perfectamente. ¿Verdad, madre?

La vieja, entonces, reanudando la marcha, contestó con voz resquebrajada y como lejana:

-Ha sido un síncope; oía todo lo que hablaban.

Siguió a estas palabras un silencio lleno de perplejidades. Entraron en el comedor, y se sirvió una cena improvisada en pocos minutos.

El único que se mantenía sereno era el señor Braux. Su cara de maligno gorila se contraía con muecas y dejaba caer frases de doble sentido que ponían en evidente aprieto a todos.

El timbre del vestíbulo sonaba a cada instante, y a cada llamada entraba desatinada Rosalía en busca de Caraván, y éste salía precipitadamente tirando su servilleta. Su cuñado llegó a preguntarle si es que era aquel su día de recibir. A lo que contestó balbuciendo:

-Son nada más que encargos.

Le trajeron un paquete, y en su atolondramiento procedió a abrirlo: recuadradas de negro, aparecieron las esquelas. Enrojeció hasta los ojos, cerró el paquete y se lo metió en el pecho.

Su madre no lo había visto; tenía clavados obstinadamente los ojos en su reloj, cuyo emboque dorado se columpiaba encima de la chimenea. El silencio era glacial, y el embarazo de todos, cada vez mayor.

De pronto la vieja, volviendo hacia su hija la cara arrugada de bruja, puso en la mirada un escalofrío de malignidad, y dijo:

-Ven el lunes con tu pequeña, que quiero verla.

La señora Braux contestó, radiante:

-Sí, mamá.

La señora Caraván, la joven, palideció y desfalleció de angustia.

Los dos hombres, entre tanto, se fueron soltando a hablar, enzarzándose, sin motivo que valiese la pena, en una discusión política. Braux, que defendía las doctrinas revolucionarias y comunistas, bregaba irritado, y le brillaban los ojos en el rostro peludo:

-¡Caballero -gritaba-, la propiedad es un robo que se hace al trabajador; la tierra es de todos; las herencias son una infamia y una vergüenza!...

Calló bruscamente, corrido, como quien se da cuenta de que acaba de soltar una majadería. Después agregó, con menos vehemencia:

-No es ésta ocasión para discutir esos temas.

Se abrió la puerta y apareció el doctor Chenet. Tuvo un instante de azoramiento, se rehizo en seguida y se acercó a la vieja:

-¡Ajá, la abuelita! Hoy la encuentro bien. Me daba en las narices, créame; y hace un momento, subiendo la escalera, me lo decía a mí mismo: apuesto a que me la encuentro levantada a la abuela.

Le dio unas suaves palmaditas en la espalda, y agregó:

-Fuerte como el Puente Nuevo; van ustedes a ver cómo nos entierra a todos.

Tomó asiento, aceptando el café que le ofrecían, interviniendo en la conversación de los dos hombres, y apoyando a Braux, porque él también había andado mezclado en la Comuna.

La vieja se sintió cansada, y quiso retirarse. Caraván se apresuró a ayudarla. Ella clavó los ojos en los de él, y le dijo:

-Lo que vas a hacer es subirme en seguida mi reloj y mi cómoda.

Se cogió del brazo de su hija y desapareció con ella, mientras él balbucía:

-Sí, mamá.

Los esposos Caraván quedaron consternados, mudos, perdidos en un horrible desastre, mientras Braux se frotaba las manos de gusto, paladeando su café.

Loca de ira, la señora Caraván se fue de improviso hacia él, gritándole a voz en cuello:

-Usted es un ladrón, un tunante, un canalla... Le escupo a usted a la cara..., le..., le...

Se ahogaba, sin dar con la frase; pero él se reía, y continuaba bebiendo.

Su mujer, que regresaba en aquel mismo instante, se fue hacia su cuñada, y las dos, una voluminosa, de barriga amenazadora, la otra, epiléptica y seca, de voz altanera y mano trémula, se lanzaron a boca llena montones de injurias.

Chenet y Braux se interpusieron, y éste cogió a su mujer por los hombros y la echó fuera, gritándole:

-Basta ya, pedazo de burra, no hace falta alborotar tanto.

Se oyó cómo se alejaban por la calle, riñendo. El señor Chenet se despidió.

Los esposos Caraván quedaron frente a frente. Entonces él se dejó caer en una silla, le corrió por las sienes un sudor frío, y murmuró:

-¿Y qué le digo yo mañana a mi jefe?

FIN

Carta de un loco

Querido doctor, me pongo en sus manos. Haga usted de mí lo que guste.

Voy a decirle con toda franqueza mi extraño estado de ánimo, y juzgue si no sería mejor que cuidasen de mí durante algún tiempo en una casa de salud, en vez de dejarme presa de las alucinaciones y sufrimientos que me atormentan.

Ésta es la historia, larga y exacta, de la singular enfermedad de mi alma.

Vivía yo como todo el mundo, mirando la vida con los ojos abiertos y ciegos del hombre, sin sorprenderme ni comprender. Vivía como viven las bestias, como vivimos todos, cumpliendo todas las funciones de la existencia, analizando y creyendo ver, creyendo saber, creyendo conocer lo que me rodea, cuando un día me di cuenta de que todo es falso.

Fue una frase de Montesquieu la que súbitamente iluminó mi pensamiento. Es ésta: «Un órgano de más o de menos en nuestra máquina nos hubiera dado una inteligencia distinta. En una palabra, todas las leyes asentadas sobre el hecho de que nuestra máquina es de una determinada forma serían diferentes si nuestra máquina no fuera de esa forma.»

He pensado en esto durante meses, meses y meses, y poco a poco ha penetrado en mí una extraña claridad, y esa claridad ha creado ahí la oscuridad.

En efecto, nuestros órganos son los únicos intermediarios entre el mundo exterior y nosotros. Es decir, que el ser interior que constituye el yo se halla en contacto, mediante algunos hilillos nerviosos, con el ser exterior que constituye el mundo.

Pero, además de que ese ser exterior se nos escapa por sus proporciones, su duración, sus propiedades innumerables e impenetrables, sus orígenes, su futuro o sus fines, sus formas lejanas y sus manifestaciones infinitas, nuestros órganos, sobre la parcela que de él podemos conocer, no nos suministran otra cosa que informes tan inseguros como poco numerosos.

Inseguros, porque únicamente son las propiedades de nuestros órganos las que determinan para nosotros las propiedades aparentes de la materia.

Poco numerosos, porque al no ser nuestros sentidos más que cinco, el campo de sus investigaciones y la naturaleza de sus revelaciones se hallan necesariamente muy restringidos.

Me explico: la vista nos indica las dimensiones, las formas y los colores. Nos engaña en esos tres puntos.

No puede revelarnos otra cosa que los objetos y seres de dimensión media, proporcionados a la estatura humana, lo cual nos lleva a aplicar la palabra grande a determinadas cosas y la palabra pequeño a otras, sólo porque su debilidad no le permite conocer lo que es demasiado vasto o demasiado menudo para él. De ahí resulta que no se sabe ni se ve casi nada, que el universo casi entero le queda oculto, la estrella que habita el espacio y el animálculo que habita la gota de agua.

Incluso aunque tuviera cien millones de veces su potencia normal, aunque viese en el aire que respiramos todas las especies de seres invisibles, así como los habitantes de los planetas próximos, todavía quedarían numerosos infinitos de especies de animales más pequeños y mundos tan lejanos que jamás alcanzaría.

Así pues, todas nuestras ideas de proporción son falsas porque no hay límite posible en la magnitud ni en la pequeñez.

Nuestra apreciación sobre las dimensiones y las formas no tiene ningún absoluto al venir determinada únicamente por la potencia de un órgano y por una comparación constante con nosotros mismos.

Hemos de añadir que la vista todavía es incapaz de ver lo transparente. Un cristal sin defecto la engaña. Lo confunde con el aire que tampoco ve.

Pasemos al color.

El color existe porque nuestra vista está hecha de modo que transmite al cerebro, en forma de color, las diversas formas en que los cuerpos absorben y descomponen, siguiendo su constitución química, los rayos luminosos que dan en ellos.

Todas las proporciones de esa absorción y de esa descomposición constituyen matices.

Así pues, este órgano impone a la inteligencia su modo de ver, mejor dicho, su forma arbitraria de constatar las

dimensiones y de apreciar las relaciones de la luz y la materia. Analicemos el oído.

Somos juguetes y víctimas, más todavía que en el caso de la vista, de ese órgano fantástico.

Dos cuerpos, al chocar, producen cierta vibración de la atmósfera. Ese movimiento hace estremecerse en nuestra oreja cierta pielecilla que trueca inmediatamente en ruido lo que en realidad no es otra cosa que una vibración.

La naturaleza es muda. Pero el tímpano posee la propiedad milagrosa de transmitirnos en forma de sentidos, y de sentidos diferentes según el número de vibraciones, todos los estremecimientos de las ondas invisibles del espacio.

Esa metamorfosis realizada por el nervio auditivo en el breve trayecto de la oreja al cerebro nos ha permitido crear un arte extraño, la música, la más poética y precisa de las artes, vaga como un sueño y exacta como el álgebra.

¿Qué decir del gusto y del olfato? ¿Conoceríamos los perfumes y la calidad de los alimentos sin las propiedades peregrinas de nuestra nariz y nuestro paladar?

Sin embargo, la humanidad podría existir sin oído, sin gusto y sin olfato, es decir, sin ninguna noción del ruido, del sabor y del olor.

Así pues, si tuviéramos algunos órganos menos, desconoceríamos cosas admirables y singulares, pero si tuviéramos algunos más, descubriríamos a nuestro alrededor una infinidad de otras cosas que nunca supondremos por falta de medio para constatarlas. Por lo tanto, nos equivocamos cuando juzgamos lo Conocido, y estamos rodeados de Desconocido inexplorado.

Por lo tanto, todo es inseguro, y puede apreciarse de diferentes maneras.

Todo es falso, todo es posible, todo es dudoso.

Formulemos esta certidumbre sirviéndonos del viejo proverbio: «Verdad a este lado de los Pirineos, error al otro lado.»

Y decimos: verdad en nuestro órgano, error en el de al lado.

Dos y dos no deben ser cuatro fuera de nuestra atmósfera.

Verdad en la tierra, error más lejos, de donde deduzco que los misterios vislumbrados como la electricidad, el sueño hipnótico, la transmisión de la voluntad, la sugestión y todos los fenómenos magnéticos sólo siguen ocultos para nosotros porque la naturaleza no nos ha proporcionado el órgano o los órganos necesarios para comprenderlos. Después de haberme convencido de que todo lo que me revelan mis sentidos sólo existe para mí tal como yo lo percibo, y de que sería totalmente diferente para otro ser organizado de otro modo, después de haber llegado a la conclusión de que una humanidad hecha de otra forma tendría sobre el mundo, sobre la vida y sobre todo ideas absolutamente opuestas a las nuestras, porque el acuerdo de las creencias sólo deriva de la similitud de los órganos humanos, y las divergencias de opiniones provienen únicamente de ligeras diferencias de funcionamiento de nuestros hilillos nerviosos, he hecho un esfuerzo de pensamiento sobrehumano para suponer lo impenetrable que me rodea.

¿Me he vuelto loco?

Me he dicho: «Estoy rodeado de cosas desconocidas.» He supuesto al hombre desprovisto de orejas y he supuesto el sonido como suponemos tantos misterios ocultos; el hombre constata fenómenos acústicos cuya naturaleza y procedencia no podría determinar. Y he tenido miedo de todo lo que me rodea, miedo del aire, miedo de la oscuridad. Desde el momento en que no podemos conocer casi nada, y desde el momento en que todo es ilimitado, ¿qué es el resto? ¿No es el vacío? ¿Qué hay en el vacío aparente?

Y ese terror confuso de lo sobrenatural que acosa al hombre desde el nacimiento del mundo es legítimo, porque lo sobrenatural no es otra cosa que lo que permanece velado para nosotros.

Entonces he comprendido el espanto. Me ha parecido que rozaba constantemente el descubrimiento de un secreto del universo.

He intentado aguzar mis órganos, excitarlos, hacerles percibir por momentos lo invisible.

Me he dicho: «Todo es un ser. El grito que pasa en el aire es un ser comparable a la bestia, puesto que nace, produce un movimiento y se transforma incluso para morir. Por lo tanto, el espíritu pusilánime que cree en seres incorpóreos no se equivoca. ¿Quiénes son?»

¿Cuántos hombres los presienten, se estremecen cuando se acercan, tiemblan con su imperceptible contacto! Uno los siente a su lado, alrededor, pero es imposible distinguirlos, porque no tenemos los ojos que los verían, o mejor dicho el órgano desconocido que podría descubrirlos.

Así pues, sentía en mí, más que nadie, a esos transeúntes sobrenaturales. ¿Seres o misterios? ¿Lo sé acaso? No podría decir lo que son, pero siempre podría señalar su presencia. Y he visto -he visto un ser invisible- hasta donde puede verse a esos seres.

Permanecía noches enteras inmóvil, sentado ante mi mesa, con la cabeza entre las manos y pensando en esto, pensando en ellos. De pronto creí que una mano intangible, o más bien un cuerpo inasequible, rozaba ligeramente mi pelo. No me tocaba, por no ser de esencia carnal, sino de esencia imponderable, incognoscible.

Pero una noche oí crujir el entarimado a mis espaldas. Crujió de un modo singular. Me estremecí. Me volví. No vi nada. Y no volví a pensar en ello.

Pero al día siguiente, a la misma hora, se produjo el mismo ruido. Tuve tanto miedo que me levanté, seguro, completamente seguro de que no estaba solo en mi cuarto. No se veía nada sin embargo. El aire estaba límpido y transparente en todas partes. Mis dos lámparas iluminaban todos los rincones.

El ruido no se repitió y fui calmándome poco a poco; sin embargo, permanecía inquieto y me volvía a menudo.

Al día siguiente me encerré a hora temprana, buscando la forma en que podría conseguir ver lo Invisible que me visitaba.

Y lo vi. Estuve a punto de morir de terror.

Había encendido todas las bujías de mi chimenea y de mi lustro. La habitación estaba iluminada como para una fiesta. Sobre la mesa ardían mis dos lámparas.

Frente a mí, la cama, una vieja cama de roble con columnas. A la derecha, mi chimenea. A la izquierda, la puerta, con el cerrojo echado. A mi espalda, un grandísimo armario de luna. Me miré en él. Tenía unos ojos extraños y las pupilas muy dilatadas.

Luego me senté como todos los días.

La víspera y la antevíspera el ruido se había producido a las nueve y veintidós minutos. Esperé. Cuando llegó el momento preciso, percibí una sensación indescriptible, como si un fluido, un fluido irresistible hubiera penetrado en mí por todas las parcelas de mi carne, sumiendo mi alma en un espanto atroz. Y se produjo el crujido, justo a mi lado.

Me incorporé volviéndome tan deprisa que estuve a punto de caerme. Se veía como en pleno día, ¡pero yo no me vi en el espejo! Estaba vacío, claro, lleno de luz. Yo no estaba dentro, y sin embargo me hallaba enfrente. Lo miré con ojos enloquecidos. No me atrevía a avanzar hacia él, sintiendo que entre nosotros se interponía él, lo Invisible, y que me tapaba.

¡Qué miedo pasé! Y he aquí que empecé a verlo envuelto en bruma en el fondo del espejo, en una bruma como a través del agua; y me parecía que aquella agua fluía de izquierda a derecha, lentamente, volviéndome más preciso segundo a segundo. Era como el final de un eclipse. Lo que me tapaba no tenía contornos, sino una especie de transparencia opaca que iba aclarándose poco a poco.

Y finalmente pude verme con claridad, como hago todos los días cuando me miro.

¡Lo había visto!

Y no he vuelto a verlo.

Pero lo espero sin cesar, y siento que mi cabeza se extravía en esa espera.

Permanezco horas, noches, días y semanas delante del espejo esperándolo. ¡Ya no viene!

Ha comprendido que yo lo había visto. Mas yo sé que lo esperaré siempre, hasta la muerte, que lo esperaré sin descanso, delante de ese espejo, como un cazador al acecho.

Y en ese espejo empiezo a ver imágenes locas, monstruos, cadáveres horribles, toda clase de bestias espantosas, de seres atroces, todas las visiones inverosímiles que deben acosar la mente de los locos.

Ésta es mi confesión, querido doctor. Dígame qué debo hacer.

FIN

Carta que se encontró a un ahogado

¿Me pregunta usted, señora, si me burlo? ¿No puede usted creer que un hombre no haya sentido jamás amor? Pues bien: no, no he amado nunca, nunca.

¿De qué depende eso? No lo sé... Pero no he sentido jamás ese estado de embriaguez del corazón que llaman amor. Jamás he vivido en ese ensueño, en esa locura, en esa exaltación a que nos lanza la imagen de una mujer, ni me vi nunca perseguido, obsesionado, calenturiento, embebecido por la esperanza o la posesión de un ser convertido de pronto para mí en el más deseable de todos los encantos, en la más hermosa de todas las criaturas, más interesante que todo el universo. En mi vida he llorado ni he sufrido por ninguna de ustedes. Tampoco he pasado las noches en vela pensando en una mujer. No conozco ese despertar que su pensamiento y su recuerdo iluminan. No conozco tampoco la excitación enloquecedora del deseo, cuando se le espera, y la divina melancolía sentimental, cuando ella ha huido, dejando en el cuarto un perfume sutil de violeta y de carne.

Jamás he amado.

Muy a menudo me he preguntado a qué es esto debido y, verdaderamente, no lo sé muy bien. Aunque llegué a encontrar varias razones, se refieren a la metafísica, y no sé si las apreciará usted.

Analizo demasiado a las mujeres para dejarme dominar por sus encantos. Pido a usted mil perdones por esta confesión que explicaré. Hay en toda criatura dos naturalezas diferentes: una moral y otra física.

Para amar tendría que descubrir, entre esas dos naturalezas, una armonía que no hallé jamás. Siempre una de las dos hállase a mayor altura que la otra; unas veces la naturaleza física, y otras la moral.

La inteligencia que tenemos el derecho de exigir a una mujer para amarla no tiene nada de común con la inteligencia viril. Es más y es menos. Es menester que una mujer tenga el entendimiento franco, delicado, sensible, fino, impresionable. No necesita dominio ni iniciativa en el pensamiento, pero es menester que tenga bondad, elegancia, ternura, coquetería y esa facultad de asimilación que en poco tiempo la hace semejante al hombre, cuya vida comparte. Su primerísima cualidad debe ser la sutileza, ese delicado sentido que es para el alma lo que el tacto es para el cuerpo. La revelan mil cosas insignificantes: los contornos, los ángulos y las formas en el orden intelectual.

Las mujeres bonitas, en general, no tienen una inteligencia en consonancia con su persona. A mí, el menor defecto de concordia me hiere la vista al primer momento. Esto no tiene importancia en la amistad, que es un pacto en el cual se transige con los defectos y las cualidades. Se puede, al juzgar a un amigo o a una amiga, dándose cuenta de sus buenas condiciones, prescindir de las malas y apreciar con exactitud su valor, abandonándose a una simpatía íntima, profunda y encantadora.

Para amar, hay que ser ciego, entregarse completamente, no ver nada, no razonar, no comprender. Hay que hallarse dispuesto a adorar las debilidades tanto como las bellezas y, para esto, renunciar a todo juicio, a toda reflexión, a toda perspicacia.

Soy incapaz de cegarme hasta ese punto y muy rebelde a la seducción no razonada.

Pero no es esto todo. Tengo tan elevado concepto de la armonía, que nada realizará nunca mi ideal. ¡Va usted a tacharme de loco! Escúcheme. Una mujer, a mi juicio, puede tener un alma deliciosa y un cuerpo encantador, sin que su alma y su cuerpo estén perfectamente de acuerdo. Quiero decir que las personas que tienen la nariz de una forma especial no pueden pensar de cierto modo. Los gruesos no tienen el derecho de usar las mismas palabras que los delgados. Señora: usted, que tiene los ojos azules, no puede observar la existencia, juzgar las cosas y los acontecimientos como si tuviera los ojos negros. Los matices de su mirada deben corresponder fatalmente con los matices de su pensamiento. Para comprender todo esto tengo el olfato de un perro perdiguero. Ríase si le place, pero es tal como lo digo. Creí, sin embargo, haber amado un día durante una hora. Me dejé dominar tontamente por la influencia de las circunstancias que nos rodeaban. Me había dejado seducir por un espejismo boreal. ¿Quiere usted que le refiera esta historia?

Una noche me tropecé con una encantadora personita, muy exaltada, la cual, para satisfacer una fantasía poética, quería pasar la noche conmigo en una lancha, en medio del río; yo hubiera preferido un cuarto y una cama, pero, a pesar de todo, acepté la barca y el río.

Estábamos en el mes de junio. Mi amiga había escogido una noche de luna para dar rienda suelta a su exaltación.

Comimos en un ventorrillo, a la orilla del agua, y a las diez nos embarcamos. La aventura me parecía estúpida; pero como mi compañera me gustaba, no me enfadé. Sentándome en el banco frente a ella, cogí los remos y partimos.

No podía negar que el espectáculo era encantador. Bordeábamos una isla montañosa, llena de ruiseñores, y la corriente nos impulsaba rápidamente por el agua, cubierta de reflejos plateados. Por doquiera oíamos el grito monótono y claro de los sapos; croaban las ranas en las orillas, y los rumores del agua corriente formaban alrededor nuestro un sonido confuso, casi imperceptible, inquietante, que nos daba una vaga sensación de miedo misterioso.

El encanto de las noches cálidas y de las aguas brillantes con el reflejo de la luna nos invadía.

Daba gusto vivir y, navegando de aquel modo, soñar y sentir al lado de una mujer tierna y hermosa.

Encontrábame algo conmovido, emocionado, embriagado por la claridad de la luna y con la obsesión de mi compañera. "Siéntese usted a mi lado", me dijo. Obedecí. Ella repuso: "Dígame versos". Pareciéndome demasiado, me negué a complacerla. Insistió. Decididamente le gustaban las cosas por todo lo alto; quería que se tocara la cuerda del sentimiento a toda orquesta, desde la luna hasta la rima. Acabé por ceder y le recité, por burla, una deliciosa composición de Luis Bouilhet, cuyas estrofas dicen:

*Odio ante todo al lagrimoso vate
que frente al estrellado firmamento
musita un nombre, al que sin Lisa o Juana
le parece vacío el universo.*

*¡Oh, qué graciosa gente la que cuelga
faldas sobre la fronda de los llanos,
y en la verde colina cofias blancas
para que el mundo tenga algún encanto!*

*¿Qué sabe de la música divina,
vibrante voz de la Natura eterna,
quién no gusta de ir solo en las cañadas
y al susurrar del bosque sueña en hembras?*

Creí se enfadaría, mas no fue así.

-¡Qué verdad es eso! -murmuró.

Quedeme estupefacto. ¿Habría comprendido?

Poco a poco nuestra barca se acercó a la orilla, penetrando bajo un sauce, que la detuvo. Cogiendo a mí compañera por el talle, acerqué con dulzura los labios a su cuello. Pero me rechazó con un movimiento irritado y brusco, diciendo:

-¡Suélteme! ¡Es usted un grosero!

Procuré atraerla. Ella se defendía y, agarrándose al árbol, por poco vamos al agua. Juzgué prudente desistir de mis pretensiones. Entonces ella dijo:

-Le ruego que siga remando. ¡Estoy tan bien aquí! ¡Sueño! ¡Es tan agradable!

Después, con un poco de ironía en el acento, añadió:

-¿Tan pronto ha olvidado usted los versos que acaba de recitar?

Era justo. Callé.

-Vamos, reme usted -me dijo, y cogí de nuevo los remos.

Empezaba a parecerme la noche muy larga, y ridícula mi actitud.

Mi compañera me preguntó:

-¿Quiere usted hacerme una promesa?

-Sí. ¿Cuál?

-Permanecer tranquilo y correcto, discretamente, mientras yo...

-¿Qué?

-Verá usted. Quisiera echarme en el fondo de la barca, a su lado, mirando las estrellas.

-Comprendo -exclamé.

-No, no comprende usted -replicó ella-. Vamos a echarnos uno al lado del otro; pero le prohíbo que me toque, que me abrace; en fin..., que..., que me acaricie...

Prometí. Entonces ella advirtió:

-Si hace usted un movimiento inconveniente, haré zozobrar la barca.

Y nos echamos en el suelo, uno al lado del otro. Los vagos balanceos de la canoa nos mecían. Los ligeros rumores de la noche, llegando más distintos al fondo de la embarcación, nos hacían vibrar, estremeciéndonos. ¡Sentía crecer en mí una extraña y punzante emoción, una ternura infinita, algo como una necesidad de abrir los brazos para estrechar en ellos alguna cosa, y el corazón para amar, de entregarme a alguien, de entregar mis pensamientos, mi cuerpo, mi vida, todo mi ser!

Mi compañera murmuró como en un sueño:

-¿En dónde estamos? ¿Dónde vamos que parece que abandono este mundo? ¡Qué dulzura más grande! ¡Oh! Si me amara usted... un poco.

El corazón me latía con violencia. Nada pude responder; me pareció que la amaba. No sentía ningún deseo violento. Estaba muy bien de aquel modo a su lado; me parecía suficiente aquello.

Y permanecemos largo rato, largo rato, inmóviles. Nos habíamos cogido una mano; una fuerza misteriosa nos contenía: una fuerza desconocida, superior, una alianza pura, íntima, absoluta de nuestros cuerpos que eran el uno del otro sin tocarse. ¿Qué significaba aquello? ¿Lo sé yo? ¿Amor quizá?

El día clareaba poco a poco. Eran las tres de la madrugada. Lentamente una inmensa claridad invadía el cielo. La canoa tropezó con algo. Me incorporé: habíamos llegado a un islote.

Permanecía en éxtasis, encantado. Frente a nosotros, en toda la extensión, el firmamento se iluminaba de un rojo violáceo, salpicado de nubes entrelazadas semejantes a un humo dorado. El río estaba de color purpúreo y tres casas de la orilla parecían arder.

Inclineme hacia mi compañera para decirle:

-Mire usted.

Pero me callé de pronto enloquecido y solamente la vi a ella. También ella estaba bañada en la luz rosada, un rosa de carne mezclado con un poco del matiz del cielo. Sus cabellos eran de color de rosa, de color de rosa eran también sus ojos y sus dientes, su traje, sus encajes, su sonrisa. Todo era del color de rosa. Y tan enloquecido estaba que creí tener a la aurora ante mí.

Se levantó dulcemente tendiéndome sus labios. Inclineme hacia ellos, estremecido, delirante; sintiendo muy bien que iba a besar el cielo, la dicha, un sueño convertido en mujer, un ideal descendido a la humanidad.

Pero entonces ella me dijo:

-Tiene usted una oruga en el pelo.

¡Y por esto sonreía!

Me pareció que había recibido un fuerte golpe en la cabeza.

De pronto sentime como si hubiera perdido toda la esperanza que tenía en el mundo.

Esto es todo, señora. Es pueril, tonto, estúpido. Desde ese día creo que no amaré jamás... Pero... ¿quién sabe?

[El joven sobre cuyo cuerpo se halló esta carta fue sacado ayer del Río Sena, entre Bougival y Marly. Un marinero compasivo, que lo había registrado para saber su nombre, presentó el papel que acabamos de copiar.]

FIN

Claro de luna

El padre Marignan llevaba con gallardía su nombre de guerra. Era un hombre alto, seco, fanático, de alma exaltada, pero recta. Decididamente creyente, jamás tenía una duda. Imaginaba con sinceridad conocer perfectamente a Dios, penetrar en sus designios, voluntades e intenciones.

A veces, cuando a grandes pasos recorría el jardín del presbiterio, se le planteaba a su espíritu una interrogación: "¿Con qué fin creó Dios aquello?" Y ahincadamente buscaba una respuesta, poniéndose su pensamiento en el lugar de Dios, y casi siempre la encontraba. No era persona capaz de murmurar en un transporte de piadosa humildad: "¡Señor, tus designios son impenetrables!" El padre Marignan se decía a sí mismo: "Soy siervo de Dios; debo, por tanto, conocer sus razones de obrar, y adivinar las que no conozco."

Todo le parecía creado en la naturaleza con una lógica absoluta y admirable. Los principios y fines se equilibraban perfectamente. Las auroras se habían hecho para hacer alegre el despertar, los días para madurar el trigo, las lluvias para regarlo, las tardes oscuras para predisponer al sueño, y las noches para dormir. Las cuatro estaciones correspondían totalmente a las necesidades de la agricultura; y jamás el sacerdote sospecharía que no hay intenciones en la naturaleza, y que todo lo que existe, al contrario de lo que él pensaba, se sometió a las duras necesidades de las épocas, de los climas y de la materia.

Sin embargo, el padre Marignan odiaba a las mujeres, las odiaba inconscientemente y las despreciaba por instinto. Repetía casi siempre las palabras de Cristo: "Mujer, ¿qué hay de común entre tú y yo?" Y entonces añadía: "Se diría que el mismo Dios estaba descontento de aquella creación suya." Para él, la mujer era la criatura doce veces impura de que habla el poeta. Era el ser tentador que había arrastrado al pecado al primer hombre y que continuaba la obra infernal, el ente flaco, peligroso, misteriosamente perturbador. Y más aún, que su cuerpo de perdición detestaba a su alma amorosa.

En alguna ocasión había sentido esa ternura femenina envolviéndole, y aunque se supiese inexpugnable, se exasperaba ante la necesidad de amar que palpitaba incesantemente en tales criaturas.

En su opinión, la mujer sólo existía para tentar al hombre y probarlo. Nadie debería aproximarse a ella sin las precauciones defensivas y los celos que se tienen ante las celadas. Y en verdad se parecía a una celada, de labios suplicantes y brazos abiertos, tendida al hombre.

El padre Marignan apenas tenía indulgencia para las religiosas, cuyo voto las hacía inofensivas; pero, a pesar de ello, las trataba con rudeza, porque sentía que, latente en el fondo de sus corazones enclaustrados, tenían aquella perpetua ternura, alcanzándolo a él, aunque fuese cura.

La presentía en aquellas miradas más húmedas de piedad que las de los frailes, en aquellos éxtasis donde se transparentaba siempre la mujer, en aquellos transportes de amor a Cristo que lo indignaban, porque en ellas todo era materia; veía la maldita ternura en la propia docilidad, en la dulzura de la voz cuando le hablaban, en los ojos puestos en el suelo, en las lágrimas resignadas, si él las reprendía con dureza.

Sacudía la sotana en las puertas del convento y salía de allí rápidamente como si huyese de un peligro.

Tenía el cura una sobrina que vivía con su madre en una casita próxima. Se le había metido en la cabeza hacer de ella una hermana de la caridad.

Era bonita, alegre y zalamera. Cuando el padre la reprendía se limitaba a reír, y cuando la regañaba de veras lo besaba con vehemencia, apretándolo contra su corazón, mientras el sacerdote, involuntariamente, procuraba deshacerse de aquel abrazo, que al mismo tiempo le proporcionaba una dulce alegría y despertaba en él la sensación de paternidad que yace en el fondo de todo hombre.

Muchas veces le hablaba de Dios, de su Dios, mientras caminaban por los campos; pero la joven no lo escuchaba y miraba el cielo, las hierbas, las flores, con una alegría de vivir que se le asomaba a los ojos. En algunas ocasiones corría para coger una mariposa, exclamando al traerla consigo: "Mire tío, ¡qué linda es! ¡Hasta siento deseos de besarla!" Y esta necesidad de besar insectos o flores encorajinaba, irritaba y revolvió al padre, que una vez más tropezaba con la enraizada ternura que germina siempre en el corazón femenino.

Pero un día, la mujer del sacristán, que cuidaba de las faenas domésticas de la casa del padre Marignan, le comunicó cautelosamente que su sobrina tenía un enamorado.

Sintió un asombro tan grande que quedó sofocado, sin poder hablar, con la cara llena de jabón, pues en aquel momento empezaba a afeitarse.

Tan pronto como se halló en estado de reflexionar y de poder pronunciar alguna palabra, exclamó:

-¡Está usted mintiendo, Melania! ¡Eso no es verdad!

Mas la campesina juró solemnemente:

-¡Que Nuestro Señor no me dé más de una hora de vida si yo le miento, señor cura! Ella se entrevista con él todas las noches después que su señora hermana está acostada. Se encuentran en las márgenes del río. Si quisiera verlos e ir allá, es entre las diez y la media noche.

El párroco dejó el afeitado de su cara y púsose a pasear de un lado para otro, como hacía siempre en las ocasiones de grave meditación. Cuando volvió a afeitarse, se cortó tres veces entre la nariz y la oreja.

Durante todo el día se mantuvo silencioso, lleno de indignación y de cólera; a su indignación de eclesiástico ante el invencible amor, se unía una exasperación de padre moral, de tutor, de director espiritual engañado, eludido por una criatura; esa cólera egoísta de los padres a quienes la hija anuncia que hizo sin ellos y sin su consentimiento la elección del marido.

Después de comer intentó leer un rato, pero no lo consiguió; se sentía cada vez más indignado. Al sonar las diez tomó el bastón, una enorme rama de árbol que llevaba siempre en sus caminatas nocturnas cuando iba a llevar los Sacramentos a algún moribundo. Contempló sonriendo la enorme garrota con sólido puño campesino mientras la agitaba amenazadoramente, y, de repente, la levantó y, con los dientes apretados, golpeó una silla, cuyo respaldo roto cayó al suelo.

Al abrir la puerta para salir, se detuvo sorprendido por la extraordinaria luz de la luna, bella como casi nunca suele verse.

Poseedor de un espíritu entusiasta, espíritu que todos los padres de la iglesia, esos poetas soñadores, deberían tener, se sintió repentinamente distraído de lo que tanto le preocupaba, impresionado por la grandiosa y serena belleza de la pálida noche.

En el jardincillo del presbiterio, bañado por suave luz, los árboles en flor alineados en filas dibujaban sobre el paseo sus sombras de frágiles ramos de hojas que nacían, en tanto la madre selva gigante, unida al muro de la casa, exhalaba deliciosos aromas como azucarados, que vagaban en la noche fresca y clara como un alma perfumada.

El párroco respiró hondo, bebiendo el aire como los ebrios beben vino, y fue caminando a pasos lentos, feliz, maravillado, olvidándose casi de la sobrina.

Cuando llegó al campo se paró para contemplar la llanura inundada por la luna acariciadora, sumergida en el encanto suave y lánguido de las noches serenas.

Las ranas lanzaban al espacio, incesantemente, sus notas cortas y metálicas, y ruiseñores lejanos dejaban oír una música que provocaba los sueños y no obligaba a pensar; esa música leve y vibrante que parece creada para los besos, bajo la seducción de la luna.

El cura continuó su camino con el corazón turbado sin que supiese el porqué. Sentíase de repente débil y agotado; tenía deseos de sentarse, de quedarse allí a contemplar y admirar a Dios a través de su obra.

A lo lejos, siguiendo las ondulaciones del riachuelo, serpenteaba la línea extensa de los chopos. Una neblina fría, un vapor blanco que atravesaban los rayos de luna, tornándolo plateado y brillante, estaba suspendido alrededor y encima de sus márgenes y envolvía el curso tortuoso de las aguas en una especie de algodón leve y transparente.

Una vez más se detuvo el padre Marignan, empapado hasta el fondo de su alma de un enternecimiento creciente, irresistible. Y una vaga inquietud lo iba invadiendo; sentía nacer dentro de sí una de sus habituales interrogaciones:

¿Con qué fin había creado Dios semejante noches? Pues, si estaban destinadas al sueño, a la inconsciencia, al reposo, al olvido de todo, ¿para qué hacerlas más bellas que los días, más dulces que las auroras y las tardes? Y ¿por qué razón ese astro lento y seductor (más poético que el sol y que parece destinado, de tal manera es discreto, a iluminar cosas demasiado deliciosas y misteriosas para la luz del día) transformaba las tinieblas en transparencia?

¿Por qué razón el más hábil de los pájaros cantores no descansaba como los otros y se hacía oír en la sombra perturbadora?

¿Para qué envolvía el mundo aquel fino velo?

¿Y porqué los estremecimientos del corazón, la emoción del alma y la languidez del cuerpo?

¿A quién estaba destinado aquel desdoblamiento de encantos que los hombres no contemplaban, porque reposaban en sus lechos?

¿Para quién, entonces, ese espectáculo sublime, esa abundancia de poesía lanzada del Cielo a la tierra?

Y el párroco no encontraba explicación. Pero he aquí que distantes, a la orilla del prado, bajo la bóveda de los árboles húmedos y brillantes de rocío, habían aparecido dos sombras caminando muy unidas.

El hombre era más alto e iba abrazado al cuello de su compañera; de vez en cuando la besaba en la cabeza. Sus figuras animaron de repente el paisaje inmóvil que los rodeaba como un marco divino creado para ellos.

Se diría que no eran más que un solo ser para quien se destinaba aquella tranquila y silenciosa noche; venían en dirección al sacerdote como una respuesta viva, la respuesta que el Señor concedía a su pregunta.

Él continuó allí con el corazón palpitante, turbado, imaginando ver una escena bíblica como los amores de Ruth y Booz o la realización de un designio de Dios en uno de aquellos grandes cenáculos de que hablan las Escrituras. Se acordó de los versículos del *Cantar de los cantares*, de las llamadas de amor, de todo el calor de ese poema ardiente de ternura.

Y se dijo a sí mismo: "Tal vez Dios hiciese estas noches para velar de ideal los amores de los hombres."

Iba retrocediendo frente a la abrazada pareja que avanzaba siempre. Era la sobrina, sin duda. Sin embargo, el sacerdote se preguntaba a sí mismo si no iría él a desobedecer a Dios. Pues, ¿no era que Dios permitía el amor al rodearlo de un esplendor así?

Y el cura huyó, desorientado, casi con vergüenza, como si acabase de penetrar en un templo en el que no tuviera derecho de entrar.

FIN

Coco

En toda la zona circundante llamaban a la finca de los Lucas, «La hacienda». No se sabría decir por qué. Sin duda, los campesinos asociaban a la palabra «hacienda» una idea de riqueza y de grandeza, puesto que esta propiedad era sin lugar a dudas la más extensa, la más opulenta, la más ordenada de la comarca. El patio, inmenso, rodeado de cinco filas de magníficos árboles para proteger del intenso viento de la planicie a los manzanos compactos y delicados, contenía largos edificios cubiertos de tejas para conservar el forraje y los cereales, hermosos establos construidos en sílex, cuadras para treinta caballos, y una vivienda de ladrillo rojo que parecía un pequeño palacio. El estiércol estaba bien cuidado; los perros de guarda tenían casetas y todo un mundo de aves pululaba entre la hierba crecida. Cada mediodía, quince personas, dueños, criados y sirvientas, se sentaban en torno a la larga mesa de la cocina sobre la que humeaba la sopa en una gran fuente de loza con flores azules.

Los animales, caballos, vacas, cerdos y corderos estaban gordos, cuidados y limpios; el patrón Lucas, un hombre alto que empezaba a echar estómago, hacía su ronda tres veces al día, vigilándolo todo, pensando en todo.

Por compasión, conservaban en el fondo del establo a un viejo caballo blanco que la dueña quería alimentar hasta que le llegara su muerte natural, porque ella lo había criado, lo había tenido siempre y porque le traía muchos recuerdos. Un zagal de quince años, llamado Isidore Duval, y más sencillamente, Zidore, cuidaba de este pobre inválido, le daba durante el invierno su ración de avena y su forraje y, en verano, iba cuatro veces al día a moverlo en el lugar en que lo ataban, con el fin de que tuviera siempre hierba fresca en abundancia. El animal, casi tullido, levantaba con esfuerzo sus pesadas patas, inflamadas en las rodillas e hinchadas por encima de los cascos. Su pelo, que ya no cepillaban jamás, parecía canoso y las pestañas, muy largas, daban a sus ojos una expresión triste.

Cuando Zidore lo llevaba a pastar, tenía que tirar de la sogá, pues el animal se desplazaba lentamente; y el chiquillo, encorvado, jadeante, despotricaba contra él, furioso por tener que cuidar de este viejo jamelgo. La gente de la hacienda, al ver la cólera del zagal contra Coco, se divertía hablando constantemente a Zidore del animal, para enojar al muchacho. Sus amigos le hacían bromas. En el pueblo lo llamaban Coco-Zidore.

El chaval se enfurecía, sentía nacer en él el deseo de vengarse del caballo. Era un chiquillo delgado y alto, muy sucio, de cabello pelirrojo, abundante, fuerte y erizado. Parecía retrasado, hablaba tartamudeando, con gran esfuerzo, como si las ideas no hubieran podido formarse en su espíritu tardo de bruto. Desde hacía tiempo, le sorprendía que conservaran a Coco, le sublevaba ver cómo tiraban el dinero en este animal inútil. Desde el momento en que ya no trabajaba, le parecía injusto alimentarlo, creía indignante desperdiciar así la avena, avena que costaba bastante, para este jaco paralítico. E incluso, a veces, pese a las órdenes del patrón Lucas, economizaba en el pienso del animal, no echándole nada más que la mitad de la ración, ahorrando en la paja para el lecho y en el heno. Y el odio aumentaba en su espíritu confuso de niño, un odio de campesino rapaz, de campesino solapado, brutal y cobarde.

Cuando llegó el verano, tuvo que ir a mover al animal en su cota. Estaba lejos. El zagal, cada mañana más furioso, iba con paso lento a través de los trigales. Los hombres que trabajaban las tierras, como broma le gritaban: «¡Eh! Zidore, saluda de mi parte a Coco». No respondía; pero, al pasar, partía una varilla de un seto y, tras haber cambiado de sitio la atadura del viejo animal, le azotaba los jarretes. El animal intentaba huir, cocear, escapar de los golpes, y giraba al extremo de la sogá como si hubiera estado encerrado en una pista. Y el chico lo golpeaba con rabia, corriendo detrás, con saña, con los dientes apretados por la ira. Luego se marchaba lentamente, sin volverse, mientras el caballo lo miraba irse con su mirada de viejo, con las costillas salientes, sofocado por haber trotado. No volvía a bajar hacia la hierba su cabeza, huesuda y blanquecina, hasta ver desaparecer a lo lejos la blusa azul del joven campesino.

Como ahora las noches eran cálidas, dejaban que Coco durmiera fuera, allá lejos, al borde de la torrentera, detrás del bosque. Zidore era el único que iba a verlo. El chiquillo se divertía lanzándole piedras. Se sentaba a diez pasos de él, sobre un talud, y permanecía allí una media hora, lanzando de vez en cuando una piedra afilada al jaco, que estaba de pie, encadenado ante su enemigo, y mirándolo sin cesar, sin atreverse a pastar antes de que se marchara.

Pero esta idea continuaba plantada en la mente del zagal: «¿Por qué alimentar a este animal que ya no hacía nada?», le parecía que este miserable jamelgo robaba el pienso a los demás, robaba el dinero a los hombres, los bienes al buen Dios, incluso le robaba a él, Zidore, que sí trabajaba. Entonces, poco a poco, cada día el chiquillo fue disminuyendo la franja de pasto que le daba avanzando la estaca de madera en la que la sogá estaba fijada. El animal ayunaba, adelgazaba, languidecía. Demasiado débil para romper su amarra, tendía la cabeza hacia la alta hierba verde y brillante, tan cercana, y cuyo olor percibía sin que pudiera alcanzarla.

Una mañana a Zidore se le ocurrió una idea: no mover más a Coco. Estaba harto de ir hasta tan lejos para atender a aquella osamenta. Pero fue, no obstante, sólo para saborear su venganza. El animal, inquieto, lo miraba. Ese día no le pegó. Dio vuelta a su alrededor, con las manos en los bolsillos. Hasta fingió cambiarlo de sitio, pero volvió a introducir la estaca exactamente en el mismo sitio, y se marchó, encantado con su ocurrencia. El caballo, viéndolo marcharse,

relinchó para llamarlo; pero el zagal echó a correr dejándolo solo, completamente solo en ese valle, bien atado y sin una brizna de hierba al alcance de su quijada. Hambriento, intentó alcanzar la succulenta hierba que tocaba con la punta de sus ollares. Se puso de rodillas, estirando el cuello, alargando el belfo baboso. Fue inútil. Durante todo el día, el pobre animal se agotó realizando esfuerzos inútiles, esfuerzos terribles. El hambre lo devoraba, un hambre más horrible por la visión de todo aquel verde alimento que se extendía hasta el horizonte.

El zagal no regresó ese día. Vagabundó por los bosques buscando nidos. Reapareció al día siguiente. Coco, extenuado, se había acostado. Pero se levantó al ver al chico esperando que, al fin, lo cambiara de lugar. Pero el pequeño campesino ni siquiera tocó el taco de madera colocado en la hierba. Se acercó, miró a animal, le lanzó un gorullo de tierra que se aplastó sobre su pelo blanco y, silbando, se marchó. El caballo permaneció de pie mientras pudo divisarlo, luego, comprendiendo que sus tentativas para alcanzar la hierba cercana serían baldías, se echó de nuevo sobre un costado y cerró los ojos.

Al día siguiente Zidore no vino. Un día después, cuando se acercó a Coco que seguía tendido, se percató de que estaba muerto. Entonces permaneció de pie, contemplándolo, satisfecho de su acción, sorprendido al mismo tiempo de que todo hubiera acabado. Lo tocó con el pie, levantó una de sus patas y la dejó caer, se sentó encima y permaneció allí, con los ojos clavados en la hierba, sin pensar en nada.

Regresó a la hacienda, pero no dijo nada de lo sucedido porque quería seguir vagabundeando a las horas en las que, normalmente, iba a cambiar de sitio al animal. Fue a verlo al día siguiente: los cuervos levantaron el vuelo cuando él se acercó. Innumerables moscas se paseaban por el cadáver y zumbaban a su alrededor.

Al volver, anunció lo ocurrido. El animal era tan viejo que nadie se sorprendió. El patrón dijo a dos criados: «Cojan las palas y hagan un agujero en el lugar donde se encuentra». Y los hombres enterraron el caballo justo en el sitio en el que había muerto de hambre. Y la hierba brotó fuerte, verde y vigorosa, nutrida por el pobre cuerpo.

FIN

Condecorado

Hay personas que nacen con un instinto, una vocación o, sencillamente, un deseo especial que despierta en cuanto principian a balbucir y a pensar.

El señor Sacrement, desde su infancia, tuvo una idea fija: ser condecorado. Muy niño aún, prefería siempre a los quepis, a los fusiles y espadas, las cruces de la Legión de Honor, hechas de plomo, y saludando a su mamá como un caballero, arqueaba mucho el pecho para lucir el colgajo.

No bastándole su aplicación -o su inteligencia- para conseguir el título de bachiller y queriendo emplear en algo su vida, siendo rico pudo casarse con una hermosa muchacha.

Vivían en París como burgueses distinguidos, pero sin trato social, orgullosos de conocer a un diputado, a su entender futuro ministro, y a dos o tres jefes de sección. Pero la idea fija que Sacrement concibió en su infancia no lo abandonaba, y sentíase humillado no pudiendo lucir en el ojal de su levita el menudo lazo rojo.

Los caballeros condecorados que se cruzaban con Sacrement en el bulevar lo angustiaban. Al mirar sus ojales adornados, lo roía un desasosiego celoso. Algunas tardes, mientras paseaba sus constantes ocios, se decía:

"A ver cuántos encuentro desde la Magdalena hasta la calle Drouot".

Despacio, inspeccionaba todos los pechos con ojos perspicaces, muy acostumbrados a descubrir la cinta roja desde lejos. Llegando al fin de su camino, se asombraba siempre de las cifras.

"¡Nueve oficiales y dieciséis caballeros! ¡Me resultan muchos! ¡Prodigan estúpidamente las condecoraciones! A ver cuántos encuentro ahora".

Y volvía lentamente, desesperándose cuando una muchedumbre apresurada interrumpía su minuciosa investigación, haciéndole tal vez pasar alguno por alto.

Sabía en qué barrios abundan más. En el del Palais Royal son frecuentes. En la avenida de la Opera no hay tantos como en la calle de la Paz. La derecha del bulevar está mejor frecuentada que la izquierda.

También era indudable que los condecorados preferían ciertos cafés y ciertos espectáculos. Cuando el señor Sacrement veía un grupo de señores de cierta edad, parados en las aceras, interrumpiendo el paso, imaginaba:

"Son oficiales de la Legión de Honor".

Y lanzábase al arrollo con deseo de saludarlos.

Los oficiales -había hecho esta observación mil veces- tienen otro porte que los sencillos caballeros; yerguen la cabeza de un modo particular. A la legua se nota que su categoría es muy diferente, que disfrutan de una consideración más elevada.

En algunas ocasiones también le acometía el furor contra todos los condecorados, manifestando una especie de odio socialista.

Y al volver a su casa, rabioso de haberse tropezado con tantísimo cintajo -como lo estaría un hambriento después de pasar frente a las vitrinas llenas de manjares- decía descomponiéndose de gesto y de voz:

-¿Cuándo nos veremos libres de un Gobierno tan cochino?

Su mujer, sorprendida, le preguntaba:

-¿Qué te sucede?

Y él respondía:

-Me sucede, que ya estoy harto de ver tanta injusticia. ¡Oh, cuánta razón tenían los comunistas!

Después de comer salía... y se paraba, contemplando las cruces en los escaparates de los comercios. Detenidamente, iba examinando todos aquellos emblemas de formas distintas y variados colores. Hubiera querido tenerlas todas y, en una ceremonia pública, en un salón inmenso, ante una muchedumbre maravillada, lucirlas a la cabeza de un cortejo prendidas todas en los delanteros de una casaca, resplandeciendo como una estrella y entre los rumores de admiración y

respeto.

Pero ¡ay! ¡No tenía un miserable título que lo hiciese acreedor a ser condecorado!

Meditaba:

"La Legión de honor es muy difícil de conseguir para un hombre que no desempeña cargos públicos. ¿Y si me propusiera obtener las Palmas académicas?"

No sabiendo cómo intentarlo, confió a su mujer aquellos proyectos. Al oírlo, quedose la señora estupefacta.

-¿Oficial de Academia, tú?... ¿Qué méritos hiciste?

Él se descompuso:

-¡Precisamente! Quiero saber qué méritos he de hacer para lograrlo. Antes de contestar, reflexiona lo que te dicen. Hay momentos en que pareces una estúpida.

Ella sonrió:

-Es verdad. Pero ignoro eso que tú no sabes tampoco.

Él llevaba su propósito:

-Si lo preguntases al diputado Rosselin, acaso nos diese una idea luminosa. Comprenderás que no sería decoroso en mí abordar esas conversaciones. En cambio, una mujer puede preguntarlo todo; a nadie le extraña.

La señora cumplió el encargo. El diputado Rosselin prometió recomendar el asunto al ministro. Y como el señor Sacrement no lo dejaba en paz, el diputado Rosselin, harto de soportar sus impertinencias, le dijo que hiciera una instancia enumerando sus méritos.

¿Qué méritos? Era preciso justificar algunos.

Y preparó un folleto acerca del Derecho del pueblo a ser instruido. No lo pudo acabar por falta de conocimientos.

Buscó asuntos más fáciles, intentando sucesivamente dos o tres. El primero: Instrucción de los niños por la simple vista. Proponía que se fundaran en los barrios pobres una especie de teatros gratuitos para las criaturas. Los padres los acompañarían desde la más tierna edad, y valiéndose de proyecciones de linterna mágica, se les facilitarían las nociones de todos los conocimientos humanos. Los ojos, instruyendo al cerebro, fijarían las imágenes en la memoria.

¿No sería bien sencillo enseñar así Historia, Geografía, Botánica, Física, Zoología, Anatomía, etc.?

Hizo imprimir el folleto y envió un ejemplar a cada diputado, diez a cada ministro, cincuenta al presidente de la República, diez a los diarios de París y cinco a los de provincias.

En otro estudio, trató de las Bibliotecas ambulantes, proponiendo al Estado la fundación de un servicio a domicilio, hecho en carros muy semejantes a los que llevan los verduleros y fruteros.

Cada ciudadano tendría derecho a que le sirvieran para su lectura diez volúmenes mensuales, pagando cinco céntimos nada más.

"El pueblo -sostenía el señor Sacrement en su folleto- sólo se molesta para sus placeres. Puesto que no busca la instrucción, la instrucción ha de ir a buscarle".

Nadie se ocupó de sus opúsculos. Pero el autor hizo su instancia y le contestaron diciendo que se tomaría nota y se instruiría el expediente.

Aguardó creyéndolo cosa hecha...

Nada le comunicaban.

Dicidiose a presentarse y solicitó audiencia del ministro de Instrucción Pública. Fue recibido por un oficial de secretaría, el cual auguró al solicitante que su pretensión era bien acogida y que la fortaleciese con estudios nuevos y nuevas publicaciones. Así lo hizo el señor Sacrement.

Al mismo tiempo, el diputado Rosselin -que por lo visto iba interesándose ya por su gloria- le dio algunos consejos prácticos y excelentes. También él estaba condecorado, lucía en el ojal un lacito rojo, sin haberse dado cuenta de los

motivos que determinaron una distinción tan apetecida.

El diputado Rosselin, frecuentando mucho la casa del señor Sacrement, le indicó estudios nuevos y lo presentó en sociedades especialmente consagradas a dilucidar oscuros problemas científicos para obtener honoríficas recompensas. Hasta en el Ministerio lo apadrinó.

Y un día que almorzaba con el matrimonio -lo cual era ya frecuente-, dijo el diputado Rosselin al señor Sacrement, estrechándole una mano:

He conseguido para usted algo de mucha importancia. El Comité de trabajos históricos le comisiona para que busque documentos relativos a un asunto en varias bibliotecas de Francia.

El señor Sacrement, emocionado, ya no pudo seguir comiendo.

A los ocho días emprendió su viaje.

Fue de ciudad en ciudad estudiando los catálogos, rebuscando en los desvanes de las bibliotecas atestados de libretos polvorientos, víctima de la odiosidad de los bibliotecarios.

Pero hallándose en Ruán una noche, sintió de pronto ansias de acariciar a su mujer, y tomó el tren de las nueve, que le permitiría llegar antes del amanecer a su casa.

Llevaba una llave de la puerta. Entró con sigilo, estremeciéndose de placer, gozoso de la sorpresa que preparaba. Su mujer se había cerrado por dentro en su alcoba. ¡Qué fastidio!

Entonces el señor Sacrement gritó, golpeando la puerta:

-¡Yo soy! ¡Juana!

Ella debió de sentir una impresión muy terrible, porque la oyó saltar de la cama y hablar en voz alta como cuando se padece una pesadilla. Luego, entró en su tocador, abriéndolo y cerrándolo precipitadamente, hizo muchas evoluciones por el cuarto, yendo y viniendo con los pies desnudos.

Al fin, preguntó:

-¿De veras eres tú, Alejandro?

-Sí, mujer; yo soy. ¡Abre!

Abriose la puerta, y la mujer se arrojó en brazos del marido, balbuciendo:

-¡Ah! ¡Qué miedo! ¡Qué sorpresa! ¡Qué alegría!

El señor Sacrement, como de costumbre, comenzó a desnudarse metódicamente.

Luego descubrió, sobre una silla, el abrigo que solía dejar en el perchero, y cogiéndolo, se quedó asombrado al ver lucir una cinta roja en el ojal de la solapa.

Tartamudeó:

-Este... este..., este abrigo... ¡está... condecorado!

Su mujer, de un brinco, lanzose hacia él queriéndole quitar de las manos aquella prenda:

-No; deja; te equivocas... Dámelo.

Pero el señor Sacrement, teniéndolo bien agarrado, como un loco, repetía:

-¿Por qué? ¿Por qué? Tú lo sabes; ¿qué abrigo es éste? No es el mío, puesto que lleva la cinta de la Legión de Honor.

Ella procuraba por todos los medios arrancárselo, descompuesta y turbada:

-Óyeme... Atiéndeme... Déjalo... No me hagas hablar... Es un secreto... Un secreto...

Él, incomodándose, palidecía:

-¡Necesito saber qué hace aquí ese abrigo, que no es el mío!

La mujer, entonces, le dijo al oído:

-Sí... Calla..., júrame ser prudente... Escucha... ¡Sí!... ¡Estás condecorado!

Sacudíole de tal modo su emoción que, soltando el abrigo, fue a desplomarse sobre un sofá.

-Que yo estoy... ¿Dices que... me han condecorado?

-Sí... Es un secreto... Un secreto.

Entre tanto, guardaba el abrigo en un armario, bajo llave, y volviéndose hacia su marido, temblorosa y pálida, prosiguió:

-Sí; es un abrigo que te mandé hacer para sorprenderte. Pero había jurado no decirte nada. Tu nombramiento no será oficial hasta que pase un mes o mes y medio, cuando termines tu comisión histórica. No debía decírtelo hasta entonces. El diputado Rosselin ha obtenido para ti ese honor.

El señor Sacrement, desfallecido, balbuceó:

-Rosselin... Rosselin... Condecorado... Me ha condecorado... A mí..., él... ¡Ah!

Tuvo que beber agua para calmarse.

Una tarjeta yacía en el suelo. El señor Sacrement la recogió, leyendo en ella:

Armando Rosselin
Diputado

-¡Lo estás viendo! ¡Inocente! -dijo la mujer. Entonces él rompió a llorar de alegría.

Y a la semana siguiente anunciaba el Diario Oficial que el señor Sacrement era nombrado caballero de la Legión de Honor, en virtud de los servicios excepcionales prestados por él mismo.

FIN

Confesiones de una mujer

Amigo mío, me ha pedido usted que le cuente los recuerdos más vivos de mi existencia. Soy muy vieja, sin parientes, sin hijos; puedo, pues, libremente confesarme con usted. Prométame sólo que jamás desvelará mi nombre.

He sido muy amada, usted lo sabe; y a menudo amé yo también. Era muy hermosa; puedo decirlo hoy, cuando ya nada queda. El amor era para mí la vida del alma, como el aire es la vida del cuerpo. Hubiera preferido morir a existir sin ternura, sin un pensamiento siempre clavado en mí. Las mujeres pretenden con frecuencia no amar sino una sola vez con todo el poder de su corazón; con frecuencia me ocurrió que amaba tan violentamente que me parecía imposible que aquellos transportes finalizasen. Y sin embargo se extinguían siempre de una forma natural, como un fuego falto de leña.

Le contaré hoy la primera de mis aventuras, en la que yo fui muy inocente, aunque determinó las otras.

La horrible venganza de ese espantoso farmacéutico de Le Pecq me ha recordado el terrible drama al cual asistí muy a mi pesar.

Estaba casada desde hacía un año, con un hombre rico, el conde Hervé de Ker..., un bretón de vieja cepa al cual, por supuesto, no amaba. El amor, el verdadero, necesita, o por lo menos así lo creo, libertad y obstáculos al mismo tiempo. El amor impuesto, sancionado por la ley, bendecido por el sacerdote, ¿es amor? Un beso legal nunca vale lo que un beso robado.

Mi marido era de elevada estatura, elegante y todo un gran señor de aspecto. Pero carecía de inteligencia. Hablaba de un modo terminante, emitía opiniones cortantes como cuchillos. Se le notaba una mente llena de ideas preconcebidas, infundidas en él por sus padres que a su vez las habían recibido de sus antepasados. No vacilaba jamás, daba sobre todo una opinión inmediata y limitada, sin el menor embarazo y sin comprender que pudieran existir otros modos de ver. Se notaba que aquella cabeza estaba cerrada, que por ella no circulaban ideas, esas ideas que renuevan y sanean un espíritu como el viento que atraviesa una casa cuyas puertas y ventanas se abren.

El castillo donde vivíamos se encontraba en plena región desierta. Era un gran edificio triste, enmarcado por árboles enormes cuyo musgo hacía pensar en las blancas barbas de los ancianos. El parque, un verdadero bosque, estaba rodeado por un profundo foso de esos que llaman salto de lobo; y al final, del lado del páramo, teníamos dos grandes estanques llenos de cañas y de hierbas flotantes. Entre los dos, a orillas de un arroyo que los unía, mi marido había mandado construir una pequeña choza para tirar sobre los patos salvajes.

Teníamos, amén de nuestros criados normales, un guarda, una especie de bruto adicto a mi marido hasta la muerte, y una doncella, casi una amiga, locamente ligada a mí. Yo la había traído de España cinco años antes. Era una niña abandonada. Se la hubiera tomado por una gitana a causa de su tez morena, de sus ojos oscuros, de sus cabellos profundos como un bosque y siempre encrespados en torno a la frente. Contaba entonces dieciséis años, pero aparentaba veinte.

Comenzaba el otoño. Cazábamos mucho, unas veces en las propiedades de los vecinos, otras en la nuestra; y yo me fijé en un joven, el barón de C..., cuyas visitas al castillo se volvían singularmente frecuentes. Después dejó de venir, y no pensé más en él; pero me di cuenta de que mi marido cambiaba de actitud conmigo.

Parecía taciturno, preocupado, ya no me abrazaba; y aunque casi no entraba en mi dormitorio, que yo había exigido separado del suyo con el fin de vivir un poco sola, a menudo oía, de noche, unos pasos furtivos que llegaban hasta mi puerta y se alejaban tras unos minutos.

Como mi ventana estaba en la planta baja, a menudo creí también oír merodeos en la sombra, en torno al castillo. Se lo dije a mi marido, que me miró fijamente durante unos segundos y después respondió:

-No es nada, es el guarda.

Ahora bien, una noche, cuando acabábamos de cenar, Hervé, que parecía muy alegre, contra su costumbre, con una alegría socarrona, me preguntó:

-¿Le gustaría a usted pasar tres horas al acecho para matar un zorro que viene por las noches a comerse mis gallinas?

Me quedé sorprendida; vacilaba; pero como él me examinaba con singular obstinación, acabé respondiendo:

-Claro que sí, amigo mío.

Tengo que decirle que yo cazaba como un hombre lobos y jabalíes. Conque era muy natural que me propusiera aquel

acecho.

Pero mi marido de repente adoptó un aire extrañamente nervioso; y durante toda la velada estuvo agitado, levantándose y volviéndose a sentar febrilmente.

Hacia las diez me dijo de pronto:

-¿Está usted preparada?

Me levanté. Y cuando él me trajo mi escopeta, pregunté:

-¿Hay que cargar con bala o con posta?

Pareció sorprendido, y después prosiguió:

-¡Oh!, sólo con posta, bastará, puede estar segura.

Después, tras unos segundos, agregó con singular tono:

-¡Puede usted alabarse de su sangre fría!

Me eché a reír:

-¿Yo? ¿Por qué? ¡Sangre fría para ir a matar un zorro! Pero, ¡qué ideas tiene usted, amigo mío!

Y henos aquí en marcha, sin hacer ruido, a través del parque. Toda la casa dormía. La luna llena parecía teñir de amarillo el viejo edificio oscuro cuyo tejado de pizarra relucía. Las dos torrecillas que lo flanqueaban ostentaban en su cima dos placas de luz, y ningún ruido turbaba el silencio de aquella noche clara y triste, dulce y pesada, que parecía muerta. Ni el menor soplo de aire, ni un grito de un sapo, ni un gemido de lechuza; un lúgubre entorpecimiento se había abatido sobre todo.

Cuando estuvimos bajo los árboles del parque me asaltó su frescura, y un olor a hojas caídas. Mi marido no decía nada, pero escuchaba, espiaba, parecía olfatear en las sombras, poseído de pies a cabeza por la pasión de la caza.

Pronto llegamos al borde de los estanques.

Su cabellera de juncos permanecía inmóvil, ningún soplo la acariciaba; pero por el agua corrían movimientos apenas sensibles. A veces un punto se agitaba en la superficie, y de allí partían leves círculos, semejantes a arrugas luminosas, que se agrandaban sin fin.

Cuando llegamos a la choza donde debíamos emboscarnos, mi marido me dejó pasar delante, después armó lentamente su escopeta y el chasquido seco de las piezas me produjo un extraño efecto. Me sintió temblar y me preguntó:

-¿Es, acaso, que ya le basta a usted con esta prueba? Pues márchese.

Respondí, muy sorprendida:

-Nada de eso, no he venido para regresar. ¿Está usted de broma esta noche?

Murmuró:

-Como usted quiera.

Y permanecimos inmóviles.

Al cabo de una media hora, como nada turbaba la pesada y clara tranquilidad de aquella noche de otoño, dije, en voz baja:

-¿Está usted seguro de que pasa por aquí?

Hervé tuvo una sacudida, como si lo hubiera mordido, y, con la boca pegada a mi oído:

-Estoy seguro, escuche.

Y volvió a reinar el silencio.

Creo que empezaba a amodorrarse cuando mi marido me apretó el brazo; y su voz silbante, cambiada, pronunció:

-¿No le ve usted, allá abajo, entre los árboles?

Por mucho que miraba, yo no distinguía nada. Y lentamente Hervé apuntó, mientras me miraba fijamente a los ojos. Yo misma estaba preparada para disparar, cuando de pronto, a treinta pasos de nosotros, apareció a plena luz un hombre que avanzaba a pasos rápidos, con el cuerpo inclinado, como si viniera huyendo.

Me quedé tan estupefacta que lancé un violento grito; pero antes de que pudiera volverme, ante mis ojos pasó una llama, una detonación me aturdió, y vi al hombre rodar por el suelo como un lobo que recibe una bala.

Lancé agudos clamores, espantada, asaltada por la locura; y entonces una mano furiosa, la de Hervé, me asió por la garganta. Fui derribada, y después alzada en sus robustos brazos. Corrió, llevándome en vilo, hacia el cuerpo tendido sobre la hierba, y me arrojó sobre él, violentamente, como si hubiera querido romperme la cabeza.

Me sentí perdida; iba a matarme; y ya alzaba sobre mi frente su tacón, cuando a su vez fue sujetado y derribado, sin que yo hubiese entendido aún lo que estaba ocurriendo.

Me alcé bruscamente y vi, de rodillas sobre él, a Paquita, mi criada, que, aferrada a él como un gato furioso, crispada, enloquecida, le arrancaba la barba, el bigote y la piel del rostro.

Después, como asaltada bruscamente por otra idea, se levantó y, arrojándose sobre el cadáver, lo estrechó entre sus brazos, besándolo en los ojos, en la boca, abriendo con sus labios los labios muertos, buscando en ellos un hálito, y la profunda caricia de los amantes.

Mi marido, en pie, la miraba. Comprendió y, cayendo a mis pies:

-¡Oh! perdón, querida mía; sospeché de ti y he matado al amante de esta muchacha; mi guarda me ha engañado.

Yo, por mi parte, miraba los extraños besos de aquel muerto y aquella viviente; y los sollozos de ella, y sus sobresaltos de amor desesperado.

Y en ese momento comprendí que le sería infiel a mi marido.

FIN

Cosas viejas

Querida Colette:

No sé si recordarás un verso del ¡señor de Sainte-Beuve, que juntas leímos y que ha quedado grabado en mi pensamiento; porque este verso me dice a mí muchas cosas, y en repetidas ocasiones, sobre todo desde hace algún tiempo, tranquiliza mi corazón. Helo aquí:

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Actualmente estoy sola en esta casa donde nací, donde he vivido y donde espero acabar mis días. Esto no es muy alegre que digamos, pero es dulce, porque aquí me hallo rodeada de recuerdos.

Mi hijo Enrique es abogado: pasa aquí dos meses cada doce. Juana habita con su esposo en la otra extremidad de Francia, y yo soy quien va a verla todos los otoños. Me hallo, pues, aquí sola, completamente sola, pero rodeada de objetos familiares, que sin cesar me hablan de los míos, de los muertos y de los ausentes.

No leo mucho, soy vieja; pero pienso sin cesar o, mejor dicho, sueño. ¡Oh! ¡Y ya no sueño a la manera de otro tiempo! ¿Recuerdas nuestras locas ocurrencias, las aventuras que combinábamos en nuestros cerebros de veinte años y todos los entrevistos horizontes de felicidad?

Nada de todo aquello se ha realizado; o mejor dicho, lo que ha tenido efecto es otra cosa menos deliciosa, menos poética, pero satisfactoria para los que saben tomar valientemente un partido en la vida.

¿Sabes por qué las mujeres somos desgraciadas con tanta frecuencia? Porque cuando jóvenes se nos enseña a creer demasiado en la dicha. Jamás se nos educa en la idea de que hay que combatir, luchar y padecer. Y, al primer choque, nuestro corazón se hace añicos; esperamos, abierta el alma, los torrentes de acontecimientos felices. No los vemos pasar más que semibuenos, y sollozamos inmediatamente. La dicha, la verdadera dicha de nuestros sueños, he aprendido a conocerla. No consiste en la venida de una gran felicidad, porque las grandes felicidades son muy raras y muy cortas, sino que reside, sencillamente en la espera infinita de una serie de alegrías que no llegan jamás. La dicha es la espera feliz, es el horizonte de esperanzas; es, pues, la ilusión inacabable. Si, querida amiga; lo único bueno son las ilusiones, y vieja como soy, aún las tengo nuevas a diario; sólo que siendo los mismos mis deseos, han cambiado de finalidad. Te dije antes que soñando paso la mayor parte del tiempo. ¿Qué otra cosa podría hacer? Y tengo dos maneras de soñar. Voy a comunicártelas; tal vez te sean útiles.

¡Oh! La primera es muy sencilla; consiste en sentarme junto al fuego, en un sillón bajito y tan blando como mis viejos huesos lo requieren, y transportarme a los acontecimientos que pasaron.

¡Qué corta es una vida! Sobre todo las que transcurren por entero en el mismo sitio. ¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Los recuerdos están amontonados, pegados unos a otros; y cuando se es vieja, parece en ocasiones que hace apenas diez se era joven. Sí; todo se deslizó como si se tratara de un día: mañana y tarde; y llega la noche, ¡la noche sin amanecer!

Mirando horas y horas al fuego, el pasado renace como si entre él y el presente mediara sólo un día. No se sabe ya dónde se está; el sueño se le lleva a una; se atraviesa nuevamente toda la propia existencia entera.

Y en ocasiones me hago la ilusión de que soy una niña; tantas y tales son las impresiones de otro tiempo, las sensaciones de juventud, hasta los impulsos, los latidos de corazón, toda esa savia de los dieciocho años; y tengo, claras como realidades nuevas, extrañísimas visiones de cosas olvidadas.

¡Oh! ¡Cómo me asaltan entonces los recuerdos de mis paseos de muchacha! Allí, en mi sillón, delante de la chimenea, volvía a ver de un modo raro hace varias tardes una puesta de sol en el Monte de San Miguel, y a continuación una cacería en el bosque de Uville, con el olor de la tierra húmeda y los perfumes de las flores bañadas de rocío, y con el calor del gran astro hundiéndose en el agua y la tibiaza mojada de sus primeros rayos mientras galopaba por el soto. Y todo lo que pensé entonces, mi exaltación poética ante las infinitas lejanías del mar, el vivo e intenso goce que experimentaba al rozar los ramajes, mis menores ideas, todo, los pequeños trozos de ensueño, de deseo y de sentimiento, todo, todo me vino a la imaginación cual si me hubiera estado ocurriendo, como si después no hubiesen transcurrido cincuenta años, enfriando mi sangre y cambiando enormemente mis esperanzas.

Pero mi otra manera de revivir el pasado es mucho mejor.

Sabrás, o no sabrás, querida Colette, que en casa nada se destruye. Tenemos arriba, en el desván, un gran aposento destinado sólo a los objetos ya inútiles, llamado «la habitación de las cosas viejas». Todo lo que se pone inservible es

encerrado allí. Muchas veces subo a este aposento y miro a mí alrededor. Entonces encuentro gran número de insignificancias en las cuales no se me había ocurrido pensar, y que me recuerdan otras tantas cosas. No son esos benditos muebles amigos que conocemos desde nuestra niñez y a los cuales va unido el recuerdo de acontecimientos, de alegrías o de tristezas; fechas de nuestra historia, que han tomado, a fuerza de confundirse en nuestra vida, una especie de personalidad, una fisonomía; que son los compañeros de nuestras horas dulces o sombrías, los únicos compañeros, ¡ay!, que estamos seguros de no perder, los únicos que no mueren como los otros, aquellos cuyas facciones, cuyos amantes ojos, cuya boca y cuya voz desaparecieron para siempre. En la confusión aquella, encuentro chucherías estropeadas, esas viejas cosillas insignificantes que rodaron por espacio de cuarenta años junto a nosotros, sin que nunca nos fijásemos en ellas, y que, cuando de pronto se vuelven a ver, toman una importancia, una significación de testigos antiguos. Me hacen el efecto de esas personas a quienes se vio tiempo infinito sin que se revelasen, y que, de repente, una tarde, por un motivo fútil, se desbordan en una charla inacabable, contando acerca de sí mismas unas cosas que ni siquiera se sospechaban.

Y voy de un objeto a otro con ligeras sacudidas en el corazón, exclamando: «¡Toma! Esto yo lo rompí; y lo rompí el día que Pablo marchó a Lyon», o bien: «¡Ah!, ésta es la pequeña linterna de mamá; aquella linterna que empleaba para ir a la iglesia las noches de invierno.»

Hasta encuentro cosas que no me dicen nada, que vienen de mis abuelos: cosas que no conoció ninguna de las personas vivas hoy, cuya historia, cuyas aventuras no sabe nadie; a cuyos propietarios nadie conoció. Nadie vio las manos que las sobaron ni los ojos que las miraron. ¡Y éstas me hacen pensar mucho tiempo! Representan para mí a seres abandonados, cuyos últimos amigos fallecieron.

Tú, mi querida Colette, no debes comprender esto, y te van a hacer reír mis tonterías, mis infantiles y sentimentales manías. Eres parisiense, y ustedes las parisienses no conocen esta vida interna, estas excursiones al propio corazón. Ustedes viven exteriormente, con todos sus pensamientos al aire libre. Como paso la existencia sola, no puedo hablarte más que de mí. Cuando me contestes, háblame de ti un poco, que pueda yo ponerme en tu lugar, como te podrás tú poner mañana en el mío.

Pero tú no comprenderás nunca por entero el verso del señor de Sainte-Beuve:

¡Nacer, vivir y morir en la misma morada!

Mil besos de tu antigua amiga,

Adelaida

FIN

Crónica

¡En fin! ¡En fin!... Demos la bienvenida a la justicia en nuestro país, que resulta ser casi asombrosa. En quince días ha hecho dos arrestos sorprendentes.

Ha condenado a un año de prisión a una joven bárbara que había destrozado con ácido sulfúrico el rostro de su rival.

Después, ocho días más tarde, castigó con la misma pena a un marido, complaciente primero, celoso a continuación, que había alojado una bala de revólver en el vientre de su feliz rival.

Esta nueva manera de apreciar este género de delitos es seguramente preferible a la antigua. Sin embargo, deja mucho que desear.

En el primer caso, un médico, pasando de una morena a una rubia, es la causa de esta horrible venganza que es peor que la muerte. Una pobre chica, desfigurada, llegando a ser horrorosa, llevará hasta sus últimos días las horribles marcas de la infidelidad, muy excusable, de un hombre.

¿Cual es, pues, el culpable, si es que hay uno? ¡Indudablemente el hombre!

Sin embargo éste viene simplemente como testigo a declarar sobre los hechos.

Ahora bien, la única, la auténtica condenada, la gran castigada, es la inocente.

Un año de prisión; muy bien. Eso no es nada. Así que, por un año de prisión, podemos arrancar la nariz y las orejas y quemar los ojos de una rival cuya belleza nos molesta. La única manera de castigar esta confusión en la elección de la víctima y este error sobre el culpable, ¿no sería condenar a reparaciones pecuniarias, las únicas que realmente afectan profundamente a la humanidad? ¿No deberíamos ordenar que, durante seis años, veinte años, hasta la muerte, puesto que las atroces heridas quedarán hasta la descomposición final, que la que ha mutilado así a su rival, en lugar de castigar a la amante, le pague una pensión, le pase una renta, le de, si es obrera, la mitad de lo que gane y, si es rica, una suma considerable?

La otra podrá ofrecérsela a los pobres si quiere.

En el segundo caso, el marido, un obrero, había tolerado todas las escapadas de su mujer. Diez veces él la había perdonado y diez veces ella se volvió a marchar. Él mismo había llegado al extremo de la complacencia hasta abrir la puerta diciendo: “Te doy ocho horas, no más. En ocho horas tienes tiempo de saciar tu capricho. Después volverás y te comportarás de forma muy honesta”.

Ella respondió: “Sí, mi hombre”. Hizo su bolsita para una semana, luego se puso en marcha, el corazón contento, en la creencia de la palabra jurada.

Entrando en casa de su amigo, le dijo sin dudar: “¿Sabes?..., tengo ocho días”.

Él debió de responder: “¡Vale, mucho mejor! Tu marido es muy gentil. Le ofreceré una copa la próxima vez que nos encontremos.”

Este hombre también dormía tranquilo. Ahora bien, una mañana se encuentra frente al esposo. Va hacia él, la mano extendida, para proponerle entrar en la taberna de enfrente. ¿Qué podía temer? ¡Todavía le quedaban tres días!

Pero el marido, violando su palabra, violando el trato hecho con su mujer, traidor como un general, que, durante el armisticio, mientras que la bandera blanca se balancea sobre los muros, dispara sobre el enemigo confiado y sin defensa, el marido le da la mano armada con un revólver y dispara.

Veamos, ¿es esto honesto y leal? ¿Esto?

Y la culpable, la única culpable, la verdadera culpable, la esposa infiel, vuelve tranquilamente al domicilio conyugal. Además, ¡ella va a tener un año de libertad! ¡Los señores del jurado la recompensan, al fin! El marido daba ocho días; ¡ellos dan un año! ¡Pero en estas condiciones, todo favorece la infidelidad a su marido! Yo sé de esto, mujeres, que van a reflexionar... y tal vez...

Sin embargo, deducimos que, desde hace seis meses, la moral ha cambiado en Francia. Las chicas que usan ácido sulfúrico y los maridos que usan pistola están expuestos ahora a ir a dormir durante algún tiempo sobre la paja húmeda de los calabozos. Bueno, ¡tanto mejor!

¿Quién sabe? Dentro de un año tal vez les condenarán a trabajos forzosos, y, en cinco años, al ya no estar el señor Grévy, los guillotinarán.

Así que, lo que era perfectamente excusable no hace mucho, ya no lo es. No caigamos jamás bajo la mano de la justicia, hermanos.

Lo interesante, por ejemplo, sería saber qué detenciones dictarían, ante los mismos hechos y las mismas circunstancias, los jueces de los principales pueblos del mundo.

¿Cómo sería tratado este marido contradictorio por un tribunal inglés, por un tribunal español, por los tribunales italianos, alemanes, rusos, musulmanes, daneses o escandinavos?

Apostaría uno contra cien a que el mismo hombre, por este mismo crimen, sería condenado a muerte aquí, absuelto allá, amonestado simplemente bajo tal latitud y felicitado bajo tal otra.

El acto es el mismo, pero la manera de juzgar difiere tanto, por tantas razones, a través de las tierras y las costumbres, que el Juez errante, por ejemplo, no debe saber nunca si ha hecho algo bien o mal, si merece un estímulo o un castigo.

Recuerdo haber leído un día el relato de un crimen espantoso, de un crimen contra natura, cometido en Italia, y me vino este pensamiento, recorriendo los horribles detalles: ese crimen es muy italiano, es perfectamente el producto que la herencia de una raza puede hacer nacer.

Un criminal inglés, un criminal francés, todos también crueles, pero diferentes, éste con un escepticismo insolente, aquel con un cinismo oscuro, no habrían tenido este tipo de fanatismo supersticioso, esta crueldad convencida.

Yo iba de Gênes a Marsella, solo en mi vagón. Era primavera, hacía calor. Los soplos deliciosos de los naranjos, de los limoneros y de los rosales de los cuales esta costa está cubierta, entraban por las portezuelas bajadas, adormecedoras y embriagadoras.

Dos señoras, que se habían bajado en Bordighera, habían dejado sobre el banco un viejo periódico roto, un periódico italiano, del mes de agosto de 1882.

De casualidad lo cogí y le eché un vistazo. Y hete aquí lo que encontré en el informe de los tribunales:

En los alrededores de San Remo vivía una viuda con su único hijo. La mujer era mayor y no era rica, y amaba a su pequeño como a la única cosa que tenía en el mundo.

Cayó enfermo, de una enfermedad desconocida que los médicos no determinaron. Se debilitaba, cada día estaba más pálido y más débil. Se moría.

Por fin fue desahuciado, juzgado perdido, sin esperanza. La madre, loca de dolor, había llamado a todos los curanderos del país, rogado a todas las madonnas, rezado rosarios en todas las capillas.

Al final, fue a encontrar a una especie de hechicero, un viejo hombre temible que echaba suertes, practicaba la magia y la medicina, daba a la gente todos los servicios ocultos que la ley perseguía, y que poseía, decían, secretos maravillosos.

Ella le suplicó que viniera, prometiendo darle todo lo que él quisiera de ella si curaba a su pobre hijo, todo, incluso su vida, prodigando las ofertas exaltadas, tan fáciles en las horas de perturbación, y naturales, por otra parte, del amable pueblo italiano, que usa en toda ocasión los adjetivos calificativos más expresivos.

El brujo la siguió. Y, fuese que él hubiera sido más clarividente que los médicos, fuese el azar que lo ayudó, el niño se curó, gracias a sus cuidados o, tal vez, a pesar de sus cuidados.

Cuando ella lo vio de nuevo levantado, caminando, corriendo y contento como antaño, la madre, delirante de alegría, volvió junto su salvador:

-Vengo a mantener mi promesa -dijo-. ¿Qué quiere que yo le dé?

Él exigió todo lo que ella poseía, todo. Campo, jardín, casa, mobiliario, dinero, todo, sin exceptuar nada salvo los trapos que la mujer y su pequeño llevaban puestos.

Ella se quedó aterrada delante de esta pretensión imprevista y feroz.

-¡Pero yo no puedo darle todo! Soy vieja, no puedo trabajar. Él, él es demasiado joven para hacer algo todavía. Así que, nos haría falta mendigar.

Ella le suplicó, le mostró cómo esto sería la muerte para ellos: para ella debilitada, para el niño apenas todavía curado;

que ella no podía llevarlo así por los caminos, tomándole la mano, sin un techo por la noche, sin una silla para sentarse, sin una mesa para comer.

Ella le ofreció la mitad de sus bienes, las tres cuartas partes, reservándose únicamente de qué vivir durante algunos años, hasta que el hijo fuera mayor.

El hombre, obstinado, inflexible, rechazó y la despidió amenazándola con su próxima venganza “que le haría llorar sangre”, le decía.

Regresó a su casa horrorizada.

Algunos días más tarde, le trajeron a su hijo agonizante, retorciéndose de horribles dolores. Murió después de haber balbuceado que el hechicero, habiéndolo encontrado en la calle, le había hecho tomar unas pastillas.

El hombre fue arrestado. Confesó su crimen con seguridad, con orgullo.

-Sí -dijo- yo le envenené. Me pertenecía ya que yo lo había salvado. ¿Qué se me puede reprochar? La madre no mantuvo su promesa; entonces, yo deshice lo que había hecho, yo he cogido la vida de su niño que ella me debía. Era mi derecho.

Se intentó hacerle comprender qué acción horrible, monstruosa, había cometido.

Permaneció inquebrantable en su razonamiento.

“El niño me pertenecía, puesto que yo lo había salvado”.

.....

El tribunal, había aplazado para dentro de ocho días su decisión. No he sabido la sentencia.

Una causa parecida, en Francia, habría llegado a ser una causa célebre, como la de La Pommerais o de la señora Lafarge. En Italia, ha pasado inadvertida. Aquí, este hombre habría sido sin duda condenado a muerte. Allá, tal vez ha sido condenado a un año de prisión como el que se le ha adjudicado a la del sulfúrico o al marido este mes aquí.

FIN

Cuento de Navidad

El doctor Bonenfantes forzaba su memoria, murmurando:

-¿Un recuerdo de Navidad?... ¿Un recuerdo de Navidad?...

Y, de pronto, exclamó:

"-Sí, tengo uno, y por cierto muy extraño. Es una historia fantástica, ¡un milagro! Sí, señoras, un milagro de Nochebuena.

"Comprendo que admire oír hablar así a un incrédulo como yo. ¡Y es indudable que presencié un milagro! Lo he visto, lo que se llama verlo, con mis propios ojos.

"¿Que si me sorprendió mucho? No; porque sin profesar creencias religiosas, creo que la fe lo puede todo, que la fe levanta las montañas. Pudiera citar muchos ejemplos, y no lo hago para no indignar a la concurrencia, por no disminuir el efecto de mi extraña historia.

"Confesaré, por lo pronto, que si lo que voy a contarles no fue bastante para convertirme, fue suficiente para emocionarme; procuraré narrar el suceso con la mayor sencillez posible, aparentando la credulidad propia de un campesino.

"Entonces era yo médico rural y habitaba en plena Normandía, en un pueblecillo que se llama Rolleville.

"Aquel invierno fue terrible. Después de continuas heladas comenzó a nevar a fines de noviembre. Amontonábanse al norte densas nubes, y caían blandamente los copos de nieve tenue y blanca.

"En una sola noche se cubrió toda la llanura.

"Las masías, aisladas, parecían dormir en sus corralones cuadrados como en un lecho, entre sábanas de ligera y tenaz espuma, y los árboles gigantescos del fondo, también revestidos, parecían cortinajes blancos.

"Ningún ruido turbaba la campiña inmóvil. Solamente los cuervos, a bandadas, describían largos festones en el cielo, buscando la subsistencia, sin encontrarla, lanzándose todos a la vez sobre los campos lívidos y picoteando la nieve.

"Sólo se oía el roce tenue y vago al caer los copos de nieve.

"Nevó continuamente durante ocho días; luego, de pronto, aclaró. La tierra se cubría con una capa blanca de cinco pies de grueso.

"Y, durante cerca de un mes, el cielo estuvo, de día, claro como un cristal azul y, por la noche, tan estrellado como si lo cubriera una escarcha luminosa. Helaba de tal modo que la sábana de nieve, compacta y fría, parecía un espejo.

"La llanura, los cercados, las hileras de olmos, todo parecía muerto de frío. Ni hombres ni animales asomaban; solamente las chimeneas de las chozas en camisa daban indicios de la vida interior, oculta, con las delgadas columnas de humo que se remontaban en el aire glacial.

"De cuando en cuando se oían crujir los árboles, como si el hielo hiciera más quebradizas las ramas, y a veces desgajábase una, cayendo como un brazo cortado a cercén.

"Las viviendas campesinas parecían mucho más alejadas unas de otras. Vivíase malamente; cada uno en su encierro. Sólo yo salía para visitar a mis pacientes más próximos, y expuesto a morir enterrado en la nieve de una hondonada.

"Comprendí al punto que un pánico terrible se cernía sobre la comarca. Semejante azote parecía sobrenatural. Algunos creyeron oír de noche silbidos agudos, voces pasajeras. Aquellas voces y aquellos silbidos los daban, sin duda, las aves migratorias que viajaban al anochecer y que huían sin cesar hacia el sur. Pero es imposible que razonen gentes desesperadas. El espanto invadía las conciencias y se aguardaban sucesos extraordinarios.

"La fragua de Vatinel hallábase a un extremo del caserío de Epívent, junto a la carretera intransitada y desaparecida. Como carecían de pan, el herrero decidió ir a buscarlo. Entretúvose algunas horas hablando con los vecinos de las seis casas que formaban el núcleo principal del caserío; recogió el pan, varias noticias, algo del temor esparcido por la comarca, y se puso en camino antes de que anocheciera.

"De pronto, bordeando un seto, creyó ver un huevo sobre la nieve, un huevo muy blanco; inclinose para cerciorarse; no

cabía duda; era un huevo. ¿Cómo sé hallaba en tan apartado lugar? ¿Qué gallina salió de su corral para ponerlo allí? El herrero, absorto, no se lo explicaba, pero cogió el huevo para llevárselo a su mujer.

"-Toma este huevo que encontré en el camino.

"La mujer bajó la cabeza, recelosa:

"-¿Un huevo en el camino con el tiempo que hace? ¿No te has emborrachado?

"-No, mujer, no; te aseguro que no he bebido. Y el huevo estaba junto a un seto, caliente aún. Ahí lo tienes; me lo metí en el pecho para que no se enfriase. Cómelo esta noche.

"Lo echaron en la cazuela donde se hacía la sopa, y el herrero comenzó a referir lo que se decía en la comarca.

"La mujer escuchaba, palideciendo.

"-Es cierto; yo también oí silbidos la pasada noche, y entraban por la chimenea.

"Sentáronse y tomaron la sopa; luego, mientras el marido untaba un pedazo de pan con manteca, la mujer cogió el huevo, examinándolo con desconfianza.

"-¿Y si tuviese algún maleficio?

"-¿Qué maleficio puede tener?

"-¡Toma! ¡Si yo supiera!

"-¡Vaya! Cómelo y no digas bestialidades.

"La mujer abrió el huevo; era como todos, y se dispuso a tomárselo con prevención, cogiéndolo, dejándolo, volviendo a cogerlo. El hombre decía:

"-¿Qué haces? ¿No te gusta? ¿No es bueno?

"Ella, sin responder, acabó de tragárselo. Y de pronto fijó en su marido los ojos, feroces, inquietos, levantó los brazos y, convulsa de pies a cabeza, cayó al suelo, retorciéndose, dando gritos horribles.

"Toda la noche tuvo convulsiones violentas y un temblor espantoso la sacudía, la transformaba. El herrero, falto de fuerza para contenerla, tuvo que atarla.

"Y la mujer, sin reposo, vociferaba:

"-¡Se me ha metido en el cuerpo! ¡Se me ha metido en el cuerpo!

"Por la mañana me avisaron. Apliqué todos los calmantes conocidos; ninguno me dio resultado. Estaba loca.

"Y, con una increíble rapidez, a pesar del obstáculo que ofrecían a las comunicaciones las altas nieves heladas, la noticia corrió de finca en finca: 'La mujer de la fragua tiene los diablos en el cuerpo.'

"Acudían los curiosos de todas partes; pero sin atreverse a entrar en la casa, oían desde fuera los horribles gritos, lanzados por una voz tan potente que no parecían propios de un ser humano.

"Advirtieron al cura. Era un viejo incauto. Acudió con sobrepelliz, como si se tratara de auxiliar a un moribundo, y pronunció las fórmulas del exorcismo, extendiendo las manos, rociando con el hisopo a la mujer, que se retorció soltando espumarajos, mal sujeta por cuatro mocetones.

"Los diablos no quisieron salir.

"Y llegaba la Nochebuena, sin mejorar el tiempo.

"La víspera, por la mañana, el cura fue a visitarme:

"-Deseo -me dijo- que asista la infeliz a la misa de gallo. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo la salve, a la hora en que nació de una mujer.

"Yo respondí:

"-Me parece bien, señor cura. Es posible que se impresione con la ceremonia, muy a propósito para conmovier, y que sin

otra medicina pueda salvarse.

"El viejo cura insinuó:

"-Usted es un incrédulo, doctor, y, sin embargo, confío mucho en su ayuda. ¿Quiere usted encargarse de que la lleven a la iglesia?"

"Prometí hacer para servirle cuanto estuviese a mi alcance.

"De noche comenzó a repicar la campana, lanzando sus quejumbrosas vibraciones a través de la sombría llanura, sobre la superficie tersa y blanca de la nieve.

"Bultos negros llegaban agrupados lentamente, sumisos a la voz de bronce del campanario. La luna llena iluminaba con su tibia claridad todo el horizonte, haciendo más notoria la pálida desolación de los campos.

"Fui a la fragua con cuatro mocetones robustos.

"La endemoniada seguía rugiendo y aullando, sujeta con sogas a la cama. La vistieron, venciendo con dificultad su resistencia, y la llevaron.

"A pesar de hallarse ya la iglesia llena de gente y encendidas todas las luces, hacía frío; los cantores aturdían con sus voces monótonas; roncaba el serpentón; la campanilla del monaguillo advertía con su agudo tintineo a los devotos los cambios de postura.

"Detuve a la mujer y a sus cuatro portadores en la cocina de la casa parroquial, aguardando el instante oportuno. Juzgué que éste sería el que sigue a la comunión.

"Todos los campesinos, hombres y mujeres, habían comulgado pidiendo a Dios que los perdonase. Un silencio profundo invadía la iglesia, mientras el cura terminaba el misterio divino.

"Obedeciéndome, los cuatro mozos abrieron la puerta y acercáronse a la endemoniada.

"Cuando ella vio a los fieles de rodillas, las luces y el tabernáculo resplandeciente, hizo esfuerzos tan vigorosos para soltarse que a duras penas conseguimos retenerla; sus agudos clamores trocaron de pronto en dolorosa inquietud la tranquilidad y el recogimiento de la muchedumbre; algunos huyeron.

"Crispada, retorcida, con las facciones descompuestas y los ojos encendidos, apenas parecía una mujer.

"La llevaron a las gradas del presbiterio, sosteniéndola fuertemente, agazapada.

"Cuando el cura la vio allí, sujeta, se acercó cogiendo la custodia, entre cuyas irradiaciones de oro aparecía una hostia blanca, y alzando por encima de su cabeza la sagrada forma, la presentó con toda solemnidad a la vista de la endemoniada.

"La mujer seguía vociferando y aullando, con los ojos fijos en aquel objeto brillante; y el cura estaba inquieto, inmóvil, hasta el punto de parecer una estatua.

"La mujer mostrábase temerosa, fascinada, contemplando fijamente la custodia; presa de terribles angustias, vociferaba todavía; pero sus voces eran menos desgarradoras.

"Aquello duró bastante.

"Hubiérase dicho que su voluntad era impotente para separar la vista de la hostia; gemía, sollozaba; su cuerpo, abatido, perdía la rigidez, recobraba su blandura.

"La muchedumbre se había prosternado con la frente en el suelo; y la endemoniada, parpadeando, como si no pudiera resistir la presencia de Dios ni sustraerse a contemplarlo, callaba. Luego advertí que se habían cerrado sus ojos definitivamente.

"Dormía el sueño del sonámbulo, hipnotizada..., ¡no, no!, vencida por la contemplación de las fulgurantes irradiaciones de la custodia de oro; humillada por Cristo Nuestro Señor triunfante.

"Se la llevaron, inerte, y el cura volvió al altar.

"La muchedumbre, desconcertada, entonó un tedeum.

"Y la mujer del herrero durmió cuarenta y ocho horas seguidas. Al despertar, no conservaba ni la más insignificante

memoria de la posesión ni del exorcismo.

"Ahí tienen, señoras, el milagro que yo presencié.

Hubo un corto silencio y, luego, añadió:

-No pude negarme a dar mi testimonio por escrito.

FIN

Después

-Queridos -dijo la condesa- hay que ir a acostarse.

Los tres, niños y niñas, se levantaron y fueron a abrazar a su abuela.

Después vinieron a darle las buenas noches al señor cura, que había cenado en el castillo como todos los jueves.

El abad Mauduit sentó a dos sobre sus rodillas, pasando sus largos brazos vestidos de negro por detrás del cuello de los niños y, aproximando sus cabezas con un movimiento paternal, les besó la frente con un beso muy tierno.

Después los volvió a poner en el suelo, y las pequeñas criaturas, el niño delante y las niñas detrás, se fueron.

-¿Le gustan los niños, señor cura? -preguntó la condesa.

-Mucho, señora.

La anciana señora levantó sus ojos claros hacia el sacerdote.

-Y... su soledad, ¿nunca le ha pesado demasiado?

-Sí, a veces.

Él se calló, dudó, y después continuó:

-Pero yo no he nacido para la vida mundana.

-¿Qué sabe usted de eso?

-¡Oh! Lo sé bastante bien. Yo fui creado para ser sacerdote, he seguido mi senda.

La condesa lo observaba continuamente:

-Veamos, señor cura, dígame, dígame, ¿como se decidió a renunciar a todo lo que nos hace amar la vida, a todo lo que nos consuela y nos sostiene?. ¿Quién lo ha empujado o inducido a apartarse del gran camino natural, del matrimonio y la familia? Usted no es ni un exaltado, ni un fanático, ni un sombrío, ni un triste. ¿Ha sido algún acontecimiento, una pena, lo que lo ha decidido a pronunciar votos de por vida?

El abad Mauduit se levantó y se aproximó al fuego, después extendió hacia las llamas sus zapatones de sacerdote de pueblo. Parecía siempre dudar a la hora de responder.

Era un enorme anciano de cabellos blancos que prestaba sus servicios desde hacía veinte años en la comunidad de Saint-Antoine-du-Rocher. Los campesinos decían de él:

-Es un buen hombre.

En efecto, era un gran hombre, condescendiente, familiar, bondadoso y, sobre todo, generoso. Como San Martín, él había rasgado en dos su abrigo. Era de risa fácil y lloraba también por poca cosa, como una mujer, lo que le perjudicaba incluso un poco ante el carácter rudo de los campesinos.

La anciana condesa de Saville, retirada en su castillo de Rocher para cuidar a sus nietos después de las muertes sucesivas de su hijo y su nuera, quería mucho a su sacerdote, y decía de él: "Es un encanto".

Él venía todos los jueves a pasar la noche con la dueña del castillo y se había creado entre ellos una buena y franca amistad entre ancianos.

Se entendían casi con medias palabras, siendo los dos buenas personas, con esa bondad de las gentes sencillas y tiernas.

Ella insistía:

-Veamos, señor cura, confíese usted.

Él repetía:

-Yo no había nacido para la vida común. Me di cuenta a tiempo felizmente, y muy a menudo he constatado que no me

he equivocado.

Mis padres, vendedores merceros en Verdiers, y bastante ricos, tenían muchas esperanzas puestas en mí. Me mandaron a una pensión muy joven. No se sabe lo que puede llegar a sufrir un niño en un colegio por el mero hecho de la separación, del aislamiento. Esta vida uniforme y sin ternura es buena para unos, detestable para otros. Los seres pequeños tienen a menudo el corazón mucho más sensible de lo que uno cree y, encerrándolos así, demasiado pronto, lejos de aquellos que aman, se puede desarrollar hasta el exceso una sensibilidad que se exalta, que se convierte en enfermiza y peligrosa.

Yo no jugaba apenas, no tenía compañeros, pasaba mis horas echando de menos la casa, lloraba por la noche en mi cama, me rompía la cabeza para reencontrar recuerdos de mi hogar, recuerdos insignificantes, pequeñas cosas, pequeños sucesos. Pensaba sin cesar en todo lo que había dejado allá. Me convertía muy lentamente en un exaltado para quien las más ligeras contrariedades eran horribles penas.

Con todo esto yo permanecía taciturno, cerrado en mí mismo, sin expansión, sin confidentes. Este trabajo de excitación mental se hacía sobria y concienzudamente. Los nervios de los niños son rápidamente sacudidos; deberíamos vigilar a aquellos que viven en una paz profunda, hasta su desarrollo casi completo. Pero, ¿quién puede pensar que, para algunos colegiales, un castigo injusto puede ser un dolor tan grande como lo será más tarde la muerte de un amigo? ¿Quién se da cuenta exactamente de que algunas almas jóvenes sufren por una nimiedad emociones terribles, y son, en poco tiempo, almas enfermas, incurables?

Este fue mi caso. Esta facultad de lamento se desarrolló en mí de forma que toda mi existencia se convirtió en un martirio.

No lo decía, no decía nada, pero poco a poco me volví de una sensibilidad, o más bien, de una sensibilidad tan viva que mi alma parecía una herida abierta. Todo lo que la tocaba le producía retortijones de dolor, vibraciones horrorosas, y como consecuencia verdaderos estragos. ¡Felices los hombres que la naturaleza ha acorazado de indiferencia y armado de estoicismo!

Llegué a los dieciséis años. Una timidez excesiva me caracterizaba como consecuencia de esta capacidad para sufrir con todo. Sintíendome desnudo ante todos los ataques del azar o del destino, temía todos los contactos, todos los acercamientos, todos los acontecimientos. Vivía en alerta como bajo la amenaza constante de una desgracia desconocida y siempre esperada. No osaba ni hablar, ni intervenir en público. Tenía la sensación de que la vida era una batalla, una lucha espantosa donde se reciben golpes tremendos, heridas dolorosas, mortales. En lugar de alimentar, como todos los hombres, la feliz esperanza del día después, solo mantenía un confuso temor y sentía en mí una especie de ganas de esconderme, de evitar este combate en el que yo sería vencido y muerto.

Rematados mis estudios, me dieron seis meses de vacaciones para escoger una carrera. Un acontecimiento muy simple me hizo de repente ver claro, me mostró el estado enfermizo de mi espíritu, me hizo comprender el peligro y me hizo tomar la decisión de escapar.

Verdiers es una pequeña ciudad rodeada de llanuras y bosques. En la calle principal se encontraba la casa de mis padres. Últimamente, pasaba mis días lejos de esta morada que tanto había echado de menos, tanto había deseado. Se habían despertado en mí sueños, y me paseaba por los campos, completamente solo, para dejarlos escapar, echar a volar.

Mi padre y madre, muy ocupados con su comercio y preocupados por mi porvenir, no me hablaban más que de sus ventas o de mis posibles proyectos. Me querían como una persona positiva, de espíritu práctico; me querían con la razón antes que con su corazón. Yo vivía amurallado en mis pensamientos y tembloroso con mi eterna inquietud.

Ahora bien, una tarde, después de un largo recorrido, percibí, cuando regresaba a zancadas para no llegar tarde, un perro que corría hacia mí. Era una especie de podenco rojo, muy delgado, con largas orejas rizadas.

Cuando estuvo a diez pasos se detuvo. Y yo hice lo mismo. Entonces él se puso a agitar la cola y se aproximó a pasitos, con movimientos de temor en todo el cuerpo, doblándose sobre sus patas como para implorarme y moviendo suavemente la cabeza. Lo llamé. Hizo como si se rebajara, con un aspecto tan humilde, tan triste, tan suplicante, que sentí las lágrimas en los ojos. Fui hacia él, se fue, después volvió y yo me arrodillé mostrándole ternura a fin de atraerlo. Por fin estuvo al alcance de mi mano y, muy suavemente, lo acaricié con precauciones infinitas.

Entonces él se animó, se levantó poco a poco, posó sus patas sobre mis hombros y se puso a lamerme la cara. Me siguió hasta casa.

Fue realmente el primer ser que yo amaba apasionadamente porque él me devolvía mi ternura. Mi afecto por este animal fue, en verdad, exagerado y ridículo. Me parecía, confusamente, que éramos dos hermanos perdidos sobre la tierra, tan aislados y sin defensa el uno como el otro. Él ya no me dejaba nunca, dormía a los pies de mi cama, comía en la mesa a pesar del descontento de mis padres y me seguía en mis recorridos solitarios.

A menudo me detenía sobre el borde de una zanja y me sentaba en la hierba. Sam en seguida acudía, se acostaba a mi lado o sobre mis rodillas y levantaba mi mano con la punta del hocico a fin de hacerse acariciar.

Un día, hacia finales de junio, estando en la carretera de Saint-Pierre-de-Chabrol, vi venir la diligencia de Ravereau. Se acercaba al galope tirada por cuatro caballos, con su maletero amarillo y la capota de cuero negro que cubría su imperial. El cochero hacía chasquear su látigo; una nube de polvo se levantaba bajo las ruedas del pesado carruaje y después ondeaba por detrás, como una nube.

Y de repente, a medida que se acercaba hacia mí, Sam, asustado tal vez por el ruido y queriendo juntarse conmigo, se lanzó delante de ella. La pata de un caballo lo derribó. Lo vi rodar, girar, volver a levantarse, volver a caer sobre todas sus patas. Después la diligencia entera dio dos grandes sacudidas y vi detrás de ella, en medio del polvo, algo que se agitaba sobre la carretera. Estaba casi cortado en dos, todo el interior de su vientre colgaba desgarrado, salía sangre a borbotones. Intentó levantarse, caminar, pero sólo las dos patas de delante podían moverse y arañar la tierra, como para hacer un agujero. Las otras dos estaban ya muertas. Aullaba horrorosamente, loco de dolor.

Murió en algunos minutos. No puedo expresar lo que sentí y cuánto he sufrido. Estuve en cama durante un mes.

Pero, una tarde, furioso mi padre por verme en este estado por tan poca cosa, gritó:

-¡Qué pasará cuando tengas verdaderas penas, si pierdes a tu mujer, a tus hijos! Mira que eres tonto!

Estas palabras, desde entonces, permanecieron en mi cabeza, me atormentaron: "¡Qué será entonces, cuando tengas verdaderas penas, si pierdes a tu mujer, a tus hijos!"

Y comencé a ver claro en mí. Comprendí por qué todas las pequeñas miserias de cada día tomaban ante mis ojos una importancia catastrófica. Me di cuenta de que yo estaba hecho para sufrir intensamente por todo, para percibir todas las impresiones dolorosas, multiplicadas por mi sensibilidad enferma, y un miedo atroz a la vida me sobrecogió.

No tenía pasiones, ni ambiciones; me decidí a sacrificar las posibles alegrías para evitar los dolores certeros. La existencia es corta, yo la pasaré al servicio de los demás, aliviando sus penas y gozando con su felicidad, me decía a mí mismo. No experimentando directamente ni las unas ni las otras, no recibiría más que las emociones debilitadas.

Y sin embargo, ¡si usted supiera cómo la miseria me tortura, me destroza! Pero lo que habría sido para mi un intolerable sufrimiento, se convirtió en conmiseración y piedad.

Estas penas, que toco a cada instante, no las hubiera soportado cayendo sobre mi propio corazón. No habría podido ver morir a uno de mis hijos sin morir yo mismo. Y, a pesar de todo, he mantenido un miedo tal, oscuro y penetrante, a los acontecimientos, que la visión del cartero en mi casa me hace pasar cada día un escalofrío por las venas, y sin embargo en estos momentos no tengo nada que temer.

El abad Maudit se calló. Miraba el fuego en la chimenea grande, como si viera allí cosas misteriosas, todo lo desconocido de la existencia que habría podido vivir si hubiera sido más atrevido delante del sufrimiento. Añadió con una voz más baja:

-Yo tenía razón. No estaba hecho para este mundo.

La condesa no decía nada; al fin, después de un largo silencio, dijo:

-Yo, si no tuviera a mis nietos, creo que ya no tendría valor para vivir.

Y el cura se levantó sin decir una palabra más.

Como los sirvientes dormitaban en la cocina, ella misma lo condujo hasta la puerta que daba sobre el jardín y vio hundirse en la noche su enorme sombra lenta que iluminaba un reflejo de lámpara.

Después ella volvió a sentarse delante de su fuego y pensó en un montón de cosas en las que no se piensa cuando uno es joven.

FIN

Día festivo

Me fui para huir de la fiesta, la fiesta odiosa y estrepitosa, la fiesta de petardos y banderas que rompe los tímpanos y hace polvo la vista.

Estar solo, completamente solo durante unos días, es una de las mejores cosas que sé hacer. No escuchar a nadie repetir las tonterías que sabemos desde hace tiempo, no ver ninguna cara conocida de la que adivinamos de antemano su pensamiento, con la simple expresión de sus ojos, cuyas palabras se adivinan, de la que esperamos su ánimo contrariado, es para el alma una especie de baño fresco y relajante, un baño de silencio, de aislamiento y de descanso.

¿Por qué decir a dónde iba? ¡Qué importa! Seguía a pie el borde de un río, y percibí a lo lejos los tres campanarios de una vieja iglesia en lo alto de un pueblecito al que llegaré dentro de poco. La hierba joven, brillante, la hierba de la primavera crecía sobre la pendiente orilla hasta el agua, y el agua se deslizaba viva y clara, sobre este lecho verde y reluciente, un agua alegre que parecía correr como un animal gozoso en una pradera.

De vez en cuando una estaca delgada y larga, inclinada hacia el río, señalaba un pescador de caña escondido tras un matorral.

¿Quiénes eran estos hombres a los que el deseo de coger al extremo de un hilo un animal gordo como una brizna de paja, mantenía días enteros, de la aurora al crepúsculo, bajo el sol o bajo la lluvia, acucillados bajo un sauce, con el corazón palpitante, el alma agitada, la vista fija sobre un corcho?

¿Estos hombres? Entre ellos hay artistas, grandes artistas, obreros, burgueses, escritores, pintores, a los que una misma pasión, dominadora, irresistible, ata a los márgenes de los arroyos y de los ríos más sólidamente que el amor de un hombre une a los pasos de una mujer.

Olvidan todo, a todo el mundo, su casa, su familia, sus niños, sus negocios, sus preocupaciones, para mirar en los remolinos a ese pequeño flotador que se mueve.

Nunca la mirada ardiente de un enamorado ha buscado el secreto escondido en la mirada de su amada con más angustia y tenacidad que la mirada del pescador que busca adivinar qué animal ha mordido el anzuelo en la profundidad del agua.

¡Canten, pues, la pasión, oh poetas! ¡Hela aquí! ¡Oh, misterios del corazón humano, misterio insondable de las relaciones, misterio de los amores inexplicables, misterio de las aficiones sembradas en el ser humano por la incomprensible naturaleza, que los calarán para siempre!

¿Cómo es posible que hombres de inteligencia probada retornen durante toda su vida a pasar las jornadas, de la mañana a la noche, con toda su alma, con toda la fuerza de su esperanza, a desear coger del fondo del agua, con una punta de acero, un pececito, que puede que no lleguen a pescar nunca?

¡Canten, pues, la pasión, poetas!

Sobre una terraza que dominaba el río, una mujer acodada estaba pensando. ¿A dónde se dirigía su sueño? Hacia lo imposible, hacia la irrealizable esperanza, o hacia cualquier dicha vulgar ya consumada.

¿Hay algo más encantador que una mujer que sueña? Toda la poesía del mundo está allí, en lo desconocido de su pensamiento. Yo la miraba. Ella no me veía. ¿Estaba triste o feliz? ¿Pensaba en el pasado o bien en el porvenir? Las golondrinas sobre su cabeza describían bruscos tirabuzones o grandes y rápidas curvas.

¿Estaba feliz o triste? No lo pude adivinar.

Percibía cómo la ciudad y los campanarios de la iglesia iban creciendo. Distinguí pronto las banderas. Así que iba a encontrarme con la fiesta. ¡Mala suerte! Al menos en esta ciudad no conocía a nadie.

Dormí en un hotel. A la aurora me despertaron cañonazos. Con el pretexto de celebrar la libertad se perturba el sueño de la gente, cualquiera que sea su opinión. Dos chiquillos respondieron a la artillería oficial haciendo estallar unos petardos en la calle. Tuve que levantarme.

Salí. La ciudad estaba de fiesta ya. Los burgueses se acercaban a sus puertas y miraban las banderas con aspecto feliz. Reían, se habían levantado para la fiesta, ¡en fin!

¡El pueblo estaba de fiesta! ¿Por qué? ¿Lo sabía? No. Se le había comunicado que estaría de fiesta... estaba de fiesta este pueblo. Estaba contento, feliz. Hasta la noche permanecería así en estado de alegría, por orden de la autoridad, y

mañana habría acabado todo.

¡Qué estupidez! ¡Estupidez! ¡Estupidez humana de innombrables rostros, de innombrables metamorfosis, de innombrables apariencias! ¡Por toda Francia se reunían con pólvora y banderas! ¿Por qué esta alegría nacional? ¿Para celebrar la consagración de la libertad el día mismo en que aparece, más amenazante que las tiranías imperiales o reales, la tiranía republicana?

Vagué por las calles hasta la hora en que el júbilo público llegó a ser insoportable. Los orfeones berreaban, los artificios crepitaban, la muchedumbre se agitaba, vociferaba. Y todas las risas expresaban la misma satisfacción estúpida.

Yo me encontré, por casualidad, delante de la iglesia cuyas dos torres había visto de lejos la víspera. Entré en ella. Estaba vacía, alta, fría, muerta. Al fondo del oscuro coro, brillaba, como un punto de oro, la lámpara del tabernáculo. Y me senté en ese descanso helado.

Fuera escuchaba, tan lejos que parecían venidos de otros mundos, las detonaciones de cohetes y los clamores de la multitud. Y me puse a observar una inmensa vidriera que difundía al templo adormecido un día cargado y cárdeno. Representaba también a un pueblo, el pueblo de otro siglo celebrando una fiesta en otro tiempo, la de un santo, seguramente. Los hombrucos de cristal, extrañamente vestidos, subían en procesión a lo largo de la enorme y antigua ventana. Llevaban pendones, un relicario, cruces, cirios y sus bocas abiertas representaban cantos. Algunos bailaban, brazos y piernas alzados. Así que, en todas las épocas del mundo, la eterna muchedumbre llevó a cabo los mismos actos. En otros tiempos se festejaba a Dios, ¡hoy festejamos la República! ¡Estas son las creencias humanas!

Yo pensaba en miles de cosas oscuras del fondo del pensamiento que salen a la superficie, un día, no se sabe el porqué. Y me decía a mí mismo que las iglesias hacen el bien los días que no se canta en ellas.

Alguien entró con un paso rápido y ligero. Giré la cabeza. ¡Era una mujer! Iba deprisa, hasta la verja del coro, con velo, la frente baja, luego cayó sobre sus rodillas como cae un animal herido. Creía que estaba sola, completamente sola, no habiéndome visto detrás de un pilar. Colocó la cara entre sus manos y la escuché llorar.

¡Oh! ¡Lloraba con esas lágrimas vehementes de los grandes sufrimientos! ¡Cómo debía de sufrir, la miserable, para llorar así! ¿Era por un niño agonizante? ¿Por un amor perdido?

Los sonidos de una charanga ruidosa, detonando en una calle próxima, me llegaban débiles a través de los muros de la iglesia; pero todo el ruido del pueblo jubiloso no me parecía más que un insignificante rumor al lado del débil sollozo que pasaba a través de los finos dedos de esta mujer.

¡Ah! ¡Pobre corazón, pobre corazón, cómo sentía yo su pena desconocida! ¿Hay algo más triste sobre la tierra que escuchar llorar a una mujer?

Yo me dije de pronto: “Era aquella, la que vi soñar ayer, sobre la terraza”. No dudé más, ¡era aquella! ¿Qué había ocurrido en esta alma desde ayer? ¿Cuánto había sufrido, qué raudal de dolor la había inundado?

Ayer, ella esperaba. ¿Qué? ¿Una carta? Una carta que le había dicho “adiós” ¡o bien había visto en los ojos de un hombre, postrado sobre la cama a causa de una enfermedad, que toda esperanza debía desaparecer! ¡Cómo lloraba! ¡Ah!, todos los gritos alegres y todas las risas que habré de escuchar hasta el día de mi muerte no borrarán nunca de mis oídos estos suspiros de dolor humano.

Y pensé, a punto de sollozar yo mismo, tan poderoso era el contagio de sus lágrimas: “Si se cierran para siempre las iglesias, ¿a dónde irán a llorar las mujeres?”

FIN

Diario de un viajero

Las siete. Un pitido y partimos. El tren pasa sobre las plataformas giratorias, con el ruido que hacen las tormentas en el teatro; después se adentra en la noche jadeando, soplando su vapor, iluminando con sus reflejos rojos los muros, setos, bosques y campos.

Somos seis, tres en cada asiento, bajo la luz del quinqué. Frente a mí una rolliza señora con un rechoncho señor, un viejo matrimonio. Un jorobado está en la esquina izquierda. A mi lado, un joven matrimonio, o al menos una joven pareja. ¿Casados? La joven es hermosa, parece modesta, pero está demasiado perfumada. ¿Qué perfume es éste? Lo conozco pero no lo determino. ¡Ah! Ya caigo. Piel de España. Esto no dice nada. Esperamos.

La gruesa señora mira fijamente a la joven con un aire de hostilidad que me da que pensar. El grueso señor cierra los ojos. ¡Ya! El jorobado se enrolla como un ovillo. Ya no veo dónde están sus piernas. No percibimos nada más que su mirada brillante bajo un gorro griego con borla roja. Después se sumerge en su manta de viaje. Se diría que es un paquetito arrojado sobre el asiento.

Únicamente la vieja señora permanece despierta, suspicaz, recelosa, como un guardián encargado de vigilar el orden y la moralidad del vagón.

Los jóvenes permanecen inmóviles, las rodillas envueltas en el mismo chal, los ojos abiertos, sin hablar. ¿Están casados?

Yo finjo dormir pero estoy al acecho.

Las nueve. La señora gruesa va a sucumbir; cierra los ojos una vez tras otra, inclina la cabeza hacia el pecho y vuelve a levantarla bruscamente. Ya está. Duerme.

¡Oh sueño, misterio ridículo que confiere al rostro los aspectos más grotescos, tú eres la revelación de la fealdad humana. Tú haces aparecer todos los defectos, las deformidades y las taras! Tú haces que cada rostro tocado por ti se transforme rápidamente en una caricatura.

Me levanto y extendiendo el ligero velo azul sobre el quinqué. Después me adormezco.

De vez en cuando, la parada del tren me despierta. Un empleado grita el nombre de una ciudad, después volvemos a partir.

Llega la aurora. Seguimos el Ródano, que desciende hacia el Mediterráneo. Todo el mundo duerme. Los jóvenes están abrazados. Un pie de la joven ha salido del chal. ¡Tiene medias blancas! Es normal: están casados. No huele bien en el compartimiento. Abro una ventana para renovar el aire. El frío despierta a todo el mundo, con excepción del jorobado que ronca como un tronco bajo su manta.

La fealdad de los rostros se acentúa más bajo la luz del nuevo día.

La señora gruesa, roja, despeinada, horrorosa, echa una mirada circular y malvada a sus vecinos. La joven mira sonriendo a su compañero. ¡Si no estuviera casada primero habría mirado a su espejo!

Llegamos a Marsella. Veinte minutos de parada. Desayuno. Partimos de nuevo. Tenemos al jorobado de menos y dos viejos señores de más.

Entonces, los dos matrimonios, el viejo y el joven, desempacan provisiones. Pollo por aquí, ternera fría por allá, sal y pimienta en papel, pepinillos en un pañuelo, ¡todo lo que nos puede quitar las ganas de las comidas durante la eternidad! No conozco nada más común, más grosero, más inconveniente, más de mal gusto, que comer en un vagón donde se encuentran otros viajeros.

Si hiela, ¡abran las puertas! Si hace calor, ¡ciérrrenlas y fumen pipa aunque le tengan horror al tabaco; pónganse a cantar, ladren, libérense de las excentricidades más molestas, saquen sus botines y calcetines y córtense las uñas de los pies; procuren, en fin, devolver a estos vecinos maleducados la moneda de su saber vivir.

El hombre precavido trae un frasco de bencina o de petróleo para derramarlo sobre los cojines tan pronto como uno se pone a cenar a su lado. Todo está permitido, todo es demasiado suave para los groseros que nos envenenan con el olor de su pienso.

Seguimos el mar azul. El sol cae en lluvia sobre la costa poblada de las sugestivas ciudades.

He aquí Saint-Raphaël. Allá abajo Saint-Tropez, pequeña capital de este desconocido desierto y encantador país que denominan las Montañas de los Moros. Un gran río, sobre el cual ningún puente se había construido, el Argens, separa del continente esta isla casi salvaje, donde se puede caminar un día entero sin encontrar un ser, donde los pueblos encaramados en lo alto de los montes han permanecido como antiguamente, con sus casas orientales, sus arcadas, sus puertas cimbradas, esculpidas y bajas.

Ningún ferrocarril, ningún coche público, penetra en estos maravillosos y arbolados pequeños valles. Únicamente una antigua diligencia lleva el letrero de Hyères y de Saint-Tropez.

Pasamos rápidamente. Aquí Cannes, tan hermoso al borde de sus dos golfos, en frente de las islas de Lérins que serían, si se las pudiese unir a la tierra, dos paraísos para las enfermedades.

Ahí el golfo de Juan; la escuadra acorazada parece dormida sobre el agua.

Niza. Han hecho, parece ser, una exposición en esta ciudad. Vamos a verla.

Seguimos un boulevard con aspecto de marisma y llegamos, sobre una elevación, a un edificio de gusto dudoso y que se parece, en pequeño, al gran palacio de Trocadero.

Allá dentro, algunos paseantes en medio de un caos de cajas.

La exposición, abierta desde hace ya tiempo, estará lista, sin duda, para el año próximo.

El interior sería bonito si estuviera terminado. Pero... eso está lejos.

Dos secciones me atraen sobre todo: "los comestibles y las bellas artes". ¡Ay! He aquí cuantiosos frutos confitados de Grasse, caramelos, miles de cosas exquisitas para comer... Pero... está prohibido venderlos... Sólo se les puede mirar. ¡Y esto para no perjudicar al comercio de la ciudad! Exponer dulzainas por el simple placer de mirar y con prohibición de probarlas me parece ciertamente una de las más bellas invenciones del espíritu humano.

Las bellas artes están... en preparación. Se han abierto, sin embargo, algunas salas donde se pueden observar unos muy hermosos paisajes de Harpignies, de Guillemet, de Le Poittevin, un soberbio retrato de la señorita Alice Regnault de Courtois, un delicioso Béraud, etc... El resto... después de desembalaje.

Como cuando se visita es necesario visitar todo, quiero darme el gusto de una ascensión libre y me dirijo hacia el globo del señor Godard y Cía.

El mistral sopla. El aerostato se balancea de forma inquietante. Después se produce una detonación. Son las cuerdas del entramado que se rompen. Se prohíbe al público la entrada al recinto. A mí me ponen igualmente en la puerta.

Me subo a mi coche y observo.

De segundo en segundo, algunos nuevos cabos crujen con un singular ruido, y la piel marrón del balón se esfuerza por salir de la mallas que la retienen. Después, de repente, bajo una ráfaga más violenta, un desgarrón inmenso abre de abajo a arriba la enorme bola volante, que se abate como una tela flácida, reventada y muerta.

Cuando me despierto, al día siguiente, pido que me traigan los periódicos de la ciudad y leo con estupor: "La tempestad que reina actualmente sobre nuestro litoral ha obligado a la administración de los globos cautivos y libres de Niza, para evitar un accidente, a desinflar su gran aerostato. El sistema de desinflado que ha empleado el señor Godard es una de sus invenciones que le hacen el más grande honor."

¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

¡Qué bravo público!

Toda la costa del Mediterráneo es la California de los farmacéuticos. Hace falta ser diez veces millonario para osar comprar una simple caja de pasta pectoral a estos comerciantes maravillosos que venden la azufaita a precio de diamantes.

Se puede ir de Niza a Mónaco por la Corniche, siguiendo el mar. Nada más hermoso que esta ruta esculpida en la roca, que rodea los golfos, pasa bajo bóvedas, corre y discurre en el flanco de la montaña en medio de un paisaje admirable.

Aquí está Mónaco sobre su peñasco, y, detrás, Montecarlo... ¡Oh!... cuando uno ama el juego, comprendo que se adore a esta bonita pequeña ciudad. ¡Pero qué sombría y triste es para los que no juegan en absoluto! No se encuentra en ella ningún otro placer, ninguna distracción.

Más lejos está Menton, el punto más cálido de la costa y el más frecuentado por los enfermos. Allá, las naranjas

maduran y los tuberculosos sanan.

Cojo el tren de noche para volver a Cannes. En mi vagón dos damas y un marsellés que cuenta obstinadamente dramas del ferrocarril, asesinatos y robos.

-...Conocí a un corso, señora, que venía a París con su hijo. Hablo de hace tiempo, era en los primeros tiempos de la línea P.L.M. Subo con ellos, puesto que éramos amigos, y hete aquí que partimos. El hijo, que tenía veinte años, no se cansaba de ver correr el convoy, y permanecía todo el tiempo colgado de la puerta para mirar. Su padre le decía sin cesar:

"-¡Eh!, ten cuidado, Mateo, no te inclines demasiado, que te podrías lastimar.

"Pero el chico no respondía nada.

"Yo le decía a su padre:

"-Déjalo, si eso le divierte.

"Pero el padre volvía:

"-Vamos, Mateo, no te cuelgues así.

"Entonces, como el hijo no entendía, lo agarró por su traje para hacerlo entrar de nuevo en el vagón, y tiró.

"Pero entonces el cuerpo nos cayó sobre las rodillas. Ya no tenía cabeza, señora,... había sido cortada por un túnel. Y el cuello ya ni siquiera sangraba; todo se había derramado a lo largo del camino..."

Una de las damas emitió un suspiro, cerró los ojos, y se derrumbó hacia su vecina. Había perdido el conocimiento...

FIN

Dos amigos

En un París bloqueado, hambriento, agonizante, los gorriones escaseaban en los tejados y las alcantarillas se despoblaban. Se comía cualquier cosa.

Mientras se paseaba tristemente una clara mañana de enero por el bulevar exterior, con las manos en los bolsillos de su pantalón de uniforme y el vientre vacío, el señor Morissot, relojero de profesión y alma casera a ratos, se detuvo en seco ante un colega en quien reconoció a un amigo. Era el señor Sauvage, un conocido de orillas del río.

Todos los domingos, antes de la guerra, Morissot salía con el alba, con una caña de bambú en la mano y una caja de hojalata a la espalda. Tomaba el ferrocarril de Argenteuil, bajaba en Colombes, y después llegaba a pie a la isla Marante. En cuanto llegaba a aquel lugar de sus sueños, se ponía a pescar, y pescaba hasta la noche.

Todos los domingos encontraba allí a un hombrecillo regordete y jovial, el señor Sauvage, un mercero de la calle Notre Dame de Lorette, otro pescador fanático. A menudo pasaban medio día uno junto al otro, con la caña en la mano y los pies colgando sobre la corriente, y se habían hecho amigos.

Ciertos días ni siquiera hablaban. A veces charlaban; pero se entendían admirablemente sin decir nada, al tener gustos similares y sensaciones idénticas.

En primavera, por la mañana, hacia las diez, cuando el sol rejuvenecido hacía flotar sobre el tranquilo río ese pequeño vaho que corre con el agua, y derramaba sobre las espaldas de los dos empedernidos pescadores el grato calor de la nueva estación, Morissot decía a veces a su vecino: «¡Ah! ¡qué agradable!» y el señor Sauvage respondía: «No conozco nada mejor.» Y eso les bastaba para comprenderse y estimarse.

En otoño, al caer el día, cuando el cielo ensangrentado por el sol poniente lanzaba al agua figuras de nubes escarlatas, empurpuraba el entero río, inflamaba el horizonte, ponía rojos como el fuego a los dos amigos, y doraba los árboles ya enrojecidos, estremecidos por un sople de invierno, el señor Sauvage miraba sonriente a Morissot y pronunciaba: «¡Qué espectáculo!» Y Morissot respondía maravillado, sin apartar los ojos de su flotador: «Esto vale más que el bulevar, ¿eh?»

En cuanto se reconocieron, se estrecharon enérgicamente las manos, muy emocionados de encontrarse en circunstancias tan diferentes. El señor Sauvage, lanzando un suspiro, murmuró:

-¡Cuántas cosas han ocurrido!

Morissot, taciturno, gimió:

-¡Y qué tiempo! Hoy es el primer día bueno del año.

El cielo estaba, en efecto, muy azul y luminoso.

Echaron a andar juntos, soñadores y tristes. Morissot prosiguió:

-¿Y la pesca, eh? ¡Qué buenos recuerdos!

El señor Sauvage preguntó:

-¿Cuándo volveremos a pescar?

Entraron en un café y tomaron un ajeno; después volvieron a pasear por las aceras.

Morissot se detuvo de pronto:

-¿Tomamos otra copita?

El señor Sauvage accedió:

-Como usted quiera.

Y entraron en otra tienda de vinos.

Al salir estaban bastante atontados, perturbados como alguien en ayunas cuyo vientre está repleto de alcohol. Hacía buen tiempo. Una brisa acariciadora les cosquilleaba el rostro.

El señor Sauvage, a quien el aire tibio terminaba de embriagar, se detuvo:

-¿Y si fuéramos?

-¿A dónde?

-Pues a pescar.

-Pero, ¿a dónde?

-Pues a nuestra isla. Las avanzadas francesas están cerca de Colombes. Conozco al coronel Dumoulin; nos dejarán pasar fácilmente.

Morissot se estremeció de deseo:

-Está hecho. De acuerdo.

Y se separaron para ir a recoger los aparejos.

Una hora después caminaban juntos por la carretera. En seguida llegaron a la ciudad que ocupaba el coronel. Éste sonrió ante su petición y accedió a su fantasía. Volvieron a ponerse en marcha, provistos de un salvoconducto.

Pronto franquearon las avanzadas, cruzaron un Colombes abandonado, y se encontraron al borde de las viñas que bajan hacia el Sena. Eran aproximadamente las once.

Frente a ellos, el pueblo de Argenteuil parecía muerto. Las alturas de Orgemont y Sannois dominaban toda la región. La gran llanura que se extiende hasta Nanterre estaba vacía, completamente vacía, con sus cerezos desnudos y sus tierras grises.

El señor Sauvage, señalando con el dedo las cumbres, murmuró:

-¡Los prusianos están allá arriba!

Y la inquietud paralizaba a los dos amigos ante aquella tierra desierta.

«¡Los prusianos!» Nunca los habían visto, pero los percibían allí desde hacía meses, en torno a París, arruinando Francia, saqueando, matando, sembrando el hambre, invisibles y todopoderosos. Y una especie de terror supersticioso se sumaba al odio que sentían por aquel pueblo desconocido y victorioso.

Morissot balbució:

-¿Y si nos los encontráramos? ¿Eh?

El señor Sauvage respondió, con esa chunga parisiense que siempre reaparece, a pesar de todo:

-Los invitaríamos a pescadito frito.

Pero dudaban de si aventurarse en la campiña, intimidados por el silencio de todo el horizonte.

Al final, el señor Sauvage se decidió:

-Vamos, ¡en marcha!, pero con cuidado.

Y bajaron a una viña, doblados en dos, arrastrándose, aprovechando los matorrales para cubrirse, con ojos inquietos y oídos alerta. Para llegar a la orilla del río les faltaba cruzar una franja de tierra desnuda. Echaron a correr; y en cuanto alcanzaron la ribera, se acurrucaron entre unas cañas secas. Morissot pegó la mejilla al suelo para escuchar si alguien caminaba por las cercanías. No oyó nada. Estaban solos, completamente solos. Se tranquilizaron y se pusieron a pescar.

Frente a ellos, la isla Marante, abandonada, les tapaba la otra ribera. La casita del restaurante estaba cerrada, parecía abandonada hacía años. El señor Sauvage cogió el primer zarbo, Morissot atrapó el segundo, y a cada instante alzaban sus cañas con un animalillo plateado coleando en el extremo del sedal: una verdadera pesca milagrosa.

Introducían delicadamente los peces en una bolsa de red de mallas muy finas, en remojo a sus pies. Y los invadía una alegría deliciosa, esa alegría que nos asalta cuando recuperamos un placer amado del que nos hemos visto privados mucho tiempo.

El buen sol dejaba correr su calor sobre sus hombros; ya no escuchaban nada; no pensaban en nada; ignoraban al resto del mundo: pescaban.

Pero de pronto un ruido sordo que parecía llegar de debajo de la tierra estremeció el suelo. El cañón volvía a retumbar.

Morissot volvió la cabeza, y por encima de la ribera divisó allá abajo, a la izquierda, la gran silueta del Mont-Valerien, que llevaba en la frente un copete blanco, el vapor de la pólvora que acababa de escupir.

Al punto un segundo chorro de humo partió de lo alto de la fortaleza; unos instantes después resonó una nueva detonación.

La siguieron otras, y a cada momento la montaña lanzaba su aliento mortal, resoplaba vapores lechosos que se elevaban lentamente, en el cielo tranquilo, formando una nube sobre ella.

El señor Sauvage se encogió de hombros:

-Ya vuelven a empezar -dijo.

Morissot, que miraba ansiosamente cómo se hundía una y otra vez la pluma de su flotador, se vio asaltado de pronto por la cólera del hombre pacífico contra los fanáticos que así luchaban, y refunfuñó:

-Hay que ser estúpido para matarse de esa manera.

El señor Sauvage replicó:

-Peor que los animales.

Y Morissot, que acababa de coger una breca, declaró:

-¡Y pensar que siempre ocurrirá lo mismo, mientras haya gobiernos!

El señor Sauvage lo detuvo:

-La República no habría declarado la guerra...

Morissot lo interrumpió:

-Con los reyes, hay guerras fuera; con la República, hay guerra dentro.

Y se pusieron a discutir tranquilamente, desembrollando los grandes problemas políticos con la sana razón de hombres bondadosos y limitados, siempre de acuerdo en un solo punto, que nunca serían libres. Y el Mont-Valerien retumbaba sin tregua, demoliendo a cañonazos casas francesas, segando vidas, aplastando seres, poniendo fin a muchos sueños, a muchas alegrías esperadas, a mucha felicidad deseada, sembrando en corazones de esposas, en corazones de hijas, en corazones de madres, allá lejos, en otros países, sufrimientos que nunca acabarían.

-Es la vida -declaró el señor Sauvage.

-Diga más bien que es la muerte -replicó riendo Morissot.

Pero se estremecieron asustados, oyendo que alguien caminaba detrás de ellos; y, volviendo la vista, vieron, pegados a sus espaldas, cuatro hombres, cuatro hombres altos armados y barbudos, vestidos como criados con librea y tocados con gorras de plato, apuntándoles con sus fusiles.

Las dos cañas se les escaparon de las manos y empezaron a descender río abajo. En unos segundos los cogieron, los ataron, se los llevaron, los arrojaron a una barca y los trasladaron a la isla. Y detrás de la casa que habían creído abandonada vieron una veintena de soldados alemanes. Una especie de gigante velludo, que fumaba, a horcajadas en una silla, una gran pipa de porcelana, les preguntó en excelente francés: -¿Qué, señores? ¿Han tenido buena pesca?

Entonces un soldado dejó a los pies del oficial la red llena de peces, que se había preocupado de recoger. El prusiano sonrió:

-¡Ah, ah! Veo que no les ha ido mal. Pero se trata de otra cosa. Escúchenme y no se inquieten. Para mí, ustedes son dos espías enviados a vigilarme. Yo los cojo y los fusilo. Ustedes fingían pescar, con el fin de disimular sus intenciones. Han caído en mis manos, mala suerte; es la guerra. Pero, como ustedes han salido por las avanzadas, seguramente tienen una contraseña para regresar. Díganme esa contraseña y les perdono la vida.

Los dos amigos, lívidos, el uno junto al otro, con las manos agitadas por un leve temblor nervioso, callaban.

El oficial prosiguió:

-Nadie lo sabrá nunca, ustedes volverán tranquilamente a casa. El secreto quedará entre nosotros. Si se niegan, es la muerte... y en seguida. Elijan.

Ellos continuaban inmóviles, sin abrir la boca.

El prusiano, sin perder la calma, prosiguió, extendiendo la mano hacia el río:

-Piensen que dentro de cinco minutos estarán ustedes en el fondo de esa agua. ¡Dentro de cinco minutos! ¿No tienen ustedes familia?

El Mont-Valerien seguía retumbando.

Los dos pescadores permanecían en pie y silenciosos. El alemán dio unas órdenes en su lengua. Después cambió su silla de sitio para no encontrarse demasiado cerca de los prisioneros, y doce hombres fueron a colocarse a veinte pasos, con los fusiles al pie.

El oficial prosiguió:

-Les doy un minuto, y ni un segundo más.

Después se levantó bruscamente, se acercó a los dos franceses, cogió a Morissot del brazo, se lo llevó aparte, le dijo en voz baja:

-¡Rápido, la contraseña! Su compañero no sabrá nada, fingiré compadecerme...

Morissot no respondió nada.

El prusiano se llevó entonces al señor Sauvage y le propuso lo mismo.

El señor Sauvage no respondió.

Volvieron a encontrarse uno junto a otro.

Y el oficial se puso a dar órdenes. Los soldados alzaron sus armas.

Entonces la mirada de Morissot cayó por casualidad sobre la red llena de zarbos, que había quedado en la hierba, a unos pasos de él.

Un rayo de sol hacía brillar el montón de peces, que se agitaban aún. Y lo invadió el desaliento. A pesar de sus esfuerzos, se le llenaron los ojos de lágrimas. Balbució:

-Adiós, señor Sauvage.

El señor Sauvage contestó:

-Adiós, señor Morissot.

Se estrecharon las manos, sacudidos de pies a cabeza por invencibles temblores.

El oficial gritó:

-¡Fuego!

Los doce disparos sonaron como uno solo.

El señor Sauvage cayó de bruces. Morissot, más alto, osciló, giró sobre sí mismo y cayó atravesado sobre su compañero, boca arriba, mientras la sangre escapaba a borbotones por la guerrera agujereada en el pecho.

El alemán dio nuevas órdenes.

Sus hombres se dispersaron, regresando después con cuerdas y piedras que ataron a los pies de los dos muertos; después los llevaron a la orilla.

El Mont-Valerien no cesaba de retumbar, coronado ahora por una montaña de humo.

Dos soldados cogieron a Morissot por la cabeza y por las piernas; otros dos agarraron al señor Sauvage de idéntica manera. Los cuerpos, balanceados un instante con fuerza, fueron lanzados al río, describieron una curva, después se hundieron, de pie, en el río, pues las piedras arrastraban primero las piernas.

El agua saltó, burbujecó, se agitó, después se calmó, mientras unas pequeñas ondas llegaban hasta la orilla.

Flotaba un poco de sangre.

El oficial, siempre sereno, dijo a media voz:

-Ahora los peces se ocuparán de ellos.

Después regresó hacia la casa.

Y de pronto vio la red con los zarbos en la hierba. La recogió, la examinó, sonrió, gritó:

-¡Wilhelm!

Acudió un soldado de delantal blanco. Y el prusiano, lanzándole la pesca de los dos fusilados, le ordenó:

-Frieme en seguida esos animalitos, mientras aún están vivos. Serán deliciosos.

Y volvió de nuevo a fumar su pipa.

FIN

¿ÉL?

Amigo mío, ¿no lo comprendes? Lo creo. ¿Piensas que me volví loco? Tal vez sí estoy algo loco, pero no por la causa que imaginaste.

Sí. Me caso. Ahí tienes.

Y, sin embargo, mis ideas y mis convicciones, ahora como siempre, son las mismas.

Considero estúpida la unión legal de un hombre y de una mujer. Estoy seguro de que un ochenta por ciento de los maridos han de ser engañados. Y no merecen otra cosa, por haber cometido la idiotez de ligar a otra vida la suya, renunciando al amor libre, lo único hermoso y alegre que hay en el mundo, y de cortar las alas a la fantasía que nos impulsa constantemente hacia todas las hembras agradables, etc. Me siento incapaz de consagrarme a una sola mujer, porque me gustarán siempre todas las mujeres bonitas. Quisiera tener mil brazos, mil bocas, mil... temperamentos, para poder gozar a un tiempo a una muchedumbre de criaturas femeninas.

Y, sin embargo, me caso.

Añade que apenas conozco a mi futura esposa. La he visto nada más tres o cuatro veces. No me disgusta, y esto basta para mis propósitos. Es bajita, rubia y regordeta. En cuanto sea ya su marido, comenzaré a desear una morena delgada y alta. No es rica. Pertenece a una familia modesta en todos los conceptos. Mi futura es una muchacha, como las hay a millares, útiles para el matrimonio, sin virtudes ni defectos aparentes.

Ahora la juzgan bonita; cuando esté casada la juzgarán encantadora. Pertenece al ejército de muchachas que pueden hacer la dicha de un hombre... mientras el marido no repara que prefiere a su elegida cualquiera de las otras.

Ya oigo tu pregunta: ¿Por qué te casas?

Apenas me atrevo a confesar el motivo que me ha impulsado a una resolución tan estúpida.

¡Me caso por no estar solo!

No sé cómo decírtelo, cómo hacértelo comprender. Me compadecerás, despreciándome al mismo tiempo; llegué a una miseria moral inconcebible.

Estar solo, de noche, me angustia. Quiero sentir cerca de mí, junto a mí, a un ser que pueda responderme si hablo; que me diga cualquier cosa.

Quiero alguien que respire a mi lado; poder interrumpir su dulce sueño de pronto, con una pregunta cualquiera, una pregunta imbécil, hecha sin más objeto que oír otra voz, despertar una conciencia; un cerebro que funcione; ver, encendiendo bruscamente mi bujía, un rostro humano junto a mí; porque..., porque..., porque..., ¡me avergüenza confesarlo!..., solo, ¡tengo miedo!

¡Ah! Tú no me comprendes aún.

No temo peligros ni sorpresas. Te aseguro que si en mi alcoba entrara un hombre, lo mataría tranquilamente. Tampoco me infunden temor los aparecidos; no creo en lo sobrenatural. Nunca tuve temor a los muertos; al morir, cada persona se aniquila para siempre.

Y a pesar de todo..., ¡claro!..., a pesar de todo, tengo miedo..., ¡miedo de mí mismo!... Tengo miedo al miedo; me infunden miedo las perturbaciones de mi espíritu. Me asusta la horrible sensación del terror incomprensible.

Ríete de mí si te place. Sufro sin remedio. Me hacen temer las paredes, los muebles, los objetos más triviales que se animan contra mí. Sobre todo, temo los extravíos de mi razón, que se confunde y desfallece acosada por una indescifrable y tenue angustia.

Comienzo por sentir una vaga inquietud que atormenta mi alma y al fin me produce un escalofrío. Vuelvo la vista en torno y no descubro nada que pueda causarme terror. Yo quisiera encontrar algo que lo motivase. ¿Qué? Algo sensible, corpóreo. Pero ¡ay!, lo que más aumenta mi terror es que no hallo su causa.

Si hablo, mi voz me asusta. Si paseo por la estancia, temo tropezar con lo desconocido que se oculta detrás de la puerta, entre la cortina, en el armario, bajo la cama. Y, sin embargo, tengo la certeza de que mi temor es infundado.

Doy media vuelta con brusquedad, temeroso de lo que tengo a la espalda. Y estoy seguro de que no hay nada temible.

Me agito; mi espanto aumenta; cierro con llave mi habitación. Me hundo entre las ropas de mi lecho, haciéndome un caracol; cierro los ojos obstinadamente y permanezco en semejante postura un tiempo indefinido; reflexionando que la bujía sigue ardiendo y que será indispensable apagarla. Ni siquiera me atrevo a moverme.

¿No es horrible vivir así?

Antes, no me preocupaban esas cosas. Entraba en mi habitación tranquilamente. Iba y venía sin que nada turbase mi serenidad. ¡No me hubiera reído poco si alguien me pronosticara que una dolencia de miedo inverosímil, estúpido y terrible me sobrecogería con el tiempo! Entonces no me asustaba poco ni mucho abrir las puertas en la oscuridad, ni acostarme tranquilamente sin echar los cerrojos, y nunca tuve que levantarme a medianoche para convencerme de que todas las aberturas de mi cuarto estaban herméticamente cerradas.

Mi dolencia lastimosa dio comienzo hace un año de un modo especial.

Era en otoño y en una noche húmeda. Cuando se hubo ido mi asistenta, después de servirme la comida, me puse a pensar qué haría yo. Así pasé una hora dando vueltas por mi estancia. Me sentía fatigado, abatido sin causa, impotente para trabajar, sin deseo de coger siquiera un libro para entretenerme.

Una lluvia menuda golpeaba en los cristales; me invadió la tristeza, una tristeza, inexplicable, unas ganas de llorar, un desasosiego verdaderamente invencible.

Me sentía solo, abandonado; mi casa me pareció silenciosa como nunca. Envolvíame una soledad inmensa y desconsoladora. ¿Qué hacer? Me senté; pero una impaciencia nerviosa me hormigueaba en las piernas. Levantándome, volví a pasear. Es posible que tuviera un poco de fiebre; notaba que mis manos cogidas a la espalda, en una posición frecuente cuando se pasea despacio y solo, abrazábanse una contra otra. De pronto, un escalofrío estremeció todo mi cuerpo. Creí que la humedad exterior penetraba, y me puse a encender la chimenea, que no había encendido aún aquel otoño. Me senté, contemplando las llamas. Pero en seguida tuve que levantarme; no podía estar quieto y sentí deseos de salir, de moverme, de hablar con alguien.

Fui a casa de tres amigos; no encontré a ninguno y encamineme hacia el bulevar, ansioso de ver alguna cara conocida.

Todo estaba triste. Las aceras mojadas relucían. Una tibieza de lluvia, una de esas tibiezas que producen estremecimientos crispadores, una tibieza pesada, una humedad impalpable, oscureciendo la luz de los faroles de gas, lo envolvía todo.

Yo avanzaba con paso inseguro, repitiéndome: "No encontraré a nadie con quien hablar". Asomándome a los cafés, recorriendo la Magdalena, sólo vi personas tristes, hombres abatidos, como si les faltaran fuerzas para levantar las copas y las tazas que tenían delante.

Así anduve mucho tiempo, errante, y a medianoche tomé la dirección de mi casa, tranquilo, pero fatigado. El portero, que se acuesta siempre antes de las once, no me hizo esperar en la calle, contra su costumbre. Y me dijo: "Acabará de abrir la puerta para otro vecino".

Siempre que salgo de casa, doy las dos vueltas a la llave. Me sorprendió que sólo estaba echado el picaporte, y supuse que habría entrado el portero para dejarme alguna carta sobre la mesa.

Entré. Aún estaba encendida la chimenea; los resplandores del fuego esparcían alguna claridad por la estancia. Acerqueme para encender una luz y vi a un hombre que, sentado en mi sillón, se calentaba los pies, mostrándome la espalda. No sentí miedo. ¡Ah, ni la más insignificante zozobra! Una suposición muy verosímil cruzó mi pensamiento; supuse que alguno de mis amigos fue a verme, y el portero lo hizo entrar para que me aguardara. Y de pronto recordé su prontitud en abrirme la puerta de la calle y la circunstancia de hallarme la de mi cuarto cerrada sólo con picaporte.

Mi amigo dormía profundamente. Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra. Su cabeza, inclinándose, indicaba un sueño tranquilo. Entonces me pregunté: "¿Quién será?". Y cuando puse la mano en su hombro..., el sillón estaba ya vacío. No vi a nadie.

¡Qué sobresalto! ¡Misericordia!

Retrocedí, como si un peligro espantoso me amenazara.

Luego, dando media vuelta en redondo, cercioreme de que tampoco había nadie a mi espalda. Un ansia irresistible me arrastró hacia el sillón vacío. Y estuve en pie, angustioso, jadeante, horrorizado, a punto de caer al suelo, desvanecido.

Pero soy hombre sereno y pronto recobré mi sangre fría. Me dije: "Acabo de padecer una desagradable alucinación. Todo se reduce a eso". Y reflexioné inmediatamente acerca de semejante fenómeno. El pensamiento vuela en tales circunstancias.

Que todo fue alucinación, era seguro. Pero mi espíritu no se había turbado, mi juicio funcionaba mientras sufría natural y lógicamente; luego no hubo desarreglo cerebral. Solamente se habían engañado mis ojos, y su engaño fue origen del error mental. Habían padecido los ojos un extravío, una de las aberraciones visuales que parecen milagrosas a las gentes incultas. Era un poco de congestión, acaso.

Encendí la bujía, y al acercar la mano al fuego, sacudiola un temblor, y me incorporé rápidamente, como si alguien me hubiera tocado por la espalda.

Sentía inquietud...

Anduve de una parte a otra, diciendo algunas frases, para oírme; canté a media voz.

Luego cerré la puerta con llave, y esto me tranquilizó algo. Nadie podía entrar por sorpresa. Sentado, reflexioné las circunstancias de mi aventura; después me fui a la cama y apagué la luz. Al principio nada hubo de particular. Estuve tumbado tranquilamente. Luego sentí ansia de mirar en torno y me apoyé sobre un costado.

En la chimenea sólo había ya dos o tres brasas; lo suficiente para permitirme ver con sus difusos reflejos las patas del sillón, y me pareció que había vuelto a sentarse un hombre.

Encendí una cerilla con rapidez. Me había equivocado. No vi a nadie.

Sin embargo, me levanté, arrastrando el sillón hasta la cabecera de mi cama.

Volviendo a quedarme a oscuras, procuré descansar. Acababa de dormirme cuando se me apareció, en sueños, pero tan claro como si lo viera en realidad, el hombre sentado junto a la chimenea. Despertando con angustia, encendí la luz, y me quedé sentado en la cama sin atreverme a cerrar los ojos.

Dos veces me venció el sueño, a mi pesar; dos veces el fenómeno se reprodujo. Creí volverme loco.

Al amanecer, la claridad me tranquilizó y dormí sosegado hasta el mediodía.

Todo había concluido. Fue una fiebre, una pesadilla, ¿quién sabe? Sin duda estuve algo enfermo. Sólo sentí al despertar mi cerebro atontado.

Pasé alegremente aquel día; comí en el restaurante; fui al teatro; luego, me dispuse a retirarme. Pero, camino de mi casa, una inquietud angustiosa me sobrecogió. Temí encontrarlo; no porque me infundiera miedo verlo, no porque imaginara real su presencia; temía sentir de nuevo el extravío de mis ojos, mi alucinación, miedo al espanto sin causa.

Durante más de una hora estuve arriba y abajo por mi calle hasta que, juzgando imbécil mi temor, entré al fin en casa. Iba temblando hasta el punto de que me fue difícil subir la escalera. Estuve diez minutos en el descansillo, hasta que tuve un momento de serenidad y abrí. Entré con una bujía en la mano, di un puntapié a la puerta de mi alcoba, y mirando ansiosamente hacia la chimenea, no vi a nadie.

-¡Ah!...

¡Qué gusto! ¡Qué alegría! ¡Qué fortuna! Iba de un lado a otro, decidido; pero no estaba satisfecho; de pronto, volvía la cabeza, sobresaltado; cualquier sombra me hacía temer.

Dormí poco y mal, despertándome con frecuencia ruidos imaginarios. Pero no lo vi; no apareció. Desde aquel día, todas las noches el miedo me acosa. Lo adivino cerca de mí, detrás de mí. No se presenta, pero me hace temer. Y ¿por qué temo, si no ignoro que fue alucinación, que no existe, qué no es nada?

Sin embargo, temo, y me obsesiona. "Un brazo colgaba fuera del sillón y tenía las piernas una sobre otra". ¡Basta! ¡Basta! ¡Es insufrible! ¡No quiero pensar y no se aparta de mi pensamiento!

¿Qué significa esa obsesión? ¿Por qué persiste? ¡Veo sus pies junto al fuego!

Me acobardo; es una locura; pero el caso es que me acobardo. ¿Quién es? ¡Ya sé que no existe, que no es nadie! Sólo existe como imagen de mi angustia, de mi desasosiego, de mis temores. ¡Basta, basta!

Sí; por mucho que razono, por más que me lo explico, no puedo estar solo en mi casa. Él no se aparece, pero me domina. No vuelve. Todo acabó. Pero sufro como si volviera. Invisible para mis ojos, ahora se clava en mi pensamiento. Lo adivino detrás de las puertas, dentro del armario, debajo de la cama, en todos los rincones, en cada sombra, entre la oscuridad... Si me acerco a la puerta, si abro el armario, si miro debajo de la cama, si aproximo una luz a los rincones, huye con la oscuridad: nunca se presenta. Quedo convencido, no se presenta, no existe, y, sin embargo, me obsesiona.

Es imbécil y horrible. ¡Qué puedo hacer? ¡Nada!

Si alguien estuviera conmigo, él no me turbaría. Turba mi soledad; le temo, porque la soledad me acongoja.

FIN

El albergue

Semejante a todas las hospederías de madera construidas en los altos Alpes, al pie de los glaciares, en esos pasadizos rocosos y pelados que cortan las cimas blancas de las montañas, el albergue de Schwarenbach sirve de refugio a los viajeros que siguen el paso de la Gemmi.

Durante seis meses permanece abierto, habitado por la familia de Jean Hauser; después, en cuanto las nieves se amontonan, llenando el valle y haciendo impracticable la bajada a Loèche, las mujeres, el padre y los tres hijos se marchan, y dejan al cuidado de la casa al viejo guía Gaspard Han con el joven guía Ulrich Kungsi, y Sam, un gran perro de montaña.

Los dos hombres y el animal se quedan hasta la primavera en aquella cárcel de nieve, teniendo ante los ojos solamente la inmensa y blanca pendiente del Balmhorn, rodeados de cumbres pálidas y brillantes, encerrados, bloqueados, sepultados bajo la nieve que asciende a su alrededor, envuelve, abraza, aplasta la casita, se acumula en el tejado, llega a las ventanas y tapia la puerta.

Era el día en que la familia Hauser iba a volver a Loèche, pues el invierno se acercaba y la bajada se volvía peligrosa.

Tres mulos partieron delante, cargados de ropas y enseres y guiados por los tres hijos. Después la madre, Jeanne Hauser, y su hija Louise subieron a un cuarto mulo, y se pusieron en camino a su vez.

El padre las seguía acompañado por los dos guardas, que debían escoltar a la familia hasta lo alto de la pendiente.

Rodearon primero el pequeño lago, helado ahora en el fondo del gran hueco de rocas que se extiende ante el albergue, y después siguieron por el valle, blanco como una sábana y dominado por todos los lados por cumbres nevadas.

El sol inundaba aquel desierto blanco resplandeciente y helado, lo iluminaba con llamas cegadoras y frías; ninguna vida aparecía en aquel océano de montañas; ningún movimiento en aquella desmesurada soledad; ningún ruido turbaba su profundo silencio.

Poco a poco Ulrich Kungsi, el guía joven, un suizo muy alto de largas piernas, dejó atrás al padre Hauser y al viejo Gaspard Han, para alcanzar el mulo que llevaba a las dos mujeres.

La más joven lo veía llegar, parecía llamarlo con ojos tristes. Era una campesinita rubia, cuyas mejillas lechosas y cuyos cabellos pálidos parecían descoloridos por las largas estancias entre los hielos.

Cuando hubo alcanzado al animal que la llevaba, posó la mano en la grupa y aflojó el paso. La señora Hauser empezó a hablarle, enumerando con infinitos detalles todas las recomendaciones para la invernada. Era la primera vez que él se quedaba allá arriba, mientras que el viejo Han ya había pasado catorce inviernos bajo la nieve en el albergue de Schwarenbach.

Ulrich Kungsi escuchaba, sin tener pinta de entender, y miraba sin cesar a la joven. De vez en cuando respondía:

-Sí, señora Hauser.

Pero su pensamiento parecía lejos y su rostro tranquilo seguía impassible.

Llegaron al lago de Daube, cuya gran superficie helada se extendía, muy lisa, al fondo del valle. A la derecha, el Daubehorn mostraba sus peñascos negros cortados a pico cerca de las enormes morrenas del glaciar de Loemmern que dominaba el Wildstrubel.

Cuando se acercaron al puerto de la Gemmi, donde comienza la bajada hacia Loèche, descubrieron de repente el inmenso horizonte de los Alpes del Valais, de los que los separaba el profundo y ancho valle del Ródano.

Había, a lo lejos, cumbres blancas sin cuento, desiguales, achatadas o picudas y brillantes bajo el sol: el Mischabel con sus dos cuernos, el poderoso macizo del Wissehorn, el pesado Brunnegghor, la alta y temible pirámide del Cervino, asesino de hombres, y la Dent Blanche, esa monstruosa coqueta.

Después, debajo de ellos, en un agujero inmenso, al fondo de un abismo espantoso, divisaron Loèche, cuyas casas parecían granos de arena arrojados a esa hendidura enorme que limita y cierra la Gemmi, y que se abre, allá al fondo, sobre el Ródano.

El mulo se detuvo al borde del sendero que avanza, serpenteando, con incesantes vueltas y revueltas, fantástico y maravilloso, a lo largo de la montaña recta, hasta la aldehuela casi invisible, a sus pies. Las mujeres desmontaron en la

nieve.

Los dos viejos se habían reunido con ellos.

-Vamos -dijo el viejo Hauser-, adiós y ánimo, amigos míos, hasta el año próximo.

El viejo Han repitió:

-Hasta el año próximo.

Se besaron. Después la señora Hauser, a su vez, les ofreció las mejillas; y la joven hizo otro tanto.

Cuando le llegó el turno a Ulrich Kunki, murmuró al oído de Louise:

-No se olvide de los de aquí arriba.

Ella respondió un «no» tan bajo que él lo adivinó sin oírlo.

-Vamos, adiós -repitió Jean Hauser- a seguir bien.

Y, pasando ante las mujeres, empezó a bajar. Pronto desaparecieron los tres por el primer recodo del camino. Y los dos hombres regresaron hacia el albergue de Schwarenbach.

Marchaban lentamente, uno junto a otro, sin hablar. Se había acabado, se quedarían solos, frente a frente, cuatro o cinco meses.

Después Gaspard Han empezó a contar su vida durante el invierno pasado. Se había quedado con Michel Canol, demasiado anciano ahora para volver a hacerlo, pues durante la prolongada soledad puede ocurrir cualquier accidente. No se habían aburrido, por lo demás; todo estribaba en resignarse desde el primer día; y se acababa por inventar distracciones, juegos, muchos pasatiempos.

Ulrich Kunki lo escuchaba, los ojos bajos, siguiendo con el pensamiento a los que bajaban hacia el pueblo por todas las ondulaciones de la Gemmi.

Pronto divisaron el albergue, apenas visible, tan pequeño, un punto negro al pie de la monstruosa ola de nieve. Cuando abrieron, Sam, el gran perro rizado, empezó a brincar en torno a ellos.

-Vamos, hijo, -dijo el viejo Gaspard- ya no tenemos mujeres ahora, hay que hacer la cena; monda patatas.

Y los dos, sentándose en taburetes de madera, empezaron a preparar la sopa.

La mañana del siguiente día le pareció larga a Ulrich Kunki. El viejo Han fumaba y escupía al lar, mientras que el joven miraba por la ventana la resplandeciente montaña frontera a la casa.

Salió por la tarde y, repitiendo el trayecto de la víspera, buscaba en el suelo las huellas de los cascos del mulo que había llevado a las dos mujeres. Después, cuando estuvo en el puerto de la Gemmi, se tumbó sobre el vientre el borde del abismo y miró hacia Loèche.

El pueblo, en su pozo de rocas, aún no estaba anegado bajo la nieve, aunque ésta llegase muy cerca, detenida en seco por los bosques de abetos que protegían sus alrededores. Sus casas bajas parecían, desde allá arriba, adoquines en un prado.

La hija de los Hauser estaba allí, ahora, en una de aquellas grises moradas. ¿En cuál? Ulrich Kunki se hallaba demasiado lejos para distinguir las por separado. ¡Cómo le hubiera gustado bajar, mientras aún estaba a tiempo!

Pero el sol había desaparecido tras la gran cima del Wildstrubel, y el joven regresó. El viejo Han fumaba. Al ver entrar a su compañero, le propuso una partida de cartas; y se sentaron uno frente a otro a ambos lados de la mesa.

Jugaron mucho tiempo, a un juego sencillo que se llama brisca, y después, habiendo cenado, se acostaron.

Los días siguiente fueron parecidos al primero, claros y fríos, sin nuevas nieves. El viejo Gaspard se pasaba las tardes acechando a las águilas y a los pocos pájaros que se aventuran por aquellas cumbres heladas mientras que Ulrich volvía regularmente al puerto de la Gemmi para contemplar el pueblo. Después jugaban a las cartas, a los dados, al dominó, ganaban y perdían pequeños objetos para dar interés a las partidas.

Una mañana, Han, que se había levantado el primero, llamó a su compañero. Una nube movediza, profunda y ligera, de espuma blanca, se abatía sobre ellos, a su alrededor, sin ruido, los sepultaba poco a poco bajo un espeso y sordo colchón

de nieve. Duró cuatro días y cuatro noches. Hubo que despejar la puerta y las ventanas, cavar un pasillo y tallar peldaños para escalar aquel polvo helado que doce horas de escarcha habían vuelto más duro que el granito de las morrenas.

Entonces vivieron como prisioneros, sin aventurarse ya lejos de su morada. Se habían repartido las tareas, que realizaban con regularidad. Ulrich Kungsi se encargaba de fregar, de lavar, de todos los cuidados y tareas de limpieza. También era el que partía la leña, mientras que Gaspard Han cocinaba y mantenía el fuego. Sus quehaceres, regulares y monótonos, eran interrumpidos por largas partidas de cartas o de dados. Nunca reñían, pues los dos eran tranquilos y plácidos. Tampoco nunca se mostraban impacientes, de mal humor, ni se decían palabras agrias, pues habían hecho provisión de resignación para la invernada en las cumbres.

A veces el viejo Gaspard cogía su escopeta y se marchaba en busca de gamuzas; mataba alguna de vez en cuando. Entonces era día de fiesta en el albergue de Schwarenbach, con un gran banquete de carne fresca.

Una mañana, salió así. El termómetro de fuera marcaba dieciocho bajo cero. Como el sol aún no había salido, el cazador esperaba sorprender a los animales en las proximidades del Wildstrubel.

Ulrich, solo, se quedó hasta las diez en cama. Era de natural dormilón; pero no se hubiera atrevido a abandonarse así a su inclinación en presencia del viejo guía, siempre activo y madrugador.

Almorzó lentamente con Sam, que también se pasaba los días y las noches durmiendo junto al fuego; y después se sintió triste, casi asustado por la soledad, y asaltado por la necesidad de la cotidiana partida de cartas, como suele ocurrir con el deseo de un hábito invencible.

Entonces salió para ir al encuentro de su compañero, que debía regresar a las cuatro. La nieve había nivelado todo el profundo valle, colmando las grietas, borrando los dos lagos, acolchando las rocas; formaba sólo, entre las inmensas cumbres, una inmensa concavidad blanca regular, cegadora y helada.

Hacía tres semanas que Ulrich no había vuelto al borde del abismo desde donde miraba el pueblo. Quiso regresar allá antes de subir las pendientes que conducían al Wildstrubel. Loéche estaba ahora plantado en la nieve, y ya no se reconocían casi las casas, sepultadas bajo aquel manto pálido.

Después, girando a la derecha, llegó al glaciar de Loemmern. Avanzaba con su paso largo de montañés, golpeando con su bastón herrado la nieve, dura como una piedra. Y buscaba con su aguda vista el puntito negro y móvil, a lo lejos, sobre aquella alfombra desmesurada.

Cuando estuvo a la orilla del glaciar se detuvo, preguntándose si el viejo habría tomado aquel camino; después se puso a bordear las morrenas con pasos más rápidos e inquietos.

La luz disminuía; la nieve se volvía rosada; un viento seco y helado corría con brucas ráfagas sobre su superficie de cristal. Ulrich lanzó una llamada aguda, vibrante, prolongada. La voz se perdió en el silencio de muerte en el que dormían las montañas; corrió a lo lejos, sobre las olas inmóviles y profundas de espuma glacial, como un grito de pájaro sobre las olas del mar; después se extinguió sin que nada le respondiese.

Reanudó la marcha. El sol se había hundido, allá abajo, tras las cimas que los reflejos del cielo teñían de púrpura aún; pero las profundidades del valle se estaban poniendo grises. Y el joven tuvo miedo de repente. Le pareció que el silencio, el frío, la soledad, la muerte invernal de aquellos montes entraban en él, iban a detener y helar su sangre, a entumecer sus miembros, a convertirlo en un ser inmóvil y helado. Y echó a correr, huyendo hacia la casa. El viejo, pensaba, habría regresado durante su ausencia. Había tomado otro camino; estaría sentado al amor de la lumbre, con una gamuza muerta a sus pies.

Pronto divisó el albergue. No salía ningún humo. Ulrich corrió más de prisa, abrió la puerta. Sam se abalanzó a hacerle fiestas, pero Gaspard Han no había regresado. Asustado, Kungsi giró sobre sí mismo, como si hubiera esperado descubrir a su compañero escondido en un rincón. Después encendió el fuego y preparó la sopa, esperando siempre ver aparecer al anciano.

De vez en cuando, salía para ver si llegaba. Había caído la noche, la macilenta noche de las montañas, la pálida noche, la lívida noche que iluminaría, al borde del horizonte, una media luna amarilla y fina a punto de ocultarse tras las cumbres.

Después el joven volvía a entrar, se sentaba, se calentaba los pies y las manos imaginando todos los posibles accidentes. Gaspard había podido romperse una pierna, caer en un hoyo, dar un paso en falso que le había torcido el tobillo. Y permanecía tendido en la nieve, presa del frío, entumecido, angustiado, perdido, quizás pidiendo auxilio, llamando con toda la fuerza de sus pulmones en el silencio de la noche. Pero ¿dónde? La montaña era tan vasta, tan dura, tan peligrosa en las cercanías, sobre todo en esta estación, que habrían sido precisos diez o veinte guías y caminar durante ocho días en todas las direcciones para encontrar a un hombre en aquella inmensidad.

Ulrich Kungsi, sin embargo, se decidió a salir con Sam si Gaspard Han no había vuelto entre la medianoche y la una de la madrugada. E hizo sus preparativos. Metió víveres para dos días en una bolsa, cogió sus garfios de hierro, se arrolló a la cintura una cuerda larga, delgada y fuerte, comprobó el estado de su bastón herrado y de la hachuela que sirve para tallar escalones en el hielo. Después esperó. El fuego ardía en la chimenea; el gran perro roncaba bajo la claridad de la llama; el reloj palpitaba como un corazón con golpes regulares en su caja de madera sonora.

Esperaba, la oreja aguzada a los ruidos lejanos, estremeciéndose cuando el leve viento rozaba el tejado y los muros. Sonó la medianoche; él se estremeció. Después, como se notaba tembloroso y acobardado, puso agua al fuego, con el fin de tomar un café muy caliente antes de ponerse en camino. Cuando el reloj dio la una, se levantó, despertó a Sam, abrió la puerta y echó a andar en dirección al Wildstrubel. Durante cinco horas trepó, escalando las rocas con ayuda de los garfios, cortando el hielo, avanzando siempre y a veces izando, con la cuerda, al perro que se había quedado al pie de una escarpadura demasiado abrupta. Eran cerca de las seis cuando llegó a una de las cumbres donde el viejo Gaspard solía ir en busca de gamuzas. Y esperó a que amaneciera.

El cielo palidecía sobre su cabeza; y de pronto un extraño resplandor, nacido no se sabe dónde, iluminó bruscamente el inmenso océano de las pálidas cimas que se extendían en cien leguas a la redonda. Hubiérase dicho que aquella vaga claridad brotaba de la propia nieve para difundirse por el espacio. Poco a poco las más altas cumbres lejanas se volvieron todas de un rosa tierno como la carne, y el rojo sol apareció tras los pesados gigantes de los Alpes berneses.

Ulrich Kungsi reanudó su camino. Marchaba como un cazador, inclinado, rastreando huellas, diciéndole al perro: «Busca, pequeño, busca.» Bajaba la montaña ahora, registrando con la mirada las simas, y a veces, al llamar, lanzando un grito prolongado, muerto muy pronto en la inmensidad muda. Entonces pegaba la oreja al suelo, para escuchar; creía percibir una voz, echaba a correr, llamaba de nuevo, no oía ya nada y se sentaba, agotado, desesperado. Hacia mediodía almorzó y le dio la comida a Sam, tan cansado como él mismo. Después reanudó su búsqueda.

Cuando anocheció, seguía caminando, habiendo recorrido cincuenta kilómetros de montaña. Como se hallaba demasiado lejos de la casa para volver a ella, y demasiado fatigado para arrastrarse más tiempo, cavó un hoyo en la nieve y se agazapó en él con su perro, bajo una manta que había llevado. Y se acostaron uno junto al otro, aunque helados hasta la médula.

Ulrich apenas durmió, la mente obsesionada por visiones, los miembros sacudidos por escalofríos. Iba a amanecer cuando se levantó. Tenía las piernas rígidas como barras de hierro, el alma tan débil que casi gritaba de angustia, el corazón tan palpitante que casi se desplomaba de emoción en cuanto creía oír el menor ruido. Pensó de pronto que también él se iba a morir de frío en aquella soledad, y el espanto de aquella muerte, fustigando su energía, despertó su vigor.

Descendía ahora hacia el albergue, cayendo, levantándose, seguido de lejos por Sam, que cojeaba de una pata. Llegaron a Schwarenbach sólo hacia las cuatro de la tarde. La casa estaba vacía. El joven encendió lumbre, comió y se durmió, tan embrutecido que ya no pensaba en nada. Durmió mucho tiempo, mucho tiempo, con un sueño invencible. Pero de pronto una voz, un grito, un nombre, «Ulrich», sacudió su profundo letargo y lo hizo erguirse. ¿Había soñado? ¿Era una de esas llamadas extrañas que cruzan por los sueños de las almas inquietas? No, lo oía aún, aquel grito vibrante, metido en sus tímpanos y que seguía en su carne hasta la punta de sus nerviosos dedos. Sí, habían gritado; habían llamado: «¡Ulrich!» Alguien estaba allí, cerca de la casa. No cabían dudas. Abrió la puerta y chilló: «¿Eres tú, Gaspard?» con todo el poder de sus pulmones.

Nada respondió; ni el menor sonido, ni el menor murmullo, ni el menor gemido, nada. Era de noche. La nieve estaba descolorida. Se había levantado viento, ese viento helado que raja las piedras y no deja nada vivo en aquellas alturas abandonadas. Pasaba con ráfagas bruscas más agostadoras y mortales que el viento de fuego del desierto. Ulrich gritó de nuevo: «¡Gaspard! ¡Gaspard! ¡Gaspard!»

Después esperó. ¡Todo seguía mudo en la montaña! Entonces el espanto lo sacudió hasta los huesos. De un salto entró en el albergue, cerró la puerta y corrió los cerrojos; después cayó tiritando en una silla, seguro de que su camarada acababa de llamarlo en el momento en que entregaba su espíritu. De esto estaba seguro, como se está seguro de vivir o de comer pan. El viejo Gaspard Han había agonizado durante dos días y tres noches en alguna parte, en un hoyo, en uno de esos hondos barrancos inmaculados cuya blancura es más siniestra que las tinieblas de los subterráneos. Había agonizado durante dos días y tres noches, y acababa de morir ahora mismo pensando en su compañero. Y su alma, apenas libre, había volado hacia el albergue donde dormía Ulrich, y lo había llamado con la virtud misteriosa y terrible que tienen las almas de los muertos para hostigar a los vivos. Había gritado, esa alma sin voz, dentro del alma abrumada del durmiente; había gritado su postrer adiós, o su reproche, o su maldición al hombre que no había buscado lo bastante. Y Ulrich la sentía allí, muy cerca, detrás del muro, detrás de la puerta que acababa de cerrar. Merodeaba, como un ave nocturna que roza con sus plumas una ventana iluminada; y el joven, enloquecido, estaba a punto de gritar de horror. Quería huir y no se atrevía a salir; no se atrevía ni se atrevería ya en adelante, pues el fantasma se quedaría allí, día y noche, alrededor del albergue, mientras el cuerpo del viejo guía no fuera hallado y depositado en la tierra bendita de un cementerio.

Llegó el día y Kunsi recobró parte de su seguridad con el brillante retorno del sol. Preparó su comida, hizo la del perro, y después se quedó en una silla, inmóvil, el corazón torturado, pensando en el viejo tendido en la nieve. Después, en cuanto la noche cubrió la montaña, nuevos terrores lo asaltaron. Caminaba ahora por la cocina oscura, apenas iluminada por la llama de una candelera, caminaba de un extremo a otro de la pieza, a grandes pasos, escuchando, escuchando por si el grito espantoso de la otra noche iba a cruzar de nuevo el lóbrego silencio del exterior. Se sentía solo, el desdichado, ¡solo como ningún hombre había estado jamás! Estaba solo en aquel inmenso desierto de nieve, solo a dos mil metros sobre la tierra habitada, sobre las casas humanas, sobre la vida que se agita, bulle y palpita, ¡solo en el cielo helado! Lo atenazaban unas ganas locas de escapar a cualquier sitio, de cualquier manera, de bajar a Loèche arrojándose al abismo; pero ni siquiera se atrevía a abrir la puerta, seguro de que el otro, el muerto, le cerraría el camino, para no quedarse también solo allá arriba.

Hacia medianoche, harto de caminar, abrumado de angustia y de miedo, se amodorró por fin en una silla, pues temía la cama como se teme un lugar frecuentado por aparecidos. Y de pronto el grito estridente de la otra noche le desgarró los oídos, tan agudo que Ulrich extendió el brazo para rechazar al aparecido, y cayó de espaldas con su asiento. Sam, despertado por el ruido, empezó a aullar como aúllan los perros asustados, y daba vueltas alrededor de la vivienda buscando de dónde venía el peligro. Al llegar junto a la puerta, olfateó por debajo, resoplando y husmeando con fuerza, el pelaje erizado, la cola tiesa, gruñendo.

Kunsi, enloquecido, se había levantado y, sujetando la silla por una pata, gritó:

-No entres, no entres o te mato.

Y el perro, excitado por aquella amenaza, ladraba con furia contra el invisible enemigo que desafiaba la voz de su amo. Sam, poco a poco, se calmó y volvió a tumbarse cerca de la lumbre, pero seguía inquieto, la cabeza alzada, los ojos brillantes y gruñendo entre los colmillos. Ulrich, a su vez, recobró los sentidos, pero como se sentía desfallecer de terror, fue a buscar una botella de aguardiente a la alacena, y tomó, uno tras otro, varios vasos. Sus ideas se volvían vagas; su valor se afirmaba; una fiebre de fuego se deslizaba por sus venas.

Casi no comió al día siguiente, limitándose a beber alcohol. Y durante varios días seguidos vivió así, borracho como una cuba. En cuanto volvía el pensamiento de Gaspard Han, empezaba a beber hasta el instante en que caía al suelo, abatido por la embriaguez. Y allí se quedaba, de bruces, borracho perdido, con los miembros rotos, roncando, la frente en el suelo. Pero apenas había digerido el líquido enloquecedor y ardiente, el grito, siempre el mismo de «¡Ulrich!», lo despertaba como una bala que le perforase el cráneo; y se erguía tambaleándose aún, extendiendo las manos para no caer, llamando a Sam en su auxilio. Y el perro, que parecía volverse loco como su amo, se precipitaba a la puerta, la arañaba con las patas, la roía con sus largos dientes blancos, mientras el joven, el cuello hacia atrás, la cabeza alzada, sorbía a grandes tragos, como si fuera agua fresca tras una carrera, el aguardiente que enseguida adormecería de nuevo su mente, y su recuerdo, y su pavoroso terror.

En tres semanas se bebió toda su provisión de alcohol. Pero aquella borrachera continua no hacía sino adormecer su espanto, que se despertó con mayor furia cuando fue imposible calmarlo. Entonces la idea fija, exasperada por un mes de embriaguez, y creciendo sin cesar en la total soledad, penetraba en él a la manera de una barrena. Caminaba ahora por su morada como un animal enjaulado, pegando la oreja a la puerta para escuchar si el otro estaba allí, y desafiándolo, a través de los muros. Después, cuando se adormilaba, vencido por la fatiga, oía la voz que le hacía ponerse en pie de un salto.

Por fin, una noche, semejante a un cobarde sacado de sus casillas, se precipitó hacia la puerta y la abrió para ver al que lo llamaba y para obligarlo a callarse. Recibió en pleno rostro un soplo de aire frío que lo heló hasta los huesos y volvió a cerrar la hoja y corrió los cerrojos, sin fijarse en que Sam se había lanzado al exterior. Después, temblando, arrojó leña al fuego, y se sentó ante él para calentarse; pero de pronto se estremeció, alguien arañaba el muro llorando.

Gritó enloquecido: «Vete.» Le respondió una queja, larga y dolorosa.

Entonces todo lo que le quedaba de razón fue arrastrado por el terror. Repetía «Vete» girando sobre sí mismo para encontrar un rincón donde ocultarse. El otro, sin dejar de llorar, pasaba a lo largo de la casa frotándose contra el muro. Ulrich se lanzó hacia el aparador de roble lleno de vajilla y provisiones, y, levantándolo con una fuerza sobrehumana, lo arrastró hasta la puerta, para defenderse con una barricada. Después, amontonando unos sobre otros todo lo que quedaba de muebles, los colchones, los jergones, las sillas, tapó la ventana como se hace cuando el enemigo nos sitia.

Pero el de fuera lanzaba ahora grandes gemidos lúgubres a los que el joven empezó a responder con gemidos similares. Y transcurrieron días y noches sin que cesaran de aullar uno y otro. El uno giraba sin cesar en torno a la casa y clavaba sus uñas en las paredes con tanta fuerza que parecía querer derribarlas; el otro, dentro, seguía todos sus movimientos, encorvado, la oreja pegada a la piedra, y respondía a todas sus llamadas con espantosos gritos.

Una noche, Ulrich no oyó ya nada; y se sentó tan destrozado por el cansancio que se durmió al punto. Se despertó sin un recuerdo, sin una idea, como si toda la cabeza se le hubiera vaciado durante aquel sueño agotador. Tenía hambre,

comió. El invierno había acabado. El paso de la Gemmi volvía a ser practicable; y la familia Hauser se puso en camino para regresar a su albergue.

En cuanto llegaron a lo alto de la cuesta las mujeres se encaramaron al mulo, y hablaron de los dos hombres a quienes iban a ver enseguida. Les extrañaba que uno de ellos no hubiera bajado unos días antes, en cuando el camino se había vuelto transitable, para dar noticias de la larga invernada.

Por fin divisaron el albergue, todavía cubierto y acolchado de nieve. La puerta y la ventana estaban cerradas; un poco de humo salía por el tejado, lo cual tranquilizó al viejo Hauser. Pero al acercarse vio, sobre el umbral, un esqueleto de animal descuartizado por las águilas, un gran esqueleto tendido sobre un costado.

Todos lo examinaron: «Debe ser Sam», dijo la madre. Y llamó: «¡Eh, Gaspard!» Un grito respondió en el interior, un grito agudo, que se hubiera dicho lanzado por un animal. El viejo Hauser repitió: «¡Eh, Gaspard!» Otro grito semejante al primero se dejó oír.

Entonces los tres hombres, el padre y los dos hijos, trataron de abrir la puerta. Resistió. Cogieron en el establo vacío una larga viga para usarla como ariete, y la lanzaron con todo su peso. La madera crujió, cedió, las tablas volaron en pedazos; después un gran ruido estremeció la casa y vieron, dentro, detrás del aparador derribado, a un hombre de pie, con el pelo que le caía por los hombros, una barba que le caía sobre el pecho, ojos brillantes y jirones de tela sobre el cuerpo.

No lo reconocían, pero Louise Hauser exclamó: «¡Es Ulrich, mamá!» Y la madre comprobó que era Ulrich, aun cuando su cabello era blanco. Los dejó acercarse; se dejó tocar; pero no respondió a las preguntas que le hicieron; y hubo que llevarlo a Loèche, donde los médicos comprobaron que estaba loco.

Y nadie supo jamás qué había sido de su compañero. La joven Hauser estuvo a punto de morir, aquel verano, de una enfermedad de postración que se atribuyó al frío de la montaña.

FIN

El amigo José

Todo el Invierno se habían tratado íntimamente en París. Después de dejar de verse, como siempre ocurre, al salir del colegio, los dos amigos se habían encontrado nuevamente una tarde en sociedad, ya viejos y canosos, soltero el uno y el otro casado ya.

El señor de Méroul pasaba seis meses en París y seis en su castillito de Tourbeville. Habiéndose casado con la hija de un castellano de los alrededores, había llevado una vida buena y sosegada en la indolencia del hombre que no tiene ninguna ocupación. De temperamento tranquilo y cerebro limitado, sin audacia de inteligencia, sin rebeldías independientes, transcurría para él todo el tiempo recordando dulcemente el pasado, deplorando las costumbres y las instituciones de ahora y repitiendo a cada instante a su mujer, que elevaba los ojos al cielo y en ocasiones también las manos en señal de asentimiento enérgico:

-¿Bajo qué Gobierno vivimos, Dios mío?

La señora de Méroul se parecía intelectualmente a su marido como una hermana a su hermano. Sabía, por tradición, que se ha de respetar sobre todo al papa y al rey. Y los amaba y los respetaba desde el fondo del corazón con exaltación poética, con fidelidad hereditaria, con ternura de mujer bien nacida. Era buena hasta los repliegues del alma. No había tenido hijos, y lo lamentaba sin cesar.

Cuando el señor de Méroul encontró en un baile a José Mouradour, su antiguo camarada, experimentó una alegría profunda y sencilla, porque se habían querido mucho en su juventud. Después de las exclamaciones de sorpresa ocasionadas por los cambios que la edad había producido en sus cuerpos y rostros, se habían informado recíprocamente acerca de sus existencias.

José Mouradour, un meridional, se había hecho consejero general en su país. De francos modales, hablaba vivamente y sin vacilaciones, emitiendo su parecer como quien desconoce los miramientos. Era republicano, pertenecía a esa raza de republicanos bonachones para quienes la llaneza es una ley y que llevan la independencia de palabra hasta la brutalidad.

Se presentó en la morada de su amigo, e inmediatamente fue amado por su cordialidad nada exigente, a pesar de sus avanzadas opiniones. La señora de Méroul exclamaba:

-¡Qué desdicha! ¡Un hombre tan encantador!

El señor de Méroul decía, dirigiéndose a su amigo, en tono sentido y confidencial:

-No puedes figurarte el daño que le haces a nuestro país.

Lo amaba, sin embargo; porque nada es más sólido que las amistades infantiles reanudadas en la edad madura. José Mouradour se burlaba de la mujer y del marido; los llamaba «amables tortugas», y a veces se deshacía en sonoras exclamaciones contra las gentes atrasadas, contra los prejuicios y las tradiciones.

Cuando dejaba correr así el torrente de su elocuencia democrática, el matrimonio, contrariado, se callaba, por conveniencia y consideración; luego el esposo trataba de cambiar de asunto para evitar las discusiones. No se veía a José Mouradour más que en la intimidad.

Llegó el estío. La mayor alegría de los Méroul consistía en recibir a sus amigos en su posesión de Tourbeville. Era aquélla una alegría íntima y sana, una alegría de buenas gentes y de propietarios campesinos. Salían hasta la vecina estación a recibir a los invitados, y los llevaban en un coche, no escaseando las alabanzas sobre su país, sobre la vegetación, sobre el estado de los caminos en la provincia, sobre la limpieza de las casas de los labriegos, sobre la gordura de los ganados, sobre todo lo que se distinguía en el horizonte. Hacían observar que su caballo trotaba de un modo admirable, para ser un animal empleado, gran parte del año, en los trabajos campestres; y esperaban con ansiedad la opinión del recién llegado sobre su dominio, sensibles a la menor palabra, agradecidos a la menor intención favorable.

José Mouradour fue invitado y anunció su viaje.

La mujer y el marido habían acudido a la estación, encantados de poder hacer los honores de su casa. En cuanto les echó la vista encima, José Mouradour saltó de su coche con una vivacidad que aumentó su satisfacción. Les estrechó la mano, los felicitó, los llenaba de cumplidos. A lo largo de la carretera fue encantador; se admiró de la altura de los árboles, del espesor de los sembrados, de la rapidez de su cabalgadura. Cuando echó pie a tierra, en el vestíbulo del castillo, el señor de Méroul le dijo con cierta amistosa solemnidad:

-Estás en tu casa.

José Mouradour respondió:

-Gracias, querido; ya lo sabía. Por otra parte, yo no gasto ceremonias con los amigos. No comprendo la hospitalidad de otra manera.

Luego subió a su aposento, para disfrazarse de aldeano, según dijo, y volvió a bajar vestido de azul, con sombrero de anchas alas y botas amarillas, en un abandono completo de parisiense en el campo. Parecía también haberse vuelto más ordinario, más jovial, más familiar; diríase que había tomado con aquel traje campestre una despreocupación y una desenvoltura que juzgaba de acuerdo con las circunstancias. Su nuevo aire chocó algo a los señores de Mérout, que continuaban siempre serios y dignos, hasta en sus tierras, como si la partícula que precedía a su nombre les hubiese obligado a usar de ciertas ceremonias, aun en la intimidad.

Después del desayuno fueron a visitar las granjas. Y el parisiense confundió a los respetuosos labriegos con su llaneza de expresión. Por la noche cenaba en la casa el cura, el viejo y corpulento cura, convidado de todos los domingos, y a quien se había invitado aquel día, excepcionalmente, en honor del recién llegado.

Al reparar en él, José Mouradour hizo un gesto, y después lo miró con admiración, como si se hubiese tratado de un raro ser de una casta especial que nunca había visto tan de cerca. Refirió, en el transcurso de la comida, anécdotas libres, propias de la intimidad, pero que los Mérout no creían convenientes en presencia de un eclesiástico. No decía nunca «señor abate», sino «señor», a secas, y puso en grandes aprietos al sacerdote con consideraciones filosóficas acerca de las diversas supersticiones reinantes en la superficie del globo. Decía:

-Su Dios de usted, señor, es de aquellos que hay que respetar, pero también de los que han de discutirse. El mío se llama Razón; fue en todo tiempo el enemigo del de ustedes. Los Mérout, desesperados, se esforzaban para cambiar de conversación. El cura se marchó muy pronto. Entonces el marido dijo suavemente:

-Tal vez hayas ido algo lejos con ese sacerdote.

Pero José exclamó en seguida:

-¡Esta es buena! ¿Me iba yo a molestar por un ensotonado? Pues mira, pensaba decirte que me dieras el gusto de no imponerme ese buen hombre durante las comidas. Trátenlo ustedes cuanto quieran, los domingos y días laborables, mas no se lo sirvan a los amigos, ¡recórcholis!

-Pero, querido, su carácter sagrado...

José Mouradour lo interrumpió:

-Sí, ya sé que es necesario tratarlos como si fueran doncellitas. ¡Lo sé, lo sé! Mas cuando esas gentes respeten mis creencias, entonces respetaré yo las suyas.

Y no pasó más aquel día.

Cuando la señora de Mérout entró en su salón, divisó encima de la mesa tres periódicos que la hicieron retroceder: *El Voltaire*, *La República Francesa* y *La Justicia*. En seguida José Mouradour, siempre vestido de azul, apareció en el umbral, leyendo con atención *El Intransigente*, y exclamó:

-Viene aquí un hermoso artículo de Rochefort. Este mozo es admirable.

Leyó aquel trabajo en voz alta, subrayando los conceptos enérgicos, tan entusiasmado que no vio que entraba su amigo. El señor de Mérout tenía en la mano *El Galo* para él y *El Clarín* para su señora. La ardiente prosa del magistral escritor que derribara el Imperio, declamada con violencia, cantada con el acento del Mediodía, resonaba en el pacífico salón, sacudía los viejos cortinajes de rectos pliegues, parecía descargar sobre la pared, sobre los grandes sillones de tapicería, sobre los graves muebles colocados desde hacía un siglo en los mismos lugares, una granizada de palabras chillonas, desvergonzadas, irónicas y ruidosas.

El hombre y la mujer, en pie el uno, sentada la otra, escuchaban con estupor, tan escandalizados, que no hacían un gesto. Mouradour lanzó la frase final como se despide un cohete, y en seguida declaró con triunfante tono:

-¿Eh? ¿No es bueno esto?

De pronto reparó en los dos periódicos que llevaba su amigo, y quedó lleno de sorpresa.

Luego avanzó hacia él a grandes zancadas, preguntando con tono furibundo:

-¿Qué vas a hacer de esos papeles?

El señor de Méroul respondió, titubeando:

-Pues son..., son mis..., mis periódicos.

-¡Tus periódicos! ... ¡A ver eso! ¿Te burlas de mí? Vas a hacerme el favor de leer los míos, que te despabilarán las ideas; en cuanto a los tuyos..., he aquí lo que hago yo de ellos...

Y, antes que su amigo, lleno de asombro, pudiera defenderse, había cogido las dos hojas y las tiraba por el balcón. Luego depositó gravemente *La Justicia* en manos de la señora de Méroul, dio *El Voltaire* al marido y se arrellanó en un sillón para acabar de leer *El Intransigente* .

El hombre y la mujer, por delicadeza, aparentaron leer un poco; luego dejaron las hojas republicanas, que tocaban con la punta de los dedos como si hubieran estado llenas de veneno.

Entonces volvió él a echarse a reír y declaró inmediatamente:

-Ocho días de esta alimentación, y los convierto a mis ideas.

En efecto, al cabo de ocho días gobernaba la casa. Había cerrado la puerta al cura, a quien la señora de Méroul visitaba en secreto; había prohibido la entrada en el castillo de *El Clarín* y *El Galo* , que un criado iba misteriosamente a buscar al correo, escondiéndolos, al entrar, bajo el canapé; lo ordenaba todo a su guisa, siempre encantador, bonachón siempre, tirano, jovial y todopoderoso.

Mientras tanto, otros amigos, gente piadosa y legitimista, habían de llegar. Los castellanos juzgaron imposible un encuentro y, no sabiendo qué hacer, anunciaron un día a José Mouradour que se veían obligados a ausentarse algunos días, con motivo de un pequeño asunto, y le rogaron se quedase allí solo. Él no se inmutó, y les dijo:

-Muy bien; me es igual; los esperaré hasta que vuelvan. Ya se los he dicho: entre amigos no debe haber ceremonias. Hacen bien en ir a despachar sus asuntos ¡qué diantre! No me molestaré por eso; muy al contrario, ello me pone en buena armonía con ustedes. Márchense, amigos míos; los espero.

El señor y la señora de Méroul se fueron al día siguiente.

Aún los aguarda.

FIN

El armario

Hablábamos de mujeres galantes, la eterna conversación de los hombres.

Uno dijo:

-Voy a referir un suceso extraño.

Y era como sigue:

Un anochecer de invierno se apoderó de mí un abandono perturbador; uno de los terribles abandonos que dominan cuerpo y alma de cuando en cuando. Estaba solo, y comprendí que me amenazaba una crisis de tristeza, esas tristezas lánguidas que pueden conducirnos al suicidio.

Me puse un abrigo y salí a la calle. Una lluvia menuda me calaba la ropa, helándome los huesos. En los cafés no había gente. Y ¿adónde ir? ¿Dónde pasar dos horas? Me decidí a entrar en Folies-Bergère, divertido mercado carnal. Había escaso público; los hombres vulgares, y las mujeres, las mismas de siempre, las miserables mozas desapacibles, fatigadas, con esa expresión de imbécil desdén que muestran todas, no sé por qué.

De pronto descubrí entre aquellas pobres criaturas despreciables a una joven fresca, linda, provocadora. La detuve y brutalmente, sin reflexionar, ajusté con ella el precio de la noche. Yo no quería volver a mi casa.

Y la seguí. Vivía en la calle de los Mártires. La escalera estaba oscura. Subí despacio, encendiendo cerillas. Ella se detuvo en el cuarto piso, y cuando entramos en su habitación, echando el cerrojo de su puerta, me preguntó:

-¿Piensas quedarte aquí hasta mañana?

-Eso me propongo; eso convinimos.

-Bien, mi vida, lo pregunté por curiosidad. Aguárdame un minuto que enseguida vuelvo.

Y me dejó a oscuras. Oí cerrar dos puertas; luego me pareció que aquella mujer hablaba con alguien. Quedé sorprendido, inquieto. La idea de un chulo me turbó, aun cuando tengo bastante fuerza para defenderme.

«Veremos lo que sucede», pensé.

Y afinando el oído, escuchaba. Se movían con grandes precauciones para no hacer ningún ruido. Luego sentí abrir otra puerta y me pareció que hablaban, pero muy bajo. La moza volvió al fin con una bujía, diciéndome:

-Ya puedes entrar.

Entré, y pasando por un comedor donde sin duda nunca se come, me condujo a un gabinete alcoba.

-Ponte cómodo, mi vida.

Yo lo inspeccionaba todo y no encontraba cosa que pudiera causarme inquietud. Ella se desnudó tan de prisa, que ya estaba en la cama cuando yo no me había quitado aún el abrigo.

Y riendo, prosiguió:

-¿Qué te ocurre? ¿Te has convertido en estatua de sal? Acaba y ven.

Así lo hice.

A los cinco minutos me daban intenciones de vestirme y escapar. Pero el maldito abandono que me amenazó en mi casa con tristezas crueles, me quitaba las energías, reteníendome, a disgusto mío, en aquella cama pública. El encanto sensual que me había hecho sentir aquella criatura en el teatro, desapareció cuando la vi tan cerca y deseosa de complacerme. Su carne vulgar, semejante a la de todas, y sus besos insípidos, me desilusionaron. Para entretenerme le hice varias preguntas:

-¿Hace mucho que vives en esta casa?

-El quince de febrero hará seis meses.

-Y antes, ¿en dónde vivías?

-En la calle Clauzel. Pero la portera la tomó conmigo y tuve que despedirme.

Me relató con detalles minuciosos aquella historia.

De pronto sentí ruido cerca de nosotros; así como un suspiro; después un roce ligero, como si alguien se removiera sobre una silla. Me senté con viveza en la cama, preguntando:

-¿Qué significa ese ruido?

Ella respondió tranquilamente:

-No te importe, mi vida; es en el otro cuarto. Como son tan delgadas las paredes, todo se oye. ¡Hacen unas casas! ¡De cartón!

Mi abandono era tan grande, que me arrebujé de nuevo entre sábanas. Y proseguimos la conversación. Movidó por la estúpida curiosidad que induce a todos los hombres a conocer la primera falta de las mujeres galantes, como para encontrar en ellas un rastro de inocencia, tal vez evocada por una frase ingenua que ofrece la imagen del pudor perdido, pues aun cuando mienten se descubre alguna vez entre mentiras algo conmovedor, le dije:

-Vaya, cuéntame cómo cediste al primer amante.

-Yo era criada en el restaurante Marinero de Agua Dulce, y un señorito me forzó mientras le hacía la cama.

Recordé la teoría de un médico amigo, un observador filósofo que, por hacer servicio en un hospital de mujeres, conoce todas las flaquezas de las pobres criaturas víctimas de la embestida brutal del macho errante con dinero en el bolsillo.

-Siempre -me decía-, siempre una moza es vencida por un hombre de su clase o condición. Tengo anotadas muchas observaciones acerca del asunto. Se acusa a los ricos de coger la flor de la inocencia entre las niñas pobres. No es verdad. Los ricos pagan luego las flores tronchadas; las cogen en la segunda floración, pero no cortan jamás el primer capullo.

Reí, mirando a mi compañera.

-Ya sabes que conozco tu historia. El señorito no era el primero. Hubo antes otro.

-Te lo juro, mi vida.

-Mientes, mi cielo.

-No, no; te lo juro.

-Mientes... Vaya, dime la verdad.

Ella dudó, asombrada; yo continué.

-Soy adivino, somnámbulo. Ahora no me dices la verdad. Cuando te duermas yo haré que la digas.

Tuvo miedo; era estúpida como todas, balbució:

-¿Cómo lo has adivinado?

-Vamos, dilo.

-¡Ah! La primera vez casi no fue nada. Para una fiesta contrataron a un gran cocinero. Desde que Alejandro llegó, dispuso de toda la fonda. El amo, el ama, estaban a sus órdenes, como si fuera un rey. Desde la cocina gritaba: «¡Manteca! ¡Huevos! ¡Coñac!» Y era necesario llevarle corriendo lo que pedía, porque si no se incomodaba mucho y daba miedo.

Cuando hubo acabado, se sentó a fumar su pipa frente a la puerta, y al pasar yo con una pila de platos, me dijo:

-Muchacha, vente conmigo a la ribera para enseñarme la campiña.

Fui con él como una tonta, y apenas llegamos a la orilla del río, me forzó con tal prisa, que apenas me di cuenta de lo que hizo. Luego se fue en el tren de las nueve. No lo vi más.

-Y ¿así acabó todo?

-Creo que Ángel es hijo suyo.

-¿Quién es Ángel?

-Mí nene.

-¡Ah! Muy bien. Y luego le dijiste al señorito que te había hecho la criatura, ¿no es cierto?

-Si.

-¿Tenía dinero el señorito?

-Algo. Me dejó una renta de trescientos francos.

Aquellas confianzas me divertían. Proseguí.

-Muy bien, mi cielo; muy bien. Eres menos tonta de lo que parece. Y ¿cuántos años tiene Ángel?

-Doce. Hará su primera comunión en primavera.

-Bravo. Y desde que te ocurrió esa... desgracia... te dedicaste al oficio...

Suspiró, resignada.

-Se hace lo que se puede...

Un ruido, bastante fuerte, me hizo saltar de la cama. No me cabía duda; era el ruido que produce un cuerpo que se desploma y luego se levanta de nuevo agarrándose a la pared. Cogí la bujía y miré alrededor, furioso. Ella se había levantado también, y trataba de contenerme, repitiendo:

-No es nada, mi vida; te aseguro que no es nada.

Pero yo, que sabía ya dónde se produjo el ruido, me dirigí a un armario que había junto a la cabecera de la cama y lo abrí de par en par... Tembloroso, aterrado, con los ojos muy abiertos y brillantes, apareció un chiquillo anémico y débil agarrado a los barrotos de una silla, de la cual se había caído, sin duda. Al verme rompió a llorar, tendiendo los brazos hacia su madre.

-Yo no tengo la culpa, mamá; yo no tengo la culpa. Estaba dormido y me caí. No me castigues; yo no tengo la culpa.

Acercándome a la mujer, dije:

-¿Qué significa esto?

Ella, confusa y desalentada, respondió entre dientes:

-Ya lo ves. No gano bastante para tenerlo de pensionista y no puedo pagar un cuarto mayor. Duerme conmigo cuando no hay nadie, y cuando alguien viene por una hora o dos, lo escondo en el armario. Pero cuando hay cliente para toda la noche se cansa y le duelen los riñones de dormir en la silla... Tampoco él tiene la culpa. Quisiera verte durmiendo en una silla, metido en un armario... Ya veríamos...

Irritándose, gritaba. El niño seguía llorando. Yo también sentía ganas de llorar.

Y volví a mi casa tristemente.

FIN

El asesino

El culpable era defendido por un jovencísimo abogado, un novato que habló así:

-Los hechos son innegables, señores del jurado. Mi cliente, un hombre honesto, un empleado irreprochable, bondadoso y tímido, ha asesinado a su patrón en un arrebato de cólera que resulta incomprensible. ¿Me permiten ustedes hacer una sicología de este crimen, si puedo hablar así, sin atenuar nada, sin excusar nada? Después ustedes juzgarán.

Jean-Nicolas Lougère es hijo de personas muy honorables que hicieron de él un hombre simple y respetuoso. Este es su crimen: ¡el respeto! Este es un sentimiento, señores, que nosotros hoy ya no conocemos, del que únicamente parece quedar todavía el nombre, y cuya fuerza ha desaparecido. Es necesario entrar en determinadas familias antiguas y modestas, para encontrar esta tradición severa, esta devoción a la cosa o al hombre, al sentimiento o a la creencia revestida de un carácter sagrado, esta fe que no soporta ni la duda ni la sonrisa ni el roce de la sospecha.

No se puede ser un hombre honesto, un hombre honesto de verdad, con toda la fuerza que este término implica, si no se es respetuoso. El hombre que respeta con los ojos cerrados, cree. Nosotros, con nuestros ojos muy abiertos sobre el mundo, que vivimos aquí, en este palacio de justicia que es la cloaca de la sociedad, donde vienen a parar todas las infamias, nosotros que somos los confidentes de todas las vergüenzas, los defensores consagrados de todas las miserias humanas, el sostén, por no decir los defensores de todos los bribones y de todos los desvergonzados, desde los príncipes hasta los vagabundos de los arrabales, nosotros que acogemos con indulgencia, con complacencia, con una benevolencia sonriente a todos los culpables para defenderlos delante de ustedes, nosotros que, si amamos verdaderamente nuestro oficio, armonizamos nuestra simpatía de abogado con la dimensión del crimen, nosotros ya no podemos tener el alma respetuosa. Vemos demasiado este río de corrupción que fluye de los más poderosos a los últimos pordioseros, sabemos muy bien cómo ocurre todo, cómo todo se da, cómo todo se vende. Plazas, funciones, honores, brutalmente a cambio de un poco de oro, hábilmente a cambio de títulos y de lotes de reparto en las empresas industriales, o simplemente por un beso de mujer. Nuestro deber y nuestra profesión nos fuerzan a no ignorar nada, a desconfiar de todo el mundo, ya que todo el mundo es sospechoso, y quedamos sorprendidos cuando nos encontramos enfrente de un hombre que tiene, como el asesino sentado delante de ustedes, la religión del respeto tan arraigada como para llegar a convertirse en un mártir.

Nosotros, señores, hacemos uso del honor igual que del aseo personal, por repugnancia a la bajeza, por un sentimiento de dignidad personal y de orgullo; pero no llevamos al fondo del corazón la fe ciega, innata, brutal, como este hombre.

Déjenme contarles su vida.

Fue educado, como se educaba antaño a los niños, dividiendo en dos clases todos los actos humanos: lo que está bien y lo que está mal. Se le enseñó el bien, con una autoridad tan irresistible, que se le hizo distinguir del mal como se distingue el día de la noche. Su padre no pertenecía a esa raza de espíritus superiores que, mirando desde lo alto, ven los orígenes de las creencias y reconocen las necesidades sociales de donde nacen estas distinciones.

Creció, pues, religioso y confiado, entusiasta e íntegro.

Con veintidós años se casó. Se le hizo casar con una prima, educada como él, sencilla como él, pura como él. Tuvo cierta suerte inestimable de tener por compañía una honesta mujer virtuosa, es decir, lo que hay de más escaso y respetable en el mundo.

Tenía hacia su madre la veneración que rodea a las madres en las familias patriarcales, el culto profundo que se reserva a las divinidades. Trasladó sobre su madre un poco de esta religión, apenas atenuada por las familiaridades conyugales. Y vivió en una ignorancia absoluta de la picardía, en un estado de rectitud obstinada y de tranquila dicha que hizo de él un ser aparte. No engañando a nadie, no sospechaba que se le pudiera engañar a él.

Algún tiempo antes de su boda había entrado como contable en la empresa del señor Langlais, asesinado por él hace unos días.

Sabemos, señores del jurado, por los testimonios de la señora Langlais, de su hermano, el señor Perthuis, asociado de su marido, de toda la familia y de todos los empleados superiores de este banco, que Lougère fue un empleado modelo, ejemplo de probidad, de sumisión, de dulzura, de deferencia hacia sus jefes y ejemplo de regularidad.

Se le trataba, por otra parte, con la consideración merecida por su conducta ejemplar. Estaba acostumbrado a este respeto y a la especie de veneración manifestada a la señora Lougère, cuyo elogio estaba en boca de todos.

Unos días después, ella murió de unas fiebres tifoideas.

Él sintió seguramente un dolor profundo, pero un dolor frío y tranquilo en su corazón metódico. Sólo se vio en su palidez y en la alteración de sus rasgos hasta qué punto había sido herido.

Entonces, señores, ocurrió algo muy natural.

Este hombre estaba casado desde hacía diez años. Desde hacía diez años tenía la costumbre de sentir una mujer cerca de él, siempre. Estaba acostumbrado a sus cuidados, a esta voz familiar cuando uno llega a casa, al adiós de la tarde, a los buenos días de la mañana, a ese suave sonido del vestido, tan del gusto femenino, a esta caricia ora amorosa, ora maternal que alivia la existencia, a esta presencia amada que hace menos lento el transcurrir de las horas. Estaba también acostumbrado a la condescendencia material de la mesa, a todas las atenciones que no se notan y que se vuelven poco a poco indispensables. Ya no podía vivir solo. Entonces, para pasar las interminables tardes, cogió la costumbre de ir a sentarse una hora o dos a la cervecería vecina. Bebía un bock y se quedaba allí, inmóvil, siguiendo con una mirada distraída las bolas de billar corriendo una detrás de la otra bajo el humo de las pipas, escuchando, sin pensar en ello, las disputas de los jugadores, las discusiones de los vecinos sobre política y las carcajadas que provocaban a veces una broma pesada al otro extremo de la sala. Acababa a menudo por quedarse dormido de lasitud y aburrimiento. Pero tenía en el fondo de su corazón y de sus entrañas, la necesidad irresistible de un corazón y de un cuerpo de mujer; y sin pensarlo, se fue aproximando, un poco cada tarde, al mostrador donde reinaba la cajera, una rubia pequeña, atraído hacia ella invenciblemente por tratarse de una mujer.

Pronto conversaron, y él cogió la costumbre, muy agradable, de pasar todas las tardes a su lado. Era graciosa y atenta como se tiene que ser en estos amables ambientes, y se divertía renovando su consumición lo más a menudo posible, lo cual beneficiaba al negocio. Pero cada día Lougère se ataba más a esta mujer que no conocía, de la que ignoraba toda su existencia y que quiso únicamente porque no veía otra.

La muchacha, que era astuta, pronto se dio cuenta que podría sacar partido de este ingenuo y buscó cuál sería la mejor forma de explotarlo. Lo más seguro era casarse.

A esta conclusión llegó sin remordimiento alguno.

Tengo que decirles, señores del jurado, que la conducta de esta chica era de lo más irregular y que la boda, lejos de poner freno a sus extravíos, pareció al contrario hacerla más desvergonzada.

Por juego natural de la astucia femenina, pareció cogerle gusto a engañar a este honesto hombre con todos los empleados de su despacho. Digo "con todos". Tenemos cartas, señores. Pronto se convirtió en un escándalo público, que únicamente el marido, como todo, ignoraba.

Al fin esta pícara, con un interés fácil de concebir, sedujo al hijo del mismísimo patrón, joven de diecinueve años, sobre cuyo espíritu y sentido tuvo pronto ella una influencia deplorable. El señor Langlais, que hasta ese momento tenía los ojos cerrados por la bondad, por amistad hacia su empleado, sintió, viendo a su hijo entre las manos, -debería decir entre los brazos de esta peligrosa criatura- una cólera legítima.

Cometió el error de llamar inmediatamente a Lougère y de hablarle impelido por su indignación paternal.

Ya no me queda, señores, más que leerles el relato del crimen, formulado por los labios del mismo moribundo y recogido por la instrucción:

"Acababa de saber que mi hijo había donado, la misma víspera, diez mil francos a esta mujer y mi cólera ha sido más fuerte que mi razón. Verdaderamente, nunca he sospechado de la honorabilidad de Lougère, pero ciertas cegueras son más peligrosas que auténticas faltas.

Le hice pues llamar a mi lado y le dije que me veía obligado a privarme de sus servicios.

Él permanecía de pie delante de mí, azorado, sin comprender. Terminó por pedir explicaciones con cierta vivacidad.

Yo rechacé dárselas, afirmando que mis razones eran de naturaleza íntima. Él creyó entonces que yo tenía sospechas de su falta de delicadeza, y, muy pálido, me rogó, me requirió que me explicara. Convencido de esto, se mostró arrogante y se tomó el derecho de levantarme la voz.

Como yo seguía callado, me injurió, me insultó, llegó a tal grado de exasperación que yo temía que pasara a la acción.

Ahora bien, de repente, con una palabra hiriente que me llegó a pleno corazón, le dije toda la verdad a la cara.

Se quedó de pie algunos segundos, mirándome con ojos huraños; después le vi coger de su despacho las largas tijeras que utilizo para recortar el margen de algunos documentos; a continuación le vi caer sobre mí con el brazo levantado, y sentí entrar algo en mi garganta, encima del pecho, sin sentir ningún dolor."

He aquí, señores del jurado, el sencillo relato de su muerte. ¿Qué más se puede decir para su defensa? Él ha respetado a su segunda mujer con ceguera porque había respetado a la primera con la razón.

Después de una corta deliberación, el acusado fue absuelto.

FIN

El barco naufragado

Esto ocurrió ayer, treinta y uno de diciembre.

Acababa yo de almorzar con mi entrañable amigo Jorge Garín. El criado Le entregó una carta, cuyo sobre iba cubierto de membretes y sellos extranjeros.

-¿Me permites?

-Por supuesto.

Y comenzó a leer ocho páginas de magnífica letra inglesa, cruzadas en todas direcciones. Leía despacio, con atención profunda, con interés verdadero, ese interés que sólo se manifiesta en los afectos del alma.

Luego dejó la carta sobre la chimenea, y dijo:

-Ahí tienes una historia muy extraña, que nunca te conté; una sentimental aventura que me ocurrió en un día treinta y uno de diciembre, hace veinte años. Entonces tenía yo treinta.

Verás. Desempeñaba el cargo de inspector de la Compañía marítima que ahora dirijo. Me disponía a pasar en París la fiesta de Año Nuevo, cuando recibí una carta del director encargándome que marchara inmediatamente a la isla de Re, donde acababa de naufragar un navío asegurado por nosotros.

Al momento fui a las oficinas para recibir instrucciones, y por la tarde salí en el expreso, que al día siguiente me dejó en La Rochela. Era el treinta y uno de diciembre.

Me sobran dos horas hasta la salida del vapor Juan Guiton, que había de llevarme a la isla de Re. Di un paseo por la ciudad. Verdaderamente, La Rochela es una ciudad curiosa, con las calles laberínticas y las aceras a la sombra de galerías prolongadas; galerías con arcos, parecidas a las de la calle de Rívoli, pero más bajas; todo aplastado, confuso, misterioso, como si todo aquello fuera construido y conservado para servir a eternos conspiradores, recordando las antiguas luchas, las heroicas y bárbaras luchas religiosas. Aparece aún con todo el carácter de una ciudad hugonote, grave, discreta, prudente y humilde, sin monumentos magníficos y soberbios, como los que se hacen admirar en Ruán; pero interesante por su fisonomía severa y también algo solapada, la patria de combatientes obstinados, en la cual deben florecer los fanatismos, el rincón donde se exaltaba la fe de los calvinistas y donde nació la cábala de los cuatro sargentos.

Después de vagar por las calles bastante rato, me embarqué en el vaporcito negro y panzudo que debía conducirme a la isla de Re. Salió silbando, como si estuviera lleno de ira, pasó entre los dos torreones antiguos que cierran el puerto, atravesó la rada y, dejando atrás el dique mandado construir por Richelieu, cuyas enormes piedras aparecen a flor de agua rodeando la ciudad como un collar inmenso, torció hacia la derecha.

Era uno de esos días tristes que oprimen, que aplastan el pensamiento, que hielan el corazón, que inutilizan toda fuerza y toda energía espiritual; un día gris, frío, encapotado en una bruma pesada, húmeda y desapacible.

Bajo esa techumbre plomiza y siniestra, el mar amarillento, el mar poco profundo y arenoso de aquellas playas interminables mostraba la superficie lisa y quieta, sin una ola, sin un movimiento, sin un ruido; ninguna señal de vida; un mar de agua turbia, gruesa; un estanque.

Rompía el Juan Guiton aquella sábana oscura, produciendo espuma y agitándola con sus ruedas, y dejaba tras de sí ondulaciones que se calmaban al instante.

Hablé con el capitán, un hombre bajo, de piernas muy cortas y panzudo como su barco. Le pedí detalles del siniestro que necesitaba yo comprobar. Un navío de tres palos había sido arrastrado por el huracán a las playas de la isla de Re, donde quedó encallado.

El impulso fue tan violento -según escribía el armador, que, siendo imposible poner el casco a flote, recogieron apresuradamente cuanto pudo salvarse. Yo debía estudiar las condiciones en que se hallaba la embarcación y deducir su estado al naufragar, juzgando al mismo tiempo si habían empleado todos los recursos para poner el navío a flote. Si la indemnización ocasionaba un pleito, en mis informes había de fundar la Compañía su defensa.

El capitán del Juan Guiton conocía el asunto perfectamente, habiendo tomado parte con su vapor en las tentativas de salvamento.

Me refirió el desastre, muy sencillo por cierto. El navío, empujado por el huracán, perdido en la noche, navegando sin

rumbo en un mar espumoso, "un mar de sopas de leche" -decía el capitán-, había encallado en los inmensos bancos de arena que al bajar la marea se ofrecen como inacabables desiertos.

Mientras hablábamos, yo miraba en torno mío y hacia delante. Me parecía distinguir entre las brumas del cielo y las aguas del mar una franja de tierra.

-¿Es la isla de Re?

-Sí, caballero.

Y al poco rato el capitán me indicó un objeto apenas perceptible que se alzaba sobre la superficie del mar.

-Allí está el navío naufrago.

-¿El María José?

-Justo, el mismo.

Me dejó atónito; aquel punto negro se ofrecía entre las aguas a tres kilómetros de la costa.

-Pero ¿habrá cien brazas de profundidad en el sitio que usted indica?

El capitán sonrió.

-¿Cien brazas? Acaso no haya dos, puedo asegurarlo. Llegaremos con marea alta a las nueve y cuarenta. Después de almorzar en el hotel Delfín tranquilamente, puede usted irse andando por la playa, despacio y con las manos en los bolsillos; a las dos cincuenta, o lo más tarde a las tres, podrá usted entrar en el navío sin haberse mojado siquiera los pies, y podrá usted permanecer allí reconociéndolo una hora y media aproximadamente mientras dure la marea baja; pero no se retrase usted mucho, porque se vería de pronto cercado por el agua. Cuanto más el mar se retira, con más presteza vuelve. Es llana como un plato esta costa. Regrese usted un poco antes de las cuatro y cincuenta y véngase al vapor que, saliendo a las siete, le dejará en La Rochela esta misma noche.

Agradecí al capitán sus consejos, y me senté junto a la proa, contemplando el pueblecito de San Martín, al cual nos aproximábamos rápidamente.

Se parecía a todos los puertos en miniatura que sirven de capitales a las pobres islas diseminadas a lo largo de los continentes. Era un pueblo de pescadores, con un pie metido en el agua y otro apoyado en la tierra de labor, alimentándose con pescados y aves, legumbres y mariscos.

La isla me pareció muy baja, de cultivo escaso y poca población; pero a punto fijo no puedo precisarlo, porque no me interné en ella.

Después de almorzar subí despacio la cuesta de un pequeño promontorio y descendí por la otra parte, dirigiéndome a la playa. Como el mar se iba retirando rápidamente, avancé, caminando en dirección de un objeto negro que se alzaba sobre la superficie azul, allá, lejos, lejos.

Avancé sobre aquella extensión arenosa, elástica como la carne y que parecía sudar al sentir la presión de mis pies. El mar se alejaba, huía, perdiéndose de vista, y era difícil distinguir la línea que separaba el arenal y el agua. Aquel espectáculo me pareció una magia sobrenatural y gigantesca. El océano estuvo a mis pies minutos antes y desaparecía de pronto dejando arenas desnudas, como desaparece una decoración en los telares de un escenario. Yo caminaba por un desierto. Solamente la sensación del aire impregnado con los perfumes y sabores del agua salada persistía en mí. El penetrante olor de las algas, la humedad marítima, llenaban mi olfato y mis pulmones. Yo, avanzando rápidamente, no sentía frío, miraba el buque naufrago, que me parecía cada vez más grande y fue tomando a mi vista el aspecto de una enorme ballena.

Se destacaba más con el sol, y en la inmensa llanura solitaria y amarillenta adquiría proporciones colosales. Al fin llegué a tocar el casco del buque hundido, roto, mostrando su armazón como las costillas de un cadáver; su esqueleto de madera embreada y hendida por gruesos clavos. La arena lo cegaba, oprimiéndolo, poseyéndolo, sujetándolo, entrando en él por todas las rendijas. Era la dueña, la señora de aquel despojo. El navío tenía hundida profundamente su proa en la playa dulce y pérfida, y con la popa levantada parecía lamentarse de aquella opresión, mostrando al cielo con actitud suplicante y desesperada los dos nombres puestos allí con letras blancas: María José.

Subí al navío por la parte que había quedado al ras del suelo, y llegando al puente, bajé al interior. Entraba claridad por las compuertas y también por las rendijas de los costados, alumbrando tristemente aquella especie de cueva larga y sombría.

Sentado sobre una cuba reventada, comencé a tomar notas acerca del estado lastimoso del buque. A través de una hendidura recibía luz bastante para escribir y veía la extensión arenosa, desierta y sin límites. Una sensación de frío y de soledad se apoderaba poco a poco de mí. A veces interrumpía mis apuntes para escuchar los ruidos misteriosos que resonaban en el vientre del náufrago; los cangrejos y otros pequeños habitantes del mar se habían instalado ya entre aquellas paredes, que varios moluscos taladraban y carcomían sin cesar con su rechinar de barrena.

De pronto sonaron cerca de mí voces humanas. Di un brinco, sorprendido como ante una sobrenatural aparición. Creí un momento que se alzaba del fondo la sombra de algún ahogado refiriéndome los martirios de su muerte. Rápido, a saltos, llegué al puente, ayudándome con los puños, y vi en pie, junto al navío, a un caballero de buena estatura con tres muchachas; o más bien, un inglés con tres inglesitas. Seguramente sintieron más terror del que yo había sentido al ver surgir con rápido movimiento una figura humana sobre aquel navío abandonado. La menor de las niñas huyó, las otras dos se agarraron a una manga del caballero, el cual había entreabierto la boca, único signo visible de su emoción.

Luego habló:

-¡Ah señor! ¿Será usted el propietario del buque?

-Sí, caballero.

-¿Nos permitiría visitarlo?

-Sí, caballero.

Entonces endilgó una larga frase inglesa, y creí que me daba las gracias con extremosa cortesía.

Comprendiendo que buscaban por dónde encaramarse, y mostrándoles el mejor sitio, les ofrecí la mano. Subió el caballero, y entre los dos ayudamos a las niñas. Eran encantadoras, la mayor sobre todo: una rubia de dieciocho años, lozana como un capullo, ¡tan esbelta y tan bonita! Ciertamente, las inglesas bonitas me parecen tiernos frutos del mar. Parecía que aquéllas acababan de brotar en la húmeda y suave arena. Sus colores, rosados y finos, recordaban los de las conchas nacaradas, las madreperlas misteriosas ocultas en las profundidades incógnitas de los océanos.

Hablaba mejor que su padre y me servía de intérprete. Fue necesario explicar el naufragio con minuciosos detalles, que yo inventé, como si hubiese presenciado la catástrofe. Luego toda la familia bajó a las bodegas. Cuando entraban en la medrosa galería lanzaron gritos de sorpresa y admiración, y al punto el padre y las tres hijas empuñaron sus álbumes, que llevaban sin duda en los bolsillos de sus impermeables, y empezaron a trazar croquis y bosquejos, cada uno a su manera, del triste y singular aspecto de aquella ruina.

Se habían sentado juntos en el extremo saliente de una viga, y los cuatro álbumes sobre las ocho rodillas se cubrían de pequeños trazos negros que debían representar el vientre abierto del María José.

Sin desatender su dibujo, la mayor de las muchachas hablaba conmigo mientras yo seguía inspeccionando el esqueleto del buque.

Supe que pasaban el invierno en Biarritz y que habían ido a la isla de Re con el objeto único de contemplar el navío embarrancado. Aquella familia, exenta en absoluto de la tiesura inglesa, ofrecía el simpático aspecto de sencillez y chifladura que distingue a los curiosos vagabundos que salen de Inglaterra para derramarse por el universo. El padre, alto, enjuto, con los carrillos muy rojos y las patillas muy blancas, era una especie de sándwich viviente: su cabeza parecía, en realidad, una loncha de jamón cortado en forma de rostro humano y oprimido entre dos rebanadas de pan. Las niñas eran también larguiruchas y delgadas, así como zancudas, pequeñas de cría, exceptuando a la mayor, que tenía formas correctas. Las tres eran bonitas; pero la mayor sobre todo.

Hablaba, sonreía, escuchaba, interrogaba con sus ojos azules, de manera muy graciosa; y atendiéndome y dibujando, lo hacía todo con tanta gracia, tenía tal atractivo para mí, que hubiera estado junto a ella oyéndola y contemplándola eternamente.

De pronto me dijo:

-El buque se mueve.

Fijando mi atención, oí un ligero murmullo extraño, continuo. ¿Qué sucedía? Me levanté para ir a mirar por una hendidura, y lancé un grito violento. El mar nos rodeaba. En un instante subimos todos al puente. Se nos había hecho tarde. El agua corría con prodigiosa velocidad, invadiendo la costa. Se deslizaba, extendiéndose y agrandándose como una mancha infinita. Cubría ligeramente la arena; pero la cubría en una extensión tan considerable, que no era posible distinguir su límite lejano.

El inglés quiso lanzarse a la playa; lo detuve; la huida era, más que arriesgada, imposible, a causa de los hoyos

profundos que pudimos bordear estando la playa en seco y donde caeríamos inevitablemente.

Sentimos un momento de angustia cruel. Luego la inglesita sonrió, diciéndome:

-¡Ahora somos los náufragos!

Quise reírle la gracia, pero el miedo no me lo consintió; un miedo estúpido, vergonzoso y ruin. Todos los peligros que podían sobrevenir se me ofrecieron juntos en la imaginación. Estuve a punto de gritar: "¡Socorro! ¡Socorro!" Pero ¿a quién dirigirme?

Las dos inglesitas menores habíanse arrimado a su padre, y éste miraba consternado el mar inmenso que nos rodeaba.

Y la noche iba cerrando con tanta prisa como el agua iba subiendo; una noche pesada, húmeda, fría como el hielo.

Entonces dije:

-No hay más remedio que aguardar aquí.

El inglés murmuró:

-¡No hay más remedio!

Y allí estuvimos media hora, una hora; en verdad, no sé cuánto tiempo, mirando en torno el agua que subía, giraba, hinchándose, haciendo espuma, como si jugueteara sobre aquel inmenso arenal reconquistado.

Una de las niñas se quejó de frío, y quisimos bajar al interior del buque para ponernos a cubierto de la brisa ligera y helada que nos hería con sutiles alfilerazos.

Pero el agua lo había invadido todo y tuvimos que recogerlos contra la borda, que nos resguardaba un poco.

La oscuridad era cada vez mayor, y allí estábamos los cinco apiñados entre las negruras del cielo y los murmullos del mar. Yo sentía estremecerse contra mi pecho la espalda de la inglesita, cuyos dientes rechinaban a cada punto; a través de las ropas también sentía el calor agradable de su cuerpo, que me resultaba delicioso como una caricia. No hablábamos, permaneciendo inmóviles, mudos, acurrucados como bestias en un hoyo para guarecerse del huracán. Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la noche, a pesar del peligro que aumentaba por momentos, empecé a sentir la dicha de hallarme allí, gozando con el frío y el riesgo de aquellas horas eternas de oscuridad y angustia, cerca de aquella deliciosa muchacha.

Reflexionando, no sabía yo mismo a qué atribuir la extraña sensación de bienestar y de alegría que me penetraba.

¿Por qué? ¿Alguien lo sabe? ¿Porque la tenía junto a mí? ¿A quién? ¿A ella? ¿Y quién era ella? Una inglesita desconocida. No me sentía enamorado ni apasionado, y me inspiraba una ternura muy grande, un encanto, una irresistible atracción. Hubiera querido a toda costa salvarla, consagrarme a ella, realizar locuras por ella. ¡Cosa extraña! ¿Es posible que la presencia de una mujer nos trastorne de tal modo? ¿Es ese poder de su gracia lo que nos envuelve? ¿Es la seducción de la hermosura y de la juventud, que nos embriagan como el vino?

Será tal vez una especie de contacto amoroso, afinidad, misterio de amor que procura sin descanso unir a los seres, que pone sus artes en juego desde que se miran un hombre y una mujer por vez primera, y que los hiere con una emoción difusa, una emoción secreta, diseminada en todo el ser, como se humedece la tierra para que germinen las flores.

Pero el silencio de la oscuridad causaba espanto; el silencio del cielo, porque las aguas, removiéndose constantemente con un murmullo vago, ligero, infinito, con el rumor de un mar que sube tranquilamente, nos amenazaban.

Oí sollozos: la menor de las niñas lloraba. Su padre, queriendo consolarla, le explicaba no sé cuántas cosas en su idioma. Comprendí que su largo discurso tenía por objeto distraerla de los temores que la inquietaban.

Pregunté a la que se hacía dueña de mí con la dulce presión de su cuerpo:

-¿Tiene usted frío, señorita?

-¡Oh, sí! ¡Tengo mucho frío!

Quise darle mi abrigo, pero lo rechazó. Ya me lo había quitado y la envolví, a su pesar. En la breve lucha que sostuvimos, tropezando su mano con la mía, un latigazo de placer estremeció toda mi carne.

Pasados algunos minutos, arreció el aire y el mar chocaba con más fuerza en las maderas del buque. Me incorporé; una ráfaga me azotó el rostro. Se había levantado el viento.

Advirtiéndolo también el inglés, dijo sencillamente:

-Malo; esto es malo para nosotros...

Era la muerte segura si el menor oleaje azotaba y sacudía el deshecho casco.

Crecía nuestra angustia de segundo en segundo; el viento era cada vez más fuerte. Poco a poco aparecían en la oscuridad movedizas rayas blancas; el mar se agitaba, y el María José, balanceándose, nos hacía estremecer.

La inglesa temblaba; sintiéndola vibrar sobre mí, me costaba trabajo contenerme y no estrecharla entre mis brazos.

A lo lejos, detrás de nosotros, al frente, a derecha y a izquierda, brillaban los faros de las costas: luces blancas, amarillas, rojas; unas girando como gigantescos ojos, otras fijas como estrellas del cielo; todas parecían contemplarnos aguardando la hora en que nos hundiríamos para siempre. Sobre todo una de aquellas luces me irritaba, encendiéndose y apagándose de medio en medio minuto; aquello era una mirada viva, de fuego, a intervalos cubierta, en regular y desesperante parpadeo.

De cuando en cuando el inglés encendía un fósforo para ver la hora; luego se guardaba el reloj en el bolsillo. Al fin, una de las veces, con el reloj en la mano y alzando la cabeza sobre las de sus hijas, me dijo con soberana gravedad:

-Le deseo a usted un feliz Año Nuevo.

Eran las doce. Le ofrecí una mano y la oprimí; luego pronunció una frase inglesa y de pronto sus hijas entonaron el himno Dios Salve a la Reina, que se alzó en la oscuridad, perdiéndose a través del espacio.

La primera impresión que aquello me produjo fue de risa; luego me sentí profunda y extrañamente conmovido.

Era imponente y siniestro aquel himno de naufragos, de condenados, algo como una plegaria; más grande aún; algo comparable al antiguo y sublime *Ave, Cesar; moriture te salutant*.

Cuando acabaron supliqué a mi vecina que me cantase una balada, una leyenda, lo que fuese más de su agrado, para distraer nuestras angustias. Accedió, y su voz clara y juvenil revoloteaba entre las negruras de la noche cantando una canción, triste sin duda, porque las notas lentas se arrastraban como pájaros heridos rozando las crestas de las olas.

El mar, enardecido, sacudía el casco del buque. Yo sólo pensaba en aquella voz, que me hacía recordar el canto de la sirena. Si una barca de pescadores hubiese cruzado cerca de nosotros, ¿qué hubieran dicho los tripulantes? Mi espíritu, atormentado, se desvanecía en ensueños. ¡Una sirena! En verdad, ¿no era una sirena, una hija del mar aquella criatura que me había retenido en el buque abandonado y que muy pronto se hundiría conmigo entre las olas?

Bruscamente rodamos todos. Había mudado el María José de postura, echándose de pronto hacia el costado derecho. La inglesa cayó sobre mí; la estreché entre mis brazos, y, sin darme cuenta de lo que hacía, sin atender a nada, sin meditar nada, creyendo llegado el último instante de mi existencia, la besé como un loco en el pelo, en la frente y en las mejillas. El buque ya no se movía, estaba quieto; nosotros también.

El padre dijo:

-¡Kate!

La que oprimía yo entre mis brazos respondió:

-¡Sí!

Y procuraba desasirse.

Hubiera yo querido en aquel momento que se partiera en pedazos el buque y que ella cayese conmigo al agua.

El padre añadió:

-Una pequeña sacudida, nada. Conservo a mis tres hijas.

Al caer, no viéndola junto a las otras, la creyó perdida.

Me levanté y vi una luz en el mar, cerca de nosotros. Era una barca. Grité; me contestaron; iban a buscarnos, porque había supuesto nuestra imprudencia el dueño del hotel.

¡Salvados al fin! ¡Esto me contristaba! Nos recogieron y nos llevaron a San Martín.

El inglés murmuraba, frotándose las manos:

-¡Buena cena! ¡Buena cena!

Cenamos juntos; pero yo estaba triste, sentía la nostalgia de aquellas horas de peligro y ternura en el María José.

Al día siguiente nos despedimos. Ella me prometió escribirme. Se fueron a Biarritz. Estuve a punto de ir tras ella.

Me había impresionado profundamente; si aquello dura siquiera una semana, me caso con la inglesita. ¡Cuántas veces el hombre se muestra débil, incomprensible!

Durante dos años no tuve noticias. Luego recibí una carta de Nueva York. Se había casado y me lo participaba.

Desde entonces nos escribimos todos los años a primeros de enero. Ella me refiere su vida, me habla de sus hijos, de sus hermanas, ¡jamás de su marido! ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Yo le recuerdo solamente aquellas horas pasadas en el buque abandonado. Es la única mujer que me ha enamorado; es decir, que me hubiera enamorado si... ¿quién sabe? Las circunstancias nos conducen... Y luego... Todo pasa... Debe ya ser vieja... No la reconocería... ¡Oh, la de mi juventud, la de aquel día!... ¡Encantadora! En sus cartas me dice que ya tiene blanco el pelo... ¡Dios mío! Saberlo me angustia. ¡Su cabello rubio..., tan rubio!... No, la que yo conocí no existe!... No es la misma... ¡Qué tristeza!

FIN

El barrilito

El señor Chicot, dueño de la posada de Epreville, detuvo su tartana delante de la finca de la señora Magloire. Chicot era un hombrón rayando en la cuarentena, coloradote, panzudo y con fama de malicioso.

Ató el caballo a un poste de la valla y entró en el patio. Poseía unos campos contiguos a los de la vieja y deseaba ensanchar su posesión. Veinte veces había propuesto la compra; pero la señora Magloire se negaba obstinadamente a formalizar ningún trato.

-He nacido aquí, y aquí moriré -decía ella.

Aquel día la encontró mondando papas en el umbral de la puerta. Con setenta y dos años cumplidos, era seca, rugosa, encorvada, pero infatigable como una moza. Chicot, afectuosamente, le dio unos golpecitos en el hombro, y después tomó asiento junto a ella en una banquetilla.

-¡Magnífico! ¿Cómo estamos de salud?

-No estoy del todo mal. ¿Y usted, señor Próspero?

-Sin unos dolorcitos que de cuando en cuando me importunan, estaría perfectamente.

-Hay que conservarse.

Y no dijo más la vieja. Chicot la veía pelar papas. Sus dedos encorvados, nudosos, duros como patas de cangrejo, agarraban a manera de pinzas cada papa, haciéndola girar vivamente y sacándole tiras largas de la piel con un viejo cuchillo que sostenía en la otra mano. Y a medida que las mondaba, las iba echando en un cubo de agua. Tres gallinas se acercaban hasta sus pies para recoger las mondeduras; luego corrían, alejándose y llevando en el pico su botín.

Chicot parecía inquieto, ansioso, no sabiendo cómo decir lo que deseaba. Al cabo se atrevió:

-Oiga usted, señora Magloire.

-Diga. ¿En qué puedo servirle?

-¿Con que no se decide usted a venderme la finca?

-Eso no. Si no le traen otras intenciones, pierde usted el tiempo en venir. Es inútil que me hable usted de semejante cosa.

-Es que yo he pensado una forma de arreglar el asunto a gusto de los dos.

-Y ¿cómo? Vamos a ver.

-Muy sencillamente. Yo le compro a usted la finca y usted la conserva como si no la hubiese vendido. ¿Comprende? Se lo voy a explicar ahora mismo. Escuche.

La vieja dejó de pelar papas y clavó los ojos en el posadero. Este prosiguió:

-Yo le doy a usted ciento cincuenta francos mensuales. Fíjese bien; cada mes vengo yo en mi tartalina para traerle ciento cincuenta francos. Y todo sigue como está. Ni yo le pido nada, ni deja usted de ser dueña de todo. Continúa usted viviendo en su casa sin ocuparse de mí; lo mismo que ahora, que no me debe nada. Usted no hace más que coger mi dinero todos los meses. ¿Qué tal?

Y la miraba muy alegre, de buen humor.

La vieja lo miraba también con desconfianza, temiendo un engaño. Y preguntó:

-Y ¿por qué me da usted a mí ese dinero, si yo no le doy la finca?

Él insistió:

-No se preocupe usted ahora de eso. Usted será dueña de su casa mientras Dios le dé vida. Solamente me firmará un documento ante notario, para que después de su muerte disfrute yo de la finca. Usted no tiene hijos, y sus parientes no le interesan mucho. ¿Qué más da que la hereden ellos o que la herede yo? ¿Conviene? Lo dicho: usted disfruta, mientras viva, de su hacienda y, además, de ciento cincuenta francos, que me comprometo a darle mensualmente. Para usted es

todo ganancia.

La vieja quedó sorprendida, inquieta, interesada en el asunto, y replicó:

-No lo niego. Pero necesito pensarlo un poco. Vuelva usted dentro de ocho días, y hablaremos otra vez.

El posadero se fue satisfecho, como un rey que acaba de conquistar un imperio.

La señora Magloire quedó pensativa, no conciliando el sueño en toda la noche. Durante cuatro días casi tuvo fiebre. Oliscaba un engaño en el fondo; pero la idea de recibir ciento cincuenta francos todos los meses, la rica plata que recogería, como si cayera del cielo en su delantal, sin trabajo alguno, espoleaba su deseo.

Fue a ver al notario para consultarle aquello y el notario le aconsejó que aceptase la proposición de Chicot, exigiéndole doscientos cincuenta francos mensuales, porque la finca representaba un capital de sesenta mil francos.

-Si usted vive quince años -decía el notario-, él no habrá pagado más que cuarenta y cinco mil francos.

Se estremecía de gozo la vieja ante la perspectiva de doscientos cincuenta francos mensuales; pero desconfiaba, temía cosas imprevistas, engaños ocultos, y estuvo hasta la noche haciendo distintas objeciones, no decidiéndose resolver ni abandonar el asunto. Por fin hizo preparar la escritura y volvió a su casa como si hubiera bebido cuatro jarros de cidra nueva.

Cuando Chicot fue a saber la respuesta, ella se hizo rogar mucho, repitiendo que no se decidía y, en realidad, temerosa de que no accediera el posadero a dar los doscientos cincuenta francos. Pero como él insistía mucho, ella se resolvió a manifestar sus pretensiones.

Chicot, rechazándolas, trató de convencerla de que le quedaban aún muchos años de vida. La vieja lloriqueó.

-Ni cinco años me quedan. Ya tengo setenta y tres, y la salud muy quebrantada. La otra noche creí morirme.

Pero Chicot no se dejaba pescar.

-Vamos, vamos, vieja redomada. Está usted más fuerte que la torre de la iglesia. Usted ha de llegar a ciento diez años y me enterrará, seguramente.

Perdieron todo el día en discusiones, y como la vieja no cedió, al anoecer el posadero tuvo que resignarse a ofrecer los doscientos cincuenta francos mensuales.

Al día siguiente firmaron la escritura.

Transcurrieron tres años. La vieja estaba cada vez más robusta; no pasaba el tiempo por ella, y Chicot se desesperaba; le parecía pagar aquella renta durante medio siglo; creyéndose burlado y arruinado, iba de cuando en cuando a ver a su amiga, que lo recibía maliciosamente satisfecha del engaño, y Chicot no tardaba en subir a la tartana y alejarse al trote, murmurando:

-¿No reventarás, maldita vieja!

No sabía qué hacer. Hubiera querido estrangularla. Sentía contra ella un odio feroz, implacable.

Buscó medios.

Una tarde llegó a la finca satisfecho, frotándose las manos de gusto como la primera vez que fue a proponer el negocio.

Y después de haber hablado unos minutos, dijo:

-¿Por qué no va usted a comer conmigo cuando pasa por Epreville? Se murmura. Dicen que ya no somos amigos, y esto me duele. Por el gasto no ha de quedar, ni quiero que usted se abstenga por consideraciones tontas. Cuanto más coma usted, más gusto ha de darme; y que lo sepan los que hablan.

La vieja no se lo hizo repetir, y a los tres días, yendo al mercado con su carrito y su mozo, dejó el caballo en las cuadras de la posada de Chicot y se fue luego a comer con él, siendo servida como una reina; le dieron pollo y lo mejor que había en la casa para provocar su apetito; pero comió poco, porque desde la niñez estaba educada en una sobriedad absoluta, viviendo con sopas y pan untado con un poco de manteca. Chicot insistía, descorazonado. Ella no bebió vino ni quiso tomar café.

-¿Tampoco aceptará una copita de aguardiente?

-Sí; eso sí; no sabría negarme.

Y el posadero gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

-Rosalia, trae aguardiente del bueno, del superfino, de lo mejor.

La criada, compareciendo con una botella, sirvió dos vasos.

-Pruebe usted esto, señora -dijo Chicot- es una delicia.

La vieja bebía saboreando cada sorbo.

-Sí; es, en verdad, excelente.

No acababa de decirlo, cuando Chicot le llenaba de nuevo el vaso. Ella hizo intención de resistir, pero ya no había remedio, y lo paladeó con deleite.

Chicot quiso hacerle beber otro más, pero ella se negó. Él insistía:

-Esto es como la leche. Vea usted, yo bebo diez o doce copas, y nunca me da que sentir. Esto pasa como azúcar. Ni en el vientre, ni en la cabeza; nada: parece que se evapora en la lengua. Y no hay cosa mejor para la salud.

Como a la vieja le gustaba mucho, bebió un poco más.

Y Chicot, en un arranque de generosidad, exclamó:

-Vaya; para probar a todos que somos buenos amigos, voy a regalarle un barrilito.

La mujer se fue algo borracha. Y al día siguiente Chicot entró en el patio de la finca con su tartana, sacando luego de las bolsas un barrilito. Para demostrar que aquel aguardiente era como el del día anterior, pidió unas copitas y las llenaron tres veces.

Al despedirse, dijo:

-Ya lo sabe usted para cuando se acabe, me queda más en casa; no lo economizo. Tengo mucho gusto en obsequiarla.

Se subió a la tartana y se fue.

Volvió a los cuatro días. La vieja estaba en el umbral de la puerta cortando sopas de pan. Chicot sonrió, saludándola y acercándole con disimulo a la cara la nariz. Su propósito era saber cómo le olía la boca. Sintiendo el vaho del alcohol, se le alegró el semblante, y dijo:

-¿Quiere usted convidarme a una copita de aguardiente?

Y vaciaron dos o tres, como buenos amigos.

Pronto corrió por la comarca la noticia de que la señora Magloire abusaba del aguardiente, cayendo borracha con frecuencia, unas veces en la cocina, otras veces en el patio, y hasta en los caminos, habiendo sido necesario alguna vez llevarla a su casa, inmóvil como un cadáver.

Chicot ya no iba más a la finca, y cuando le hablaban de la señora Magloire, murmuraba con expresión de tristeza:

-¿No es una desdicha que a su edad haya tomado esas costumbres? Cuando uno es viejo, debe cuidarse. Esto acabará por darle un disgusto cualquier día.

Y así ocurrió. Al invierno siguiente murió la vieja después de las fiestas de navidad, habiendo caído borracha en la nieve.

Y al heredar la finca, Chicot exclamaba:

-Sin las borracheras, hubiera vivido lo menos diez años más.

FIN

El bautismo

Los hombres, vestidos con sus trajes de día de fiesta, esperaban a la puerta de la granja. El sol de mayo derramaba su luz esplendorosa sobre los manzanos en flor, que parecían enormes ramos redondos, blancos, rosáceos y perfumados, que cubrían todo el patio con un techo florido. De todos ellos caía constantemente una nieve de pequeños pétalos, formando remolinos y ondulaciones en el aire, antes de posarse en la hierba alta, en la que brillaban como llamas los dientes del león, y las amapolas sembraban gotas de sangre.

Una cerda madre, de vientre enorme y ubres abultadas, dormitaba al borde del estercolero, y una multitud de cerditos corría a su alrededor con el rabo ensortijado como una cuerda.

De pronto empezó a sonar la campana de la iglesia, a lo lejos, más allá de los árboles de las granjas. Su metálica voz lanzaba en los cielos gozosos su débil llamada lejana. Las golondrinas cruzaban como flechas por el inmenso espacio azul encuadrado en las grandes hayas inmóviles. De cuando en cuando pasaba una vaharada de establo y se mezclaba con el aroma suave y dulzón de los manzanos.

Uno de los hombres que estaban en pie delante de la puerta, se volvió hacia la casa y gritó:

-Ea, Melina, vamos ya, que están tocando.

Tendría unos treinta años. Era un campesino fornido, al que todavía no habían conseguido deformar, ni encorvar, los muchos años de trabajo en la tierra. Un viejo, su padre, avellanado como un tronco de haya, de muñecas abultadas y piernas torcidas, sentenció:

-Está visto, nunca acaban de prepararse las mujeres.

Los otros dos hijos del viejo se echaron a reír; uno de ellos se volvió hacia el hermano mayor, que era quien primero había hablado, y le dijo:

-Ve en su busca, Polito; de otro modo, no estarán antes del mediodía.

El joven entró en su casa.

Una bandada de patos, que se había detenido cerca del grupo de campesinos, empezó a graznar sacudiendo sus alas; después se alejaron hacia la charca con calmoso contoneo.

En la puerta de entrada de la casa, que había quedado abierta, apareció una voluminosa mujer, que llevaba en brazos un niño de dos meses. Las cintas blancas con que sujetaba su alto gorrito, le caían sobre un mantoncillo rojo, deslumbrante como llamarada, y el niño, envuelto en telas blancas, descansaba sobre la joroba que formaba el vientre de la comadrona. Salió detrás, fresca y sonriente, cogida del brazo de su marido, la madre, mujer alta y fuerte, que apenas tendría dieciocho años, y a continuación seguían las abuelas, ajadas como manzanas viejas, encorvadas de cintura por efecto del trabajo rudo y continuo, aunque haciendo ahora un esfuerzo por enderezarse, que se traslucía en su expresión de dolor. Una de ellas era viuda; se cogió del brazo del abuelo, que había permanecido delante de la puerta, y se pusieron al frente del cortejo, inmediatamente después del niño y de la comadrona. Los demás de la familia siguieron detrás. Los más jóvenes llevaban bolsas de papel llenas de caramelos.

La campanita sonaba a lo lejos sin descanso, llamando con toda su fuerza al chiquillo esperado. Los muchachos se subían a las cercas; los mayores se asomaban a las vallas; algunas criadas de granja se detenían con un cubo de leche a cada lado, para contemplar el bautizo. La comadrona llevaba con orgullo su carga viviente, y evitaba con cuidado los charcos de agua en los caminos, que cruzaban por entre ribazos plantados de árboles. Seguían después los ancianos, muy solemnes, aunque caminaban con alguna irregularidad por efecto de los años y de los achaques; los jóvenes sentían ganas de bailar, y miraban a las mozas que acudían para verlos pasar; y el padre y la madre marchaban muy formales, más serios que los demás, detrás de aquel hijo que tomaría, andando el tiempo, su puesto en la vida, y que había de perpetuar en la región su apellido Dentu, que era conocido en todo el distrito.

Salieron al llano, y siguieron a campo traviesa para ahorrarse el largo rodeo que daba el camino. Ya se distinguía la iglesia, con su puntiagudo campanario. Debajo mismo del techo de pizarra, tenía una abertura que lo cruzaba de parte a parte; y en su interior se movía algo, que pasaba y repasaba con rápido vaivén, por detrás de la angosta ventana. Era la campana que no dejaba de tocar, invitando al recién nacido a que fuese por vez primera a la mansión del Señor.

Un perro echó a andar tras el cortejo. Le tiraban confites, y él daba saltos alrededor de las personas. La puerta de la iglesia estaba abierta. El sacerdote aguardaba junto al altar: era un mocetón de cabellos rojos, seco y fuerte, también Dentu de apellido, y tío del niño, porque era hermano del padre. Bautizó, cumpliendo todos los ritos, a su sobrino

Próspero César, y éste rompió a llorar cuando sintió el sabor de la simbólica sal.

Terminada la ceremonia, la familia esperó en el umbral de la puerta, mientras el sacerdote se quitaba la sobrepelliz; y, a continuación, echaron a andar. Ahora caminaban aprisa, pensando en la comida. Iba tras ellos toda la chiquillería del pueblo, y a cada puñado de caramelos que les tiraban se entablaba un furioso revoltijo, luchas cuerpo a cuerpo, y alguno se llevaba de un tirón los cabellos de otro. También el perro se lanzaba al montón, en busca de algún confite, y aunque le tiraban del rabo, de las orejas, de las patas, se mostraba más obstinado que los mismos muchachos.

La comadrona, un poco cansada, se dirigió al cura, que caminaba a su lado.

-Dígame, señor cura, ¿le importaría llevar un rato a su sobrino, mientras yo descanso un poco? Estoy sintiendo casi calambres en el estómago.

Tomó el sacerdote al niño, y la albura de las ropas de éste formó como un manchón luminoso sobre la negra sotana; lo besó; aquella carga tan liviana le embarazaba, porque no sabía cómo tenerlo, ni de dónde agarrarlo. Todos se echaron a reír. Una de las abuelas le preguntó desde lejos:

-Oye, curita, ¿no te da tristeza el pensar que no tendrás nunca uno como ése, que sea tuyo?

El sacerdote no contestó. Caminaba dando grandes zancadas, con la vista clavada en el arrapiezo de ojos azules, sintiendo ganas de besar otra vez sus carrillos mofletudos. No pudo resistir más, lo alzó hasta la altura de su boca, y le dio un beso muy largo.

-El padre le gritó:

-Eh, señor cura. ¡Si quieres otro como ése, no tienes más que pedirlo!

Y empezaron las cuchufletas, al estilo campesino.

Así que se sentaron a la mesa, estalló, como una tormenta, la alegría pesadota de la gente del campo. También los otros dos hijos iban a contraer pronto matrimonio; allí estaban sus novias, que únicamente habían sido invitadas a la comida; y todo era hablar los comensales acerca de las futuras generaciones que de tales bodas se esperaban.

Se lanzaban frases gruesas, muy cargadas de pimienta, que hacían reír por lo bajo a las mozas y retorcerse de risa a los hombres. Golpeaban con el puño en la mesa, al mismo tiempo que dejaban escapar exclamaciones. El padre y el abuelo eran una fuente inagotable de dichos picarescos. La madre se sonreía; también las abuelas tomaban su parte en el regocijo y lanzaban alguna que otra chocarrería.

El sacerdote, acostumbrado a aquella clase de excesos campesinos, no se daba por enterado; estaba sentado junto a la comadrona y hacía a su sobrino cosquillas con el dedo en la boca para hacerle reír. Parecía sorprendido a la vista de aquel niño, como si fuese el primero que veía. Lo miraba con atención pensativa, con una seriedad soñadora, con la ternura que de pronto se había despertado en lo íntimo de su ser; una ternura nueva, extraña, viva y algo triste, hacia aquella frágil criatura nacida de un hermano suyo.

No escuchaba ni veía nada, absorto en la contemplación del niño. Se sentía conmovido ante aquella larva de hombre, como un misterio inefable en él nunca había pensado; un misterio augusto y santo: el de la encarnación de un alma nueva, el gran misterio de la vida que empieza, del amor que se despierta, de la raza que se perpetúa, de la Humanidad que sigue siempre adelante. La comadre comía con cara congestionada y ojos brillantes, y el niño la molestaba, porque la alejaba de la mesa.

El cura le dijo:

-Démelo. Yo no tengo ganas de comer.

Volvió a cogerlo en brazos. Todo cuanto le rodeaba desapareció para él, como si se borrara; no tenía ojos sino para aquella carita sonrosada y mofletuda; poco a poco, a través de las mantillas y de la sotana, el calor de aquel cuerpecito le fue llegando a las piernas, le fue calando como una caricia muy leve, muy agradable, muy casta; era una caricia deliciosa que le empañaba los ojos de lágrimas. El barullo de los comensales se iba haciendo terrible. El niño, desasosegado por aquel vocerío, rompió a llorar.

Alguien gritó:

-Oye, tú, curita; dale de mamar.

La explosión de carcajadas hizo retemblar el comedor. La madre se levantó, cogió a su hijo y se lo llevó a la habitación de al lado. Al cabo de algunos minutos volvió, diciendo que el niño dormía tranquilo en su cuna.

Siguieron comiendo. Hombres y mujeres salían de cuando en cuando al corral, y al rato volvían a la mesa. Los platos de carne, de legumbres, la sidra y el vino desaparecían en las bocas como en una sima, hinchaban los estómagos, encandilaban los ojos, ponían en delirio las cabezas.

Empezaba a hacerse de noche cuando se sirvió el café. Hacía rato que el cura había desaparecido, sin que a nadie llamase la atención su ausencia. La joven madre se levantó, al fin, para ir a ver si el pequeño seguía dormido. Estaba ya oscuro. Entró a tientas en la habitación; se adelantó, extendiendo hacia adelante los brazos, para no tropezar con los muebles. Un ruido extraño la detuvo en seco y se volvió atrás asustada, con la certeza de haber oído que alguien se movía. Entró en el comedor, pálida y temblorosa, y lo contó. Todos los hombres se levantaron con estrépito, ebrios y amenazadores; el padre cogió una lámpara y se precipitó dentro de la habitación.

De rodillas junto a la cuna, con la frente apoyada en la almohada en que descansaba la cabeza del niño, el señor cura sollozaba.

FIN

El bautizo

«Vamos, doctor, un poco de coñac.

-Con mucho gusto.»

Y después de alargar su vaso, el antiguo médico de la Marina vio subir hasta el borde el hermoso líquido de reflejos dorados. Luego lo levantó hasta sus ojos, permitió que pasara dentro la claridad de la lámpara, lo olió, tomó unas gotas que paseó lentamente por la lengua y por la carne húmeda y delicada del paladar, y luego dijo:

-¡Oh! ¡qué encantador veneno! O, más bien, ¡qué seductor veneno, qué delicioso destructor de pueblos! Usted, usted no lo conoce. Es cierto que ha leído ese admirable libro titulado La taberna, pero usted no ha visto, como yo, el alcohol exterminar a una tribu salvaje, a un pequeño reino de negros, ese alcohol llevado en toneles regordetes que desembarcaban con gesto plácido los marineros ingleses de barbas pelirrojas. Pero mire, yo he visto con mis propios ojos un drama producido por el alcohol, muy extraño y muy conmovedor, cerca de aquí, en Bretaña, en un pueblecito en los alrededores de Pont-l'Abbé.

Yo ocupaba entonces, durante un año de permiso, una casita de campo que me había dejado mi padre. Conoce esa costa llana en la que el viento sopla entre juncos, noche y día, donde se ven, de trecho en trecho, de pie o tumbadas, esas enormes piedras que pertenecieron a los dioses y que han conservado algo inquietante en su posición, en su actitud, en su forma. Siempre creo que van a animarse, y que voy a verlas marchar por el campo, con paso lento y pesado, el paso de los colosos de granito, o echarse a volar con unas alas enormes, alas de piedra, hacia el paraíso de los druidas. El mar cierra y domina el horizonte, el mar agitado, lleno de escollos de negras cabezas, rodeadas siempre por una baba de espuma, semejantes a perros que esperaran a los pescadores. Y ellos, los hombres, se van sobre este mar terrible que vuelca sus embarcaciones con una sacudida de su dorso verdoso y se los traga como si fueran píldoras. Y se van en sus pequeños barcos, día y noche, valientes, inquietos, y borrachos. Borrachos están casi siempre. «Cuando la botella está llena -dicen- vemos el escollo; pero cuando está vacía, ya no se ve.» Entre en esas casuchas. Jamás encontrará al padre. Y si le pregunta a la mujer qué ha sido de su hombre, extenderá los brazos hacia el mar sombrío que ruge y escupe su saliva blanca a todo lo largo de la orilla. Se quedó allí una noche que había bebido un poco más de la cuenta. Y el hijo mayor también. Aún le quedan cuatro hijos, cuatro mozos rubios y fuertes. Pronto será su turno.

Yo residía, pues, en una casa de campo cerca de Pont-l'Abbé. Estaba allí solo con un criado, un antiguo marinero, y una familia bretona que cuidaba la propiedad en mi ausencia. Ésta se componía de tres personas, dos hermanas y el marido de una de ellas, que cuidaba el jardín.

Y, ese año, por Navidad, la compañera de mi jardinero tuvo un niño. El marido vino a pedirme que fuera el padrino. No podía negarme, y le presté diez francos para los gastos de la iglesia, según él. Fijaron la ceremonia para el día dos de enero. Desde hacía ocho días la tierra estaba cubierta por la nieve, una inmensa alfombra lívida y dura que parecía ilimitada sobre ese país llano y bajo. El mar parecía negro a lo lejos tras la llanura blanca; y se le veía agitarse, levantar el lomo, enrollar sus olas, como si hubiera querido arrojar sobre su pálida vecina, que parecía muerta, por lo tranquila, triste y fría que estaba.

A las nueve de la mañana, Kérandec llegó ante mi puerta con su cuñada, la alta Kermagan, y la cuidadora que llevaba al niño envuelto en una mantita. Y ahí nos tiene camino de la iglesia. Hacía un frío capaz de hendir los dólmenes, uno de esos fríos desgarradores que rompen la piel y hacen padecer horriblemente por su quemadura de hielo. Yo pensaba en el pobre pequeño ser que llevaban delante de mí, y me decía que esta raza bretona debía ser, verdaderamente, de hierro, para que los niños fueran capaces, desde el momento de su nacimiento, de soportar semejantes paseos.

Llegamos ante la iglesia pero la puerta permanecía cerrada. El párroco estaba retrasado. Entonces la cuidadora, tras sentarse en uno de los mojones que estaban junto al dintel, se puso a desnudar al niño. Yo pensé en un primer momento que había mojado los pañales, pero vi que lo dejaban desnudo, completamente desnudo, el desgraciado, completamente desnudo, en el ambiente helado. Me acerqué, indignado ante semejante imprudencia:

-¿Está usted loca? ¡Lo va a matar!

La mujer contestó plácidamente: «¡Oh no, señor patrón!, es necesario que espere al buen Dios completamente desnudo.» El padre y la tía la miraban con tranquilidad. Era la costumbre. Si no siguieran la costumbre, le ocurriría alguna desgracia al pequeño. Yo me enfadé, injurié al hombre, amenacé con irme, quise cubrir por la fuerza a la delicada criatura. Pero todo fue en vano. La cuidadora echaba a correr por la nieve, y el cuerpo del chiquillo se ponía violeta.

Iba a dejar a esos brutos cuando vi al párroco que llegaba por el campo seguido del sacristán y de un muchacho del pueblo. Corrí hacia él y le comuniqué mi indignación con violencia. Él no se sorprendió en absoluto, no aceleró el paso,

no apresuró sus movimientos. Contestó:

-¿Qué quiere, señor? Es la costumbre. Todos lo hacen, no podemos impedirlo.

-Pero, al menos, apresúrese -le grité.

Y él contestó: «No puedo ir más rápido.» Y entró en la sacristía, mientras nosotros permanecíamos en la puerta de la iglesia, donde yo sufría ciertamente más que el pobre pequeño que berreaba bajo la mordida del frío.

Por fin se abrió la puerta. Entramos. Pero el niño debía permanecer desnudo durante toda la ceremonia. Ésta fue interminable. El cura titubeaba al leer las sílabas latinas que caían de su boca, escandidas a contramano. Se movía con lentitud, con una lentitud de tortuga sagrada; y su sobrepelliz blanco me helaba el corazón, como otra nieve en la que se hubiera envuelto para hacer sufrir, en nombre de un Dios inclemente y bárbaro, a aquella larva humana torturada por el frío. Por fin acabó el bautizo según los ritos, y vi a la cuidadora envolver de nuevo en la larga mantita al niño helado que gemía con voz aguda y dolorida.

El párroco me dijo: «¿Quiere usted venir a firmar en el registro?»

Yo me volví hacia mi jardinero y le dije: «Vuelvan a casa rápidos, y calienten a ese niño inmediatamente.» Y le di algunos consejos para evitar, si aún estábamos a tiempo, una pulmonía. El hombre prometió llevar a cabo mis recomendaciones, y se marchó con su cuñada y la cuidadora. Yo seguí al cura hasta la sacristía.

Cuando terminé de firmar, me pidió cinco francos para los gastos. Como ya le había dado al padre de la criatura diez francos, me negué a pagar de nuevo. El párroco me amenazó con romper la hoja y anular la ceremonia. Yo, a mi vez, lo amenacé con el fiscal. La querrela fue larga pero terminé pagando.

Apenas regresé a mi casa, quise saber si no había sucedido nada desagradable. Corrí hacia la casa de Kérandec pero el padre, la cuñada y la cuidadora no habían regresado aún. La recién parida, sola, tiritaba de frío en su cama, y tenía hambre pues no había comido nada desde la víspera.

-¿Dónde diablos se han ido?» -pregunté. Ella respondió sin sorprenderse, sin enfadarse: «Habrán ido a beber algo para celebrarlo.» Era la costumbre. Entonces pensé en mis diez francos que debían haber pagado los gastos de la iglesia y que pagarían, sin duda, el alcohol.

Le mandé un caldo a la madre y ordené que encendieran un buen fuego en su chimenea. Estaba ansioso y furioso, prometiéndome que echaría de mi propiedad a aquellos brutos y preguntándome con terror qué iba a ser de aquel pobre chiquillo. A las seis de la tarde no habían regresado aún. Ordené a mi criado que los esperara y yo me fui a dormir. Me quedé dormido de inmediato, pues duermo como un auténtico marinero. Muy temprano, mi criado, que me traía agua caliente para que me afeitara, me despertó.

Tan pronto como abrí los ojos pregunté: «¿Y Kérandec?» El hombre dudaba, luego contestó: «¡Oh! señor, regresó después de medianoche, borracho como una cuba, y la alta Kermagan también, y la cuidadora también. Creo que se habían quedado dormidos en una cuneta, de manera que el chiquillo se murió sin que ni siquiera se dieran cuenta.»

Me levanté de un salto, gritando: «¿Se ha muerto el niño?»

-Sí, señor. Pero yo sólo lo he sabido por la mañana, hace un rato. Como Kérandec no tenía más aguardiente ni más dinero, cogió el petróleo de la lámpara que el señor le dio y se lo bebieron entre los cuatro, tanto que no quedó más de un litro. Y como consecuencia la Kérandec está muy grave.»

Me había vestido a la carrera, y cogiendo mi bastón, con la idea de golpear a todas aquellas bestias humanas, corrí a casa de mi jardinero. La recién parida estaba agonizando, ebria de petróleo, junto al cadáver azul de su niño. Kérandec, la cuidadora, y la alta Kermagan, se hallaban roncando en el suelo. Me vi obligado a cuidar a la mujer, que murió hacia las doce.»

El médico se había callado. Tomó de nuevo la botella de coñac, se sirvió un nuevo vaso, y después de haber hecho correr de nuevo a través del rubio licor la luz de la lámpara que parecía poner en su vaso un jugo claro de topacios fundidos, se bebió, de un trago, el líquido pérfido y cálido.

FIN

El bigote

Castillo de Solles, lunes 30 de julio de 1883.

Querida Lucía, nada nuevo. Vivimos en el salón viendo cómo cae la lluvia. No se puede salir con este tiempo horroroso; entonces hacemos teatro. Qué estúpidas son, querida, las obras de teatro del repertorio actual. Todo es forzado, todo es grosero, pesado. Las bromas impactan como las balas de cañón, rompiéndolo todo. Ni rastro de espíritu, de naturalidad, ningún humor, ninguna elegancia. Estos literatos por cierto no saben nada del mundo. Ignoran por completo cómo pensamos y cómo hablamos nosotros. Tolero perfectamente que desprecien nuestras costumbres, nuestras convenciones y nuestros modales, pero no les permito en absoluto que no los conozcan. Para ser finos, hacen juegos de palabras que podrían servir para alegrar un cuartel militar; para ser joviales nos sirven un ingenio que han debido cosechar en las alturas del bulevar exterior, en esas cervecerías llenas de artistas en las que se repiten, desde hace cincuenta años, las mismas paradojas de estudiante.

En fin, hacemos teatro. Como sólo somos dos mujeres, mi marido desempeña los papeles de doncella, y para ello se afeitó. No te imaginas, querida Lucía, qué cambiado está, ya no lo reconozco... ni de día ni de noche. Si no dejase crecer enseguida su bigote creo que le sería infiel, de tanto que me disgusta así.

En serio, un hombre sin bigote deja de ser un hombre. No me gusta mucho la barba que casi siempre da un aspecto desaliñado, pero el bigote, ¡ay, el bigote!, se hace imprescindible en una fisonomía viril. No, nunca podrías imaginar cuán útil resulta para la vista y... las relaciones entre esposos... este pequeño cepillo de vello en el labio. Se me han ocurrido un montón de reflexiones sobre este tema que apenas me atrevo a contarte por escrito. Te las diré de buena gana... en voz baja. Pero las palabras que expresan ciertas cosas son tan difíciles de encontrar, y algunas palabras insustituibles, resultan tan feas sobre el papel, que no puedo escribirlas. Y además, el tema es tan complejo, tan delicado, tan escabroso, que necesitaría una ciencia infinita para abordarlo sin peligro.

¡En fin! Da igual si no me entiendes. Y además, querida, procura leer entre líneas.

Sí, cuando mi marido me llegó afeitado, enseguida supe que jamás sentiría debilidad por un comediante, ni por un predicador, aunque fuese el padre Didon, el más seductor de todos. Y cuando más tarde estuve a solas con él (mi marido), fue mucho peor. ¡Oh! querida Lucía, nunca te dejes besar por un hombre sin bigote; sus besos no tienen ningún sabor, ninguno, ninguno! Ya no tiene ese encanto, esa suavidad y esa... pimienta, sí, esa pimienta del auténtico beso. El bigote es su guindilla.

Imagínate que te apliquen en el labio un pergamino seco... o húmedo. Esa es la caricia del hombre afeitado. Desde luego ya no merece la pena.

¿De dónde viene pues la seducción del bigote, me preguntarás? ¿Acaso lo sé?

Primero te produce un delicioso cosquilleo. Te roza la boca y sientes un escalofrío agradable por todo el cuerpo, hasta la punta de los pies. Es él quien acaricia, quien estremece y sobresalta la piel, quien otorga a los nervios esa vibración exquisita que te arranca ese pequeño "¡Ah!", como si una tuviese mucho frío.

¡Y en el cuello! Sí, ¿has sentido alguna vez un bigote en tu cuello? Eso te embriaga y te crispa, te baja por la espalda, te llega hasta la punta de los dedos. Te retuerces, mueves los hombros, echas la cabeza hacia atrás. Una desearía huir y quedarse; ¡es adorable e irritante! ¡Pero qué sensación tan agradable!

Hay más todavía... ¡de verdad, ya no me atrevo! Un marido que te quiere del todo sabe encontrar un montón de recónditos lugares donde esconder sus besos, de los cuales una no se percataría nunca sola. Pues bien, sin bigote esos besos también pierden mucho de su sabor; ¡sin contar que se vuelven casi indecentes! Explícalo como puedas. En cuanto a mí, ésta es la razón que lo justifica. Un labio sin bigote está igual de desnudo que un cuerpo sin ropa; y, la ropa siempre hace falta, muy poca si tú quieres, ¡pero es necesaria!

El Creador (no me atrevo a escribir otra palabra al hablar de estas cosas), el Creador tuvo el detalle de velar todos los amparos de nuestra carne donde tenía que esconderse el amor. Una boca afeitada se me parece a un bosque talado alrededor de alguna fuente a donde se va a comer y dormir.

Eso me recuerda una frase (de un político) que desde hace tres meses me está dando vueltas en la cabeza.

Mi marido, que lee los periódicos, me leyó, una noche, un discurso singular de nuestro ministro de agricultura que se llamaba entonces el señor Méline, ¿habrá sido sustituido por otro? Lo ignoro.

No estaba escuchando, pero el nombre de Méline me llamó la atención. Me recordó, no sé muy bien porqué, las escenas

de la vida de Bohemia. Creí que se trataba de una modistilla. Así fue cómo memoricé unos fragmentos de este discurso. Entonces el señor Méline les hacía a los habitantes de Amiens, creo, esta declaración cuyo significado llevaba buscando hasta la fecha: "No hay patriotismo sin agricultura". Pues ese significado, lo he hallado hace un rato; y he de confesarte que no hay amor sin bigote. Cuando uno lo dice de este modo suena raro, ¿verdad?

¡No hay amor sin bigote!

"No hay patriotismo sin agricultura", afirmaba el señor Méline; y tenía razón ese ministro, ¡ahora lo entiendo!

Desde otro punto de vista, el bigote es esencial. Determina la fisonomía. Te da un semblante dulce, tierno, violento, de rudo, de golfo, ¡de atrevido! El hombre barbudo, realmente barbudo, el que lleva todo el pelo (¡oh!, ¡qué palabra más fea!) en las mejillas no tiene finura en la cara, pues quedan ocultos sus rasgos; y la forma de la mandíbula y del mentón revelan muchas cosas a quien sabe ver. El hombre con bigote conserva su aspecto propio y su elegancia al mismo tiempo.

¡Y qué variados son esos bigotes!

Tanto son solapados, rizados, como coquetos. ¡Estos parecen querer a las mujeres por encima de todo!

Tanto son puntiagudos, como agujas, amenazadores. Éstos prefieren el vino, los caballos y las batallas.

Tanto son enormes, caídos, espantosos. Éstos enormes suelen disimular un carácter excelente, una bondad que linda con la debilidad y una dulzura que se confunde con la timidez.

Además, lo que primero me encanta del bigote es que sea francés, muy francés. Procede de nuestros padres los galos y luego perduró como señal de nuestro carácter nacional.

Es fanfarrón, galante y bravo. Se empapa graciosamente de vino y sabe reír con elegancia, mientras que las anchas mandíbulas barbudas son pesadas en todo lo que hacen.

Por cierto, me acuerdo de una cosa por la que lloré con fuerza y que me hizo también, ahora me doy cuenta de ello, amar el bigote en los labios de los hombres.

Fue durante la guerra, en casa de papá. Era jovencita por aquel entonces. Un día hubo un combate cerca del castillo. Llevaba toda la mañana oyendo cañonazos y disparos, y por la noche un coronel alemán entró y se instaló en nuestra casa. Luego, al día siguiente se marchó. Fueron a avisar a mi padre de que había muchos muertos en los campos. Los mandó traer a casa para enterrarlos juntos. Los tumbaban a lo largo de la gran avenida de abetos, por ambos lados, a medida que iban llegando; y como empezaban a oler mal, se les echaba tierra en el cuerpo mientras se esperaba a que hubieran cavado la fosa común. De este modo ya no se veía más que sus cabezas que parecían salir del suelo, igual de amarillas, con sus ojos cerrados. Quise verlos; pero cuando descubrí aquellas dos largas líneas de horribles caras, pensé que iba a perder el sentido; y me puse a examinarlas, una tras otra, procurando adivinar lo que habían sido esos hombres.

Los uniformes estaban enterrados, ocultos bajo la tierra, y sin embargo de repente, sí querida, de repente reconocí a los franceses, ¡por su bigote!

Unos se habían afeitado el día mismo del combate, ¡como si hubiesen querido ser coquetos hasta el último momento!. No obstante, su barba había crecido un poco, pues sabes que la barba sigue creciendo aún después de la muerte. Otros parecían tenerla de ocho días, pero todos al fin llevaban el bigote francés, muy distinto, el orgulloso bigote, que parecía estar diciendo: "No me confundas con mi vecino barbudo, pequeña, soy de los tuyos". Y lloré, ¡oh!, lloré mucho más que si no los hubiese reconocido de esta manera, a esos pobres muertos.

Hice mal en contarte esto. Ahora estoy triste y me siento incapaz de charlar por más tiempo.

Venga, adiós, querida Lucía. Te envió un abrazo con toda mi alma. ¡Viva el bigote!

Jeanne.

FIN

El borracho

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo enormes nubes invernales, pesadas y negras, que arrojaban al pasar sobre la tierra furiosos chaparrones.

El mar encrespado bramaba y azotaba la costa, precipitando sobre la orilla olas enormes, lentas y babosas, que se desplomaban con detonaciones de artillería. Llegaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, bajo las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, igual que el sudor de un monstruo.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo los sobradillos, derribando las chimeneas, lanzando por las calles tales rachas de viento que sólo se podía andar sujetándose a las paredes, y capaces de levantar a un niño como si fuera una hoja y de arrojarlo al campo por encima de las casas.

Las barcas de pesca habían sido sirgadas hasta el pueblo, por miedo al mar que iba a barrer la playa cuando subiese la marea, y algunos marineros, ocultos tras el redondo vientre de las embarcaciones tumbadas de costado, contemplaban a aquella cólera del cielo y del agua.

Después se marchaban poco a poco, pues la noche caía sobre la tormenta, envolviendo en sombras el océano enloquecido, y todo el estruendo de los irritados elementos.

Quedaban aún dos hombres, las manos en los bolsillos, encorvados bajo la borrasca, el gorro de lana calado hasta los ojos, dos corpulentos pescadores normandos, con una sotabarba áspera, con la piel quemada por las saladas ráfagas de alta mar, de ojos azules con una pinta negra en el centro, esos ojos penetrantes de los marinos que ven a lo lejos en el horizonte, como un ave de presa.

Uno de ellos decía:

-Hala, vente, Jérémie. ¿Qué tal si echamos una partida de dominó? Yo pago.

El otro vacilaba aún, tentado por el juego y el aguardiente, sabiendo perfectamente que iba a emborracharse una vez más si entraba en la taberna de Paumelle, contenido también por la idea de su mujer, que se había quedado completamente sola en la casucha.

Preguntó:

-Casi que diría que has apostado a emborracharme toas las noches. Dime, ¿qué gusto le sacas?, porque siempre corres con el gasto...

Y se reía de todas maneras ante la idea de todo aquel aguardiente bebido a expensas de otro; se reía con la risa satisfecha de un normando aprovechado.

Mathurin, su camarada, seguía tirándole del brazo.

-Hala, vente Jérémie. No está la noche para volver a casa sin algo caliente en la barriga. ¿De qué tienes miedo? ¿No te va a calentar la cama tu costilla?

Jérémie respondía:

-La noche pasada, ni pude encontrar la puerta... ¡Casi casi me pescaron en el arroyo delante de casa!

Y se reía aún con aquel recuerdo de borrachín, y marchaba despacito hacia el café de Paumelle, cuyos cristales iluminados brillaban; marchaba, arrastrado por Mathurin y empujado por el viento, incapaz de resistirse a aquellas dos fuerzas.

La sala baja estaba llena de marineros, de humo y de gritos. Todos aquellos hombres, vestidos de lana, acodados en las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más bebedores entraban, más había que chillar entre el estruendo de voces y de fichas de dominó batidas contra el mármol, como para hacer más ruido todavía.

Jérémie y Mathurin fueron a sentarse a un rincón y empezaron una partida, y las copas desaparecían, una tras otra, en la profundidad de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas, tomaron otras copas. Mathurin servía sin parar, guiñándole el ojo al dueño, un gordo tan rojo como el fuego y que se lo pasaba en grande, como si estuviera en el secreto de alguna broma; y Jérémie tragaba el alcohol, balanceaba la cabeza, lanzaba carcajadas que parecían rugidos, mirando a su compadre con un aire alelado y

contento.

Todos los clientes se marchaban. Y cada vez que uno de ellos abría la puerta de fuera para salir, una ráfaga de viento entraba en el café, agitaba tempestuosamente el pesado humo de las pipas, balanceaba las lámparas suspendidas de cadenas y hacía vacilar las llamas; y de repente se oía el choque profundo de una ola que se desplomaba y el bramido de la borrasca.

Jérémie, con el cuello desabrochado, adoptaba actitudes de curda, con una pierna extendida, un brazo colgante; y con la otra mano sujetaba sus fichas.

Ahora se habían quedado solos con el dueño, que se acercó, lleno de interés.

Preguntó:

-¿Qué, Jérémie, cómo va la cosa por ahí dentro? ¿Te has refrescado con tanto riego?

Y Jérémie farfulló:

-Cuanto más corre, más seco se pone ahí al fondo.

El tabernero miró a Mathurin con aire ladino. Dijo:

-Y tu hermano, Mathurin, ¿por dónde anda a estas horas?

El marinero tuvo una risa muda:

-Está bien calentito; tú, tranquilo.

Y ambos miraron a Jérémie, que colocaba triunfalmente el seis doble, anunciando:

-Ahí va el ataúd.

Cuando hubieron acabado la partida, el dueño declaró:

-¿Saben, chicos?, yo me voy a la cama. Les dejo una lámpara y un caneco de litro. Hay hasta cuatro reales a bordo. Cierra la puerta por fuera, Mathurin, y mete la llave por debajo del tejadillo, como hiciste la otra noche.

Mathurin replicó:

-Tú, tranquilo. Entendido.

Paumelle estrechó la mano de sus dos clientes rezagados, y subió torpemente la escalera de madera. Durante unos minutos, sus pesados pasos resonaron en la casita; después un gran crujido reveló que acababa de meterse en cama.

Los dos hombres siguieron jugando; de vez en cuando, una racha más fuerte del huracán sacudía la puerta, hacía temblar las paredes, y los dos bebedores alzaban la cabeza como si fuera a entrar alguien. Después Mathurin cogía el caneco y llenaba el vaso de Jérémie. Pero de pronto, el reloj colgado sobre el mostrador dio las doce. Su timbre ronco parecía un choque de cacerolas, y los golpes vibraban mucho tiempo, con una sonoridad de chatarra.

Mathurin se levantó al punto, como un marinero que ha acabado su guardia:

-Hala, Jérémie, hay que largarse.

El otro se puso en marcha con más trabajo, recuperó el equilibrio apoyándose en la mesa; después se dirigió a la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Mathurin cerró el establecimiento; luego dijo:

-Hala, buenas noches, hasta mañana.

Y desaparecieron en las tinieblas.

* * *

Jérémie dio tres pasos, después se bamboleó, extendió las manos, encontró una pared que lo sostuvo en pie y volvió a ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga, precipitándose en la estrecha calle, lo lanzaba hacia adelante, le hacía correr unos pasos; después, cuando cesaba la violencia de la tromba, se paraba en seco, habiendo perdido el empuje, y volvía a vacilar sobre sus caprichosas piernas de borracho.

Iba instintivamente hacia su casa, como los pájaros van hacia el nido. Por fin reconoció su puerta y empezó a palparla para descubrir la cerradura y meter la llave. No encontraba el agujero y blasfemaba a media voz. Entonces la emprendió a puñetazos con ella, llamando a su mujer para que viniera a ayudarle:

-¡Mélina! ¡Eh! ¡Mélina!

Como se apoyaba en la hoja para no caerse, ésta cedió, se abrió, y Jérémie, perdiendo apoyo, entró en su casa rodando, fue a caer de narices en el centro de su hogar, y sintió que una cosa pesada pasaba sobre su cuerpo, y después huía en la noche.

No se movía, pasmado de miedo, enloquecido, con terror al diablo, a los aparecidos, a todas las cosas misteriosas de las tinieblas, y esperó un buen rato sin atreverse a hacer un movimiento. Pero cuando vio que nada se movía ya, recobró un poco de razón, la razón enturbiada del borrachín.

Se sentó, muy despacito. Esperó todavía un rato, y, dándose por fin ánimos, pronunció:

-¡Mélina!

Su mujer no respondió.

Entonces, de repente, una duda cruzó por su cerebro nublado, una duda indecisa, una vaga sospecha. No se movía; permanecía allí, sentado en el suelo, en la oscuridad, buscando sus ideas, aferrándose a reflexiones tan incompletas y bamboleantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

-Dime quién era, Mélina. Dime quién era. No te haré nada.

Esperó. Ninguna voz se alzó en las sombras. Ahora razonaba en voz alta.

-Estoy bebido, claro, ¡estoy bebido! Él me hizo beber así, ese desgraciado; fue él, para que no volviera. ¡Estoy bebido!

Y proseguía:

-Dime quién era, Mélina, o voy a hacer una barbaridad.

Tras haber esperado de nuevo, continuaba, con una lógica lenta y porfiada, de borracho:

-Como que él me entretuvo en casa de ese gandul de Paumelle; y las otras noches, lo mismo, para que no volviese. Es cómplice de ustedes. ¡Ah!, ¡qué mamón!

Lentamente se puso de rodillas. Una cólera sorda lo asaltaba, mezclándose con la fermentación de las bebidas.

Repitió:

-Dime quién era, Mélina, o te voy a zurrar, ¡te aviso!

Ahora estaba de pie, estremeciéndose con una cólera fulminante, como si el alcohol que tenía en el cuerpo se hubiera encendido en sus venas. Dio un paso, tropezó con una silla, la agarró, siguió andando, encontró la cama, la palpó y sintió en su interior el cuerpo cálido de su mujer.

Entonces, enloquecido de rabia, gruñó:

-¡Ah! ¡Estabas ahí, puerca, y no contestabas!

Y levantando la silla que sostenía en su robusto brazo de marinero, la dejó caer ante sí con exasperada furia. Un grito brotó de la cama; un grito enloquecido, desgarrador. Entonces empezó a golpear como un batidor de lana. Y pronto, nada se movió ya. La silla volaba hecha pedazos; pero le quedaba una pata en la mano, y él seguía golpeando, jadeante.

Después, de repente, se detuvo para preguntar:

-¿Me dirás ahora quién era?

Mélina no respondió.

Entonces, roto de cansancio, embrutecido por su violencia, volvió a sentarse en el suelo, se estiró y se durmió.

Cuando se hizo de día, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vio a Jérémie que roncaba en el suelo, donde yacían

los restos de una silla, y en la cama una papilla de carne y de sangre.

FIN

El burro

En la espesa niebla dormida encima del río no calaba el más leve soplo de aire. Parecía una nube de algodón mate posada sobre el agua. Ni siquiera se distinguían las orillas, envueltas en vapores de formas raras que tenían perfiles de montañas. Pero al empezar a alborear fue descubriéndose a la vista la colina. Al pie de la misma, a los nacientes resplandores de la aurora, fueron apareciendo poco a poco las grandes manchas blancas de las casas revocadas de yeso. Cantaban los gallos en los gallineros.

A lo lejos, en la otra orilla del río sepultada en la bruma, delante mismo de La Frette, ruidos ligeros turbaban de cuando en cuando el profundo silencio del cielo sin brisa. Se oía a veces un confuso palmoteo, como de una lancha que avanzase con cuidado; otras, un golpe seco, como de un remo que chocase en la borda, y otras, un ruido como de objeto blando que cayese al agua. Y de pronto, el silencio.

De cuando en cuando, unas palabras dichas en voz baja, sin que se pudiese precisar el sitio, quizá muy lejos, quizá muy cerca, perdidas en las brumas opacas, nacidas tal vez en la tierra, tal vez en el río, se deslizaban tímidas, pasaban como esos pájaros salvajes que han dormido entre los juncos y levantan el vuelo con las primeras claridades del día para seguir huyendo, para huir siempre; se los distingue un segundo, cuando atraviesan de parte a parte la bruma, lanzando un grito suave y tímido que despierta a sus hermanos a lo largo de las riberas.

De pronto, cerca de la orilla, al lado del pueblo, se perfiló sobre el agua una sombra, borrosa al principio, pero que fue agrandándose, dibujándose. Saliendo de la cortina nebulosa que envolvía el río, una embarcación de fondo plano, tripulada por dos hombres, atracó en la orilla cubierta de hierba.

El que iba remando se levantó y cogió del centro de la embarcación un cubo lleno de peces, echándose luego a la espalda el esparavel, que todavía chorreaba agua. El compañero suyo, que no se había movido, le indicó:

-Tráete tu fusil; vamos a darle a algún conejo por la orilla del río. ¿Qué te parece, Mailloche?

El otro le contestó:

-Conforme. Espérame, que vuelvo ahora mismo.

Se alejó para poner a buen recaudo su presa.

El que quedó en la barca atacó muy despacio su pipa y la encendió.

Su apellido era Labouise, pero lo llamaban Tocón; estaba asociado con su compañero Maillochón, vulgarmente conocido por Mailloche, para ejercer el oficio, turbio y genérico, de rebuscadores de río.

Marineros de baja estofa, sólo navegaban con regularidad en los meses de escasez. El resto del año rebuscaban. Merodeaban de día y de noche por el río, al acecho de cualquier clase de presa, viva o muerta; eran pescadores furtivos, cazadores nocturnos, piratas de albañal, al acecho unas veces de los corzos del bosque de Saint-Germain, y a la caza otras de algún ahogado cuyo cadáver se deslizaba entre dos aguas, para despojarlo de lo que llevase en los bolsillos; recogían harapos flotantes, botellas vacías que van a la deriva con el gollete fuera del agua y con balanceos de borracho; trozos de madera que arrastraba la corriente. Con estos recursos, Labouise y Maillochón se daban la gran vida.

De tiempo en tiempo salían a pie, hacia el mediodía, y marchaban camino adelante, como para pasar el rato. Comían en algún mesón de la ribera, y seguían luego caminando, el uno al lado del otro. Estaban ausentes uno o dos días, y una buena mañana aparecían merodeando en aquella inmundicia de barco que tenían.

Y, entre tanto, aguas abajo, en Joinville o en Nogent, algún batelero desconsolado buscaba su embarcación, que había desaparecido de noche, porque algún ladrón la había desamarrado llevándosela; y a veinte o treinta leguas de allí, en el Oise, un propietario burgués se frotaba las manos extasiado en la contemplación del batel que había comprado la víspera por cincuenta francos a dos buenos hombres que se lo haban vendido sin más ni más, cuando pasaban por allí, habiéndoselo ofrecido espontáneamente por su linda cara.

Maillochón reapareció con su escopeta envuelta en unos harapos. Era un hombre de cuarenta o cincuenta años, alto, seco, de mirada aguda, como de persona a la que hostigan fundadas inquietudes o como de animal que se ha visto perseguido muchas veces. La camisa desabrochada dejaba ver los grises mechones de su pecho velludo. Sin embargo, parecía no haber tenido nunca más pelos en la cara que los de un bigote corto, como cepillo, y una mosquita de pelos tiesos debajo del labio inferior. Estaba calvo en las sienas.

Cuando se quitaba la torta de mugre que le servía de gorra, descubría un cráneo cubierto de la pelusilla vaporosa de un asomo de cabello, como el de un pollo desplumado cuando se le va a chamuscar.

Tocón, por el contrario, era de cara rubicunda y granujienta, grueso, pequeño y velludo; parecía un bistec crudo tapado con un gorro de zapador. Llevaba siempre cerrado el ojo izquierdo, como si estuviese tomando la puntería, y si alguien, a propósito de esta costumbre, le gritaba en broma:

"Abre el ojo, Labouise", él replicaba tranquilamente: "No tengas miedo, hermanita, que ya lo abro cuando hace falta." Eso de tratar a todo el mundo de "hermanita" era una de sus costumbres; daba ese tratamiento hasta a su compañero de rebusca.

Se puso él al remo, y la barca se hundió de nuevo en la bruma, que seguía inmóvil sobre el río, pero que iba tomando un tinte lechoso, a medida que el cielo se iluminaba de resplandores rosáceos.

Labouise preguntó:

-¿Qué munición has cogido, Mailloche?

Maillochón contestó:

-Perdigón menudo, del nueve, lo que requiere el conejo.

Se fueron acercando a la otra orilla con tal tiento, que ni el más leve ruido denunciaba su presencia. Esa orilla forma parte del bosque de Saint-Germain y sirve de barrera al coto de conejos. Está llena de madrigueras, ocultas bajo las raíces de los árboles; los animalitos retozan allí al amanecer, van y vienen, entran y salen.

Maillochón, de rodillas en la proa, acechaba, con la escopeta disimulada en la borda. De improviso la cogió, apuntó, y una detonación repercutió largo rato por el campo silencioso.

Labouise arrió la lancha a la orilla con dos golpes de remo, y su compañero saltó a tierra, recogiendo un conejito gris que todavía palpitaba.

La barca se hundió otra vez en la niebla, para alcanzar la otra orilla, poniéndose a salvo de los guardas.

Parecían dos hombres que se paseaban tranquilamente por el río. El arma había desaparecido debajo de una tabla que ocultaba el escondrijo, y el conejo, dentro de la camisa, fuerte y hueca, de Tocón.

Al cabo de un cuarto de hora, preguntó Labouise:

-¿Vamos por otro, hermanita?

Maillochón contestó:

-Me conviene. Andando.

Y volvió a ponerse en marcha la barca, yendo rápidamente río abajo. La bruma que lo cubría empezaba a levantarse. Se distinguían, como a través de un velo, los árboles de las orillas, y la niebla en jirones se deslizaba formando nubecillas sueltas al hilo del agua.

Al aproximarse a la isla, que termina en punta frente a Herblay, redujeron la marcha y se pusieron a acechar. No tardó en caer otro conejo.

Siguieron bajando hasta mitad de camino de Confians; allí se detuvieron, amarraron a un árbol la barca, se tumbaron en el fondo de la misma y se durmieron.

De cuando en cuando Labouise se incorporaba y recorría el horizonte con el ojo abierto. Las últimas nieblas de la mañana se habían evaporado y un sol magnífico de verano avanzaba, deslumbrador, por el cielo azul.

Al otro lado del río se curvaba en semicírculo una colina cubierta de viñedos. Una sola casa se alzaba en la cumbre, en medio de un bosquecillo. Todo estaba en silencio.

Sin embargo, algo se movía suavemente por el camino de sirga, y avanzaba poco a poco. Era una mujer que llevaba del ronzal a un borrico. El animal, anquilosado, rígido y reacio, daba de tiempo en tiempo un paso, cuando ya la mujer, a fuerza de tirones, podía más que él; y así, con el cuello extendido, las orejas gachas, avanzaba con tal lentitud que no se podía calcular el tiempo que tardaría en perderse de vista.

La mujer, doblada por la cintura, daba tirones, y a veces se revolvió para pegar al burro con una vara.

Labouise, que la vio, llamó a su compañero:

-¡Eh, tú, Mailloche!

Y Mailloche contestó:

-¿Pasa algo?

-¿Quieres un poco de juerga?

-Yo estoy a todo.

-Despábilate entonces, hermanita; hay risa de largo.

Tocón cogió los remos, cruzó el río, y cuando estuvieron frente a la pareja, gritó:

-¡Eh, tú, hermanita!

La mujer aflojó el ronزال y se quedó mirando. Labouise siguió diciendo:

-¿Lo llevas a la feria de locomotoras?

La mujer no dijo nada, y entonces Tocón prosiguió:

-Escucha. ¿Ha ganado muchas carreras tu borrico? ¿Adónde lo llevas con tanta velocidad?

La mujer contestó, al fin:

-Lo llevo a casa de Macquart, en Champioux, para que lo mate. No vale ya para nada. Labouise comentó:

-No hacía falta que me lo dijese. Y ¿cuánto crees que te pagará Macquart?

La mujer, que se estaba enjugando el sudor de la frente con el revés de la mano, se quedó titubeando:

-¿Lo sé yo acaso? Quizá tres, quizá cuatro francos.

-Te doy cinco, y así has terminado tu tarea, que no es pequeña.

Después de un instante de pensarlo, dijo la mujer:

-Hecho.

Los rebuscadores atracaron la barca. Labouise cogió al burro por el ronزال. Mailloche le preguntó, sorprendido:

-Pero ¿qué vas a hacer con este esqueleto?

Esta vez abrió Tocón el otro ojo para expresar su regocijo. Su cara rubicunda se contorsionó con muecas de alegría, y cloqueó:

-No te asustes, hermanita; tengo mi plan.

Pagó los cinco francos a la mujer, y ésta se sentó en un reborde para ver en qué paraba aquello.

Labouise, entonces, con muestras de estar muy satisfecho, fue y trajo la escopeta, ofreciéndosela a Maillochón.

-Por turno, vieja; vamos a cazar caza mayor, hermanita; pero no tan cerca, ¡maldita sea!, que lo matarás del primer tiro. Tenemos que alargar todo lo que se pueda la diversión.

Colocó a su compañero a cuarenta pasos de la víctima. El asno, que se vio libre, se puso a ramonear en la crecida hierba del ribazo, aunque estaba tan extenuado que se tambaleaba como si se fuese a caer.

Maillochón afinó despacio la puntería, y dijo:

-Ahí va, Tocón; tiro de sal a las orejas.

Y tiró, en efecto.

El perdigón menudo acribilló las orejas del burro, y éste se puso a moverlas con mucha viveza, sacudiéndolas primero una y luego otra, o las dos al mismo tiempo, para librarse del picor que sentía.

Los dos hombres se torcían de risa, se doblaban, pataleaban. Pero la mujer se lanzó hacia ellos, indignada, protestando al ver cómo martirizaban a su burro, ofreciendo devolver los cinco francos, quejumbrosa y colérica.

Labouise la amenazó con darle una buena soba, y hasta hizo mención de remangarse la camisa. ¿No le había pagado? Pues ¡chitón! Le tiraría una perdigonada a las faldas para que viese que no hacía ningún daño.

La mujer se alejó, amenazándolos con dar parte a los gendarmes. Estuvieron oyendo un buen rato los insultos que les lanzaba, y que eran cada vez más violentos a medida que ponía tierra por medio.

Maillochón alargó la escopeta a su camarada:

-A ti ahora, Tocón.

Labouise apuntó y disparó. El burro recibió la descarga en las patas; pero los perdigones eran tan pequeños y el disparo se había hecho desde una distancia tan grande, que debieron de parecerle picaduras de tábanos, porque empezó a sacudir la cola de un lado a otro, golpeándose la grupa y los corvejones.

Labouise tuvo que sentarse para reírse a su gusto, mientras Maillochón cargaba otra vez el arma con tal placer que parecía que fuese a estornudar dentro del cañón de la escopeta.

Se acercó algunos pasos más, apuntó al mismo sitio que su compañero e hizo fuego otra vez. Ahora la bestia sufrió un estremecimiento, amagó un par de coces, volvió la cabeza. Por fin le corría un poco de sangre. Las heridas eran profundas y le produjeron agudos dolores porque huyó por la orilla con un galope lento, cojitrancoso y violento.

Los dos hombres salieron persiguiéndolo; Maillochón a grandes zancadas, Labouise con paso precipitado, con el trote jadeante con que corre un hombre pequeño.

El burro se había detenido, agotado, y veía acercarse a sus asesinos con miradas de espanto. De súbito estiró la cabeza y se puso a rebuznar.

Labouise, jadeante, había cogido la escopeta. No tenía ganas de tirarse otra carrera y se colocó muy cerca. Cuando acabó el jumento de lanzar su queja lastimera, como un llamamiento de socorro, como el último grito de impotencia, aquel hombre, que se había trazado un plan, gritó:

-¡Eh, tú, Mailloche, hermanita; acércate!; voy a darte la medicina.

Y mientras éste hacía, a viva fuerza, que el animal abriese la boca, le metió Tocón hasta el gaznate el cañón de la escopeta, como si fuese a darle una medicina. Y después dijo:

-¡Cuidado, hermanita, que le doy la purga!

Y apretó el gatillo. El burro retrocedió tres pasos, cayó sobre las patas traseras, intentó levantarse y, finalmente, se desplomó de costado, cerrando los ojos. Todo su viejo cuerpo, caduco, vibraba estremecido, y sus patas se movían como si quisiese correr.

Un torrente de sangre le corría por entre los dientes. No tardó en quedarse inmóvil. Estaba muerto.

Ya no se reían aquellos dos hombres; aquello había durado poco; se creían estafados.

Maillochón preguntó:

-Y ¿qué hacemos ahora?

Labouise contestó:

-No te preocupes, hermanita; ahora lo embarcaremos y la juerga será cuando llegue la noche.

Fueron en busca de la barca. Colocaron el cadáver de la bestia en el fondo de aquella, lo taparon con hierbas recién cortadas, y los dos merodeadores se tumbaron encima, volviendo a dormirse.

A eso del mediodía sacó Labouise de los secretos recovecos de su barca sucia y carcomida un litro de vino, un pan, manteca y cebollas crudas, y se pusieron a comer.

Acabado el banquete, se tumbaron otra vez encima del burro muerto y siguieron durmiendo. Labouise se despertó cuando anochecía, dio unas sacudidas a su camarada, que roncaba, y ordenó:

-¡Eh, hermanita; andando!

Maillochón se puso a remar. Subieron río arriba muy despacio, porque tenían mucho tiempo por delante. Pasaban a lo largo de las orillas cubiertas de lirios de agua en plena floración, perfumadas por los ojiacontos que inclinaban sobre la corriente sus hacecillos de flores blancas; la pesada barca del color del fango se deslizaba entre las anchas hojas planas de los nenúfares, doblando sus flores pálidas, redondas y hendidas como cascabeles, que en seguida volvían a enderezarse.

Cuando llegaron a la altura del muro de L'Eperon, que divide el bosque de Saint-Germain del parque de Maisons-Laffitte, mandó Labouise a su camarada que hiciese alto y le expuso su proyecto, que Maillochón escuchó riéndose por lo bajo con una risa prolongada.

Tiraron al agua las hierbas que tapaban el cadáver, lo alzaron en vilo de las patas, lo desembarcaron y lo ocultaron en la maleza.

Volvieron a su barca y llegaron hasta Maisons-Laffitte.

Era noche cerrada cuando entraron en casa del tío Julio, bodegonero y vendedor de vinos. Así que los vio, fue hacia ellos, les dio sendos apretones de manos y se sentó a su mesa. Se habló un poco de todo.

A eso de las once, después de marcharse el último consumidor, el tío Julio guiñó el ojo a Labouise, diciéndole:

-¿Qué? ¿Hay género?

Labouise movió enigmáticamente la cabeza y contestó:

-Puede que lo haya y puede que no. Depende.

El mesonero insistió:

-¿Conejos tal vez? ¿Nada más que conejos?

Entonces Tocón metió la mano en su camisa de lana, mostró las orejas de uno y sentenció:

-Te cuesta tres francos la pareja.

Se inició una larga discusión acerca del precio, y al fin se pusieron de acuerdo en dos francos sesenta y cinco. Entonces le entregaron los dos conejos.

Al ver que los merodeadores se levantaban, el tío Julio, que no los perdía de vista, dijo:

-Ustedes tienen algo más, pero se lo callan.

Labouise contestó:

-Tal vez sí, pero no te lo llevarás tú, porque eres un hueso.

El mesonero, muy interesado, los apremió:

-¿Qué? ¿Pieza mayor? Ea, suelten; acaso nos entendamos.

Labouise, que parecía perplejo, simuló consultar con la mirada a Maillochón, y después contestó con mucha lentitud:

-El asunto es éste. Estábamos al acecho en L'Eperon y de pronto vemos algo que nos pasó por delante y se metió en el primer bosquecillo, a la izquierda, junto al final de la cerca. Maillochón dispara y el animal se desploma. Nos largamos de allí a escape, por miedo a los guardas. No puedo decirte qué animal era, porque ni yo mismo lo sé. Grande sí que lo era; pero ¿qué era? Si te lo dijese, te engañaría, y ya sabes, hermanita, que nuestros tratos son con el corazón en la mano.

El otro preguntó, trémulo de emoción:

-¿No será un corzo?

A lo que replicó Labouise:

-Puede muy bien serlo, un corzo u otra cosa... ¿Un corzo?... Sí... Quizá de cuerpo algo mayor... algo así como una cierva... ¡Bueno! No es que yo te asegure que era una cierva, porque no lo sé; pero es posible.

El figonero insistió:

-¿No será un ciervo?

Laouise extendió la mano:

-¡Eso, no! Ciervo no es, seguramente; yo no te engaño; no es un ciervo. Lo habría conocido por la cornamenta. No; como ciervo, no es un ciervo.

-Y ¿por qué no cogieron la pieza?

-Hermanita, porque ahora hacemos la venta sobre el terreno. Tengo comprador. La cosa es sencilla; pasa él por allí como quien no quiere la cosa, descubre la pieza y le echa mano, y el hijo de mi madre, en coche. Así trabajamos ahora.

El guisandero dijo, receloso:

-¿Y si ya no estuviese allí?

-De que está yo te respondo y te lo juro. En el primer bosquecillo a mano izquierda. La clase de animal que sea, lo ignoro. Eso sí, estoy seguro de que no es un ciervo. En cuanto a lo demás, no tienes sino que ir por él. Son veinte francos, tomándolo donde está muerto. ¿De acuerdo?

El individuo titubeaba todavía:

-¿No podrías traérmelo?

Maillochón tomó la palabra:

-En ese caso, como ya no hay riesgo, nuestras condiciones son: si es un corzo, cincuenta francos; si es una cierva, setenta.

El bodegonero se decidió:

-Cerrado el trato en veinte francos. No hablemos más.

Se dieron un apretón de manos.

Sacó luego de un cajón cuatro gruesas monedas de cinco francos, y los dos amigos se las embolsaron.

Labouise se levantó, vació su vaso y se marchó; cuando iba a desaparecer en la oscuridad, se volvió para dejar las cosas bien claras:

-Ciervo no es, de eso estoy seguro; pero ¿quién sabe lo que es? Como estar, allí está, y si no encuentras nada, te devolveré el dinero.

Se perdió en la oscuridad de la noche.

Maillochón, que iba tras él, le daba fuertes puñetazos en la espalda para expresarle su regocijo.

FIN

El ciego

¿Qué será esta alegría del primer sol? ¿Por qué esta luz caída sobre la tierra nos llena así de la dulzura de vivir? El cielo está todo azul, la campiña toda verde, las casas todas blancas; y nuestros ojos embelesados beben esos colores vivos a los que convierten en júbilo para nuestras almas. Y nos entran ganas de bailar, ganas de correr, ganas de cantar, una dichosa ligereza del pensamiento, una especie de ternura por todo; quisiéramos abrazar al sol.

Los ciegos de las puertas, impasibles en su eterna oscuridad, permanecen tan tranquilos como siempre en medio de esta nueva alegría y, sin comprender, apaciguan a cada minuto a su perro que quisiera brincar.

Cuando regresan, terminado el día, del brazo de un hermano más pequeño o de una hermanita, si el niño dice: «¡Ha hecho muy bueno hoy!», el otro responde:

«Ya me he dado cuenta de que hacía bueno, Loulou era incapaz de quedarse en su sitio».

He conocido a uno de esos hombres, cuya vida fue uno de los más crueles martirios que imaginarse pueda.

Era un campesino, el hijo de un granjero normando. Mientras vivieron su padre y su madre, cuidaron más o menos de él; apenas sufrió por su horrible invalidez; pero en cuanto los viejos desaparecieron, se inició una atroz existencia. Recogido por una hermana, todos en la granja lo trataban como a un mendigo que come el pan de los otros. En cada comida, le echaban en cara su alimento; le llamaban holgazán, patán; y aunque su cuñado se había apoderado de su parte de la herencia, le daban a regañadientes la sopa, lo justo para que no muriera.

Tenía un rostro muy pálido, y dos grandes ojos blancos como obleas; y permanecía impasible ante los insultos, tan encerrado en sí mismo que se ignoraba si los oía. Por lo demás, nunca había conocido la menor ternura, ya que su madre lo había maltratado siempre, pues no lo amaba; en el campo los inútiles son un estorbo, y los campesinos harían de buen grado lo que las gallinas, que matan a las inválidas.

En cuanto había engullido la sopa, iba a sentarse ante la puerta en verano, pegado a la chimenea en invierno, y no volvía a moverse hasta la noche. No hacía un gesto, un movimiento; sólo sus párpados, que agitaba una especie de dolencia nerviosa, caían a veces sobre la mancha blanca de sus ojos. ¿Tenía un alma, un pensamiento, una conciencia clara de su vida? Nadie se lo preguntaba.

Durante unos años, las cosas marcharon así. Pero su impotencia para hacer nada, así como su impasibilidad, acabaron exasperando a sus parientes, y se convirtió en el hazmerreír de todos, en una especie de bufón-mártir, de pieza entregada a la ferocidad natural, a la alegría salvaje de los brutos que lo rodeaban.

Se idearon todas las crueles bromas que su ceguera podía inspirar. Y, para cobrarse lo que comía, se convirtieron sus comidas en horas de esparcimiento para los vecinos y de suplicio para el impotente.

Los campesinos de las casas cercanas acudían a tal diversión; se lo comunicaban de puerta en puerta, y la cocina de la granja se encontraba llena cada día. A veces colocaban sobre la mesa, ante su plato, donde él empezaba a tomar el caldo, un gato o un perro. El animal olfateaba por instinto la invalidez del hombre y, muy suavemente, se acercaba, comía sin ruido, lamiendo con delicadeza; y cuando un chapoteo de la lengua un poco más ruidoso despertaba la atención del pobre diablo, se alejaba prudentemente para eludir el golpe de la cuchara que él lanzaba al azar ante sí.

Entonces se producían risas, empujones, pataleos de los espectadores apretujados a lo largo de las paredes. Y él, sin decir jamás una palabra, volvía a ponerse a comer con la mano derecha, mientras que, con la izquierda adelantada, protegía y defendía su plato.

Otras veces le hacían mascar corchos, maderas, hojas e incluso desperdicios, que no podía distinguir.

Después se cansaron incluso de estas chanzas; y el cuñado, siempre furioso por tener que alimentarlo, le pegó, lo abofeteó sin cesar, riéndose de los inútiles esfuerzos del otro para parar los golpes o devolverlos. Hubo entonces un juego nuevo: el juego de las bofetadas. Y los mozos de labranza, el criado, las sirvientas, le ponían a cada momento la mano en la cara, lo cual imprimía a sus párpados un movimiento precipitado. No sabía dónde esconderse y permanecía sin cesar con los brazos extendidos para evitar que se le acercaran.

Por último, lo obligaron a mendigar. Lo apostaban en las carreteras los días de mercado, y, en cuanto oía un ruido de pasos o el rodar de un carruaje, alargaba su sombrero balbuciendo: «Una caridad, por favor».

Pero el campesino no es pródigo, y, durante semanas enteras, no consiguió una perra chica.

Hubo entonces un odio desenfadado, despiadado, contra él. Y he aquí cómo murió.

Un invierno, la tierra estaba cubierta de nieve, y helaba horriblemente. Ahora bien, su cuñado, una mañana, lo llevó muy lejos, a una carretera principal para que pidiera limosna. Lo dejó allí todo el día y, cuando llegó la noche, afirmó ante su gente que no lo había encontrado. Después agregó: «¡Bah! No hay que preocuparse, alguien se lo habrá llevado porque tenía frío. No se habrá perdido, ¡pardiez! Volverá mañana a comer su sopa».

Al día siguiente, no regresó.

Tras largas horas de espera, asaltado por el frío, sintiéndose morir, el ciego había echado a andar. No pudiendo reconocer el camino sepultado bajo aquella espuma blanca, había errado al azar, cayendo en las cunetas, levantándose, siempre mudo, buscando una casa.

Pero el torpor de las nieves lo había invadido poco a poco y, como sus débiles piernas ya no podían sostenerlo, se había sentado en el centro de una llanura. No se levantó más.

Los blancos copos que seguían cayendo lo sepultaron. Su cuerpo rígido desapareció bajo la incesante acumulación de su muchedumbre infinita; y nada indicaba ya el lugar donde el cadáver estaba tendido.

Sus parientes fingieron averiguar y buscarlo durante ocho días. E incluso lloraron.

El invierno era duro y el deshielo tardaba en llegar. Ahora bien, un domingo, al ir a misa, los granjeros observaron un gran revuelo de cuervos que giraban sin fin sobre la llanura, después se dejaban caer como una lluvia negra amontonados en el mismo lugar, volvían a alzarse y seguían regresando.

A la semana siguiente aún estaban allí los sombríos pajarracos. En el cielo había una nube de ellos, como si se hubieran congregado de todos los rincones del horizonte; y descendían con grandes graznidos a la nieve resplandeciente, que manchaban de forma extraña, hurgando en ella con obstinación.

Un chaval fue a ver lo que hacían y descubrió el cuerpo del viejo, semidevorado ya, desgarrado. Sus ojos pálidos habían desaparecido, picoteados por los largos picos voraces.

Y jamás puedo sentir la viva alegría de los días de sol sin un recuerdo triste y un pensamiento melancólico hacia el pordiosero, tan desheredado en la vida que su horrible muerte fue un alivio para todos los que lo habían conocido.

FIN

El collar

Era una de esas hermosas y encantadoras criaturas nacidas como por un error del destino en una familia de empleados. Carecía de dote, y no tenía esperanzas de cambiar de posición; no disponía de ningún medio para ser conocida, comprendida, querida, para encontrar un esposo rico y distinguido; y aceptó entonces casarse con un modesto empleado del Ministerio de Instrucción Pública.

No pudiendo adornarse, fue sencilla, pero desgraciada, como una mujer obligada por la suerte a vivir en una esfera inferior a la que le corresponde; porque las mujeres no tienen casta ni raza, pues su belleza, su atractivo y su encanto les sirven de ejecutoria y de familia. Su nativa firmeza, su instinto de elegancia y su flexibilidad de espíritu son para ellas la única jerarquía, que iguala a las hijas del pueblo con las más grandes señoras.

Sufría constantemente, sintiéndose nacida para todas las delicadezas y todos los lujos. Sufría contemplando la pobreza de su hogar, la miseria de las paredes, sus estropeadas sillas, su fea indumentaria. Todas estas cosas, en las cuales ni siquiera habría reparado ninguna otra mujer de su casa, la torturaban y la llenaban de indignación.

La vista de la muchacha bretona que les servía de criada despertaba en ella pesares desolados y delirantes ensueños. Pensaba en las antecámaras mudas, guarnecidas de tapices orientales, alumbradas por altas lámparas de bronce y en los dos pulcros lacayos de calzón corto, dormidos en anchos sillones, amodorrados por el intenso calor de la estufa. Pensaba en los grandes salones colgados de sedas antiguas, en los finos muebles repletos de figurillas inestimables y en los saloncillos coquetones, perfumados, dispuestos para hablar cinco horas con los amigos más íntimos, los hombres famosos y agasajados, cuyas atenciones ambicionan todas las mujeres.

Cuando, a las horas de comer, se sentaba delante de una mesa redonda, cubierta por un mantel de tres días, frente a su esposo, que destapaba la sopera, diciendo con aire de satisfacción: "¡Ah! ¡Qué buen caldo! ¡No hay nada para mí tan excelente como esto!", pensaba en las comidas delicadas, en los servicios de plata resplandecientes, en los tapices que cubren las paredes con personajes antiguos y aves extrañas dentro de un bosque fantástico; pensaba en los exquisitos y selectos manjares, ofrecidos en fuentes maravillosas; en las galanterías murmuradas y escuchadas con sonrisa de esfinge, al tiempo que se paladea la sonrosada carne de una trucha o un alón de faisán.

No poseía galas femeninas, ni una joya; nada absolutamente y sólo aquello de que carecía le gustaba; no se sentía formada sino para aquellos goces imposibles. ¡Cuánto habría dado por agradar, ser envidiada, ser atractiva y asediada!

Tenía una amiga rica, una compañera de colegio a la cual no quería ir a ver con frecuencia, porque sufría más al regresar a su casa. Días y días pasaba después llorando de pena, de pesar, de desesperación.

Una mañana el marido volvió a su casa con expresión triunfante y agitando en la mano un ancho sobre.

-Mira, mujer -dijo-, aquí tienes una cosa para ti.

Ella rompió vivamente la envoltura y sacó un pliego impreso que decía:

"El ministro de Instrucción Pública y señora ruegan al señor y la señora de Loisel les hagan el honor de pasar la velada del lunes 18 de enero en el hotel del Ministerio."

En lugar de enloquecer de alegría, como pensaba su esposo, tiró la invitación sobre la mesa, murmurando con desprecio:

-¿Qué haré yo con eso?

-Creí, mujercita mía, que con ello te procuraba una gran satisfacción. ¡Sales tan poco, y es tan oportuna la ocasión que hoy se te presenta!... Te advierto que me ha costado bastante trabajo obtener esa invitación. Todos las buscan, las persiguen; son muy solicitadas y se reparten pocas entre los empleados. Verás allí a todo el mundo oficial.

Clavando en su esposo una mirada llena de angustia, le dijo con impaciencia:

-¿Qué quieres que me ponga para ir allá?

No se había preocupado él de semejante cosa, y balbució:

-Pues el traje que llevas cuando vamos al teatro. Me parece muy bonito...

Se calló, estupefacto, atontado, viendo que su mujer lloraba. Dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos, lentamente, para rodar por sus mejillas.

El hombre murmuró:

-¿Qué te sucede? Pero ¿qué te sucede?

Mas ella, valientemente, haciendo un esfuerzo, había vencido su pena y respondió con tranquila voz, enjugando sus húmedas mejillas:

-Nada; que no tengo vestido para ir a esa fiesta. Da la invitación a cualquier colega cuya mujer se encuentre mejor provista de ropa que yo.

Él estaba desolado, y dijo:

-Vamos a ver, Matilde. ¿Cuánto te costaría un traje decente, que pudiera servirte en otras ocasiones, un traje sencillito?

Ella meditó unos segundos, haciendo sus cuentas y pensando asimismo en la suma que podía pedir sin provocar una negativa rotunda y una exclamación de asombro del empleadillo.

Respondió, al fin, titubeando:

-No lo sé con seguridad, pero creo que con cuatrocientos francos me arreglaría.

El marido palideció, pues reservaba precisamente esta cantidad para comprar una escopeta, pensando ir de caza en verano, a la llanura de Nanterre, con algunos amigos que salían a tirar a las alondras los domingos.

Dijo, no obstante:

-Bien. Te doy los cuatrocientos francos. Pero trata de que tu vestido luzca lo más posible, ya que hacemos el sacrificio.

El día de la fiesta se acercaba y la señora de Loisel parecía triste, inquieta, ansiosa. Sin embargo, el vestido estuvo hecho a tiempo. Su esposo le dijo una noche:

-¿Qué te pasa? Te veo inquieta y pensativa desde hace tres días.

Y ella respondió:

-Me disgusta no tener ni una alhaja, ni una sola joya que ponerme. Pareceré, de todos modos, una miserable. Casi, casi me gustaría más no ir a ese baile.

-Ponte unas cuantas flores naturales -replicó él-. Eso es muy elegante, sobre todo en este tiempo, y por diez francos encontrarás dos o tres rosas magníficas.

Ella no quería convencerse.

-No hay nada tan humillante como parecer una pobre en medio de mujeres ricas.

Pero su marido exclamó:

-¡Qué tonta eres! Anda a ver a tu compañera de colegio, la señora de Forestier, y ruégale que te preste unas alhajas. Eres bastante amiga suya para tomarte esa libertad.

La mujer dejó escapar un grito de alegría.

-Tienes razón, no había pensado en ello.

Al siguiente día fue a casa de su amiga y le contó su apuro.

La señora de Forestier fue a un armario de espejo, cogió un cofrecillo, lo sacó, lo abrió y dijo a la señora de Loisel:

-Escoge, querida.

Primero vio brazaletes; luego, un collar de perlas; luego, una cruz veneciana de oro, y pedrería primorosamente construida. Se probaba aquellas joyas ante el espejo, vacilando, no pudiendo decidirse a abandonarlas, a devolverlas. Preguntaba sin cesar:

-¿No tienes ninguna otra?

-Sí, mujer. Dime qué quieres. No sé lo que a ti te agradaría.

De repente descubrió, en una caja de raso negro, un soberbio collar de brillantes, y su corazón empezó a latir de un modo inmoderado.

Sus manos temblaron al tomarlo. Se lo puso, rodeando con él su cuello, y permaneció en éxtasis contemplando su imagen.

Luego preguntó, vacilante, llena de angustia:

-¿Quieres prestármelo? No quisiera llevar otra joya.

-Sí, mujer.

Abrazó y besó a su amiga con entusiasmo, y luego escapó con su tesoro.

Llegó el día de la fiesta. La señora de Loisel tuvo un verdadero triunfo. Era más bonita que las otras y estaba elegante, graciosa, sonriente y loca de alegría. Todos los hombres la miraban, preguntaban su nombre, trataban de serle presentados. Todos los directores generales querían bailar con ella. El ministro reparó en su hermosura.

Ella bailaba con embriaguez, con pasión, inundada de alegría, no pensando ya en nada más que en el triunfo de su belleza, en la gloria de aquel triunfo, en una especie de dicha formada por todos los homenajes que recibía, por todas las admiraciones, por todos los deseos despertados, por una victoria tan completa y tan dulce para un alma de mujer.

Se fue hacia las cuatro de la madrugada. Su marido, desde medianoche, dormía en un saloncito vacío, junto con otros tres caballeros cuyas mujeres se divertían mucho.

Él le echó sobre los hombros el abrigo que había llevado para la salida, modesto abrigo de su vestir ordinario, cuya pobreza contrastaba extrañamente con la elegancia del traje de baile. Ella lo sintió y quiso huir, para no ser vista por las otras mujeres que se envolvían en ricas pieles.

Loisel la retuvo diciendo:

-Espera, mujer, vas a resfriarte a la salida. Iré a buscar un coche.

Pero ella no le oía, y bajó rápidamente la escalera.

Cuando estuvieron en la calle no encontraron coche, y se pusieron a buscar, dando voces a los cocheros que veían pasar a lo lejos.

Anduvieron hacia el Sena desesperados, tiritando. Por fin pudieron hallar una de esas vetustas berlinas que sólo aparecen en las calles de París cuando la noche cierra, cual si les avergonzase su miseria durante el día.

Los llevó hasta la puerta de su casa, situada en la calle de los Mártires, y entraron tristemente en el portal. Pensaba, el hombre, apesadumbrado, en que a las diez había de ir a la oficina.

La mujer se quitó el abrigo que llevaba echado sobre los hombros, delante del espejo, a fin de contemplarse aún una vez más ricamente alhajada. Pero de repente dejó escapar un grito.

Su esposo, ya medio desnudo, le preguntó:

-¿Qué tienes?

Ella se volvió hacia él, acongojada.

-Tengo..., tengo... -balbució - que no encuentro el collar de la señora de Forestier.

Él se irguió, sobrecogido:

-¿Eh?... ¿cómo? ¡No es posible!

Y buscaron entre los adornos del traje, en los pliegues del abrigo, en los bolsillos, en todas partes. No lo encontraron.

Él preguntaba:

-¿Estás segura de que lo llevabas al salir del baile?

-Sí, lo toqué al cruzar el vestíbulo del Ministerio.

-Pero si lo hubieras perdido en la calle, lo habríamos oído caer.

-Debe estar en el coche.

-Sí. Es probable. ¿Te fijaste qué número tenía?

-No. Y tú, ¿no lo miraste?

-No.

Se contemplaron aterrados. Loisel se vistió por fin.

-Voy -dijo- a recorrer a pie todo el camino que hemos hecho, a ver si por casualidad lo encuentro.

Y salió. Ella permaneció en traje de baile, sin fuerzas para irse a la cama, desplomada en una silla, sin lumbre, casi helada, sin ideas, casi estúpida.

Su marido volvió hacia las siete. No había encontrado nada.

Fue a la Prefectura de Policía, a las redacciones de los periódicos, para publicar un anuncio ofreciendo una gratificación por el hallazgo; fue a las oficinas de las empresas de coches, a todas partes donde podía ofrecérsele alguna esperanza.

Ella le aguardó todo el día, con el mismo abatimiento desesperado ante aquel horrible desastre.

Loisel regresó por la noche con el rostro demacrado, pálido; no había podido averiguar nada.

-Es menester -dijo- que escribas a tu amiga enterándola de que has roto el broche de su collar y que lo has dado a componer. Así ganaremos tiempo.

Ella escribió lo que su marido le decía.

Al cabo de una semana perdieron hasta la última esperanza.

Y Loisel, envejecido por aquel desastre, como si de pronto le hubieran echado encima cinco años, manifestó:

-Es necesario hacer lo posible por reemplazar esa alhaja por otra semejante.

Al día siguiente llevaron el estuche del collar a casa del joyero cuyo nombre se leía en su interior.

El comerciante, después de consultar sus libros, respondió:

-Señora, no salió de mi casa collar alguno en este estuche, que vendí vacío para complacer a un cliente.

Anduvieron de joyería en joyería, buscando una alhaja semejante a la perdida, recordándola, describiéndola, tristes y angustiados.

Encontraron, en una tienda del Palais Royal, un collar de brillantes que les pareció idéntico al que buscaban. Valía cuarenta mil francos, y regateándolo consiguieron que se lo dejaran en treinta y seis mil.

Rogaron al joyero que se los reservase por tres días, poniendo por condición que les daría por él treinta y cuatro mil francos si se lo devolvían, porque el otro se encontrara antes de fines de febrero.

Loisel poseía dieciocho mil que le había dejado su padre. Pediría prestado el resto.

Y, efectivamente, tomó mil francos de uno, quinientos de otro, cinco luses aquí, tres allá. Hizo pagarés, adquirió compromisos ruinosos, tuvo tratos con usureros, con toda clase de prestamistas. Se comprometió para toda la vida, firmó sin saber lo que firmaba, sin detenerse a pensar, y, espantado por las angustias del porvenir, por la horrible miseria que los aguardaba, por la perspectiva de todas las privaciones físicas y de todas las torturas morales, fue en busca del collar nuevo, dejando sobre el mostrador del comerciante treinta y seis mil francos.

Cuando la señora de Loisel devolvió la joya a su amiga, ésta le dijo un tanto displicente:

-Debiste devolvérmelo antes, porque bien pude yo haberlo necesitado.

No abrió siquiera el estuche, y eso lo juzgó la otra una suerte. Si notara la sustitución, ¿qué supondría? ¿No era posible que imaginara que lo habían cambiado de intento?

La señora de Loisel conoció la vida horrible de los menesterosos. Tuvo energía para adoptar una resolución inmediata y heroica. Era necesario devolver aquel dinero que debían... Despidieron a la criada, buscaron una habitación más económica, una buhardilla.

Conoció los duros trabajos de la casa, las odiosas tareas de la cocina. Fregó los platos, desgastando sus uñitas sonrosadas sobre los pucheros grasientos y en el fondo de las cacerolas. Enjabonó la ropa sucia, las camisas y los paños, que ponía a secar en una cuerda; bajó a la calle todas las mañanas la basura y subió el agua, deteniéndose en todos los pisos para tomar aliento. Y, vestida como una pobre mujer de humilde condición, fue a casa del verdulero, del tendero de comestibles y del carnicero, con la cesta al brazo, regateando, teniendo que sufrir desprecios y hasta insultos, porque defendía céntimo a céntimo su dinero escasísimo.

Era necesario mensualmente recoger unos pagarés, renovar otros, ganar tiempo.

El marido se ocupaba por las noches en poner en limpio las cuentas de un comerciante, y a veces escribía a veinticinco céntimos la hoja.

Y vivieron así diez años.

Al cabo de dicho tiempo lo habían ya pagado todo, todo, capital e intereses, multiplicados por las renovaciones usurarias.

La señora Loisel parecía entonces una vieja. Se había transformado en la mujer fuerte, dura y ruda de las familias pobres. Mal peinada, con las faldas torcidas y rojas las manos, hablaba en voz alta, fregaba los suelos con agua fría. Pero a veces, cuando su marido estaba en el Ministerio, se sentaba junto a la ventana, pensando en aquella fiesta de otro tiempo, en aquel baile donde lució tanto y donde fue tan festejada.

¿Cuál sería su fortuna, su estado al presente, si no hubiera perdido el collar? ¡Quién sabe! ¡Quién sabe! ¡Qué mudanzas tan singulares ofrece la vida! ¡Qué poco hace falta para perderse o para salvarse!

Un domingo, habiendo ido a dar un paseo por los Campos Elíseos para descansar de las fatigas de la semana, reparó de pronto en una señora que pasaba con un niño cogido de la mano.

Era su antigua compañera de colegio, siempre joven, hermosa siempre y siempre seductora. La de Loisel sintió un escalofrío. ¿Se decidiría a detenerla y saludarla? ¿Por qué no? Habiéndolo pagado ya todo, podía confesar, casi con orgullo, su desdicha.

Se puso frente a ella y dijo:

-Buenos días, Juana.

La otra no la reconoció, admirándose de verse tan familiarmente tratada por aquella infeliz. Balbució:

-Pero..., ¡señora!..., no sé... Usted debe de confundirse...

-No. Soy Matilde Loisel.

Su amiga lanzó un grito de sorpresa.

-¡Oh! ¡Mi pobre Matilde, qué cambiada estás! ...

-¡Sí; muy malos días he pasado desde que no te veo, y además bastantes miserias.... todo por ti...

-¿Por mí? ¿Cómo es eso?

-¿Recuerdas aquel collar de brillantes que me prestaste para ir al baile del Ministerio? -¡Sí, pero...

-Pues bien: lo perdí...

-¡Cómo! ¡Si me lo devolviste!

-Te devolví otro semejante. Y hemos tenido que sacrificarnos diez años para pagarlo. Comprenderás que representaba una fortuna para nosotros, que sólo teníamos el sueldo. En fin, a lo hecho pecho, y estoy muy satisfecha.

La señora de Forestier se había detenido.

-¿Dices que compraste un collar de brillantes para sustituir al mío?

-Sí. No lo habrás notado, ¿eh? Casi eran idénticos.

Y al decir esto, sonreía orgullosa de su noble sencillez. La señora de Forestier, sumamente impresionada, le cogió ambas manos:

-¡Oh! ¡Mi pobre Matilde! ¡Pero si el collar que yo te presté era de piedras falsas!... ¡Valía quinientos francos a lo sumo!...

FIN

El conejo

Maese Lecacheur salió a la puerta de su casa a la hora de costumbre, entre cinco y cinco y cuarto de la mañana, con objeto de vigilar a sus criados, que se disponían a emprender las diarias tareas.

Encarnado, semidormido, con el ojo derecho abierto y el izquierdo casi cerrado, se abrochaba con mil trabajos los tirantes sobre su grueso vientre, examinando, con una mirada experta, todos los rincones conocidos de su granja. Los oblicuos rayos del sol, atravesando las copas de las hayas y de los redondos manzanos del patio, hacían cantar a los gallos en el estercolero y arrullarse en el tejado a las palomas. El olor del establo salía por la puerta abierta, mezclándose el aire fresco de la mañana con el acre olor de la cuadra, donde los caballos relinchaban con la cabeza vuelta hacia la luz.

Cuando su pantalón hubo quedado sólidamente sujeto, el señor Lecacheur se puso en marcha, yendo en primer lugar al gallinero, para contar los huevos de la mañana, pues, desde hacía algún tiempo, tenía la sospecha de que le robaban.

De pronto, la criada de la granja corrió a él levantando los brazos y gritando:

-¡Maese Cacheur, maese Cacheur, esta noche se han llevado un conejo!

-¿Un conejo?

-Sí, maese Cacheur; el grande gris, el de la jaula de la derecha.

El campesino abrió del todo el ojo izquierdo y dijo sencillamente:

-Veamos eso.

Y fue a verlo.

La jaula había sido despedazada y el conejo no estaba en ella.

El hombre, en quien la inquietud hizo al punto presa, volvió a cerrar el ojo derecho y se rascó la nariz. Al cabo de unos instantes de reflexión dijo a la criada, que permanecía en estúpida actitud delante de su amo:

-Ve en busca de los gendarmes. Diles que los espero inmediatamente.

Maese Lecacheur era alcalde del lugar, Pavigny-le Gras, y daba en él como amo absoluto, gracias a su dinero y posición.

En cuanto la criada desapareció corriendo hacia el pueblo, situado a medio kilómetro de la granja, el campesino entró nuevamente en su casa, con objeto de tomar el café y hablar del suceso con su mujer.

La encontró arrodillada delante del fuego, soplando la lumbre con la boca.

Desde la puerta dijo:

-Nos han robado un conejo: el grande gris.

Ella se volvió con tal rapidez, que quedó sentada en el suelo, y mirando a su esposo con expresión desolada, exclamó:

-¿Qué dices, Cacheur? ¿Que nos han robado un conejo?

-El grande gris.

-¿El grande gris?

Y suspiró:

-¡Qué desgracia! Y ¿quién ha podido robarnos ese conejo?

Era una mujer bajita, delgada y vivaracha, limpia, muy hacendosa y entendida en los cuidados de la explotación.

Lecacheur tenía su idea.

-Ha debido de ser Pólito.

La campesina se levantó bruscamente y exclamó con furiosa voz:

-¡Él ha sido! ¡Él ha sido! ¡No pienses en echar la culpa a otro ¡Él ha sido! ¡Acertaste, Cacheur!

En su enjuto e irritado rostro, todo su furor campesino, toda su avaricia, toda su rabia de mujer económica contra el criado siempre sospechoso, contra la criada, sospechosa siempre, aparecían marcándose en la contracción de la boca, en las arrugas de las mejillas y de la frente.

-Y ¿qué has hecho? -le preguntó.

-He enviado en busca de los gendarmes.

Este Pólito era un jornalero que estuvo empleado durante algunos días en la granja; fue despedido por Lecacheur a consecuencia de una réplica insolente. Antiguo soldado, tenía fama de haber conservado de su campaña en África ciertas costumbres de rapiña y libertinaje. Desempeñaba para vivir toda clase de oficios. Era albañil, cavador, carretero, segador, picapedrero, leñador; pero sobre todo era holgazán; de modo que en ningún sitio estaba mucho tiempo y a cada instante debía cambiar de comarca para encontrar trabajo.

Desde el día en que entró en la granja, la mujer de Lecacheur lo había detestado; ahora estaba segura de que él era el autor del robo.

A la media hora, aproximadamente, llegaron los dos gendarmes. El sargento Sénateur era alto y flaco; el gendarme Lenient, bajo y grueso.

Lecacheur los hizo tomar asiento y les contó lo ocurrido. Luego fueron a ver el lugar del suceso a fin de comprobar el destrozo de la jaula y recoger todas las pruebas posibles. Cuando volvieron a la cocina, el ama llenó unos vasos de vino, y al ofrecerlos a los gendarmes les preguntó con desconfianza:

-¿Lo cogerán ustedes?

El sargento, con el sable entre las piernas, se mostraba inquieto.

Ciertamente, estaba seguro de cogerle si querían decirle quién era. De lo contrario, no respondía de descubrirle por sí solo.

Después de reflexionar un buen rato, formuló esta sencilla pregunta:

-¿Conocen ustedes al ladrón?

Un gesto de malicia normanda contrajo la enorme boca de Lecacheur, que respondió:

-Conocerlo, no lo conozco; pues no lo vi robar. Si lo hubiese visto le habría hecho comerse el conejo crudo, carne y pellejo, sin un trago de sidra para desengrasar. En cuanto a decir quién ha sido, ya es otra cosa, pues me parece que el golpe lo ha dado ese inútil de Pólito.

Y a continuación explicó extensamente sus cuestiones con Pólito, la marcha de este criado, su mirada rencorosa, lo que después había dicho de él, acumulando minuciosas e insignificantes pruebas.

El sargento, que había escuchado con mucha atención bebiéndose el contenido de su vaso, volviendo a llenarlo miró con gesto indiferente a su compañero y le dijo:

-Habrá que ir a visitar a la mujer del pastor Severino.

El gendarme sonrió, y respondió moviendo tres veces la cabeza.

La dueña de la granja se acercó entonces, y despacito, con habilidad de campesina, interrogó a su vez al sargento. Este pastor Severino era un simple, una especie de bruto educado entre las ovejas; habiendo crecido en el campo, en medio de estos animales, no conociendo más que a ellas en el mundo, había conservado, no obstante, en el fondo del alma, el instinto de ahorro del aldeano. Debía de haber ocultado durante años y más años, en los huecos de los árboles o en los agujeros de las rocas, todo lo que ganaba, ya guardando rebaños o bien curando, con tocamientos y palabras, los esguinces de los animales, por haberle comunicado un viejo pastor a quien reemplazara el secreto de los algebristas.

De este modo pudo comprar en pública subasta una pequeña propiedad, casa y terrenos, que valdrían tres mil francos.

Pocos meses después se supo que se casaba. Se casaba con una muchacha conocida por sus malas costumbres, criada del tabernero. Los mozos referían que esta chica, al enterarse de que el pastor tenía la bolsa bien repleta, lo había seducido y conquistado, llevándolo poco a poco, de noche en noche, al matrimonio.

Después, habiendo pasado por la alcaldía y por la iglesia, ella habitaba en la casa comprada por su hombre, mientras él seguía guardando sus rebaños, marchando día y noche a través de las llanuras.

El sargento añadió:

-Hace tres semanas que ese merodeador, careciendo de hogar, se acuesta con ella.

El gendarme quiso hacer frase:

-Roba su cobertor a Severino.

La dueña de la granja, presa nuevamente por la rabia, por rabia acrecentada, por la cólera de mujer casada contra el desvergonzado apareamiento, exclamó:

-¡Ella ha sido, estoy segurísima! ¡Corran ustedes! ¡Ah infames, ladrones!

Pero el sargento no se movió.

-Calma -dijo-. Esperemos hasta las doce, pues él va a comer con ella todos los días. Los cogeré con las manos en la masa.

El gendarme sonreía seducido por la idea de su jefe; y Lecacheur sonreía también porque la aventura del pastor le parecía chistosa. Los maridos engañados hacen reír siempre.

*

Acababan de dar las doce, cuando el sargento Sénateur, seguido de su compañero, dio tres suaves golpes en la puerta de una aislada casita levantada a la conclusión de un bosque, a quinientos metros del pueblo.

Se habían pegado a la pared para no ser vistos desde dentro, y esperaban. Transcurrido un minuto o dos, como no respondiera nadie, el sargento volvió a llamar.

La casa parecía deshabitada, tan profundo era el silencio; pero el gendarme Lenient, que tenía el oído fino, dijo que dentro se movía alguien.

Sénateur se enfadó entonces. No admitía que se resistiera un segundo a la autoridad, y, dando en la pared con el pomo de su sable, gritó:

-¡Abran, en nombre de la ley!

Como la orden resultase inútil, aulló:

-Si no obedecen, descerrajo la puerta. ¡Soy el sargento de gendarmes, voto a mil diablos! Atención, Lenient.

No había acabado de hablar cuando se abrió la puerta y Sénateur se encontró delante de una muchacha gruesa, coloradota, mofletuda, despechugada, ventruda, ancha de caderas, una especie de hembra sanguínea y bestial: la mujer del pastor Severino. Entró.

-Vengo a visitar a usted con motivo de un pequeño proceso -dijo.

Y miró a su alrededor. Sobre la mesa, una fuente, un jarro de sidra y un vaso a medio llenar, indicaban los comienzos de una comida. En el suelo había dos cuchillos. El gendarme hizo un guiño malicioso a su jefe.

-¡Qué bien huele! -dijo el sargento.

-¡Juraría que es a conejo asado! -añadió alegremente Lenient.

-¿Quieren ustedes un vaso de lo bueno? -preguntó la campesina.

-No, gracias. Quisiera únicamente la piel del conejo que se comen ustedes.

Ella se hizo la tonta, pero temblaba.

-¿Qué conejo?

El sargento se había sentado, y se enjugaba la frente con serenidad.

-¡Vaya, vaya, patrona; no quiera hacernos creer que se alimenta con grama! ¿Qué estaba usted comiendo ahí sola para

almorzar?

-¿Yo? Nada, ¡se lo juro a ustedes! Un poco de pan con manteca.

-¡Me hace usted gracia, burguesa! ¡Un poco de pan con manteca!... Se equivoca usted. Lo que ha de decir usted es un poco de conejo con manteca. ¡Mil rayos! La manteca de usted tiene un aroma exquisito. ¡Voto al infierno! Es manteca selecta; manteca superior; manteca de festín; manteca, sí, pero no manteca con pelo; estoy seguro.

El gendarme se echó a reír a carcajadas, repitiendo:

-Ya se puede apostar a que no es manteca casera.

Siendo bromista el sargento Sénateur, todos los gendarmes se habían hecho chistosos.

Añadió:

-¿Dónde esta la manteca de usted?

-¿Mi manteca?

-Sí, su manteca.

-Pues..., en el tarro.

-Y ¿dónde está el tarro?

-¿Qué tarro?

-¡El tarro de la manteca, pardiez!

-Aquí lo tiene usted.

Y fue a buscar una vieja taza en el fondo de la cual había una capa de manteca rancia y salada. El sargento la oliscó, y, arrugando el ceño, dijo:

-No es la misma. Necesito la manteca que huele a conejo asado. ¡Ea, Lenient, abramos el ojo; mira en el aparador; yo miraré debajo de la cama.

Después de cerrar la puerta, se acercó al lecho y quiso arrastrarlo; pero no habiendo sido cambiado de sitio, al parecer, desde hacia más de medio siglo, el lecho estaba pegado a la pared. El sargento se agachó, en vista de ello, haciendo crujir su uniforme. Un botón acababa de desprendérselo.

-¡Lenient ! -dijo.

-¡Mi sargento!

-Ven, muchacho; entiéndetelas con esta cama; yo soy demasiado alto para ver debajo de ella. Tomo, en cambio, a mi cargo el aparador.

Levantándose, esperó, en pie, a que su subordinado ejecutase la orden.

Lenient, que era bajo y regordete, se quitó el quepis, se echó boca abajo, y con la frente pegada al suelo miró largo rato entre el pavimento y la cama, y exclamó de pronto:

-¡Ya lo cogí; ya lo cogí!

-El sargento Sénateur se inclinó hacia el gendarme.

-¿Qué es lo que has cogido? ¿El conejo?

-No. ¡El ladrón!

-¿El ladrón? ¡Venga, venga!

El gendarme, estirando los brazos debajo del lecho, había agarrado algo, y tiraba con toda su fuerza. Un pie, calzado con un grueso zapatón, apareció al fin, prisionero en su mano derecha.

El sargento le asió a su vez.

-¡Hala, hala! ¡Tira!

Lenient, ya de rodillas, había agarrado la otra pierna. Pero la tarea era ruda, porque el cautivo resistía por mil medios, últimamente apoyando las posaderas en la traviesa del lecho.

-¡Hala, hala! ¡Tira! -gritó Sénateur.

Y tanto y tanto tiraron, que la barra de madera cedió y el hombre salió todo menos la cabeza, de la cual aún siguió valiéndose para hacer fuerza en su escondrijo.

Apareció por fin el rostro, el furioso y consternado rostro de Pólito, cuyos brazos permanecían extendidos bajo la cama.

-¡Tira! -seguía gritando sargento.

Entonces se produjo un ruido extraño; y como los brazos seguían a los hombros, a los brazos siguieron las manos, en las cuales se vio el mango de una cacerola, y, al final del mango, la cacerola misma, que contenía un conejo asado.

-¡Voto a cien mil legiones de demonios! -gritó el sargento, lleno de alegría, en tanto que Lenient sujetaba al hombre.

Y la piel del conejo, indicio aplastante, última y terrible prueba del delito, fue encontrada en el jergón.

En vista de lo cual, los gendarmes regresaron triunfalmente al pueblo con el prisionero y sus hallazgos.

Este suceso dio mucho que hablar; y ocho días después, al entrar en la alcaldía maese Lecacheur, que debía celebrar una conferencia con el maestro de escuela, supo que el pastor Severino lo esperaba hacía una hora.

El hombre estaba sentado en una silla arrimada a un rincón con el cayado entre las piernas. Al ver al señor alcalde se levantó, se quitó la gorra, saludó con «Buenos días, maese Cacheur», y permaneció en pie temeroso, inquieto.

-¿Qué desea usted? -le dijo al campesino.

-Ahora lo verá, maese Cacheur. ¿Es cierto que la semana pasada le robaron a usted un conejo?

-Sí, es cierto, Severino.

-¡Ah! Muy bien. Entonces ¿la cosa es verídica?

-Sí, amigo mío.

-Y ¿quién se lo robó a usted?

-Pólito Ancas, el jornalero.

-Bien, bien. ¿Es igualmente cierto que fue encontrado debajo de mi cama?

-¿Quién? ¿El conejo?

-El conejo, y además Pólito, uno al extremo del otro.

-Sí, mi pobre Severino. Es cierto.

-Entonces ¿también eso es verídico?

-Sí. Pero ¿quién le ha contado a usted esa historia?

-Entre todos, y un poco cada uno. Yo me entiendo. Por otra parte, usted, que por ser alcalde casa a las personas, ha de saber mucho acerca del matrimonio.

-¿Cómo acerca del matrimonio?

-Sí, en lo tocante al derecho

-¿Cómo en lo tocante al derecho?

-En lo tocante al derecho del hombre, y además al derecho de la mujer.

-¡Ah, vamos! Sí, algo puedo decirte.

-Entonces, una pregunta: ¿Tiene mi mujer derecho a acostarse con Pólito?

-¿Cómo a acostarse con Pólito?

-Sí. ¿Tiene derecho, según la ley, y siendo esposa mía, a acostarse con Pólito?

-No, de ningún modo; no tiene ese derecho.

-En tal caso, si los vuelvo a coger, ¿tengo derecho a molerla a palos y a pegarle a él también?

-¡Es... es claro que sí!

-Muy bien. Nada más tenía que preguntarle. Y voy a decirle ahora por qué quería saber esto: un día de la semana pasada, sospechando algo, fui a casa de noche, y allí los hallé acostados, y no espalda con espalda ciertamente. Envié a Pólito a dormir fuera, mas no pasé de ahí porque no conocía mis derechos. En esta ocasión no los vi. Me he enterado de lo ocurrido por los demás. Hecho está lo hecho; no volvamos a hablar de la cuestión. Pero si los encuentro otra vez... ¡voto al diablo, si los encuentro! ¡Les quitaré la afición a la cosa, maese Cacheur, tan cierto como me llamo Severino!

FIN

El diablo

El campesino permanecía de pie frente al médico, ante el lecho de la moribunda. La anciana, tranquila, resignada, miraba a los dos hombres y los escuchaba hablar. Iba a morir, pero no se sublevaba, su tiempo había concluido ya, tenía noventa y dos años. Por la ventana y la puerta abiertas, el sol de julio entraba a raudales, arrojaba su llama cálida sobre el suelo de tierra oscura, giboso y pisoteado por los zuecos de cuatro generaciones de rústicos. Los olores del campo entraban también, empujados por la brisa ardiente, olores de hierbas, de trigos, de hojas quemadas por el calor de mediodía.

Los saltamontes se desgañitaban, llenaban el campo con el chasquido claro, similar al ruido de los grillos del bosque que se les venden a los niños en las ferias

El médico, levantando la voz, decía: «Honoré, usted no puede dejar a su madre sola en este estado. ¡Va a morir de un momento a otro!» Y el campesino, desolado, repetía: «Es que necesito recoger el trigo; ya lleva demasiado tiempo en tierra. El tiempo es bueno, justamente. ¿Qué dices tú, madre?» Y la vieja moribunda, torturada aún por la avaricia normanda, decía «sí» con los ojos y la frente, animando a su hijo a que recogiera el trigo y la dejara morir completamente sola. Pero el médico se enfadó y, dando un zapatazo en el suelo, dijo: «Usted no es más que un bruto ¿entiende? Y no le permitiré que haga eso ¿entiende? Y, si usted necesita recoger su trigo hoy mismo, vaya a buscar a la Rapet, ¡pardiez! y encárguele que cuide a su madre. Es mi deseo, ¿entiende? Y si no me obedece, lo dejaré morir como un perro cuando usted, a su vez, esté enfermo ¿entiende?»

El campesino, un hombre alto y delgado, de gestos lentos, torturado por la indecisión, por el miedo al médico y por el amor feroz al ahorro, dudaba, calculaba, murmuraba: «¿Cuánto cobra la Rapet por una guardia?»

El médico gritaba: «¡Y yo qué sé! Eso depende del tiempo que usted le pida. ¡Arréglese con ella, caramba! Pero que esté aquí en una hora ¿entiende?»

El hombre se decidió: «Ya voy, ya voy; no se enfade, señor médico.»

Y el doctor se marchó repitiendo: «¿Sabe? ¡Tenga cuidado, porque no bromeo cuando me enfado!»

Al quedarse solo, el campesino se volvió hacia su madre, y, con voz resignada dijo: «Voy a buscar a la Rapet, puesto que este hombre quiere. No te muevas hasta que regrese.» Y salió a su vez.

La Rapet, una vieja planchadora, guardaba a los muertos y a los moribundos en el pueblo y alrededores. Luego, una vez que cosía a sus clientes en la sábana de la que no volverían a salir, cogía de nuevo la plancha con la que frotaba la ropa de los vivos. Arrugada como una manzana del año anterior, perversa, envidiosa, avara con una avaricia cercana al fenómeno, curvada en dos como si se hubiera partido por los riñones por el eterno movimiento de la plancha deslizada sobre los tejidos, se diría que sentía por la agonía una especie de amor monstruoso y cínico. No hablaba sino de las personas que había visto morir, de todas las variedades de muertas a las que había asistido; y las contaba con gran meticulosidad de detalles siempre parecidos, como un cazador cuenta sus disparos.

Cuando Honoré Bontemps entró en su casa, la encontró preparando agua de pez para los cuellos de las pueblerinas.

Él dijo: «Hola, buenas noches; ¿se encuentra como desea, señora Rapet?»

Ella volvió la cabeza hacia él. «Más o menos, más o menos. ¿Y usted?»

-¡Oh! yo me encuentro bien, es mi madre la que no está bien en absoluto.

-¿Su madre?

-Sí, mi madre.

-¿Y qué tiene su madre?

-¡Que se va a morir!

La anciana retiró sus manos del agua, cuyas gotas, azules y transparentes, se deslizaron hasta la punta de los dedos y volvieron a caer al barreño. Preguntó con una súbita simpatía: «¿Tan mal está?»

-El médico dice que no pasará del amanecer.

-¡Entonces sí que está mal!

Honoré dudó. Necesitaba algunos preámbulos para exponer la propuesta que estaba preparando. Pero como no encontró qué decir, se decidió de golpe: «¿Cuánto me cobrará por cuidarla hasta el final? Usted sabe que no somos ricos. No puedo pagar ni a una sirvienta. ¡Eso es lo que la ha puesto así, a mi pobre madre, demasiado movimiento, demasiado cansancio! Trabajaba como diez, pese a sus noventa y dos años. ¡Ya no hay personas así!...»

La Rapet replicó gravemente: «Hay dos tarifas: dos francos por un día, y tres francos por una noche, para los ricos. Un franco por un día y dos por una noche, para los demás. Usted me pagará un franco y dos.»

El campesino reflexionaba. Conocía bien a su madre. Sabía lo tenaz, fuerte y resistente que era. La cosa podía prolongarse durante ocho días, pese a la opinión del médico. Y dijo resueltamente: «No. Prefiero que me diga un precio global, un precio hasta el final. Arriesguémonos por una parte y por la otra. El médico dice que se morirá enseguida. Si así ocurre, mejor para usted y peor para mí. Pero si resiste hasta mañana o más, mejor para mí y peor para usted.»

La cuidadora miraba al hombre sorprendida. Nunca había contratado una muerte a precio alzado. Dudaba, tentada por la idea de arriesgar. Luego sospechó que la querían engañar. «No podré decir nada mientras no vea a su madre -respondió.

-Venga y véala.»

Se secó las manos y lo siguió al instante. No hablaron nada durante el trayecto. Ella caminaba a pasos cortos y apresurados, mientras que él estiraba sus largas piernas como si a cada paso tuviera que saltar un arroyo. Las vacas, echadas en el campo, asfixiadas por el tórrido calor, levantaban pesadamente la cabeza y lanzaban un débil mugido hacia las dos personas que pasaban, para pedirles hierba fresca. Al acercarse a su casa, Honoré Bontemps murmuró: «¿Y si se ha muerto ya?»

Y el deseo inconsciente que experimentaba se manifestó en el sonido de su voz. Pero la anciana no se había muerto. Permanecía boca arriba, en su catre, con las manos sobre la colcha de indiana violeta, manos horriblemente delgadas, nudosas, como bichos extraños, como cangrejos, y deformadas por los reumatismos, la fatiga y los trabajos casi seculares que habían realizado.

La Rapet se acercó a la cama, la escuchó respirar, le preguntó algo para oírla hablar; luego, después de mirarla detenidamente, salió seguida de Honoré. Su opinión ya estaba formada. La vieja no llegaría a la noche.

Él le preguntó: «¿Y bien?»

La cuidadora contestó: «Y bien, durará dos días, quizá tres. Me pagará seis francos, todo incluido.»

Él exclamó: «¡Seis francos! ¡seis francos! ¿Ha perdido usted la cabeza? ¡Si le quedan cinco o seis horas, como mucho!»

Y estuvieron un buen rato discutiendo, obstinados los dos. Pero como la cuidadora iba a marcharse, como el tiempo pasaba, como su trigo no se recogía solo, al final tuvo que aceptar: «Está bien, acordado, seis francos, todo incluido hasta el levantamiento del cuerpo.

-Acordado, seis francos.»

Y se marchó a grandes zancadas, hacia su trigo acamado sobre el suelo, bajo el intenso sol que madura la cosecha. La cuidadora volvió a la casa. Había traído trabajo pues junto a los moribundos o a los muertos trabajaba sin descanso, unas veces para ella, otras para la familia que la contrataba para este doble trabajo mediante un suplemento de salario. De pronto preguntó: «¿Le han dado a usted al menos los últimos sacramentos, señora Bontemps?» La campesina dijo «no» con la cabeza; y la Rapet, que era devota, se levantó al instante. «¡Dios santo! ¿será posible? Voy a buscar al señor párroco.»

Y se precipitó hacia el presbiterio, con tal rapidez, que los chiquillos que se encontraban en la plaza, al verla correr así, pensaron que había ocurrido alguna desgracia. El cura vino enseguida, con sobrepelliz, precedido del acólito que tocaba la campanilla para anunciar el paso de Dios por el campo ardiente y tranquilo. Los hombres que trabajaban a lo lejos, se quitaban sus grandes sombreros y permanecían inmóviles a la espera de que la blanca vestidura desapareciera detrás de alguna casa; las mujeres que recogían los haces se levantaban para santiguarse; las gallinas negras, asustadas, huían a lo largo de las cunetas balanceándose sobre las patas hasta llegar a algún agujero, conocido para ellas, donde desaparecían bruscamente; un potro, atado en un prado, se asustó al ver el sobrepelliz y se puso a girar al extremo de la soga, lanzando coces. El monaguillo, con su sotana roja, iba rápido; y el sacerdote, con la cabeza inclinada sobre un hombro y cubierto con su birrete cuadrado, le seguía susurrando oraciones; la Rapet iba detrás, inclinada, doblada en dos, como para postrarse al andar, y con las manos juntas, como en la iglesia.

Honoré los vio pasar de lejos. Y preguntó: «¿Dónde irá nuestro párroco?» Su peón, más espabilado, respondió: «¡Le lleva el buen Dios a tu madre, pardiez!» El campesino no se sorprendió: «¡Sí, puede ser!» Y volvió al trabajo.

La señora Bontemps se confesó, recibió la absolución, comulgó; tras lo cual el cura se marchó dejando solas a las dos

mujeres en la casucha asfixiante. Entonces la Rapet comenzó a mirar a la moribunda preguntándose si la cosa duraría mucho. Estaba anocheciendo; el aire, más fresco, entraba a ráfagas más fuertes, hacía revolotear sobre la pared una estampa de Épinal sujeta por dos alfileres; las cortinillas de la ventana, antaño blancas, ahora amarillas y cubiertas de manchas de moscas, parecían echarse a volar, forcejear, querer partir, como el alma de la anciana. Ésta, inmóvil, con los ojos abiertos, parecía esperar con indiferencia la muerte tan cercana, que tardaba no obstante en llegar. Su respiración, entrecortada, silbaba un poco en su garganta oprimida. Dentro de poco se detendría, y habría sobre la tierra una mujer menos, que nadie añoraría.

Al caer la noche regresó Honoré. Al acercarse a la cama, comprobó que su madre vivía aún, y le preguntó: «¿Cómo estás?», como hacía en otros tiempos cuando ella padecía alguna pequeña indisposición. Luego despidió a la Rapet, diciéndole: «Mañana a las cinco, sin falta.»

Ella contestó: «Mañana a las cinco.» Efectivamente, llegó al amanecer.

Honoré, antes de marcharse al campo, estaba comiendo una sopa que él mismo había preparado.

La cuidadora preguntó: «¿Y bien, se ha muerto su madre?»

Él contestó, con un frunce malicioso en el rabllo de los ojos: «Está incluso mejor.» Y se fue.

La Rapet, inquieta, se acercó a la agonizante, que permanecía en el mismo estado, oprimida e impasible, con los ojos abiertos y las manos crispadas sobre la colcha. Y la cuidadora comprendió que la cosa podía durar dos días, cuatro, ocho; y el pánico oprimió su corazón de avara, mientras que una cólera furiosa la soliviantaba contra aquel ladino que la había engañado y contra aquella mujer que no se moría. Se puso, no obstante, a trabajar y esperó con los ojos fijos en la cara arrugada de la madre Bontemps.

Honoré volvió para el almuerzo; parecía contento, casi burlón; luego se marchó de nuevo. En definitiva, estaba recogiendo su trigo en condiciones excelentes.

La Rapet se desesperaba; cada minuto transcurrido le parecía tiempo robado, dinero robado. Le daban ganas, unas ganas locas de agarrar por el cuello a esa vieja necia, a esa vieja cabezota, a esa vieja obstinada, y apretando un poco, detener esa pequeña respiración rápida que le robaba su tiempo y su dinero. Luego pensó en el peligro; y como se le estaban pasando por la cabeza otras ideas, se acercó a la cama. Preguntó: «¿Ha visto usted ya al diablo?» La señora Bontemps murmuró: «No.» Entonces la cuidadora se puso a charlar, a contarle historias que aterrorizaran su débil alma de moribunda. Según ella, unos minutos antes de expirar, el diablo se le aparecía a todos los agonizantes. Tenía una escoba en la mano, una marmita en la cabeza y lanzaba grandes gritos. Cuando uno lo ve, todo se ha acabado, y sólo se vive unos cuantos instantes más. Y enumeraba a todos a los que el diablo se le había aparecido delante de ella, en ese año: Joséphin Loisel, Eulalie Ratier, Sophie Padagnau, Séraphine Grospiéd.

La señora Bontemps, por fin emocionada, se agitaba, removía las manos e intentaba girar la cabeza para mirar al fondo de la habitación.

De repente, la Rapet desapareció de los pies de la cama. Cogió una sábana del armario y se envolvió en ella; se puso la marmita en la cabeza, cuyos tres pies, cortos y curvos, se erguían como tres cuernos; cogió una escoba en la mano derecha, y, en la izquierda, un cubo de hojalata, que lanzó al aire bruscamente para que cayera produciendo ruido. Al dar en el suelo, hizo un ruido horroroso; entonces, subida sobre una silla, la cuidadora levantó la cortina que colgaba al extremo de la cama, y apareció, gesticulando, lanzando gritos agudos dentro de la olla metálica que le tapaba la cara, amenazando con su escoba, como si fuera un diablo del guiñol, a la vieja campesina al extremo de la vida. Aterrorizada, con la mirada enloquecida, la moribunda hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse y huir; sacó incluso de la cama los hombros y el pecho; luego volvió a caer dando un gran suspiro. Todo había terminado.

Y la Rapet, con calma, volvió a poner todos los objetos en su sitio, la escoba en un rincón del armario, la sábana dentro, la marmita sobre el fuego, el cubo sobre la plancha y la silla junto a la pared. Luego, con gestos profesionales, cerró los enormes ojos de la muerta, puso sobre la cama un plato, vertió dentro el agua del benitero, introdujo en ella el boj colgado por encima de la cómoda y, arrodillándose, se puso a recitar con fervor las oraciones de difuntos que, por su oficio, se sabía de memoria.

Cuando regresó Honoré a la caída de la tarde, la encontró rezando y calculó de inmediato que ella había salido ganando, pues sólo había pasado con la enferma tres días y una noche, lo que sumaba en total cinco francos y no seis que era lo que él debía pagarle.

FIN

El ermitaño

Algunos amigos habíamos ido a visitar al viejo ermitaño que vivía en el túmulo de un antiguo sepulcro cubierto de árboles, en el centro de la inmensa llanura que se extiende desde Cannes a la Napoule.

Regresamos hablando de estos extraños solitarios laicos, que fueron muy numerosos en otros tiempos, pero cuya raza va hoy desapareciendo. Nos esforzábamos por hallar las causas morales, y por determinar la índole de los desengaños que lanzaban en aquellas épocas a los hombres hacia las soledades.

Uno del grupo exclamó de pronto:

-Dos ermitaños he conocido: un hombre y una mujer. Esta última debe vivir todavía. Habitaba, hace cinco años, en unas ruinas situadas en la cumbre de una montaña completamente desierta de las costas de Córcega, a quince o veinte kilómetros de distancia de la casa más próxima. Vivía allí en compañía de una criada; fui a verla. No había la menor duda de que se trataba de una mujer distinguida, que había pertenecido a la buena sociedad. Me acogió con mucha cortesía, y hasta con cordialidad, pero nada conseguí saber de ella, y nada pude adivinar tampoco.

Por lo que al hombre respecta, les voy a contar su siniestra aventura.

Vuélvanse ustedes a este lado. Vean allá lejos aquel monte puntiagudo y cubierto de bosque que se destaca, aislado, detrás de la Napoule, por delante de las cumbres del Esterel; la gente del país lo conoce con el nombre de monte de las Serpientes. Allí vivía el solitario de mi historia, hará unos doce años, entre los muros de un pequeño templo antiguo.

Habiendo oído hablar de él, decidí conocerlo, y salí de Cannes a caballo en una mañana del mes de marzo. Dejando mi cabalgadura en el albergue de la Napoule, escalé a pie aquel extraño cono, que tendrá tal vez de ciento cincuenta a doscientos metros de altura; está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de una jara de olor tan vivo y penetrante, que casi produce mareos. El suelo es pedregoso, viéndose a cada paso largas culebras que se deslizan por entre los guijarros y se esconden en la hierba. De ahí le viene su bien merecido nombre de monte de las Serpientes. Hay días en que, al subir por las laderas, cuando el sol da en ellas, parece que brota a cada paso uno de estos reptiles. Tanto abundan, que se queda uno sin atreverse a caminar, y se experimenta una molestia rara, que no es miedo, porque son animales inofensivos, sino una especie de místico escalofrío. Me produjo muchas veces el efecto sorprendente de que estaba escalando un antiguo monte sagrado, una extraordinaria colina, perfumada y misteriosa, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Existe todavía el templo. A mí, al menos, me aseguraron que se trata de un templo. A decir verdad, no intenté realizar mayores averiguaciones, para que mi emoción no tuviese que llamarse a engaño.

Escalé, pues, la montaña cierta mañana del mes de marzo, con el pretexto de admirar el paisaje. Al llegar a la cumbre, descubrí, como me habían dicho, unos muros, y, sentado en una piedra, a un hombre. Aunque tenía ya el pelo completamente blanco, no pasaría de los cuarenta y cinco años; su barba era todavía casi negra. Acariciaba a un gato que estaba enroscado encima de sus rodillas, y no pareció darse por enterado de mi presencia. Di vuelta a las ruinas, una parte de las cuales estaba techada y cerrada con ramas, paja, hierbas y guijarros, y constituía su habitación; luego volví al sitio en que él estaba.

Se descubre desde allí una vista admirable. A la derecha, el Esterel, con sus cimas puntiagudas y recortadas de las más extrañas formas; luego, el mar sin límites que se extiende hasta las costas lejanas de Italia, formando a lo lejos innumerables cabos; frente por frente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas, que parecen estar flotando, y en la última de ellas, de cara al mar abierto, un elevado y antiguo castillo de almenados muros, que parece surgir de las mismas aguas.

Finalmente, por encima de la costa verde, en la que se distingue un rosario de villas y de poblaciones blancas, rodeadas de árboles, que, vistas desde tan lejos, parecen una cantidad infinita de huevos puestos al borde de la mar, se yerguen los Alpes, cuyas cimas tenían todavía su caparazón de nieve.

No pude menos de exclamar:

-¡Qué hermoso es esto!

El solitario alzó la cabeza y dijo:

-Sí, pero cuando uno lo tiene durante todo el día delante de la vista, resulta monótono.

Aquello me demostró que el solitario hablaba, conversaba y se aburría. Ya era mío.

No permanecí aquel día mucho rato y toda mi preocupación fue descubrir la índole de su misantropía. Me produjo sobre todo la sensación de un estar hartado del mundo, cansado de todo, totalmente desilusionado, y tan asqueado de sí mismo como de los demás.

Me retiré al cabo de media hora de conversación. Pero regresé a los ocho días, y volví a la semana siguiente, y no dejé pasar semana sin ir por allí; total, que al cabo de dos meses éramos amigos.

Por fin, al atardecer de un día de fines de mayo, juzgué que había llegado ya el momento, y subí al monte de las Serpientes llevando provisiones suficientes para cenar los dos.

Era uno de esos atardeceres tan característicos de aquel país del Mediodía en que se cultivan las flores lo mismo que se cultiva el trigo en el Norte, de aquel país en el que se fabrican casi todas las esencias que perfuman la carne y los vestidos de las mujeres; uno de esos atardeceres en que el aroma de los incontables naranjos que cubren los jardines y las cañadas turba el sentido y remueve la sensualidad como para que sueñen con el amor hasta los viejos.

Mi solitario me acogió con evidente satisfacción, y se prestó de muy buena gana a compartir mi cena.

Le di a beber un poco de vino, cosa a la que estaba ya desacostumbrado; se hizo comunicativo y se puso a hablarme de su vida. Me pareció que había vivido siempre en París, y que había vivido alegremente.

Le pregunté a boca de jarro:

-Pero ¿cómo le vino a usted esta fantástica idea de encaramarse a esta cumbre?

Me contestó con toda espontaneidad:

-Porque recibí la sacudida más brutal que puede recibir un hombre. ¿Para qué voy a ocultarle mi desgracia? Es posible que me compadezca usted al conocerla. Además, la verdad es... que hasta ahora no se la he contado a nadie... y quisiera saber la opinión de otra persona..., de una por lo menos..., sobre el caso... Quisiera saber lo que otro piensa.

"Nací en París, me crié en París, y en esta ciudad crecí y viví. Mis padres me dejaron una renta de algunos miles de francos, y, gracias a la protección que me dispensaban algunas personas, logré una colocación modesta y tranquila; siendo como era soltero, podía con ella considerarme rico.

"Desde mi adolescencia llevé la vida de un hombre independiente. Usted sabe en qué consiste. Libre y sin familia, dispuesto a no caer en el matrimonio, vivía tres meses con una, luego seis con otra, o un año sin compañera fija, entrando a saco en el montón de mujeres que se entregan o se venden.

"Esta existencia mediocre, o sin relieve alguno, si usted quiere, me iba a la medida, porque satisfacía mis inclinaciones naturales a cambiar y a curiosear. Mi vida transcurría en el bulevar, en los teatros y en los cafés, siempre fuera de casa, como si no tuviese domicilio alguno, aunque estaba bien instalado. Era uno más entre los millares de personas que marchan en la vida a la deriva, flotando como corchos; que se imaginan que París es todo el mundo, y que no se preocupan ni apasionan por nada. Era lo que se llama un buen chico, sin defectos ni virtudes. Ahí tiene usted lo que yo era. Y me enjuicio con exactitud.

"En esas condiciones, mi vida fue transcurriendo, de los veinte a los cuarenta años, insensiblemente, pero con rapidez, sin ningún acontecimiento de relieve. ¡Con cuánta rapidez pasan esos años monótonos de París, que no suelen dejar en nuestro espíritu ninguno de esos recuerdos que marcan una fecha! Son años largos y precipitados, vulgares y alegres, en los que comemos, bebemos, nos reímos sin razón aparente, y alargamos nuestros labios hacia todo lo que puede saborearse y hacia todo lo que puede besarse, sin que tengamos realmente apetencia de nada. Entonces era yo joven, llegué a viejo sin haber creado nada de lo que crean los demás; sin apegarme a nada, sin enraizarme, sin ligarme a nada, sin amigos casi, sin mujeres, sin hijos.

"Llegué, pues, sin sentirlo pero muy aprisa, a los cuarenta; para festejar este aniversario, me permití el lujo de comer opíparamente, yo solo, en un gran café. Yo era en el mundo un solitario, y me pareció que era propio celebrar aquella fecha como un solitario.

"Después de cenar, me quedé indeciso. Sentía tentaciones de ir a un teatro, pero se me ocurrió de pronto que debía ir en peregrinación al Barrio Latino, en el que viví cuando estudiaba leyes. Crucé, pues, París y entré, sin un propósito deliberado, en una de las cervecerías servidas por camareras.

"La que servía a mi mesa era una jovencita bonita y simpática. La invité a servirse, y ella aceptó en seguida. Se sentó frente a mí, examinándome con mirada de mujer conocedora, queriendo saber con qué clase de hombre tenía que habérselas. Era de pelo claro, casi pelirrobia, una chiquilla fresca y pimpante; por debajo de su abultado corpiño yo me imaginé redondeces color de rosa. Le dije las frases galantes y necias que son de rigor con tales mujeres; como era realmente encantadora, me entró de pronto el capricho de llevármela... para seguir festejando mis cuarenta años. Lo

conseguí sin dificultades y sin muchas insistencias. Estaba libre, según me dijo, desde hacía quince días. Para empezar, íbamos a tomar un refrigerio en los alrededores del Mercado, cuando ella saliese del trabajo.

"Recelando que me dejara plantado -nadie sabe las cosas que pueden ocurrir, ni la clase de parroquianos que pueden entrar en una cervecería como aquélla, ni la ventolera que le puede dar a una mujer, no me moví en toda la noche de allí, esperándola.

"También yo estaba libre desde uno o dos meses atrás, y viendo a aquella deliciosa principiante de amor ir y venir de una mesa a otra, pensaba si no me convendría hacer con ella un arreglo de exclusiva por algún tiempo. Esto que le cuento constituye una de las más vulgares aventuras cotidianas de la vida de un hombre en París.

"Perdóneme el que entre en detalles tan groseros; los que no han sentido la poesía del amor, toman y eligen a la mujer lo mismo que quien elige chuletas en la carnicería, sin fijarse en otra cosa que en la calidad de la carne.

"Fuimos, pues, a su casa -porque yo respeto mucho mis sábanas-. Vivía en un quinto piso, en un pequeño cuartito de obrera, limpio y pobre; pasé con ella dos horas admirables. Tenía aquella chiquilla un encanto y una simpatía extraordinarias.

"Cuando ya me iba a marchar, me acerqué a la chimenea para dejar sobre ella el regalo reglamentario, después de haber concertado día para una segunda entrevista con la jovencita, que se había quedado en la cama. Vi, confusamente, un reloj dentro de un globo de cristal, dos floreros y dos fotografías, una de ellas muy antigua, de las llamadas daguerrotipos, que se hacían sobre cristal. Me incliné por pura casualidad hacia este último retrato, y me quedé de una pieza, tan sorprendido que no acertaba a comprender. Porque era el mío, el primer retrato que yo me había hecho, de mis tiempos de estudiante en el Barrio Latino.

"Me apoderé bruscamente de él, a fin de examinarlo de cerca. No me había equivocado. Tan inesperado y extravagante me pareció aquello, que me entraron ganas de reír, y le pregunté a la muchacha:

"-¿Quién diablos es este caballero?

"Y ella me contestó:

"-Es mi padre, al que yo no he conocido. Mi mamá me dejó ese retrato diciéndome que lo guardase, que tal vez un día me sirviese de algo.

"Vaciló un momento, y luego se echó a reír, diciendo:

"-Verdaderamente, no sé qué utilidad puede tener para mí. No creo que se le ocurra venir a reconocermme como hija.

"Mi corazón palpitaba con galopes de caballo desbocado. Coloqué la fotografía en sentido horizontal sobre la chimenea, y, sin saber lo que hacía, dejé encima de aquélla dos billetes de cien francos que llevaba en el bolsillo, y escapé gritando:

"-Hasta pronto... Adiós, querida..., hasta la vista. Oí que ella me contestaba:

"-Hasta el martes.

"Bajé a tientas las oscuras escaleras. Cuando me vi en la calle, me di cuenta de que llovía, y tiré por una calle cualquiera, caminando a grandes zancadas.

"Iba sin rumbo, enloquecido, desatinado, esforzándome por recordar... ¿Sería aquello posible?... Sí... Me acordé de pronto de una chica que me escribió, al mes de nuestra ruptura, que se hallaba encinta de mí. Rasgué o quemé la carta, olvidándome de aquel asunto. Tal vez hubiera hecho bien en mirar la fotografía de aquella mujer, que estaba sobre la chimenea de la jovencita; pero ¿habría sido yo capaz de identificarla? Me pareció que era la de una mujer entrada en años.

"Llegué a un muelle del Sena. Vi un banco y me senté. Llovía. Pasaban de cuando en cuando algunas personas, resguardadas bajo sus paraguas. La vida se me representó como una cosa miserable y repugnante, llena de ruindades, vergüenzas e infamias, deliberadas o toleradas. ¡Mi hija! ¡Tal vez era mi hija la mujer que yo acababa de hacer mía!... Y París, aquel inmenso París sombrío, taciturno, fangoso, triste y negro, que tenía en aquel momento cerradas todas sus casas, estaba lleno de asuntos parecidos, de adulterios, incestos y niñas violadas. Me acordé de todo lo que se hablaba, acerca de la gente degenerada que rondaba de noche por los puentes.

"Yo, sin quererlo, sin saberlo, había hecho una cosa peor que todas las infamias de aquellos viciosos. ¡Me había acostado con mi propia hija!

"Sentí tentaciones de tirarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve así errante hasta que amaneció, y regresé después a casa para meditar.

"Tomé el partido que me pareció más prudente: me presenté a un notario, diciendo que iba de parte de un amigo mío, y le encargué que llamase a aquella joven y le preguntase todos los detalles relativos a la entrega de aquel retrato por parte de su madre.

"Cumplió el notario mis instrucciones. La madre de la chica le dio el nombre de su padre cuando se hallaba en su lecho de muerte, y lo hizo en presencia de un sacerdote, cuyo nombre me fue facilitado.

"En vista de esto, y siempre en nombre del amigo desconocido, hice que se le entregase a la joven la mitad de mi fortuna, alrededor de ciento cuarenta mil francos, pudiendo disponer únicamente de la renta. Presenté después la dimisión de mi empleo, y aquí me tiene usted. Vagabundeando por esta costa, descubrí el monte en que estamos, y me establecí en él... ¿Hasta cuándo?... Lo ignoro yo mismo.

"¿Qué opina usted ahora de mí y de mi manera de conducirme?"

Le alargué mi mano, diciéndole:

-Usted hizo lo que era su deber. ¡Cuántas personas habrían quitado importancia a esa desdichada fatalidad!

El solitario siguió diciendo:

-Lo sé, pero yo estuve a punto de enloquecer. Por lo visto, y aunque jamás lo había sospechado, tengo un alma delicada. París me inspira ahora un miedo parecido al que el infierno inspira a los creyentes. En resumidas cuentas, recibí un golpe en la cabeza, un golpe parecido al que recibe un transeúnte cuando le cae una teja encima. En estos últimos tiempos me siento mejor.

Me despedí de aquel ermitaño. Su relato me había conmovido mucho.

Aún volví en dos ocasiones a visitarlo antes de mi partida de aquellos lugares, porque jamás prolongo después del mes de mayo mi estancia en el mediodía.

Cuando regresé, al año siguiente, ya no estaba aquel hombre en el monte de las Serpientes, y nunca más he vuelto a oír hablar de él.

Y ésta es la historia de mi ermitaño.

FIN

El hombre de Marte

Estaba trabajando cuando mi criado me anunció:

-Señor, es un hombre que quiere hablar con el señor.

-Hágalo entrar.

De pronto vi a un hombrecillo que saludaba. Tenía aspecto de un enclenque maestro con gafas, cuyo cuerpo endeble no se adhería a ninguna parte de sus ropas demasiado flojas. Balbuceó:

-Le pido perdón, señor.

Se sentó y continuó:

-Dios mío, señor, estoy demasiado turbado por las gestiones que emprendo. Pero era absolutamente necesario que yo manifestara mis inquietudes a alguien, y no había nadie más que usted... que usted... En fin, me he armado de valor... pero verdaderamente... ya no me atrevo.

-Atrévase pues, Señor.

-Verá, Señor, es que, tan pronto como empiece a hablar usted me tomará por un loco.

-Dios mío, señor, eso dependerá de lo que vaya a contarme.

-Exactamente, señor, lo que voy a decirle es raro. Pero le ruego que considere que no estoy loco, precisamente por esto, yo mismo reconozco lo inusual de mi confianza.

-Y bien, señor, adelante.

-No señor, no estoy loco, pero tengo ese aspecto propio de los hombres que han reflexionado más que otros y que han franqueado un poco, bien poco, las barreras del pensamiento medio. Piense pues, señor, que nadie piensa en nada en este mundo. Cada uno se ocupa de sus asuntos, de sus fortunas, de sus placeres, de su vida, en una palabra, o de pequeñas tonterías divertidas como el teatro, la pintura, la música o la política, la más grande de las necesidades, o de cuestiones industriales. ¿Quién piensa? ¿Quién? ¡Nadie! ¡Oh! ¡Me acelero demasiado! Perdón. Vuelvo a mi asunto.

"Hace cinco años que yo llegué aquí, señor. Usted no me conoce pero yo lo conozco muy bien... Yo nunca me mezcló con la gente que frecuenta la playa o el Casino. Vivo sobre el acantilado, adoro con pasión estos acantilados de Eretat. No conozco otros más bellos, más sanos. Quiero decir sanos para el espíritu. Es una admirable ruta entre el cielo y el mar, un camino de hierba, que discurre sobre esta gran muralla, al borde de la tierra, por encima del océano.

"Mis mejores días son aquellos que he pasado tendido sobre una pendiente de hierba, a pleno sol, a cien metros por encima de las olas, soñando. ¿Me comprende?"

-Sí señor, perfectamente.

-Ahora, ¿me permite hacerle una pregunta?

-Hágala, señor.

-¿Usted cree que los otros planetas estén habitados?

Yo respondí sin dudar y sin parecer sorprendido:

-Ciertamente lo creo.

Se volvió loco de alegría, se levantó, se volvió a sentar, embargado por unas ganas evidentes de estrecharme entre sus brazos y gritó:

-¡Ah, ah! ¡Qué suerte! ¡Qué alegría! ¡Respiro! Pero ¿cómo he podido dudar de usted? Un hombre no sería inteligente si no creyera en los mundos habitados. Hace falta ser un tonto, un idiota, un bruto, para suponer que los millares de universos brillan y giran únicamente para divertir y asombrar al hombre, ese insecto estúpido por no comprender que la Tierra no es nada más que una mota de polvo invisible en medio de la polvareda de los mundos, que todo nuestro sistema entero no está formado más que por algunas moléculas de vida sideral que muy pronto morirán. Mire la Vía Láctea, ese río de estrellas, y piense que ésta no es nada más que una mancha dentro de la extensión que es el infinito.

Piénselo sólo durante diez minutos y comprenderá por qué nosotros no sabemos nada, no adivinamos nada, no comprendemos nada. Nosotros sólo conocemos un punto, no sabemos nada del más allá, nada del exterior, nada de ninguna parte, y creemos, y nos afirmamos. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Si de repente nos fuera revelado el secreto de la gran vida ultraterrestre, qué estupefacción! Pero no... pero no... yo soy una bestia en mi entorno, nosotros no lo comprenderíamos ya que nuestro espíritu no está hecho más que para comprender las cosas de esta tierra; no puede extenderse más lejos, es limitado, como nuestra vida, encadenado a esta bolita que nos lleva, y juzga todo por comparación. Vea, pues, señor, cómo todo el mundo es ignorante, estrecho y persuadido del poder de nuestra inteligencia, que apenas sobrepasa el instinto de los animales. Nosotros no tenemos ni siquiera la facultad de percibir nuestra imperfección; estamos hechos para saber el precio de la mantequilla y del trigo, y, como mucho, para hablar sobre el valor de los caballos, de los barcos, de los ministros o de los artistas.

"Eso es todo. Somos aptos exactamente para cultivar la tierra y servirnos torpemente de lo que está por debajo de ella. Apenas comenzamos a construir máquinas que funcionan, nos asombramos como niños por cada descubrimiento que, desde hace, siglos habríamos debido hacer, si hubiéramos sido seres superiores. Estamos todavía rodeados de lo desconocido, incluso en este momento en el que han sido necesarios miles de años de vida inteligente para intuir el concepto de la electricidad. ¿Somos de la misma opinión?"

Yo respondí riendo:

-Sí señor.

-Entonces muy bien. Y bien, señor, ¿alguna vez se ha interesado usted por Marte?

-¿Por Marte?

-Sí, por el planeta Marte.

-No, señor.

-¿Me permitiría contarle algunas cosas sobre él?

-Por supuesto, señor, con gran placer.

-Usted sabe, sin duda, que los mundos de nuestro sistema solar, de nuestra pequeña familia, se formaron por la condensación en globos de primitivos anillos gaseosos desprendidos unos después de otros de la nebulosa solar.

-Sí señor.

-De esto resulta que los planetas más alejados son los más viejos y deben de ser, consecuentemente, los más civilizados. Este es el orden de su nacimiento: Urano, Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio. ¿Admite usted que estos planetas estén habitados como la Tierra?

-Evidentemente. ¿Por qué creer que la Tierra es una excepción?

-Muy bien. El hombre de Marte, aún siendo más anciano que el de la Tierra.... perdón, voy muy deprisa. En primer lugar voy a probarle que Marte está habitado. Marte presenta a nuestros ojos aproximadamente el aspecto que la Tierra debe de presentar a los observadores marcianos. Los océanos allí ocupan menos espacio y están más diseminados. Se les reconoce por su tono negro porque el agua absorbe la luz mientras que los continentes la reflejan. Las modificaciones geográficas sobre este planeta son frecuentes y prueban la actividad vital. Tiene dos estaciones parecidas a las nuestras, con nieve en los polos que vemos aumentar y disminuir siguiendo las épocas del año. Un año es muy largo, seiscientos ochenta y siete días terrestres, es decir seiscientos sesenta y ocho días marcianos, descompuestos como sigue: ciento noventa y uno en primavera, ciento ochenta y uno para verano, ciento cuarenta y nueve para otoño y ciento cuarenta y siete para invierno. Se ven menos nubes que aquí, así que allá debe de hacer más frío y más calor.

Lo interrumpí:

-Perdón señor, estando Marte mucho más lejos del Sol que nosotros, debe de hacer siempre más frío, me parece.

Mi extraño visitante gritó con vehemencia:

-¡Error, señor! ¡Error absoluto! Nosotros estamos, nosotros, más lejos del sol en verano que en invierno. Hace más frío sobre la cima del Mont Blanc que en su base. Le remito, por otra parte, a la teoría mecánica del calor de Helmholtz y de Schiaparelli. El calor del Sol depende principalmente de la cantidad de vapor de agua que contiene la atmósfera. He aquí por qué: el poder absorbente de una molécula de vapor de agua es dieciséis veces superior a la de una molécula de aire seco, así que el vapor de agua es nuestra fuente de calor; y Marte, teniendo menos nubes, debe de ser al mismo

tiempo mucho más caluroso y mucho más frío que la Tierra.

-No lo pongo en duda.

-Muy bien. Ahora, señor, escúcheme con atención. Se lo ruego.

-Es lo que estoy haciendo, señor.

-¿Ha oído usted hablar de los famosos canales descubiertos en 1884 por Schiaparelli?

-Muy poco.

-¡Cómo es posible! Sepa, pues, que en 1884, Marte, encontrándose en oposición y separada de nosotros sólo por una distancia de veinticuatro millones de leguas, Schiaparelli, uno de los más eminentes astrónomos de nuestro siglo y uno de los observadores más fiables, descubrió de repente una gran cantidad de líneas negras rectas o quebradas siguiendo formas geométricas constantes, y que unían, a través de los continentes, los mares de Marte! Sí, sí, señor, canales rectilíneos, canales geométricos, de una igual anchura durante todo el recorrido, canales construidos por seres! Sí, señor, la prueba de que Marte está habitado, que allí hay vida, que allí se piensa, que allí se trabaja, que nos observan. ¿Comprende usted? ¿Comprende?

"Veinte años más tarde, durante la siguiente alineación, volvimos a ver esos canales, más numerosos, sí, señor. Y son gigantescos, su anchura no tiene menos de cien kilómetros."

Yo sonreí respondiendo:

-Cien kilómetros de anchura. Han sido necesarios obreros muy rudos para excavarlos.

-¡Oh señor! ¿Qué dice? ¡Usted ignora que este trabajo es infinitamente más fácil en Marte que en la Tierra puesto que la densidad de sus materiales constitutivos no sobrepasa la sexagésima novena parte de los nuestros! La intensidad de la gravedad allí alcanza apenas la trigésimo séptima parte de la nuestra. ¡Un kilogramo de agua solo pesa 370 gramos!

Me lanzaba estas cifras con tal seguridad, con la confianza típica de comerciante que sabe el valor de un número, que no pude impedir reírme y tenía ganas de preguntarle lo que pesan, en Marte, el azúcar y la mantequilla.

Movió la cabeza.

-Usted se ríe, señor, me toma por estúpido después de tomarme por loco. Pero las cifras que le cito son las que usted encontrará en todas las obras especializadas de astronomía. El diámetro de Marte es casi la mitad más pequeño que el nuestro; su superficie no es más que la veintiseisava centésima parte de la del globo terráqueo; su volumen es seis veces y media más pequeño que el de la Tierra y la velocidad de sus dos satélites prueba que pesa diez veces menos que nosotros. Ahora bien, señor, la intensidad de la fuerza de gravedad, dependiente de la masa y del volumen, es decir, del peso y de la distancia de la superficie al centro, de ello se deduce, indudablemente, un estado de levedad sobre este planeta que convierte la vida en algo diferente, regula de forma desconocida para nosotros las acciones mecánicas y debe de hacer predominar las especies aladas. Sí, señor, el ser Rey de Marte tiene alas.

"Vuela, pasa de un continente a otro, se pasea, como un espíritu, alrededor de su universo al cual le ata sin embargo la atmósfera que no puede franquear, aunque..."

"En fin, señor, ¿se imagina este planeta cubierto de plantas, de árboles y de animales cuyas formas no podemos ni sospechar y habitado por grandes seres alados semejantes a como nos han descrito a los ángeles? Yo los veo revoloteando por encima de las llanuras y de las ciudades en el aire dorado que tienen allá. Ya que, por otra parte, creíamos que la atmósfera de Marte era roja como la nuestra azul, pero es amarilla, señor, de un hermoso amarillo dorado.

"¿Se asombra usted ahora de que esas criaturas hayan podido excavar anchos canales de cien kilómetros? Y, además, piense únicamente en lo que la ciencia ha hecho aquí desde hace un siglo... desde hace un siglo... y piense que los habitantes de Marte son tal vez superiores a nosotros..."

Se calló bruscamente, bajó los ojos, y después murmuró con voz suave:

-Ahora es cuando usted va a tomarme por loco... cuando le diga que yo estuve a punto de verlos... yo... la otra tarde. Usted sabe, o no sabe, que estamos en la estación de las estrellas fugaces. Durante la noche del 18 al 19 principalmente, se ven todos los años en cantidades innombrables; es probable que nosotros pasemos en ese momento a través de los restos de un cometa.

"Así que, yo estaba sentado sobre la Mane-Porte, sobre ese enorme saliente del acantilado que se mete un paso sobre el

mar y miraba esa lluvia de pequeños mundos sobre mi cabeza. Es más divertido y más hermoso que unos fuegos de arteificio, señor. De repente, percibí uno por encima de mí, muy cerca, un globo luminoso, transparente, rodeado de alas inmensas y palpitantes, o al menos yo creí ver unas alas en medio de las tinieblas de la noche. Hacía tirabuzones como un pájaro herido, giraba sobre sí mismo con un enorme ruido misterioso, parecía que estaba jadeando, muriendo, perdido. Pasó delante de mí. Parecía un monstruoso balón de cristal, lleno de seres enloquecidos, apenas claros, pero agitados como la tripulación de un navío en peligro que ya no se gobierna y navega de ola en ola. Y el curioso globo, habiendo descrito una inmensa curva, fue a desplomarse a lo lejos en medio del mar, donde escuché su profunda caída parecida al ruido de un disparo de cañón.

"Todo el mundo, por otra parte, en el país, escuchó este choque formidable que tomaron por un trueno. Sólo yo lo vi... yo vi... si hubieran caído sobre la costa cerca de mí, habríamos conocido a los habitantes de Marte. No diga ni una palabra, señor, piense, piense largo tiempo y después cuéntelo un día si usted quiere. Sí, yo vi... yo vi.. el primer navío aéreo, el primer navío sideral lanzado al infinito por unos seres pensantes... a menos que yo no haya más que asistido simplemente a la muerte de una estrella fugaz capturada por la Tierra. Ya que, usted no ignora, señor, que los planetas cazan a los mundos errantes del espacio como nosotros aquí perseguimos a los vagabundos. La Tierra, que es ligera y débil, no puede detener en su camino más que a los pequeños transeúntes de la inmensidad."

Se levantó, exaltado, delirante, abriendo los brazos para simular la marcha de los astros.

-Los cometas, señor, que vagabundean por las fronteras de la gran nebulosa, de los cuales nosotros somos condensaciones, los cometas, pájaros libres y luminosos, vienen hacia el Sol de las profundidades del infinito. Vienen arrastrando su cola inmensa de luz hacia el astro rey; vienen, aceleran tanto su excéntrico curso que no pueden reunirse con quien les llama; solamente después de haberlo rozado, son relanzados al espacio por la velocidad misma de su caída..

"Pero si, en el curso de su viaje prodigioso, han pasado cerca de un poderoso planeta, si han sentido, desviados de su ruta, su influencia irresistible, vuelven entonces a este nuevo amo que los mantiene, en lo sucesivo, cautivos. Su parábola ilimitada se transforma en una curva cerrada y es así cómo nosotros podemos calcular el regreso periódico de los cometas. Júpiter tiene ocho cautivos. Saturno uno, Neptuno también uno, y su planeta exterior igualmente uno, además de una armada de estrellas fugaces. Entonces... entonces... puede que yo haya visto solamente a la Tierra detener a un pequeño mundo errante..."

"Adiós señor, no me responda nada, reflexione, reflexione y cuente todo esto un día si usted quiere..."

Eso es todo. Este chiflado no me pareció tan tonto como un simple rentista.

FIN

El huérfano

La señorita Source había adoptado a aquel muchacho en otros tiempos, en circunstancias muy tristes. Tenía entonces treinta y seis años y su deformidad (se había caído desde las rodillas de su aya a la chimenea, cuando era muy pequeña y su cara, completamente quemada, se le había quedado horrible de ver), su deformidad la había decidido a no casarse, pues no quería que nadie la desposara por su dinero.

Una vecina, que había enviudado estando embarazada, murió en el parto sin dejar ni un céntimo. La señorita Source recogió al recién nacido, le puso una nodriza, lo crió, lo envió a un internado, luego lo retomó a la edad de catorce años, con el fin de tener en su casa vacía a alguien que la quisiera, que la cuidara, que le hiciera dulce la vejez.

Vivían en una pequeña propiedad rural a cuatro leguas de Rennes, y ahora sin criada. El gasto se había duplicado desde que regresó el huérfano y sus trescientos francos de renta no bastaban para alimentar a tres personas. Ella misma hacía la limpieza y la comida, y enviaba a hacer las compras al chico que, además, se encargaba de cultivar el huerto. Era dulce, tímido, silencioso y acariciador. Y ella experimentaba una profunda alegría, una alegría nueva al ser besada por él, sin que pareciera sorprendido o asustado por su fealdad. La llamaba tía y la trataba como a una madre. Por la noche, se sentaban juntos al amor de la lumbre y ella le preparaba golosinas. Ponía vino a calentar y una rodaja de pan a tostar, y aquélla era una pequeña cena encantadora antes de irse a dormir. Con frecuencia, lo tomaba sobre sus rodillas y lo cubría de caricias diciéndole palabras tiernamente apasionadas. Lo llamaba: «Mi florecilla, mi querubín, mi ángel adorado, mi joya divina». Él se dejaba hacer dulcemente, reposando la cabeza sobre el hombro de la solterona. Aunque ya tenía casi quince años, se había quedado enclenque y pequeño, con un aspecto un poco enfermizo.

A veces, la señorita Source lo llevaba a la ciudad a visitar a unas parientas, unas primas lejanas casadas en un suburbio, su única familia. Las dos mujeres le guardaban rencor por haber adoptado a ese chico, por la herencia; pero la recibían pese a todo con solicitud, esperando recibir aún su parte, un tercio sin duda, si dividían a partes iguales la herencia. Estaba feliz, muy feliz, siempre pendiente de su hijo. Le compró libros para adornarle el espíritu, y él se puso a leer apasionadamente. Ahora ya no se sentaba sobre sus rodillas por la noche, para hacerle caricias; se sentaba en una silla pequeña junto a la chimenea y abría un volumen. La lámpara, colocada al borde de la mesita, por encima de su cabeza, iluminaba sus cabellos rizados y un trozo de carne de la frente; no se movía, no levantaba los ojos, no hacía ni un gesto, leía, concentrado, metido por completo en la aventura del libro. Ella, sentada frente a él, lo contemplaba con una mirada ardiente y fija, sorprendida por su atención, celosa, a punto de llorar con frecuencia. Le decía por momentos: «¡Vas a fatigarte, mi tesoro!» esperando que levantara la cabeza y viniera a besarla; pero él ni siquiera contestaba, no había oído, no había comprendido: no sabía nada más que lo que veía en las páginas del libro. Durante dos años devoró un número incalculable de libros. Y su carácter cambió.

Muchas veces, después, pidió dinero a la señorita Source y ella se lo dio. Como cada día necesitaba más, ella terminó por negarse, pues tenía orden y energía, y sabía ser razonable cuando era necesario. A fuerza de súplicas, consiguió una noche que le diera una fuerte suma; pero como unos días más tarde volvió a pedirle de nuevo, ella se mostró inflexible, y no cedió más.

Entonces él pareció adoptar una determinación. Volvió a mostrarse tranquilo, como antes, quedándose sentado durante horas enteras sin hacer ni un movimiento, con los ojos bajos, sumido en ensoñaciones. Ni siquiera hablaba ya con la señorita Source, respondiendo apenas a lo que ella decía, con frases lacónicas y precisas. Era, no obstante, amable con ella, y lleno de detalles; pero ya no la besaba nunca. Ahora, cuando por la noche permanecían frente a frente a ambos lados de la chimenea, inmóviles y silenciosos, a veces le daba miedo. Quería despertarlo, decir algo, cualquier cosa, para salir de aquel silencio alarmante como las tinieblas de un bosque. Pero no parecía oírlo ya, y ella se estremecía con el terror de una pobre mujer débil cuando le había hablado cinco o seis veces seguidas sin conseguir una palabra. ¿Qué tenía? ¿Qué pasaba dentro de esa cabeza cerrada? Cuando había permanecido así, frente a él, dos o tres horas, sentía que se volvía loca, dispuesta a huir, a escaparse al campo, para evitar aquella muda y eterna entrevista y, para evitar un peligro incierto que no sospechaba, pero que sentía. Con frecuencia lloraba a solas. ¿Qué tenía? Si ella expresaba algún deseo, él lo realizaba sin replicar. Si necesitaba algo de la ciudad, iba de inmediato. No tenía quejas de él, desde luego que no. Sin embargo...

Así transcurrió un año más, y le parecía que una nueva modificación se había operado en el espíritu misterioso del joven. Se percató de ello, lo sintió, lo adivinó. ¿Cómo? No importa. Estaba segura de no haberse equivocado; pero no habría podido precisar en qué habían cambiado los velados pensamientos de aquel chico extraño. Estaba persuadida de que el que hasta ahora había sido un hombre dubitativo, había adoptado de pronto una resolución. La idea se le ocurrió una noche al encontrarse con su mirada, una mirada fija, que ella desconocía. Entonces se puso a contemplarla incesantemente, y ella sentía ganas de ocultarse para evitar aquella mirada fría, tenazmente clavada en ella. Durante tardes enteras la miraba y sólo se volvía cuando ella, al límite de sus fuerzas, decía: «¡No me mires así, hijo mío!» - Entonces él bajaba la cabeza. Pero tan pronto como ella se daba la vuelta, sentía de nuevo sus ojos sobre ella. Y fuera donde fuere, la perseguía con su mirada obstinada.

A veces, cuando se paseaba por el jardincillo, lo veía de repente oculto tras un macizo como si preparara una emboscada; o bien, cuando se sentaba delante de la casa para zurcir las medias, y él escardaba algún bancal de hortalizas, la miraba, mientras trabajaba, de una manera disimulada y constante. De nada le servía preguntarle: «¿Qué te ocurre, pequeño mío? Desde hace tres años estás muy cambiado. No te reconozco. Dime qué tienes, qué piensas, te lo suplico». Él contestaba invariablemente, con tono tranquilo y cansado: «¡No me pasa nada, tía!». Y cuando ella insistía, suplicándole: «¡Eh! hijo, respóndeme, respóndeme cuando te hablo. Si supieras cuánto me haces sufrir, me contestarías siempre y no me mirarías así. ¿Tienes alguna pena? Dímelo y yo te consolaré...». Pero él se iba con expresión cansada murmurando: «Te aseguro que no me pasa nada».

No había crecido mucho, y seguía teniendo aspecto de niño, aunque las facciones de su cara fueran ya las de un hombre. Eran duras y como sin terminar, no obstante. Parecía incompleto, mal acabado, sólo esbozado e inquietante como un misterio. Era un ser cerrado, impenetrable, en el que parecía realizarse de continuo un trabajo mental, activo y peligroso. La señorita Source se percataba bien de todo eso, y no dormía ya a causa de la angustia. Le asaltaban horribles terrores, siniestras pesadillas. Se encerraba en su habitación y cerraba la puerta, torturada por el pavor.

¿De qué tenía miedo? No lo sabía. De todo, de la noche, de los muros, de las formas que la luna proyectaba a través de las cortinas blancas de las ventanas y, sobre todo, miedo de él. ¿Por qué? ¿Qué tenía que temer? ¿Qué sabía ella!... ¡No podía seguir viviendo así! Estaba segura de que una desgracia se cernía sobre ella, una horrible desgracia.

Una mañana se marchó en secreto, y fue a la ciudad a casa de sus primas. Les contó todo con la voz entrecortada. Las dos mujeres pensaron que se estaba volviendo loca y trataron de tranquilizarla. Ella decía: «¡Si supieran cómo me mira de la mañana a la noche! ¡No me quita los ojos de encima! Por momentos, tengo tanto miedo que me dan ganas de pedir auxilio, de llamar a los vecinos. ¿Pero qué les iba a decir? Si no me hace nada, sólo me mira». Las dos primas preguntaban: «¿Es brutal con usted en alguna ocasión? ¿Le contesta mal?». Ella respondía: «No, jamás; hace todo lo que yo quiero; trabaja bien, ahora se ha corregido; pero no puedo más de miedo. Tiene algo en la cabeza, estoy segura, muy segura. No quiero permanecer sola con él en el campo».

Las parientas, asustadas, le hacían ver que la gente se extrañaría de su decisión, que no comprendería, y le aconsejaron callar sus miedos y sus proyectos, sin disuadirla no obstante de venir a vivir a la ciudad, esperando con ello el retorno de la herencia completa. Le prometieron incluso ayudarlo a vender su casa y a encontrarle otra cerca de ellas.

La señorita Source regresó a su casa. Pero tenía el espíritu tan trastornado, que se sobresaltaba al oír el menor ruido y sus manos se ponían a temblar a la menor emoción. Dos veces más volvió a ponerse en contacto con sus primas, completamente decidida ya a no permanecer por más tiempo en su casa aislada. Encontró por fin en el suburbio una casita que le convenía y la compró en secreto. La firma del contrato tuvo lugar un martes por la mañana, y la señorita Source ocupó el resto de la jornada en hacer sus preparativos de mudanza. A las ocho de la tarde, tomó la diligencia que pasaba a un kilómetro de su casa; e hizo que se detuviera en el lugar en el que el conductor acostumbraba a dejarla. El hombre gritó mientras azotaba a sus caballos:

-¡Adiós, señorita Source, buenas noches!

Ella contestó mientras se alejaba : «Adiós, José».

Al día siguiente, a las siete y media de la mañana, el cartero que lleva las cartas al pueblo observó sobre un atajo, no lejos de la carretera, un gran charco de sangre aún fresca. Y se dijo: «¡Vaya, algún borracho ha sangrado por la nariz!». Pero diez pasos más allá vio un pañuelo también manchado de sangre. Lo recogió. Era un pañuelo fino, y el cartero, sorprendido, se acercó a la cuneta donde creyó ver un objeto extraño. La señorita Source se hallaba tendida sobre la hierba del fondo, con la garganta abierta de una cuchillada.

Una hora después, los gendarmes, el juez de instrucción y las autoridades hacían suposiciones en torno al cadáver. Las dos primas, llamadas a prestar declaración, revelaron los temores de la solterona y sus últimos proyectos. El huérfano fue detenido. Desde la muerte de la que lo había adoptado, lloraba de la mañana a la noche, sumido, al menos en apariencia, en la más profunda de las tristezas. Probó que había pasado la velada del crimen, hasta las once, en un café. Diez personas lo habían visto, y habían permanecido allí hasta su marcha. Y como el cochero de la diligencia declaró que había dejado en la carretera a la asesinada entre las nueve y media y las diez, el crimen no podía haber ocurrido sino en el trayecto desde la carretera hasta su casa, lo más tarde hacia la diez. El detenido fue puesto en libertad.

Un testamento, ya antiguo, depositado ante un notario de Rennes, lo declaraba heredero universal; y heredó. La gente del pueblo, durante mucho tiempo, lo puso en cuarentena y sospechó siempre de él. Su casa, la de la muerta, siempre pareció maldita. Evitaban cruzarse con él por la calle. Pero él se mostró tan buen chico, tan abierto, tan familiar que, poco a poco, se fue olvidando la horrible duda. Era generoso, atento, charlaba con los más humildes, de todo, y tanto como querían. El notario, el señor Rameau, fue uno de los primeros que cambió de opinión sobre él seducido por su locuacidad sonriente. Una noche en una cena en casa del preceptor, declaró:

-Un hombre que habla con tanta facilidad y que está siempre de buen humor no puede llevar un crimen semejante sobre

su conciencia.

Convencidos por este argumento, los asistentes reflexionaron y recordaron, en efecto, las prolongadas conversaciones de aquel hombre que los paraba, casi a la fuerza, por los caminos, para comunicarles sus ideas, que les obligaba a entrar en su casa cuando pasaban por delante del huerto, que tenía más ocurrencias que el mismo teniente de la gendarmería, y una alegría tan comunicativa que, pese a la repugnancia que inspiraba, no podían impedir reírse en su compañía. Todas las puertas se le abrieron. Hoy es el alcalde de su pueblo.

FIN

El legado

El señor y la señora Serbois estaban acabando de almorzar, con aspecto taciturno, uno enfrente del otro.

La señora Serbois, una rubia bajita de piel rosada, ojos azules, gestos tiernos, comía lentamente sin levantar la cabeza, como si un pensamiento triste y persistente la hubiera alcanzado.

Serbois, alto, fuerte, con patillas, aspecto de ministro o de hombre de negocios, parecía nervioso y preocupado.

Al fin, profirió como hablando consigo mismo:

-¡Verdaderamente es muy asombroso!

Su mujer preguntó:

-¿Qué, querido?

-Que Vaudrec no nos haya dejado nada.

La señora Serbois enrojeció; enrojeció bruscamente como si un velo rosa se hubiera extendido de repente sobre su piel subiendo desde la garganta al rostro, y dijo:

-Tal vez haya un testamento en la notaría. Aún no sabemos nada.

Y ella parecía en verdad saber.

Serbois reflexionó:

-Sí, es posible, ya que en definitiva ese muchacho era nuestro mejor amigo. No abandonaba la casa, cenaba aquí cada dos días; sé perfectamente que te hacía muchos regalos y que esta era una manera como otra de pagar nuestra hospitalidad, pero es verdad que, cuando se tienen amigos como nosotros, se piensa en ellos a la hora del testamento. Es bien cierto que si yo me hubiera sentido enfermo hubiera hecho algo por él, aunque tú seas mi heredera natural.

La señora Serbois bajó los ojos. Y mientras su marido estaba trinchando un pollo, ella se sonó, como uno hace cuando llora.

Él continuó:

-En fin, es posible que haya un testamento en el notario y un pequeño legado para nosotros. No esperaré gran cosa; un recuerdo, nada más que un recuerdo, un pensamiento, para probarme únicamente que nos tenía aprecio.

Entonces su mujer pronunció con voz temblorosa:

-Si quieres, iremos después de almorzar junto al notario Lamaneur y sabremos a qué atenernos.

Él contestó:

-Sí. No deseo otra cosa.

Y como se había atado una servilleta alrededor del cuello para no tirar la salsa sobre la ropa, tenía aspecto de un decapitado parlante con sus hermosas patillas perfilándose en negro sobre la ropa blanca y su figura de maitre de hotel.

Cuando entraron en el estudio del notario Lamaneur, se hizo un pequeño movimiento entre los empleados, y cuando el señor Serbois tuvo a bien darse a conocer, aunque se le reconoció perfectamente, el primer oficial se levantó con una diligencia acentuada, mientras el segundo sonreía.

Y los esposos fueron introducidos en el despacho del jefe.

Éste era un hombrecito regordete, regordete todo él. Su cabeza parecía una bola fija sobre otra bola que tenía dos piernas tan pequeñas, tan cortas que casi parecían así mismo unas bolas.

Saludó, señaló una silla, y dijo, dirigiendo a la señora Serbois una ligera mirada de inteligencia:

-Iba justamente a escribirles para rogarles que pasaran por mi estudio con la finalidad de darles a conocer el testamento del señor Vaudrec, que les concierne.

El señor Serbois no pudo evitar pronunciar.

-¡Ah! ¡Ya lo decía yo!

El notario añadió:

-Voy a darles lectura de esta hoja, muy corta, por cierto.

Cogió un papel de delante de él y pronunció:

El que suscribe, Paul-Emile-Cyprien Vaudrec, sano de cuerpo y espíritu, expreso aquí mis últimas voluntades.

Pudiendo la muerte llevarnos en cualquier momento, quiero tomar, en previsión de su espera, esta precaución de escribir mi testamento que será depositado en la notaría del señor Lamaneur.

No teniendo heredero directos, lego toda mi fortuna, compuesta básicamente por valores de Bolsa de cuatrocientos mil francos, y de fondos de inversión que ascienden a alrededor de seiscientos mil francos, a la señora Claire-Hortense Serbois, sin ninguna carga o condición. Yo le ruego que acepte esta donación de un amigo muerto como prueba de un cariño afectuoso, profundo y respetuoso.

Hecho en París, el 15 de Junio de 1883

Firmado VAUDREC

La señora Serbois había bajado la frente y permanecía inmóvil, mientras su marido movía los ojos estupefactos yendo del notario a su mujer.

El notario Lamaneur continuó después de un momento de silencio:

-Es evidente, señor, que la señora no puede aceptar este legado sin su consentimiento.

El señor Serbois se levantó.

-Necesito tiempo para reflexionar -dijo.

El notario, que sonreía con cierta malicia, se inclinó:

-Comprendo el escrúpulo que puede hacerle dudar, querido señor, el mundo a veces tiene juicios malintencionados. ¿Quiere usted volver mañana, a la misma hora, a darme su respuesta?

El señor Serbois se inclinó:

-Sí señor, hasta mañana.

Saludó con formalidad, ofreció el brazo a su mujer más roja que un tomate, y que mantenía obstinadamente los ojos bajos, y salió con aire tan imponente que los funcionarios quedaron pasmados.

Tan pronto como hubieron entrado en su domicilio, el señor Serbois, una vez cerrada la puerta, pronunció con una voz seca:

-Tú has sido amante de Vaudrec.

Su mujer, que estaba sacando su sombrero, se giró conmocionada.

-¿Yo? ¡Oh!

-¡Sí, tú!... no se deja toda la fortuna a una mujer sin que...

Ella palideció, y sus manos temblaban un poco intentando atar las largas cintas para impedir que se arrastraran por el suelo.

Después de un momento de reflexión, dijo:

-Vamos a ver... estás loco... estás loco... ¿es que tú mismo no esperabas hace poco que... que él... te dejara algo?...

-Sí, podía dejarme algo... a mí... a mí, entiéndeme, no a ti...

Ella lo miró al fondo de los ojos de una manera singular y profundamente, como para buscar algo, como para descubrir

esa profundidad del ser en la que no se penetra nunca y que uno puede adivinar en breves segundos, en esos momentos de guardia baja o de abandono o de inatención, que son como puertas dejadas entreabiertas sobre los misterios más interiores del alma; y ella dijo lentamente:

-Me parece sin embargo que... que hubiéramos encontrado al menos igualmente extraño un legado de esta importancia de él... a ti.

Él preguntó bruscamente, con vivacidad de hombre dañado en sus esperanzas:

-¿Por qué dices eso?

Ella dijo:

-Porque... -volvió la cabeza como si una turbación se hubiera apoderado de ella, después se calló.

Él se puso a dar zancadas. Dijo:

-No puedes aceptarlo.

Ella respondió con indiferencia:

-Perfectamente. Entonces no merece la pena esperar a mañana, debemos avisar al señor Lamaneur enseguida.

Serbois se detuvo en frente de ella y durante unos instantes permanecieron mirándose a los ojos, muy juntos uno al lado del otro, tratando de ver, de saber, de comprenderse, de descubrirse, de sondearse hasta el fondo del pensamiento en una de esas interrogaciones ardientes y mudas de dos seres que viviendo juntos se ignoran siempre, pero desconfían, inquietan, se vigilan el uno al otro sin cesar.

A continuación, bruscamente, él le musitó con voz baja a la cara:

-Vamos, confiesa que eras la amante de Vaudrec.

Ella alzó los hombros:

-¿Eres tonto?... Vaudrec me amaba, lo creo, pero nunca ha habido nada... jamás.

Él dio un golpe con el pie:

-Mientes, no es posible.

Ella dijo tranquilamente:

-Sin embargo es así.

Él se puso de nuevo a andar y a continuación se paró de nuevo:

-Explícame entonces por qué te deja toda su fortuna a ti...

Ella dijo con dejadez:

-Es muy simple. Como tú decías hace poco, sólo nos tenía a nosotros como amigos, vivía tanto en nuestra casa como en la suya, y en el momento de hacer testamento pensó en nosotros. Luego, por galantería, puso mi nombre sobre el papel porque se le vino a la cabeza, naturalmente, de la misma manera que era a mí a quien hacía regalos y no a ti ¿no? Tenía la costumbre de traerme flores, de darme todos los cinco de cada mes una fruslería, porque fue un cinco de junio cuando nos conocimos. Lo sabes perfectamente. A ti no te traía casi nunca nada, no pensaba en ello. Es a las mujeres a quien se les ofrecen regalos y no a los maridos; así que es a mí a quien él ha ofrecido su último regalo, y no a ti, nada más simple.

Ella estaba tan tranquila, tan natural, que Serbois dudaba.

Él contestó:

-Es igual. Daría un mal efecto. Todo el mundo creería el asunto. No podemos aceptar.

-Bueno, pues no aceptemos, querido. Será un millón menos en nuestro bolsillo, allá tú.

Él se puso a hablar, muy alto, sin dirigirse realmente a su mujer.

-Sí, un millón. Es imposible. Tendríamos nuestra reputación perdida. Mala suerte. Habría sido necesario que me hubiera donado la mitad a mí; eso lo arreglaría todo.

Y se sentó, cruzó las piernas y se puso a manosear sus cosas como hacía en las horas de meditación.

La señora Serbois había abierto su costurero; sacó una pieza de bordado y dijo poniéndose a trabajar:

-A mí no me corresponde. Eres tú el que debe reflexionar.

Estuvo mucho tiempo sin contestar y después, vacilando:

-Bueno, habría tal vez una manera, cederme la mitad de la herencia, por donación entre vivos. No tenemos hijos, tú puedes hacerlo. De esta manera todo el mundo cerraría la boca.

Ella respondió con gravedad:

-No sé muy bien cómo eso les haría cerrar la boca...

De repente él se enfadó:

-Mira que eres estúpida. Diremos que hemos heredado la mitad cada uno; y será verdad. No tenemos necesidad de explicar que el testamento estaba solamente a tu nombre.

Ella lo miró de nuevo, con una mirada penetrante:

-Como quieras, estoy dispuesta.

Entonces él se levantó y se puso de nuevo a andar. Parecía dudar de nuevo, aunque su cara estaba resplandeciente:

-No... tal vez valdría más renunciar completamente... es más digno... no obstante... de esta forma nadie tendría nada que decir... Las personas más escrupulosas estarían obligadas a inclinarse... Sí, así se arregla todo...

Se paró delante de su mujer:

-Y bien, si quieres, Bichette, voy a volver solo al abogado Lamaneur para consultarle y explicarle el asunto. Le diré que tú has preferido así, por conveniencia para que no se pueda murmurar. Desde el momento en que acepte la mitad de esta herencia, es evidente que estoy seguro de lo que hago, que estoy al corriente de la situación, que la conozco claramente, con todas las de la ley. Es como si yo te dijera: "Acepta también, querida, ya que yo, tu marido, acepto". De otra manera, de verdad, no sería digno.

La señora Serbois únicamente pronunció:

-Como quieras.

Él continuó hablando, ahora con fluidez:

-Sí, esto se explica fácilmente repartiendo la herencia. Heredamos de un amigo que no ha querido hacer diferencia entre nosotros, que no ha querido establecer distinción, que no ha querido parecer decir: "Yo prefiero al uno o al otro después de mi muerte, como he preferido durante mi vida". Y es bien cierto que si lo hubiera pensado, lo habría hecho. No ha reflexionado, no ha previsto las consecuencias. Como tú bien decías, era a ti a quien hacía regalos siempre. Es a ti a quien ha querido ofrecer un último regalo... Ella lo detuvo, con un rasgo de impaciencia.

-Está entendido. He comprendido. No tienes necesidad de darme tantas explicaciones. Vete rápido al notario.

Él balbuceó, enrojeciendo, confuso de repente:

-Tienes razón. Voy.

Cogió su sombrero y, aproximándose a ella, tendió sus labios para abrazarla, murmurando:

-Hasta pronto, querida.

Ella le ofreció la frente y recibió un fuerte beso mientras que las grandes patillas le cosquilleaban las mejillas.

Después salió alegremente.

Y la señora Serbois, dejando caer su trabajo, se puso a llorar.

FIN

El lisiado

El hecho ocurrió en 1882. Acababa de instalarme en un rincón de un compartimiento vacío, y había cerrado la portezuela con la esperanza de viajar solo, cuando volvió a abrirse de súbito y oí una voz que decía.

-¡Cuidado, señor! Nos hallamos precisamente en un cruce de líneas; el estribo está muy alto.

Otra voz respondió:

-No te preocupes; me sujeto bien.

Luego apareció una cabeza cubierta con un sombrero hongo, y dos manos, que se aferraban con firmeza a los montantes, izaron lentamente un corpachón cuyos pies al tocar el estribo hicieron el ruido que produce una estaca al golpear el suelo.

Cuando el viajero introdujo el torso en el compartimiento, vi aparecer al extremo del pantalón la contera de una pierna de palo pintada de negro, y después otra pierna de iguales características. Surgió detrás del viajero una cabeza que inquirió:

-¿Está bien instalado el señor?

-Sí, muchacho.

-Pues ahí van los paquetes y las muletas.

Y un criado, que parecía un antiguo asistente, subió a su vez con una porción de bultos envueltos en papeles negros y amarillos, cuidadosamente atados, y los dejó en la red por encima de la cabeza de su amo. Luego dijo:

-Bueno; ya está todo. Hay cinco. Los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de *foie-gras*.

-Bien, muchacho.

-Feliz viaje, señor.

-¡Gracias, Lorenzo! ¡Sigue bien!

El criado se marchó, cerrando la portezuela, y miré a mi vecino.

Debía de tener unos treinta y cinco años, aunque su pelo era ya casi blanco. Llevaba condecoraciones; era bigotudo, robusto, muy gordo, con esa gordura que aqueja a los hombres activos y fuertes cuando una enfermedad o un accidente los obliga a permanecer casi inmóviles.

Se enjugó la frente, resopló con fuerza y preguntó, mirándome a los ojos:

-¿Le molesta a usted el humo?

-No, señor.

Yo conocía ya aquellos ojos, aquella voz, aquella cara. Pero ¿de dónde, de cuándo? Seguramente había hablado con aquel hombre, le había estrechado la mano. Hacía mucho, mucho tiempo, y el recuerdo de aquello estaba envuelto en la bruma que los años adensan en torno a las cosas antiguas, y a través de la cual la inteligencia persigue, muchas veces en vano, los recuerdos que se empeñan en huir.

También él me miraba con la insistencia y la tenacidad de un hombre que recuerda algo, pero de modo confuso.

Nuestras miradas se desviaban al encontrarse; pero al cabo de unos segundos, movidas por la voluntad inconsciente que desarrolla el trabajo de la memoria, volvieron a encontrarse, y entonces insinué:

-Entiendo, caballero, que en vez de mirarnos a hurtadillas durante una hora, vale más que recordemos juntos dónde nos conocimos.

Mi vecino asintió sonriendo:

-Tiene usted mucha razón.

Dije mi nombre:

-Me llamo Enrique Bonclair, magistrado.

Vaciló unos segundos, y luego, en ese tono vago que acompaña siempre a las fuertes tensiones mentales, murmuró:

-¡Ah, sí! Ya me acuerdo; lo conocí en casa de los Poincel, tiempo atrás, antes de la guerra. ¡Hace ya doce años!

-Sí, sí, en efecto... ¿Es usted el teniente Revalière?

-Sí... Fui el capitán Revalière hasta el día que perdí las piernas..., ambas a la vez, segadas por una granada...

Y nos contemplamos de nuevo, después de reconocernos.

Recordaba muy bien haber visto a aquel buen mozo esbelto que bailaba con gran rapidez y soltura y a quien creo que llamaban "la tromba". Pero detrás de aquella imagen, claramente evocada, flotaba aún algo confuso, algo que yo había sabido y olvidado, uno de aquellos casos a los que se presta escasa atención y que dejan en la memoria una huella casi imperceptible.

Se trataba de amores, no me cabía duda acerca de ello, pero no podía rememorar nada concreto.

Poco a poco, sin embargo, se disiparon las sombras y un rostro de muchacha apareció ante mis ojos. Luego, de improviso, reconstruí su nombre: la señorita de Mandal. Ahora, por cierto, se me hacía presente todo. Era una historia de amor vulgar. La joven amaba al teniente cuando yo lo conocí, y se hablaba de su próximo matrimonio. Él parecía muy enamorado, muy dichoso.

Miré hacia la red donde el criado de mi vecino había puesto los paquetes, que se movían de continuo, sacudidos por la marcha del tren, y me vinieron a las mientes las palabras del criado.

Había dicho:

-Bueno. Ya está todo. Hay cinco: los dulces, la muñeca, el fusil, el tambor y el pastel de *foie-gras* .

Entonces, de pronto, inventé una novela. Se asemejaba a todas las que había leído y en las cuales el galán o la novia se casan enamorados, después de la catástrofe corporal o económica. Así, pues, aquel oficial, mutilado durante la guerra, halló al terminar la campaña a su prometida tan prendada de él como antes, y se casó con ella.

Aquello se me antojaba hermoso, aunque sencillo, como se juzgan muy sencillos los actos heroicos y los desenlaces de los libros y del teatro.

Cuando se lee o cuando se escucha en esas lecciones de magnanimidad, siempre estima uno que también se sacrificaría con placer entusiasta, con arranque admirable. Pero si un amigo necesitado nos pide al día siguiente unos francos, sobreviene un arranque de malhumor.

Después, otra suposición menos poética y más prosaica siguió a la primera. Quizá se había casado antes de la guerra, antes de que la granada le cortara las piernas, y la joven, desolada y resignada, cuidó de aquel marido que partiera apuesto y robusto y volvía con las piernas de palo, pobre, mutilado, condenado a la inmovilidad, a las cóleras impotentes y a la obesidad fatal.

¿Era feliz o infeliz? Un deseo, leve primero, más acentuado luego, y después irresistible, se apoderó de mi mente. Quería conocer su historia o, por lo menos, lo principal de ella, que me permitiría adivinar lo que no podía o no querría revelarme.

Le hablaba mientras hacía tales reflexiones. Habíamos cambiado algunas palabras sin interés, y yo, mirando hacia donde estaban los paquetes, pensaba: "Tiene tres hijos: los dulces son para su mujer, la muñeca para la niña, el fusil y el tambor para los chicos, y el pastel de *foie-gras* para él."

De improviso lo interpele:

-¿Tiene usted hijos, caballero?

Él contestó:

-No, señor.

Me sentí turbado, como si hubiese cometido una gran inconveniencia, y expliqué:

-Dispense. Lo había imaginado al oír a su criado hablarle de juguetes. Se oye sin escuchar y se deduce sin querer. Sonrió y luego puntualizó:

-No, no me he casado siquiera; no pasé de los preliminares.

Fingí acordarme de repente:

-¡Ah! Es verdad... Estaba usted prometido, cuando lo conocí, a la señorita de Mandal.

-Sí, señor; posee usted una excelente memoria.

Con audacia increíble añadió:

-Sí, creo recordar haber oído decir que la señorita de Mandal se casó con el señor..., el señor...

Pronunció tranquilamente el nombre:

-El señor de Fleurel.

-¡Eso es! Sí... hasta recuerdo que se habló de su herida...

Lo miraba; se ruborizó.

Su ancha cara, que el constante flujo de sangre mantenía muy colorada, se puso más roja todavía.

Replicó con vivacidad, con el ardor súbito de un hombre que defiende una causa perdida por adelantado, perdida en su interior, pero que desea ganar ante la opinión:

-Hace mal, caballero, en asociar mi nombre junto al de la señora de Fleurel. Al volver de la guerra sin piernas, crea usted que no hubiese querido a ningún precio ser su esposo. ¿Era acaso posible? Si una mujer se casa, no es por hacer un alarde de generosidad, sino para vivir día y noche al lado de un hombre, y si ese hombre está lisiado como yo, se la condena a un sufrimiento constante. ¡Oh! Comprendo y admiro todos los sacrificios, todos los afectos desinteresados, siempre que tengan un límite; pero no admito el tormento de una criatura que puede pasar una existencia dichosa, no admito que renuncie a todas las alegrías, a todos los ensueños, por el gusto de excitar la admiración del público. Cuando oigo resonar en el pavimento de mi habitación el ruido de mis piernas y de mis muletas, ese ruido de molino que produzco a cada paso, me sobreviene una cólera tremenda. ¿Cree usted que cabe exigir que una mujer tolere lo que uno mismo no tolera sino a la fuerza? Y, además, ¡valiente facha presentan mis patas de palo!

Calló. ¿Qué iba yo a objetarle? Me parecía que estaba en lo justo. ¿Podía censurarla a ella? No. Y, sin embargo... La solución prosaica, lógica, no satisface mis instintos poéticos. Aquellos muñones heroicos se me figuraban dignos de un sacrificio, y saber que no se había hecho me producía una gran decepción.

Lo interrogué:

-¿Tiene hijos la señora de Fleurel?

-Sí, una niña y dos niños; para ellos son estos juguetes que traigo. Su esposo y ella se han portado muy bien conmigo.

El tren subía la pendiente de Saint-Germain. Pasó los túneles, entró en la estación, se detuvo.

Iba a ofrecer mi brazo para ayudar a bajar al oficial, cuando dos manos se tendieron hacia él por la portezuela abierta.

-Buenos días, querido Revalière.

-Buenos días, Fleurel.

Detrás del marido sonreía la esposa, muy contenta, linda todavía, saludando con las manos enguantadas. Una niña brincaba de júbilo a su lado, y dos chiquillos miraban con avidez el tambor y el fusil, que pasaban de la red del vagón a las manos del padre.

Cuando el lisiado estuvo en el andén, lo abrazaron los niños. Luego todos echaron a andar, y la niña, cariñosa, apoyaba su manita en el travesaño de una de las muletas, como hubiese podido estrechar, andando a su lado, un dedo de su viejo amigo.

FIN

El lobo

Veán ahí lo que nos refirió el viejo marqués de Arville, a los postres de la comida con que inaugurábamos aquel año la época venatoria en la residencia del barón de Ravels.

Habíamos perseguido a un ciervo todo el día. El marqués era el único invitado que no tomó parte alguna en aquella batida, porque no cazaba jamás.

Durante la fastuosa comida casi no se habló más que de matanzas de animales. Hasta las señoras oían con interés las narraciones sangrientas y con frecuencia inverosímiles; los oradores acompañaban con el gesto la relación de los ataques y luchas de hombres y bestias; levantaban los brazos, ahuecaban la voz.

Agradaba oír al señor de Arville, cuya poética fraseología resultaba un poco ampulosa, pero de buen efecto. Es indudable que habría referido muchas veces, en otras ocasiones, la misma historia, porque ninguna frase lo hizo dudar, teniéndolas todas ya estudiadas, muy seguro de producir la imagen que le convenía.

-Señores: yo no he cazado nunca; mi padre, tampoco; ni mi abuelo ni mi bisabuelo. Este último era hijo de un hombre que había cazado él solo más que todos ustedes juntos. Murió en 1764, y voy a decir de qué manera.

"Se llamaba Juan, estaba casado y era padre de una criatura, que fue mi bisabuelo; habitaba con su hermano menor, Francisco de Arville, en nuestro castillo de Lorena, entre bosques.

"Francisco de Arville había quedado soltero; su amor a la caza no le permitía otros amores.

"Cazaban los dos todo el año sin tregua, sin descanso y sin rendirse a las fatigas. Era su mayor goce; no sabían divertirse de otro modo; no hablaban de otro asunto: sólo vivían para cazar.

"Dominábalos aquella pasión terrible, inexorable, abrasándolos, poseyéndolos, no dejando espacio en su corazón para nada más.

"Habían prohibido que por ninguna causa los interrumpieran en sus cacerías. Mi bisabuelo nació mientras perseguía su padre a un zorro y, sin abandonar su pista, Juan de Arville murmuró:

"-¡Recristo! Bien pudo esperar ese pícaro para nacer a que yo termine.

"Su hermano Francisco se apasionaba aún más en su afición. Lo primero que hacía en cuanto se levantaba era ver a los perros y los caballos; luego, entreteníase disparando a los pájaros en torno del castillo hasta la hora de salir a caza mayor.

"En la comarca llamábanlos el señor marqués y el señor menor; entonces los aristócratas no establecían en los títulos - como ahora la nobleza improvisada quiere hacerlo- una jerarquía descendiente; porque no es conde un hijo de marqués ni barón un hijo de vizconde, como no es coronel de nacimiento el hijo de un general. Pero la vanidad mezquina de los actuales tiempos lo dispone así.

"Vuelvo a mis ascendientes.

"Parece ser que fueron agigantados, velludos, violentos y vigorosos; el joven aún más que su hermano mayor, y tenía una voz tan recia, que, según una opinión popular que le complacía, sus gritos agitaban toda la verdura del bosque.

"Y, al salir de caza, debieron de ofrecer un espectáculo admirable aquellos dos gigantes, galopando en dos caballos de mucha talla y brío.

"El invierno de 1764 fue muy crudo y los lobos rabiaron de hambre.

"Atacaban a los campesinos rezagados, rondaban de noche alrededor de las viviendas, aullaban desde la puesta de sol hasta el amanecer y asaltaban los establos.

"Circuló un rumor terrible. Hablábbase de un lobo colosal, de pelo gris, casi blanco; que había devorado a dos niños y el brazo de una mujer; había matado a todos los mastines de la comarca y, saltando las tapias, oliscaba sin temor alguno bajo las puertas. Ningún hombre dejó de sentirlo resoplar; su resoplido hacía estremecer la llama de las luces. Invadió la provincia un pánico terrible. Nadie salía de casa de noche ni al anoecer. La oscuridad parecía poblada en todas partes por la sombra de aquella bestia...

"Los hermanos de Arville, resueltos a perseguir y matar al monstruo, dispusieron grandes cacerías, invitando a los

nobles de la región.

"Todo fue inútil; ni en los bosques ni entre las malezas lo hallaron jamás. Mataban muchos lobos, pero aquél no aparecía. Y cada noche, al terminar la batida, como para vengarse, la bestia feroz causaba estragos mayores, atacando a un caminante o devorando alguna res; pero siempre a distancia del sitio donde lo buscaron aquel día.

"Entró una de aquellas noches en la pocilga del castillo de Arville y devoró los dos mejores cerdos.

"Juan y Francisco reventaban de cólera, suponiendo aquel ataque una provocación del monstruo, una injuria directa, un reto. Con sus más resistentes sabuesos, acostumbrados a perseguir temibles bestias, aprestáronse a la caza, rebotando sus corazones odio y furor.

"Desde el amanecer hasta que descendía el sol arbolado entre los troncos de los árboles desnudos, batieron inútilmente los matorrales.

"Regresaban furiosos y descorazonados, llevando al paso las cabalgaduras por un camino abierto entre maleza, sorprendiéndose de que burlase un lobo toda su precaución y poseídos ya de una especie de recelo misterioso.

"Juan decía:

"-Esa bestia no es como las demás. Parece que piensa y calcula como un hombre.

"Y contestaba Francisco:

"-Acaso conviniera que nuestro primo el obispo bendijese una bala, o que lo hiciese algún sacerdote de la región, rogándole nosotros que pronunciase las palabras oportunas.

"Callaron y, después de un silencio, advirtió Juan:

"-Mira el sol, qué rojo. La fiera no dejará de causar algún daño esta noche.

"Apenas había terminado la frase, cuando su caballo se encabritó; el de Francisco giraba. Un matorral, cubierto de hojas marchitas, crujió, abriendo paso a una bestia enorme y gris que, saliendo rápidamente de su escondrijo, internose al punto en el bosque.

"Los dos de Arville articularon una especie de rugido que demostraba su fiera satisfacción y encogiéndose, inclinados hacia adelante, pegándose al cuello de sus briosos caballos, impulsándolos con todo su cuerpo, los lanzaron a la carrera, excitándolos, arrastrándolos, enloqueciéndolos de tal modo con las voces, con sus movimientos, con la espuela, que los hercúleos caballeros, como si un ímpetu gigantesco los condujera volando, parecían arrastrar entre las piernas a sus caballos, que iban a escape, tocando en el suelo con el vientre, haciendo crujir los matorrales y salvando las torrenceras, encaramándose por escarpadas pendientes y descendiendo por angostas gargantas. Los caballeros hacían resonar las trompas con toda la fuerza de sus pulmones, llamando a sus criados y a sus perros.

"De pronto, en aquella furiosa y precipitada persecución, tropezó mi abuelo con la cabeza en una rama que le abrió el cráneo y cayó sin sentido, mientras el caballo continuaba su carrera loca, desapareciendo en la densa oscuridad que iba envolviendo el bosque.

"Francisco de Arville paró en seco y se apeó, cogiendo en brazos a su hermano; vio que por la herida, entre la sangre, asomaba también el cerebro.

Entonces, apoyándolo sobre sus rodillas, contempló el rostro ensangrentado, las facciones rígidas, inertes, del marqués. Poco a poco un miedo lo invadió, un miedo extraño que no había sentido nunca. Temía la oscuridad, la soledad, el silencio del bosque; hasta llegó a temer que apareciera el fantástico lobo, que se vengaba de aquella persecución tenaz de los Arville haciendo morir al mayor de los hermanos.

"Espesaban las tinieblas; el frío, agudo, hacía crujir los árboles. Francisco se incorporó, tembloroso, incapaz de permanecer allí más tiempo, sintiéndose casi desfallecer. No se oía nada; ni ladridos de perros ni voces de trompa; todo estaba mudo en el invisible horizonte, y aquel silencio taciturno de una helada noche tenía bastante de horroroso y extraño.

"Alzó entre sus manos de coloso el cuerpo gigantesco de Juan, atravesándolo sobre la silla para llevarlo al castillo; montó y se puso en marcha, despacio, sintiendo una turbación semejante a la embriaguez, perseguido por espectros indefinibles y espantosos.

"De pronto, una forma vaga cruzó el sendero que la nocturna oscuridad invadía. Era la bestia. Una sacudida brusca, un verdadero espanto agitó al cazador; algo frío, como una gota de agua, se deslizó sobre sus riñones; y, como un ermitaño

que ahuyenta a los demonios, el caballero hizo la señal de la cruz, desconcertado ante aquella temible aparición del espantoso vagabundo. Pero sus ojos refrescaron su memoria, presentándole a su hermano muerto; y, de pronto, pasando en un instante del miedo al odio, rugió furiosamente y espoleando al caballo lanzose tras el lobo.

"Lo siguió entre los matorrales, por las torrenceras y a través de bosques desconocidos. Galopaba con la vista penetrante, clavada en la sombra que huía; tropezaban en los troncos y en las rocas la cabeza y los pies del muerto atravesado en la silla. Le arrancaban el cabello las zarzas y salpicaba con sangre los árboles, golpeándolos con la frente; las espuelas rechinaban y hacían saltar chispas de los pedruscos.

"De pronto, la bestia y su perseguidor salieron del bosque y se lanzaron a un valle cuando aparecía la luna en lo alto del monte; un valle pedregoso, cerrado por enormes rocas. No hallando fácil salida por aquella parte, la bestia retrocedió.

"Francisco no pudo contener un alarido estruendoso de alegría, que los ecos repitieron como repiten el rodar de un trueno, y saltó a tierra empuñando el cuchillo de monte.

"La bestia, con los pelos erizados y arqueado el cuerpo, lo aguardaba. Pero antes de comenzar el combate, cogiendo el cazador el cuerpo de su hermano, lo apoyó entre unas rocas, y sosteniéndole con piedras la cabeza, que parecía una masa de sangre cuajada, le dijo a voces, como si hablara con un sordo:

"-¡Mira, Juan! ¡Mira eso!

"Y se arrojó sobre la bestia. Sentíase bastante poderoso para levantar en vilo una montaña, para triturar pedernales entre sus dedos. La bestia quiso hacer presa en él, procurando arrimar su hocico al vientre del cazador; pero éste la tenía sujeta por el cuello y la estrangulaba tranquilamente con la mano, sin acordarse del cuchillo, gozándose al sentir los ahogos de su garganta y las palpitaciones de su corazón. Reía, reía más, cuanto más apretaba; reía gritando: '¡Mira, Juan! ¡Mira eso!' Ya no hallaba resistencia: el cuerpo del monstruo cedía con blandura. Estaba muerto.

"Entonces Francisco lo alzó, y acercándose a su hermano con aquella carga inerte dejó caer un cadáver a los pies de otro cadáver, diciendo, conmovido y cariñoso:

"-Toma, Juan; tómalo; ahí lo tienes.

"Después colocó en la silla los dos cuerpos y se puso en marcha.

"Entró en el castillo riendo y llorando, como Gargantúa cuando el nacimiento de Pantagruel. Pregonaba la muerte de la bestia con exclamaciones de triunfador y gritos de gozo; refería la muerte de su hermano, gimiendo y arrancándose las barbas.

"Y, pasado el tiempo, cuando hablaba de aquella noche fatal, decía con lágrimas en los ojos:

"-¡Si al menos hubiese podido ver el pobre Juan cómo estrangulé al otro, es posible que muriera satisfecho! ¡Estoy seguro!

"La viuda educó a su hijo haciéndolo odiar la caza y ese odio se ha transmitido hasta mí de generación en generación."

El marqués de Arville había terminado. Alguien preguntó:

-Esa historia es una leyenda, ¿verdad?

Y el marqués respondió:

-Aseguro que todo es cierto, que todo ha ocurrido.

Y una señora dijo con dulzura:

-De cualquier modo, agrada oír contar que alguien se apasiona fieramente.

FIN

El loco

Cuando murió presidía uno de los más altos tribunales de Justicia de Francia y era conocido en el resto por su trayectoria ejemplar. Se había ganado el profundo respeto de abogados, fiscales y jueces, que se inclinaban ante su elevada figura de rostro grave, pálido y enjuto y mirada penetrante.

Su única preocupación había consistido en perseguir a los criminales y defender a los más débiles. Los asesinos y los estafadores le tenían por su peor enemigo, ya que parecía ser capaz de leer sus pensamientos y adivinar las intenciones que ocultaban en los rincones más oscuros de sus almas.

Su muerte, a la edad de 82 años, había provocado una sucesión de homenajes y el pesar de todo un pueblo. Había sido escoltado hasta su tumba por soldados vestidos con pantalones rojos, e ilustres magistrados habían derramado sobre su ataúd lágrimas que parecían sinceras.

Sin embargo, poco después de su entierro, el notario descubrió un estremecedor documento en el escritorio donde solía guardar los sumarios de sus grandes casos. Su primera hoja estaba encabezada por el título: «¿POR QUÉ?».

* * *

20 de junio de 1851. Acabo de dictar sentencia. ¡He condenado a muerte a Blondel! Me pregunto por qué mató este hombre a sus cinco hijos. ¿Por qué? Uno se encuentra a menudo con personas para quienes el hecho de quitar la vida a otra parece suponer un placer. Sí, debe de ser un placer, quizá el mayor de todos. ¿Acaso matar no es lo que más se asemeja a crear? ¡Hacer y destruir! La historia del mundo, la historia del universo, todo lo que existe... absolutamente todo se resume en estas dos palabras. ¿Por qué es tan embriagador matar?

25 de junio. Un ser vive, anda, corre... ¿Un ser? ¿Qué es un ser? Es una cosa animada que contiene el principio del movimiento y una voluntad que dirige este principio. Pero esa cosa acaba convirtiéndose en nada. Sus pies carecen de raíces que los sujeten al suelo. Constituye un grano de vida que se mueve separado de la tierra; un grano de vida, procedente de un lugar que desconozco, que puede ser destruido por deseo de cualquiera. Entonces ya no es nada. Nada. Desaparece; se acaba.

26 de junio. ¿Por qué es un crimen matar? ¿Por qué, si es la ley suprema de la Naturaleza? Todos los seres tienen esta misión: matar para vivir y vivir para matar. Nuestra propia condición está sujeta a este hecho. Las bestias matan continuamente, durante todos los instantes de cada uno de los días de su vida. El hombre mata para alimentarse; pero, como también necesita matar por puro placer, ha inventado la caza. El niño mata a los insectos, a los pajaritos... a todos los animalillos que caen en sus manos. Todo ello no basta para calmar la irresistible necesidad que todos sentimos. Matar animales no es suficiente para nosotros; necesitamos también matar personas. Las civilizaciones antiguas satisfacían su ansia con sacrificios humanos. Hoy, vivir en sociedad nos ha obligado a convertir el asesinato en un grave delito y, como no podemos entregarnos libremente a este instinto natural, cada cierto tiempo desencadenamos una guerra para calmarlo. Así, todo un pueblo se dedica a aplastar a otro en un derroche de sangre que hace perder la cabeza a los ejércitos y que embriaga también a la población civil: mujeres y niños, que a la luz de las velas, leen por la noche el exaltado relato de las matanzas.

Sería lógico suponer que se desprecia a los que elegimos para llevar a cabo estas carnicerías. Pues bien, por el contrario, les tributamos homenaje y les cubrimos de honores. Se les engalana con resplandecientes vestiduras de oro y se atavían con sombreros de plumas. Les otorgamos títulos, cruces, recompensas de todo tipo. Son admirados por las mujeres y respetados y aplaudidos por las multitudes... ¡sólo porque su misión consiste en derramar sangre humana! Desfilan por las calles con sus herramientas de muerte mientras el ciudadano común, vestido de oscuro, los contempla con envidia. Matar es la ley suprema que la Naturaleza ha impreso en el corazón de cada ser. ¡No hay nada tan bello y honorable como matar!

30 de junio. Matar es la gran ley. La Naturaleza ama la juventud eterna y nos empuja a acabar con la vida sin que apenas nos demos cuenta. En cada una de sus manifestaciones parece apremiarnos gritando: «¡Rápido! ¡Rápido!». A medida que destruye se va renovando.

2 de julio. ¿Qué es el ser? Todo y nada. A través del pensamiento es el reflejo de todo. A través de la memoria y de la ciencia es un resumen del mundo, porque guarda en sí la historia de éste. Como espejo de las cosas y reflejo de los hechos, cada ser humano se convierte en un universo dentro del Universo. Pero al viajar y contemplar la diversidad de las etnias el hombre se convierte en nada. ¡Ya no es nada! Desde la cumbre de una montaña no es posible distinguirlo. Cuando el barco se aleja de la orilla, plagada por la muchedumbre, sólo se divisa la costa. El ser es tan pequeño, tan insignificante, que desaparece. Crucen Europa en un tren rápido. Al mirar por la ventanilla verán hombres, hombres, siempre hombres; hombres innumerables y desconocidos que hormigean por las calles, que hormigean por los campos, mujeres despreciables cuyo único cometido se limita a parir y dar la comida al macho y estúpidos campesinos

que sólo saben destripar terrones.

Viajad a China o a la India. Allí también verán agitarse a miles de millones de seres, que nacen, viven y mueren sin dejar otra huella que la de un insecto aplastado sobre el polvo de un camino. Vayan a las tierras de los negros, alojados en cabañas de barro, y a las de los árabes, cobijados bajo una lona parda que ondea al viento. Comprenderán que el ser aislado, el individuo, no es nada. Nada. A estos pueblos, que son sabios, no les inquieta la muerte. Para ellos el hombre no significa nada. Matan a sus enemigos sin piedad; es la guerra. Hace tiempo nosotros hacíamos lo mismo de provincia en provincia, de mansión en mansión.

Atraviesen el mundo y comprueben cómo hormigean los humanos, innumerables y desconocidos. ¿Desconocidos? ¡Esta es la clave del problema! Matar constituye un crimen porque los seres están numerados. Cuando nacen se les da un nombre, se les registra, se les bautiza. ¡De eso se trata! La Ley los posee. El ser que no está inscrito no cuenta. Mátenlo en el desierto o en el páramo; mátenlo en la montaña o en la llanura. ¿Qué importa? La Naturaleza ama la muerte. ¡Ella no castiga!

Lo que, sin duda, es sagrado, es el Registro Civil. Él es quien defiende al individuo. El ser se convierte en sagrado cuando es inscrito en el Registro. Respeten al Dios legal. ¡Pónganse de rodillas ante el Registro Civil!

Al Estado le está permitido matar porque tiene derecho a modificar el Registro Civil. Cuando sacrifica a doscientos mil hombres en una guerra, los borra del Registro; sus escribanos, sencillamente, los suprimen. Acaban con ellos. Pero nosotros debemos respetar la vida; no podemos cambiar los libros de los ayuntamientos. ¡Yo te saludo, Registro Civil, divinidad gloriosa que reinas en los templos de los municipios! Eres más poderoso que la Naturaleza. ¡Ja, ja, ja!

3 de julio. Matar debe ser un extraño y maravilloso placer: tener delante de uno a un ser vivo capaz de pensar; hacerle un agujerito, sólo uno; ver como mana por él la sangre roja, que transporta la vida, y ya no tener delante más que un montón de carne inerte y fría, vacía de pensamientos.

5 de agosto. Me he pasado la vida juzgando y condenando, matando con mis palabras y con la guillotina a quienes habían asesinado con un cuchillo. ¡Yo! Si yo hiciera lo mismo que todos los hombres a quienes he castigado, ¿quién lo descubriría?

10 de agosto. Nadie lo sabría jamás. ¿Acaso sospecharían de mí, de mí, si elijo a un ser al que no tengo el menor interés en hacer desaparecer?

15 de agosto. La tentación ha penetrado en mí reptando como un gusano y se pasea por todo mi cuerpo. Se pasea por mi cabeza, que no piensa más que en matar; se pasea por mis ojos, que necesitan contemplar la sangre y ver morir; se pasea por mis oídos, que no dejan de escuchar algo terrible y desgarrador: el último grito de un ser; se pasea por mis piernas, que anhelan dirigirse al lugar donde ocurrirá; se pasea por mis manos, que tiemblan por la necesidad de matar.

¡Cuán extraordinario tiene que ser, tan propio de un hombre libre, dueño de su corazón, que está por encima de los demás y busca sensaciones refinadas!

22 de agosto. Ya no podía esperar más. He matado un animalito para ensayar, sólo para empezar.

Jean, mi criado, tenía un jilguero encerrado en una jaula que estaba colgada en la ventana de la cocina. Lo he mandado a hacer un recado y he aprovechado su ausencia para coger al pájaro. Lo he aprisionado con mi mano; sentía latir su corazón. Estaba caliente. Después he subido a mi cuarto. De vez en cuando apretaba con más fuerza al pajarito; su corazón latía más deprisa. Era tan atroz como delicioso. He estado a punto de ahogarlo, pero no habría visto su sangre.

He cogido unas tijeritas de uñas y, con suavidad, le he cortado el cuello de tres tijeretazos. Abría el pico desesperadamente, tratando de respirar. Intentaba escapar, pero yo lo sujetaba con fuerza. ¡Vaya si lo sujetaba! ¡Habría sido capaz de sujetar a un dogo furioso! Por fin he visto correr la sangre. ¡Qué hermosa es la sangre roja, brillante, viva! La hubiera bebido con gusto. He mojado en ella la punta de mi lengua. Tiene un sabor agradable. ¡Pero el pobre jilguero tenía tan poca! No he tenido tiempo de disfrutar del espectáculo tanto como me hubiera gustado. Tiene que ser soberbio ver desangrarse a un toro.

Para terminar, he hecho lo mismo que los asesinos de verdad: he lavado las tijeras, me he enjuagado las manos y he tirado toda el agua. Después he llevado el cadáver al jardín para ocultarlo. Lo he enterrado debajo de una mata de fresas. Nunca lo encontrarán. Todos los días comeré un fruto de esa planta. ¡Uno puede disfrutar realmente de la vida si sabe cómo hacerlo!

Mi criado ha lamentado la pérdida del pajarito. Cree que se ha escapado. ¿Cómo va a sospechar de mí? ¡Ja, ja, ja!

25 de agosto. ¡Necesito matar a una persona! ¡Tengo que hacerlo!

30 de agosto. Ya lo he hecho. ¡Qué poca cosa!

Había ido a pasear por el bosque de Vernes. Caminaba sin pensar en nada cuando, de repente, ha aparecido en el camino un chiquillo que iba comiéndose una tostada con mantequilla.

Se ha detenido para verme pasar y me ha saludado: «¡Hola, señor Presidente!».

En mi cabeza ha aparecido una idea muy clara: «¿Y si lo mato?».

Le he preguntado:

-¿Estás solo, muchacho?

-Sí, señor.

-¿Completamente solo en el bosque?

-Sí, señor.

Los deseos de matarlo me han embriagado como el vino. Me he acercado a él con sigilo, pensando que iba a tratar de huir. Lo he agarrado por la garganta y he apretado, he apretado con todas mis fuerzas. Me ha mirado aterrorizado con unos ojos espantosos. ¡Qué ojos! Eran muy redondos, profundos... ¡terribles! Jamás había experimentado una sensación tan brutal... pero tan breve. Sus manecitas se aferraban a mis puños mientras su cuerpo se retorció. He seguido apretando hasta que ha quedado inmóvil.

Mi corazón latía con tanta fuerza como el del pájaro. He arrojado su cuerpo a la cuneta y lo he cubierto con hierbas.

Al volver a casa he cenado bien. ¡Qué poca cosa! Me sentía alegre, ligero, rejuvenecido. Después he pasado la velada en casa del prefecto. Todos los que allí se encontraban han juzgado mi conversación muy ingeniosa.

¡Pero no he visto la sangre! Aún no estoy tranquilo.

30 de agosto. Han descubierto el cadáver y buscan al asesino. ¡Ja, ja, ja!

1 de septiembre. Han detenido a dos vagabundos; pero no tienen pruebas.

2 de septiembre. Han venido a verme los padres llorando. ¡Ja,ja,ja!

6 de octubre. No se ha descubierto nada. Suponen que algún merodeador habrá cometido el crimen. ¡Ja, ja, ja! Estoy seguro de que estaría más tranquilo si hubiera visto correr la sangre.

18 de octubre. El ansia de matar sigue envenenándome. Es comparable con los delirios de amor que nos torturan a los 20 años.

20 de octubre. Otro más. Caminaba por la orilla del río después de almorzar. Era mediodía. Bajo un sauce dormía un pescador. En un campo cercano, sembrado de patatas, había una azada. Parecía que alguien la había dejado allí expresamente para mí.

La he cogido, me he acercado, la he levantado como si se tratase de una maza y con el filo, de un solo golpe, le he partido la cabeza al pescador. ¡Oh! ¡Este sí que sangraba! Era una sangre muy roja que, mezclada con sus sesos, se deslizaba muy suavemente hacia el agua. Me he marchado sin que nadie me viera y con toda tranquilidad. ¡Yo habría sido un asesino excelente!

25 de octubre. Todo el mundo comenta el caso del pescador. Se acusa a su sobrino, que estaba pescando con él.

26 de octubre. El juez instructor del caso asegura que el sobrino es culpable. En la ciudad todo el mundo lo cree. ¡Ja, ja, ja!

27 de octubre. El sobrino se defiende muy mal. Afirma que había ido al pueblo a comprar pan y queso. Jura que mataron a su tío durante su ausencia. ¿Quién va a creerle?

28 de octubre. Han mareado tanto al sobrino que ha estado a punto de confesarse culpable. ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con la Justicia!

15 de noviembre. Tienen pruebas abrumadoras contra el sobrino. Era el único heredero de su tío. Yo presidiré el tribunal.

25 de enero. ¡A muerte! ¡A muerte! ¡Le he condenado a muerte! ¡Ja, ja, ja! El fiscal habló como un ángel. ¡Ja, ja, ja! Uno más. Asistiré a su ejecución.

18 de marzo. Se acabó. Lo han guillotinado esta mañana. ¡Bien muerto está! Me ocasionó un grato placer. ¡Qué bello es ver cómo le cortan la cabeza a un hombre! La sangre ha brotado como una marea. Si hubiera podido, me habría bañado en ella. ¡Oh, qué maravilla tenderme debajo, dejar que empape mi rostro y mi cabello y levantarme teñido de rojo! ¡Si supieran...!

Pero ahora debo esperar. Puedo hacerlo. Cualquier descuido o imprudencia podría delatarme.

* * *

El mendigo

Había conocido días mejores, pese a su miseria y sus achaques. A la edad de quince años, había visto sus dos piernas aplastadas por un coche en la carretera de Varville. Y desde entonces mendigaba arrastrándose a lo largo de los caminos, a través de los patios de las haciendas, balanceándose sobre las muletas que le habían hecho subir los hombros a la altura de las orejas. Su cabeza parecía hundida entre dos montañas. Fue un niño abandonado, el párroco de Billetes lo encontró en una cuneta la víspera del día de difuntos por lo que fue bautizado por esta razón como Nicolás Toussaint; criado por caridad, había permanecido ajeno a cualquier tipo de instrucción, lisiado después de haber bebido algunos vasos de aguardiente ofrecidos por el panadero del pueblo, por broma, y, desde entonces vagabundo; no sabía hacer otra cosa que tender la mano. Desde tiempo atrás, la baronesa de Avary le cedía para dormir una especie de nicho lleno de paja, junto al gallinero, en la hacienda colindante con el castillo: allí estaba seguro de encontrar siempre un trozo de pan y un vaso de sidra en la cocina, en los días de hambre. También recibía a veces algunas monedas arrojadas por la anciana dama desde lo alto de la escalinata o desde las ventanas de su habitación. Pero ahora ella estaba muerta. En los pueblos no le daban nada, pues lo conocían demasiado; estaban hartos de él después de verlo durante cuarenta años pasear de casa en casa su cuerpo harapiento y deforme sobre sus dos patas de madera. Sin embargo, él no quería marcharse porque no conocía sobre la tierra otra cosa que no fuera este rincón, esas tres o cuatro aldeas por donde siempre había arrastrado su miserable vida. Había puesto fronteras a su mendicidad y no había traspasado jamás los límites que no estaba acostumbrado a franquear.

Ignoraba si el mundo se extendía más allá, detrás de los árboles que habían limitado su visión. No se lo preguntaba. Y cuando los campesinos, hartos de encontrarlo siempre al borde de sus campos o a lo largo de sus cunetas, le gritaban: «¿Por qué no vas a otros pueblos en lugar de andar siempre por aquí?» No respondía y se alejaba, presa de un confuso miedo a lo desconocido, de un miedo de pobre que teme vagamente mil cosas, las caras nuevas, las injurias, las miradas recelosas de las personas que no lo conocían, y de los gendarmes que van en parejas por las carreteras y que, por instinto, hacen que él se deje caer entre los matorrales o detrás de montones de piedras. Cuando los divisaba de lejos, relucientes bajo el sol, encontraba de repente una agilidad singular, una agilidad de monstruo para alcanzar algún escondrijo. Se bajaba de las muletas, se dejaba caer como un guiñapo y se transformaba en una bola haciéndose pequeño, invisible, ocultándose como una liebre en una madriguera, logrando que se confundieran sus harapos oscuros con la tierra. Sin embargo, nunca había tenido ningún altercado con ellos. Pero lo llevaba en la sangre, como si hubiera heredado ese temor y esa astucia de sus padres, que no había conocido.

No tenía refugio, ni techo, ni choza, ni abrigo. En verano dormía en cualquier sitio, y en invierno se deslizaba bajo los trojes o en los establos con notable habilidad. Se marchaba siempre antes de que se percataran de su presencia. Conocía los agujeros para entrar en los edificios; y como el manejo de las muletas le había dado a sus brazos un vigor sorprendente, trepaba con la única ayuda de sus muñecas, hasta los sobrados del forraje donde a veces permanecía cuatro o cinco días sin moverse, cuando había hecho acopio en su recorrido de provisiones suficientes. Vivía como las bestias del bosque en medio de los hombres, sin conocer a nadie, sin querer a nadie, y no excitando entre los campesinos sino un tipo de desprecio indiferente y de hostilidad resignada. Lo habían apodado «Cloche» porque se balanceaba entre sus muletas de madera como una campana entre sus dos montantes.

No había comido desde hacía dos días. Nadie le daba ya nada. Al final nadie quería saber nada de él. Las campesinas, en el umbral de sus puertas, le gritaban desde lejos cuando lo veían llegar: «¡Quieres irte de aquí, patán! ¡No hace ni tres días que te dí un trozo de pan!» Y él giraba sobre sus tutores y se iba a la casa vecina, donde era recibido de un modo similar.

Las mujeres se decían de una puerta a otra: «No podemos alimentar a este holgazán durante todo el año.» Sin embargo, el haragán necesitaba comer todos los días.

Había recorrido Saint-Hilaire, Varville y las Billetes, sin recoger ni un céntimo, ni un mendrugo de pan. Sólo le quedaba la esperanza en Tonrolles; pero tenía que recorrer dos leguas por la carretera, y se sentía cansado hasta no poder arrastrarse más, pues tenía el vientre tan vacío como el bolsillo. Pese a todo se puso en camino. Era diciembre, un viento frío recorría los campos, silbaba entre las desnudas ramas; y las nubes galopaban a través del cielo, bajo y oscuro, dirigiéndose hacia no se sabe dónde. El lisiado avanzaba lentamente, desplazando sus soportes uno después del otro con un penoso esfuerzo, montándose sobre la pierna retorcida que le quedaba, terminada por un pie zambo y envuelta en un harapo. De vez en cuando, se sentaba en la cuneta y descansaba unos minutos. El hambre arrojaba en su alma una angustia confusa y pesada. Sólo tenía una idea: «comer», pero no sabía por qué medios.

El primer campesino que encontró y al que le pidió limosna le contestó: «¡Ya estás aquí otra vez, viejo conocido! ¿No nos veremos nunca libres de ti?» Y Cloche se alejó. De puerta en puerta lo maltrataron y lo despidieron sin darle nada. Pese a todo, continuó su recorrido, paciente y obstinado. No recogió ni un céntimo. Entonces visitó las haciendas, deambulando a través de los campos blandos por la lluvia, hasta tal punto extenuado que no podía levantar más sus bastones. Lo echaron de todas partes. Era uno de esos días fríos y tristes en los que los corazones se cierran, los

espíritus se irritan, en los que el alma está triste, en los que la mano no se abre ni para dar ni para socorrer.

Cuando concluyó la visita a todas las casas que conocía, fue a dejarse caer en un rincón de una cuneta, a lo largo del patio del patrón Chiquet. Se desenganchó, como se decía para expresar que se dejaba caer entre sus altas muletas dejándolas resbalar bajo los brazos. Y así permaneció mucho tiempo inmóvil, torturado por el hambre, pero demasiado bruto para comprender claramente su insondable miseria. Esperaba no se sabe qué, con esa vaga esperanza que permanece constantemente dentro de nosotros. Esperaba en un rincón de ese patio, bajo un viento helado, la ayuda misteriosa que se espera siempre del cielo o de los hombres, sin preguntarse cómo, ni por qué, ni a través de quién podría llegarle. Una banda de gallinas negras pasaba buscando su alimento en la tierra que nutre a todos los seres. A cada momento cogían de un picotazo un grano o un insecto invisible, y luego proseguían su búsqueda lenta y segura. Cloche las miraba sin pensar en nada; luego le vino, antes al vientre que a la cabeza, la sensación más que la idea de que uno de aquellos animales estaría muy bueno asado sobre un fuego de leña. La sospecha de que iba a cometer un robo ni se le ocurrió. Cogió una piedra al alcance de la mano, y, como era diestro, la lanzó y mató a la gallina más próxima a él. El animal cayó de lado removiendo las alas. Las demás gallinas escaparon balanceándose sobre sus frágiles patas, y Cloche, escalando de nuevo a sus muletas, se puso en marcha para ir a recoger su presa, con movimientos parecidos a los de las gallinas. Cuando estaba llegando junto al pequeño cuerpo negro manchado de rojo en la cabeza, recibió un terrible empujón por la espalda que le hizo soltar los bastones y rodar hasta diez pasos más allá. El patrón Chiquet, muy enfadado, se precipitó sobre el merodeador, lo molió a palos, golpeándolo como un loco, como golpea un campesino robado, con el puño y la rodilla por todo el cuerpo del inválido, que no podía defenderse. El personal de la hacienda llegó a su vez y se puso a golpear al mendigo como el patrón. Luego, cuando se cansaron de pegarle, lo recogieron, se lo llevaron y lo encerraron en la leñera mientras iban a buscar a los gendarmes. Cloche, medio muerto, sangrando y reventando de hambre, permaneció echado en el suelo. Llegó la tarde, luego la noche, luego la aurora. Y él no había comido aún. Hacia las cinco aparecieron los gendarmes y abrieron la puerta con precaución, esperando resistencia, pues el patrón Chiquet pretendía haber sido atacado por el mendigo y haberse defendido de él con gran esfuerzo. El brigadier gritó: «¡Vamos, de pie!» Pero Cloche no podía moverse; intentó encaramarse sobre sus muletas pero no lo consiguió. Pensaron que era un engaño, un ardid, una mala voluntad del malhechor, y los dos hombres armados, lo maltrataron, lo cogieron y, por la fuerza, lo plantaron sobre las muletas. El miedo se había apoderado de él, ese miedo instintivo a las correas amarillas, ese miedo de presa ante el cazador, del ratón ante el gato. Y, con esfuerzo sobrehumano, logró permanecer de pie. «¡En marcha!» -dijo el brigadier. Él marchó. Todo el personal de la hacienda lo miraba marcharse. Las mujeres le enseñaban el puño; los hombres se burlaban y lo injuriaban: por fin lo habían cogido. ¡Qué descanso!

Se alejó entre sus dos guardianes. Encontró la energía desesperada que necesitaba para arrastrarse aún hasta la tarde, embrutecido, sin saber qué le sucedía, demasiado anonadado como para poder comprender algo. Las personas que encontraban se detenían para verlo pasar, y los campesinos murmuraban: «¡Es algún ladrón!» Al anochecer llegaron a la capital del cantón. Él nunca había llegado hasta allí. No sabía bien lo que pasaba ni lo que podría pasar. Todas las cosas terribles, imprevistas, aquellas caras y aquellas cosas nuevas lo llenaban de consternación. No pronunció ni una palabra; pues no tenía nada que decir, ni comprendía nada. Además, después de tantos años en que no hablaba con nadie, casi había perdido la facultad de hablar; y su pensamiento también estaba demasiado confuso como para expresarse por medio de palabras.

Lo encerraron en la cárcel de la ciudad. Los gendarmes no pensaron que pudiera tener necesidad de comer, y lo dejaron hasta el día siguiente. Pero, cuando muy de mañana vinieron a interrogarlo, lo encontraron muerto en el suelo ¡Qué sorpresa!

FIN

El miedo

Volvimos a subir a cubierta después de la cena. Ante nosotros, el Mediterráneo no tenía el más mínimo temblor sobre toda su superficie, a la que una gran luna tranquila daba reflejos. El ancho barco se deslizaba, echando al cielo, que parecía estar sembrado de estrellas, una gran serpiente de humo negro; detrás de nosotros, el agua blanquísima, agitada por el paso rápido del pesado buque, golpeada por la hélice, espumaba, removía tantas claridades que parecía luz de luna burbujeando.

Ahí estábamos, unos seis u ocho, silenciosos, llenos de admiración, la vista vuelta hacia la lejana África, a donde nos dirigíamos. De pronto el comandante, que fumaba un puro en medio de nosotros, retomó la conversación de la cena.

-Sí, aquel día tuve miedo. Mi navío se quedó seis horas con esa roca en el vientre, golpeado por el mar. Afortunadamente, por la tarde nos recogió un barco carbonero inglés que nos había visto.

Entonces un hombre alto con el rostro quemado, de aspecto serio, uno de esos hombres que uno imagina que han cruzado largos países desconocidos, en medio de peligros incesantes, y cuyos ojos tranquilos parecen conservar, en su profundidad, algo de los países extraños que han visto; uno de esos hombres que uno adivina empapado en el valor, habló por primera vez:

-Usted dice, comandante, que tuvo miedo; no le creo en absoluto. Usted se equivoca en la palabra y en la sensación que experimentó. Un hombre enérgico nunca tiene miedo ante un peligro apremiante. Está emocionado, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El comandante prosiguió, riéndose:

-¡Caray! Le vuelvo a decir que yo tuve miedo.

Entonces el hombre de tez morena dijo con una voz lenta:

-¡Permítame explicarme! El miedo (y hasta los hombres más intrépidos pueden tener miedo) es algo espantoso, una sensación atroz, como una descomposición del alma, un espasmo horroroso del pensamiento y del corazón, cuyo mero recuerdo provoca estremecimientos de angustia. Pero cuando se es valiente, esto no ocurre ni ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas de peligro: ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo ciertas influencias misteriosas frente a riesgos vagos. El verdadero miedo es como una reminiscencia de los terrores fantásticos de antaño. Un hombre que cree en los fantasmas y se imagina ver un espectro en la noche debe de experimentar el miedo en todo su espantoso horror.

«Yo adiviné lo que es el miedo en pleno día, hace unos diez años. Lo experimenté, el pasado invierno, una noche de diciembre.

«Y, sin embargo, he pasado por muchas vicisitudes, muchas aventuras que parecían mortales. He luchado a menudo. Unos ladrones me dieron por muerto. Fui condenado, como sublevado, a la horca en América, y arrojado al mar desde la cubierta de un buque frente a la costa de China. Todas las veces creí estar perdido e inmediatamente me resignaba, sin enternecimiento e incluso sin arrepentimientos.

«Pero el miedo no es eso.

«Lo presenté en África. Y, sin embargo, es hijo del Norte; el sol lo disipa como una niebla. Fíjense en esto, señores. Entre los orientales, la vida no vale nada; se resignan en seguida; las noches están claras y vacías de las sombrías preocupaciones que atormentan los cerebros en los países fríos. En Oriente, donde se puede conocer el pánico, se ignora el miedo.

«Pues bien, esto es lo que me ocurrió en esa tierra de África:

«Atravesaba las grandes dunas al sur de Uargla. Es éste uno de los países más extraños del mundo. Conocerán la arena unida, la arena recta de las interminables playas del Océano. ¡Pues bien! Figúrense al mismísimo Océano convertido en arena en medio de un huracán; imaginen una silenciosa tormenta de inmóviles olas de polvo amarillo. Olas altas como montañas, olas desiguales, diferentes, totalmente levantadas como aluviones desenfrenados, pero más grandes aún, y estriadas como el moaré. Sobre ese mar furioso, mudo y sin movimiento, el sol devorador del sur derrama su llama implacable y directa. Hay que escalar aquellas láminas de ceniza de oro, volver a bajar, escalar de nuevo, escalar sin cesar, sin descanso y sin sombra. Los caballos jadean, se hunden hasta las rodillas y resbalan al bajar la otra vertiente de las sorprendentes colinas.

«Íbamos dos amigos seguidos por ocho espahíes y cuatro camellos con sus camelleros. Ya no hablábamos, rendidos por

el calor, el cansancio, y reseco de sed como aquel desierto ardiente. De pronto uno de aquellos hombres dio como un grito; todos se detuvieron; permanecimos inmóviles, sorprendidos por un inexplicable fenómeno conocido por los viajeros en aquellas regiones perdidas.

«En algún lugar, cerca de nosotros, en una dirección indeterminada, redoblaba un tambor, el misterioso tambor de las dunas; sonaba con claridad, unas veces más vibrante, otras debilitado, deteniéndose, e iniciando de nuevo su redoble fantástico. «Los árabes, espantados, se miraban; uno dijo, en su idioma: "La muerte está sobre nosotros." Y entonces, de pronto, mi compañero, mi amigo, casi mi hermano, se cayó de cabeza del caballo, fulminado por una insolación.

«Y durante dos horas, mientras intentaba en vano salvarle, aquel tambor inalcanzable me llenaba el oído con su ruido monótono, intermitente e incomprensible; y sentía deslizarse por mis huesos el miedo, el verdadero miedo, el odioso miedo, frente al cadáver amado, en ese agujero incendiado por el sol entre cuatro montes de arena, mientras el eco desconocido nos arrojaba, a doscientas leguas de cualquier pueblo francés, el redoble rápido del tambor.

«Aquel día entendí lo que era tener miedo; y lo supe aún mejor en otra ocasión...

El comandante interrumpió al narrador:

-Perdone, señor, pero ¿aquel tambor? ¿Qué era?

El viajero contestó:

-No lo sé. Nadie lo sabe. Los oficiales, a menudo sorprendidos por ese ruido singular, lo suelen atribuir al eco aumentado, multiplicado, desmesuradamente inflado por las ondulaciones de las dunas, de una lluvia de granos de arena arrastrados por el viento al chocar con una mata de hierbas secas; ya que siempre se ha comprobado que el fenómeno se produce cerca de pequeñas plantas quemadas por el sol, y duras como el pergamino.

«Aquel tambor no sería más que una especie de espejismo del sonido. Eso es todo. Pero no lo supe hasta más tarde.

«Sigo con mi segunda emoción.

«Ocurrió el invierno pasado, en un bosque del noreste de Francia. El cielo estaba tan oscuro que la noche llegó dos horas antes. Tenía como guía a un campesino que andaba a mi lado, por un pequeñísimo camino, bajo una bóveda de abetos a los que el viento desenfundado arrancaba aullidos. Entre las copas veía correr nubes desconcertadas, nubes enloquecidas que parecían huir ante un espanto. A veces, bajo una inmensa ráfaga, todo el bosque se inclinaba en el mismo sentido con un gemido de sufrimiento; y me invadía el frío, a pesar de mi paso ligero y mi ropa pesada.

«Teníamos que cenar y dormir en la casa de un guardabosque, cuya morada ya no quedaba muy lejos. Iba allí para cazar.

«A veces mi guía levantaba los ojos y murmuraba: "¡Qué tiempo tan triste!" Luego me habló de la gente a cuya casa llegábamos. El padre había matado a un cazador furtivo dos años antes y, desde entonces, parecía sombrío, como atormentado por un recuerdo. Sus dos hijos, ya casados, vivían con él.

«La noche era profunda. No veía nada delante de mí, ni a mi alrededor, y las ramas de los árboles chocaban entre sí llenando la noche de un incesante rumor. Finalmente vi una luz y en seguida mi compañero llamó a una puerta. Nos contestaron los gritos agudos de unas mujeres. Después una voz de hombre, una voz sofocada, preguntó: "¿Quién es?" Mi guía dio su nombre. Entramos. Fue un cuadro inolvidable.

«Un hombre viejo de pelo blanco y mirada loca, con la escopeta cargada en la mano, nos esperaba de pie en mitad de la cocina mientras dos mozarrones, armados con hachas, vigilaban la puerta. Distinguí en los rincones oscuros a dos mujeres arrodilladas, con el rostro escondido contra la pared.

«Nos presentamos. El viejo volvió a poner su arma contra la pared y mandó que se preparara mi habitación; luego, como las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

«-Verá usted, señor; esta noche, hace dos años, maté a un hombre. El año pasado volvió para buscarme. Lo espero otra vez esta noche.

«Y añadió con un tono que me hizo sonreír:

«-Por eso no estamos tranquilos.

«Le tranquilicé como pude, feliz por haber venido precisamente aquella noche, y asistir al espectáculo de ese terror supersticioso. Conté varias historias y conseguí tranquilizarles a casi todos.

«Cerca del fuego, un viejo perro, bigotudo y casi ciego, uno de esos perros que se parecen a gente que conocemos,

dormía el morro entre las patas.

«Fuera, la tormenta encarnizada azotaba la pequeña casa y, a través de un estrecho cristal, una especie de mirilla situada cerca de la puerta, veía de pronto todo un desbarajuste de árboles empujados violentamente por el viento a la luz de grandes relámpagos.

«Notaba perfectamente que, a pesar de mis esfuerzos, un terror profundo se había apoderado de aquella gente, y cada vez que dejaba de hablar, todos los oídos escuchaban a lo lejos. Cansado de presenciar aquellos temores estúpidos, iba a pedir acostarme, cuando el viejo guarda de pronto saltó de su silla, cogió de nuevo su escopeta, mientras tartamudeaba con una voz enloquecida:

«-¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Lo oigo!

«Las dos mujeres volvieron a caerse de rodillas en los rincones, escondiendo el rostro; y los hijos volvieron a coger sus hachas. Iba a intentar tranquilizarlos otra vez, cuando el perro dormido se despertó de pronto y, levantando la cabeza, tendiendo el cuello, mirando hacia el fuego con sus ojos casi apagados, dio uno de esos lúgubres aullidos que hacen estremecerse a los viajeros, de noche, en el campo. Todos los ojos se volvieron hacia él; ahora permanecía inmóvil, tieso sobre las patas, como atormentado por una visión; se echó de nuevo a aullar hacia algo invisible, desconocido, sin duda horroroso, ya que todo el pelo se le ponía de Punta. El guarda, lívido, gritó:

«-¡Lo huele! ¡Lo huele! Estaba ahí cuando lo maté.

«Y las dos mujeres enloquecidas se echaron a gritar con el perro.

«A mi pesar, un gran escalofrío me corrió entre los hombros. El ver al animal en aquel lugar, a aquella hora, en medio de aquella gente enloquecida, resultaba espantoso.

«Entonces, durante una hora, el perro aulló sin moverse; aulló como preso de angustia en un sueño; y el miedo, el espantoso miedo entró en mí; ¿el miedo a qué? ¿Lo sabré yo? Era el miedo, y punto.

«Permanecíamos inmóviles, lívidos, en espera de un acontecimiento horroroso, aguzando el oído, el corazón latiendo, descompuestos al menor ruido. Y el perro se puso a dar vueltas alrededor del cuarto, oliendo las paredes y siempre gimiendo. ¡Aquel animal nos volvía locos! Entonces el campesino que me había guiado se abalanzó sobre él, en una especie de paroxismo de terror furioso, y abriendo una puerta que daba a un pequeño patio, echó al animal afuera.

«Éste se calló en seguida, y nos quedamos sumidos en un silencio aún más terrorífico. Y de pronto todos a la par tuvimos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared, en el exterior, hacia el bosque; luego pasó junto a la puerta, que pareció palpar con una mano vacilante; no volvimos a oír nada más durante dos minutos que nos convirtieron en insensatos; luego volvió, siempre rozando la pared; y raspó ligeramente, como lo haría un niño con la uña; y de pronto una cabeza apareció contra el cristal de la mirilla, una cabeza blanca con ojos luminosos como los de una fiera. Y un sonido salió de su boca, un sonido indistinto, un murmullo quejumbroso.

«Entonces un estruendo formidable estalló en la cocina. El viejo guarda había disparado. Inmediatamente sus hijos se precipitaron, taparon la mirilla levantando la gran mesa que sujetaron con el aparador.

«Y les juro que al oír el estrépito del disparo que no me esperaba tuve tal angustia en el corazón, el alma y el cuerpo, que me sentí desfallecer y a punto de morir de miedo. «Nos quedamos ahí hasta la aurora, incapaces de movernos, de decir una palabra, crispados en un enloquecimiento inefable.

«No nos atrevimos a desatrarcar la salida hasta no ver, por la hendidura de un sobradillo, un fino rayo de día.

«Al pie del muro, junto a la puerta, yacía el viejo perro, con el hocico destrozado por una bala.

«Había salido del patio escarbando un agujero bajo una empalizada.»

El hombre de rostro moreno se calló; luego añadió:

-Aquella noche no corrí ningún peligro, pero preferiría volver a empezar todas las horas en las que me enfrenté con los peligros más terribles, antes que el minuto único del disparo sobre la cabeza barbuda de la mirilla.

FIN

El niño

Después de haber jurado durante mucho tiempo que no se casaría nunca, de repente Jacques Bourdillère había cambiado de idea. Esto había ocurrido bruscamente, un verano, en un balneario. Una mañana, estando tumbado en la arena, entretenido observando a las mujeres que salían del agua, un pequeño pie le había llamado la atención por su gracia y delicadeza.

Levantando la vista hacia arriba, toda su figura le sedujo.

De esta persona solamente veía los tobillos y la cabeza surgiendo de un albornoz de franela blanco, cuidadosamente cerrado.

Se decía de él que era sensual y un vividor.

Fue entonces, únicamente por la gracia de la silueta, por lo que quedó cautivado al principio; luego fue atraído por el encanto de un dulce carácter de muchacha inocente y bondadoso, tierno como las mejillas y los labios.

Presentado a la familia, gustó y pronto se enamoró locamente. Cuando veía de lejos a Berthe Sannis, en la gran playa de fina arena, se estremecía hasta la médula. A su lado se volvía mudo, incapaz de decir algo e incluso de pensar, con una especie de agitación en el corazón, de zumbido en el oído, de turbación en el alma. Así pues, ¿era esto amor? No lo sabía, no entendía nada, pero permanecía en todo caso decidido a convertir a esa niña en su esposa.

Los padres de ella dudaron durante mucho tiempo por culpa de su mala reputación. Se decía que tenía una amante, una ex amante, una antigua y fuerte relación, una de esas cadenas que se creen rotas y que todavía se mantienen. Aparte de esto, amaba, durante periodos más o menos largos, a todas las mujeres que estaban a su alcance.

Luego sentó la cabeza, sin consentir siquiera el volver a ver una sola vez a aquella con la que había vivido. Un amigo pagó la pensión de esa mujer, garantizó sus existencia. Jacques se hizo cargo pero no quiso oír hablar de ella, pretendiendo desde ese instante ignorar incluso su nombre. Ella escribió cartas que él no abrió. Cada semana reconocía la letra desmañada de la abandonada. Y cada semana crecía hacia ella una ira más grande y rompía bruscamente el sobre y el papel, sin abrirlo, sin leer una sola frase, sabiendo de antemano los reproches y las quejas contenidas dentro.

Como nadie creía en su perseverancia, hicieron durar la prueba todo el invierno, y fue en primavera cuando su petición fue aceptada.

La boda tuvo lugar en París a primeros de mayo; se decidió que no harían el típico viaje de novios.

Después de una pequeña fiesta, una juerga de jóvenes primos que no se prolongaría más allá de las once, para no eternizar el cansancio de esta jornada de celebraciones, los recién casados debían pasar su primera noche en común en la casa familiar, para partir solos, al día siguiente por la mañana, hacia la playa, entrañable en sus corazones, donde se habían conocido y amado.

Lo noche había llegado, se bailaba en el gran salón.

Se habían retirado los dos a un saloncito japonés tapizado de sedas resplandecientes, poco iluminadas por los lánguidos rayos de un gran farol de color colgado en el techo como un huevo enorme.

La ventana entreabierta dejaba pasar a veces el aire del exterior, caricias de aire que les rozaba la cara, ya que la noche era cálida y tranquila, plena de los olores de la primavera.

No hablaban, se cogían las manos, apretándolas a veces con todas sus fuerzas. Ella permanecía con la mirada perdida, un poco desorientada por ese gran cambio en su vida, pero sonriendo emocionada a punto de llorar, a menudo también a punto de desfallecer de felicidad, creyendo el mundo cambiado por lo que le sucedía, preocupada sin saber por qué y sintiendo todo su cuerpo, toda su alma, invadidos por una indefinible y deliciosa lasitud. Él la miraba obstinadamente, sonriendo con una sonrisa fija. Quería hablar, no encontraba nada que decir y se quedaba ahí, poniendo todo su ardor al apretarle las manos.

De vez en cuando murmuraba un "Berthe" y en cada ocasión ella levantaba la mirada con un movimiento suave y tierno. Se contemplaban un segundo, luego ella volvía la mirada al suelo, penetrada y fascinada por la mirada de él.

No encontraban ningún pensamiento que intercambiar. Se les dejaba a solas, pero a veces una pareja de bailarines les echaba un vistazo furtivo al pasar, como si fuese un testigo discreto y confidente de un misterio.

Una puerta se abrió, entró un criado llevando en la bandeja una carta urgente que un comisionado acababa de traer.

Jacques cogió ese papel temblando, embargado por un temor vago y repentino. El miedo misterioso de desdichas bruscas. Miró durante mucho tiempo el sobre del que no reconocía en absoluto la letra, sin atreverse a abrirlo, deseando con locura no leer, no saber, guardarla en el bolsillo y decirse a sí mismo: "¡Hasta mañana!, mañana estaré lejos! ¡Poco importa!" Pero en una esquina del sobre dos palabras subrayadas: "MUY URGENTE", lo detenían y espantaban. Preguntó:

-¿Me permite, querida?.

Rompió la hoja pegada y leyó. Leyó el papel, palideciendo horriblemente; la recorrió de un tirón y luego, lentamente, como si deletreada. Cuando levantó la cabeza, todo su rostro estaba descompuesto. Balbuceó:

-Mi querida niña, es... es mi mejor amigo, a quien le ocurre una grande, muy grande desgracia. Me necesita ahora mismo, enseguida, para un asunto de vida o muerte. ¿Me permite usted ausentarme veinte minutos?, ¡vuelvo enseguida!

Ella tartamudeó, temblorosa, estupefacta:

-Vaya, amigo mío -no siendo todavía suficientemente su esposa para interrogarlo, para exigir saber. Y él desapareció.

Ella se quedó sola escuchando bailar en el salón de al lado.

Él había cogido un sombrero, el primero que encontró, un abrigo al azar, y bajó la escalera corriendo.

Antes de salir a la calle se detuvo debajo de la farola del vestíbulo y volvió a leer la carta una vez más.

He aquí lo que decía:

"Señor: la señorita Ravet, su ex amante al parecer, acaba de dar a luz a un niño y pretende que es suyo. La madre se va a morir e implora su visita.

Me tomo la libertad de escribirle para preguntarle si puede concederle una última entrevista a esta mujer que parece ser tan desgraciada y digna de lástima.

Un servidor.

Dr. Bonnard"

Cuando entró en la habitación de la moribunda, ella ya agonizaba.

Al principio no la reconoció.

El médico y dos enfermeras la cuidaban, y por todas partes en el suelo estaban esparcidos unos cubos llenos de hielo y trapos empapados en sangre. El agua esparcida inundaba el parqué. Dos velas ardían encima del mueble, detrás de la cama. En una pequeña cuna de mimbre, el niño chillaba y ante cada chillido la madre, torturada, intentaba un movimiento, temblando de frío bajo las compresas heladas.

Ella sangraba, sangraba, herida de muerte, extenuada por ese nacimiento. Toda su vida se desvanecía: a pesar del hielo y las curas, la invencible hemorragia continuaba y precipitaba su última hora de vida.

Reconoció a Jacques y quiso levantar los brazos; no pudo, de tan débil que estaba, pero en sus mejillas lívidas las lágrimas empezaron a resbalar.

Él se desplomó de rodillas cerca de la cama, cogió una mano que pendía y la besó frenéticamente; luego poco a poco se acercó, muy cerca del delgado rostro que se estremecía a su contacto. Una de las enfermeras, de pie con un candelabro en la mano, los iluminaba, y el médico, habiéndose alejado, los miraba desde el fondo de la habitación. Entonces con una voz lejana, jadeando, dijo ella:

-Cariño, me voy a morir. Prométeme que te quedarás hasta el final. ¡Oh! Ahora no me dejes, ¡no me dejes en el último instante!

La besó en la frente, en el pelo, sollozando. Él murmuró:

-Estate tranquila, voy a quedarme.

Pasaron unos minutos hasta que pudo volver a hablar, de tan atormentada y desfallecida que estaba. Continuó:

-Es tuyo. El niño. Te lo juro ante Dios, te lo juro por mi alma, te lo juro en mi lecho de muerte. Sólo te he amado a ti. Prométeme que no abandonarás al niño.

Intentaba coger otra vez en sus brazos ese cuerpo destrozado, vacío de sangre. Al fin balbució, enloquecido por los remordimientos y el dolor:

-Te lo juro, lo educaré y lo amaré. No lo abandonaré.

Entonces ella intentó besar a Jacques. Incapaz de levantar la cabeza extenuada, tendía sus labios pálidos pidiendo un beso. Acercó su boca para recoger esta lamentable y suplicante caricia.

Un poco más calmada, murmuró en voz baja:

-Tráelo que yo vea si lo quieres.

Fue a buscar al niño.

Lo posó despacio en la cama, entre ellos, y el pequeño ser dejó de llorar. Ella murmuró:

-No te muevas.

Se quedó ahí sujetando esa mano sacudida por escalofríos de agonía, como había sostenido antes otra mano crispada de escalofríos de amor. De vez en cuando miraba el reloj, de un vistazo furtivo, vigilando la aguja que pasaba de la medianoche, luego de la una, de las dos.

El médico se había retirado. Las dos enfermeras, después de haber merodeado algún tiempo con paso discreto por la habitación, dormitaban ahora en unas sillas.

El niño dormía, y la madre, con los ojos cerrados, parecía descansar también.

De pronto, mientras el día macilento se filtraba a través de las cortinas cerradas, ella tendió los brazos con un movimiento tan brusco y tan violento que estuvo a punto de tirar el niño al suelo. Una especie de estertor resbaló por su garganta, luego permaneció boca arriba, inmóvil, muerta.

Las enfermeras, que acudieron rápidamente, declararon:

-¡Se acabó!

Miró por última vez a esa mujer que había amado, luego al reloj que marcaba las cuatro, y desapareció olvidando su abrigo, con el niño en sus brazos.

Después de que la hubiese dejado sola, su joven esposa esperó, al principio bastante tranquila, en el pequeño saloncito japonés. Luego, viendo que no regresaba, volvió al salón, con un aspecto indiferente y tranquilo, pero terriblemente preocupada. Su madre, al verla sola, le había preguntado:

-¿Dónde está tu marido?

Ella había contestado:

-En su habitación. Ahora viene.

Al cabo de una hora, como todo el mundo le preguntaba, confesó lo de la carta, lo del rostro turbado de Jacques y su temor de una desgracia.

Siguieron esperando. Algunos invitados se marcharon; sólo la familia más cercana permaneció. A las doce de la noche acostaron a la novia, muy sacudida por los sollozos. Su madre y dos de sus tías, sentadas al lado de la cama, la escuchaban llorar, mudas y desoladas.

El padre había ido a la comisaría a buscar información.

A las cinco de la madrugada se escuchó un ruido en el pasillo. Una puerta se abrió y se cerró despacio, luego un pequeño grito, parecido a un maullido, recorrió la casa silenciosa.

Todas las mujeres se levantaron de golpe y Berthe, envuelta en una bata, se lanzó, la primera, a pesar de su madre y sus tías.

Jacques, de pie en medio de la habitación, lívido, jadeante, sostenía un bebé en los brazos.

Las cuatro mujeres lo miraron estupefactas, pero Berthe, de repente más atrevida, el corazón atenazado por la angustia, corrió hacia él.

-¿Qué pasa? Dígame qué pasa.

Él parecía enloquecido. Respondió con voz entrecortada:

-Pasa... pasa que... que tengo un hijo y que la madre acaba de morir...

Y sostenía al niño en sus brazos, al crío que chillaba.

Berthe, sin decir una palabra, cogió al niño, lo besó, lo apretó contra ella. Luego, mirando a su marido con los ojos llenos de lágrimas:

-La madre ha muerto, ¿dice usted?

Él respondió:

-Sí, ahora mismo, en mis brazos. Había roto con ella en el verano; yo no sabía nada; fue el médico quién me hizo ir.

Entonces Berthe respondió:

-Y bien, educaremos a este pequeño.

FIN

El padre

Jean de Valnoix es un amigo al que voy a ver de vez en cuando. Vive en una pequeña casa de campo, a orillas de un río, en el bosque. Se había retirado ahí tras haber vivido en París, una vida de loco, durante quince años. De repente se hartó de los placeres, las cenas, los hombres, las mujeres, las cartas, de todo, y se vino a esta finca en la que había nacido.

Somos dos o tres los que vamos a pasar, alguna que otra vez, quince días o tres semanas con él. Desde luego está encantado de volver a vernos cuando llegamos y de volver a encontrarse solo cuando nos vamos.

Fui, pues, a su casa la semana pasada y me recibió con los brazos abiertos. Pasábamos las horas unas veces juntos, otras en solitario. Generalmente, él lee y yo trabajo durante el día; y cada noche hablamos hasta la medianoche.

El martes pasado, tras un día sofocante, estábamos ambos sentados, sobre las nueve de la noche, mirando cómo corría el agua del río a nuestros pies e intercambiando ideas muy vagas sobre las estrellas que se bañaban en la corriente y que parecían nadar delante de nosotros. Intercambiábamos ideas muy vagas, muy confusas, muy breves, ya que nuestras mentes son muy limitadas, muy simples, muy impotentes. Yo me enternecía con el sol que muere en la Osa Mayor. Palidece tanto que sólo se puede ver cuando la noche está clara. Cuando el cielo está un poco nubloso éste, agonizante, desaparece. Pensábamos en los seres que pueblan estos mundos, en sus modales inimaginables, en sus insospechadas facultades, en sus órganos desconocidos, en los animales, en las plantas, en todas las especies, en todos los reinos, en todas las esencias, en todas las materias que el sueño del hombre ni siquiera puede atisbar.

De repente una voz gritó a lo lejos:

-¡Señor, señor!

Jean contestó:

-Estamos aquí, Baptiste.

Y cuando el criado nos encontró, anunció.

-Es la bohemia del Señor.

Mi amigo se echó a reír, con un ataque de risa extraño en él, luego le preguntó: -¿Estamos, pues, a 19 de julio?

-Claro que sí, Señor.

-Muy bien. Dígale que me espere. Hágala cenar. Volveré a casa en diez minutos.

Cuando el hombre desapareció, mi amigo me cogió del brazo.

-Vamos tranquilamente, te voy a contar esa historia.

"Hace ahora siete años, era el año de mi llegada aquí, salí una noche para dar un paseo por el bosque. Hacía buen tiempo, como hoy, y andaba despacio por debajo de los árboles, contemplando las estrellas a través de las hojas, respirando y bebiendo a pleno pulmón el fresco de la noche y del bosque.

"Acababa de irme de París para siempre. Estaba harto, harto; más asqueado de lo que pudiera expresar por todas esas tonterías, bajezas, perrerías que había visto y en las que había participado durante quince años.

"Fui lejos, muy lejos, por ese bosque profundo, siguiendo un camino vacío que llevaba al pueblo de Crouzille, a quince kilómetros de aquí.

"De repente mi perro, Bock, un pastor alemán grande, que no se separaba nunca de mí, se paró en seco y se puso a gruñir. Pensé que podía ser un zorro, un lobo o un jabalí, y avancé lentamente, de puntillas, para no hacer ruido; pero de repente oí gritos, gritos humanos, quejumbrosos, sofocados, desgarradores.

"Sin duda alguna asesinaban a alguien en el bosquecillo. Me puse a correr, apretando en mi mano derecha un pesado bastón de roble, una auténtica maza.

"Me acercaba a los gemidos que me llegaban ahora más nítidos, más extrañamente sordos. Parecía que salían de una casa, de una choza de carbonero tal vez. Bock, tres pasos delante de mí, corría, se paraba, volvía a irse, muy excitado, siempre gruñendo. De repente otro perro, un perro negro, grande, con ojos de fuego, nos cortó el camino. Veía perfectamente sus colmillos blancos que parecían brillar en su boca.

"Corrí hacia él con el bastón en alto, pero Bock ya le había saltado encima y las dos bestias se revolcaban en el suelo, las bocas cerradas sobre los cuellos. Pasé y por poco tropiezo con un caballo tendido en el camino. Cuando me detuve, muy sorprendido, para examinar al animal, divisé un coche delante de mí, o mejor dicho una casa con ruedas, una de esas casas de saltimbanquis y de feriantes que van a nuestras aldeas de feria en feria.

"Los gritos salían de ahí, horribles, continuos. Como la puerta estaba del otro lado, le di la vuelta a ese cacharro y subí bruscamente tres escalones de madera, dispuesto a precipitarme sobre el malhechor.

"Lo que vi me pareció tan extraño que al principio no entendí nada. Un hombre, de rodillas, parecía rezar, mientras que en la cama que contenía esta caja, algo que me era imposible reconocer, un ser medio desnudo, deformado, torcido, al que no le veía el rostro, se movía, se agitaba y gritaba.

"Era una mujer con dolores de parto.

"En cuanto comprendí el tipo de accidente que provocaba esas quejas, me presenté, y el hombre, una especie de marsellés preso del pánico, me suplicó que lo salvase, que la salvase, prometiéndome con palabras innumerables un reconocimiento increíble. Nunca había visto un parto, socorrido a un ser hembra, mujer, perra o gata, en estas circunstancias, y lo declaré ingenuamente al mirar con asombro lo que gritaba tan fuerte en la cama.

"Luego, cuando recuperé la calma, le pregunté al hombre atemorizado por qué no iba hasta el próximo pueblo. Su caballo al caer en una rodada se debía de haber roto la pierna y ya no podía levantarse.

"-¡Bien!, amigo mío -le dije- somos dos ahora, vamos a arrastrar a su mujer hasta mi casa.

"Pero los aullidos de los perros nos obligaron a salir, y tuvimos que separarlos a bastonazos, a riesgo de matarlos. Luego tuve la idea de atarlos con nosotros, uno a la derecha, el otro a la izquierda de nuestras piernas, para ayudarnos. En diez minutos todo estuvo listo, y el coche se puso en marcha lentamente, sacudiendo en los baches de las profundas rodadas a la pobre mujer con el costado desgarrado.

"¡Qué carretera! Íbamos jadeando, refunfuñando, bañados en sudor, resbalando y cayendo a veces, mientras que nuestros pobres perros respiraban como fraguas en nuestras piernas.

"Necesitamos tres horas para llegar al castillo. Cuando llegamos ante la puerta, los gritos habían cesado en el coche. La madre y el niño se encontraban bien.

"Los acostamos en una buena cama, luego hice que engancharan los caballos para ir a buscar al médico, mientras que el marsellés, tranquilo, consolado, triunfante, comía hasta atragantarse y se embriagaba para celebrar el feliz nacimiento.

"Era una niña.

"Retuve a esta gente ocho días en mi casa. La madre, la señorita Elmore, era una vidente sonámbula que me prometió una vida interminable e infinita felicidad.

"Al año siguiente, el mismo día, cerca del anochecer, el criado que me llamó hace un momento vino a buscarme al fumadero después de cenar y me dijo:

"-Es la bohemia del año pasado que viene darle las gracias al Señor.

"Ordené que la hicieran entrar y me quedé asombrado al divisar a su lado un muchacho alto, gordo y rubio, un hombre del Norte que, tras haberme saludado, tomó la palabra como jefe de la comunidad. Se había enterrado de mi bondad hacia la señorita Elmore y no había querido dejar pasar este aniversario sin mostrarme su agradecimiento y testimoniarme su reconocimiento.

"Les ofrecí de cenar en la cocina y hospitalidad para la noche. Se fueron al día siguiente.

"Ahora bien, la pobre mujer vuelve todos los años, en la misma fecha, con su hija, una chiquilla excepcional, y un nuevo... hombre cada vez... Sólo uno, uno auvernés que me dio muy efusivamente las gracias, apareció dos años seguidos. La niña los llamaba a todos papá, como decimos señor en nuestro pueblo."

Llegábamos al castillo y divisamos vagamente, delante de la escalinata, tres sombras que nos esperaban.

La más alta dio cuatro pasos, y con un gran saludo:

-Señor conde, hemos venido este día, sabe, a manifestarle nuestro reconocimiento...

¡Era un belga!

Después habló la pequeña, con esa voz afectada y artificial de los niños que recitan un cumplido.

Yo, haciéndome el inocente, me llevé aparte a la señorita Elmire y, tras unas palabras, le pregunté:

-¿Es el padre de su hija?

-¡Oh!, no, señor.

-El padre está muerto.

-¡Oh! No, señor. Aún nos vemos algunas veces. Es gendarme.

-¡Ah! ¿Entonces no era el marsellés, el primero, el del parto?

-¡Oh! No, señor. Ese era un crápula que me robó mis ahorros.

-Y el gendarme, el verdadero padre, ¿conoce a su hija?

-¡Oh! Sí, señor, e incluso le tiene cariño, pero no puede encargarse de ella porque tiene otros hijos, con su mujer.

FIN

El padre de Simón

Las doce acababan de sonar. La puerta de la escuela se abrió y los chicos se lanzaron fuera, atropellándose por salir más pronto. Pero no se dispersaron rápidamente, como todos los días, para ir a comer a sus casas; se detuvieron a los pocos pasos, formaron grupos y se pusieron a cuchichear.

Todo porque aquella mañana había asistido por vez primera a clase Simón, el hijo de la Blancota.

Habían oído hablar en sus casas de la Blancota; aunque en público le ponían buena cara, a espaldas de ella hablaban las madres con una especie de compasión desdeñosa, de la que se habían contagiado los hijos sin saber por qué.

A Simón no lo conocían, porque no salía de su casa, y no los acompañaba en sus travesuras por las calles del pueblo o a orillas del río. No le tenían, pues, simpatía; por eso acogieron con cierto regocijo y una mezcla considerable de asombro, y se la fueron repitiendo, unos a otros, la frase que había dicho cierto muchachote, de catorce a quince años, que debía estar muy enterado, a juzgar por la malicia con que guiñaba el ojo:

-¿No lo saben?... Simón... no tiene papá.

Apareció a su vez en el umbral de la puerta de la escuela el hijo de la Blancota. Tendría siete u ocho años. Era paliducho, iba muy limpio, y tenía los modales tímidos, casi torpes.

Regresaba a casa de su madre, pero los grupos de sus camaradas lo fueron rodeando y acabaron por encerrarlo en un círculo, sin dejar de cuchichear, mirándolo con ojos maliciosos y crueles de chicos que preparan una barrabasada. Se detuvo, dándoles la cara, sorprendido y embarazado, sin acertar a comprender qué pretendían. Pero el muchacho que había llevado la noticia, orgulloso del éxito conseguido ya, le preguntó:

-Tú, dinos cómo te llamas.

Contestó el interpelado:

-Simón.

-¿Simón qué?

El niño repitió desconcertado:

-Simón.

El mozalbete le gritó:

-La gente suele llamarse Simón y algo más... Eso no es un nombre completo... Simón. El niño, que estaba apunto de llorar, contestó por tercera vez:

-Me llamo Simón.

Los rapazuelos se echaron a reír, y el mozalbete alzó la voz con acento de triunfo:

-Ya ven que yo estaba en lo cierto y que no tiene padre.

Se hizo un profundo silencio. Aquel hecho extraordinario, imposible, monstruoso -un chico que no tiene papá-, había dejado estupefactos a los chicos. Lo miraban como a un fenómeno, a un ser fuera de lo corriente, y sentían crecer dentro de ellos el desprecio con que sus madres hablaban de la Blancota y que les resultaba inexplicable hasta entonces.

Simón, por su parte, se había apoyado en un árbol para no caer y permanecía sin moverse, como aterrado por un desastre irreparable. Hubiera querido explicarse, pero no encontraba nada que contestarles para desmentir aquella afirmación horrible de que no tenía papá. Por fin, pálido, les gritó, por contestar algo:

-Sí, lo tengo.

-Dinos dónde está -le preguntó el mayor.

Simón se calló; no lo sabía. Los niños reían, dominados por una gran excitación; eran campesinos, vivían en contacto con los animales, y los aguijoneaba el mismo instinto cruel que empuja a las gallinas de un corral a acabar con la que sangra. Simón acertó a ver a un chico vecino suyo, hijo de una viuda, al que siempre había visto solo con su madre, lo mismo que él. Y le dijo:

-Y tú tampoco tienes papá.

-Sí que lo tengo -respondió el otro.

-Dinos dónde está -respondió Simón.

El pequeño replicó con magnífico orgullo:

-Se murió. Está en el cementerio.

Corrió entre aquellos tunantuelos un murmullo de aprobación, como si el hecho de tener el padre muerto y en el cementerio hubiese dado talla a su camarada para aplastar a este otro, que no lo tenía en ninguna parte. Y aquellos truhanes, cuyos padres eran, casi todos, malas personas, borrachos, ladrones y brutales con sus mujeres, apretaban más y más el cerco, atropellándose, como si, a fuer de legítimos, hubiesen querido ahogar con una presión común al que estaba fuera de la ley.

De pronto, uno que estaba al lado mismo de Simón, se mofó de él sacándole la lengua y le gritó:

-¡Que no tienes papá! ¡Que no tienes papá!

Simón lo agarró del pelo con las dos manos y le acribilló a puntapiés las pantorrillas, contestando el otro con un feroz mordisco en un carrillo. Se armó una batahola fenomenal. Separaron a los combatientes y llovieron los golpes sobre Simón, que rodó por el suelo, magullado, con la ropa en jirones, entre el círculo de pilluelos que aplaudían. Se levantó, y cuando se limpiaba maquinalmente su blusilla, sucia de tierra, le gritó uno de los chicos:

-Vete a contárselo a tu papá.

Simón fue presa de profundo descorazonamiento. Eran los más fuertes, le habían pegado, y nada tenía que contestarles, porque se daba buena cuenta de que no tenía papá. El orgullo le hizo luchar por espacio de algunos segundos con las lágrimas que lo agarraban. Le acometió un ahogo y rompió a llorar en silencio, con un acompañamiento de profundos sollozos que lo sacudían precipitadamente.

Estalló entre sus enemigos un regocijo feroz, y al igual que hacen los salvajes en sus júbilos terribles, se dieron espontáneamente las manos y se pusieron a bailar en círculo a su alrededor, repitiendo como estribillo: "¡Que no tiene papá! ¡Que no tiene papá!"

De improviso dejó Simón de sollozar. Lo sacó de quicio la ira. Había piedras a sus pies, las cogió y las tiró con todas sus fuerzas contra sus verdugos. Alcanzó a dos o tres, que huyeron llorando; cundió el pánico entre los demás, al ver su aspecto amenazador. Cobardes, como lo es siempre la muchedumbre frente a un hombre exasperado, huyeron a la desbandada.

El pequeño sin padre echó a correr hacia el campo, así que se quedó solo, porque lo asaltó un recuerdo que lo impulsó a tomar una gran resolución: ahogarse en el río.

Se había acordado de aquel pobre mendigo que ocho días antes se tiró al agua porque no tenía dinero. Allí estaba Simón cuando sacaron el cadáver; aquel desgraciado, que le había parecido siempre digno de compasión, sucio y feo, lo impresionó por el aspecto de tranquilidad que tenía con sus mejillas pálidas, su larga barba impregnada de agua y el mirar sereno de sus ojos abiertos. Alguien de los que estaban allí dijo:

-Está muerto.

Otros agregaron:

-Ahora al menos es feliz.

También Simón quería ahogarse, pues si aquel desdichado no tenía dinero, él no tenía padre.

Llegó hasta muy cerca del agua y se quedó viéndola correr. Jugeteaban rápidos algunos peces en la corriente limpia; de cuando en cuando daban un saltito y atrapaban alguna mosca que revoloteaba en la superficie del agua. Dejó de llorar y se quedó mirándolos, atraído con aquellas maniobras. Sin embargo, lo mismo que en las calmas momentáneas de una tempestad cruzan de improviso fuertes ráfagas de viento que hacen crujir los árboles a su paso y van a perderse en el horizonte, así también surgía de cuando en cuando en la cabeza del niño un pensamiento que le producía vivo dolor: "Voy a ahogarme, porque no tengo papá".

Hacía buen tiempo y mucho calor. La caricia del sol calentaba la hierba. El agua brillaba como un espejo. Simón pasaba por instantes de arrobamiento, de una languidez que suele seguir a las lágrimas, y entonces le entraban muchas ganas de echarse a dormir sobre la hierba, al calor del sol.

Una ranita verde saltó en el suelo junto a sus pies. Se inclinó a cogerla. Se le escapó. Insistió en perseguirla y ella lo esquivó tres veces seguidas. Logró al fin atraparla de la extremidad de sus patas posteriores, y se echó a reír viendo los esfuerzos que el animalito hacía para escapar. Se recogía sobre sus largas patas y las alargaba de pronto con un esfuerzo brusco, poniéndolas rígidas como el hierro; mientras tanto, hinchaba su ojo redondo encerrado en un círculo de oro y manoteaba con sus dos patitas delanteras. Le hizo recordar a un juguete de listas de madera clavadas en zigzag unas con otras, con soldaditos sujetos encima y que se movían como un desfile por un movimiento parecido al de la rana. Esto lo llevó a pensar en su casa y en su madre; lo acometió una gran tristeza y rompió de nuevo a llorar. Sentía escalofríos en sus brazos y piernas; se puso de rodillas y rezó sus oraciones como antes de acostarse. No pudo acabarlas, porque lo volvió a dominar un acceso de sollozos, tan acelerados, tan tumultuosos, que lo sacudían de arriba abajo. Ya no pensaba; ya no veía nada de cuanto lo rodeaba, entregado por completo a su llanto.

Una manaza se apoyó de improviso en su hombro, y una voz ronca le preguntó:

-Vamos a ver, hombrecito, ¿qué es lo que te aflige tanto?

Simón se volvió. Un trabajador fornido, de barba y cabellos negros muy rizados, lo contemplaba con cara bondadosa. Le contestó con los ojos y la voz cuajados de lágrimas:

-Me han pegado los otros chicos... porque yo..., yo... no tengo... papá, no tengo... papá.

-¿Cómo puede ser eso? Todos tenemos un papá -le contestó el otro, sonriente.

El niño repitió a duras penas, en medio de los espasmos de su dolor:

-Yo..., yo... no lo tengo.

El trabajador se puso serio; había caído en la cuenta de que aquél era el hijo de la Blancota, y aunque forastero, conocía vagamente su historia.

-Ea, pequeño, consuélate, y vamos a tu casa. Ya te buscaremos un papá.

Echaron a andar, el niño de la mano del hombre, y éste, sonriéndose de nuevo, porque no le disgustaba el ver a aquella Blancota, de la que se decía que era una de las muchachas más guapas de la región. Allá en el fondo de sus pensamientos, quizá se decía que quien había caído una vez tal vez caería otra.

Llegaron delante de una casita blanca, muy limpia.

-Aquí es -dijo el niño; y luego gritó-: ¡Mamá!

Apareció una mujer, y el trabajador ya no siguió sonriendo, porque comprendió de golpe que no estaba para que nadie jugase con ella la buena moza de pálida cara que se había quedado en la puerta con expresión severa, como para impedir el acceso de un hombre a la casa en que ya otro la había traicionado. Se quitó la gorra con cortedad y balbució:

-Míre, señora, le traigo a su pequeño, que andaba perdido por el río.

Pero Simón saltó al cuello de su madre y le dijo con un nuevo acceso de llanto:

-No es verdad, mamá. Yo he querido ahogarme en el río, porque los otros chicos me han pegado..., me han pegado... porque no tengo papá.

Las mejillas de la joven se cubrieron con un rubor que le quemaba, y besó, traspasada de dolor, a su hijo, mientras corrían rápidas por su rostro las lágrimas. El hombre permaneció allí conmovido, no acertando a despedirse. Simón corrió de pronto hacia él y le dijo:

-¿Quiere usted ser mi papá?

Hubo un momento de profundo silencio. La Blancota, muda y torturada por el bochorno, con las dos manos sobre el corazón, se apoyaba en la pared. El niño, viendo que no había contestado a su pregunta, insistió:

-Si no quiere usted serlo, volveré para tirarme al río.

El trabajador lo echó a broma y contestó riendo:

-¡Claro que quiero! ¿Cómo no voy a querer?

-Dime cómo te llamas -suplicó entonces el niño- para que pueda contestarles cuando quieran saber tu nombre.

-Me llamo Felipe -contestó el trabajador.

Simón estuvo pensativo un momento, como grabando bien aquel nombre en su memoria, y luego le tendió los brazos, sin rastro de aflicción, diciéndole:

-Pues bien, Felipe: tú eres mi papá.

Felipe lo alzó en vilo, lo besó bruscamente en los dos carrillos y salió como huyendo, a grandes zancadas.

Risas malignas acogieron al chico cuando, al día siguiente, entró en la escuela. A la salida quiso el mozalbete volver a empezar; pero Simón le lanzó al rostro, como una pedrada, estas palabras:

-Se llama Felipe, para que lo sepas, mi papá. Estallaron a su alrededor alaridos de regocijo:

-¿Felipe qué...? ¿Felipe cómo?... ¿Qué significa eso de Felipe?... ¿Adónde has ido a sacarlo a ese Felipe?

Simón no contestó, pero su fe era inquebrantable, y los desafiaba con la mirada, dispuesto a dejarse martirizar antes que huir. El maestro lo sacó de aquel trance y el chico regresó a su casa.

Transcurrieron tres meses, durante los cuales el fornido obrero Felipe pasó con frecuencia cerca de la casa de la Blancota. Algunas veces hasta se lanzó a dirigirle la palabra al verla cosiendo junto a la ventana. Ella le contestaba cortésmente, sin salir de su seriedad, ni reír con él, y jamás le dio entrada en casa. Sin embargo, un poco fatuo, como todos los hombres, llegó a imaginarse que cuando hablaban, se ruborizaba ella con más frecuencia y mayor intensidad que de costumbre.

Pero es tan difícil rehacer la buena reputación perdida y tan expuesta queda a todos los ataques, que a pesar de la reserva suspicaz de la Blancota, ya se hablaba de ello en el pueblo.

Simón estaba encantado con su nuevo papá, y se paseaba con él todas las tardes, una vez que salía del trabajo. No faltaba nunca a la escuela, y pasaba por entre sus camaradas muy digno, sin contestarles nunca.

Hasta que cierto día le dijo el mozalbete que había sido el primero en meterse con él:

-Nos has mentido, porque no es cierto que tengas un papá que se llama Felipe.

-¿Que no lo tengo? -contestó Simón, muy emocionado. El mozalbete se frotaba las manos, y siguió diciendo:

-No, porque si lo tuvieses sería el marido de tu mamá.

Simón se quedó desconcertado con la exactitud de aquel razonamiento. Pero, no obstante, replicó:

-Pues, con todo y eso, es mi papá.

El otro le dijo entonces con sorna:

-Puede que sí; pero sólo es un papá a medias.

El hijo de la Blancota bajó la cabeza y se alejó meditabundo en dirección a la herrería del tío Loizón, en la que trabajaba Felipe.

Se hallaba la herrería como sepultada debajo de los árboles. Su interior era lóbrego, sin más luz que el rojo resplandor de una hoguera formidable que se proyectaba con viveza sobre los brazos desnudos de cinco herreros que caían sobre los yunques con terrible estrépito. En pie, abrasándose como demonios, no apartaban la vista del hierro que sufría sus martirios, y su pensamiento se alzaba y caía pegado a sus martillos.

Simón penetró sin ser visto por nadie y tiró de la manga a su amigo. Éste se volvió. Los hombres interrumpieron de golpe la tarea y se quedaron mirando, muy atentos. Y en el silencio, tan extraño en aquel sitio, resonó la vocecita débil de Simón:

-Oye, Felipe, el muchacho de la tía Medialumbre acaba de decirme que tú no eres mi papá más que a medias.

-¿Y en qué se funda? -preguntó el obrero.

El chico respondió con absoluta ingenuidad:

-Dice que no eres el marido de mamá.

A nadie se le ocurrió reírse. Descansando su frente sobre el reverso de sus manazas, que se apoyaban en la cabeza del

astil del martillo, tieso encima del yunque, Felipe reflexionaba. Sus cuatro compañeros tenían clavadas en él sus miradas, y Simón, minúsculo entre aquellos gigantones, esperaba con ansiedad. Uno de los herreros, como respondiendo al pensamiento de todos, dijo de pronto a Felipe:

-Después de todo, la Blancota es una chica buena y cabal, seria y valerosa, a pesar de su desgracia. Ningún hombre honrado tendría por qué avergonzarse de ser su marido.

-Esa es la pura verdad -dijeron los otros tres. El primero siguió diciendo:

-¿Se le puede echar en cara a la chica su caída? Se comprometió a casarse con ella. Más de una conozco yo que hizo otro tanto y que hoy vive respetada por todos.

-Esa es la pura verdad -contestaron a coro los tres.

Y el otro prosiguió:

-Sólo Dios sabe las fatigas que ha pasado la pobre para sacar adelante a su chico sin ayuda alguna y lo que ha llorado desde que no sale de casa si no es para ir a la iglesia.

-Eso también es la pura verdad.

Durante unos momentos no se oyó más que el soplido del fuelle que avivaba la fragua. Felipe se inclinó bruscamente hacia Simón:

-Ve y dile a tu mamá que al anochecer iré a hablar con ella.

Cogió al chico por los hombros y lo empujó hacia afuera.

Reanudó su tarea, y los cinco martillos cayeron de golpe sobre los yunques. No dejaron de batir el hierro hasta la noche, sólidos, potentes, alegres, como martillos satisfechos. Pero al igual que la campana mayor destaca sobre las más chicas, cuando repican en los días festivos, así el martillo de Felipe, sobresaliendo por encima del estrépito de los demás, caía acompasado, con un ruido ensordecedor. En pie entre el chisporroteo, rebrillándole los ojos, forjaba Felipe apasionadamente.

El cielo estaba cuajado de estrellas cuando llamó a la puerta de la Blancota. Vestía su chaqueta dominguera, camisa nueva y se había hecho arreglar la barba. La joven apareció en el umbral y le dijo con tono dolorido:

-Ha hecho usted mal, don Felipe, en venir tan tarde.

Fue a responder, salieron de su boca unos balbuceos y se quedó ante ella desconcertado.

La joven siguió diciendo:

-Ya se dará usted cuenta de que es preciso evitar que sigan hablando de mí.

Felipe soltó de golpe:

-¿Tiene eso importancia si usted consiente en ser mi mujer?

Nadie le contestó, pero creyó percibir en la oscuridad de la habitación un ruido, como un cuerpo que se desplomaba. Se precipitó dentro; Simón, que estaba acostado, creyó distinguir el chasquido de un beso y el susurro de unas frases que pronunciaba su madre. De pronto, se sintió levantado en vilo por las manos de su amigo, y éste, sosteniéndolo en alto con sus brazos estirados, le gritó:

-Les dices a tus camaradas que tu papá es Felipe Remy, el herrero, y que iré a tirarle de las orejas a cualquiera que te maltrate.

Al siguiente día, con la escuela de bote en bote, y a punto de empezar la clase, el pequeño Simón se irguió, muy pálido, con labios trémulos, y les dijo con voz muy clara:

-Mi papá es Felipe Remy, el herrero, y tengan por seguro que a cualquiera que me maltrate le tirará de las orejas.

En esta ocasión ya no se rió nadie, porque conocían muy bien a Felipe Remy, el herrero: un papá del que cualquiera hubiera estado orgulloso.

FIN

El pozo

Muerte ocasionada por golpes y heridas. Así rezaba el cargo de acusación por el cual comparecía ante el juzgado del crimen un tal Leopoldo Renard, tapicero.

Rodeando al acusado se hallaban sus principales testigos: la señora Flameche, viuda de la víctima; Luis Ladureau, ebanista, y Juan Durdent, gasfitero.

Junto al acusado se encontraba su esposa, vestida de negro, pequeña y fea, con aspecto de mona vestida de dama.

Leopoldo Renard refirió con estas palabras el drama:

-Dios mío, fue una desgracia de la cual fui yo, en todo momento, la mayor víctima y en la que mi voluntad no intervino para nada. Los hechos hablan por sí mismos, señor juez. Soy un hombre honesto, un hombre trabajador. Hace dieciséis años que trabajo como tapicero en la misma calle. Todos los vecinos me conocen, me quieren, me respetan, me consideran, como lo han declarado. Hasta la portera, que no está casi nunca de buen humor. Me gusta el trabajo, me gusta el ahorro. Me gustan la gente decente y los placeres honestos. Eso me perdió. ¡Qué le vamos a hacer! Lo hice sin querer, y por eso sigo creyéndome un hombre de honor.

"Hace ya cinco años que mi señora y yo vamos todos los domingos a pasar el día a Poissy Tomamos el aire, y además nos gusta pescar con caña. Eso sí: a los dos nos gusta con locura. Melie es quien me aficionó a la pesca, ¡la haragana! Ella se apasiona mucho más que yo, ¡la muy tiñosa! y ella tiene la culpa de todo este asunto, como verán si me prestan atención.

"Soy vigoroso, pero bonachón No tengo un pelo de maldad. Ella, en cambio, bueno..., ella. ¡Oh, si parece que no mataría una mosca, tan chica, flacucha! ¡Pero más mala que una garduña! No niego sus buenas cualidades, algunas muy importantes para un comerciante. ¡Pero su carácter! Pregunten a los vecinos. La misma portera que declaró en mi favor hace un momento podrá decir algo.

"Todos los días me reprochaba mi mansedumbre: "Yo no aguantaría que me hicieran tal cosa! ¡Yo no aguantaría que me hicieran tal otra!" Si yo la escuchara, señor juez, tendría que agarrarme a bofetadas por lo menos tres veces al mes.

La Señora Renard lo interrumpió, murmurando:

-Charla, charla. Quien ríe último, ríe mejor.

Él se volvió para decirle con inocencia:

-Puedo inculparte porque no estás procesada.

Y encarándose con el juez, prosiguió:

-Ahora continuó. Ya le he dicho que íbamos a Poissy todos los sábados por la tarde para pescar el domingo desde la madrugada. Es una costumbre que se ha convertido para nosotros en una segunda naturaleza, como suele decirse. Había encontrado yo, hace tres años, un sitio, ¡pero qué sitio! Un sitio a la sombra, con ocho pies de agua por lo menos; tal vez diez. Un pozo grande con sus cuevas bajo la orilla. Un criadero de peces en toda la regla, el paraíso para un pescador. Ese pozo, señor juez, podía considerarlo mío, visto que yo había sido su Cristóbal Colón. Todo el mundo lo sabía, todos sin excepción lo aceptaban. Decían: "Aquí se instala Renard". Y nadie se habría atrevido a ocuparlo, ni siquiera el señor Plumeau, que tiene fama, dicho sea sin ofenderlo, de birlar sitios descubiertos por otros.

"Así, pues, sintiéndome seguro de mi sitio, regresaba cada semana y lo consideraba de mi propiedad. Apenas llegaba, el sábado por la tarde, nos embarcábamos, mi señora y yo, en la Dalila. Bueno: Dalila es mi lancha, que ordené me construyera Fournaise, y es cierto que pocos le ganan en ligereza y seguridad. Le decía, pues, que embarcábamos en la Dalila, y llegábamos hasta el pozo para echar el cebo. Nadie me gana en poner el cebo: lo dicen todos los amigos. ¿Se preguntará usted qué cebo uso? No puedo contestarle. No es asunto que se relacione con el accidente. No puedo contestarle: es mi secreto. Hay más de doscientas personas que me lo han preguntado. ¡Los vasos de vino, las fritangas, los caldillos que me ofrecen para que lo diga! ¡Las zalamerías que me hacen para que les dé mi receta! ¡Mi mujer es la única que lo sabe...!, ¡pero ella tampoco lo dirá, menos que yo! ¿Verdad que no, Melie?

El juez le interrumpió para advertirle:

-Al grano, al grano. Evite las divagaciones...

El procesado prosiguió:

-Ya voy, ya voy, señor juez. El sábado ocho de julio partimos, pues, en el tren de las cinco veinticinco, y antes de ponernos a comer fuimos, como de costumbre cada sábado, a echar el cebo. El tiempo se anunciaba bueno. Le dije a Melie: "¡Mañana va a estar formidable, formidable!" Y ella respondió: "¡La cosa promete!" Nunca hablamos más cuando estamos juntos.

"Luego volvimos a comer. Estaba yo muy alegre y sediento. Fue la causa de todo, señor juez. Dije a Melie: "Oye, Melie, hace calor, qué te parece que me tomo una botella del despertador". Es un vinito blanco: lo llamamos así porque si se bebe mucho de él, no deja dormir. Es como un despertador. Usted comprende.

"Ella me respondió: "Bebe si te da la gana, pero seguro que otra vez te enfermarás y no podrás levantarte mañana". Lo cual era verdad. Eso era lo sensato, lo prudente, lo perspicaz, lo confieso ahora. Pero no pude contenerme y me bebí la botella. Ahí empezó todo.

"Estuve desvelado, por la gran..., hasta las dos de la mañana, con el despertador de jugo de uva en la cabeza Y luego, ¡paf!, me quedé dormido. Cuando me quedo dormido ni la trompeta del Ángel que anuncia el Juicio Final es capaz de despertarme.

"Mi mujer logra despertarme a las seis de la mañana. Salto de la cama, me pongo de prisa el pantalón y la chaqueta, me salpico apenas la cara, y nos embarcamos en la Dalila. Demasiado tarde. Cuando llegamos a mi pozo, ¡el sitio estaba ocupado! ¡Nunca me había sucedido algo parecido, señor juez, nunca, en tres años! Aquello me produjo el efecto de un despojo. Dije: "Por la..., por la..., por la gran..." Y ahí mismo mi mujer comienza a hostigarme. ¡Ah, ah, ah, tu famoso despertador! ¡Miren al borrachito!

¿Estarás contento, imbécil?" Yo no contestaba: ella tenía razón.

"Pese a todo desembarcamos cerca del lugar. Pensábamos aprovechar de todas maneras el viaje. Acaso el hombre no lograra pescar. Acaso se fuera pronto.

"El pescador era un hombrecito flaco. Llevaba traje de crea y sombrero de paja. Su mujer, una gorda sentada detrás de él, bordaba.

"Cuando vio que nos instalábamos junto a su marido, murmuró:

"-¿No hay otro sitio donde pescar en el río?

"Y mi mujer, que reventaba de rabia, contesta:

"-Las personas educadas, antes de instalarse en sitios reservados, averiguan cuáles son las costumbres del lugar..."

"Como no quería pleitos, le dije a mí señora:

"-¡Cállate, Melie! No hagas caso. No hagas caso. Ya veremos.

"Había dejado la Dalila a la sombra de los sauces, y luego de haber desembarcado, pescábamos Melie y yo, codo a codo, justo al lado de los otros dos.

"Aquí, señor juez, debo detallar un poco.

"Hacia cinco minutos que pescábamos cuando el sedal de mi vecino se hundió una, dos, tres veces; alza la caña y saca un pez grueso como un muslo, tal vez un poco menos, ¡pero casi tan grande! Me palpitaba el corazón, sudaba de angustia. Melie me dice:

"-¡Mira, borrachín, mira eso!

"En ese momento el señor Bru, abarrotero de Poissy y aficionado a la pesca, que pasaba por allí en su barca, me gritó:

"-¿Le han tomado su sitio, señor Renard?

"Yo le respondí:

"-Pues sí, señor Bru. En este mundo hay personas muy poco finas que ignoran las buenas costumbres.

"Mi vecino, el hombrecito vestido de crea, se hacía el sordo, también su mujer, ¡aquella gorda que parecía una auténtica vaca!

Por segunda vez el juez lo interrumpió, advirtiéndole:

-¡Cuidado! Usted insulta a la viuda de Flameche, aquí presente.

Renard se excusó diciendo:

-Perdón, perdón, la culpa la tiene mi pasión por la pesca, que me domina.

Prosiguió:

-Sólo había transcurrido un cuarto de hora cuando el hombrecito vestido de crea pescó otro pez tan grande como el primero, y casi enseguida otro, y cinco minutos más tarde, otro.

"Yo casi lloraba, y mi mujer hervía. Me pinchaba sin cesar.

"-¿No ves, estúpido? ¿Ves cómo nos roban la pesca? ¿Lo ves? Pescarás nada, nada, nada, ni una rana, nada de nada. ¡Sólo de pensarlo me da calentura!

"Yo me decía: "Esperemos hasta el mediodía. Esos pescadores furtivos irán a almorzar y volveré a ocupar mi sitio". Porque yo, señor juez, almuerzo todos los domingos allí mismo. Traemos los alimentos en la Dalila.

"¡No ocurrió nada! Dieron las doce y no se movieron. Llevaba un pollo envuelto en un periódico, el muy desgraciado, y mientras comía, ¡pum!, saca otro de los gordos.

"Melie y yo probamos un bocado, nada más, y a la fuerza. No teníamos apetito.

"Y después, como suelo hacer siempre para ayudar a la digestión, leí mi periódico. Todos los domingos acostumbro leer así el *Gil Blas*, a la sombra de un árbol y a la orilla del agua. Los domingos aparece Colombina, usted sabe: Colombina, la que escribe artículos en el *Gil Blas*. Siempre hago rabiar a mi señora diciéndole que conozco a Colombina. No es verdad, no la conozco, no la he visto nunca, pero escribe muy bien; dice cosas que tienen mucha miga. Algo extraño en una mujer. A mí me gusta. No hay muchas como ella.

"Empiezo, entonces, a bromear con mi mujer, pero se enoja de inmediato: se pone rígida. En vista de esto, callo.

"En ese momento aparecieron en la otra orilla del río los dos testigos presentes: el señor Ladureau y el señor Durdent. Nos conocíamos de vista.

"El hombrecito se puso a pescar de nuevo. Me daban escalofríos ver cómo sacaba uno tras otro esos peces gordos. Su mujer le dijo entonces:

"-¡Este lugar es fenomenal! Volveremos todos los domingos, Desiderio.

"Sentí frío en la espalda. La señora Renard me incitaba repitiéndome:

"-¡Eres un marica, eres un marica! ¡Tienes sangre de gallina!

"Me limité a contestarle:

"-Mira, vámonos. Es mejor. No quiero hacer un disparate.

"Ella, como si me pusiese unas tenazas al rojo bajo las narices, me acicatea al decirme:

"-Eres un marica, eres un marica. Huyes, te rindes, entregas lo tuyo. ¡Vamos, cobarde!

"Sus palabras me hicieron mella. Pero, a pesar de todo, me contuve.

"Mientras tanto, el otro tira la caña y saca un sargo. ¡Nunca en mi vida había visto otro igual! ¡Nunca!

"Mi mujer, en ese mismo instante, empezó a decir, como si pensara en voz alta:

"-Esto sí que puede llamarse robo. Fuimos nosotros los que cebamos el pozo. Tendrían que pagarnos por lo menos el costo del cebo.

"Entonces la señora gorda del hombrecito del traje de crea replica:

"-¿Usted se refiere a nosotros, señora?

"Y la mía dice:

"-Me refiero a los ladrones de pescado que se aprovechan del dinero que otros han gastado en el cebo.

"La gorda insiste:

-¿A nosotros nos dice ladrones de pescado?

"Replican una y otra vez hasta que terminan insultándose. ¡Y qué insultos, por la gran...! ¡Qué repertorio tienen las bribonas! ¡Insultos a granel! Gritan tan fuerte que los dos testigos, aquí presentes, que estaban en la otra orilla, en son de burla gritan también:

"-¡Eh! ¡Ustedes! Un poco de silencio, que no dejan pescar a sus maridos.

"Lo cierto es que ni el hombrecito de la crea ni yo interveníamos en la pelea. Lo mismo que si fuéramos de palo. Teníamos los ojos fijos en el agua y nos hacíamos los sordos.

"¡Por la gran...! ¡Bien que las oíamos, sin embargo! "¡Usted es una mentirosa!" "¡Usted una mujer de mala vida!" "¡Usted una puta!" "¡Usted una cerda!" Y así por el estilo. ¡Ni un marinero les habría ganado!

"De pronto, un ruido a mi espalda me obligó a volverme. La gorda golpeaba a mi mujer con una sombrilla. ¡Pam! ¡Pam! Melie había recibido dos golpes. Melie estaba furiosa, y cuando se pone furiosa Melie pega. Agarra a la gorda del pelo y empiezan a caer como ciruelas las bofetadas. ¡Plam, plam, plam, plam!

"Yo, la verdad, no habría intervenido. Las mujeres con las mujeres y los hombres con los hombres. No hay que mezclar los golpes. Pero el hombrecito de la crea se levanta como un loco y quiere lanzarse sobre mi mujer. ¡Y eso no: era demasiado! ¡Eso sí que no, mi amigo! Cuando se acerca se encuentra con mis puños el pajarraco aquel, y ¡pum!, y ¡pum!, un derechazo en la nariz y otro en el vientre. Levantó primero los brazos, luego las piernas, y cayó de espaldas en el río, justo dentro del pozo.

"Habría podido sacarlo de inmediato, señor juez, si hubiera tenido tiempo de hacerlo. Pero, por desgracia, en aquel momento la gorda volvía al ataque y le propinaba a mi mujer una gran paliza. Es verdad que no debí ayudarla mientras el otro estaba en el agua.

Pero jamás pensé que se ahogaría. Al contrario, me dije: "¡Bah! ¡Eso lo refrescará!"

"Me acerqué corriendo a las dos mujeres, para separarlas. Al intentarlo recibí una buena dosis de puñetazos, arañazos y mordiscos. ¡La gran...! ¡Qué fieras!

"Total: necesité por lo menos cinco minutos, o quizá diez, para separar a estas dos lapas.

"Me doy vuelta entonces, pero ya no se veía nada. El agua estaba tan tranquila como un lago. Los pescadores, al otro lado del río, me gritaban:

"-¡Sácalo! ¡Sácalo!

"¡Sí! Decirlo era muy fácil. Yo no sé nadar, y bucear mucho menos.

"Al fin se presentaron el encargado del embalse y dos señores que portaban garfios. Fue cuestión de un cuarto de hora. Lo rescataron del fondo del pozo, más o menos a unos ocho pies de agua de profundidad, tal como lo dije. ¡Ahí estaba el hombrecito de la crea!

"Los hechos sucedieron tal cual los cuento, lo juro, señor juez. ¡Soy inocente, soy un hombre honesto!"

Como las declaraciones de los testigos lo favorecían, fue absuelto.

FIN

El repartidor de agua bendita

En otros tiempos vivía a la entrada del pueblo, en una casita al lado de una gran carretera. Se había establecido como carretero después de su matrimonio con la hija de un granjero de la comarca; como ambos trabajaban duro, llegaron a amasar una pequeña fortuna. Lo único que les apesadumbraba era no tener hijos. Por fin tuvieron uno al que llamaron Jean; lo acariciaban constantemente, lo arropaban con amor, lo amaban con tal ternura que no podían pasar una hora sin verlo.

Cuando Jean tenía cinco años, pasaron por la región unos saltimbanquis que montaron sus barracas en la plaza del ayuntamiento.

Él, que los había visto, se escapó de casa, y su padre, después de haberlo buscado durante bastante tiempo, lo encontró lanzando grandes risotadas, sentado en las rodillas de un viejo payaso, entre las cabras sabias y los perros acróbatas.

Tres días más tarde, a la hora de la cena, justo en el momento de sentarse a la mesa, el carretero y su mujer se dieron cuenta de que su hijo no estaba en casa. Lo buscaron por el jardín y, como no lo encontraron, el padre se puso al borde de la carretera y gritó con todas sus fuerzas:

-¿Jean?

La noche se echaba encima; el horizonte se llenaba de una bruma oscura que empujaba los objetos hacia una lejanía tenebrosa y amedrentadora. Muy cerca de allí, tres grandes pinos parecían llorar. Nadie respondía; pero parecía como si en el aire se percibieran unos gemidos confusos. El padre los escuchó durante largo tiempo, siempre queriendo creer que se oía algo, unas veces a su derecha, otras a su izquierda, y como si hubiera perdido la cabeza, se sumergía en la noche llamando sin cesar:

-¿Jean? ¿Jean?

Así dio vueltas toda la noche, llenando con sus gritos las tinieblas, espantando a los animales vagabundos, asolado por una terrible angustia y creyendo enloquecer por momentos. Su mujer se quedó llorando, sentada en el quicio de la puerta, hasta el amanecer.

Su hijo no apareció.

A partir de aquel momento empezó para ellos la rápida vejez de una tristeza sin consuelo.

Al final acabaron vendiendo su casa y se lanzaron directamente a la búsqueda.

En los pueblos preguntaron a los campesinos y a las autoridades en las ciudades. Pero hacía ya mucho tiempo que su hijo estaba perdido; nadie sabía nada; sin duda él mismo habría ya olvidado su nombre y el de su pueblo; y ellos, aún sin esperanza, seguían llorando.

Llegó un momento en el que el dinero se acabó; entonces se pusieron a trabajar de jornaleros en las granjas y las posadas para suplir sus modestas necesidades, viviendo de los restos de los demás, durmiendo en suelo duro y pasando frío. Pero como a costa de tantas fatigas se habían debilitado cada vez más, ya nadie los quería para trabajar, por lo que se vieron obligados a mendigar por los caminos. Se acercaban al paso de los viandantes con la cara triste y la voz suplicante; imploraban un mendrugo de pan a los segadores que comían al mediodía bajo un árbol en medio de la llanura; y comían en silencio, sentados al borde de la cuneta.

Un día un mesonero, a quien habían relatado su desgracia, les dijo:

-Yo conocía también a uno que había perdido a su hija y la encontró en París. Inmediatamente se pusieron en camino hacia París.

Cuando entraron en la gran ciudad se quedaron impresionados por su inmensidad y por la multitud que pasaba.

Entonces se dieron cuenta de que él debía de encontrarse en medio de todos aquellos hombres, pero no sabían cómo arreglárselas para buscarlo. Además, temían no reconocerlo pues hacía ya catorce años que no lo habían visto.

Recorrieron todas las plazas, todas las calles, se pararon en todos los amontonamientos que vieron, esperando un encuentro providencial, algún prodigio del azar, la piedad del destino.

A menudo andaban al paso de la gente, uno al lado del otro, con un aspecto tan triste y pobre que les daban limosnas sin haberlas pedido.

Todos los domingos se pasaban el día en la puerta de las iglesias, buscando en los rostros de la gente algún lejano parecido. Varias veces creyeron reconocerlo, pero siempre se equivocaban.

En el umbral de una de las iglesias que frecuentaban había un repartidor de agua bendita que se hizo amigo suyo. Su historia era también muy triste y la pena que sentían por él hizo nacer una gran amistad. Acabaron viviendo los tres juntos en un cuchitril en lo alto de una casa grande situada a las afueras en pleno campo, y el carretero a veces sustituía a su nuevo amigo en la iglesia cuando éste estaba enfermo. Llegó un invierno muy duro. El pobre aspergista murió y el cura de la parroquia, que era conocedor de su desgracia, designó al carretero para reemplazarlo.

A partir de aquel entonces venía todas las mañanas a sentarse en el mismo sitio, en la misma silla, sobando con el frote de su espalda la columna en la que se apoyaba. Miraba fijamente cada hombre que veía entrar, y esperaba el domingo con la impaciencia de un escolar porque ese día la iglesia estaba siempre a rebosar.

Se hizo muy viejo, se debilitaba todavía más con la humedad de aquellas bóvedas; y su esperanza se hacía migas cada día.

Ahora conocía ya a todos los que venían a los oficios; conocía la hora, las costumbres, reconocía sus pasos sobre las losas.

Su existencia era tan encogida que la entrada de un extraño en la iglesia era para él todo un acontecimiento. Un día entraron dos señoras, una anciana y una joven.

Probablemente madre e hija.

Detrás de ellas apreció un hombre que las seguía. Las saludó a la salida y, después de ofrecerles el agua bendita, tomó por el brazo a la anciana.

"Debe de ser el prometido de la joven" pensó el carretero.

Y estuvo todo el día buscando entre sus recuerdos dónde podía haber visto él un hombre del mismo parecido. Pero aquel que le venía a la memoria debía de ser ahora ya un anciano, porque le parecía que lo había conocido en su juventud.

Este mismo hombre volvió a menudo a acompañar a las dos damas, y este parecido vago, alejado y familiar que no conseguí recordar molestaba tanto al repartidor de agua bendita, que hizo venir a su mujer con él para ayudar a su debilitada memoria.

Una tarde, al anochecer, los extraños entraron los tres juntos. En cuanto hubieron pasado:

-¿Qué? ¿Lo conoces? -dijo el marido.

La mujer inquieta trataba también de acordarse. De repente dijo en voz baja:

-Sí... sí... pero es más moreno, más grande, más fuerte y va vestido como un señor; sin embargo, padre, si te fijas, es tu cara cuando eras joven.

El viejo se sobresaltó.

Era verdad; se le parecía, y se parecía también a su hermano que ya había muerto, y a su padre a quien además había conocido joven. Estaban tan emocionados que no podían decir una palabra. Las tres personas estaban saliendo. Él tocó el hisopo con un dedo. Entonces el viejo, con la mano tan temblorosa que salpicaba el suelo de agua bendita, pronunció:

-¿Jean?

El hombre se paró mirándolo.

Repitió más bajo:

-¿Jean?

Las dos mujeres lo miraban sin comprender.

Entonces dijo por tercera vez con voz entrecortada:

-¿Jean?

El hombre se inclinó hacia él, acercándosele a la cara, e iluminado por un recuerdo infantil, respondió:

-¡Papá Pierre, Mamá Jeanne!

Se había olvidado de todo, del apellido de su padre y del nombre de su pueblo; pero todavía recordaba esas dos palabras que tantas veces había repetido: "¡Papá Pierre, Mamá Jeanne!"

Se agachó, la cara contra las rodillas del anciano, y lloraba, y abrazaba a uno y a otro, a su padre y a su madre, sofocados todos por una alegría desmesurada.

Las dos damas también lloraban, comprendiendo que algo maravilloso se estaba produciendo.

Entonces se pusieron todos en marcha hacia la casa del hombre y allí éste les relató su historia.

Los saltimbanquis lo habían raptado. Durante tres años recorrió con ellos muchos países. Después la compañía se separó y un día, en un palacio, una anciana que lo había encontrado agradable pagó para quedarse con él. Como era inteligente, lo mandaron al colegio, después al instituto, y como la anciana no tenía descendencia, le había dejado toda su fortuna. También él había buscado a sus padres; pero como sólo se acordaba de sus nombres: "Papá Pierre, Mamá Jeanne", no había podido encontrarlos. Ahora iba a casarse, y les presentó a su prometida que era muy buena y muy hermosa.

Después de haberle contado todas sus penas y fatigas, los dos ancianos lo abrazaron otra vez; y se quedaron hasta muy entrada la noche, sin atreverse a acostarse, por miedo a que, después de tanto tiempo, se les escapara la felicidad mientras dormían.

Pero ellos habían ya desgastado la tenacidad de la desgracia, y fueron felices hasta su muerte.

FIN

El "rosier" de la señora Husson

Acabábamos de pasar por Gisors donde me había despertado al oír el nombre de la ciudad gritado por los empleados e iba a adormecerme de nuevo cuando una sacudida horrorosa me lanzó sobre la gruesa dama que se encontraba sentada frente a mí.

Una rueda se le había roto a la locomotora que yacía atravesada en la vía. El ténder y el vagón de equipajes, también descarrilados, se habían acostado al lado de esta moribunda que roncaba, gemía, silbaba, soplabá, escupía, parecía uno de esos caballos caídos en la calle, cuyo flanco se mueve, cuyo pecho palpita, cuyos ollares humean, y cuyo cuerpo completo tiembla, pero que no parecen capaces de hacer el menor esfuerzo para levantarse y volver a caminar. No había muertos ni heridos, sólo unos cuantos contusionados, pues el tren no había alcanzado aún mucha velocidad, y mirábamos desolados, el grueso animal de hierro lisiado, que ya no podría transportarnos y que bloqueaba la vía por mucho tiempo quizá, pues sería necesario sin duda traer un tren de socorro desde París.

Eran las diez de la mañana, y me decidí de inmediato a regresar a Gisors para almorzar allí. Mientras caminaba por la vía me preguntaba: «Gisors, Gisors, yo conozco a alguien aquí. Pero ¿quién? ¿Gisors? Veamos, yo tengo un amigo en esta ciudad.» Y de pronto, un nombre surgió de mi memoria: «Albert Marambot». Era un antiguo compañero de colegio, que no había vuelto a ver desde hacía doce años por lo menos, y que ejercía en Gisors la profesión de médico. Con frecuencia me había escrito invitándome; yo le había prometido venir, pero sin cumplir mi promesa. Esta vez, por fin, aprovecharía la ocasión. Pregunto al primer transeúnte que encuentro:

-¿Sabe usted dónde vive el doctor Marambot?

Me respondió sin vacilar, con el acento lento de los normandos: «En la calle Dauphine» Vi, efectivamente, sobre la puerta de la casa indicada, una gran placa de cobre donde estaba grabado el nombre de mi antiguo compañero. Llamé; pero la criada, una chiquilla de cabellos amarillos y gestos lentos, repetía con una entonación estúpida:

-Él no está, él no está.

Escuché un ruido de tenedores y de vasos y grité: «¡Eh! Marambot». Una puerta se abrió y un hombre grueso con patillas salió, con expresión descontenta, y una servilleta en la mano. Desde luego, no lo habría reconocido. Se le habrían calculado por lo menos cuarenta y cinco años y, en un segundo, toda la vida de provincia me pasó por la cabeza como algo que entorpece, engorda y envejece. En un solo impulso de mi pensamiento, más rápido que mi gesto de tenderle la mano, conocí su existencia, su manera de ser, su clase de espíritu y sus teorías acerca del mundo. Adiviné las largas comidas que habían redondeado su vientre, las somnolencias después de las comidas en el torpor de una pesada digestión regada con coñac, y las vagas miradas echadas sobre los enfermos mientras se piensa en la gallina que da vueltas en el asador. Sus conversaciones sobre la cocina, sobre la sidra, el aguardiente y el vino, sobre la manera de cocer ciertos platos y de bien ligar determinadas salsas me fueron revelados sólo con observar el empaste rojo de sus mejillas, la pesadez de sus labios, el brillo opaco de sus ojos. Le dije:

-¿No me reconoces? Soy Raoul Aubertin.

Abrió los brazos y estuvo a punto de asfixiarme, y su primera frase fue:

-No has comido, espero.

-No.

-¡Qué suerte! Voy a sentarme a la mesa y tengo una excelente trucha.

Cinco minutos más tarde me encontraba almorzando frente a él. Le pregunté:

-¿Estás soltero?

-¡Pardiez!

-¿Y te diviertes aquí?

-No me aburro, estoy ocupado. Tengo pacientes y amigos. Como bien, tengo buena salud, me gusta reír y cazar. Estoy bien.

-¿La vida no es demasiado monótona en esta pequeña ciudad?

-No, amigo mío, cuando uno sabe entretenerse. Una ciudad pequeña es, a fin de cuentas, como una grande. Sólo que los

acontecimientos y los placeres son aquí menos variados, pero se les concede más importancia; las amistades son menos numerosas, pero una las encuentra con más frecuencia. Cuando se conocen todas las ventanas de una calle, cada una de ellas te ocupa y te intriga más que una calle entera de París. Una ciudad pequeña es muy divertida ¿sabes? Muy divertida, muy divertida. Mira, ésta, Gisors, la conozco de memoria desde sus orígenes hasta hoy. No te imaginas hasta qué punto es simpática su historia.

-¿Eres de Gisors?

-¿Yo? No. Soy de Gournay, su vecina y rival. Gournay es respecto a Gisors lo que Lúculo era respecto a Cicerón. Aquí, todo está hecho para la gloria, dicen: «Los orgullosos de Gisors». En Gournay, todo está hecho para el vientre, dicen: «Los tragones de Gournay». Gisors desprecia a Gournay pero Gournay se ríe de Gisors. Este pueblo es muy cómico.

Me di cuenta de que estaba comiendo algo exquisito, huevos pochados envueltos en un forro de gelatina de carne aromatizada a las finas hierbas y ligeramente cuajada en hielo. Dije chasqueando la lengua para adular a Marambot: «Esto está bueno». Sonrió.

-Se necesitan dos cosas: buena gelatina, difícil de conseguir, y buenos huevos. ¡Oh! los buenos huevos con la yema un poco rojiza, bien sabrosos, son muy escasos. Yo, yo tengo dos gallineros, uno para los huevos y otro para la carne. Alimento a mis gallinas ponedoras de manera muy especial. Tengo mis teorías. En el huevo, como en la carne de pollo, de ternera o de cordero, en la leche, en todo, se encuentra y debe saborearse el jugo, la quintaesencia de lo que anteriormente ha comido el animal. ¡Podríamos comer mejor si nos ocupáramos más de esta cuestión!

Yo me reía. «¿Eres pues un glotón?»

-¡Pardiez! Sólo los imbéciles no son glotones. Uno es glotón como es artista, culto o poeta. El gusto, amigo mío, es un órgano delicado, perfectible y respetable como el ojo o el oído. Carecer de gusto es estar privado de una facultad exquisita, de la facultad de discernir la calidad de los alimentos, como se puede estar privado de la de discernir las cualidades de un libro o de una obra de arte; es estar privado de un sentido esencial, de la parte de la superioridad humana; es pertenecer a una de las innumerables clases de inválidos, de lisiados y de tontos de las que se compone nuestra raza; es, en una palabra, tener la boca bruta, como se tiene el espíritu bruto. Un hombre que no distingue una langosta de un bogavante, un arenque -el admirable pescado que lleva en sí todos los sabores, todos los aromas del mar- de una caballa o de una pijota, y una pera bergamota de una pera duquesa, es comparable a alguien que confundiera a Balzac con Eugène Sue, una sinfonía de Beethoven con una marcha militar del director de la banda del regimiento, y el Apolo del Belvedere con la estatua del general de Blanmont!

-¿Y quién es el general de Blanmont?

-¡Ah! es verdad, tú no lo sabes. ¡Se ve bien que no eres de Gisors! Amigo mío, te he dicho hace un momento que a los habitantes de esta ciudad los llaman «los orgullosos de Gisors» y jamás hubo un epíteto más merecido. Pero almorcemos primero, y luego te hablaré de nuestra ciudad, al tiempo que hago que la visites.

Dejaba de hablar de vez en cuando para beberse lentamente medio vaso de vino que contemplaba con ternura al reposarlo sobre la mesa. Con la servilleta atada la cuello, con las mejillas encendidas, los ojos excitados, las patillas extendidas en torno a su boca que trabajaba, era divertido verlo. Me hizo comer hasta sofocar. Luego, cuando quise regresar a la estación, me agarró por un brazo y me llevó a ver las calles. La ciudad, de un bonito carácter provinciano, dominada por su fortaleza, el más curioso monumento de la arquitectura militar del siglo VII que queda en Francia, domina desde su torre un largo y verde valle donde las pesadas vacas normandas pacen y rumian en los pastizales.

El doctor me dijo:

-Gisors, ciudad de 4.000 habitantes, en los confines del Eure, mencionada ya en los Comentarios de César: *Caesaris ostium*, luego *Caesartium*, *Caesortium*, *Gisortium*, Gisors. No te llevaré a visitar el campamento del ejército romano cuyas huellas son aún visibles.

Yo reía y contesté:

-Amigo mío, creo que padeces una enfermedad especial que tú, que eres médico, deberías estudiar, y que se llama «espíritu de campanario».

Se detuvo de repente.

-El «espíritu de campanario», amigo mío, no es sino un patriotismo natural. Amo mi casa, mi ciudad y mi provincia por extensión, porque encuentro en ellas las costumbres de mi pueblo; pero si amo la frontera, si la defiendo, si me enfado cuando el vecino pone un pie en ella, es porque entonces me siento amenazado en mi casa, porque la frontera que no conozco es el camino que conduce a mi provincia. Yo soy normando, un auténtico normando; pues bien, pese a mi rencor por el alemán y mi deseo de venganza, no lo detesto, no lo odio instintivamente como odio al inglés, el

verdadero enemigo, el enemigo hereditario, el enemigo natural del normando, porque el inglés entró en este suelo habitado por mis antepasados, lo pilló y destruyó veinte veces, y porque la animadversión hacia ese pueblo pérfido me fue transmitida con la vida, por mi padre... Mira, ahí está la estatua del general.

-¿Qué general?

-¡El general de Blamont! Necesitábamos una estatua. ¡Por algo somos los orgullosos de Gisors! Entonces descubrimos al general de Blamont. Mira pues el escaparate de esa librería.

Y me llevó hacia el escaparate de una librería donde una quincena de volúmenes amarillos, rojos o azules atraían la mirada. Al leer los títulos, me dio un ataque de risa; eran: *Gisors, sus orígenes, su porvenir*, por el señor X..., miembro de numerosas asociaciones científicas; *Historia de Gisors*, por el padre A...; *Gisors, desde César hasta nuestros días*, por M.B..., propietario; *Gisors y sus alrededores*, por el doctor C.D...; *Las glorias de Gisors*, por un investigador.

-Amigo mío -continuó Marambot-, no pasa un año, estás oyendo bien, un año, sin que aparezca aquí una nueva historia de Gisors; ya tenemos veintitrés.

-¿Y las glorias de Gisors? -pregunté.

-¡Oh! No te las mencionaré todas, te hablaré sólo de las principales. Primero tuvimos al general Blamont, luego al barón Davillier, el célebre ceramista que exploró España y las Baleares y reveló a los coleccionistas las admirables cerámicas hispano-árabes. En el ámbito de las letras, un periodista de gran mérito, hoy ya fallecido, Charles Brainne, y entre los que aún viven el eminentísimo director del *Nouvelliste de Rouen*, Charles Lapierre... y otros muchos, otros muchos más...

Íbamos por una calle larga, ligeramente inclinada, calentada de un extremo al otro por el sol de junio que había obligado a resguardarse en sus casas a los habitantes. De repente, al otro extremo de la calle apareció un hombre, un borracho que titubeaba. Avanzaba, con la cabeza hacia delante, los brazos colgando, las piernas flojas, por períodos de tres, seis o diez pasos rápidos, seguidos de una pausa. Cuando aquel impulso energético y reducido lo llevó hasta la mitad de la calle, se detuvo de repente y se balanceaba sobre sus pies, dudando entre la caída y una nueva crisis de energía. Luego echaba a andar bruscamente en cualquier dirección. Entonces golpeó una casa a la que parecía estar pegado, como si quisiera entrar a través del muro. Luego se dio la vuelta en una sacudida y miraba hacia delante, con la boca abierta, guiñando los ojos por el sol, luego, con un esfuerzo de riñones separó la espalda de la muralla, y volvió a echar a andar. Un pequeño perro amarillo, un perro famélico lo seguía ladrando, deteniéndose cuando él se detenía, y echando a andar cuando él lo hacía.

-Mira -dijo Marambot- ahí está el *rosier* de la señora Husson.

Me quedé muy sorprendido y pregunté:

-El *rosier* de la señora Husson, ¿qué quieres decir con eso?

El médico se echó a reír.

-¡Oh! es una manera de llamar a los borrachos que tenemos aquí. La expresión procede de una historia antigua que ha pasado ya a la categoría de leyenda, aunque sea completamente cierta.

-¿Es divertida esa historia?

-Muy divertida.

-Entonces, cuéntamela.

-Con mucho gusto. En otros tiempos había en esta ciudad una dama muy virtuosa y bienhechora que se llamaba señora Husson. Te estoy diciendo nombres auténticos ¿sabes?, no inventados. La señora Husson se ocupaba en particular de las buenas obras, de socorrer a los pobres y de animar a los que tenían méritos. Menuda, andando a pasitos cortos, adornada con una peluca de seda negra, ceremoniosa, educada, en muy buena relación con el buen Dios representado por el padre Malou, sentía horror profundo, un horror instintivo del vicio, y sobre todo del vicio que la Iglesia llama lujuria. Los embarazos antes del matrimonio la sacaban de sus casillas, la exasperaban hasta hacerle abandonar su buen carácter.

Era la época en la que, en los alrededores de París, coronaban a las *rosières* y a la señora Husson se le ocurrió la idea de tener una *rosière* en Gisors. Lo comentó con el padre Malou quien inmediatamente elaboró una lista de candidatas. Pero la señora Husson tenía una criada, una vieja criada llamada Françoise, tan intratable como su ama. Tan pronto como se marchó el cura, la señora llamó a la criada y le dijo:

-Mira Françoise, éstas son las chicas que el señor párroco me propone para el premio a la virtud; intenta saber qué se piensa de ellas en el pueblo.

Y Françoise inició su campaña. Recogió todos los chismes, todas las historias, todas las opiniones, todas las sospechas. Y para no olvidar nada, lo escribía junto a la relación de gastos en su libro de cocina y se lo entregaba cada mañana a la señora Husson, quien, después de haberse calado las gafas en su fina nariz, podía leer:

Pan 20 céntimos

Leche 10 céntimos

Mantequilla 40 céntimos

Malvina Levesque se ha descarriado el año pasado con Mathurin Poilu.

Una pierna 1,25 francos

Sal 5 céntimos

Rosalie Vatinel fue encontrada en el bosque Ribouet con Césaire Piénoir por la señora Onésime, planchadora, el veinte de julio al anochecer.

Rábanos 5 céntimos

Vinagre 10 céntimos

Sal de acederas 10 céntimos

Joséphine Durdent que no se cree que haya faltado aunque mantiene correspondencia con un hijo de Oportun que está de servicio en Rouen y que le envió un gorro como regalo en la diligencia.

Ni una sola salió intacta de esta escrupulosa encuesta. Françoise interrogaba a todo el mundo, a los vecinos, a los tenderos, al maestro, a las monjas del colegio y anotaba los más mínimos comentarios. Como no hay una sola chica en el mundo de la que las comadres no hayan comentado algo, no se encontró en la comarca ni una sola chica que estuviera al abrigo de la maledicencia.

Y como la señora Husson quería que la *rosière* de Gisors, como la esposa de César, ni siquiera levantara sospechas, se quedaba confundida, desolada, desesperada ante el libro de cocina de su criada. Se amplió el círculo de pesquisas hasta los pueblos circundantes, pero no se encontró nada. Se consultó al alcalde, pero sus protegidas fracasaron. Las del doctor Barbesol no tuvieron más éxito, pese a la precisión de sus garantías científicas. Entonces, una mañana al volver de unas compras, Françoise dijo a su ama:

-¿Sabe una cosa, señora? Si usted quiere coronar a alguien, en toda la comarca no hay nadie más virtuoso que Isidore.

La señora Husson se quedó pensativa. Conocía bien a Isidore, el hijo de Virginie la frutera. Su castidad proverbial producía risa en Gisors desde hacía ya unos años, servía de tema jocoso en las conversaciones de la ciudad y de diversión a las chicas que se entretenían haciéndole bromas. Con veinticinco años cumplidos, alto, torpe, lento y temeroso, ayudaba a su madre en la tienda y pasaba los días limpiando la fruta y las verduras, sentado en una silla delante de la puerta. Tenía un miedo enfermizo a las faldas que le hacía bajar los ojos tan pronto como una clienta lo miraba sonriendo, y esta timidez bien conocida, lo convertía en el juguete de todos los bromistas de la comarca. Las palabras atrevidas, las bromas soeces, las alusiones obscenas lo ruborizaban con tanta rapidez que el doctor Barbesol lo había apodado «el termómetro del pudor». ¿Sabía o no? se preguntaban los vecinos, los maliciosos. ¿Era el simple presentimiento de los misterios ignorados y vergonzosos, o bien la indignación por los viles contactos ordenados por el amor lo que parecía conmover tan intensamente al hijo de Virginie la frutera? Los chiquillos descarados del pueblo corrían delante de la tienda lanzando a voz en grito cochinas sólo por verle bajar los ojos; las chicas se divertían pasando una vez y otra delante de él susurrando charranadas que le hacían entrar de nuevo en la casa. Las más atrevidas lo provocaban abiertamente, para reír, para divertirse, le daban citas y le proponían cosas abominables.

La señora Husson se había quedado, pues, pensativa. Ciertamente, Isidore era un caso de virtud excepcional, notoria, incuestionable. Nadie, entre los más escépticos, entre los más incrédulos, habría podido, se habría atrevido a sospechar que Isidore hubiera cometido la menor infracción a cualquiera de las leyes morales. No lo habían visto jamás en un café, no lo habían encontrado de noche por las calles. Se acostaba a las ocho y se levantaba a las cuatro. Era alguien perfecto, una joya.

Sin embargo la señora Husson dudaba aún. La idea de sustituir una *rosière* por un *rosier* la perturbaba, la inquietaba un poco, y resolvió consultarlo con el padre Malou. El padre Malou le contestó:

-¿Qué es lo que usted, señora, desea recompensar? La virtud, ¿no es cierto? Sólo la virtud. ¡Qué importa, pues, que sea macho o hembra! La virtud es eterna, no tiene patria ni sexo: es la Virtud.

Animada por estas palabras, la señora Husson fue a visitar al alcalde, que aprobó la decisión:

-Organizaremos una hermosa ceremonia -dijo-. Y si otro año encontramos a una mujer tan digna como Isidore, coronaremos a una mujer. Es incluso un buen ejemplo que ofrecemos a Nanterre. No seamos exclusivos y aceptemos todos los méritos.

Cuando se lo comunicaron a Isidore se ruborizó mucho y pareció contento. La coronación fue fijada pues para el día 15 de agosto, fiesta de la Virgen María y del emperador Napoleón. El municipio había decidido darle gran solemnidad a este evento y había dispuesto que el estrado se colocara en los Couronneaux, la encantadora prolongación de las murallas de la antigua fortaleza, donde te llevaré dentro de nada. Por una natural revolución del espíritu público, la virtud de Isidore zaherida hasta entonces, se había convertido de repente en respetable y envidiada desde el momento en que iba a ganar 500 francos, más una libreta de ahorros, una montaña de consideración y gloria para dar y tomar. Ahora las chicas lamentaban su ligereza, sus risas, sus comportamientos libres; e Isidore, aunque siempre modesto y tímido, había adquirido un aire de satisfacción, que ponía de manifiesto su alegría interior.

Desde la víspera del 15 de agosto, toda la calle Dauphine estaba adornada con banderas. ¡Ah! he olvidado contarte a consecuencia de qué acontecimiento esta calle recibió el nombre de Dauphine. Al parecer, la Delfina, una delfina, no sé muy bien cuál de ellas, de visita en Gisors, había sido retenida durante tanto tiempo en ceremonias por las autoridades que, en mitad de su paseo triunfal por la ciudad, detuvo el cortejo ante una de las casas de esta calle y exclamó: «¡Oh! ¡qué casa tan bonita, cómo me gustaría visitarla! ¿A quién pertenece?» le dijeron el nombre del propietario que fue buscado, encontrado y conducido, confuso y satisfecho, ante la princesa. Ésta descendió del carruaje, entró en la casa, quiso conocerla de arriba abajo e incluso permaneció encerrada sola durante unos minutos en una de las habitaciones. Cuando salió, el pueblo, honrado por el honor que se le hacía a un ciudadano de Gisors, gritó: «¡Viva la Delfina!» Pero algún gracioso compuso una cancioncilla y la calle conservó el nombre de su Alteza real porque:

*La princesa apresurada,
Sin campana, cura, ni pertiguero,
Con un poco de agua
La había bautizado.*

Pero, vuelvo a Isidore. Habían lanzado flores a todo lo largo del recorrido del cortejo, como se hace en las procesiones del Corpus Christi, y la guardia nacional estaba formada, a las órdenes de su jefe, el comandante Desbarres, un robusto veterano de la Grande Armée, que enseñaba con orgullo, junto al cuadro que contenía la Cruz de honor concedida por el Emperador en persona, la barba de un cosaco arrancada de un solo sablazo del mentón de su propietario por el comandante, durante la retirada de Rusia. El cuerpo que mandaba era, por otra parte, un cuerpo de élite célebre en toda la provincia, y la compañía de granaderos de Gisors era invitada a todas las fiestas memorables en un radio de quince o veinte leguas. Se cuenta que el rey Luis Felipe, cuando pasaba revista a las milicias de Eure, se detuvo maravillado ante la compañía de Gisors y exclamó:

-¡Oh! ¿Quiénes son estos hermosos granaderos?

-Los de Gisors -respondió el general.

-Tenía que haberlo adivinado -murmuró el rey.

El comandante Desbarres vino pues con sus hombres, con la música al frente, a buscar a Isidore a la tienda de su madre. Después de un pequeño fragmento musical interpretado bajo sus ventanas, el *rosier* en persona apareció en el umbral. Estaba vestido de dril blanco de los pies a la cabeza y cubierto con un sombrero de paja que llevaba, a título de escarapela, un ramito de flores de azahar.

El asunto del atuendo había inquietado bastante a la señora Husson, que dudó mucho entre la chaqueta negra de los que hacen la primera comunión, y el traje completamente blanco. Pero Françoise, su consejera, le hizo decidirse por el traje blanco al hacerle ver que así el *rosier* tendría el aspecto de un cisne.

Detrás apareció su protectora, su madrina, la señora Husson triunfante. Tomó su brazo para salir y el alcalde se colocó al otro lado del *rosier*. Los tambores resonaron. El comandante Desbarres ordenó: «¡Presenten armas!» El cortejo se puso en marcha hacia la iglesia, en medio de un inmenso gentío, llegado de todos los pueblos vecinos.

Tras una corta misa y una alocución conmovedora del padre Malou, se dirigieron hacia los Couronneaux donde se había servido un banquete bajo una tienda. Antes de sentarse a la mesa, el alcalde tomó la palabra. Éste es textualmente el discurso. Lo aprendí de memoria porque es muy hermoso:

Joven, una mujer de bien, amada por los pobres y respetada por los ricos, la señora Husson, a quien el pueblo entero da las gracias por mi voz, tuvo la idea, la feliz y bienhechora idea, de crear en esta ciudad un premio a la virtud que fuera un preciado estímulo ofrecido a los habitantes de esta bella comarca. Usted, joven, ha sido el primer elegido, el primer coronado de esta dinastía de prudencia y castidad. Su nombre se conservará al comienzo de esta lista de los más meritorios; y será necesario que su vida, compréndalo bien, que su vida entera responda a este feliz comienzo.

Hoy, ante esta noble dama que recompensa su conducta, ante estos soldados-ciudadanos que han tomado las armas en su honor, ante esta población emocionada, reunida para aclamarlo, o más bien, para aclamar en usted a la virtud, contrae el solemne compromiso ante la ciudad, ante todos nosotros, de dar hasta su muerte el excelente ejemplo que dio en su juventud. No lo olvide nunca, joven. Usted es la primera semilla arrojada en el campo de las esperanza, denos los frutos que esperamos de usted.

El alcalde dio tres pasos, abrió los brazos y apretó contra su corazón a Isidore que sollozaba. El *rosier* sollozaba sin saber por qué; de confusa emoción, de orgullo, de enternecimiento vago y feliz. Luego el alcalde le puso en una mano una bolsa de seda donde sonaban las monedas de oro, ¡500 francos de oro! y en la otra una libreta de ahorros. Y a continuación pronunció con voz solemne: «¡Homenaje, gloria y riqueza a la virtud!». El comandante Desbarres exclamó: «¡Bravo!». Los granaderos vociferaban y el pueblo aplaudía. La señora Husson, a su vez, se limpiaba las lágrimas.

Luego se sentaron en torno a la mesa en la que estaba servido el banquete. Fue interminable y magnífico. Unos platos seguían a otros; la sidra amarilla y el vino tinto confraternizaban en los vasos vecinos y se mezclaban en los estómagos. El choque de los platos, las voces y la música que tocaba suavemente formaban un rumor continuo, profundo, se dispersaba por el cielo claro donde volaban las golondrinas. La señora Husson reajustaba por momentos su peluca de seda negra que se le había inclinado hacia una oreja, y hablaba con el padre Malou. El alcalde, exaltado, hablaba de política con el comandante Desbarres, e Isidore comía, Isidore bebía, como jamás había bebido y comido. Tomaba y repetía de todo, percatándose por primera vez de que es agradable sentir cómo el estómago se llena de cosas sabrosas que antes causan placer al pasar por la boca. Había desabrochado hábilmente el cierre del pantalón que le apretaba por la presión creciente de su panza, y silencioso, algo inquieto no obstante por una mancha de vino caída sobre su chaqueta de dril, paraba de masticar para llevarse a la boca el vaso y retenerlo allí lo más posible, pues saboreaba con lentitud.

Llegó la hora de los brindis. Fueron muchos y muy aplaudidos. Empezaba a anochecer. Estaban sentados a la mesa desde mediodía. Ya flotaba en el valle la bruma fina y lechosa, ligero camión de arroyos y praderas; el sol llegaba al horizonte; las vacas mugían a lo lejos en los brumosos pastizales. Terminaron e iniciaron el descenso hacia Gisors. El cortejo, ahora fraccionado, marchaba en desbandada. La señora Husson había tomado del brazo a Isidore y le hacía numerosas recomendaciones, exigentes, excelentes.

Se detuvieron ante la puerta de la frutera y el *rosier* fue dejado en casa de su madre. Ella no había regresado aún. Invitada por su familia para celebrar también el triunfo de su hijo, había almorzado en casa de una hermana, después de haber acompañado el cortejo hasta la tienda del banquete. Por lo tanto, Isidore permaneció solo en la tienda en la que penetraba ya la oscuridad. Se sentó en una silla, nervioso por el vino y el orgullo y miró a su alrededor. Las zanahorias, las coles, las cebollas exhalaban en la habitación cerrada su fuerte olor de verdura, sus aromas huertanos y rudos, con los que se mezclaba un suave y penetrante olor a fresas y el perfume ligero, el perfume huidizo de una cesta de melocotones. El *rosier* cogió uno y se lo comió a bocados pese a tener el vientre redondo como una calabaza. Luego, de pronto, loco de alegría, se puso a bailar; algo sonó en su chaqueta.

Se sorprendió, hundió las manos en los bolsillos y sacó la bolsa con los 500 francos de la que, por su embriaguez, se había olvidado. ¡500 francos! ¡qué fortuna! Volcó los luises sobre el mostrador y los extendió con una lenta caricia de su gran mano abierta, para verlos todos a la vez. Había veinticinco, veinticinco monedas redondas, y ¡de oro! ¡todas de oro! Brillaban sobre la madera en la densa oscuridad y él las contaba y las recontaba poniendo el dedo sobre cada una de ellas susurrando: 1, 2, 3, 4, 5: cien; 6, 7, 8, 9, 10: doscientos; luego las volvió a meter en la bolsa que ocultó de nuevo en el bolsillo.

¿Quién sabrá y quién podría describir el terrible combate librado en el alma del *rosier* entre el mal y el bien; el ataque tumultuoso de Satanás, sus argucias, las tentaciones que desplegó en el seno de aquel corazón tímido y virgen? ¿Qué sugestiones, qué imágenes, qué apetencias inventó el maligno para emocionar y perder a este elegido? El elegido de la señora Husson, cogió su sombrero, un sombrero en el que aún seguía el pequeño ramo de azahar y, saliendo por la calleja trasera de la casa, desapareció en la noche.

* * *

Virginie, la frutera, avisada de que su hijo había regresado, volvió casi inmediatamente después, pero encontró la casa vacía. Esperó en un primer momento sin extrañarse; luego, al cabo de un cuarto de hora, preguntó. Los vecinos de la calle Dauphine habían visto entrar a Isidore pero no lo habían visto volver a salir. Entonces se pusieron a buscarlo pero no lo encontraron. La frutera, inquieta, corrió a la alcaldía, pero el alcalde no sabía nada, sólo que habían dejado al *rosier* delante de su puerta. La señora Husson acababa de acostarse cuando vinieron a avisarle de que su protegido había desaparecido. Volvió a colocarse de inmediato la peluca, se levantó y fue personalmente a la casa de Virginie. Virginie, cuyo alma popular tenía una emoción rápida, lloraba desconsolada en medio de sus coles, sus zanahorias y sus cebollas.

Temían un accidente. Pero ¿cuál? El comandante Desbarres avisó a la gendarmería que hizo una ronda por los alrededores de la ciudad y encontraron, en la carretera de Pontoise, el ramito de flores de azahar, que fue colocado sobre

la mesa en torno a la cual deliberaban las autoridades. El *rosier* debía haber sido víctima de algún engaño, de una maquinación, de una envidia; pero ¿cómo? ¿Qué medio se habían empleado para secuestrar a aquel inocente, y con qué fin?

Cansadas de buscar sin encontrar, las autoridades se acostaron. Sólo Virginie pasó la noche entre lágrimas.

Y, al día siguiente por la tarde, cuando pasó de regreso la diligencia de París, todo Gisors supo con estupor que su *rosier* había detenido el coche a doscientos metros del pueblo, había subido en él, había pagado el billete con un luis de oro del que le dieron la vuelta, y que se había bajado tranquilamente en el corazón de la gran ciudad.

La emoción fue grande en el pueblo. Se intercambiaron cartas entre el alcalde y el jefe de la policía parisina, pero no condujeron a ningún descubrimiento. Unos días siguieron a otros, y transcurrió una semana.

Y, una mañana, el doctor Barbesol, que había salido muy temprano, divisó, sentado sobre el quicio de una puerta, a un hombre vestido de tela gris, que dormía con la cabeza apoyada en el muro. Se acercó y reconoció a Isidore. Quiso despertarlo, pero no lo consiguió. El ex *rosier* dormía con un sueño profundo, invencible, inquietante, y el médico, sorprendido, fue a pedir ayuda con el fin de transportar al joven a la farmacia de Boncheval. Cuando lo levantaron, apareció debajo de él una botella vacía que después de haberla olido, el doctor declaró que había contenido aguardiente. Era un indicio que sirvió para darle los remedios adecuados. Remedios que dieron buen resultado.

Isidore estaba borracho, borracho y embrutecido por ocho días de borrachera, borracho y sucio hasta el punto de no ser tocado ni por un traperero. Su hermoso traje de dril blanco se había convertido en un guñapo gris, amarillo, grasiento, encenagado, desgarrado, innoble; y su persona desprendía todo tipo de olores de desagüe, de arroyo y de vicio. Lo lavaron, lo sermonearon, lo encerraron, y durante cuatro días no salió. Parecía avergonzado y arrepentido. No llevaba encima ni la bolsa de los 500 francos, ni la libreta de ahorro, ni siquiera el reloj de plata, herencia sagrada que le había dejado su padre, el frutero.

El quinto día se aventuró a salir a la calle Dauphine. Las miradas curiosas lo seguían y él iba a lo largo de las casas con la cabeza baja y los ojos huidizos. Lo perdieron de vista a la salida del pueblo con dirección al valle; pero dos horas más tarde reapareció, bromeando y golpeándose con las paredes. Estaba borracho, completamente borracho.

Nada pudo corregirlo. Expulsado de casa por su madre, se hizo carretero y condujo los carros de carbón de la casa Pougriamel, que aún existe. Su reputación de borracho se hizo tan grande, se extendió hasta tan lejos, que hasta en Évreux se hablaba del *rosier* de la señora Husson, y los borrachos de la comarca han conservado ese mote.

Un acto caritativo no se pierde nunca.

* * *

El doctor Marambot se frotaba las manos al concluir su historia. Yo le pregunté: -¿Conociste al *rosier* ?

-Sí, tuve el honor de cerrarle los ojos.

-¿De qué murió?

-De un ataque de *delirium tremens* , naturalmente.

Habíamos llegado cerca de la vieja fortaleza, montón de murallas destruidas que dominaban la enorme torre de Saint-Thomas de Cantorbéry y la torre llamada del Prisionero. Marambot me contó la historia de ese prisionero que, valiéndose de un clavo, cubrió de esculturas los muros de su mazmorra, siguiendo los movimientos del sol a través de la grieta estrecha de una tronera.

Luego supe que Clotario II había dado el patrimonio de Gisors a su primo san Romain, obispo de Rouen; que Gisors dejó de ser la capital de todo el Vexin tras el traslado de Saint-Clair-sur-Epte; que la ciudad fue el primer punto estratégico de toda esta parte de Francia y que, a consecuencias de esta ventaja, fue tomada y reconquistada en innumerables ocasiones. Por orden de Guillermo el Rojo, el célebre ingeniero Roberto de Bellesme construyó allí una poderosa fortaleza atacada más tarde por Luis el Gordo, luego por los barones normandos, defendida por Roberto de Candos, cedida al fin a Luis el Gordo por Geoffroy Plantagenet, retomada por los ingleses tras una traición de los Templarios, disputada entre Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León, quemada por Eduardo III de Inglaterra que no pudo conquistar el castillo, tomada de nuevo por los ingleses en 1419, devuelta más tarde a Carlos VII por Ricardo de Marbury, tomada por el duque de Calabria, ocupada por la Liga, habitada por Enrique IV, etc., etc., etc.

Y Marambot, convencido, casi elocuente, repetía:

-¡Qué miserables esos ingleses! y ¡Qué borrachos, amigo mío; todos *rosiers* , esos hipócritas!

Luego, tras un silencio, tendiendo el brazo hacia el delgado río que brillaba en la pradera:

-¿Sabías que Henry Monnier fue uno de los pescadores más asiduos de las orillas del Epte?

-No, no lo sabía.

-Y Bouffé, amigo mío, Bouffé, fue aquí pintor vidriero.

-¡Venga!

-Que sí. ¿Cómo puedes ignorar esas cosas?

FIN

El Salto del Pastor

Desde Dieppe al Havre, la costa presenta un acantilado ininterrumpido, de unos cien metros de longitud, vertical como una muralla. De vez en cuando, esa gran línea de rocas blancas se rompe bruscamente, y un pequeño valle estrecho, con laderas cubiertas de hierba rasa y juncos marinos, desciende desde la meseta cultivada hacia una playa de guijarros donde desemboca por una rambla, semejante al lecho de un torrente. La naturaleza hizo esos valles, la lluvia de tormenta los terminó con esas ramblas, entallando lo que quedaba de acantilado, ahondando hasta el mar el lecho de las aguas que sirve de paso a las personas. A veces, algún pueblo se halla acurrucado en esos valles hasta donde penetra el viento del mar.

He pasado el verano en una de esas calas de la costa, alojado por un campesino, cuya casa, orientada hacia el mar, me permitía ver desde mi ventana un gran triángulo de agua azul, enmarcada por las laderas verdes del valle y salpicada a veces por las velas blancas que pasaban a lo lejos, bajo el sol.

El camino que se dirigía al mar seguía el fondo de la garganta, y bruscamente, se hundía entre dos muros de marga, se convertía en una especie de surco profundo, antes de desembocar en la bella extensión de cantos rodados, redondeados y pulidos por la secular caricia de las olas. Ese paso encajonado se llama «El Salto del Pastor». Éste es el drama que hizo que así lo llamaran:

Se cuenta que este pueblecito estaba regido por un sacerdote joven, austero y violento. Había salido del seminario lleno de odio hacia quienes viven según las leyes naturales y no según las leyes de Dios. De inflexible severidad para consigo mismo, se mostró con los demás con una implacable intolerancia; una cosa sobre todo lo exacerbaba de ira y asco: el amor. Si hubiera vivido en grandes ciudades, entre seres civilizados y refinados que disimulan tras los delicados velos del sentimiento y la ternura los actos brutales que la naturaleza ordena, si hubiera confesado, en la sombra de las grandes naves, a las elegantes pecadoras perfumadas cuyas faltas parecen mitigadas por la gracia de la caída y el envoltorio de ideal que rodea al beso material, probablemente no habría sentido aquella rebelión insana, aquel furor descompuesto que sentía ante el apareamiento vulgar de los harapientos en el barro de una cuneta o sobre la paja de un troje.

Y equiparaba con las bestias a todas aquellas gentes que desconocían el verdadero amor, y que sólo se unían como lo hacen los animales; y los odiaba por la ordinariez de su alma, por la sucia saciedad de su instinto, por la repugnante alegría de los viejos que hablaban aún de esos inmundos placeres. Posiblemente, y a su pesar, estuviera torturado por la angustia de unos apetitos no satisfechos y secretamente atormentado por la lucha de un cuerpo sublevado contra un espíritu despótico y casto.

Pero todo cuanto tenía algún tipo de relación con la carne lo trastornaba, le hacía salir de sí mismo; y sus sermones violentos, llenos de amenazas y alusiones furiosas, provocaban la risa de las chicas y los chicos que se echaban miraditas por debajo, en la iglesia; mientras que los campesinos con blusa azul y las campesinas con pañoleta negra se decían al salir de misa, mientras regresaban a sus casas cuya chimenea lanzaba al cielo un hilillo de humo azul: «El señor cura no bromea con esas cosas.»

Una vez, y por una insignificancia, se enfureció hasta el extremo de perder la razón. Acudía a visitar a una enferma. Y, tan pronto como entró en el patio de la hacienda, vio a un grupo de chiquillos, los de la casa y los de los vecinos, arremolinados junto a la caseta del perro. Miraban algo con curiosidad, inmóviles, con una atención muda y concentrada. El cura se aproximó. Era la perra que estaba pariendo. Delante de la caseta, cinco cachorrillos se movían alrededor de su madre que los lamía con ternura, y, en el momento en que el párroco asomó la cabeza por encima de la de los niños, un sexto perrito apareció. Todos los chiquillos, presas de alegría, se pusieron a gritar aplaudiendo: «¡Uno más, uno más!». Para ellos era un juego, un juego natural donde no había nada de impuro; contemplaban este nacimiento como habrían contemplado caer las manzanas del árbol. Pero el hombre de la sotana negra se crispó de indignación, y perdiendo la cabeza, levantó su gran paraguas azul y se puso a golpear a los niños. Todos pusieron pies en polvorosa. Entonces, al encontrarse solo frente a la perra de parto, la golpeó con toda su fuerza. Como estaba encadenada, no podía escapar, y como se debatía gimiendo, se subió encima de ella, y aplastándola bajo sus pies, le hizo traer al mundo a un último cachorro, que mató a taconazos. Luego dejó el cuerpo ensangrentado en medio de los recién nacidos llorosos y torpes, que buscaban ya los pezones de su madre.

Solía dar largos paseos, solo, a grandes zancadas, con una actitud salvaje. Y, un día, una tarde del mes de mayo, cuando regresaba de un largo paseo y seguía el acantilado para volver al pueblo, un violento chubasco lo sorprendió. No se veía ninguna casa a lo largo de la desnuda costa, que el chaparrón acribillaba con sus flechas de agua.

El mar encrespado arrojaba su espuma; y unos gruesos nubarrones negros se aproximaban desde el horizonte, haciendo que la lluvia arreciara. El viento soplabá, inclinaba las jóvenes cosechas y sacudía al cura empapado, pegaba a sus piernas la sotana atravesada, llenaba de ruido sus oídos y de confusión su corazón exaltado. Se quitó el sombrero

ofreciendo su frente a la tormenta y, poco a poco, se iba aproximando al pueblo. Pero lo alcanzó una ráfaga de tal intensidad que no pudo seguir avanzando. De pronto, junto a un aprisco divisó la cabaña de un pastor trashumante. Era un refugio y corrió hacia él.

Los perros, azotados por el huracán, no se movieron cuando él se acercó; y llegó hasta la cabaña de madera, una especie de nicho colocado sobre ruedas, que los guardianes de los rebaños trasladan en verano de un pastizal a otro. Por encima de un escabel, la puertecilla estaba abierta y permitía ver la paja del interior. El cura estaba a punto de entrar en ella cuando observó, en la sombra, a una pareja de enamorados que se abrazaba. Entonces, violentamente, cerró el postigo y lo atascó; luego, unciéndose a las varas, curvando su delgada figura, tirando como si fuera un caballo, jadeando bajo su sotana de paño mojada, corrió, conduciendo hacia la inclinada pendiente, la pendiente mortal, a los jóvenes sorprendidos abrazados, que golpeaban la pared con el puño, creyendo sin duda que se trataba de la broma de algún caminante.

Cuando estuvo en lo alto de la pendiente, soltó el ligero habitáculo, que se puso a rodar por la cuesta empinada. Se precipitaba en su carrera, locamente desbocada, cada vez más rápida, saltando, tropezando como un animal, golpeando la tierra con las varas.

Un viejo mendigo, que se hallaba resguardado en una cuneta, la vio pasar de un salto por encima de su cabeza y oyó gritos horribles lanzados desde el interior del cofre de madera. De pronto perdió una rueda arrancada en un golpe, se inclinó sobre un lateral y volvió a caer como una bola, como una casa arrancada de raíz se precipitaría desde la cima de un monte, y llegando al reborde de la última rambla, saltó describiendo una curva y, cayendo al fondo, se rompió en él como un huevo.

Recogieron a los enamorados machacados, triturados, con todos los miembros rotos, pero abrazados, con los brazos anudados en torno al cuello en el espanto como en el placer.

El párroco negó la entrada a la iglesia a los cadáveres y su bendición a los féretros.

Y el domingo, en la homilía, habló acaloradamente del séptimo mandamiento de la ley de Dios, amenazando a los enamorados con un brazo vengador y misterioso; y citando el ejemplo terrible de los dos infelices a quienes la muerte sorprendió mientras pecaban. Cuando salía de la iglesia, dos gendarmes lo detuvieron. El aduanero, resguardado del temporal en una garita de vigilancia, lo había visto todo. El párroco fue condenado a trabajos forzados.

Y el campesino que me relató esta historia añadió con gravedad: «Yo lo conocí. Era todo un hombre, no obstante, sólo que no le gustaban las frivolidades».

FIN

El testamento

Hacía poco tiempo que conocía a aquel muchacho que se llamaba René de Bourneval. Su trato era amable, aunque un poco triste; parecía desengañado de todo, sumamente escéptico, de un escepticismo mordaz, hábil sobre todo para poner de manifiesto, con una sola palabra, las hipocresías humanas. Con frecuencia lo oía decir: "En la vida no hay hombres honrados o al menos no lo son sino relativamente a los tunantes". Tenía dos hermanos con quienes no trataba nunca, y yo suponía que su madre se había casado dos veces en vista del apellido distinto de aquellos. En algunas ocasiones había oído decir que en aquella familia había ocurrido una extraña historia, pero no me daban de ella ningún detalle. Las condiciones morales de aquel hombre me gustaban y bien pronto nos hicimos amigos.

Una noche, después de haber comido los dos solos en su casa, le pregunté, no sé por qué: ¿Usted nació del primero o del segundo matrimonio de su madre? Lo vi palidecer un poco, después sonrojarse; permaneció algunos segundos sin hablar, visiblemente turbado.

Al fin, con la sonrisa dulce y melancólica que le era peculiar, dijo:

-Mi querido amigo, si no le fastidio a usted voy a darle sobre mi origen algunos detalles bien singulares. Sé que es usted un hombre inteligente y no temo que su amistad por mí disminuya al saberlos; si lo temiera así, no sentiría el gusto y la satisfacción que siento teniéndolo por amigo.

"Mi madre era una mujer bondadosa y tímida, y por cuya fortuna, bastante considerable, M. Courcils la hizo la corte y acabó por casarse con ella. Toda su vida fue un martirio. De alma delicada, temerosa y amante, fue maltratada por aquel que debió ser mi padre, hombre de noble cuna, que no era por su aspecto ni por sus inclinaciones sino un palurdo zafio y grosero. Al cabo de un mes de matrimonio, tenía por querida una criada de la casa, sin dejar por eso de perseguir y hacer el objeto de sus torpes amores a las hijas y mujeres de sus colonos.

"Nada de esto le impidió tener dos hijos de su mujer; debería decir tres, comprendiéndome a mí. Mi madre nada decía; en aquella casa llena de ruido y algazara, vivía mi madre como esos ratoncillos que se ocultan debajo de los muebles. Asustada, acobardada, estremecida, miraba a la gente con sus ojos claros e inquietos, siempre moviéndolos de un lado a otro, con los ojos propios de una persona azorada, dominada siempre por el miedo. Era bonita, sin embargo; muy bonita, rubia, de un rubio gris, un rubio tímido, por decirlo así, como si sus cabellos se hubiesen descolorido por sus incesantes temores. Entre los amigos de M. de Coureils, que venían constantemente al castillo, se encontraba un antiguo oficial de caballería, viudo, hombre temible, de carácter a un tiempo tierno y violento, y capaz de las más enérgicas resoluciones: M. de Rousseau; hubiera podido asegurarse que había heredado algo de aquellas resoluciones de su antepasado. Sabía de memoria el *Contrato social*, *La nueva Eloísa* y todos esos libros filosóficos que han ido poco a poco preparando y realizando la transformación de nuestros antiguos usos, de nuestros prejuicios, de nuestras rancias y antiguas leyes, de nuestra moral estúpida e imbécil.

"Amó a mi madre y fue por ella correspondido. Aquellas relaciones permanecieron secretas hasta el punto de que nadie las sospechó. La pobre mujer, abandonada y triste, debió unirse a aquel hombre de una manera desesperada, y adquirir con su trato su mismo modo de pensar: teorías del libre sentimiento, audacias de amor independiente; pero como era tímida hasta el punto de no osar levantar la voz, todas aquellas teorías fueron encerradas, condensadas, prensadas en su corazón, que no se abría jamás. Mis dos hermanos habían sido duros, ariscos con ella como su padre; nunca la acariciaban, y acostumbrados al poco caso que de ella se hacía, a lo poco que se le consideraba en la casa, la trataban casi como a una criada. Yo fui el único de sus hijos que la quiso verdaderamente y a quien ella también amó.

"Murió cuando yo tenía 18 años. Debo añadir, para que usted comprenda lo que voy a contarle, que por consejo judicial se había pronunciado en el matrimonio una separación de bienes en provecho de mi madre. Había conservado, gracias a los artificios de la ley y a los buenos oficios de un notario que la era adicto, el derecho de testar a su capricho.

"Fuimos, pues, prevenidos de la existencia de un testamento en casa de aquel notario e invitados a asistir a su lectura.

"Me acuerdo de aquella como si fuera ayer. Fue una escena grandiosa, dramática, burlesca, sorprendente, producida por la protesta, por la indignación y la revelación póstuma de aquella muerta, por aquel grito de libertad, aquella reivindicación desde el fondo de la tumba, de aquella mártir oprimida por nuestras costumbres durante su vida y que lanzaba desde su sepulcro un grito desesperado de independencia. El que pasaba por ser mi padre, un hombre grueso, sanguíneo, cuyo aspecto despertaba la idea de un carnicero, y mis hermanos, dos muchachos con veinte y veintidós años, respectivamente, esperaban tranquilamente sentados la lectura del documento. M. de Bourneval, invitado a presenciar el acto, entró colocándose detrás de mí. Estaba vestido con una larga y ajustada levita negra que hacía resaltar notablemente su intensa palidez, y con un movimiento nervioso mordisqueaba su bigote que comenzaba a blanquear; indudablemente sabía lo que allí iba a suceder.

"El notario cerró la puerta con llave y comenzó la lectura, después de haber roto en nuestra presencia el sobre sellado

con cera encarnada y del cual ignoraba el contenido."

Bruscamente mi amigo calló. Levantándose de su asiento se acercó a la mesa y de uno de sus cajones tomó un papel amarillento, lo desplegó y, besándolo con respeto, con verdadera devoción, repuso:

-He aquí el testamento de mi adorada madre.

"Yo, la abajo firmante, Ana Catalina Genoveva-Matilde de Croiluxe, esposa legítima de Juan Leopoldo-José Gontrán de Coureils, sana de cuerpo y alma, expreso aquí mis últimas voluntades.

"Pido perdón a Dios, primero, y después a mi hijo René, del acto que voy a realizar. Creo a mi hijo dotado de bastante buen corazón para comprenderme y perdonarme. He sufrido horriblemente toda mi vida. He sido casada por cálculo; después despreciada, desconocida, oprimida, engañada sin cesar por mi marido. Yo lo perdono, pero no le debo nada.

"Mis hijos mayores no me han querido, no me han consolado con sus caricias, con sus cuidados; apenas me han tratado como a una madre.

"Yo he sido para ellos, durante mi vida, lo que debía ser; no les debo tampoco nada después de mi muerte. Los lazos de la sangre no existen sin la afición constante, sagrada, de cada día. Un hijo ingrato es menos que un extraño; es un culpable, porque no tiene el derecho de ser indiferente con su madre.

"Yo he temblado siempre ante los hombres, ante sus leyes injustas e inicuas, sus costumbres inhumanas y sus infames prejuicios. Ante Dios no temo nada. Muerta ya, arrojo de mí la vergonzosa hipocresía; me atrevo a decir mi pensamiento, declarar y firmar el secreto de mi corazón.

"He dejado en depósito toda la parte de mi fortuna de que la ley me permite disponer a mi amante Pedro Germer-Simón de Bourneval, a quien adoro, para que sea entregada en seguida a nuestro querido hijo René.

("Esta voluntad está formulada de manera más precisa en un acta notarial.")

"Y ante el Juez Supremo que me escucha declaro que habría maldecido al cielo y a la existencia si no hubiese encontrado la afición profunda, constante, tierna de mi amante; si en sus brazos no hubiese comprendido que el Creador ha hecho los seres para amarse, sostenerse, consolarse y llorar juntos en las horas de amargura.

"Mis dos hijos mayores tienen por padre a M. de Courcils; René sólo debe la vida a M. de Bourneval. Yo ruego a Dios, amo y señor de todos los hombres y de sus destinos, que coloque por encima de los prejuicios sociales al padre y al hijo, que les inspire un mutuo y eterno cariño y respeto hacia mi memoria.

"Tal es mi último pensamiento y mi postrer deseo.

"Matilde de Croiluxe."

M. de Courcils se había levantado, gritando:

-Ese es el testamento de una loca.

Entonces M. de Bourneval avanzó un paso y con voz fuerte, con voz cortante, pronunció estas palabras:

-Yo, Simón de Bourneval, declaro que este escrito no encierra sino la estricta verdad. Estoy pronto a probarlo por cartas que conservo en mi poder.

M. de Courcils marchó hacia él.

Yo creí que iban a lanzarse uno sobre otro. Y estaban allí frente a frente, grandes los dos, delgado y pálido el uno, grueso y apoplético el otro, ambos estremecidos de furor. El marido de mi madre, con voz alterada por la rabia, balbuceó:

-¡Es usted un miserable!

El otro pronunció con el mismo tono vigoroso y seco:

-En otro lado nos entenderemos. Ya le hubiera a usted abofeteado y provocado hace mucho tiempo si no me hubiese preocupado, ante todo, la tranquilidad y el sosiego durante su vida de la pobre mujer a quien tanto ha hecho usted sufrir.

Después, volviéndose hacia mí, me dijo:

-Usted es mi hijo. ¿Quiere seguirme? Yo no tengo el derecho de llevarlo a usted conmigo; pero me lo tomo si quiere

acompañarme.

Yo estreché su mano sin pronunciar palabra.

Y salimos juntos.

Dos días más tarde M. de Bourneval mataba en duelo a M. Courcils. Mis hermanos, por temor a un terrible escándalo, se han callado. Yo les he cedido y ellos han aceptado la mitad de la fortuna dejada por mi madre. He tomado el nombre de mi verdadero padre, renunciando al que la ley me daba y que no era el mío. M. de Bourneval murió hace cinco años y yo no me he consolado de su muerte.

Se levantó, dio algunos pasos, y colocándose delante de mí:

-Y bien, yo digo que el testamento de mi madre es uno de los actos más hermosos, más leales, más grandes que una mujer puede realizar. ¿No piensa usted lo mismo?

Le alargué mis dos manos, y estrechando fuertemente las suyas, exclamé con toda la sinceridad de mi alma:

-¡Oh, sí, ciertamente, amigo mío!

FIN

El tic

Los comensales entraban lentamente en la gran sala del hotel y se sentaban en sus sitios. Los criados empezaron a servir lentamente para dar tiempo a los que llegaban con retraso y no tener que traer de nuevo los platos; y los antiguos bañistas, los habituales, aquellos que llegaban antes de la época, miraban con interés la puerta cada vez que se abría con el deseo de ver aparecer nuevos rostros.

Esta es la gran distracción de las villas termales. Se espera la hora de la cena para inspeccionar las llegadas del día, para adivinar quiénes son, lo que hacen, lo que piensan. Un deseo ronda nuestro espíritu, el deseo de los reencuentros agradables, de conocer gente amable, tal vez de amores. En esta vida de codo con codo, de vecinos, los desconocidos adquieren una importancia extrema. La curiosidad se pone en guardia, la simpatía en espera y la sociabilidad a trabajar.

Hay antipatías de una semana y amistades de un mes, se mira a la gente con ojos diferentes bajo la óptica especial del conocimiento de la villa termal. Se descubre a los hombres súbitamente en una conversación de una hora, por la tarde, después de cenar, bajo los árboles del parque donde borbotea el manantial curativo. Una inteligencia superior y con méritos sorprendentes, pero un mes más tarde hemos olvidado completamente estos nuevos amigos, tan encantadores los primeros días.

Allí también se forman lazos duraderos y serios, más rápido que en cualquier otra parte. Uno se ve todo el día, nos conocemos muy aprisa, y entre el afecto que empieza se mezcla algo de dulzura y del abandono de viejas intimidades. Más tarde queda el recuerdo querido y enternecedor de las primeras horas del amistad, el recuerdo de las primeras conversaciones mediante las que se llega al descubrimiento del alma, de las primeras miradas que preguntan y responden a las cuestiones y pensamientos secretos que la boca todavía no ha pronunciado, el recuerdo de esta primera confianza cordial, el recuerdo de esta sensación encantadora de abrir tu corazón a alguien que también parece abrirnos el suyo.

Y la tristeza de la estación de los baños, la monotonía de los días iguales, hacen más completa, a medida que las horas pasan, esta eclosión de afecto.

Así que, aquella tarde, como todas las tardes, esperábamos la entrada de figuras desconocidas.

Sólo vinieron dos, pero muy extraños: un hombre y una mujer, padre e hija. Dieron la sensación, enseguida, de personajes literarios; sin embargo, había en ellos un algo especial, un halo de desgracia. Yo me los imaginé como víctimas de la fatalidad. El hombre era muy grande y delgado, un poco encorvado, con el pelo todo blanco, demasiado blanco para su fisonomía todavía joven. Había en su aspecto y en su persona algo grave, un porte austero que caracteriza a los protestantes. La hija, de 24 ó 25 años, era pequeña, muy delgada también, muy pálida, con aire cansado, fatigado, agotado. Nos encontramos así personas que parecen demasiado débiles para los trabajos y necesidades de la vida, demasiado débiles para moverse, para andar, para hacer todo lo que hacemos diariamente. Esta chiquilla era bastante hermosa, de una belleza de apariencia diáfana; y comía con una lentitud extrema, como si fuera incapaz de mover sus brazos.

Era ella seguramente la que venía a tomar las aguas.

Se colocaron en frente de mí, al otro lado de la mesa, y me di cuenta inmediatamente de que el padre tenía un tic nervioso muy singular.

Cada vez que quería coger un objeto, su mano describía un rápido gancho, una especie de zigzag enloquecido, antes de llegar a tocar lo que buscaba. Al cabo de unos instantes ese movimiento me cansó tanto que giraba la cabeza para no verlo.

Me di cuenta también de que la joven tenía, para comer, un guante en la mano izquierda.

Después de cenar fui a dar una vuelta por el parque del complejo termal. Todo esto tenía lugar en una pequeña estación de Auvergne, Chatel-Guyon, escondida en una garganta, a los pies de la alta montaña, de esta montaña de donde emanan tantas fuentes termales, llegadas del hogar profundo de ancianos volcanes. Allí abajo, bajo nosotros, los domos, cráteres extinguidos, levantaban sus cabezas truncadas por debajo de la larga cadena montañosa;. Chatel-Guyon está al principio del país de los domos. Más lejos se extiende el país de las cumbres; y, más abajo todavía, el país de las cortaduras. El monte Dome es el más alto de los domos, el pico de Nancy el más alto de los picos y la cortadura de Chantal la más grande de las cortaduras.

Hacía mucho calor aquella tarde. Yo iba a lo largo y ancho de la sombría avenida, sobre el mamelón que dominaba el parque, escuchando la emisión de las primeras canciones del Casino. Percibí, acercándose a mí con un paso lento, al padre y la hija. Los saludé como saludamos en las villas termales a los compañeros de hotel; y el hombre, parándose

enseguida, me preguntó:

-No podría, señor, indicarnos un paseo corto, fácil y bonito, si es posible; y perdone mi indiscreción.

Yo me ofrecí a conducirlos al pequeño valle por donde fluye el riachuelo, el valle profundo de garganta estrecha entre dos grandes pendientes rocosas y cubiertas de árboles. Ellos aceptaron.

Y hablamos, naturalmente, de la virtud de las aguas.

-Oh -decía él -mi hija tiene una extraña enfermedad, cuyo origen ignoramos. Sufre de ataques nerviosos incomprensibles. Tan pronto la creemos afligida por una enfermedad de corazón, tan pronto por una de hígado, tan pronto por una enfermedad de médula espinal. Hoy día se la atribuyen al estómago, que es la gran caldera y el gran regulador del cuerpo, ese mal proteico con mil formas y mil ataques. Por eso estamos aquí. Yo creo más bien que son los nervios. En todo caso, es muy triste.

El recuerdo del violento tic de su mano me vino enseguida y le pregunté:

-Pero, ¿eso no es hereditario? ¿No está usted también enfermo de los nervios?

Él respondió tranquilamente:

-¿Yo?. ¡Que va! Siempre he estado bien de los nervios...

Luego, de repente, después de un silencio, volvió:

-¡Ah!, ¿usted se refiere al espasmo de mi mano cada vez que quiero coger algo? Eso se debe a una terrible emoción que he sufrido. Figúrese usted, ¡que esta chiquilla ha sido enterrada viva!

Yo no encontré nada más que decir que un "¡Ah!" de sorpresa y emoción.

Él siguió:

-Esta es la historia. Es sencilla. Juliette tenía desde hacía algún tiempo graves problemas en el corazón. Nosotros creíamos en una enfermedad de este órgano y esperábamos de todo.

"La trajeron un día fría, inanimada, muerta. Acababa de caer en el jardín. El médico constató el deceso.

"Velé a su lado un día y dos noches; la puse yo mismo en el ataúd que acompañé hasta el cementerio, donde fue depositado en nuestro panteón familiar. Esto sucedía en pleno campo, en Lorraine.

"Yo había querido que fuera enterrada con sus joyas, brazaletes, collares, anillos, todos los regalos que ella conservaba míos, y con su primer vestido de baile.

"Imagínese usted cómo era el estado de mi corazón y de mi alma volviendo a mi casa. Sólo la tenía a ella, mi mujer había muerto hacía mucho tiempo. Volví solo, medio loco, extenuado, a mi habitación y me dejé caer en mi sillón, sin pensamientos, sin fuerza ahora para hacer un movimiento. Ya no era más que una máquina dolorosa, vibrante, un despellejado: mi alma parecía una herida abierta.

"Mi viejo ayuda de cámara, Prosper, que me había ayudado a depositar a Juliette en el ataúd y a prepararla para su último sueño, entró sin hacer ruido y preguntó:

"-¿Señor, quiere usted tomar algo?

"Yo hice un 'no' con la cabeza, sin responder.

"Él añadió:

"-El señor está equivocado. El señor va a enfermar. ¿El señor quiere, pues, que yo lo meta en la cama?

"Dije:

"-No, déjame.

"Y él se retiró.

"Cuántas horas transcurrieron, no lo sé, ¡Oh! ¡Qué noche! ¡Qué noche! Hacía frío; el fuego se estaba apagando en la gran chimenea; y el viento, un viento de invierno, un viento helado, un fuerte viento completamente gélido, golpeaba las ventanas con un ruido siniestro y regular.

"¿Cuántas horas transcurrieron? Yo estaba allí, sin dormir, hundido, abatido, los ojos tristes, las piernas estiradas, el cuerpo debilitado, muerto, y el espíritu embotado de desesperación. De repente, la gran campana de la puerta de entrada, la gran campana del vestíbulo, sonó.

"Sufrí tal sacudida que mi asiento crujió. El sonido grave y pesado vibraba en el castillo vacío como en una tumba. Me giré para ver la hora en mi reloj. Eran las dos de la mañana. ¿Quién podía venir a esta hora?

"Y bruscamente la campana sonó de nuevo dos veces. Los sirvientes, sin duda, no osaban levantarse. Cogí un candelabro y descendí. Estuve a punto de preguntar:

"-¿Quién está ahí?

"Después tuve vergüenza de esta debilidad; y saqué lentamente los gruesos cerrojos. Mi corazón latía; tenía miedo. Abrí bruscamente la puerta y percibí en la sombra una forma vestida de blanco, algo como un fantasma.

"Me eché hacia atrás, baldado por la angustia, balbuciendo:

"-¿Quién... quién... quién eres tú?

"Una voz respondió:

"-Soy yo, padre.

"Era mi hija.

"Ciertamente, creí que estaba loco; retrocedí a trompicones delante de este espectro que entraba; yo me iba hacia atrás haciendo con la mano, como para espantarla, este gesto que usted ha visto a todas horas; ese gesto que ya no me ha abandonado.

"La aparición siguió:

"-No tengas miedo, papá, no estaba muerta. Han querido robarme mis anillos y me han cortado un dedo; la sangre empezó a fluir y eso me ha reanimado.

"Y me di cuenta, en efecto, de que estaba cubierta de sangre.

"Caí de rodillas, sofocado, sollozando, agonizante.

"Luego, cuando hube recobrado un poco la razón, tan enajenado todavía que entendía mal la terrible suerte que me venía, la hice subir a mi habitación, la hice sentarse en mi sillón; después llamé a Prosper con golpes precipitados para que volviera a encender el fuego, que preparara algo para beber y fuera a buscar ayuda.

"El hombre entró, miró a mi hija, abrió la boca con un espasmo de espanto y de horror, luego cayó tieso de espaldas, muerto.

"Era él quien había abierto el féretro, quien había mutilado y después abandonado a mi niña, ya que no podía borrar las huellas del robo. Ni siquiera había tenido cuidado en volver a colocar el ataúd en su nicho, seguro, como estaba por otra parte, de no ser sospechoso para mí, ya que gozaba de toda mi confianza.

"-Ve usted, señor, nosotros somos personas muy desgraciadas".

Él hombre calló.

La noche había llegado, envolviendo el pequeño valle solitario y triste, y una especie de misterioso miedo me oprimía al sentirme al lado de estos seres extraños, de esta muerta vuelta a la vida y de este padre con gestos horribles.

Yo no encontraba nada qué decir. Murmuré:

-¡Qué cosa más horrible!

Después, un minuto después, añadí:

-¿Y si entráramos?, me parece que hace fresco.

Y regresamos hacia el hotel.

FIN

El vagabundo

Llevaba más de un mes caminando en busca de trabajo por todas partes. Por falta de él había dejado su país, Ville-Avaray, en la Mancha. Maestro carpintero, de unos veintisiete años, honrado trabajador, había estado durante dos meses sosteniendo a su familia, por ser el mayor de los hijos, teniendo que cruzarse de brazos ante la escasez de todo. El pan empezó a faltar en la casa; las dos hermanas trabajaban a jornal, pero sus ganancias eran escasas, y él, Santiago Randel, el más fuerte, no hacía nada porque no tenía nada en qué emplearse y había de comerse la ración de los otros. Entonces se presentó en la Alcaldía y el secretario le dio esperanzas de encontrar trabajo en el Departamento Central. Partió, pues, provisto de papeles y certificados, con siete francos en el bolsillo y llevando al hombro, en un pañuelo azul sujeto al extremo de un palo, un par de zapatos de repuesto, un pantalón y una camisa.

Había caminado sin descansar ni de día ni de noche, por interminables caminos, bajo el sol y la lluvia, sin llegar nunca a ese país misterioso donde encuentran trabajo fácilmente los obreros.

Se había empeñado, desde un principio, en que no debía trabajar más que de carpintero, puesto que ese era su oficio. Pero en todos los talleres en que se presentaba le respondían que acababan de despedir obreros por falta de demandas, y terminó por decidirse, al encontrarse falto de recursos, a aceptar la primera colocación que le saliera al encuentro. En poco tiempo fue picapedrero, mozo de cuadra, empedrador, leñador, pocero, albañil, cestero y hasta pastor, todo mediante una mezquina retribución, que él mismo proponía para tentar la codicia de aldeanos y patrones, que a pesar de todo, una vez terminado su trabajo, se deshacían de él. Luego, durante una semana, si no encontraba nueva ocupación, consumía lo que tenía y muchas veces sólo comía un pedazo de pan, gracias a la caridad de algunas mujeres, a quienes pedía desde el umbral de las puertas a su paso por las calles. Llegaba la noche, y Santiago Randel, harapiento, con el estómago vacío, las piernas destrozadas y el alma angustiada, marchaba descalzo sobre la hierba por el borde del camino, para conservar el último par de zapatos, pues los primeros hacía tiempo no existían.

Era un sábado a fines de otoño. Espesas, nubes grises cruzaban el cielo rápidamente, arrastradas por el viento que gemía entre los árboles. El tiempo amenazaba lluvia; el campo estaba desierto, porque había oscurecido y era víspera de fiesta. De trecho en trecho, en medio de la huerta, se elevaban, semejantes a grandes hongos amarillos, montones hacinados de paja trillada; las tierras, desnudas de toda vegetación, ocultaban en su seno la simiente de la próxima cosecha. Randel sintió hambre, un hambre brutal, una de esas hambres que arroja al lobo sobre el hombre. Extenuado, alargaba el paso para llegar antes; y con la cabeza pesada, sintiendo el zumbido de la sangre en los oídos, los ojos inyectados, la boca seca, apretaba su palo convulsivamente, sintiendo el vago deseo de apalearse al primer transeúnte que encontrara entrando en su casa a cenar.

Miraba los bordes del sendero, sin apartar de su memoria la imagen de un montón de papas desenterradas y esparcidas por el suelo. Si hubiera encontrado unas cuantas, hubiera reunido unas ramas secas y allí, en el mismo barranco, después de hacer fuego, se hubiera proporcionado una buena cena con aquellos redondos tubérculos, bien asados, que con seguridad hubieran hecho desaparecer el frío que le crispaba las manos. Pero la época de la papa había pasado y habría de contentarse con roer, como había hecho la víspera, una remolacha cruda arrancada de uno de aquellos surcos.

Dos días después hablaba en voz alta consigo mismo, alargando el paso por la obsesión de sus ideas. No había pensado hasta entonces nada en concreto; todas sus facultades, su inteligencia entera, la había puesto al servicio de su profesión.

Pero la fatiga, la encarnizada persecución de un trabajo que no hallaba, las repulsas, las malas acogidas, las noches pasadas sobre la hierba, el ayuno y el desprecio que notaba por parte de los bien acomodados que lo tomaban por vagabundo; el consejo diariamente recibido: "¿Por qué salió usted de su pueblo?"; la tristeza de no poder ocupar en nada sus robustos y forzudos brazos; el recuerdo de sus padres abandonados en el pueblo, sin recursos casi, iban acumulándola poco a poco en su corazón una sorda cólera, amasada cada día, cada hora, cada minuto con nuevos ultrajes y que iba saliendo a la superficie a pesar de él, traducándose en frases cortas e irritadas.

Al tropezar continuamente en los guijarros que rodaban bajo sus pies descalzos, refunfuñaba: "¡Desgracia... miseria ... montón de cochinos..., dejar reventar de hambre a un hombre ... a un trabajador... montón de cochinos..., ni cuatro cuartos ... ni un céntimo... y ahora a llover ... eso faltaba ... cochinos, más que cochinos!"

Y se indignaba con las injusticias de la suerte, tomando por testigos a todos los hombres, de que la naturaleza, nuestra madre común, era ciega, injusta, pérfida y feroz. Y repetía entre dientes: "¡Montón de marranos!", contemplando al mismo tiempo la pequeña nube de humo gris que salía de los tejados de una aldea cercana a aquella hora, que era la de cenar. Y sin reflexionar en la otra injusticia humana, que se llama violencia y robo, sentía ardientes deseos de correr hacia el pueblo, entrar en una de sus casas, aplastar a los habitantes y sentarse en su lugar a la mesa.

"Yo tengo el derecho de vivir -decía-, y ahora con mas razón, puesto que me dejan reventar de hambre... ¡cochinos!... yo no pido más que trabajo, nada más, ¡cochinos!" Y el dolor de sus miembros, el dolor de su estómago, el dolor de su corazón se le subía a la cabeza como una especie de formidable borrachera, haciendo nacer en su cerebro esta idea

sencilla: "¡Tengo el derecho de vivir, puesto que el aire es de todos! ¡No hay derecho alguno que pueda privarme del pan que necesito para alimentarme!"

Caía una lluvia fría, espesa y helada. Se detuvo, murmurando: "¡Misericordia..., desgracia... todavía un mes de camino para volver a casa!" Y, en efecto, volvía allí pensando en que era más fácil encontrar pronto en qué ocuparse en su pueblo natal, donde era conocido, que en aquellas carreteras en las que a todos se hacía sospechoso.

Puesto que la carpintería no prosperaba, sería peón de albañil, yesero, picapedrero, cualquier cosa. Aunque no ganara más que veinte sueldos diarios, tendría, por lo menos, para comer.

Se arrolló al cuello lo que restaba de su último pañuelo, un pingajo, a fin de impedir que el agua fría se escurriese por el pecho y la espalda; pero pronto sintió que atravesaba la delgada tela de sus ropas e instintivamente lanzó a su alrededor una angustiada mirada, en la que se retrataba el dolor de no encontrar un sitio donde guarecerse, donde resguardar su cuerpo, donde apoyar su cabeza.

Llegó la noche, cubriendo de sombra los campos; allá lejos, en un prado, percibió una mancha oscura sobre la hierba; era una vaca. Atravesó el barranco y se dirigió hacia allí sin darse cuenta de lo que hacía. Cuando llegó cerca de ella, el animal levantó al verle su gruesa cabeza. "Si siquiera tuviera un cacharro -pensó-, podría beber un poco de leche". Miraba a la vaca, que, a su vez, no separaba los ojos de él; le dio un puntapié en el vientre, diciéndole: "¡Arriba!", y el pobre animal se levantó lentamente, dejando al descubierto las colgantes y pesadas ubres; se acostó entre las patas del animal, tendiéndose boca arriba, y bebió con avidez largo tiempo, estrujando con ambas manos el tibio pezón que aún olía a establo. Y bebió tanto, que se hartó de leche en aquella fuente vivificadora.

La lluvia caía ahora más espesa y glacial y en toda la llanura desierta no había un abrigo donde refugiarse. Tenía frío; de cuando en cuando veía brillar entre los árboles la luz que filtraban las ventanas de una casa.

La vaca se había vuelto a acostar pesadamente. Se sentó a su lado, acariciándole la cabeza, agradecido del alimento que le había proporcionado. El aliento tibio y fuerte del animal saliendo de su hocico como dos chorros de vapor, acariciaba la cara del trabajador, que le decía: "¡No debes tener frío ahí dentro, como yo!" Y le daba palmaditas en el pecho e introducía sus manos bajo las patas para buscar calor. Entonces tuvo una idea; acostarse y pasar la noche arrimado a aquel tibio y grueso vientre; buscó un sitio donde acomodarse, y por fin recostó su cabeza sobre las voluminosas ubres que acababan de prestarle su alimento. Quebrantado de fatiga, no tardó en dormirse. Se despertó varias veces con el pecho o la espalda helados, según el costado que aplicaba al vientre del animal; entonces daba una vuelta para calentarse y secar la parte del cuerpo que había quedado expuesta al relente de la noche y se dormía otra vez pesadamente.

El canto de un gallo lo hizo ponerse en pie. Amanecía; no llovía ya y el cielo aparecía puro y despejado. La vaca descansaba aún con el hocico pegado al suelo; se inclinó, apoyándose sobre las palmas de las manos, y besando el húmedo y caliente hocico, le dijo:

-Adiós, hermosa ... hasta otra vez; eres un animal caritativo ... Adiós.

Y después que se hubo calzado, emprendió su marcha. Durante dos horas avanzó por el mismo camino de siempre, hasta que el cansancio le produjo una lasitud tan grande que se vio precisado a tomar asiento sobre la hierba. Ya había salido el sol; las campanas de las iglesias repicaban; mujeres con blanca cofia, unas a pie y otras en carritos, comenzaban a pasar por el camino en dirección a los pueblos vecinos, a festejar el domingo con sus amigos o parientes.

Vio un aldeano, ya de edad, que conducía delante de él un rebaño de corderos que balaban inquietos, y que un perro hacía marchar agrupados, corriendo tras los revoltosos que pretendían separarse de sus compañeros.

-¿No tendría trabajo para un obrero muerto de hambre? -le preguntó Randel, levantándose y saludando.

-No tengo trabajo para la gente que encuentro por los caminos -contestó el pastor, midiendo de pies a cabeza al vagabundo con recelosa mirada.

Y el carpintero volvió a sentarse al borde del camino. Allí esperó largo tiempo, viendo desfilar delante de él a los campesinos y buscando una buena cara, un rostro compasivo, para volver a formular su petición. Al fin, se decidió a dirigirse a una especie de burgués bien abrigado, con un largo gabán desabrochado que dejaba ver una cadena de oro cruzando su pecho.

-Busco trabajo hace dos meses -le dijo-: no encuentro nada y no tengo ni un céntimo en el bolsillo.

-Debías haber leído -le contestó el burgués- el bando fijado a la entrada del pueblo prohibiendo la mendicidad en el territorio de la comuna. Soy el alcalde, y si no te marchas pronto, de prisa, te haré detener.

Randel, a quien empezaba a dominar la cólera, murmuró:

-Hágame detener, si quiere, tal vez será mejor para mí; al menos no me moriré de hambre.

Y se volvió a sentar sobre la senda.

Aún no había transcurrido un cuarto de hora cuando dos gendarmes aparecieron en el camino. Marchaban despacio, juntos, bien vestidos; sus sombreros de hule relucían al sol; brillaban los ribetes amarillos de sus trajes y los botones de metal como si desde lejos quisieran espantar a los malhechores y hacerles huir.

El carpintero, a pesar de estar persuadido de que venían por él, no se movió; estaba poseído de una sorda rabia y de un gran deseo de desafiarlos, de ser cogido y de vengarse más tarde de ellos.

Los gendarmes se aproximaron sin parecer percatarse de él, marchando con ese paso marcial zambo y pesado como el de un ganso. De pronto, al pasar a su lado, hicieron ademán de haberlo descubierto, y parándose, empezaron a mirarlo de pies a cabeza con gesto amenazador y furioso.

-¿Qué hace usted aquí? -le preguntó el cabo, avanzando hacia él.

-Descansar -respondió Santiago tranquilamente.

-¿De dónde, viene?

-Si fuera a enumerarle todos los pueblos por donde he pasado, tendría para más de una hora.

-¿A dónde va usted ahora?

-A Ville-Avaray.

-¿Dónde está eso?

-En la Mancha.

-¿Es el pueblo de usted?

-Es mi pueblo.

-¿Por qué se ha marchado usted de él?

-Para buscar trabajo.

El cabo se volvió hacia su compañero y con el tono colérico del que está cansado de oír la misma superchería, exclamo:

-Todos estos granujas dicen lo mismo. Conozco el sistema.

-¿Tiene usted sus papeles en regla? -dijo, volviéndose al carpintero.

-Sí, señor.

-Muéstrelos.

Randel sacó de su bolsillo sus papeles, sus certificados, pobres y mugrientos documentos que estaban hechos pedazos, y los alargó al gendarme.

Éste los deletreó mascullando. Después, convencido de que estaban al corriente, se los devolvió, con el aire descontento del hombre a quien se le acaba de jugar una mala partida.

-¿Lleva dinero encima? -preguntó de nuevo, después de unos momentos de reflexión.

-No.

-¿Nada?

-Nada.

-¿Ni un céntimo siquiera?

-Ni un céntimo.

-Entonces, ¿de qué vive usted?

-De lo que me dan.

-¿Mendigando?

-Cuando puedo -respondió Randel, resueltamente.

Entonces el gendarme, con tono solemne, declaró:

-Ha sido sorprendido usted en flagrante delito de vagancia y de mendicidad sobre el camino, y le ordeno que me siga.

-Adonde quiera -contestó el carpintero, levantándose.

Y colocándose entre los gendarmes, antes de recibir la orden, añadió:

-Préndame; al menos estaré bajo techo cuando llueva.

Y se dirigieron hacia el pueblo del que se veían los tejados a través de los árboles desprovistos de hojas, desde un cuarto de legua de distancia.

Era la hora de la misa mayor cuando atravesaron el pueblo. La plaza estaba llena de gente formando calle para ver pasar al malhechor, al que seguían corriendo una nube de chiquillos. Aldeanos y aldeanas lo contemplaban al verlo pasar, y en sus miradas se notaba el ardiente deseo de apedrearlo, de arañarlo, de magullarlo a patadas. Unos decían que era un ladrón; otros aseguraban que un asesino. El carnicero, antiguo sargento, afirmaba que era un desertor; el estanquero creía reconocer en él a un pordiosero que le había pasado aquella misma mañana una moneda de dos reales falsa, y el quincallero apostaba a que aquél era el misterioso asesino de la viuda Malet, que la policía buscaba hacia seis meses.

En la sala del Concejo Municipal, donde lo hicieron entrar sus guardianes, Randel encontró al alcalde sentado ante la mesa-despacho, teniendo a su lado al secretario.

-¡Hola, hola! -exclamó el magistrado-. ¡Ya estás aquí, valiente! ¿No te dije que te haría encerrar? ¿Qué ha sucedido, cabo?

-Un vagabundo sin casa ni hogar, señor alcalde -respondió éste-, sin recursos y sin dinero encima, según él mismo afirma, arrestado en pleno ejercicio de mendicidad y vagancia, provisto de certificados de buena conducta y de documentos en regla.

-Vamos a ver esos papeles -dijo el alcalde.

Los cogió, los leyó y releyó, y después de devolvérselos, ordenó:

-Regístrenlo.

Los gendarmes lo registraron, sin encontrar nada. El alcalde, perplejo, preguntó al obrero:

-¿Qué hacías esta mañana sobre el camino?

-Buscaba trabajo.

-¿Trabajo?... ¿En el camino?

-¿Cómo había de encontrarlo si me escondiera en el bosque?

Y se contemplaron los dos con un odio de animales pertenecientes a dos especies distintas:

-Voy a ponerte en libertad -dijo el alcalde-; ¡pero cuidado con que te vuelva a encontrar! -Mejor quiero que me encierre -dijo el carpintero-; estoy cansado de correr por los caminos.

-Cállate -ordenó el alcalde con severidad.

-Y volviéndose a los gendarmes:

-Lleven a este hombre -les dijo- hasta doscientos metros del pueblo y déjenlo continuar su camino.

-Denme de comer siquiera -murmuró el obrero.

-¡No faltaba más! -exclamó el alcalde, indignado-. No tengo obligación de alimentarte. ¡Estaría bueno!

-Si me dejan marchar hambriento -repitió Randel con tono firme- me obligarán a que haga una barbaridad. Tanto peor

para ustedes, los satisfechos.

-¡Llévenselo en seguida, porque acabaré por incomodarme! - dijo el alcalde levantándose.

Los gendarmes cogieron entonces por ambos brazos al carpintero y lo arrastraron. Se dejó llevar así hasta las afueras del pueblo, donde siguiendo el mismo camino, y una vez llegados al poste kilométrico que señalaba los doscientos metros convenidos, dijo el cabo:

-Aquí es; andando y de prisa; que no lo vuelva a ver más en el pueblo, o sabrá quién soy yo.

Randel se puso en marcha sin responder y sin saber a punto fijo adónde se dirigía. Durante quince o veinte minutos caminó, embrutecido de tal modo que no se le ocurría ni una idea ni un pensamiento.

De pronto, al pasar frente a una casita cuya ventana estaba abierta, percibió un olor de comida tan agradable que lo hizo detenerse junto a la puerta. Sintió hambre, un hambre feroz, devoradora, enloquecedora, que lo atraía como a una bestia inconsciente hacia aquella casa solitaria.

-¡Por Cristo vivo! -exclamó en voz alta e irritada-, es preciso que me den de comer cualquiera cosa esta vez.

Y empezó a golpear la puerta fuertemente con su palo; nadie respondió; aporreó con más fuerza, gritando:

-¿No hay nadie en esta casa? ¡Abran por favor!... ¡Eh, abran!

-Nadie se movía en el interior; aproximándose a la ventana la empujó y el aire encerrado en la cocina, un ambiente tibio y lleno de olores de carne cocida, de sopa exquisita y de coles hervidas, le acarició el estómago hambriento, escapándose luego arrastrado por el viento frío del exterior.

De un salto el carpintero entró en la casa; sobre una mesa había colocados un par de cubiertos; sin duda los propietarios habían ido a misa y dejado a punto, sobre el fuego, la comida, el buen guisado del domingo, con la sopa de legumbres substanciosas.

Un pan tierno se veía sobre la chimenea, entre dos botellas llenas al parecer. Randel se arrojó violentamente sobre el pan y lo mordió con tanta violencia como si tratase de estrangular a un hombre; luego empezó a tragar con avidez grandes trozos; el olor de la carne cerca de él lo atrajo hacia la chimenea, y después de levantar la tapa de la olla metió en ella un tenedor y sacó un gran pedazo de ternera atada con un bramante. Después de esto, cogió unas berzas, unas zanahorias, algunas cebollas, y cuando llenó una silla de provisiones, lo puso todo sobre la mesa y sentándose enfrente cortó la ternera en cuatro partes y empezó a comer como si estuviera en su casa. Cuando hubo devorado casi todo el pedazo de carne y una buena cantidad de aquellas legumbres, notó que tenía sed y cogió las dos botellas que había sobre la chimenea. Apenas vertió el líquido en su vaso, conoció que era un vino excelente. Tanto mejor; aquello era caliente, le encendería la sangre, que buena falta le hacía después de haber tenido tanto frío; y bebió.

A pesar de haber perdido la costumbre, encontró buena la bebida y se sirvió un vaso lleno, vaciándolo en dos sorbos. Y casi repentinamente se sintió alegre, resucitado por el alcohol, contento y decididor como si dentro de su estómago sintiese un gran consuelo. Y continuó comiendo con más tranquilidad, mojando pedazos de pan en el caldo. Las sienas le latían con fuerza, la piel se le iba poniendo ardiente. Sintió a lo lejos el tintineo de una campana; era que la misa había concluido. Y obedeciendo al instinto más que al miedo, a ese instinto de conservación que guía y hace perspicaces a los que se encuentran en peligro, se levantó de su asiento y después de introducir en sus bolsillos el resto del pan y una de las botellas de vino saltó por la ventana al camino.

Aún no se divisaba nadie. Entonces se puso en marcha, pero en vez de seguir el camino real tomó a través del campo, en dirección a un bosque que desde allí se divisaba.

Se sentía fuerte, alegre, contento de lo que acababa de hacer y tan ágil que saltaba a pies juntos de un solo salto las zanjas de la huerta.

Cuando llegó bajo los árboles sacó de su bolsillo la botella y se puso a beber a grandes tragos, sin interrumpir su marcha. Empezaban a embrollarse sus ideas, a turbársele la vista, y sus piernas entorpecidas le hacían dar frecuentes traspies. Luego lanzó al aire una antigua canción popular.

Marchaba entonces sobre una espesa alfombra de húmeda y fresca hierba. Aquel dulce tapiz le produjo una loca alegría y un deseo infantil de hacer cabriolas. Tomó carrera y después de cada voltereta volvía a cantar la misma canción.

De pronto se encontró al borde de un camino en desmonte, y vio venir hacia él una mujer ya madura, una criada que volvía al pueblo, llevando un garrafón de leche en cada mano, separados del cuerpo por un aro de cuba. Randel la esperó, inclinado, con los ojos encendidos como los de un perro a la vista de una codorniz.

Al llegar junto a él, alzó la vista la mujer y se echó reír gritándole:

-¿Era usted el que cantaba?

Sin responder palabra, el carpintero saltó al camino, a pesar de la altura del talud, que no bajaba de seis pies.

-¡Qué susto me ha dado usted! -dijo ella al verlo su lado.

El desgraciado no la oía; estaba borracho, loco, poseído de otra rabia más voraz que el hambre; poseído de la fiebre alcohólica y de la furia de un hombre que ha carecido de todo durante dos meses y que es fuerte y joven; poseído de todos los apetitos del macho, de todas las necesidades de la carne.

La mujer retrocedía ante él, asustada de su semblante, de su mirada, de su boca entreabierta, de sus brazos extendidos. Randel la cogió por los hombros y sin decirle una palabra la tumbó sobre el camino. Los garrafones cayeron, rodando con estrépito y vaciándose por completo, y la mujer empezó a gritar hasta que, convencida de que no había de servirle de nada llamar en aquel desierto, y comprendiendo que no se trataba de un asesinato, cedió sin gran pena, sin incomodarse, porque aunque brutal, el joven era fuerte y viril. Pero al levantarse y ver sus garrafones vacíos, sintió tal furor que, arrojándose a su vez sobre el hombre y quitándose un zapato, lo amenazó con romperle la cabeza si no le pagaba la leche.

Pero Randel, despreciando este ataque violento y sintiéndose un poco despejado, echó a correr con toda la ligereza de sus piernas, asustado, espantado de lo que acababa de hacer, mientras que ella le arrojaba piedras, algunas de las cuales lo alcanzaron en la espalda.

Corrió largo tiempo, hasta que sintiéndose cansado de un modo extraordinario y viendo que sus piernas se negaban a continuar, se acostó al pie de un árbol; sus ideas eran confusas, había perdido el recuerdo de todo y la facultad de pensar.

A los cinco minutos dormía profundamente. Un gran golpe lo despertó y al abrir los ojos vio dos tricornios de hule inclinados sobre él y conoció los dos gendarmes de aquella mañana, que le estaban atando los brazos.

-Ya sabía yo que nos volveríamos a ver -le dijo burlescamente el cabo.

Randel se levantó sin responder palabra. Los gendarmes lo sacudían, prontos a tratarlo con más rudeza si hacía un gesto, porque desde aquel momento era suyo; ya era prisionero; una especie de pieza cobrada por estos cazadores de criminales que no soltarían ya.

-¡En marcha! -ordenó el gendarme.

La noche se aproximaba, extendiendo sobre la tierra el velo pesado y siniestro de un crepúsculo de otoño. Al cabo de media hora llegaron al pueblo. Todas las puertas estaban abiertas, pues ya se sabía lo sucedido. Aldeanos y aldeanos, poseídos de cólera, como si ellos hubieran sido los robados, como si ellas hubieran sido las violadas, querían ver entrar al miserable para insultarlo y maltratarlo. Fue una gritería que empezó en la primera casa para terminar en la Alcaldía, donde el alcalde, deseando vengarse también del vagabundo, esperaba con impaciencia.

-¡Hola, valiente! ¡Ya estamos aquí!... -le gritó desde lejos.

Y se frotaba las manos, contento como nunca.

-Ya lo había dicho yo; ya lo habla dicho yo -repetía-, con sólo verlo en el camino.

Y en un desbordamiento de alegría, exclamó:

-¡Ah, miserable, granuja, pillo, indecente: ya tienes techo por lo menos para veinte años!

FIN

El viejo

Un tibio sol de otoño se cernía sobre el patio de la hacienda, por encima de las grandes hayas de las cunetas. Bajo la hierba pelada por las vacas, la tierra, impregnada de lluvia reciente, mojada, se hundía bajo los pies produciendo un chapoteo; y los manzanos cargados de manzanas sembraban sus frutos de un verde pálido sobre el verde oscuro de los herbazales. Cuatro jóvenes terneras pacían, atadas en línea, y mugían por momentos en dirección a la casa; las aves ponían un movimiento colorido sobre el estiércol, delante del establo, y escarbaban, se removían, cacareaban, mientras que los dos gallos cantaban sin cesar, buscando gusanos para sus gallinas, a las que llamaban con un intenso cloqueo.

La barrera de madera se abrió; entró un hombre, de unos cuarenta años, pero que parecía un viejo de sesenta, arrugado, derrengado, andando con grandes pasos lentos, entorpecidos por el peso de unos grandes zuecos llenos de paja. Sus brazos, demasiado largos, le colgaban a ambos lados del cuerpo. Cuando se acercó a la casa, un perro amarillo, atado al pie de un enorme peral, junto a un barril que le servía de caseta, movió la cola, luego se puso a ladrar como muestra de alegría. El hombre gritó:

-¡Calla, Finot! -El perro se calló.

Una campesina salió de la casa. Su cuerpo huesudo, ancho y plano, se dibujaba bajo un justillo de lana que le oprimía la cintura. Una falda gris, demasiado corta, le caía hasta la mitad de las piernas, cubiertas por medias azules, y ella también llevaba zuecos llenos de paja. Un gorro blanco, que se le había puesto amarillo, cubría unos pocos cabellos pegados al cráneo, y su cara oscura, delgada, fea, sin dientes, mostraba la fisonomía salvaje y bruta que tienen con frecuencia los campesinos.

El hombre preguntó: «¿Cómo sigue?»

La mujer contestó: «El señor párroco dice que es el final, que no saldrá de esta noche.»

Y entraron los dos en la casa. Después de cruzar la cocina, penetraron en la habitación, baja, oscura, apenas iluminada por un ventanuco, delante del cual caía una gualdrapa de indiana normanda. Las gruesas vigas del techo, oscurecidas por el paso del tiempo, negras y ahumadas, atravesaban la habitación de un lado a otro, soportando el delgado suelo del granero, por donde corrían, de día y de noche, pjaras de ratas. El suelo de tierra, giboso, húmedo, parecía grasiento y al fondo de la habitación, el lecho formaba una mancha vagamente blanca. Un ruido acompasado y ronco, una respiración dura, en el estertor de la agonía, silbando con un gorgoteo de agua como el que produce una bomba rota, salía de la cama oscura donde agonizaba un anciano, el padre de la campesina. El hombre y la mujer se acercaron y miraron al moribundo, con ojos plácidos y resignados.

El yerno dijo: «Esta vez se acabó; no llegará a la noche.» La campesina continuó: «Desde este mediodía está gorgoteando así.» Luego se callaron. El padre tenía los ojos cerrados, la cara terrosa, y tan seca que parecía de madera. Su boca entreabierta dejaba escapar su aliento agitado y duro; y el paño de tela gris se levantaba sobre su pecho con cada aspiración.

Después de un largo silencio, el yerno dijo: «No hay más que dejarlo morir. No podemos hacer nada. De todas maneras, es inoportuno por la colza, pues el tiempo es bueno y hay que trasplantarla mañana.»

Su mujer pareció inquietarse al oírlo. Reflexionó durante unos instantes y luego declaró: «Se va a morir, pero no lo enterraremos antes del sábado; por lo tanto dispondrás del día de mañana para la colza.»

El campesino meditaba, y dijo: «Sí, pero mañana tendré que invitar para el entierro, y necesitaré cinco o seis horas para ir de Tourville a Manetot a casa de todos.»

La mujer, después de haber meditado dos o tres minutos, dijo: «Sólo son las tres, podrías empezar el recorrido hoy y hacer toda la parte de Tourville. Puedes decir que se ha muerto, puesto que no pasará de esta tarde.»

El hombre permaneció algunos instantes algo perplejo, sopesando las ventajas e inconvenientes de esta propuesta. Finalmente dijo: «De todas maneras, voy a ir.»

Iba a salir; regresó y, después de una vacilación, dijo: «Puesto que no tienes nada que hacer, recoge algunas manzanas para cocer y luego haces cuatro docenas de *douillons* para los que vengán al entierro, puesto que habrá que comer algo. Enciende el fuego con la leña que está debajo del hangar, en el lagar. Está seca.»

Y salió de la habitación, volvió a la cocina, abrió la alacena, sacó un pan de seis libras, cortó cuidadosamente una rebanada, recogió en el hueco de la mano las migajas que habían caído en la mesita, y se las echó a la boca para que no se desperdiciara nada. Luego, con la punta del cuchillo cogió un poco de mantequilla salada que había al fondo de un

puchero de barro oscuro, la extendió sobre el pan que se puso a comer lentamente, como él acostumbraba a hacerlo todo.

Volvió a cruzar el patio, calmó al perro, que volvía a ladrar, salió al camino que se extendía a lo largo de su finca, y se alejó en dirección a Tourville.

* * *

Cuando la mujer se quedó sola se puso a la faena. Destapó la artesa de la harina y preparó la pasta para los *douillons*. La amasó detenidamente, volviéndola una y otra vez, sobándola, aplastándola, majándola. Luego formó una gruesa bola de un blanco amarillento, que dejó en una esquina de la mesa. Entonces fue a buscar las manzanas y, para no maltratar el árbol con la vara, se subió en él ayudándose de un escabel. Escogía las frutas con cuidado para no coger nada más que las maduras, amontonándolas en su mandil.

Una voz llamó desde lejos: «¡Eh! ¡señora Chicot!» Se volvió. Era un vecino, Osime Favet, el alcalde, que iba a abonar sus tierras, sentado con las piernas colgando, sobre el volquete del abono. Ella se volvió, y contestó: «¿En qué puedo servirle, señor Osime?»

-¿Y el padre, cómo se encuentra?

Ella gritó: «A punto de morirse. El entierro será el sábado, a las siete, dado que la colza urge.»

El vecino contestó: «Entendido. ¡Buena suerte! ¡Que usted siga bien!»

Ella contestó al cumplido: «Gracias, y usted también.» Luego siguió cogiendo las manzanas.

Tan pronto como volvió a entrar, fue a ver a su padre, esperando encontrárselo muerto. Pero desde la puerta escuchó su ronquido ruidoso y monótono, y, considerando inútil acercarse a la cama, para no perder el tiempo, empezó a preparar los *douillons*. Envolvía las frutas una a una, en una fina hoja de masa, luego las alineaba en el borde de la mesa. Cuando terminó de hacer cuarenta y ocho bolas, ordenadas por docenas una delante de otra, pensó en preparar la cena y colgó sobre el fuego la marmita, para cocer las patatas; pues había pensado que era inútil encender el horno ese mismo día teniendo todo el día siguiente para terminar los preparativos.

Su hombre volvió hacia las cinco. En cuanto cruzó el dintel preguntó: «¿Se ha muerto?» Ella contestó: «Todavía no; sigue gorgoteando.» Fueron a verlo. El anciano estaba absolutamente en el mismo estado. Su respiración ronca, acompasada como un movimiento de reloj, no se había acelerado ni ralentizado. A cada segundo volvía, cambiando un poco de tono dependiendo de que el aire entrara o saliera de los pulmones. Su yerno lo miró, y luego dijo: «Se apagará sin que nos demos cuenta, como una vela.»

Volviéron a la cocina y, sin hablar, se pusieron a cenar. Cuando terminaron la sopa, se comieron una rebanada con mantequilla, luego, una vez que los platos estuvieron fregados, regresaron a la habitación del agonizante. La mujer, con un pequeño quinqué de mecha humeante, paseó éste por delante de la cara de su padre. De no ser por la respiración, lo habría creído muerto, sin duda. La cama de los campesinos se encontraba oculta, al otro lado de la habitación, en una especie de hueco. Se acostaron sin decir palabra, apagaron la luz, cerraron los ojos, y pronto, dos ronquidos desiguales, uno más profundo y otro más agudo, acompañaron el ronquido ininterrumpido del moribundo. Las ratas corrían por el granero.

* * *

El marido se despertó con las primeras luces del día. Su suegro vivía aún. Entonces sacudió a su mujer, inquieto por la resistencia del viejo. «Di pues, Phémie, no se quiere morir. ¿Qué hacemos?» Sabía que ella tenía sentido común. Ella le contestó: «No pasará de hoy, seguro. No hay nada que temer. Dado que el alcalde no se opone a que lo entierremos mañana mismo, como se hizo en el caso de Rénard, el padre, que se murió justo en el momento de la siembra.» Se quedó convencido por la evidencia del razonamiento, y se fue al campo.

Su mujer coció los *douillons*, y luego hizo todas las tareas de la casa. Al mediodía, el viejo no se había muerto. Los jornaleros contratados para el trasplante de la colza vinieron en grupo a visitar al anciano que tanto tardaba en morirse. Cada uno le dijo un cumplido, luego se volvieron al campo. A las seis, cuando volvieron, el padre respiraba aún. Su yerno, al fin, se asustó. «¿Qué hacemos a estas horas, Phémie?» Ella no sabía qué decidir. Fueron a visitar al alcalde. Éste prometió que haría la vista gorda y autorizaría el entierro al día siguiente. El oficial de sanidad, que fueron a ver, se comprometió, para dar gusto al señor Chicot, a adelantar la fecha del certificado de defunción. El hombre y la mujer volvieron a casa tranquilos. Se acostaron y se durmieron como la víspera, mezclando sus sonoras respiraciones con el ronquido más débil del viejo. Cuando se despertaron, no se había muerto aún. Entonces se sintieron aterrorizados. Permanecían de pie, a la cabecera del padre, mirándolo con desconfianza, como si fuera a jugarles una mala pasada, a engañarlos, a contrariarlos por gusto, y ellos le guardaban rencor sobre todo por el tiempo que les estaba haciendo perder.

El yerno preguntó: «¿Qué vamos a hacer?» Ella no sabía nada, y contestó: «¡Es una contrariedad, a pesar de todo!» Ya no podían avisar a los invitados, que iban a llegar en seguida. Decidieron esperarlos y explicarles lo que sucedía. Hacia las siete menos diez, llegaron los primeros. Las mujeres de luto, con la cabeza cubierta por un gran velo, llegaban con aspecto triste. Los hombres, incómodos con sus chaquetas de paño, avanzaban más deliberadamente, de dos en dos, hablando de negocios.

El señor Chicot y su mujer, azorados, los recibieron desolados; y los dos, de pronto, simultáneamente, al abordar al primer grupo, se echaron a llorar. Explicaron la aventura, contaban su confusión, ofrecían sillas, se movían, se excusaban, querían probar que todo el mundo habría hecho lo mismo que ellos, hablaban sin parar, convertidos bruscamente en charlatanes hasta el punto de no dejar a nadie responder. Iban de uno a otro: «¡No lo habría creído jamás; no es creíble que durara tanto!» Los invitados confusos, algo decepcionados, como personas que se pierden una ceremonia esperada, no sabían qué hacer, permanecían sentados o de pie. Algunos quisieron marcharse. El señor Chicot los retuvo: «Vamos a comer algo, a pesar de todo. Habíamos preparados unos *douillons* ; hay que aprovecharlos.»

Ante esta perspectiva las caras se iluminaron. Se pusieron a charlar en voz baja. El patio se iba llenando poco a poco; los que habían llegado los primeros contaban la noticia a los recién llegados. Murmuraban, pero la idea de los *douillons* alegraba a todo el mundo. Las mujeres entraban para ver al moribundo. Se santiguaban junto a la cama, musitaban una oración y volvían a salir. Los hombres, menos deseosos de contemplar ese espectáculo, echaban sólo una mirada desde la ventana que habían abierto.

La señora Chicot explicaba la agonía: «Ya hace dos días que está así, ni más ni menos, ni más alto ni más bajo. Se diría que es una bomba que ya no tiene más agua.» Cuando todo el mundo hubo visto al agonizante, pensaron en comer; y como eran demasiado numerosos para caber en la cocina, sacaron la mesa delante de la puerta. Las cuatro docenas de *douillons* , dorados, apetitosos, atraían las miradas dispuestos en dos grandes bandejas. Cada cual alargaba el brazo para coger el suyo por miedo a que no hubiera suficientes. Pero sobraron cuatro.

El señor Chicot, con la boca llena, dijo: «Si nos viera, el padre, le causaría pena. Pues cuando vivía le gustaban.» Un campesino, gordo y jovial, dijo: «Pero a estas horas ya no comerá más. A cada cual su turno.» Esta reflexión, lejos de entristecer a los invitados, parecía alegrarlos. Ahora les correspondía a ellos, efectivamente, comerse las bolas.

La señora Chicot, desolada por el gasto, iba sin cesar a la bodega para buscar sidra. Los jarros se sucedían y se vaciaban uno tras otro. Ahora ya reían, hablaban alto, comenzaron a gritar como se grita en las comidas.

De pronto, una vieja campesina que se había quedado junto al moribundo, retenida por un miedo celoso de lo que le ocurriría a ella pronto, apareció en la ventana y gritó con voz aguda: «¡Se ha muerto, se ha muerto!»

Todos callaron. Las mujeres se levantaron rápidamente para ir a verlo. Efectivamente, estaba muerto. Había cesado de respirar. Los hombres se miraban, bajaban los ojos, incómodos. No habían terminado aún de masticar las bolas. Aquel bribón había elegido mal su momento. Los Chicot ya no lloraban. Se había acabado todo y estaban tranquilos. Repetían : «Sabíamos muy bien que esto no podía durar. Sólo que si se hubiera decidido a morirse la noche pasada, no habría producido todo este trastorno.»

Pero no importaba, ya se había acabado. Lo enterrarían el lunes y eso sería todo, y volverían a comer *douillons* en esta segunda ocasión. Los invitados se marcharon comentando el asunto, contentos no obstante de haberlo presenciado y de haber comido algo. Y cuando el hombre y la mujer se quedaron solos, frente a frente, ella dijo, con la cara contraída por la angustia: «¡Habrá que volver a cocer otras cuatro docenas de bolas! ¡Si se hubiera decidido a morirse la noche pasada...!» Y el marido, más resignado, contestó: «Menos mal que no habrá que hacerlo todos los días.»

FIN

El viejo Milon

Desde hace un mes, un sol abrasador lanza sobre los campos su lumbre. Una vida radiante estalla bajo ese diluvio de fuego; la tierra está verde hasta perderse de vista. Hasta los límites del horizonte, el cielo es azul. Las granjas normandas diseminadas por la llanuras parecen, desde lejos, bosquecillos, encerradas en su cinturón de esbeltas hayas. De cerca, cuando se abre la carcomida barrera, se cree ver un gigantesco jardín, pues todos los antiguos manzanos, tan huesudos como los campesinos, están en flor. Los viejos troncos negros, nudosos, retorcidos, alineados junto al corral, despliegan bajo el cielo sus copas deslumbrantes, blancas y rosas. El dulce perfume de su floración se mezcla con el intenso olor de los establos abiertos y con los vapores del estiércol que fermenta, cubierto de gallinas.

Es mediodía. La familia come a la sombra del peral plantado ante la puerta: el padre, la madre, los cuatro hijos, las dos sirvientas y los tres criados. Apenas hablan. Toman la sopa, después destapan la fuente de estofado llena de papas con tocino.

De vez en cuando una sirvienta se levanta y va a la bodega a llenar la jarra de sidra.

El hombre, un tipo alto de cuarenta años, contempla, pegada a la casa, una parra que ha quedado desnuda, y que corre, retorcida como una serpiente, bajo los postigos, a lo largo del muro.

Dice por fin:

-La parra del viejo brota pronto este año. Pues que dé fruto.

La mujer también se vuelve y mira, sin decir una palabra.

Esa parra está plantada justamente en el lugar donde el viejo fue fusilado.

Era durante la guerra de 1870. Los prusianos ocupaban toda la comarca. El general Faidherbe, con el ejército del Norte, les hacía frente.

Ahora bien, el Estado Mayor prusiano se había emplazado en aquella granja. El campesino que la poseía, el viejo Pierre Milon, los recibió e instaló como mejor pudo.

Hacía un mes que la vanguardia alemana se hallaba de observación en el pueblo. Los franceses permanecían inmóviles, a diez leguas de allí; sin embargo, cada noche desaparecían unos cuantos ulanos.

Todos los exploradores aislados, aquellos a quienes se enviaban de ronda, siempre que salieran sólo dos o tres, no regresaban jamás.

Los recogían muertos, por la mañana, en un campo, cerca de un corral, en una zanja. Hasta sus caballos yacían a lo largo de los caminos, degollados de un sablazo.

Estas muertes parecían realizadas por los mismos hombres, a quienes no se conseguía descubrir.

Reinó el terror en la comarca. Se fusiló a algunos aldeanos por una simple denuncia, se encarceló a mujeres; se pretendió obtener, por el temor, revelaciones de los niños. No se descubrió nada.

Pero he aquí que una mañana apareció el viejo Milon tendido en su cuadra, con el rostro cortado por una cuchillada.

Dos ulanos, despanzurrados, fueron encontrados a tres kilómetros de la granja. Uno de ellos tenía aún en la mano su arma ensangrentada. Había luchado, se había defendido.

Al punto se constituyó un consejo de guerra al aire libre, delante de la granja, y el anciano compareció ante él.

Tenía sesenta y ocho años. Era bajo, flaco, un poco torcido, con grandes manos parecidas a las pinzas de un cangrejo. Un pelo sin brillo, escaso y leve como el plumón de un patito, dejaba ver por todas partes la carne del cráneo. La piel morena y arrugada del cuello mostraba gruesas venas que se perdían bajo las mandíbulas y reaparecían en las sienas. En la región pasaba por hombre avaro y difícil en los negocios.

Lo colocaron de pie, entre cuatro soldados, ante la mesa de la cocina que habían sacado. Cinco oficiales y el coronel se sentaron frente a él.

El coronel tomó la palabra en francés.

-Abuelo Milon, desde que estamos aquí no tenemos más que alabanzas para usted. Ha sido siempre complaciente e incluso atento con nosotros. Pero hoy una terrible acusación pesa sobre usted, y es preciso aclarar la situación. ¿Cómo recibió usted la herida que tiene en el rostro?

El campesino no respondió nada.

El coronel prosiguió:

-Su silencio lo condena, abuelo Milon. Pero quiero que me responda, ¿entiende? ¿Sabe usted quién mató a los dos ulanos que encontramos esta mañana cerca del Calvario?

El viejo articuló claramente:

-Fui yo.

El coronel, sorprendido, enmudeció un segundo, mirando fijamente al prisionero. El viejo Milon permanecía impasible, con su aire embrutecido de campesino, con los ojos bajos como si estuviera hablando con el cura.

Una sola cosa podía revelar una turbación interna, y es que tragaba saliva a cada instante, con un visible esfuerzo, como si lo estuvieran estrangulando.

La familia del buen hombre, su hijo Jean, su nuera y dos chiquillos estaban tras él, a unos diez pasos, despavoridos y consternados.

El coronel prosiguió:

-¿Sabe usted también quién mató a todos los exploradores de nuestro ejército que cada mañana encontramos, desde hace un mes, en el campo?

El viejo respondió con la misma impasibilidad brutal:

-Fui yo.

-¿Usted los ha matado a todos?

-A todos, sí. Yo mismo.

-¿Usted solo?

-Yo solo.

-Dígame cómo se las arreglaba.

Esta vez el hombre pareció emocionado; la necesidad de hablar durante mucho tiempo lo incomodaba visiblemente. Balbució:

-¿Y yo qué sé? Me las apañé como vino a cuento.

El coronel prosiguió:

-Le advierto que tendrá que contármelo todo. Conque haría bien decidiéndose inmediatamente. ¿Cómo empezó?

El hombre lanzó una inquieta mirada a su familia, atenta a sus espaldas. Dudó todavía un instante y después, de repente, se decidió.

-Volvía a casa una noche, pues que sobre las diez, al día siguiente de llegar ustedes aquí. Usted, y así mismo sus soldados, me habían quitado más de cincuenta escudos de forraje, y encima una vaca y dos carneros. Me dije: Tantas veces como me quiten veinte escudos, otras tantas me los cobraré. Y además tenía otras cosas también en el corazón, ya les diré cuáles. En esto que vi uno de sus jinetes que fumaba su pipa junto a mi zanja, detrás de mi granero. Fui a descolgar mi hoz y volví a pasitos cortos por detrás, él no oyó nada de nada. Y le corté la cabeza de un golpe, de uno solo, como una espiga, ni tiempo tuvo de decir «¡ay!». No tienen más que buscar en el fondo de la charca: lo encontrarán dentro de un saco de carbón, con una piedra de la cerca. Yo tenía mi idea. Le quité todos sus chismes, de las botas al gorro, y los escondí en el horno de yeso del bosque Martin, detrás del corral.

El anciano calló. Los oficiales, pasmados, se miraban. Volvió a empezar el interrogatorio, y he aquí lo que supieron:

Una vez cometido su crimen, el hombre había vivido con este pensamiento: «¡Matar prusianos!» Los odiaba con un

odio solapado y sañudo de campesino codicioso y al propio tiempo patriota. Tenía su idea, como él mismo decía. Esperó unos cuantos días.

Disfrutaba de libertad para ir y venir, para entrar y salir a su guisa, pues se había mostrado muy humilde con los vencedores, sumiso y complaciente. Todas las tardes veía partir a los correos; y una noche salió, tras haber oído el nombre del pueblo al cual se dirigían los jinetes, ya que había aprendido, con el trato de los soldados, las pocas palabras de alemán que necesitaba.

Salió de su corral, se deslizó en el bosque, llegó al horno de yeso, penetró hasta el final de la larga galería y, encontrando en el suelo las ropas del muerto, se vistió con ellas.

Entonces empezó a vagar por los campos, arrastrándose, siguiendo los taludes para ocultarse, escuchando los menores ruidos, inquieto como un cazador furtivo.

Cuando creyó llegada la hora, se acercó al camino y se escondió en un matorral. Siguió esperando. Por fin, hacia medianoche, sonó sobre la tierra dura de la senda el galope de un caballo. El hombre pegó la oreja al suelo para asegurarse de que se acercaba un solo jinete, y después se preparó.

El ulano llegaba a trote ligero, trayendo unos despachos. Marchaba con ojo alerta y oído aguzado. Cuando estuvo sólo a diez pasos, el viejo Milon se arrastró a través del camino gimiendo: «Hilfe! Hilfe! ¡Socorro! ¡Socorro!» El jinete se detuvo, reconoció a un alemán desmontado, lo creyó herido, bajó del caballo, se acercó sin sospechar nada y, al inclinarse sobre el desconocido, recibió en pleno vientre la larga hoja curvada del sable. Se derrumbó, sin agonía, sacudido solamente por unos estremecimientos supremos.

Entonces el normando, radiante con una alegría muda de viejo campesino, se levantó y, por puro gusto, cortó la garganta del cadáver. Después lo arrastró hasta la cuneta y lo arrojó a ella.

El caballo, tranquilo, esperaba a su amo. El viejo Milon montó en él, y partió al galope a través de las llanuras.

Al cabo de una hora distinguió a dos ulanos juntos que volvían al cuartel. Se lanzó en derechura hacia ellos, gritando de nuevo: «¡Hilfe! ¡Hilfe!» Los prusianos lo dejaron acercarse, al reconocer el uniforme, sin la menor desconfianza. Y el viejo pasó como una bala entre los dos, derribándolos a uno y otro con su sable y un revólver.

Después degolló los caballos, ¡caballos alemanes! Después regresó lentamente al horno de yeso y ocultó un caballo en el fondo de la oscura galería. Se quitó el uniforme, recogió sus míseros harapos y, de vuelta en su cama, durmió hasta la mañana.

Durante cuatro días no salió, esperando a que finalizase la investigación abierta; pero al quinto día partió de nuevo, y mató dos soldados más con la misma estratagema. A partir de entonces ya no se detuvo. Todas las noches vagaba, erraba a la ventura, matando prusianos ora aquí, ora allá, galopando por los campos desiertos, bajo la luna, ulano perdido, cazador de hombres. Después, acabada su tarea, dejando a sus espaldas cadáveres tendidos a lo largo de los caminos, el viejo jinete regresaba para ocultar en el fondo del horno de yeso su caballo y su uniforme.

A eso del mediodía, con aire tranquilo, iba a llevar avena y agua a su montura que se había quedado en el fondo del subterráneo, y la alimentaba con profusión, pues exigía de ella un gran trabajo.

Pero, la víspera, uno de los atacados estaba en guardia y había asestado un sablazo en la cara del viejo campesino.

¡Los había matado a los dos, sin embargo! Había regresado, había escondido el caballo y recogido su humilde traje; pero, al volver, lo asaltó la debilidad y se arrastró hasta la cuadra, sin poder llegar a la casa.

Allí lo habían encontrado ensangrentado, sobre la paja...

Cuando hubo acabado su relato, levantó de golpe la cabeza y miró orgullosamente a los oficiales prusianos. El coronel, que se retorció el bigote, le preguntó:

-¿No tiene usted nada más que decir?

-No, nada más; la cuenta es redonda: maté dieciséis, ni uno más, ni uno menos.

-¿Sabe usted que va a morir?

-No les he pedido gracia.

-¿Ha sido usted soldado?

-Sí. Hice una campaña, hace tiempo. Y además, ustedes mataron a mi padre, que era soldado del primer Emperador. Sin

contar con que han matado a mi hijo el pequeño, François, el mes pasado, cerca de Evreux. Les debía algo, ya lo he pagado. Estamos en paz.

Los oficiales se miraban. El viejo prosiguió:

-Ocho por mi padre, ocho por mi hijo, estamos en paz. Lo que es yo, no he querido buscarles pelea. ¡No los conozco de nada! Sé solamente de dónde vienen. Y aquí están en mi casa, mandando como si estuvieran en la suya. Me he vengado por los otros. Y no me arrepiento de nada.

E, irguiendo su torso anquilosado, el viejo cruzó los brazos en una actitud de humilde héroe.

Los prusianos hablaron mucho tiempo en voz baja. Un capitán, que también había perdido a su hijo el mes anterior, defendía a aquel magnánimo pordiosero.

Entonces el coronel se levantó y, acercándose al viejo Milon, bajando la voz:

-Escuche, abuelo, quizás haya un medio de salvarle la vida, y es...

Pero el hombrecillo no lo escuchaba y, con los ojos clavados en el oficial vencedor, mientras el viento agitaba el vello de su cráneo, hizo una mueca espantosa que crispó su flaco rostro surcado por la cuchillada, e, hinchando el pecho, le escupió en plena cara al prusiano, con todas sus fuerzas.

El coronel, enloquecido, alzó la mano, y el hombre, por segunda vez, le escupió a la cara.

Todos los oficiales se habían levantado y gritaban órdenes al mismo tiempo.

En menos de un minuto, el hombrecillo, siempre impasible, fue adosado al muro y fusilado, mientras lanzaba sonrisas a Jean, su hijo mayor, a su nuera y a los dos chiquillos, que miraban, trastornados.

FIN

En el mar

Las siguientes líneas se leían recientemente en los diarios:

"Bolonía-Sur-Mer, 22 de Enero. Un terrible accidente vino a sembrar la consternación entre nuestro gremio marítimo, que ha sufrido tanto en los últimos dos años. El pesquero comandado por el capitán Javel, entrando al puerto, ha sido arrastrado al oeste y vino a estrellarse sobre las rocas del rompeolas del muelle.

"A pesar de los esfuerzos del bote de salvamento y las espías lanzadas por el fusil lanza cuerdas, cuatro hombres y el grumete han perecido.

"El mal tiempo continúa. Se prevén nuevos desastres."

¿Quién es este capitán Javel? ¿Es el hermano del manco?

Si el pobre hombre arrojado por la ola y muerto, quizás, bajo los restos de su barco hecho pedazos, es el que yo pienso, tomó parte hace justo dieciocho años en otra tragedia terrible y simple, como son todas estas tragedias tremendas del mar.

Javel el mayor era entonces patrón de un pesquero de arrastre.

El pesquero de arrastre es el barco de pesca por excelencia. Sólido, no teme ningún mal tiempo. De casco redondo, remonta incesante sobre las olas como un corcho, siempre fuera del agua, siempre azotado por los vientos duros y salados del Canal de la Mancha. Brega la mar, infatigable, la vela colmada, arrastra por su costado una gran red de arrastre que raspa el fondo del océano despegando y pescando todos los animales dormidos en las rocas, los peces planos pegados en la arena, los corpulentos cangrejos con sus pinzas ganchudas, y las langostas con sus antenas puntiagudas.

Cuando la brisa está suave y la ola pequeña, el barco se pone a pescar. Su red está fija en todo su largo a una gran percha de madera guarnecida con hierro, que dejándola descender al movimiento de dos cabos, se desliza sobre dos poleas en los dos extremos de la embarcación. Y el barco, derivando por el viento y la corriente, tira de este aparejo que saquea y devasta las profundidades del mar.

Javel tenía a bordo a su hermano más joven, cuatro hombres y un grumete. Había zarpado de Boulogne en un bonito día despejado para calar la red.

Muy pronto el viento aumentó, y una borrasca obligó al pesquero a correr el temporal. Alcanzó las costas de Inglaterra, pero la mar tempestuosa rompía contra los acantilados y golpeaba contra la tierra, haciendo imposible la entrada a los puertos. El pequeño barco regresó a alta mar y a las costas de Francia. La tempestad continuaba haciendo infranqueables los muelles, llenando de espuma, de ruido y peligro todos los accesos a los refugios.

El pesquero volvió nuevamente remontando la cresta de las olas, sacudido, agitado, chorreando, golpeado por las masas de agua, pero gallardo a pesar de todo; acostumbrado a estos malos tiempos que a veces lo tenían cinco o seis días errando entre los dos países vecinos sin poder recalar ni en uno ni en otro.

Por fin el huracán se calmó cuando se encontraban en alta mar, y aunque la marejada era fuerte el Capitán dio órdenes de calar la red.

Así, el gran aparejo de pesca fue pasado sobre la borda, y dos hombres en la proa y dos en la popa comenzaron a lascar sobre los motones los cabos que lo sostenían. De repente tocó fondo, pero una ola grande escoró el barco, y Javel el menor, que se encontraba en la proa y dirigía la maniobra de cala, se tambaleó, y su brazo quedó atrapado entre el cabo que por un instante aflojó por la sacudida y la cajera donde se deslizaba. Hizo un esfuerzo desesperado para levantar el cabo con la otra mano, pero la red ya arrastraba y el cabo tensado no cedió nada.

El hombre crispado por el dolor llamó. Todos corrieron en su ayuda. Su hermano dejó el timón. Se lanzaron sobre el cabo, intentando librar el brazo que estaba triturando. Fue en vano.

-Debemos cortar -dijo un marinero, y tomó de su bolsillo un gran cuchillo que podía, en dos golpes, salvar el brazo del joven Javel.

Pero cortar era perder la red, y esta red valía dinero, demasiado dinero, mil quinientos francos; y pertenecía a Javel el mayor, que era muy cuidadoso de su propiedad.

Gritó, con el corazón atormentado:

-No, no corte, espere, yo voy a orzar. Y corrió al puente cerrando toda la caña del timón a una banda.

El barco no obedeció nada, paralizado por la red que lo inmovilizaba y empujado además por la fuerza de la marejada y el viento.

Javel el menor se había dejado caer en sus rodillas, los dientes apretados, los ojos angustiados. No dijo nada. Su hermano regresó, temiendo aún el cuchillo de un marinero:

-Espere, espere, no corte, echaremos el ancla.

El ancla fue fondeada dando toda la cadena, luego se empezó a virar el cabrestante para aflojar las amarras de la red. Cedieron finalmente y liberaron el brazo inerte, bajo la manga de lana ensangrentada.

Javel el joven parecía idiotizado. Le quitaron la camisa y vieron una cosa horrorosa, una masa de carne donde la sangre brotaba a chorros que parecían impulsados por una bomba. Entonces el hombre miró su brazo y murmuró:

-Jodió.

Luego, como la hemorragia hacía una poza sobre la cubierta del barco, uno de los marineros gritó:

-Se desangrará, debemos ligar la vena.

Entonces tomaron un cordel, un grueso cordel negro y embreado, y envolviendo el brazo sobre la herida, apretaron con toda fuerza. Los chorros de sangre disminuyeron poco a poco y finalmente cesaron totalmente.

Javel el joven se paró, su brazo colgaba a su lado. Lo tomó con su otra mano, lo levantó, lo giró, lo sacudió. Estaba todo destrozado, los huesos quebrados, los músculos solamente retenían este pedazo de su cuerpo. Lo miraba con ojos tristes, reflexivamente. Se sentó en una vela plegada y sus camaradas le aconsejaron que mojara constantemente la herida para impedir el mal negro.

Pusieron un balde con agua a su lado, y de tiempo en tiempo sumergía un vaso en él y bañaba la horrible herida, dejando caer sobre ella un chorrito de agua clara.

-Estarías mejor abajo -le dijo su hermano. Bajó, pero al cabo de una hora volvió, no se sentía bien solo. Y, además prefería el aire fresco. Se sentó sobre su vela y recommenzó a bañar su brazo.

La pesca era buena. Los grandes peces con sus panzas blancas yacían a su lado, sacudidos por los espasmos de la muerte; los miraba sin cesar de mojar sus carnes trituradas.

Cuando estaban por volver a Boulogne un nuevo ventarrón se desató, y el pequeño barco reasumió su rumbo alocado, brincando y dando volteretas, sacudiendo al triste hombre herido.

Vino la noche. El tiempo estuvo malo hasta la aurora. Cuando el sol salió, se veía nuevamente la costa de Inglaterra, pero como la mar estaba mas calma, volvieron hacia la costa francesa ciñendo.

Hacia la tarde Javel el menor llamó a sus camaradas y les mostró unas manchas negras, toda una asquerosa apariencia de pudrimiento sobre la porción del brazo que ya no se sostenía a él.

Los marineros lo examinaban, mientras daban su opinión.

-Eso podría ser la Negra -pensó uno.

-Debe ponerlo en agua salada -declaró otro.

Trajeron entonces un poco de agua salada y la vertieron en la herida. El herido se puso lívido, rechinó los dientes y se retorció un poco, pero no gritó.

Luego, cuando el escozor se hubo calmado:

-Dame tu cuchillo -le dijo a su hermano.

El hermano le ofreció su cuchillo.

-Sostenme el brazo en el aire, derecho, tíralo hacia arriba.

Se hizo lo que pidió.

Entonces se puso a cortarse a sí mismo. Cortaba suavemente, cuidadosamente, rebanando los últimos tendones con la

hoja afilada como una navaja de afeitar. Y pronto no tuvo más que un muñón. Dio un profundo suspiro y dijo:

-Era necesario. Estaba hecho mierda.

Parecía aliviado y respiraba con fuerza. Comenzó de nuevo a verter el agua en el muñón de brazo que le quedaba.

La noche estaba mala aún y no podían recalar.

Cuando amaneció, Javel el menor tomó su brazo cortado y lo examinó durante largo rato. La gangrena estaba declarada. Sus camaradas vinieron también a examinarlo y lo pasaron de mano en mano, lo tantearon, lo dieron vueltas, lo olfatearon.

Su hermano le dijo:

-Debes tirar eso al mar inmediatamente.

Pero Javel el menor se enojó.

-¡Oh, no! ¡Oh, no! Yo no quiero. Es mío, ¿no es verdad? Es mi brazo.

Lo tomó y lo puso entre sus piernas.

-Se pudrirá -dijo al hermano mayor.

Entonces una idea sobrevino al herido. Para conservar los pescados cuando se estaba largo tiempo en la mar, se les amontonaba en barriles con sal.

Preguntó:

-¿No se pudrirá si lo pongo en salmuera?

-Es verdad -exclamaron los otros.

Entonces vaciaron uno de los barriles que estaba lleno de la pesca de los últimos días. Y al fondo del barril pusieron el brazo. Lo cubrieron con sal, y luego volvieron a reponer uno por uno los pescados.

Uno de los marineros dijo como broma:

-Espero que no lo vendamos en la subasta.

Todo el mundo se rió, excepto los dos Javel.

El viento soplaba aún. Borearon a la vista de Boulogne hasta la mañana siguiente a las diez. El herido continuó sin cesar vertiendo agua sobre su herida. De vez en cuando se levantaba y caminaba de un extremo al otro del barco.

Su hermano, que estaba en la caña, lo seguía con la mirada y movía la cabeza.

Por fin entraron a puerto.

El doctor examinó la herida y la encontró en buenas condiciones. Hizo una completa curación y ordenó reposo. Pero Javel no quería acostarse sin haber recuperado su brazo, y volvió rápidamente al puerto para buscar el barril que había marcado con una cruz.

Se vació ante su presencia y recuperó su brazo, bien conservado en la salmuera, arrugado y frío. Lo envolvió en una toalla que había traído para este propósito y lo llevó a su casa.

Su esposa y niños examinaron largamente este resto del padre, tantearon los dedos, quitaron los granos de sal que estaban bajo las uñas. Después se hizo venir al carpintero para un pequeño ataúd.

Al día siguiente toda la tripulación del pesquero siguió el funeral del brazo cortado. Los dos hermanos, lado a lado, encabezaban el cortejo; el sacristán de la parroquia llevaba el cadáver bajo la axila.

Javel el menor dejó de navegar. Obtuvo un modesto empleo en el puerto, y cuando hablaba más tarde de su accidente, confidenciaba muy bajo a su interlocutor:

-Si mi hermano hubiera querido cortar la red, yo tendría aún mi brazo, sin duda. Pero él sólo consideró su propiedad."

FIN

En los campos

Las dos casuchas estaban juntas, al pie de una colina, próximas a una pequeña ciudad balneario. Los dos campesinos trabajaban penosamente la tierra infecunda para criar a todos sus hijos. Cada matrimonio tenía cuatro. Delante de las dos puertas vecinas, toda la chiquillería bullía de la mañana a la noche. Los dos mayores tenían seis años y los dos pequeños en torno a quince meses; las bodas, y después los nacimientos, se habían producido casi simultáneamente en una casa y en la otra. Las dos madres apenas distinguían a sus hijos en el montón; y los dos padres los confundían por completo. Los ocho nombres danzaban en sus cabezas, mezclándose sin cesar; y, cuando tenían que llamar a uno, los hombres gritaban con frecuencia tres nombres antes de dar con el verdadero.

La primera de las dos viviendas, según se venía del balneario de Rolleport, estaba ocupada por los Tuvache, que tenían tres chicas y un chico; la otra vivienda alojaba a los Vallin, que tenían una chica y tres chicos. Todos ellos sobrevivían penosamente a base de sopa, papas y aire libre. A las siete de la mañana, a mediodía, y luego a las seis de la tarde, las mujeres reunían a sus chiquillos para darles de comer, del mismo modo que los guardianes de ocas reúnen a sus animales. Los niños se sentaban por edades, ante una mesa de madera, barnizada por cincuenta años de uso. Al más pequeño apenas le llegaba la boca a la altura de la plancha. Colocaban ante ellos un plato hondo lleno de pan mojado en el agua en la que se habían cocido patatas, media col y tres cebollas; y toda la descendencia comía hasta saciar el hambre. La madre daba de comer ella misma al más pequeño. Un poco de carne en el puchero, el domingo, era una fiesta para todos; y el padre, ese día, prolongaba la comida repitiendo: «Me acostumbraría a esto todos los días.»

Una tarde del mes de agosto, un coche ligero se detuvo inesperadamente delante de las dos casuchas, y la mujer joven que conducía, dijo al señor sentado a su lado:

-¡Oh, Henri, mira ese montón de niños! ¡Qué bonitos están así, jugando con la tierra!

El hombre no contestó, acostumbrado a esas muestras de admiración que eran un dolor y casi un reproche para él.

La joven prosiguió:

-¡Tengo que besarlos! ¡Oh! ¡Cómo me gustaría tener uno! Aquél, el más pequeño.

Y bajando del coche, corrió hacia los niños, cogió a uno de los dos pequeños, el de los Tuvache, y, levantándolo en sus brazos, lo besó efusivamente en las dos mejillas sucias, en los cabellos rizados y manchados de tierra, en las manos que él agitaba para deshacerse de esas caricias molestas. Luego volvió a subir al coche y partió al trote largo. Pero regresó a la mañana siguiente, se sentó en el suelo, cogió al niño en sus brazos, lo atiborró de pasteles, dio caramelos a todos los demás; y jugó con todos ellos como una chiquilla, mientras su marido esperaba pacientemente en su delicado vehículo.

Regresó de nuevo; conoció a los padres, volvió cada día, con los bolsillos llenos de chucherías y de monedas. Era la señora de Henri d'Hubières. Una mañana, al llegar, su marido descendió con ella; y, sin detenerse con los niños, que ya la conocían bien, entró en casa de los campesinos. Se encontraban partiendo leña para preparar la comida; se incorporaron muy sorprendidos, les ofrecieron unas sillas y esperaron. Entonces la joven, con voz entrecortada y temblorosa, comenzó:

-Amigos míos, vengo a visitarlos porque quisiera, quisiera llevarme a su... a su hijo pequeño...

Los campesinos, estupefactos y sin ideas, no contestaron.

Ella retomó aliento y prosiguió:

-Nosotros no tenemos hijos; estamos solos, mi marido y yo... Nosotros lo guardaríamos... ¿quieren?

La campesina empezaba a comprender. Y preguntó:

-¿Quieren ustedes llevarse a Charlot? ¡Ah, no, por supuesto que no!

Entonces intervino el señor de Hubières:

-Mi esposa no se ha explicado bien. Nosotros queremos adoptarlo, pero él volverá a visitarlos. Si todo va bien, como parece, sería nuestro heredero. Si, por casualidad, nosotros tuviéramos hijos, compartiría la herencia con ellos. Pero si no respondiera a nuestros cuidados, al alcanzar la mayoría de edad le daríamos una suma de veinte mil francos, que será depositada inmediatamente a su nombre, en el despacho de un notario. Y, como también hemos pensado en ustedes, le pasaríamos una renta de cien francos mensuales hasta su muerte. ¿Han comprendido bien?

La campesina, furiosa, se había levantado.

-¿Ustedes quieren que le vendamos a Charlot? ¡Pues no! ¡Esas cosas no se le piden a una madre! ¡Ah!, no. Eso sería una abominación.

El hombre, grave y reflexivo, no hablaba; pero aprobaba lo que decía su mujer con un movimiento continuo de la cabeza.

La señora de Hubières, fuera de sí, se puso a llorar, y, volviéndose hacia su marido con la voz llena de sollozos, una voz de niña acostumbrada a ver satisfechos todos sus deseos, balbucía: «¡No quieren, Henri, no quieren!»

Entonces hicieron una última tentativa:

-Pero, amigos míos, piensen en el porvenir de su hijo, en su felicidad, en...

La campesina, exasperada, interrumpió:

-Ya lo hemos visto todo, lo hemos oído todo, lo hemos reflexionado todo... Márchense, y que yo no vuelva a verlos por aquí. ¡Habrás visto querer llevarse a un niño así!

Al salir, la señora de Hubières se percató de que había dos niños pequeños y, en medio de sus lágrimas, con una tenacidad de mujer voluntariosa y mimada que no quiere nunca esperar, dijo:

-¿Pero el otro niño no es suyo?

El señor Tuvache contestó:

-No, es de nuestros vecinos; puede ir a visitarlos si quiere.

Y él volvió a entrar en la casa, donde resonaba aún la voz indignada de su mujer. Los Vallin se hallaban a la mesa, comiéndose con lentitud unas rebanadas de pan que untaban parsimoniosamente con un poco de mantequilla cogida con la punta del cuchillo, de un plato situado entre los dos. El señor de Hubières formuló de nuevo sus propuestas, pero ahora con más insinuaciones, más precauciones oratorias, más astucia. Los dos rústicos movían la cabeza en señal de rechazo; pero cuando oyeron que recibirían cien francos al mes, se miraron, consultándose con la mirada, muy agitados. Permanecieron en silencio bastante rato, torturados, dudando. Por fin la mujer preguntó.

-¿Qué dices tú, hombre?

Él contestó con tono sentencioso:

-Digo que no es nada despreciable.

Entonces la señora de Hubières, que temblaba de angustia, les habló del porvenir del pequeño, de su felicidad, de todo el dinero que podría darles más tarde.

El campesino preguntó:

-¿La renta de mil doscientos francos será comprometida ante notario?

El señor de Hubières contestó:

-Por supuesto, desde mañana mismo.

La campesina, que meditaba, prosiguió:

-Cien francos al mes no es una cantidad suficiente para privarnos del pequeño; este niño trabajará dentro de unos años; necesitaremos ciento veinte francos.»

La señora de Hubières, inquieta por la impaciencia, se los concedió de inmediato; y, como quería llevarse en aquel momento al niño, dio cien francos más de regalo mientras su marido redactaba un escrito. El alcalde y un vecino, que habían sido urgentemente requeridos, actuaron como testigos complacientes. Y la joven dama, radiante, se llevó al niño que lloraba, como si se llevara un juguete deseado de un gran almacén. Los Tuvache, en su puerta, los miraban marcharse, mudos, severos, lamentando quizá su rechazo.

No se volvió a oír hablar del pequeño Jean Vallin. Los padres iban cada mes a cobrar los ciento veinte francos a la notaría; habían reñido con sus vecinos porque la esposa de Tuvache los cubría de ignominia, repitiendo sin cesar, de puerta en puerta, que había que ser muy desnaturalizado para vender a un hijo, que eso era un horror, una cochinateda, una corrupción.

Y a veces tomaba en brazos al pequeño Charlot de forma ostentosa, gritándole, como si él pudiera comprender: «Yo no te he vendido, no te he vendido, mi pequeño. Yo no vendo a mis hijos. No soy rica, pero no vendo a mis hijos». Y, durante años y años, así fue a diario; cada día gritaba alusiones vulgares ante la puerta para que la oyeran desde dentro de la casa vecina. La señora Tuvache había terminado por considerarse superior a toda la comarca por el hecho de no haber vendido a su hijo. Y los que hablaban de ella decían: «Yo sé bien que era muy tentador, pero da igual, ella se comportó como una buena madre». La citaban; e incluso Charlot, que ya tenía dieciocho años, educado en esa idea que le repetían sin cesar, se consideró superior a sus compañeros, porque no había sido vendido.

Los Vallin vivían con desahogo gracias a la pensión. El furor implacable de los Tuvache, que habían seguido siendo pobres, provenía precisamente de ahí. Su hijo mayor se marchó al servicio militar. El segundo murió; Charlot fue el único que quedó para trabajar junto a su anciano padre y para alimentar a la madre y a sus dos hermanas pequeñas. Tenía veintiún años cuando un coche resplandeciente se detuvo ante las dos casas una mañana. Un señor joven, con cadena de oro, descendió del mismo ofreciendo la mano a una anciana dama de cabellos blancos. La anciana señora le dijo: «Es ahí, hijo mío, en la segunda casa».

Y él entró, como en su casa, en la vivienda de los Vallin. La madre lavaba en aquel momento los delantales; el padre, paralítico, dormitaba junto a la chimenea. Los dos levantaron la cabeza, y el joven saludó:

-Buenos días, papá; buenos días, mamá.

Se levantaron azorados. La campesina, por la emoción, dejó caer el jabón dentro del agua y masculló:

-¿Eres tú, hijo mío? ¿Eres tú, hijo mío?

Él la tomó en sus brazos, la besó, repitiendo: «Buenos días mamá.» Mientras que el viejo, tembloroso, decía con el tono tranquilo que le era habitual: «¿Has vuelto, Juan?», como si lo hubiera visto el mes anterior. Y, una vez que se reconocieron, los padres quisieron pasear inmediatamente al hijo por todo el pueblo para que lo vieran. Lo llevaron a casa del alcalde, del adjunto, del cura, del maestro.

Charlot, de pie en el dintel de su casucha, los veía pasar. Por la noche, mientras cenaban, le dijo a sus viejos:

-¡Tuvieron que estar tontos para permitir que se llevaran al pequeño de los Vallin!

Su madre contestó con obstinación:

-¡Nosotros no queríamos vender a nuestro hijo!

El padre no decía nada.

El hijo continuó:

-¡No es muy triste ser sacrificado de esa manera!

Entonces el padre Tuvache articuló esta frase con tono irritado:

-¿Vas a reprocharnos que te conserváramos?

El joven contestó brutalmente:

-Sí, lo reprocho, porque no son sino dos lerdos. Padres como ustedes son los que labran la desgracia de sus hijos. Merecen que los abandone.

La buena mujer lloraba sobre su plato. Gemía mientras tragaba las cucharadas de sopa de las que derramaba la mitad.

-¡Mátese usted para criar a sus hijos!

Entonces el chico dijo rudamente:

-Preferiría no haber nacido antes que ser lo que soy. Cuando he visto al otro hace un instante, se me han revuelto las tripas. Y me he dicho: ¡esto es lo que yo sería ahora!

Y se levantó.

-Creo que lo mejor es que no permanezca aquí, porque se los reprocharía de la mañana a la noche, y les causaría una vida de miseria. Esto, ¿saben? ¡no se los perdonaré nunca! Los dos ancianos callaban, aterrorizados y llorosos.

Él prosiguió:

-No, esta idea sería demasiado dura ¡Prefiero ir a buscarme la vida en otra parte!

Abrió la puerta. Escuchó un ruido de voces. Los Vallin festejaban a su hijo retornado. Entonces Charlot dio un zapatazo en el suelo, y volviéndose hacia sus padres gritó:

-¡Patanes!

Y desapareció en la oscuridad.

FIN

Encuentro

Los encuentros constituyen el encanto de los viajes. ¿Quién no siente alegría de un encuentro inesperado, en mil lugares del país, con un parisino, un compañero de colegio, un vecino del campo? ¿Quién no ha pasado la noche con los ojos abiertos, en la incómoda diligencia que discurre por unas comarcas donde el vapor es todavía ignorado, al lado de una muchacha desconocida, entrevista solamente a la débil luz de la lámpara, desde que ella sube al coche ante la puerta de una blanca casa de un pueblo?. Y a la mañana siguiente, cuando el espíritu y los oídos están entumecidos del continuo tintineo de los cascabeles y de la estruendosa vibración de los cristales, qué encantadora sensación al ver la belleza de nuestro lado desgredada, abrir los ojos y examinar a su vecino; poder ofrecerle mil servicios y escuchar su historia que ella siempre narra cuando se encuentra bien. Y cómo uno se extasía también sin ningún sentido, al verla descender ante la barrera de una casa de campo. Parece captarse en sus ojos, cuando esta amiga de dos horas nos dice adiós para siempre, un atisbo de emoción, de nostalgia, ¿quién sabe?... Y aquél buen recuerdo se conserva hasta la vejez en esos frágiles recuerdos de los viajes.

Al sur, al sur, todo el extremo de Francia, es un país desierto, pero desierto como las soledades americanas, ignorado por los viajeros, inexplorado, separado del mundo por unas cadenas montañosas en las que están asiladas unas aldeas a los márgenes de un gran río, El Argens, al que ningún puente atraviesa. Toda esta comarca de montaña, es conocida bajo el nombre de "macizo de los Maures". Su verdadera capital es Saint Tropez, ubicada en el extremo de esta tierra perdida, al borde del golfo de Grimaud, en la más bella de las costas de Francia.

Apenas hay algunos pueblos sembrados aquí y allá en toda esta región que la vía del ferrocarril evita dando un enorme rodeo. Dos caminos tan solo penetran y se aventuran por estos valles frondosos, por unos grandes bosques de pinos donde abundan, dicen, los jabalís. Se hace imprescindible franquear unos torrentes vadeándolos y se puede caminar durante dos jornadas enteras por las hondonadas y las cimas, sin percibir una cabaña, un hombre o un animal, pero puede uno enloquecer con los macizos exuberantes de flores silvestres como en los jardines.

Fue en este entorno donde encontré a la más singular y al mismo tiempo siniestra viajera, que he conocido.

Yo ya la había observado sobre el puente de un pequeño navío que iba de Saint Raphael a Saint Tropez.

Era vieja, de setenta años por lo menos, grande, seca, angulosa, con unos cabellos blancos en tirabuzón sobre sus hombros, siguiendo los cánones de una moda antigua; vestida como una inglesa errante, torpe y extraña. Se encontraba en la proa del vapor con la mirada fija en la costa arbolada y sinuosa que discurría a nuestra derecha. El barco cabeceaba; las olas batían contra su flanco y lanzaban un chorro de espuma sobre el puente; pero la anciana no se preocupaba en absoluto de las bruscas oscilaciones del navío ni de las salpicaduras de agua salada en su cara. Permanecía impassible, ocupada solamente del paisaje.

Cuando el barco llegó a puerto, la mujer descendió teniendo por todo equipaje una simple maleta que llevaba ella misma.

Tras una mala noche en un albergue del lugar, llamado pomposamente "Gran Hotel Continental", un ruido de trompetas me hizo descorrer las cortinas de mi ventana y vi pasar, al trote de cinco rocines, la diligencia de Hyères, que llevaba sobre el imperial a la flaca y severa viajera del paquebote.

Una hora más tarde yo seguía a pie los bordes del magnífico golfo para ir a visitar Grimaud. El camino ladeaba el mar y al otro lado del agua se percibía una línea ondulada de altas montañas vestidas de bosques de coníferas. Los árboles descendían justo al nivel del mar, sembrando una larga playa de arena de un verde pálido.

Más tarde entraba en los prados, atravesaba unos torrentes, y vi serpentear alguna culebra. Subí a un montículo con la mirada fija sobre las escarpadas ruinas de un antiguo castillo que se levantaba en esa cima, dominando las casas que se acurrucaban bajo su pie.

Este es el viejo país de los Maures. Aquí se encuentran sus antiguas residencias, sus soportales, su arquitectura oriental. Aquí quedan todavía unas construcciones góticas e italianas a lo largo de las rápidas calles, como senderos de montaña, empedradas con unos guijarros afilados. Aquí están cerca los campos de áloes en flor. Las monstruosas plantas dirigen hacia el cielo su ramo colosal, floreciendo apenas dos veces por siglo y que, según los poetas, qué bromistas, estallan como una salva de aplausos.

Aquí hay, altos como árboles, vegetaciones extrañas, erizadas, parecidas a serpientes, y unas palmeras seculares.

Entré en el recinto del amplio castillo, semejante a un caos de rocas desprendidas. De repente, bajo mis pies, se abrió una estrecha escalera que se dirigía bajo tierra. Descendí y penetré de súbito en una especie de cisterna, en un lugar sombrío y abovedado, conteniendo un agua clara y fría, abajo, al fondo, en un hueco del suelo.

Alguien se dirigía hacia mí en medio de las tinieblas de este pozo. Reconocí a la mujer que vi en el pueblo por la mañana; después algo blanco pasó junto a su cara; me pareció que era un pañuelo. En efecto, ella lloraba en soledad.

De repente me habló, avergonzada de haber sido sorprendida.

-Si, señor, lloro...no suelo hacerlo con frecuencia. Quizás este agujero lo ha provocado.

Emocionado, traté de consolarla con vagas palabras, con alguna banalidad.

-No se moleste- dijo ella-. No puede hacer nada por mí. Soy como un perro perdido.

Y allí me contó su historia, bruscamente, como si brotase un eco de su desgracia.

-Yo fui una mujer feliz, señor, y tengo muy lejos de aquí un hogar, pero no quiero regresar... tanto es el dolor de mi corazón. Tengo un hijo. Está en las Indias. Si lo viese no lo reconocería. Apenas lo vi en toda mi vida. Casi no recuerdo su figura desde que tenía seis años de edad.

"A los seis años me lo arrebataron; lo internaron en un pensionado. Venía dos veces al año; y cada vez yo me asombraba de los cambios en su persona, de encontrarlo más grande sin haberlo visto crecer. Se me robó su infancia y todas las alegrías de ver crecer a ese pequeño ser salido de mí.

"A cada una de sus visitas, su cuerpo, su mirada, sus movimientos, su voz, su risa, no eran las mismas, no eran las mismas. Un años se dejó crecer la barba; yo quedé estupefacta y triste. Apenas ya me atrevía a abrazarlo. ¿Era este mi hijo, mi pequeñín rubio de antaño, mi querido, querido niño que yo había mecido sobre mis rodillas, ese gran muchacho moreno que me llamaba gravemente "madre" y que parecía amarme por obligación?

"Mi marido murió; después le tocó a mis padres; más tarde perdí a mis dos hermanas. Cuando la muerte entra en una familia, se diría que se despacha realizando la mayor tarea posible para no tener que regresar pronto.

"Quedé sola. Mi hijo estudiaba Derecho en París. Yo esperaba vivir y morir cerca de él. Así que partí para permanecer a su lado, pero él tenía hábitos de un joven y yo era una molestia. Regresé a mi casa.

"Después se casó. Me creí salvada pero mi nuera acabó odiándome y me volví a encontrar sola otra vez.

"Como los suegros de mi hijo vivían en las Indias y como su esposa hacía de él lo que quería, decidieron partir a vivir con ellos. Ellos lo tienen; lo tienen para ellos. Me lo han robado. Me escribía cada dos meses. Vino a verme, hace ahora ocho años. Tenía la figura arrugada y los cabellos blancos. ¿Era posible? ¿Este hombre viejo, mi hijo? ¿Mi pequeñín de entonces? Sin duda no lo volvería a ver.

"Así pues yo viajo todo el año. Voy de derecha a izquierda como usted ve, sin nadie que me acompañe.

"Soy como un perro perdido. Adiós, señor. No se quede cerca de mí. Me da apuro haberle contado todo esto."

Y como yo descendía la colina para regresar, observé a la vieja mujer de pie sobre una muralla en ruinas, mirando el golfo, el gran mar a lo lejos, las montañas sombrías y el largo valle.

El viento agitaba como una bandera el bajo de su falda y el pequeño chal extranjero que llevaba sobre sus flacas espaldas.

FIN

Enfermos y médicos

¡Singular misterio es el recuerdo! Uno va despistado por las calles, bajo el primer sol de mayo, y de repente, como si unas puertas durante mucho tiempo cerradas se abrieran en la memoria, cosas ya olvidadas regresan de nuevo a la mente. Pasan, seguidas por otras, nos hacen revivir horas pasadas, horas lejanas.

¿Por qué esas vueltas bruscas hacia antaño? ¿Quién lo sabe? Un olor que flota, una sensación tan ligera que ni la hemos notado, pero que uno de nuestros órganos reconoció, un escalofrío, incluso un destello de sol que daña la retina, un ruido tal vez, un nada que nos rozó en una circunstancia en un tiempo lejano y que volvemos a encontrar, vale para hacernos volver a ver de repente un país, unas gentes, unos acontecimientos desaparecidos de nuestro pensamiento.

¿Por qué un soplo de aire cargado de olores, de hojas bajo los castaños de los Campos Elíseos, evoca de repente un camino, un enorme camino, a lo largo de una montaña, en Auvernia?

A la izquierda, entre dos cimas, apareció el cono majestuoso y fuerte de Puy-de-Dome. Alrededor de este pesado gigante, más lejos o más cerca, un cúmulo de picos se alzan. De entre ellos, muchos que aparecen truncados, antiguamente arrojaban fuego y humo. Volcanes extinguidos cuyos cráteres extintos se han convertido en lagos.

A la derecha, el camino domina una planicie infinita poblada de pueblos y ciudades, rica y arbolada, la Limagne. Cuanto más nos elevamos más cumbres vemos, allá abajo, las montañas de Forez. Todo este horizonte desmesurado está empañado de un vapor lechoso, suave y claro. Los alrededores de Auvernia tienen una gracia infinita dentro de su bruma transparente.

La carretera está bordeada de nogales enormes que la protegen siempre del sol. Las faldas de los montes están cubiertas de castaños en flor cuyos racimos, más pálidos que las hojas, parecen grises entre el verdor sombrío.

De vez en cuando, sobre un punto de la montaña aparece una casona en ruinas. Esta tierra fue erizada de fortalezas. Todas muy parecidas, además, entre sí.

Por encima de una sólida construcción cuadrada, festoneada de almenas, se eleva una torre. Los muros no tienen ventanas, nada más que agujeros casi invisibles. Se diría que estas fortalezas han crecido sobre las alturas como champiñones. Fueron construidas en una piedra gris que no es otra cosa más que lava.

Y a lo largo de todos los caminos, se encuentran yuntas de vacas arrastrando domos de heno. Las dos bestias van a un paso lento en las rápidas pendientes y cuestas, arrastrando o frenando la enorme carga. Un hombre va delante y regula su paso con una larga vara con la que les toca de vez en cuando. Nunca les pega. Parece sobre todo guiarlas con el movimiento del palo, como un director de orquesta. Tiene ese gesto grave que somete a las bestias, y se gira a menudo para indicar sus deseos. Nunca se ven caballos, salvo en las diligencias o en los coches de alquiler; y el polvo de los caminos, cuando hace calor y se levanta en torbellinos, transporta un olor azucarado que recuerda un poco a la vainilla y que nos hace pensar en los establos.

Todo el país está también aromatizado por unos árboles olorosos. La vid, apenas floreciendo, exhala un olor suave y exquisito. Los castaños, las acacias, los tilos, los abetos, el heno y las flores salvajes de las cunetas inundan el aire de perfumes ligeros y persistentes.

Auvernia es la tierra de las enfermedades. Todos sus volcanes extinguidos parecen calderas cerradas donde se calientan todavía, en las entrañas del suelo, aguas minerales de todo tipo. De estas enormes marmitas ocultas, parten fuentes calientes que contienen, según dicen los médicos interesados, todos los medicamentos válidos para todas las enfermedades.

En cada una de las estaciones termales, que se crean alrededor de cada arroyo tibio descubierto por un paisano, se interpretan toda una serie de escenas admirables. Primero es la venta de la tierra por el campesino, la formación de una Sociedad de capital, ficticio, de algunos millones, el milagro de la construcción de un establecimiento con estos fondos imaginarios y con verdaderas piedras, la instalación del primer médico, con el título de médico superior, la aparición del primer enfermo, por otra parte perpetuo, la sublime comedia entre este enfermo y este médico.

Cada villa de agua termal para un observador es una California cómica. Cada doctor es un tipo encantador, desde el doctor correcto, a la inglesa, con corbata blanca, hasta el doctor escéptico, espiritual y malicioso, que cuenta a los amigos sus procedimientos y sus trucos.

Entre estos dos modelos, encontramos al doctor paternal y buen chico, el doctor científico, el doctor brutal, el doctor de mujeres, el doctor de largos cabellos, el doctor elegante y muchos otros. Cada variedad de médico encuentra infaliblemente su variedad de enfermedades, su clientela de ingenuos. Y cada día, entre ellos, en cada habitación de

hotel, vuelve a comenzar la admirable farsa que Molière no contó totalmente. ¡Oh! ¡Si estos médicos hablaran, qué notas, qué documentos maravillosos nos podrían dar sobre el hombre!

A veces, sin embargo, después de beber, cuentan alguna aventura, una de cada mil.

Uno de ellos, muy inspirado, tuvo esta idea genial de anunciar en los periódicos que las aguas de B..., inventadas por él, prolongaban la vida humana. Ningún misterio, por otra parte, en su acción. Él lo explicaba científicamente por la acción de las sales, de los minerales y de los gases sobre el organismo. Había incluso escrito sobre eso un extenso folleto que mostraba, además, los recorridos de los alrededores.

Pero eran necesarias pruebas para estas aseveraciones. Empezó un pequeño viaje a la búsqueda de centenarios.

Las familias pobres, en general, no teniendo apenas para criar a sus inútiles ancianos padres, se los cedían seis meses por año; y él los instalaba en una elegante casona que había bautizado "Hospicio de los Centenarios". No todos tenían cien años, pero todos se aproximaban. Este era su reclamo, reclamo sublime. Curar no es nada, pero vivir es todo. ¡Sus aguas no curaban, hacían vivir! ¡Qué importan el hígado, los bronquios, la laringe, los riñones, el estómago, el intestino! Lo único que importa es vivir.

Este gran hombre, un día que estaba contento, contó esta aventura.

Una mañana, fue llamado al lado de un nuevo viajero, M.D..., que llegó la víspera por la tarde y que había alquilado un pabellón muy cerca de la fuente de Souveraine. Era un ancianito de ochenta y seis años, todavía lozano, enjuto, con buena salud, y que intentaba por todos los medios disimular su edad.

Hizo sentar al médico y lo interrogó a continuación:

-Doctor, si me encuentro bien, es gracias a la higiene. Sin ser muy viejo, tengo ya una cierta edad, pero evito todas las enfermedades, todas las indisposiciones, los más ligeros malestares mediante la higiene. Usted afirma que el clima de este país es muy favorable para la salud; quiero creerle, pero antes de establecerme aquí, quiero pruebas. Le rogaría pues que viniese a mi casa una vez por semana para darme exactamente las informaciones siguientes:

Primero, deseo tener la lista completa, muy completa, de todos los habitantes de la estación y de los alrededores que han sobrepasado los ochenta años. Necesito también algunos detalles psicológicos y fisiológicos de ellos. Quiero conocer su profesión, su tipo de vida, sus costumbres. Cada vez que una de estas personas se muera, usted podría avisarme e indicarme la causa precisa de su muerte, así como todas las circunstancias.

Después añadió amablemente:

-Espero, doctor, que llegaremos a ser buenos amigos-, y tendió su mano arrugada que el médico apretó prometiéndole su ayuda incondicional.

Desde el momento en que tuvo la lista de diecisiete habitantes del país que habían pasado de ochenta años, M.D... sintió como se despertaba en su corazón un interés extremo, una solicitud infinita por los ancianos que iba a ver caer uno después de otro. No quiso conocerlos, por temor sin duda a encontrar algún parecido entre él y alguno de ellos que moriría pronto, lo que le habría afectado; pero se hizo una idea muy clara de sus personas, y no hablaba más que de ellos con el médico que cenaba en su casa cada día.

Preguntaba:

-¡Y bien doctor!, ¿cómo va hoy Poincot? Lo hemos dejado un poco indispuesto la semana pasada.

Y cuando el médico había hecho el parte facultativo del enfermo, M.D... proponía modificaciones en el régimen, pruebas, modos de tratamiento que podría aplicar a continuación sobre él mismo si habían tenido éxito sobre los otros. Eran, estos diecisiete ancianos, un campo de experimentación de donde él sacaba conclusiones.

Una tarde, el doctor, entrando, anunció:

-Rosalia Tourul ha muerto.

M.D... se estremeció, y a continuación preguntó:

-¿De qué?

-De una angina.

El viejecito exclamó un "¡Ah!" de alivio y añadió:

-Estaba demasiado gorda, demasiado fuerte. Debía de comer demasiado, esta mujer. Cuando tenga su edad, me observaré más.

Él era dos años mayor pero no aparentaba más que setenta.

Algunos meses más tarde, le tocó el turno a Henri Brissot. M.D... se emocionó mucho. Esta vez era un hombre delgado, justo de su edad, ni tres meses de diferencia y un prudente. Ya no se arriesgaba a preguntar, esperando a que el médico hablara y permanecía inquieto:

-¡Ah!, ¿murió así, de repente? Se portaba muy bien la semana pasada. ¿Habrá cometido cualquier imprudencia, no, Doctor?

El médico, que se divertía, respondió:

-No creo, sus hijos me han dicho que había sido muy prudente.

Entonces, no pudiendo aguantar más, temblando de angustia, M.D... preguntó:

-Pero... pero...pero, ¿de qué se murió, entonces?

-De una pleuresía.

Esto supuso una alegría, una gran alegría. El viejecito apretó sus manos secas, la una contra la otra.

-Pues claro, yo bien le dije que él había cometido alguna imprudencia. Uno no coge una pleuresía sin razón. Habrá querido tomar el aire después de cenar: y le habrá cogido el frío. ¡Una pleuresía! Esto es un accidente; no es ni una enfermedad! ¡Nadie más que los locos mueren de pleuresía!

Cenó alegremente hablando de los que quedaban.

-No son más que quince ahora, pero estos son fuertes, ¿no? Toda la vida es así; los más débiles caen primero, las personas que pasan de los treinta tienen muchas posibilidades de llegar a los sesenta; los que pasan de los sesenta llegan a menudo a los ochenta; y los que pasan de ochenta alcanzan casi siempre la centena, porque son los más robustos, los más prudentes, los más vigorosos.

Otros dos más desaparecieron durante el año, uno de disentería y el otro de asfixia. M.D... se alegró mucho con la muerte del primero:

-¡La disentería es la enfermedad de los imprudentes! ¡Qué diablos! ¡Doctor, debería haber vigilado su régimen!

En cuanto al que se lo había llevado un ahogo, esto no podía provenir más que de una enfermedad del corazón mal detectada hasta ese momento.

Pero, una tarde, el médico anunció la muerte de Paul Timonet, una especie de momia del que se esperaba convertir en un centenario de reclamo para la estación.

Cuando M.D... preguntó, según su costumbre:

-¿De qué murió?

El médico respondió:

-De verdad que no lo sé.

-¿Cómo? ¿no sabe nada?. Siempre se sabe. ¿No tenía alguna lesión orgánica?

El doctor movió la cabeza.

-No, ninguna.

-¿Tal vez algún problema de hígado o riñones?

-No, todo esto estaba sano.

-¿Ha observado bien si el estómago funcionaba regularmente? Un ataque proviene a menudo de una mala digestión.

-No ha habido ataque.

M.D..., muy perplejo, braceaba:

-Pero veamos. ¿Murió de algo, entonces? ¿ De qué pues, según su opinión?

El médico levantó los brazos:

-Yo no sé nada, nada en absoluto. Murió porque murió, eso es.

M.D..., entonces, con una voz descompuesta, preguntó:

-¿Qué edad tenía exactamente? Ya no la recuerdo.

-Ochenta y nueve años

Y el viejecito, con aspecto incrédulo y tranquilo, exclamó:

-¡Ochenta y nueve años! ¡Ah... entonces, tampoco ha sido la vejez!

FIN

Ese cerdo de Morin

A M. Oudinot

-Eso, amigo mío -dije a Labarde-; ¡esas cuatro palabras que acabas de pronunciar, “ese cerdo de Morin”! ¿Por qué diablos nunca he oído hablar de Morin sin que se le tratase de cerdo?

Labarde, hoy diputado, me miró con ojos de gato asustado.

-Pero ¡cómo! ¿No sabes la historia de Morin? ¿Y tú eres de La Rochelle?

Confesé que no sabía la historia de Morin. Entonces Labarde se frotó las manos de satisfacción, y comenzó su relato.

-Tú has conocido a Morin y recuerdas su gran almacén de mercería en el muelle de La Rochelle, ¿no?

-Sí, perfectamente.

-Pues bien, en mil ochocientos sesenta y dos, o sesenta y tres, Morin fue a pasar quince días a París, un viaje de placer, o de placeres, pero con el pretexto de renovar las existencias de su comercio. Tú sabes lo que es, para un comerciante de provincias, quince días en París. Eso les enciende la sangre. Todas las noches espectáculos, roces de mujeres, una continua excitación anímica. Se vuelven locos. No ven más que bailarinas con vestidos de malla, actrices descotadas, piernas redondas, hombros soberbios, y todo esto casi al alcance de la mano, sin que se atrevan o puedan tocarlo; pues apenas si disfrutaban, una o dos veces, de algunos manjares inferiores. Y se van con el corazón conmovido y el alma toda alegre, con unas ansias de besos que aún les cosquillean en los labios. Morin se hallaba en este estado cuando tomó su billete para La Rochelle en el expreso de las ocho cuarenta de la noche, y se paseaba lleno de confusos sentimientos por la gran sala de la estación de Orléans cuando se paró en seco ante una joven mujer que besaba a una anciana señora. Se había levantado el velo y Morin, maravillado, murmuró:

-¡Oh, qué mujer más guapa!

Cuando se despidió de la señora anciana, entró en la sala de espera, y Morin la siguió también; luego subió a un vagón vacío, y Morin la siguió hasta allí. Había pocos viajeros para el expreso. La locomotora silbó y el tren arrancó. Iban solos. Morin se la comía con los ojos. Tendría de diecinueve a veinte años; era rubia, alta y de porte desenvuelto. Se enrolló a las piernas una manta de viaje y se extendió sobre los asientos intentando dormir. Morin se preguntaba:

“¿Quién será?”

Y mil suposiciones y proyectos pasaban por su mente. Se decía:

“Ocurren tantas aventuras en el tren... Tal vez se me presente una a mí. ¿Quién sabe? Ha llegado tan rápidamente esta buena suerte... Quizá me bastaría con ser un poco audaz. ¿No fue Danton quien dijo: 'Audacia, audacia y siempre audacia?' Y si no fue Danton, fue Mirabeau; ¡qué más da! Sí, pero yo carezco de audacia; ahí está la dificultad. ¡Oh, si supiese, si pudiese leer el pensamiento de los demás! Apuesto a que pasamos todos los días, sin darnos cuenta, al lado de ocasiones magníficas. Sin embargo, le sería suficiente un gesto para indicarme que no desea otra cosa...”

Entonces se planteó una infinidad de combinaciones que lo conducían al triunfo. Imaginaba una entrada de aspecto caballeresco; pequeños favores que le hacían; una conversación viva, galante, que terminaba con una declaración que a su vez terminaba en... lo que estás pensando. Sin embargo, la noche transcurría y la hermosa joven seguía durmiendo, mientras Morin tramaba su ruina. Amaneció, y muy pronto el primer rayo del sol, un buen rayo luminoso que venía del horizonte, cayó sobre el dulce rostro de la viajera dormida. Se despertó, se sentó, miró el campo, miró a Morin y sonrió. Sonrió como una mujer feliz, con un aire atractivo y alegre. Morin se estremeció de repente. Sin duda esa sonrisa era para él, era una invitación discreta, el indicio soñado que esperaba. Y esa sonrisa quería decir:

“Es usted un estúpido, un necio, un memo; estarse ahí, como un palo, en su asiento desde anoche. ¡Vamos, míreme! ¿No estoy bien? ¡Y usted se queda así toda la noche a solas, con una mujer bonita, sin atreverse a nada, gran tonto!”

Sonreía siempre que la miraba, e incluso comenzaba ya a reír, y Morin perdía la cabeza buscando una palabra de circunstancias, un cumplido, algo, en fin, que decir, fuese lo que fuese. Pero no encontraba nada, nada. Entonces, presa de una audacia de cobardón, pensó: “Bueno, arriesgo todo”; y bruscamente, sin decir ni pío, se dirigió hacia la joven, con las manos tensas y los labios ansiosos, la estrechó entre sus brazos y la besó. Ella, de un brinco se puso en pie, gritando: “¡Socorro!”, llena de terror. Y abrió la ventanilla dando unos chillidos espantosos, y sacó los brazos fuera, loca de miedo, mientras Morin, desesperado y convencido de que se iba a tirar a la vía, la retenía cogiéndola por la falda, y farfullaba:

-¡Señora..., pero, señora!

El tren disminuyó la marcha, y paró. Dos empleados echaron a correr hacia la desesperada joven que cayó en sus brazos, balbuciendo:

-Este hombre me ha querido..., me...

Y se desvaneció. Estaban en la estación de Mauzé. El gendarme de servicio detuvo a Morin. Cuando la víctima de su brutalidad recobró el conocimiento, prestó declaración. La autoridad formalizó su atestado. Y el pobre mercero no pudo regresar a su domicilio hasta la noche, por la tramitación de un juicio por ultraje a las buenas costumbres en un lugar público.

II

-Yo era entonces redactor jefe del *Fanal des Charentes*, y veía a Morin, todas las noches, en el Café del Comercio. Al día siguiente de su aventura, vino a buscarme, pues no sabía qué hacer. No le oculté mi opinión:

-No eres más que un cerdo. Un caballero no se comporta de esa manera.

Se echó a llorar; su mujer le habla pegado; veía su comercio arruinado, su nombre por el fango, deshonrado, y a sus amigos, indignados, que no lo saludaban ya. Acabó por darme compasión, y llamé a mi colaborador Rivet, un hombre guasón y de buen juicio, para consultarle sobre el caso. Me comprometí para que fuese a ver al fiscal imperial, que era uno de mis amigos. Le dije a Morin que regresase a su casa, y yo me dirigí a la de ese magistrado. Allí supe que la mujer ultrajada era la señorita Henriette Bonnel, quien acababa de obtener en París su diploma de institutriz y, como no tenía padre, estaba pasando sus vacaciones en casa de sus tíos, unos honrados pequeñoburgueses de Mauzé. Lo que había complicado la situación de Morin era que el tío había presentado una querrela contra él. El ministro fiscal estaba dispuesto a echar tierra sobre el asunto, si se retiraba la querrela. Y esto era lo que había que conseguir. Volví a casa de Morin. Lo encontré en cama, enfermo de emoción y de pensar. Su esposa, una buena mujer, huesuda y con pelos en la barbilla, lo maltrataba sin descanso. Me condujo a su alcoba, gritándome a la cara:

-¿Viene usted a ver a ese cerdo de Morin? ¡Mírelo, ahí lo tiene!

Y se plantó delante de la cama, con los brazos en jarras. Le expuse la situación, y me suplicó que fuese a ver a la familia de la joven. La misión era delicada; y, sin embargo, acepté. El pobre diablo no cesaba de repetir:

-Te aseguro que ni siquiera la he besado, no, ni siquiera eso. ¡Te lo juro!

-Es igual -le respondí-, no eres más que un cerdo.

Y cogí los mil francos que me dio para emplearlos como juzgase conveniente. Pero como no me aventuraba a entrar solo en la casa de los tíos de la joven, le rogué a Rivet que me acompañara. Aceptó con la condición de que se marcharía inmediatamente, pues tenía, al día siguiente, por la tarde, un asunto urgente en La Rochelle. Y, dos horas más tarde, estábamos llamando a la puerta de una bonita casa de campo. Una hermosa joven vino a abrirnos. Era ella seguramente. Le dije por lo bajo a Rivet:

-¡Caramba, comienzo a comprender a Morin!

El tío, monsieur Tonnelet, era precisamente un abonado al *Fanal*, un ferviente correigionario político, y nos recibió con los brazos abiertos, nos felicitó, nos estrechó la mano, entusiasmado de tener en su casa a los dos redactores de su periódico. Rivet me dijo al oído:

-Creo que podremos arreglar el asunto de ese cerdo de Morin.

La sobrina se había retirado, y yo abordé la delicada cuestión. Le representé el espectro del escándalo, le hice ver el descrédito inevitable que sufriría la joven después del ruido de semejante asunto, pues nunca se creería que sólo había sido un simple beso. El buen hombre parecía indeciso; pero no podía decidir nada sin su mujer, que volvería demasiado tarde para la reunión. De repente lanzó un grito de triunfo:

-¡Tengo una idea excelente! Se quedan ustedes aquí, en casa. Pueden cenar y acostarse aquí los dos; y cuando regrese mi mujer, espero que nos entendamos.

Rivet se resistía, pero el deseo de resolver el asunto de ese cerdo de Morin lo decidió, y aceptamos la invitación. El tío se levantó lleno de alegría, llamó a su sobrina y nos propuso dar un paseo por su finca, declarando:

-Los asuntos serios para la noche.

Rivet y él se pusieron a charlar de política. Y muy pronto yo me encontré al lado de la joven, a algunos pasos detrás de ellos. ¡Era verdaderamente deliciosa, deliciosa, deliciosa! Con infinitas precauciones, comencé a hablarle de su aventura para intentar ganarme una aliada. Pero parecía que no se hallaba nada confusa, y me escuchaba con el aspecto de una persona que se divierte mucho. Le decía:

-Piense, pues, señorita, en todas las molestias que tendría que soportar. Tendría que comparecer ante el tribunal, afrontar las miradas maliciosas, hablar delante de todo el mundo y contar públicamente esa triste escena del vagón. Bueno, entre nosotros, ¿no hubiese sido mejor no decir nada, hacer volver a su sitio a ese desvergonzado, sin llamar a los empleados, y cambiar simplemente de coche?

Se echó a reír.

-Sí, es verdad lo que dice. Pero ¿qué quiere usted? Tuve miedo, y cuando se tiene miedo, no se razona. Después de hacerme cargo de mi situación, sentí haber gritado; pero ya era demasiado tarde. Además, piense usted que ese imbécil se arrojó sobre mí, sin decir ni una palabra y con una cara de loco furioso. Yo no sabía ni siquiera lo que deseaba de mí.

Me miraba de frente, sin sentirse turbada ni intimidada. Y yo me decía:

“¡Pero si esta chica es una bribona! No me extraña que ese cerdo de Morin se haya equivocado.”

-Vamos, señorita -proseguí bromeando-, confíese usted que es excusable, pues, en fin, no se puede uno hallar frente a una persona tan guapa como usted sin experimentar el deseo absolutamente legítimo de besarla.

Se rió más fuerte aún, enseñando los dientes.

-Entre el deseo y la acción, señor, hay sitio para el respeto.

La frase era original, pero poco clara. Y bruscamente le pregunté:

-Y si yo la besase a usted ahora mismo, ¿qué haría?

Se detuvo para mirarme de arriba abajo y luego dijo tranquilamente:

-¡Oh, usted, no es lo mismo!

Bien sabía yo, ¡pardiez!, que no era lo mismo, pues tenía entonces treinta años y no en balde se me conocía en toda la provincia por el “guapo Labarde”. Pero le pregunté:

-¿Por qué?

Se alzó de hombros y respondió:

-¡Toma, porque usted no es tan estúpido como él!

Y añadió, mirándome de soslayo:

-Ni tan feo.

Antes que pudiese hacer ningún movimiento para evitarlo, le planté un beso en la mejilla. Se apartó hacia un lado, pero ya era demasiado tarde. Y después me dijo:

-¡Vaya! Usted tampoco ha podido contenerse. Pero no lo haga otra vez.

Puse un aspecto sumiso y le dije a media voz:

-¡Oh, señorita, si tengo algún anhelo en mi corazón es el de verme ante un tribunal por la misma causa que Morin!

-¿Y eso por qué? -me preguntó.

La miré al fondo de sus ojos seriamente.

-Porque es usted una de las más bellas criaturas que existen; porque sería para mí un título de honor, una gloria haber querido violentarla. Porque se diría, una vez que la hubiesen visto a usted:

-¡Vaya con Labarde, no coge lo primero que se le presenta, sino que sabe elegir!

Y la joven se echó a reír con todas sus ganas.

-¡Es usted un pillo!

Pero no había acabado de pronunciar la palabra pillo cuando ya la tenía entre mis brazos y la besaba ávidamente en todos los sitios donde podía, en los cabellos, en la frente, en los ojos, a veces en la boca, en las mejillas, por toda la cabeza, allí donde descubría, a pesar suyo, un rincón al intentar defender los demás. Por fin, se desembarazó de mí, ruborizada y ofendida.

-Es usted un grosero, señor, y ha conseguido que me arrepienta de haberlo escuchado.

Le cogí la mano, un poco confuso, balbuciendo:

-¡Perdón, perdón, señorita! La he ofendido; he sido brutal. No me tome odio. ¡Si usted supiese...!

Buscaba en vano una excusa. Al cabo de un momento, la joven declaró:

-No tengo nada que saber, señor.

Pero yo había dado con una excusa, y exclamé:

-¡Señorita, estoy enamorado de usted desde hace un año!

Se quedó realmente sorprendida, y no pude por menos de alzar los ojos.

-¡Sí, señorita -proseguí- escúcheme! No conozco a Moría, y me burlo de él; ni me importa que vaya a la cárcel, ni que tenga que pasar ante los tribunales. La vi a usted aquí el año pasado; estaba allá abajo, delante de la verja. Recibí tal impresión al verla, que su imagen no se ha borrado de mi mente desde entonces. No importa que me crea o que no me crea. Es usted adorable. Su recuerdo me obsesionaba, he querido volver a verla, he aprovechado el pretexto de ese estúpido de Morin, y aquí estoy. Las circunstancias han hecho que me haya sobrepasado. ¡Perdóneme, se lo suplico, perdóneme!

Me miraba atisbando la verdad en mis ojos, dispuesta ya a sonreír de nuevo; pero murmuró:

-¡Embustero!

Levanté una mano, y con tono sincero, incluso a mí mismo me pareció sincero, exclamé:

-¡Le juro que no miento!

Y dijo, simplemente:

-¡Jum!

Estábamos solos, completamente solos, pues Rivet y el tío habían desaparecido al doblar el paseo entre los árboles de la alameda. Le hice una verdadera declaración, larga, tierna, cogiéndole y besándole los dedos de las manos. Me escuchaba como si fuese algo agradable y nuevo para ella, sin saber qué pensar de todo ello. Acabé por sentirme turbado, por sentir lo que le estaba diciendo; me había puesto pálido, tenía opresión al respirar y todo mi ser temblaba; y suavemente la cogí por el talle. Le hablé muy bajito al oído, entre los rizos de su cabello. Y cayó, enajenada, en tal ensueño, que parecía como si estuviese muerta entre mis brazos. Después cogió mi mano y me la estrechó con fuerza; apreté lentamente su cintura en un abrazo tembloroso que iba siendo cada vez más fuerte; no se movió; rocé ligeramente su mejilla con mi boca y de repente mis labios, sin querer, se encontraron con los suyos. Nos dimos un beso largo, muy largo; y hubiera durado aún mucho más tiempo, si no hubiese oído un “¡jum, jum!” a unos pasos detrás de mí. Se escapó corriendo a través de un macizo. Me volví y divisé a Rivet que venía hacia mí. Se plantó en medio del camino y muy serio, sin reírse, me dijo:

-¿Es así como tú arreglas el asunto de Morin?

Le respondí con fatuidad:

-Amigo, se hace lo que se puede. ¿Has conseguido algo del tío? Yo respondo de la sobrina.

Rivet declaró:

-Yo he tenido menos suerte con el tío.

Lo cogí del brazo y entramos en la casa.

III

-Durante la cena acabé de perder la cabeza. Estaba sentado al lado de ella, y mi mano siempre encontraba la suya bajo el mantel; apretaba mi pie contra el suyo, y nuestras miradas se unían y se confundían en una sola. Al terminar de cenar, salimos en seguida a dar un paseo a la luz de la luna, y le susurré al oído todas las frases cariñosas que se me ocurrieron. La llevaba estrechamente contra mí; la besaba a cada instante, humedeciendo mis labios en los suyos. Delante de nosotros, iban discutiendo el tío y Rivet, cuyas sombras se proyectaban tras de ellos en la arena del camino. Regresamos a casa, y poco después un empleado del telégrafo vino a traernos un telegrama de la tía, en el que anunciaba que no regresaría hasta el día siguiente por la mañana, en el tren de las siete. El tío, entonces, nos dijo:

-Pues bien, Henriette, vete a enseñarle a los señores dónde están sus habitaciones.

Y nos estrechó la mano al darnos las buenas noches, y subimos una escalera conducidos por la sobrina. Nos llevó primero al aposento de Rivet, quien me dijo al oído:

-No hay cuidado de que nos hubiese conducido primero al tuyo.

Después me guió hasta mi cama. En cuanto estuve a solas con ella, la cogí de nuevo entre mis brazos intentando nublar su razón y vencer su resistencia. Pero cuando se sintió a punto de desfallecer, se me escapó. Me deslicé entre las sábanas, muy contrariado, muy sofocado y corrido, sabiendo que no dormiría apenas, y estaba pensando en qué torpeza podía haber cometido, cuando llamaron muy bajito a mi puerta.

-¿Quién está ahí? -pregunté.

-Yo -respondió una voz leve.

Me vestí apresuradamente, abrí y entré.

-Me he olvidado -dijo- de preguntarle lo que toma para desayunar: ¿chocolate, té o café?

La había enlazado impetuosamente, y la devoraba a caricias, balbuciendo:

-Yo tomo..., yo tomo..., yo tomo...

Pero se me escurrió de entre los brazos, me apagó la luz y desapareció. Me dejó solo y furioso en la oscuridad. Me puse a buscar unas cerillas y no las encontré por ninguna parte; por fin, las hallé y salí al corredor, medio loco, con la palmatoria en la mano. ¿Adónde iba? Ya no razonaba; quería encontrarla; la deseaba. Y di algunos pasos sin reflexionar en nada. De pronto, pensé:

“Pero y si me cuelo en la habitación del tío, ¿qué le diría?...”

Y me quedé inmóvil, con el cerebro vacío y el corazón palpitante. Al cabo de unos segundos, se me ocurrió la respuesta: “¡Pardiez! Le diría que andaba buscando la habitación de Rivet para hablar con él de un asunto urgente.” Y me puse a inspeccionar las puertas esforzándome en descubrir la de ella. Pero no sabía cómo orientarme. Al azar, tropecé con una llave y la giré. Abrí, entré... Henriette, sentada en la cama, me estaba mirando, toda azorada. Entonces corrí lentamente el cerrojo, y acercándome de puntillas, le dije:

-He olvidado, señorita, pedirle algo para leer.

Se resistió; pero abrí muy pronto el libro que buscaba. No te diré su título. Era realmente la más maravillosa de las novelas, el más divino de los poemas. Una vez leída la primera página, ya me dejó recorrerlo todo a mi capricho; y deshijé tantos capítulos que nuestras bujías se consumieron hasta el final. Nos teníamos que separar; me despedí de ella, y ganaba ya mi habitación, caminando con mucho tiento para no hacer ruido, cuando una mano brutal me paró y una voz, la de Rivet, me cuchicheó en la punta de la nariz:

-¿Pero no has acabado de arreglar el asunto de ese cerdo de Morin?

A las siete de la mañana, ella misma me llevó una taza de chocolate. No he probado jamás nada parecido. Un chocolate para morirse, suave, fino, perfumado y embriagador, que no podía quitar la boca de los bordes deliciosos de la taza. Apenas la joven acababa de salir, cuando entró Rivet. Parecía que estaba nervioso, irritado, como quien no ha dormido apenas. Me dijo en un tono muy áspero:

-Si sigues así, ya me entiendes, acabarás por echar a perder el asunto de ese cerdo de Morin.

A las ocho, llegó la tía. La discusión fue breve. Aquella buena gente retiraba su querrela y yo entregaría quinientos

francos para los pobres del pueblo. Entonces nos invitaron a pasar el día con ellos, y organizaríamos un excursión para a visitar las ruinas. Henriette, que estaba detrás de sus tíos, me hacía gestos con la cabeza como diciéndome: "¡Sí, quédese!", y acepté; pero Rivet se empeñó en marcharse y no lo podíamos hacer desistir de esta idea. Lo llamé aparte, le rogué, le supliqué y nada. Entonces le dije:

-Vamos, amigo Rivet, hazlo aunque sólo sea por mí.

Pero estaba tan desesperado, que me respondió a la cara:

-Ya tengo bastante, ¿entiendes?, con el asunto de ese cerdo de Morin.

Me vi obligado a marchar también. Fue uno de los momentos más duros de mi vida. Yo me hubiese quedado arreglando el asunto de ese cerdo de Morin durante toda mi vida. Nos despedimos con unos enérgicos y mudos apretones de manos, y ya en el vagón le dije a Rivet:

-Tú no eres más que un grosero.

-Amigo mío -me respondió- ya me estás provocando demasiado.

Al llegar ante la puerta de las oficinas de *Fanal*, divisé una muchedumbre que nos estaba esperando. En cuanto nos vieron, comenzaron a gritar:

-¡Eh! ¿Arreglaron el asunto de ese cerdo de Morin?

Toda La Rochelle estaba revuelta con esta cuestión. Rivet, a quien se le había disipado el mal humor en el camino, a duras penas pudo contener la risa al declarar:

-Sí, está arreglado, gracias a Labarde.

Y nos fuimos a casa de Morin. Estaba tendido en un sillón; le habían puesto unos sinapismos en las piernas y unas compresas de agua fría en la cabeza, y desfallecía de agobio. Tosía sin parar, con una tosecita de agonizante, sin que se supiese dónde había cogido ese catarro. Su mujer lo miraba con ojos de tigre dispuesta a devorarlo. En cuanto nos vio le entró un temblor que le sacudía las muñecas y rodillas. Le dije:

-Eso está arreglado, puerco, pero no lo vuelvas a hacer.

Se levantó muy agitado, me cogió las manos y me las besó como si fuesen las de un príncipe; lloró, estuvo a punto de perder el conocimiento, abrazó a Rivet, y abrazó incluso hasta a madame Morin, quien dándole un empujón, al rechazarlo, lo arrojó de nuevo en su asiento. Pero su emoción había sido demasiado fuerte, y las impresiones recibidas dejaron tales huellas en su espíritu, que ya no se rehizo jamás de aquel golpe. En toda la comarca ya sólo le llamaban "ese cerdo de Morin", y siempre que oía este epíteto era como si le atravesasen el corazón con una espada. Cuando un golfillo de la calle gritaba: "¡Cerdo!", volvía la cabeza por instinto. Sus amigos lo acribillaban a bromas de todo género, y le preguntaban cada vez que comían jamón:

-¿Es del tuyo?

Dos años más tarde había muerto. En mil ochocientos setenta y cinco, cuando me presenté a las elecciones, fui a hacer una visita interesada al nuevo notario de Tousserre, monsieur Belloncle, y me recibió una mujer hermosa y opulenta.

-¿No me reconoce usted? -preguntó ella.

Yo balbucí:

-Pues..., no..., señora.

-Henriette Bonnel.

-¡Ah!

Y sentí que me ponía pálido. Me pareció que se alegraba de verme, y me sonreí al mirarla. Cuando me dejó a solas con su marido, éste me cogió las manos tan fuerte, al estrecharlas, que me las magulló.

-¡Cuánto tiempo hace, querido señor, que deseo conocerlo! Mi mujer me ha hablado tanto de usted... Sí, sé... en qué dolorosas circunstancias la conoció usted, y sé también con cuánta delicadeza, tacto y abnegación remató el asunto.

Vaciló, y después pronunció muy bajito, como si hubiese articulado una palabra grosera:

-El asunto de ese cerdo de Morin.

FIN

Historia corsa

Dos gendarmes habían sido asesinados aquellos últimos días mientras conducían un prisionero corso de Corte a Ajaccio. Ahora bien, cada año, en esta clásica tierra de bandolerismo, tenemos gendarmes destripados por los salvajes lugareños de esta isla, refugiados en las montañas después de alguna vendetta. El legendario matorral esconde en estos momentos, según la apreciación de los propios señores magistrados, de ciento cincuenta a doscientos vagabundos de este tipo que viven en las cumbres, entre las rocas y la maleza, alimentados por la población, gracias al terror que infunden.

No hablaré de los hermanos Bellacoscia cuya situación de bandoleros es casi oficial y que ocupan el Monte de Oro, a las puertas de Ajaccio, bajo la mirada de la autoridad. Córcega es un departamento francés, esto ocurre pues en plena patria; y nadie se inquieta por esta provocación lanzada a la justicia. ¡Sin embargo cómo hemos tenido continuamente en mente las incursiones de algunos bandoleros kroumirs, tribu errante y bárbara, en la frontera casi indeterminada de nuestras posesiones africanas!

Y hete aquí que a propósito de este crimen me viene el recuerdo de un viaje a esta magnífica isla y de una sencilla, muy sencilla, pero muy típica aventura, donde capté el espíritu propio de esta raza consagrada intensamente a la venganza.

Yo tenía que ir de Ajaccio a Bastia, primero por la costa y después por el interior, atravesando el salvaje y árido valle del Niolo, que allí denominan la ciudadela de la libertad, porque, en cada invasión de la isla por los genoveses, los moros o los franceses, fue en este lugar inabordable donde los partisanos corsos se refugiaron siempre sin que jamás se les pudiera dar caza o dominar.

Yo tenía cartas de recomendación para el camino, ya que los propios albergues son todavía desconocidos en esta tierra, y hace falta demandar hospitalidad como en los viejos tiempos.

Después de haber subido en un primer momento el golfo de Ajaccio, un golfo inmenso, tan rodeado de altas cimas que parece un lago, el camino pronto se hundía en un valle, dirigiéndose hacia las montañas. A menudo atravesábamos torrentes casi secos. Una especie de arroyo circulaba todavía entre las piedras: se le escuchaba correr sin verlo. El país, inculto, parecía desnudo. Las hondonadas de los montes próximos estaban cubiertas de altas hierbas amarillentas en esta ardiente estación. A veces me encontraba con un habitante, a pie, o montado sobre un flaco caballo; y todos llevaban el fusil sobre su espalda, siempre listos para matar a la menor apariencia de insulto.

El penetrante perfume de las plantas aromáticas de las que la isla está cubierta, colmaba el aire, parecía hacerlo pesado, volverlo palpable; y el camino iba, elevándose lentamente, por el medio de los grandes repliegues de monte escarpado.

Algunas veces, sobre las pendientes muy empinadas, percibía algo gris, como un montón de piedras desplomadas de la cima. Era un pueblo, un pueblecito de granito, suspendido allá, enganchado, como un auténtico nido de pájaro, casi invisible sobre la inmensa montaña.

A lo lejos, bosques de castaños enormes semejaban matorrales, hasta tal punto las ondulaciones de la tierra levantada son gigantes en este país; y el monte bajo, formado por encinas, enebros, madroños, lentiscos, aladiernas, brezo, durillos, mirtos y boj que se entrecruzan entre ellos, enredándolos como cabellos, las clemátides entrelazantes, los helechos monstruosos, las madre selvas, los romeros, las lavandas, cubrían la superficie de las tierras, a las que me aproximaba, de un enmarañado pelaje.

Y siempre, por encima de este verdor rampante, los granitos de las altas cimas, grises, rosas o azulados, parecen elevarse hasta el cielo.

Yo había traído algunas provisiones para comer, y me senté al lado de uno de estos manantiales desecados, frecuentes en los países montañosos, hilo delgado y resuelto de agua clara y helada que sale de la roca y fluye hasta el extremo de una hoja puesta allí por un transeúnte para llevar la fluyente bebida hasta su boca.

Al gran trote de mi caballo, un animalito siempre tembloroso, de mirada irascible, crines erizadas, rodeé el extenso valle de Sagone y atravesé Cargèse, el pueblo griego fundado allí por una colonia de fugitivos expulsados de su patria. Jóvenes muy hermosas, con dorsos elegantes, manos largas, rostro delicado, singularmente graciosas, formaban un grupo cerca de una fuente. Al cumplido que les vociferé sin detenerme, respondieron con una voz cantarina en la lengua armoniosa del abandonado país.

Después de haber atravesado Piana, penetré de súbito en un fantástico bosque de granito rosa, un bosque de picos, de columnas, de figuras sorprendentes, erosionadas por el tiempo, por la lluvia, por los vientos, por la espuma salada del mar.

Estos extraños peñascos, a veces de cien metros de alto, como obeliscos, cubiertos como champiñones o recortados como plantas, o sinuosos como troncos de árboles, con aspecto de seres, de hombres prodigiosos, de animales, de monumentos, de fuentes, de maneras humanas petrificadas, de pueblo sobrenatural aprisionado en la piedra por el deseo secular de algún genio, formaban un inmenso laberinto de formas inverosímiles, rojizas o grises con unos tonos azules. Se distinguían unos leones echados, monjes de pie en sus atuendos caídos, obispos, diablos espeluznantes, pájaros desmesurados, bestias apocalípticas, toda género de fieras fantásticas del sueño humano que nos atormenta en nuestras pesadillas.

Tal vez no exista en el mundo nada más inverosímil que estas “Calanches” de Piana, nada más curiosamente labrado por el azar.

Y de repente, saliendo de allá, descubrí el golfo de Porto, completamente rodeado de una muralla sangrante de granito rosa reflejado en el mar azul.

Después de haber escalado penosamente el siniestro valle de Ota, llegué, cayendo la noche, a Evisa, y llamé a la puerta del señor Paoli Calabretti, porque tenía una carta de un amigo.

Era un hombre de gran estatura, un poco encorvado, con el aspecto taciturno de un tuberculoso. Me condujo a mi habitación, una triste habitación de piedra sin adornos, pero hermosa para este país al que toda elegancia le resulta extraña, y me expresaba en su lenguaje, galimatías corso, dialectal gargajeante, puré de francés e italiano, me expresaba su placer por recibirme, cuando una voz clara lo interrumpió y una mujercita morena, con grandes ojos negros, una piel cálida de sol, una cintura estrecha, dientes siempre fuera en un reír continuo, se lanzó, me agarró la mano:

-¡Buenas señor!, ¿todo bien?

Sacó mi sombrero, mi bolso de viaje, arregló todo con un solo brazo, ya que tenía el otro en cabestrillo, y después nos hizo salir rápidamente diciendo a su marido:

-Lleva a dar un paseo al señor hasta la cena.

El señor Calabretti se puso a caminar a mi lado, arrastrando sus pasos y sus palabras, tosiendo frecuentemente y repitiendo con cada acceso de tos:

-Es el aire del valle, que es fresco, que me ha atacado al pecho.

Me guió por un sendero perdido bajo los castaños inmensos. De repente, se paró y, con su acento monótono, dijo:

-Es aquí donde mi primo Jean Rinaldi fue asesinado por Mathieu Lori. Mire, yo estaba allí, muy cerca de Jean, cuando Mathieu apareció a diez pasos de nosotros: “Jean, gritó él, no vayas a Albertacce, no vayas allí, Jean, o te mato, te lo prometo.” Yo tomé por el brazo a Jean: “No vayas allí, Jean, él lo hará” (Era por una chica que perseguían los dos, Paulina Sinacoupi). Pero Jean se puso a gritar: “Iré, Mathieu, no serás tú quien me lo impida”. Entonces Mathieu bajó su fusil antes de que yo hubiera podido apuntar con el mío, y disparó. Jean dio un gran salto con sus dos pies, como un niño que salta a la cuerda, sí, señor, y cayó de lleno sobre mi cuerpo, de manera que mi fusil se me fue de las manos y rodó hasta el grueso castaño, allá abajo. Jean tenía la boca muy abierta, pero no dijo ni una palabra. Estaba muerto.

Yo miré, estupefacto, al tranquilo testigo de aquel crimen. Y pregunté:

-¿Y el asesino?

Paoli Calabretti tosió largo rato, y después continuó:

-Se fue a la montaña. Fue mi hermano quien lo mató, al año siguiente. ¿Sabe usted, mi hermano, Calabretti, el famoso bandolero?...

Balbuocé:

-¿Su hermano?... ¿Un bandolero?...

El apacible corso mostró un rasgo de orgullo:

-Sí, Señor, era una celebridad; ha derribado a catorce gendarmes. Murió con Nicolas Morali, cuando fueron sitiados en Niolo, después de seis días de lucha, iban a perecer de hambre.

Añadió con aire resignado:

-Es el país el que quiere esto -dijo con el mismo tono que decía, hablando de su tuberculosis, “Es el aire del valle, que es fresco”.

Al día siguiente, para retenerme, habían organizado una partida de caza, y al día siguiente otra. Recorrí los barrancos con los ágiles montañeros que me contaban sin parar aventuras de bandoleros, de gendarmes degollados, durante interminables vendettas hasta la exterminación de una raza. Y a menudo añadían, como mi anfitrión: “Es el país quien quiere esto”.

Me quedé cuatro días, y la joven corsa, un poco pequeña sin duda, pero encantadora, mitad campesina y mitad dama, me trató como un hermano, como a un íntimo y viejo amigo.

En el momento de dejarla la atraje hasta mi habitación, y haciendo constar muy minuciosamente que en ningún caso quería hacerle regalo alguno, insistí, enfadándome incluso, para enviarle de París, a mi regreso, un recuerdo de mi travesía.

Ella resistió mucho tiempo, no queriendo aceptar. Al final, consintió.

-Y bien -dijo- envíeme un pequeño revólver, uno muy pequeño.

Yo abrí los ojos desmesuradamente. Ella añadió bajito, confidencialmente, como se confía un grato e íntimo secreto:

-Es para matar a mi cuñado.

Esta vez quedé atónito. Entonces ella desenrolló rápidamente las vendas que ya no necesitaba y que envolvían el brazo, mostrándome la carne regordeta y blanca atravesada de parte a parte por un estiletao casi cicatrizado:

-Si no hubiera sido tan fuerte como él -dijo- me habría matado. Mi marido no es celoso, él me conoce, y además está enfermo, sabe usted, y eso le calma la sangre. Por otra parte, yo soy una mujer honesta, yo, señor, pero mi cuñado cree todo lo que le dicen. Es celoso por mi marido y ciertamente volverá a empezar. Entonces, si tuviera un pequeño revólver, estoy segura de que lo mataría.

Yo le prometí que le enviaría el arma y he cumplido mi promesa. He hecho gravar sobre la culata: “Para su venganza”.

FIN

Historia de un perro

La prensa respondió unánimemente a la llamada de la Sociedad Protectora de Animales para colaborar en la construcción de un establecimiento para animales. Sería una especie de hogar y un refugio, donde los perros perdidos, sin dueño, encontrarían alimento y abrigo en vez del nudo corredizo que la administración les tiene reservado.

Los periódicos recordaron la fidelidad de los animales, su inteligencia, su dedicación.

Ensalzaron sucesos de asombrosa sagacidad.

Es mi deseo, aprovechando esta oportunidad, contar la historia de un perro perdido, de un perro vulgar, sin pedigrí. Es una historia sencilla pero auténtica.

En los suburbios de París, a las orillas del Sena, vivía una familia de ricos burgueses. Poseían una elegante mansión con un gran jardín, caballos, carruajes y muchos criados. El cochero se llamaba François. Era un individuo de origen campesino, un poco corto de inteligencia; grueso, embotado..., pero de buen corazón.

Una noche, en la que regresaba a la casa de sus amos, un perro comenzó a seguirlo. En un principio ignoró al animal, pero la obstinación de éste y el hecho de seguirlo tan de cerca, hizo que el cochero se volviese... Miraba al can intentando reconocerlo, pero no... nunca lo había visto.

Se trataba de una perra de una terrible delgadez, con enormes ubres colgantes. Trotaba detrás del hombre en un estado lamentable; la cola apretada entre las piernas y las orejas pegadas contra la cabeza.

François se detuvo. Lo mismo hizo la perra. François reanudó la marcha y la perra siguió tras él.

Deseó desprenderse de aquel esqueleto de animal y gritó:

-¡Vete... Aléjate de mí!

La perra se movió dos o tres pasos hacia atrás y se detuvo apoyándose sobre las patas traseras, pero tan pronto el cochero se volvió, ésta volvió a seguirlo.

Él hizo además de recoger unas piedras y el animal se alejó con velocidad, con una gran sacudida de sus ubres, pero volvió inmediatamente la persecución tan pronto el hombre se dio vuelta.

Entonces el cochero llamó a la perra. El animal se acercó tímidamente con la espina dorsal doblada como un círculo y todas las costillas marcándose en la piel. Acarició el relieve de los huesos y movido por compasión dijo: "Está bien... ven"

Como si lo hubiese entendido, el animal movió la cola alegremente y se dispuso a caminar, ahora confiado, delante de él.

Lo instaló en el pajar del establo; luego fue a la cocina para buscar un poco de pan.

Al día siguiente, los amos fueron informados por el cochero de que había dado cobijo al animal, sin que éstos pusieran reparos a que lo conservara.

Sin embargo, la presencia de la perra en la casa se convirtió pronto en un motivo de apuros y conflictos incesantes.

Estaba constantemente en celo y durante todo el año los aspirantes con cuatro patas asediaban la residencia. Estaban en el camino, delante de la puerta, se introducían por entre los setos del jardín, destrozaban las plantas, rasgaban las flores y sus continuas idas y venidas exasperaban al jardinero. Día y noche era un concierto de aullidos y de batallas sin fin.

Los amos incluso llegaron a encontrar en la escalera perros de todas razas, pequeños con la cola recortada, perros grises, merodeadores de las calles que viven de la basura, enormes perros de raza Terranova con los pelos rizados...

François la llamaba "Cocote" y bien que hacía honor a su nombre. Se reproducía con una facilidad pasmosa y tenía camadas de perros de todas las especies. Cada cuatro meses el cochero tenía que sacrificar la grey de cachorros ahogando a los pequeños seres arrojándolos a un pozo acuífero.

Cocote, con el tiempo, había llegado a ser enorme. Tras su antigua delgadez, ahora era obesa, con un vientre inflado debajo del cual sus largas ubres, sacudiéndose, siempre se arrastraban. Tan gorda estaba que se extenuaba tras caminar diez minutos.

El cochero solía decir: “Es un buen animal, pero a fe mía que deja el pozo fuera de servicio”.

El jardinero se quejaba a diario, la cocinera hacía otro tanto, pues encontró perros debajo de su horno, debajo de las sillas, en el arcón del carbón; robaban todo lo que se encontraban.

El amo le pidió a François que se liberara de Cocote.

El criado, desesperado, gimió, pero tuvo que obedecer. Ofreció la perra a todos sus conocidos pero nadie la deseaba. Intentó perderla. Un representante de ventas la llevó lejos en el cabestrante de su coche, pero una vez sola siempre encontraba el camino de regreso y, a pesar de su barriga que se caía, volvía siempre a acostarse en su reservado del establo.

Pero el amo no consintió más y, molesto, llamó a François, al que dijo gravemente y encolerizado:

-Si usted no se deshace de este animal antes de mañana, lo despido de inmediato... ¿está claro?

Quedó consternado porque adoraba a Cocote. Reflexionó y llegó a la conclusión de que era imposible conseguirle un nuevo hogar porque nadie quería estar cerca de esta perra seguida de un regimiento de canes. Así que era necesario tomar medidas: no podía colocarla, no podía perderla; el río era la única solución.

Entonces pensó en dar veinte peniques a alguien para que hiciera el trabajo. Pero a este pensamiento sobrevino un agudo dolor, ya que otra persona tal vez no tendría el cuidado de no hacer sufrir al animal, y por tanto decidió realizar la ejecución él mismo.

Esa noche no pudo dormir.

Al amanecer se levantó y, tomando una fuerte cuerda, fue a buscar a Cocote... La perra se levantó lentamente, sacudió su rabo y estiró sus miembros celebrando la llegada de su amo.

Él se sentó y, subiéndola a sus rodillas, la acarició un largo rato, luego le puso la correa y el bozal diciendo: “Vamos”. La perra agitó la cola creyendo que iba a dar un paseo.

Llegaron al río.

François eligió un lugar en donde parecía que había suficiente profundidad.

Entonces ató un extremo de la cuerda al cuello del animal y, recogiendo una gran piedra, la unió al otro extremo. Tras esto tomó la perra en sus brazos y la besó furiosamente, como si se tratara de una persona de la que uno se despidiera.

La sostuvo apretada contra su pecho, y la perra lo lamía con satisfacción.

Diez veces intentó arrojarla, pero le faltaron fuerzas. Pero en un intento, con decisión repentina, hizo acopio de toda su fuerza y la lanzó lo más lejos posible.

Flotó un segundo, luchando, intentando nadar como cuando era bañada... pero la piedra la empujó al fondo; tenía una mirada de angustia y su cabeza desapareció en primer lugar, mientras que sus patas, saliendo del agua, todavía se agitaban. Entonces aparecieron algunas burbujas de aire en la superficie... François creyó ver a la perra un instante cuando el cauce torcía en una zona fangosa del río.

Casi se vuelve loco y durante un mes estuvo enfermo, torturado por la memoria de Cocote

La había ahogado hacia finales de abril.

Tras un largo tiempo, se recobró

Finalmente apenas pensaba en ello cuando, a mediados de junio, sus amos decidieron ir a Ruán a pasar el verano.

Una mañana, como hacía mucho calor, François decidió ir a bañarse a la orilla del río. Al entrar en el agua, un olor nauseabundo lo hizo mirar a su alrededor. Observó entre unas cañas el cuerpo de un perro en estado de putrefacción.

Se acercó sorprendido por el color del pelo. Una cuerda descompuesta todavía apretaba su cuello. Era su perra, Cocote, arrojada por la corriente a sesenta millas de París.

Él seguía de pie, con el agua hasta las rodillas, trastornado, como si se tratara de un milagro.

Se volvió medio loco de repente y comenzó a caminar al azar, con la cabeza perdida. Vagó todo el día y perdió el camino que jamás volvió a encontrar. Nunca volvió a atreverse a tocar un perro.

Esta historia no tiene más que un mérito: es verdadera, enteramente verdadera.

Sin la reunión extraña del perro muerto, al cabo de seis semanas y a sesenta millas de distancia nunca la hubiéramos conocido, indudablemente; porque cuantos animales pobres, sin abrigo, vemos todos los días!

Si el proyecto de la Asociación Protectora de Animales tiene éxito, al menos disminuirémos la presencia de estos cadáveres con cuatro patas arrojadas a los cauces de los ríos.

FIN

Idilio

El tren acababa de salir de Génova y se dirigía hacia Marsella, siguiendo las profundas ondulaciones de la larga costa rocosa, deslizándose como serpiente de hierro entre mar y montaña, reptando sobre playas de arena amarilla en las que el leve oleaje bordaba una lista de plata, y entrando bruscamente en las negras fauces de los túneles, lo mismo que entra una fiera en su cubil.

Una voluminosa señora y un hombre joven viajaban frente a frente en el último vagón, mirándose de cuando en cuando, pero sin hablarse. La mujer, que tendría veinticinco años, iba sentada junto a la ventanilla y miraba el paisaje. Era una robusta campesina piemontesa de ojos negros, pechos abultados y mofletuda. Había metido debajo del asiento de madera varios paquetes, y conservaba encima de sus rodillas una cesta.

El joven tendría veinte años; era flaco, curtido; tenía el color negro de las personas que cultivan la tierra a pleno sol. Llevaba a su lado, en un pañuelo, toda su fortuna: un par de zapatos, una camisa, unos pantalones y una chaqueta. También él había ocultado algo debajo del banco: una pala y un azadón, atados con una cuerda. Iba a Francia en busca de trabajo.

El sol, que ascendía en el cielo, derramaba sobre la costa una lluvia de fuego; era en los últimos días de mayo; revoloteaban por los aires aromas deliciosos, que penetraban en los vagones por las ventanillas abiertas. Los naranjos y limoneros en flor derramaban en la atmósfera tranquila sus perfumes dulzones, tan gratos, tan fuertes y tan inquietantes, mezclándolos con el hálito de las rosas que brotaban en todas partes como las hierbas silvestres, a lo largo de la vía, en los jardines lujosos, en las puertas de las chozas y en pleno campo.

Las rosas están en aquella costa como en su propia casa. Embalsaman la región con su aroma fuerte y ligero; gracias a ellas, es el aire una golosina, sabroso como el vino, y como el vino, embriagador.

El tren iba muy despacio, como entreteniéndose en aquel jardín, en aquella blandura. Se paraba a cada instante, en estaciones pequeñas, delante de unas pocas casas blancas, y en seguida echaba a andar otra vez, con paso tranquilo, después de haber lanzado silbidos. Nadie subía a él. Hubiérase dicho que el mundo entero dormitaba, sin decidirse a dar un paso en aquella cálida mañana de primavera.

La gruesa mujer cerraba de cuando en cuando los ojos, pero volvía a abrirlos bruscamente al sentir que la cesta se le iba de las rodillas. La volvía a su sitio con gesto rápido, miraba durante algunos minutos por la ventanilla y se amodorraba de nuevo. Gotas de sudor le cubrían la frente, y respiraba con dificultad, como si la acometiese una opresión dolorosa.

El joven había dejado caer la cabeza y dormía profundamente, como buen campesino.

Súbitamente, al salir de una pequeña estación, pareció despertarse la campesina, abrió su cesta, sacó un trozo de pan, huevos duros, un frasco de vino y ciruelas, unas hermosas ciruelas coloradas, y se puso a comer.

También el joven se había despertado bruscamente, la miraba, siguiendo con la vista el trayecto de cada bocado, desde las rodillas a la boca. Permanecía con los brazos cruzados, fija la mirada, hundidas las mejillas, cerrados los labios.

Comía ella con gula, bebiendo a cada instante un sorbo de vino para ayudar a pasar los huevos, y de cuando en cuando suspendía la masticación para dejar escapar un ligero resoplido.

Se lo tragó todo: el pan, los huevos, las ciruelas, el vino. En cuanto ella acabó de comer, el joven cerró los ojos. La joven se sintió algo apretada y se aflojó el corpiño. El joven volvió súbitamente a mirar.

Sin preocuparse por ello, la mujer se fue desabrochando el vestido; la fuerte presión de sus senos apartaba la tela, dejando ver, entre los dos, por la abertura creciente, algo de la ropa blanca interior y un trozo de piel.

Cuando la campesina se sintió más a sus anchas, dijo en italiano:

-No se puede respirar, de tanto calor como hace.

El joven le contestó en el mismo idioma y con el mismo acento:

-Hace un tiempo hermoso para viajar.

Ella le preguntó:

-¿Es usted del Piemonte?

-Soy de Asti.

-Y yo de Casale.

Eran de pueblos cercanos, trabaron conversación.

Se dijeron la sarta de vulgaridades que repiten constantemente las gentes del pueblo y que bastan para satisfacer a sus inteligencias tardas y sin horizontes. Hablaron de sus pueblos. Tenían enemigos comunes. Citaron nombres, y a medida que descubrían una nueva persona conocida de los dos, iba creciendo su amistad. Las frases salían rápidas, precipitadas, de sus labios, con las sonoras terminaciones y el acento cantarín del idioma italiano. Luego hablaron de sí mismos.

Ella estaba casada y había dejado sus tres hijos al cuidado de una hermana, porque había encontrado colocación de nodriza; era una buena colocación, en casa de una buena señora francesa, en Marsella.

Él iba en busca de trabajo. Le habían asegurado que lo encontraría por allí, porque se edificaba mucho.

Después guardaron silencio.

El calor se iba haciendo terrible, pues caía a torrentes sobre el techo de los vagones. Una nube de polvo se arremolinaba detrás del tren y se metía dentro, y el perfume de los naranjos y de las rosas se pegaba con más fuerza al paladar, como si se espesase y adquiriese más pesadez.

Otra vez se volvieron a dormir los dos viajeros.

Se despertaron casi a un tiempo. El sol descendía hacia la superficie del mar iluminando su sábana azul con un torrente de claridad. El aire era ahora más fresco y parecía más ligero.

La nodriza, con el corpiño abierto, los mofletes sucios y la mirada sin brillo, jadeaba; y exclamó con voz fatigosa:

-Desde ayer no he dado el pecho, y estoy mareada, como si fuera a desmayarme.

El joven no contestó, porque no supo qué decir. Ella prosiguió:

-Con la cantidad de leche que yo tengo, es indispensable dar de mamar tres veces al día; de lo contrario, se siente una molestia. Es como si llevase un peso sobre el corazón, un peso que me impide respirar y que me deja aplanada. Es una desgracia el ser tan abundante de leche.

Él murmuró:

-Sí. Es una desgracia. Eso debe de molestarla mucho.

En efecto, daba la impresión de estar muy enferma, agobiada y a punto de desfallecer. Dijo con voz apagada:

-Con sólo apretar encima, sale la leche como de una fuente. Es un espectáculo curioso. Parece increíble. Todos los habitantes de Casale venían a verlo.

-¡Ah, sí! -exclamó el joven.

-Como lo oye. Se lo haría ver a usted, pero con eso no adelanto nada. De esa forma no sale toda la cantidad que en este momento necesitaría.

No dijo más.

El tren se detuvo. En pie, junto a una barrera, estaba una mujer que tenía en sus brazos a un niño que lloraba. Era encanijada y harapienta.

La nodriza, que la contemplaba, dijo con voz de lástima:

-Ahí tiene usted una a la que yo podría aliviar. Y a mí me podría dar un gran alivio su pequeño. No soy rica, y la prueba está en que dejo mi casa, mi familia y al último hijo que he tenido para colocarme; pues con todo eso, daría a gusto cinco francos para que me dejase diez minutos a ese chico y poder darle de mamar. El niño se sosegaría y yo también. Sería como darme nueva vida.

Se calló otra vez. Luego se pasó varias veces la mano febril por la frente sudorosa, y se lamentó:

-No puedo aguantar más. Creo que me voy a morir.

Y se abrió completamente el corpiño con gesto inconsciente.

Surgió a la vista el seno derecho, enorme, tenso, con su pezón moreno. La pobre mujer gimoteaba:

-¡Ay Dios mío! ¡Ay Dios mío! ¡Qué voy a hacer yo?

El tren se había puesto otra vez en marcha y seguía su camino por entre flores que exhalaban el penetrante aroma de los atardeceres tibios. De cuando en cuando se descubría un barco de pesca que parecía dormido sobre el mar azul, con sus blancas velas inmóviles, reflejándose en el agua como si hubiese otro barco boca abajo.

El joven, confuso, balbució:

-Señora... Tal vez yo mismo... podría aliviarla.

Ella le contestó con voz entrecortada:

-Desde luego...; si es usted tan amable. Me haría usted un gran favor. No puedo resistir más; no puedo resistir más.

El joven se arrodilló delante de ella, y la mujer se inclinó, poniéndole en la boca, con gesto de nodriza, su pezón moreno. Al cogerlo entre sus dos manos para acercarlo al hombre, apareció en la punta una gota de leche. El joven se la bebió con avidez, cogiendo entre sus labios, como un niño recién nacido, aquella teta pesada, Y se puso a mamar glotonamente, con ritmo regular.

Se había cogido a la cintura de la mujer con sus dos brazos y se la apretaba, para acercarla más; y bebía a tragos, lentamente, con movimiento del cuello igual al de los niños.

De pronto le dijo ella:

-Ya me ha descargado bastante de ésta. Coja ahora la otra.

La cogió, con docilidad.

La mujer había puesto sus dos manos encima de las espaldas del joven y respiraba profundamente, con felicidad, saboreando el aroma de las flores que se mezclaba con las corrientes de aire que la marcha del tren precipitaba dentro de los vagones.

-¡Qué bien huele! -dijo ella.

El joven no contestó; seguía bebiendo de aquel manantial de carne y cerraba los ojos como para saborear mejor.

Ella lo apartó con suavidad.

-Basta. Me siento mejor. Esto me ha dado vida y tranquilidad.

Se levantó él, enjugándose la boca con el revés de la mano.

Y ella le dijo, al mismo tiempo que se metía dentro del corpiño aquellas dos cantimploras vivientes:

-Me ha hecho usted un gran favor. Se lo agradezco mucho, señor.

Pero el joven le contestó con acento reconocido:

-Soy yo quien le da las gracias, señora. ¡Llevaba dos días sin probar bocado!

FIN

La aventura de Wálter Schnaffs

Desde su entrada en Francia con el ejército invasor, Wálter Schnaffs se creía el más desdichado de los hombres. Era gordo, andaba con dificultad, se ahogaba y le dolían los pies. Era pacífico y bondadoso, nunca sanguinario; padre de cuatro niños, a los cuales adoraba, y esposo de una joven rubia, cuyos cuidados, ternuras y caricias echaba de menos a todas horas. Le gustaba levantarse tarde y acostarse pronto, comer lentamente manjares bien condimentados y tomar cerveza en las cervecerías. Afirmaba que todas las dulzuras de la existencia desaparecen con la vida, y sentía un odio inextinguible, instintivo y razonado a un tiempo, hacia los cañones, fusiles, revólveres y sables; pero, sobre todo, le inspiraban horror las bayonetas, sintiéndose incapaz de esgrimir ágilmente semejante arma para defender su vientre.

Y cuando, al llegar la noche, se veía obligado a dormir en el suelo, envuelto en su capote, junto a sus camaradas que roncaban, pensaba en la familia que dejó y en los peligros constantes de la guerra. Si muriese, ¿qué sería de sus hijitos? ¿Quién los mantendría? ¿Quién los educaría? Ni aun viviendo él estarían muy sobrados, a pesar del esfuerzo que hizo para dejarles, al partir, algún dinero. Y, a veces, Wálter Schnaffs lloraba.

Al principio de los combates las piernas le flaqueaban de tal modo que se hubiera dejado caer, sin el temor de que toda la tropa lo pisoteara. El silbido de las balas le ponía siempre los pelos de punta.

Vivía siempre atemorizado y angustioso.

El cuerpo de ejército de que formaba parte avanzaba hacia Normandía y en una ocasión lo comisionaron para reconocer un terreno, dándole un corto destacamento que debía explorar la comarca y replegarse inmediatamente. Todo parecía tranquilo en las cercanías y nada indicaba una resistencia.

Pero los prusianos bajaban con tranquilidad a un pequeño valle cortado por torrentes profundos, cuando un violento fuego de fusilería los detuvo, haciéndoles más de veinte bajas, y un batallón de cazadores, saliendo bruscamente de un bosquecillo, avanzó hacia ellos con bayoneta calada.

Wálter Schnaffs quedó un punto inmóvil, tan sorprendido y turbado que ni siquiera se le ocurrió huir. Luego, un deseo loco de abandonar el campo lo poseyó; pero reflexionando que corría como una tortuga y los cazadores franceses como galgos, renunció a sus intentos. Entonces vio, a seis pasos de distancia, una cortadura llena de maleza y cubierta de hojarasca. Acercándose saltó a pies juntos, sin detenerse a calcular la profundidad, como se salta de un puente al río.

Atravesó, como una flecha, una gruesa capa de bejucos y zarzas que le arañaron la cara y las manos, y cayó pesadamente sobre un lecho de piedras. Levantando los ojos vio el cielo por el agujero que hizo al bajar. Aquel agujero revelador podría denunciarle y se arrastró cautamente, a cuatro patas, hacia el fondo de aquel escondrijo, bajo un techo de ramas enlazadas, yendo lo más de prisa posible, apartándose del lugar del combate. Al fin se detuvo, se sentó y quedó como una liebre, acurrucado entre hierbas secas.

Durante algún tiempo sonaron detonaciones, gritos y quejas. Luego los clamores de lucha se fueron apagando y cesaron. Todo quedó en calma silenciosa.

De pronto sintió removerse algo cerca de él, sobresaltándose. Pero era un pajarillo que, posándose en una rama, agitaba las hojas muertas. Durante más de una hora el corazón de Wálter Schnaffs palpitó estremecido.

Llegaba la noche, hundiendo en sombras el barranco, y el soldado meditaba. ¿Qué haría? ¿Adónde iría? ¿Cómo incorporarse a su batallón? ¿Por qué camino? Y si lo encontraba. ¡Comenzar de nuevo la horrible vida llena de angustias y espantos, de fatigas y sufrimientos, que padecía desde que principió la guerra! ¡No! Le faltaban fuerzas para soportar las marchas y valor para los constantes peligros.

Pero ¿qué hacer? No podía mantenerse oculto en aquel barranco hasta que se firmara la paz. No, ciertamente. Sin la necesidad imprescindible de comer, esta perspectiva no le hubiese aterrado; pero era preciso comer; comer todos los días.

Y se hallaba solo allí, de uniforme, armado, en territorio enemigo, lejos de los que pudieran defenderlo. Corrían por su piel angustiosos estremecimientos.

De pronto pensó: "¡Si me hicieran prisionero!" Y su corazón se animaba con ansia violenta, invencible, consoladora, de ser prisionero de los franceses. ¡Prisionero! Estar a salvo, alimentado, atendido, lejos de las balas y de las bayonetas, en una cárcel bien guardada. ¡Prisionero! ¡Qué delicia!

Y se resolvió inmediatamente: "¡Voy a ser prisionero!" Se levantó decidido a ejecutar su proyecto sin tardanza. Pero quedó inmóvil, repentinamente asaltado por molestas reflexiones y miedos inevitables.

¿Dónde hacerse prisionero? ¿Y cómo? Imágenes horribles, imágenes de muerte, oprimieron su alma.

Correría peligros infinitos aventurándose, solo, con su casco negro de punta dorada, a través de los campos.

¿Y si tropezase con labriegos? Aquellos labriegos, viendo a un prusiano perdido, a un prusiano sin defensa, lo matarían como a un perro vagabundo. ¡Harían con su cuerpo una carnicería clavando en él horcones, picos, guadañas y palas! ¡Magullarían su carne, triturarían sus huesos con el furor de vencidos, exasperados! ¿Y si encontrase a los cazadores? Indisciplinados, enloquecidos, desatentos a toda ley, a toda piedad, lo fusilarían para entretenerse, para pasar el rato, para divertirse, viendo la mueca de su rostro agonizante. Y se imaginaba ya contra una tapia y veía los cañones de doce fusiles, cuyas negras bocas parecían mirarle.

¿Y si encontraba un ejército francés? Las vanguardias lo tomarían por un explorador, por un atrevido y valiente soldado que avanzaba reconociendo el terreno, y dispararían contra él. Oía ya las descargas intermitentes de los soldados ocultos entre las malezas, mientras él, solo, en pie, al descubierto, en medio del campo, caía muerto, acribillado como un colador, sintiendo ya las balas en la carne.

Volvió a sentirse desesperado. A su juicio, no había salvación para él.

Había cerrado la noche, la noche silenciosa y negra. El soldado no se movió, estremeciéndose a cada uno de los ruidillos ignorados y leves que se producen en las tinieblas. Un conejo arañando la tierra espantó a Wálter Schnaffs hasta el punto de impulsarlo a huir. Los chillidos de los mochuelos le desgarraban el corazón como dolorosas heridas. Abría desmesuradamente los ojos para ver en la oscuridad, y a cada instante le parecía que andaban cerca.

Después de interminables horas y de angustias de condenado, a través del ramaje que lo cubría vio clarear el cielo. Una inmensa tranquilidad inundó su alma; sus músculos, perdiendo la rigidez que los contraía, descansaron; su espíritu se calmó, se cerraron sus ojos y se quedó dormido.

Al despertar vio el sol en lo más alto de su carrera. Ningún ruido turbaba la tranquilidad melancólica de los campos y Wálter Schnaffs comprendió que padecía un hambre aguda.

Bostezaba, y la boca se le hacía agua pensando en el salchichón, en el buen salchichón que comen los soldados, y le dolía el estómago.

Se levantó, dio algunos pasos, y notando que sus piernas flaqueaban volvió a sentarse para reflexionar. Aun durante dos o tres horas estuvo discutiendo el pro y el contra, cambiando a cada instante de resolución, abrumado, combatido por contradictorios razonamientos.

Una idea le pareció al fin lógica y práctica: esperar a que pasara un campesino solo, sin armas y sin herramientas peligrosas, correr a su encuentro y entregarse a él, haciéndole comprender que se declaraba prisionero.

Se quitó el casco negro cuya punta dorada podía serle fatal, y asomó la cabeza con precauciones infinitas.

Ningún ser aislado se presentaba en el horizonte. Lejos, a la derecha, un villorrio lanzaba el humo de sus chimeneas, ¡el humo de las cocinas!; a la izquierda, y al extremo de una calle de árboles, aparecía una residencia señorial.

Así aguardó hasta el anochecer, padeciendo espantosamente y sin ver más que los cuervos que pasaban por encima de su escondrijo, sin oír otra cosa que los tristes lamentos de sus tripas.

Y volvió a cerrar la noche.

Acomodándose y estirándose bajo las malezas, volvió a dormir con fiebre, torturado por fieras pesadillas, con el sueño de un hambriento.

De nuevo la aurora se mostró en el cielo y el soldado volvió a observar, pero la campiña estaba solitaria, como el día antes, y un terror extraño sobrecogió a Wálter Schnaffs; el terror de morir de hambre. Se imaginaba tendido en el agujero, inmóvil, con los ojos cerrados. Luego toda clase de animalitos acercándose a su cadáver, lo devoraban, lo cubrían, deslizándose bajo la ropa y mordiendo su piel fría. Un cuervo le sacaba los ojos con su afilado pico.

Entonces enloqueció, creyendo que la debilidad lo desmayaría, no permitiéndole andar, y estaba resuelto a encaminarse hacia el villorrio, cuando vio a tres campesinos que iban con los horcones al hombro. Volvió a su escondrijo para que no lo descubrieran.

Pero cuando la noche hundió en sombras la llanura, el soldado salió, incorporándose apenas, encorvado, temeroso, con el corazón palpitante, avanzando hacia la residencia señorial, prefiriendo más bien acudir a ella que al villorrio, el cual imaginaba como una guarida de tigres.

En las ventanas del piso bajo se veía luz; una estaba abierta y despedía olor intenso de manjares bien condimentados; olor que penetró de pronto por la nariz, hasta el estómago de Wálter Schnaffs, crispándolo, atrayéndolo con fuerza irresistible, avivando su corazón con audacia desesperada.

Y bruscamente, sin reflexionar, asomó su cabeza, cubierta con el casco negro de punta dorada, por el marco de la ventana.

Ocho criados comían alrededor de una gran mesa. Pero de pronto una doncella se quedó petrificada, con los ojos fijos, dejando caer el vaso que se llevaba a la boca. Todas las miradas fueron a convergir en un punto.

-¡El enemigo!

¡El enemigo! ¡Los prusianos atacaban la residencia señorial!

Primero resonó un grito, un solo grito formado por ocho voces diferentes, un grito de mortal espanto; luego un tumultuoso movimiento, empujones, apretones, confusión y desordenada huida por la puerta del fondo. Cayeron las sillas, los hombres atropellaron a las mujeres, pisándolas. En un instante la habitación quedó vacía, abandonada, con la mesa cubierta de manjares, a la vista de Wálter Schnaffs, estupefacto, que seguía junto a la ventana. Después de algunas dudas se encaramó como pudo y entró, acercándose a los platos. Su hambre desesperada lo hacía temblar como un calenturiento; pero el terror lo contenía, paralizándolo aún. Escuchó. Se estremecía toda la casa; se cerraban con estrépito las puertas; andares rápidos resonaban en el piso de arriba. El prusiano, inquieto, aplicó el oído a los confusos rumores; oyó luego sordos ruidos, como de cuerpos que se desplomaran sobre la tierra blanda, cerca del muro; cuerpos humanos que saltasen desde el primer piso al jardín.

Después cesaron los movimientos y las agitaciones, y la residencia señorial quedó silenciosa como una tumba.

Wálter Schnaffs, sentándose ante un plato servido con abundancia, intacto, comenzó a comer. Comía con ansia, llenándose mucho la boca, masticando con prisa, como si temiera verse interrumpido antes de tragar lo necesario. Se servía de las dos manos y engullía fieramente viandas que llenaban su estómago, hinchando su cuello al pasar. A veces tenía que interrumpir sus operaciones, temiendo reventar como un tubo demasiado lleno, y cogía un jarro de sidra para desatancar el esófago, como se limpia una cañería.

Vació todos los platos y todas las botellas; luego, embrutecido, borracho, se desabrochó el uniforme para no ahogarse. Se confundieron las ideas de su cerebro y se le cerraron los ojos, apoyó la cabeza entre los brazos cruzados sobre la mesa y perdió la noción de todo.

La luna iluminaba dulcemente los árboles del jardín. El día se aproximaba.

Una muchedumbre de sombras cautelosas y calladas avanzaba lentamente, deslizándose, buscando los caminos cubiertos y oscuros. A veces un rayo de luna, penetrando entre el ramaje, hacía brillar una punta de acero.

La residencia señorial aparecía sosegada y majestuosa. En el piso bajo había luz.

De pronto una voz rugió:

-¡Adelante! ¡Al asalto! ¡Al asalto, hijos míos!

Y las puertas y las ventanas cedieron al esfuerzo de los muchos hombres que invadían la casa, rompiendo y destrozando. Cincuenta soldados, armados hasta los dientes, se agolparon en la cocina donde dormía pacíficamente Wálter Schnaffs, y le pusieron al pecho cincuenta carabinas cargadas, lo derribaron, lo magullaron y lo ataron de pies a cabeza.

Él. no sabía lo que pasaba, medroso, aturdido.

Y de pronto un militar gordo, cubierto de galones dorados, le puso el pie sobre el vientre, vociferando:

-¡Prisionero! ¡A rendirse! ¡Prisionero!

El prusiano, que sólo entendió la palabra "prisionero", contestaba:

-Ya, ya, ya.

Lo levantaron, y atándolo a una silla sus fatigados vencedores lo examinaban con mucha curiosidad. Algunos tuvieron que sentarse, no pudiendo resistir el cansancio y la emoción.

El alemán sonreía, sonreía tranquilo, seguro de que ya era prisionero.

Otro oficial dijo, asomándose a la puerta:

-Mi coronel, los enemigos han huido; es indudable que sufrieron bajas de consideración. Quedamos dueños de la plaza.

El militar gordo, enjugándose la frente y sudoroso, vociferó:

-¡Hemos triunfado!

Y sacando un cuaderno apuntó: "Después de una encarnizada lucha, los prusianos organizaron su retirada, llevándose muertos y heridos, que no bajarían de cincuenta. Hicimos prisioneros."

El oficial dijo:

-¿Qué disposiciones hay que tomar, mi coronel?

Y el coronel contestó:

-Nos replegaremos por si ahora se rehacen y toman la ofensiva con fuerzas superiores.

Y dio las órdenes para la marcha.

La columna se formó junto a los muros de la casa y se puso en movimiento llevando a Wálter Schnaffs agarrotado, bajo la custodia de seis hombres.

Algunas avanzadas reconocieron el camino. Andaban con prudencia, deteniéndose de cuando en cuando.

Al despuntar el día llegaron a Roche-Oysel, cuya guardia nacional había realizado aquel hecho de armas.

La muchedumbre aguardaba impaciente y ansiosa. Al descubrir el casco del prisionero, estallaron clamores formidables. Las mujeres levantaban los brazos, los viejos lloraban; uno lanzó una piedra, y en vez de tocar al prusiano, hirió en la nariz a uno de sus guardianes.

El coronel rugió.

-¡Vigilen para que nadie ponga en peligro al prisionero!

Llegaron a la Casa de la Villa y Wálter Schnaffs entró en la cárcel, ya libre de ataduras.

Doscientos hombres armados guardaban el edificio.

Entonces, a pesar de los síntomas de indigestión que lo atormentaban, el prusiano, loco de alegría, empezó a bailar, a bailar desaforadamente, levantando los brazos y las piernas entre gritos frenéticos, hasta caer sin fuerzas junto a una pared.

¡Era prisionero! ¡Estaba en salvo!

De este modo la señorial residencia de Champiguet fue reconquistada al enemigo, después de seis horas de ocupación. El coronel Ratier, comerciante de pañería, que realizó la hazaña de los nacionales de Roche-Oysel, fue condecorado.

Junto a un muerto

Se moría poco a poco, como se mueren los tísicos. Todos los días lo veía sentarse a eso de las dos, bajo las ventanas del hotel, frente al mar, tranquilo, en un banco del paseo.

Permanecía algún tiempo inmóvil bajo el calor del sol, contemplando con ojos sombríos el Mediterráneo.

A veces dirigía una mirada hacia la alta montaña de cumbres brumosas que cierra el Mentón; luego, con un movimiento muy lento, cruzaba sus largas piernas, tan enflaquecidas que parecían dos huesos alrededor de los cuales flotaba el paño del pantalón, y abría un libro, siempre el mismo.

Entonces, sin variar de postura, leía, leía con los ojos y con el pensamiento: parecía que todo su pobre cuerpo desfalleciente leía, que su alma penetraba, se perdía, desaparecía en aquel libro hasta la hora en que el aire fresco lo hacía toser un poco. Entonces, levantándose, penetraba en el hotel.

Era un alemán alto, de barba rubia, que almorzaba y comía en su cuarto y no hablaba con nadie.

Una vaga curiosidad me atrajo hacia él. Un día me senté a su lado, teniendo yo también en la mano, por el bien parecer, un volumen de poesías de Musset.

Me puse a hojear Rolla.

De pronto mi compañero me preguntó en un francés muy correcto:

-¿Sabe usted alemán, caballero?

-Ni una palabra.

-Lo siento; porque, ya que la casualidad nos ha reunido, le hubiera prestado, le hubiera hecho fijarse en una cosa inestimable: este libro que aquí tengo.

-¿Qué libro es éste?

-Es un ejemplar de mi maestro Schopenhauer, anotado por él. Todas las márgenes, como puede usted ver, están cubiertas con su letra.

Cogí con respeto aquel libro y contemplé aquellos garabatos incomprensibles para mí, pero que revelaban el inmortal pensamiento del mayor destructor de sueños que ha pasado por el mundo.

Entonces los versos de Musset estallaron en mi memoria:

VOLTAIRE:

*¿Duermes contento, y tu sonrisa horrible
envuelve aún tu rostro de ironía indecible?*

Y comparé involuntariamente el sarcasmo infantil, el sarcasmo religioso de Voltaire con la irresistible ironía del filósofo alemán, cuya influencia es, a pesar de todo, imborrable.

Aunque muchos protesten, se enfaden, se indignen o se exalten, no hay duda de que Schopenhauer ha marcado a la humanidad con el sello de su desdén y de su desencanto.

Filósofo desengañado, ha derribado las creencias, las esperanzas, las poesías, las quimeras; ha destruido las aspiraciones, ha asolado la confianza de las almas, ha matado el amor, abatiendo el culto ideal de las mujeres, ha destrozado las ilusiones del corazón; realizó la obra más gigantesca de escepticismo que pudo intentarse. Todo lo ha aplastado con su burla. Hoy mismo, los que lo abominan llevan indudablemente, muy a pesar suyo, en sus ideas, reflejos de su pensamiento.

-¿Ha conocido usted en la intimidad a Schopenhauer -pregunté al alemán.

-Hasta su muerte, caballero -contestó sonriendo con profundo aire de tristeza.

Me habló de él, refiriéndome la impresión casi sobrenatural que causaba aquel ser extraño a cuantos a él se acercaban.

Me contó la entrevista del "viejo demoledor" con un político francés, republicano, el cual, queriendo ver a aquel

hombre, le encontró en una cervecería tumultuosa, sentado entre sus discípulos, seco, arrugado, riendo con una risa inolvidable, mordiendo y desgarrando las ideas y las creencias con una sola palabra, como un perro que de un mordisco deshace los tisús con que está jugando, y me repitió la frase de aquel francés, que al irse, enloquecido y azorado, exclamaba: "He creído pasar una hora con el diablo".

Luego, añadió:

-En efecto, tenía una espantosa sonrisa que nos inspiró miedo hasta después de su muerte. Es una anécdota casi desconocida y que puedo contarle si le interesa.

Su voz cansada era interrumpida con frecuencia por los golpes de tos, mientras me refería lo siguiente:

-Schopenhauer acababa de morir, y convinimos que le velaríamos de dos en dos hasta la mañana siguiente.

"Estaba de cuerpo presente en una habitación, muy sencilla, amplia y sombría. Dos bujías ardían sobre la mesa de noche.

"El rostro no estaba desfigurado. Sonreía. Aquella arruga que conocíamos tan bien se marcaba en el extremo de sus labios; nos parecía que iba a abrir los ojos, a moverse, a hablar.

"Su pensamiento, o mejor dicho, sus pensamientos nos envolvían; nos sentíamos más que nunca en la atmósfera de su genio, invadidos, poseídos por él. Su dominio nos parecía más soberano a la hora de su muerte. Un misterio se mezclaba con el poder incomparable de aquel espíritu.

"El cuerpo de esos hombres desaparece, pero ellos quedan; y en la noche que sigue a la paralización de su corazón, le aseguro, caballero, que se ofrecen de un modo espantoso.

"Hablábamos bajo, siempre de él, recordando frases, fórmulas, aquellas sorprendentes máximas, semejantes a fulgores que iluminasen con algunas palabras las tinieblas de la vida ignorada.

"-Me parece que va a hablar -dijo mi camarada.

"Y miramos, con una inquietud rayana en miedo, aquel rostro inmóvil que no dejaba de sonreír.

"Poco a poco sentimos cierto malestar, opresión y aun desfallecimiento.

"-No sé lo que tengo, pero te aseguro que estoy malo -balbucí.

"Y entonces notamos que el cadáver olía mal.

"Mi compañero me propuso que nos trasladáramos al cuarto inmediato, dejando la puerta abierta; y yo acepté.

"Cogí una de las bujías que ardían en la mesa de noche, dejando allí la otra, y nos fuimos a sentar al otro extremo de la habitación de manera que pudiéramos ver desde nuestro sitio la cama y el muerto en plena luz.

"Pero nos obsesionaba de continuo; se hubiera dicho que su ser, inmaterial, libre, todopoderoso y dominante, rondaba en torno nuestro; y a veces, el infame olor del cuerpo descompuesto nos alcanzaba, nos penetraba, repugnante y vago.

"De pronto nos sentimos estremecidos hasta los huesos: un ruido, un leve ruido había salido del cuarto del muerto. Nuestras miradas se dirigieron hacia él y vimos, sí, señor, vimos perfectamente uno y otro una cosa blanca deslizándose por encima de la cama para caer en el suelo, sobre la alfombra, y desaparecer debajo de una butaca.

"De pronto nos pusimos de pie, sin saber que pensar, alocados por un terror estúpido, dispuestos a huir. Luego nos miramos el uno al otro. Estábamos horriblemente pálidos. "El corazón nos latía con tal fuerza que se notaban sus latidos sobre nuestras levitas. "Fui el primero en hablar.

"-¿Has visto?

"-Sí; he visto.

"-¿No está muerto?

"-Se halla en estado de putrefacción.

"-¿Qué vamos a hacer?

"Mi compañero, vacilante, dijo:

"-Hay que ir a verlo.

"Cogí nuestra bujía y entré delante, registrando con la mirada la extensa habitación de rincones oscuros. Nada se movía. Me acerqué a la cama. Pero permanecí sobrecogido de estupefacción, de espanto: ¡Schopenhauer ya no sonreía! Tenía un gesto horrible: la boca apretada, las mejillas profundamente hundidas.

"-¡No está muerto! -exclamé.

"Pero el olor espantoso que me llegaba a las narices me sofocaba. No me movía, mirándolo con fijeza, tan turbado como ante una aparición.

"Entonces mi compañero, cogiendo la otra bujía, se agachó. Luego me tocó en el brazo, sin decirme una palabra. Siguiendo su mirada, descubrí en el suelo, bajo la butaca, al lado de la cama, muy blanca, sobre la oscura alfombra, abierta como para morder, la dentadura postiza de Schopenhauer.

"El trabajo de la descomposición, que afloja las mandíbulas, la había hecho salirse de la boca.

"Aquel día tuve realmente miedo, caballero."

Y como el sol se acercaba al mar resplandeciente, el alemán físico se levantó y, después de saludarme, entró en el hotel.

FIN

La baronesa

Podrás ver antigüedades interesantes -me dijo mi amigo Boisrené-, ven conmigo.

Me llevó, pues, al primer piso de una hermosa casa, en una gran calle de París. Nos recibió un hombre de excelente porte, de modales perfectos, que nos paseó de estancia en estancia enseñándonos objetos raros cuyo precio decía con negligencia. Las grandes sumas, diez, veinte, treinta, cincuenta mil francos salían de sus labios con tanta gracia y facilidad que no cabía duda de que la caja fuerte de aquel comerciante, hombre de mundo, encerraba millones.

Yo lo conocía de nombre desde hacía tiempo. Muy hábil, muy flexible, muy inteligente, servía de intermediario para toda clase de transacciones. Relacionado con todos los coleccionistas más ricos de París, e incluso de Europa y América, conocedor de sus gustos, de sus preferencias del momento, los avisaba con un billete o un despacho, si vivían en una ciudad lejana, en cuanto sabía de un objeto en venta que pudiera convenirles.

Hombres de la mejor sociedad habían recurrido a él en trances apurados, bien para conseguir dinero para el juego, bien para pagar una deuda, bien para vender un cuadro, una joya de familia, un tapiz e incluso un caballo o una finca en los días de crisis aguda. Decían que jamás negaba sus servicios cuando preveía una posibilidad de ganancia. Boisrené parecía íntimo de aquel curioso comerciante. Habían debido de tratar juntos más de un negocio. Yo miraba al hombre con mucho interés. Era alto, delgado, calvo, elegantísimo. Su voz suave, insinuante, tenía un encanto particular, un encanto tentador que daba a las cosas un valor especial. Cuando tenía un objeto en sus dedos, le daba vueltas y más vueltas, lo miraba con tanta maña, agilidad, elegancia y simpatía que el bibelot parecía al punto embellecido, transformado por su tacto y su mirada. Y de inmediato se le valoraba mucho más que antes de haber pasado de la vitrina a sus manos.

-¿Y su Cristo -dijo Boisrené-, ese hermoso Cristo renacentista que me enseñó el año pasado?

El hombre sonrió, y contestó:

-Se ha vendido, y de una forma muy rara. Se trata de una historia parisiense, faltaría más. ¿Quiere que se la cuente?

-Claro que sí.

-¿Conoce usted a la baronesa de Samoris?

-Sí y no. La he visto una vez, ¡pero sé quién es!

-Lo sabe... ¿del todo?

-Sí.

-Quiere decírmelo, para que vea si no se equivoca usted.

-De muy buena gana. La señora Samoris es una mujer de mundo que tiene una hija sin que jamás se haya conocido a su marido. En cualquier caso, si no ha tenido marido, tiene amantes de forma discreta, pues la reciben en cierta sociedad tolerante o ciega. Frecuenta la iglesia, recibe los sacramentos con unción, de forma que eso se sepa, y no se compromete jamás. Espera que su hija haga una buena boda. ¿Es eso?

-Sí, pero completaré sus informes: es una mantenida que se hace respetar por sus amantes más que si no se acostara con ellos. Y eso es un raro mérito, pues, de esta forma, se consigue de un hombre lo que se quiera. Aquel que ha elegido, sin que él lo sospeche, la corteja mucho tiempo, la desea con temor, la solícita con pudor, la obtiene con asombro y la posee con consideración. No se da cuenta de que la paga, pues ella se desenvuelve con un gran tacto; y mantiene sus relaciones en tal tono de reserva, de dignidad, de conveniencia, que al salir de su cama él abofetearía al hombre capaz de desconfiar de la virtud de su amante. Y lo haría con la mejor fe del mundo.

"He prestado algunos servicios a esa señora, en varias ocasiones. Y no tiene secretos para mí. Ahora bien, en los primeros días de enero vino a verme para pedirme prestados treinta mil francos. No se los di, por supuesto; pero, como deseaba servirle, le rogué que me expusiera muy detalladamente su situación con el fin de ver lo que podría hacer por ella.

"Me dijo las cosas con tales precauciones de lenguaje que no me habría contado más delicadamente la primera comunión de su hijita. Comprendí al final que los tiempos eran duros y que se hallaba sin un céntimo. La crisis comercial, las inquietudes políticas que el actual Gobierno parece mantener a propósito, los rumores de guerra, la penuria general han hecho que el dinero escasee, incluso en manos de los enamorados. Y además aquella honrada mujer no podía entregarse al primero que llegase.

"Necesitaba un hombre de mundo, de la mejor sociedad, que consolidase su reputación al tiempo que proveyera las necesidades cotidianas. Un vividor, incluso riquísimo, la habría comprometido para siempre, haciendo problemática la boda de su hija. Tampoco podía pensar en las agencias galantes, en los intermediarios deshonrosos que habrían podido, durante algún tiempo, sacarla del aprieto.

"Ahora bien, tenía que sostener el tren de su casa, que continuar recibiendo a todo el mundo para no perder la esperanza de encontrar, entre la multitud de visitantes, el amigo discreto y distinguido que esperaba, que elegiría. Yo le hice observar que mis treinta mil francos tenían pocas posibilidades de volver a mí; porque, cuando se los hubiera comido, tendría que conseguir, de una sola vez, por lo menos sesenta mil para devolverme la mitad. Parecía desolada, al escucharme. Y ya no sabía yo qué inventar cuando cruzó por mi mente una idea, una idea realmente genial. Acababa de comprar ese Cristo renacentista que le enseñé, una pieza admirable, la más hermosa de ese estilo que he visto nunca.

"-Mi querida amiga -le dije-, voy a mandar que lleven a su casa ese marfil. Invente usted una historia ingeniosa, conmovedora, poética, lo que quiera, para explicar su deseo de deshacerse de él. Es, por supuesto, un recuerdo de familia heredado de su padre. Yo le enviaré compradores, y se los llevaré yo mismo. El resto es asunto suyo. La informaré de su posición con un billete, la víspera. Ese Cristo vale cincuenta mil francos; pero lo dejaré en treinta mil. La diferencia será para usted.

"Reflexionó unos instantes con aire profundo y respondió:

"-Sí, quizá sea buena idea. Se lo agradezco mucho.

"Al día siguiente, mandé llevar mi Cristo a su casa, y esa misma noche le envié al barón de Saint-Hospital. Durante tres meses le remití clientes, los mejores que tengo, lo más escogido de mis relaciones de negocios. Pero no volví a oír hablar de ella. Ahora bien, habiendo recibido la visita de un extranjero que hablaba muy mal francés, me decidí a presentarlo yo mismo en casa de la Samoris, para ver. Un lacayo vestido de negro nos recibió y nos hizo pasar a un bonito salón, oscuro, amueblado con gusto, donde esperamos unos minutos. Apareció ella, encantadora, me tendió la mano, nos hizo sentar; y cuando le hube explicado el motivo de mi visita, llamó. Reapareció el lacayo.

"-Vea, dijo ella, si la señorita Isabelle puede dejarnos entrar en su capilla.

"La jovencita trajo en persona la respuesta. Tenía quince años, un aire modesto y bondadoso, toda la frescura de su juventud. Quería conducirnos ella misma a la capilla. Era una especie de camarín piadoso donde ardía una lámpara de plata delante del Cristo, mi Cristo, tendido en un lecho de terciopelo negro. La decoración era encantadora y muy hábil. La niña hizo la señal de la cruz, después nos dijo:

"-Miren, caballeros. ¿Verdad que es hermoso?

"Cogí el objeto, lo examiné y declaré que era muy notable. El extranjero también lo consideró, pero parecía mucho más interesado por las dos mujeres que por el Cristo. Olía bien en la casa, olía a incienso, a flores y a perfumes. Uno se encontraba a gusto. Se trataba realmente de una morada confortable que invitaba a quedarse.

"Cuando regresamos al salón, abordé, con reserva y delicadeza, la cuestión del precio. La señora Samonis pidió, bajando los ojos, cincuenta mil francos. Después agregó:

"-Si desea volver a verlo, caballero, nunca salgo antes de las tres; y se me encuentra todos los días.

"En la calle, el extranjero me preguntó detalles sobre la baronesa, a quien había encontrado exquisita. Pero no volví a oír hablar ni de él ni de ella. Transcurrieron tres meses más. Una mañana, hace apenas quince días, ella llegó a mi casa a la hora del almuerzo y, poniéndome una cartera entre las manos, dijo:

"-Querido, es usted un ángel. Ahí tiene cincuenta mil francos; soy yo la que compro el Cristo, y pago veinte mil francos más del precio convenido, a condición de que me siga enviando... nuevos clientes..., pues mi Cristo... está aún en venta..."

FIN